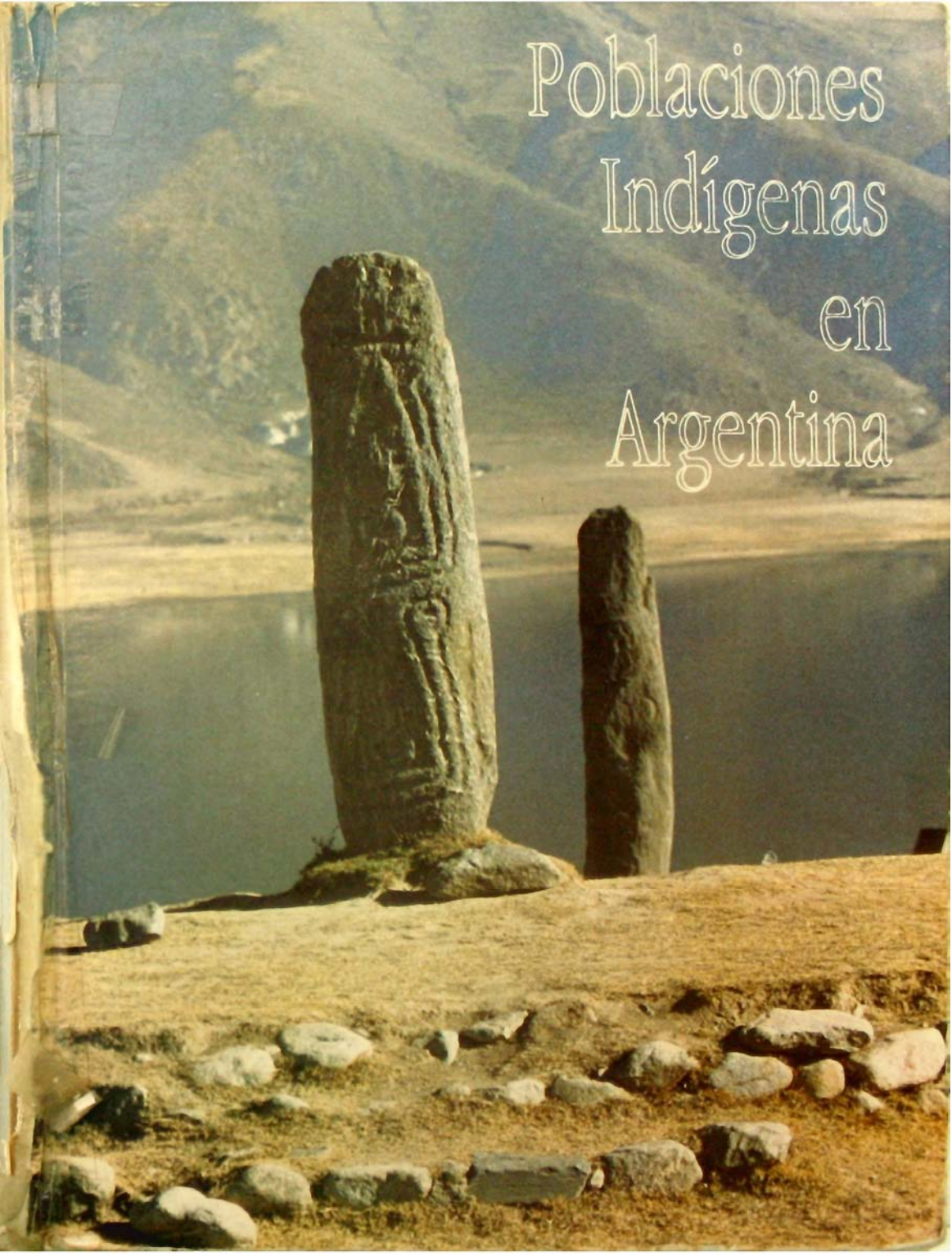


Poblaciones
Indígenas
en
Argentina



Primera Edición, 1988
Segunda Edición, Corregida y Aumentada, 1990

"La presente publicación se ajusta a la cartografía oficial establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del IGM Ley 22.963, y fue aprobado por Expte. CG8 4020/112 de fecha 29 de setiembre de 1988".

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Copyright by Tipográfica Editora Argentina S. A.
Lavalle 1430 - Buenos Aires
Impreso en Argentina

I. S. B. N. 950-521-072-8

Rodolfo A. Raffino

**POBLACIONES INDIGENAS
en
ARGENTINA**

Urbanismo y proceso social precolombino



Tipográfica Editora Argentina

**Buenos Aires
"1991"**

A mis padres...
a Virginia, Mariano, Nicolás y Ezequiel...

Abreviaturas utilizadas en el texto

F. A.: foto del autor	N.: Norte
P. A.: plano del autor	S.: Sur
E. B. M. B.: expedición Benjamín Muniz Barreto.	E.: Este
H. I.: Horizonte Inká	O.: Oeste
P. D. R.: Período de Desarrollos Regionales.	K.: voz keshua
P. F. I.: Período Formativo Inferior.	Ay.: voz Aymara
P. F. S.: Período Formativo Superior.	FOS.: factor de ocupación del suelo.
P. H. I.: Período Hispano-Indígena.	P. W.: Plano de V. Weiser
Pva. A.: Perspectiva del autor.	FUR: Factor de utilización regional

El material gráfico de esta obra ha sido realizado por el Arquitecto Ricardo J. Alvis. La copia y revisión de los manuscritos estuvo a cargo de la Licenciada Lidia Anahí Jácona, quien también realizó la recopilación de documentación histórica. La fotografía de tapa es una gentileza del Sr. Roberto Ruiz.

Prólogo del Autor

La protagonista de estas páginas es la instalación amerindia prehispánica de la porción argentina del universo andino. A través de su examen trataremos de probar los beneficios de la información que aportan para explicar las regularidades en la conducta social, los cambios culturales y recomposiciones de la historia de la cultura. Descubirla es a la vez una forma de rescatarla para evitar su pérdida final, por obra de factores mecánicos, antrópicos y del propio tiempo, que tienden a destruirla definitivamente. Estudiarla será revertir el olvido a que la condenó la arqueología de Argentina, que minimizó su importancia frente al sobredimensionamiento de otros indicadores de la cultura material. Una rápida mirada a las relaciones estadísticas entre los sitios arqueológicos con vestigios arquitectónicos muestreados sistemáticamente, mínimos frente al universo registrado en las cartas arqueológicas del capítulo III, significan un patético ejemplo al respecto.

La meta es la explicación, en términos de proceso cultural, de las formas de vida aborígenes sedentarizadas del Norte Argentino. Su derrotero transitará por la exploración y clasificación de la diversidad arquitectónica, de los usos, del paisaje y los recursos naturales, de las tecnologías aportadas por la gestación de la vivienda, de los asentamientos dispersos, de las concentraciones urbanas, de la competencia y el mutualismo, de la paz y de la guerra.

A la luz de la ciencia arqueológica, en la parte argentina del mundo andino transcurrieron poco más de 2.000 años desde la aparición de las poblaciones sedentarizadas hasta el descubrimiento y conquista europea del siglo XVI. Veremos que estos tiempos pueden ser formulados en secuencias de etapas y períodos, y que fueron vividos por sociedades que gradualmente perfeccionaron el manejo del espacio residencial y su estrategia adaptativa. Dentro de esa concepción procesual no escaparé al planteamiento de modelos explicativos sobre los diferentes niveles de integración social en tiempo y espacio, aun bajo riesgo de invadir un terreno político siempre

apetecido por la dialéctica contemporánea. Sospecho que posiciones políticas extremas quizás contravengan mis deseos y conviertan el epílogo de esta obra en una versión compendiosa y local de: ¿qué sucedió en el proceso de urbanización amerindia?, transformándolo en una síntesis segregada del resto e interpretada con una ligereza para la cual no fue concebido.

Aún así no escapará al lector el paradigma neoevolucionista que, para mí, guía al proceso de urbanización y es la expresión de la teoría del cambio cultural. Tendencia que por otro lado no implica negar el valor de la difusión como vertiente explicativa para la idea de progreso, cuando éste no fue consumado a través del aprendizaje y la transmisión de ideas de una generación indígena a otra.

La Teoría de Sistemas Ecológicos, variante concreta de su hermana mayor, la Teoría General de Sistemas, aportará lo suyo en este ejercicio y nos mostrará, por una parte sus ventajas al convertir el registro arqueológico en una estructura organizada y, por otra, las implicancias que posee el concepto de retroalimentación como mecanismo explicativo del cambio cultural.

La arquitectura de los pueblos ágrafos es el reflejo material de los sistemas tecnoeconómicos, sociales, políticos y religiosos que albergó. Aunque inertes y misteriosos, cada habitación, tumba, plaza, calzada, Allpatauca y Pukara, significan la expresión fáctica de conductas sociales que la arqueología se afana en recomponer. Este registro es singular y multifacético, requiere por ello una estrategia y marco teórico específico y paralelo al de los restantes indicadores de la cultura material. Es difícil de reconocer, pero una vez logrado aporta vertientes formidables para conocer el comportamiento de quienes lo hicieron. Es variable, discernible y crecientemente complejo a medida que, en la evolución de los sistemas adaptativos amerindios, se acentuaban las dicotomías entre los desarrollos tecnológicos entre una y otra área cultural y entre la concentración de riqueza de los hombres que

las poblaban. El colofón americano de las civilizaciones Maya, Azteca e Inka nos enfrenta a dos arquitecturas diferentes; una muy exclusiva, sofisticada y monumental — respectivamente barroca, acústica y megalítica— destinada a una aristocracia dominante, y la contraparte de otra deleznable, numerosa y aglomerada, donde vivieron las clases populares. Ambas interesan a la arqueología contemporánea, porque de su interrelación emergerá la médula de los sistemas culturales que las construyeron.

Según es fama, las praderas y estepas de la América boreal, y pampas de la austral, no fueron escenario de formaciones políticas y sociales sedentarizadas que legaran cicatrices arquitectónicas. Escaparán por esta circunstancia a este estudio, aunque no a la reflexión que sigue: entre los abismos culturales que separan el nomadismo de aquellos simples capturadores de energía y las civilizaciones de Cuzco, Tenochtitlán y Chichén Itzá, se encaraman los sistemas culturales del Norte argentino; víctimas de los avatares de su marginalidad, aunque en franco proceso de transfiguración de sus modelos sociales de tribus con cacicazgo y señorías, hacia el de Estados antiguos. No fueron constructores de ciudades, sino de poblados urbanizados con altas densidades urbanas; celosos en cuanto a sus privilegios en la elección y uso del espacio urbano preferencial para su vivienda; experimentadores de tecnologías agrícolas y de almacenaje diversificada; hábiles manejadores del desnivel para la agricultura hidráulica, el acceso o la defensa de sus poblados; pragmáticos ejecutores de remodelaciones dentro del espacio urbano, del que emergerían nuevas calzadas, plazas u otros lugares públicos sobrecuadrados a los privados; selectivos a veces en la elección de las materias primas para sus edificios religiosos y administrativos; en esencia, *urbanistas espontáneos que pasaron gradualmente de la arquitectura improvisada al planeamiento de sus asentamientos*.

La apocalíptica penetración europea cercenará este proceso, y los que sobrevivirán al cataclismo del universo aborígen comenzarán otro capítulo de esta historia, ya por todos conocido.

Para evaluar la diversificación cultural que refleja la instalación humana usaremos diferentes estrategias de muestreo para trazar las relaciones de similitud y diferencia entre sitios o parte de ellos. Intentaremos conocer las densidades y funciones urbanas relativas, apelando a mecanismos como el factor de ocupación del suelo, la analogía de partes, el flujo de energía en espacios urbanos y al concepto de contexto edilicio. Clasificaremos, a la vez, a los trazados urbanos según el espacio

donde se asentaron, sus formas, articulaciones, áreas de actividad, funciones, espontaneidad y planeamiento. Apelaremos tanto a los muestreos urbanos selectivos como al azar, recibiendo en el segundo caso los favores de sus perspectivas probabilísticas. Cuántos años deberán transcurrir para que esta clase de investigación utilice muestreos extraídos en su totalidad al azar, es una pregunta que no he podido responderme ni en mis sueños más fantásticos.

El concepto "territorio arqueológico" reemplazará a la tradicional "subárea" y el de sistema cultural al de cultura. Trocaremos también la toponimia española por la amerindia que corresponde. Apelaremos a matrices de datos, en las que los sitios arqueológicos serán unidades taxonómicas, desbrozadas en un censo y medio de variables arquitectónicas y urbanísticas. Recorreremos a experiencias etnoarqueológicas para recomponer usos y funciones arquitectónicas y a las computadoras, buscando en su cibernética, relaciones de similitud y diferencia más afinadas y múltiples entre las variables en estudio.

No puedo dejar este prólogo sin disculparme por lo que puedan parecer severas críticas a entidades y personas, autores y colegas pasados o presentes. He tratado de obviar las observaciones personales, creyendo que tanto ellas como las expresiones corteses son innecesarias, sin embargo, algunos casos sobrepasaron esta intención. Tampoco sin formular mi perpetuo agradecimiento a aquellos que han participado de una u otra forma en esta obra. En primer lugar a la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata, quien por años me ha acogido en su seno y brindado su infraestructura para mi formación profesional primero y en mis investigaciones luego. Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y a la National Geographic Society de Washington, por sus valiosos auspicios financieros, fundamentales para los trabajos de campo. A mis amigos, colegas, alumnos y colaboradores del Museo de La Plata, por sus incondicionales apoyos materiales y afectivos que impulsaron las tareas de gabinete. A mis compañeros, colaboradores y alumnos de las carreras de Antropología de las Universidades Nacionales de La Plata y Buenos Aires, quienes con sus inquisiciones potenciaron mis esfuerzos en el estudio de los procesos sociales por vectores no explorados por la arqueología argentina.

Advierto a entendidos y profanos que éste será un texto no fácil de aprehender, como tampoco lo fue su concepción. Durante los nueve años que demandó, infinitas veces

debimos desandar nuestros pasos, en pos de nuevos caminos para discernir en torno a las impredecibles alternativas que propone el tema de los patrones de poblamiento sedentarizados.

Consumar esta obra ha significado una labor de varios años en el terreno y gabinete; continuarla será un renuevo permanente de afecto por la americanística y, a la vez, un

esfuerzo comparable al de trepar cientos de veces las ríspidas cuestras de los Pukara indígenas...

Acompáñenme, los treparemos juntos.

R. A. R.
Salliqueló; verano de 1987.

Prologo a la Segunda Edición

Es escaso el tiempo transcurrido desde el nacimiento de esta obra sobre urbanismo indígena y ya de nuevo el cosquilleo que anticipa la segunda generación, corregida y aumentada por el deseo de sumar información y afinar puntos teóricos que se me ocurren necesarios.

Las ampliaciones están sembradas sobre tres terrenos temáticos. El primero concierne a la base empírica examinada, la cual desde finales de 1988, fecha de aparición de la primera generación, ha crecido por mérito de cuatro misiones arqueológicas. Dos de ellas al escenario del Norte Argentino, las restantes por el altiplano de las distantes Aullagas y Uyuni de Bolivia, y por el desierto de Atacama en Chile. Se suman con ello una serie de enclaves arqueológicos que han permitido una visión más abarcativa en términos espaciales. Las instalaciones indígenas descubiertas en las regiones de Santa Victoria Oeste en Salta en Vallegrande y Zenta de Jujuy, en la pampa de Aullagas del altiplano boliviano, así como otras reconocidas en los valles chilenos del Alto Loa y San Pedro de Atacama, aportan lo suyo para esta base documental sobre el uso del espacio de las sociedades indígenas prehispánicas.

Los casos regionales de Santa Victoria Oeste, Aullagas, y Vallegrande son particularmente significativos dado que no habían recibido nunca investigaciones arqueológicas profesionales. Eran "terra nova" para los exámenes arqueológicos. La incorporación de dieciocho nuevos sitios y segmentos de caminos en la población estadística del horizonte Inka; la evaluación del volumen potencial de almacenaje en las colcas Inka de Oma Porco de Aullagas de Arcayo y Titiconte en Iruya y la concreción de planos y perspectivas de La Huerta de Humahuaca y Cerro El Dique de El Toro, son algunos de los tópicos que se agregan al respecto.

El segundo tema que he decidido ahondar

concierne a aspectos teóricos y metodológicos de la arqueología espacial y el concepto de territorio. Su tratamiento se realiza al comienzo del Capítulo III con un análisis de las modernas "teorías de alcance medio". Procedimientos científicos originalmente desarrollados por la sociología a partir de los años 40 y capturados por la geografía humana y la arqueología. En esta última disciplina han sido utilizadas desde la segunda mitad de la década del 60 como una estrategia para ordenar los sitios arqueológicos, establecer su distribución y ligarlos con el territorio que los rodea. Estas teorías de alcance medio son modelos experimentales que, junto a los procedimientos analógicos que parten de hipótesis etnohistóricas, conllevan a la explicación de las estructuras y conductas de los sistemas culturales que ocuparon esos sitios arqueológicos.

El uso del espacio por las sociedades arqueológicas prehispánicas involucra tanto el área a intramuros, aquella circumscripita por partes arquitectónicas observables, como el exterior de ellas. Ese hinterland que media entre una instalación y otra. En este segundo ítem es donde la arqueología encuentra sus problemas más complejos. Por lo tanto anticipamos nuestro optimismo en la aplicación de teorías de rango medio para establecer territorios satélites al área de instalación, pivotando fundamentalmente en los datos tecnoeconómicos arqueológicos. Optimismo que decae cuando el intento apunta a discernir sobre los antiguos territorios geopolíticos, y se trastoca en melancolía cuando la presa perseguida es la frontera entre un territorio y otro. Especialmente en sistemas culturales evolutivamente anteriores, o más sencillos al de Estado Antiguo. En este sentido sigo perteneciendo al bando que pregonaba el uso de los modelos analógicos con la intervención de datos etnohistóricos y etnográficos.

La oportunidad es propicia además para aclarar algunos conceptos sobre el repertorio teórico con referencia a la Teoría de Sistemas Ecológicos. Esta se aplicaba con el sentido que tienen las teorías de alcance medio, como desprendimiento de otra teoría de mayor rango; un verdadero paradigma científico en el sentido que le da Thomas Kuhn: la "Teoría General de Sistemas" del biólogo Ludwig von Bertalanffy, lanzada a consideración científica en los últimos años de la década de los veinte.

La Teoría de Sistemas Ecológicos es concebida como un instrumento para ordenar y describir los datos —en nuestro caso rasgos— variables de la instalación humana prehistórica y el ambiente; interrelacionar esas variables y transformarlas en información para conocer parte de la estructura y conducta de los sistemas culturales que las contuvieron. Esta forma de instrumentación tiene antecedentes arqueológicos puntuales en los trabajos de David Clarke y Kent Flannery, citados en el capítulo inicial de esta obra. Como lo señala el propio Bertalanffy (1978, 38) la Teoría General de Sistemas puede utilizarse en amplitud casi filosófica; o como una "teoría de la conducta", aplicada a una gama infinita de casos pertinentes a la biología, la física, la economía, la sociología o, como aquí sucede, a la arqueología.

En un segundo y más ambicioso objetivo esta teoría se usa como un "modelo de retroalimentación", para explicar las causas generadoras de cambios en los sistemas culturales, a partir de las modificaciones observadas en sus variables de estado. Un cambio que no responde a una concepción mecánica de causa-efecto, sino a una imagen orgánica del sistema que lo sufre.

Sobre este segundo propósito, en varios pasajes el lector observará frases que refieren a: "estímulos que penetran dentro de un sistema cultural, provocando efectos de retroalimentación de tales o cuales partes del sistema receptor". Estímulos que pueden imaginarse como los detonantes del cambio. Algo así como invisibles "gatillos" traccionados que, no necesariamente, se hallan fuera del sistema y penetran en él como consecuencia de alguna difusión cultural. Pueden pertenecer al mismo y generar cambios por propia inventiva del protagonista de estos sistemas, el hombre. La condición dinámica y abierta de un sistema es inherente tanto para los biológicos como para los antropológico-arqueológicos. Se hallen éstos en cualquier estado, nivel de organización, fase, período, etapa, tiempo o lugar de la historia de la cultura.

El tercer tema incorporado en esta versión concierne a las ideologías. No es novedoso para los expertos, si para lectores sensibilizados con la

problemática de la hecatombe cultural andina del siglo XVI. Más aún ante la circunstancia de hallarnos a poco menos de cumplirse los 500 años del viaje de Cristóbal Colón. Está comprometido con el mundo de los Inkas y con la visión comparativa de los universos andinos y mediterráneos del siglo XVI.

El primero, inserto sobre los finales del capítulo VII, compone un paralelismo arqueológico e histórico entre la imagen generada por los cronistas europeos en lo que ha sido en llamarse "ombligo del mundo" el valle sagrado de Cuzco, y el otro mundo, relicto a los Andes Meridionales. Las similitudes y diferencias entre ambos; el monumentalismo de uno y la aparente ligereza del otro; lo central y lo periférico que separa ambas visiones. Y finalmente el pernicioso etnocentrismo de quienes percibieron solo la versión central del sistema Inka, que privó de valiosa información pertinente a las provincias alejadas de ese ombligo.

El paralelismo entre la ideología mediterránea de Carlos V y Felipe II, con la de los Andes de Atahualpa y Huascar, resultan inevitables al llegar al momento culminante del proceso de urbanización y uso del espacio andinoamericano. Ese es el tiempo en que éste recibe los primeros y fatales estímulos europeos. Su tratamiento se halla aquí esbozado, apenas lo suficiente como para comprometer a vencedores y vencidos. Este juego de hegemonías, alerta sobre el valor de los exámenes antropológicos de un tiempo no demasiado lejano en años y mucho menos en el espectro político. Tres décadas y media atrás John Murra se preguntaba que habría sucedido con la estructura socioeconómica Inka si hubiera podido continuar su desarrollo sin interferencias españolas. A punto de cumplirse medio milenio del viaje de Colón y sus derivaciones yo me pregunto ¿Qué hubiera sucedido en el mundo mediterráneo de Felipe II sin el oro y la plata andinas dentro de las arcas españolas? El primer interrogante carece de respuestas ante el quiebre del proceso histórico andino. El segundo en cambio obliga a replantear no pocas de las causas y efectos antropológicos que hicieron de España una potencia mundial entre mediados del siglo XVI hasta comienzos del XVIII y, en forma puntual, a las que rodean los sucesos que culminan con la batalla de Lepanto.

Las tribulaciones finales están destinadas a otro paralelismo. Aquel que concierne a la historia inmovil del hombre y su ambiente en términos de Fernand Braudel. Tema que inevitablemente produce otro contraste en el uso del espacio: el que enfrenta a los planos verticales de Andinoamérica y la horizontalidad del mundo mediterráneo de esos tiempos. En esa

dicotomía ecológica descansa alguna porción del desencuentro ideológico entre europeos y andinos. Y como no podía ser de otra forma, por tratarse de un problema no resuelto, al menos dentro de los últimos 500 años, queda confinado al epílogo de esta obra y a la imaginación de los pacientes lectores.

Tanto para la arqueología del establishment, fundamentalmente aquella que se practica en las universidades y museos de Gran Bretaña, Europa Occidental y América Boreal; como para el gran público, éste libro podría calificarse como destinado a analizar y explicar eventos y realizaciones de sociedades marginales a las grandes mecas de la arqueología mundial. El proceso de urbanización indígena de los Andes Meridionales no involucra sociedades de alta complejidad y desarrollo. No trata de templos fastuosos, pirámides, grandes ciudades perdidas y elevadas magnitudes demográficas. Tampoco concierne a organizaciones estatales comparables a las que innumerables veces ha examinado la arqueología clásica. No descubre tesoros ni rescata mitos que desemboquen en alguna ideología mesiánica. No construye ninguna articulación hiperdifusionista que entrelace genéticamente los pasados del Nuevo con el Viejo Mundo. Tampoco realiza relatos alucinados que busquen en otras galaxias los antepasados de los hombres y sus obras. Reprochable fraude científico que ha capturado el interés —y el bolsillo— de miles de lectores en las dos últimas décadas.

En un terreno estrictamente teórico tampoco ha apelado a los relatos reduccionistas sobre el

pasado del hombre y su destino; transitando por un camino lineal, anacrónico y de franco contenido político más que antropológico. Subiendo por los peldaños del salvajismo, la barbarie y la civilización.

En un tiempo donde se habla de una "arqueología post-procesual", o de una "arqueología de la era post-moderna". La cual, bajo el influjo del británico Ian Hodder, pregonar la defunción del paradigma materialista de la llamada "nueva arqueología" de los 60 y 70, esta obra no ha dudado en responsabilizar a lo simbólico y religioso como los gatillos, o disparadores, de los cambios en los sistemas de poblamiento de El Alamo y Ambato del Período Formativo (Cap. V).

Finalmente, aun cuando ha apelado a paradigmas sistémicos, muestreos y mediciones estadísticas, cronologías absolutas y computadoras, nunca ha olvidado el necesario *relativismo* con que deben ser evaluadas las explicaciones arqueológicas.

Alguna vez dijo Fernand Braudel que para que la investigación sea fructífera deberá aprehenderlo todo, desde las culturas más modestas hasta las grandes civilizaciones. Aquí fue pues el enfoque sobre las primeras. Con la certeza que en ellas se encuentran los arquetipos de las segundas. Los escalones previos que debieron subir hasta alcanzar la realidad que hallaron los Cortez y los Pizarro.

R.A.R.
Museo de La Plata
Primavera de 1990

Capítulo I

La Teoría Arqueológica Contemporánea

Enfoque teórico y conceptos instrumentales de la Arqueología. Reconstrucción de los procesos culturales, definiciones. La instalación humana como dato arqueológico. Urbanismo y conducta social pautada. La Teoría Ecológica de Sistemas y los patrones de poblamiento: casos y alternativas.

"... La arqueología comparte con las ciencias antropológicas la finalidad de explicar diferencias y similitudes entre los sistemas culturales. Nos interesa, por lo tanto, la teoría cultural, los argumentos sobre los procesos que tratan los problemas de la interrelación de las variables culturales y de cualquier otra clase relevante, que tengan valor explicativo..."

—*"New Perspectives in Archaeology"*, Binford S. R. y Binford, L. R., 1968.—

La Arqueología es una ciencia empírica cuyo campo de estudio recae en vestigios de la cultura material. Diversas manifestaciones integran su base documental: ruinas de poblados, campamentos en cuevas, campos agrícolas, depósitos, tumbas, obras viales y de regadío; o bien artefactos sofisticados elaborados en cerámica, metales, madera, fibras animales, vegetales y piedra. Otros restos están relacionados con la explotación de recursos para la subsistencia, como las bifaces, puntas de proyectil, instrumentos para moler granos, alfarcerías domésticas y palas agrícolas. Un cuarto conjunto de restos se articula con las necesidades básicas, como las materias primas para la construcción de la vivienda, los combustibles y el vestido. Otro grupo se vincula con el arte y la religión, como las pictografías, geoglifos y petroglifos. Finalmente un sexto conjunto de datos concierne al paleoambiente articulado a la cultura, como el clima, la fauna, la flora y la topografía. Todo este registro que sobrevive como reflejo material segmentado, significa la base empírica que el arqueólogo transforma en información, en su afán por recomponer la cultura del pasado y de su historia.

Para conducir esta tarea la Arqueología ha formalizado técnicas, marcos teóricos y metodológicos que se escalonan en niveles de análisis, coordinando la investigación de acuerdo con diseños que nacen de la observación del registro arqueológico, trasponen el campo de la descripción y clasificación, para acceder a la explicación. Aún ha quedado así la

época en que la Arqueología era un pasatiempo reservado a nostálgicos coleccionistas que confinaban sus horizontes a la búsqueda arbitraria de artefactos con destino a ornar anaques.

Dentro de este marco de referencia, el examen particularizado de los patrones de poblamiento prehistóricos significa un intento por conocer una parte de la conducta social pasada. Detrás del cuerpo de variables, que son formalizadas y articuladas a partir del registro arquitectónico, subyacen numerosas facetas que hacen al comportamiento cultural. Dentro de una concepción normativa, estos estudios no se limitan al conocimiento de las formas y usos de los edificios; permiten además aproximaciones probabilísticas hacia tópicos francamente apasionantes, como la estrategia adaptativa, los intercambios de energía, la concentración humana en espacios definidos, el planeamiento urbano, la organización social, la religiosidad, el mutualismo, la competencia, el comensalismo, la paz y la guerra.

Dos clases de eventos se diferencian en la arqueología científica; el dato percibido durante la exploración de la cultura material —que el investigador transforma en información— y la inferencia que se practica a partir de aquella. Los datos son captados y clasificados a partir del registro arqueológico y luego son explicados por probabilidad. Así es posible inferir modelos explicativos sobre la subsistencia y, trascendiendo hacia terrenos más cenagosos, recomponer los ordenamientos sociales, políticos y religiosos articulados con aquellas

tecnologías percibidas. A estos niveles se accede mediante propuestas o hipótesis, es decir enunciados sujetos a contrastación por los propios datos empíricos.

Para procrear este examen la Arqueología se encuentra auxiliada por información que aportan otras disciplinas empíricas, como la Ecología, la Estadística, la Etnografía, la Etnohistoria, el Folklore, la Antropología física y la Lingüística; así como por la Lógica y la Epistemología, quienes dan fundamentación racional a su diseño teórico.

En no pocas ocasiones haremos referencia a términos que corresponden al léxico antropológico cuyos conceptos forman parte del cuerpo teórico metodológico de esta disciplina, definiendo sus aspectos inherentes. Sin pretender introducirnos con ello en una discusión sobre teoría antropológica —con lo cual nos desviaríamos de los reales objetivos de esta obra—, es preciso adoptar las recomendaciones de A. Spaulding (1968) y definir los significados que alcanzan esos términos, anticipando potenciales abstracciones y ambigüedades que conducirían a errores conceptuales.

Período: Es una unidad de tiempo convencionalmente delimitada y que varía según la categoría espacial en estudio. J. H. Rowe caracteriza esta unidad en términos que compartimos: "... *El uso de un sistema de periodos más que etapas para organizar los datos arqueológicos, es una ayuda valiosa para aclarar el pensamiento en la interpretación cultural...*" (J. H. Rowe; 1962).

Etapas: Es un concepto histórico-evolutivo caracterizado por grupos de rasgos esenciales y culturalmente estructurados. Estos aparecen en forma sincrónica en un espacio físico reducido, u "homotaxialmente" en áreas de mayor extensión. La etapa está básicamente definida por ítems culturales, aunque subyacen en ella significaciones temporales.

Fase: Es un conjunto cultural suficientemente caracterizado como para ser diferenciado, temporalmente, de otros anteriores y posteriores, definidos por similares mecanismos.

Sitio (arqueológico): Para nosotros será sinónimo de área de instalación, o área intramuros, o área urbana; representa el espacio ocupado por partes construidas, asociadas o no y de diferente morfología, cualidad y dimensiones. Dentro del sitio se inscriben diferentes locus de actividades que pueden ser arqueológicamente captados o inferidos. El sitio puede estar formado por una instalación residencial que incluye tumbas y partes edilicias articuladoras, de servicio, económicas y públicas, como calles, basurales, plazas, depósitos, talleres, campos agrícolas, canales o cualquier indicio de actividad humana. Puede

presentarse inscripto entre partes construidas que hacen las veces de límites de ocupación o no; poseer un trazado urbano disperso o concentrado; ostentar un crecimiento planeado, espontáneo o mixto y un contexto de edificación articulado por partes arquitectónicas ad hoc; o ser un simple agregado de partes sin indicios arquitectónicos de asociación.

Locus (lugar) de actividad: Es la porción mínima de espacio dentro de un área de instalación donde se localizan eventos culturales. El locus de actividad es un concepto básico que articula energía con tecnología y ha recibido ajustadas consideraciones por autores como L. Binford (1964) y M. Schiffer (1976). Para nuestros especiales fines estos lugares de actividad pueden presentarse tanto encerrados entre muros como libres de ellos; a la vez que un recinto puede eventualmente contener uno o más locus.

Horizonte: M. Uhle (1913), A. Kroeber (1944) y G. Willey-P. Phillips (1958) fueron los responsables de introducir y formalizar este concepto en la antropología americana. Los mencionados en último término lo definen como una categoría cultural integrativa, caracterizada por una continuidad primordialmente espacial, representada por rasgos culturales y asociaciones cuya naturaleza y modo de ocurrencia permite suponer una amplia dispersión geográfica y rápida ocupación temporal.

Tradicición: Es una continuidad primordialmente temporal representada por configuraciones persistentes en el tiempo de tecnologías u otros sistemas de formas relacionados (Willey-Phillips; 1958). Se trata, como en el caso de Horizonte, de un concepto cultural integrativo. Su aparente ambigüedad espacial es a menudo superada mediante el empleo de un segundo término, más calificativo, como "Tradicición regional", "Tradicición areal", etcétera.

Proceso cultural, arqueología procesual

El estudio de los procesos sociales a partir del reconocimiento de las transformaciones del contenido de los sistemas culturales, ha interesado largamente a los antropólogos. Dentro de la teoría arqueológica contemporánea esta tendencia ha sido llamada "escuela de procesos", dado que enfatiza el estudio del cambio cultural a través del tiempo —objetivo al que se agregan los estudios de las regularidades y variabilidades culturales en el espacio—. La instrumentación científica de estos objetivos se procrea por medio de modelos, o teorías de rango medio, encuadradas dentro de un marco teórico general que enuncian y contrastan hipótesis, explicaciones y predicciones sobre el desarrollo de la cultura.

La arqueología procesual se apoya en datos y

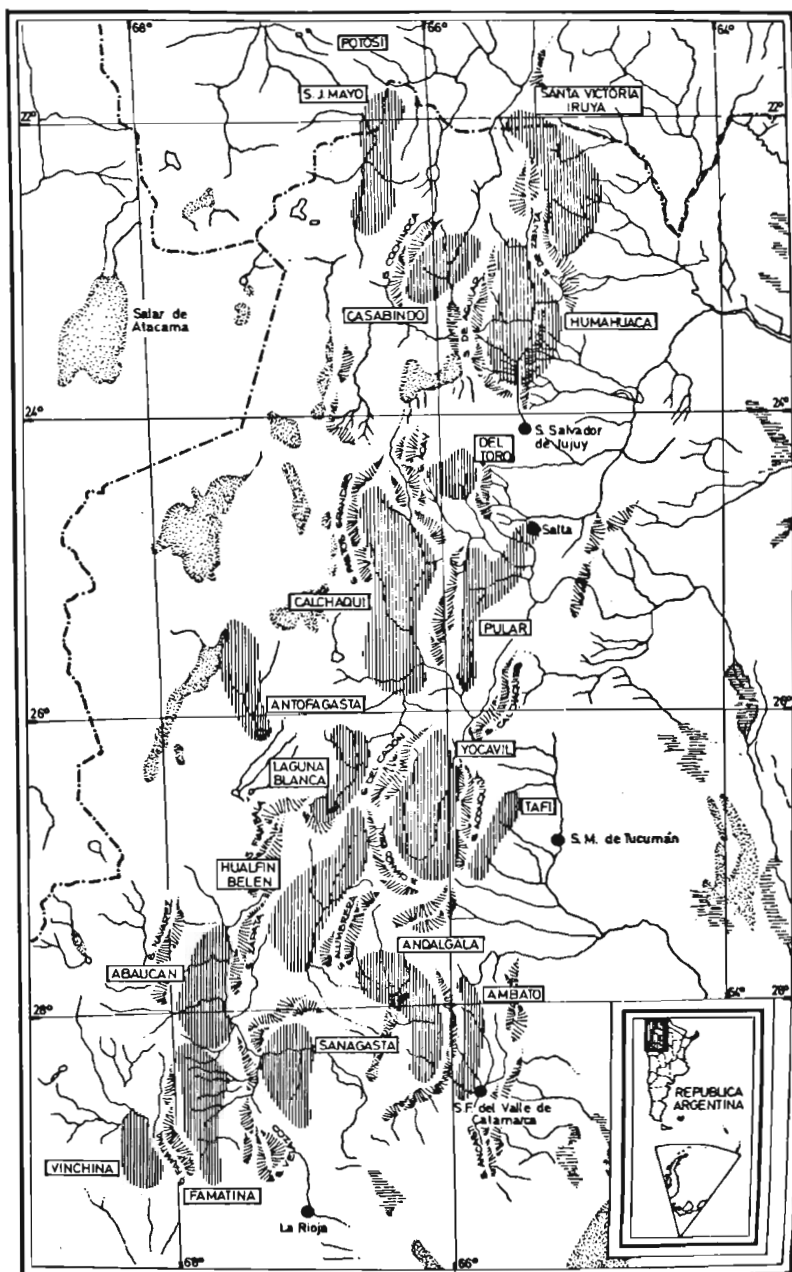


Figura 1. 1: Regiones arqueológicas del Nordeste argentino con arquitectura perdurable. En el mapa de referencia (abajo/derecha) está acotada el área ocupada por sistemas culturales sedentarizados y productores de energía.

arriba a generalizaciones empíricas sobre la base de la recomposición de los productos materiales del pasado. Por la naturaleza de su registro, esa base empírica está constituida por datos tecnococnómicos, estructurales (habitationales), ecofáticos y artesanales. Es inocultable que dentro de ese cuerpo documental, el estudio de los procesos culturales se apoya fundamentalmente en los datos tecnococnómicos y artesanales, circunstancia a la que no escapa la recomposición del proceso cultural del Norte argentino.

Nuestro modelo para resumir el proceso cultural del Norte argentino a partir de la emergencia del sedentarismo —unos 2500 años atrás de nuestro tiempo— es una teoría de rango medio inscripta en el marco teórico general del neo-evolucionismo cultural, con vectores multilineales. Este modelo ofrece ostensibles diferencias de marco teórico con el diseño de periodificación formulado para el mismo universo por V. Núñez Regueiro (1974), fundamentalmente porque no se ha privilegiado el dato arqueológico articulado con los llamados modos de producción, sino en los sistemas de poblamiento. Tampoco es un diseño eminentemente tecnológico, dado que usaremos esquemas antropológicos sobre las progresivas formas de organización social, siguiendo los perfiles trazados por E. Service (1971).

Nos hemos apartado asimismo de las normas que rigieron periodificaciones ya tradicionales en la Arqueología de Argentina, como las de W. Bennett y sus alumnos (1948) y A. R. González (1955, 1963 y 1977) basadas fundamentalmente en los estilos artefactuales —fundamentalmente cerámica, lapidaria y metales— registrados en unidades funerarias.

Sin el ánimo de desvalorizar aquellos modelos —circunstancia impracticable por cuanto en ellos se ha apoyado temporalmente éste—, potenciaremos los datos de la instalación indígena, su basamento tecnológico y sus formas, usos y clases de agrupamientos. No es éste un perfil esencialmente técnico, por gracia de la intervención de registros involucrados con el subsistema religioso y por la extrapolación de formaciones sociales, compuestas en los aludidos modelos de Service, tres de los cuales —tribus-señoríos y estado antiguo— se hayan representados.

Es obvia por demás la finalidad perseguida: explicar conductas sociales a través de los relictos de sus poblados estables; recomponer su estrategia adaptativa, organización social y religiosa; y explorar hasta donde sea posible las múltiples variables que reflejen pautas de la ocupación y usufructo de los territorios, de la competencia y el mutualismo cultural.

En suma, intentaremos explorar, hasta donde sea posible la conducta pautada de entidades

culturales orgánicas, interrelacionadas, abiertas y dinámicas, definidas como sistemas culturales.

Partiendo de este marco teórico e instrumentación, el proceso cultural amerindio de la porción argentina del mundo andino ha sido segmentado en dos grandes etapas: la **Nómada**, que comenzaría unos 12.000 años atrás, y la **Sedentaria**, que sucede gradualmente a la primera a partir de la mitad del primer milenio antes de Jesucristo. Esta segunda etapa, que inaugura el uso del dato arquitectónico y urbanístico como campo de estudio, es dividida por nosotros en cinco estadios, a saber:

- 1- **Período Formativo:** Con una extensión relativa de 1300 años y una bipartición en dos subperíodos:
Formativo Inferior: Que comprende aproximadamente entre los 500 años antes de Jesucristo y 400 de la era cristiana.
Formativo superior: Inscripto entre la fecha última y el 900 d. C.
- 2- **Período de Desarrollos Regionales:** Con una extensión ubicada desde la última fecha aludida hasta la invasión de Thopa Inka Yupanki, en 1471 d. C.
- 3- **Horizonte Inka:** Con una duración de poco más de 60 años a partir de la fecha de la invasión, hasta la caída del Tawantinsuyu, en 1532.
- 4- **Período Hispano-Indígena:** Comprende el lapso que media entre el descubrimiento del Norte argentino por Diego de Almagro, en 1535, hasta la derrota y desarraigo final de las poblaciones calchaquies, a mediados de la década de 1660.

El Formativo es esencialmente el tiempo de los **dominios tribales**, y aún cuando en él persisten las **Bandas** nómades, no constructoras de aldeas, significa el orden de las sociedades multicomunitarias, sedentarizadas en poblados estables y productoras de energía que suceden muy gradualmente a aquellas **Bandas** captadoras de energía, a partir de la segunda mitad del primer milenio antes de Jesucristo. Este tiempo formativo es sucedido por otro, ocupado en parte por una estructura social de tipo **Cacicazgo**, **Jefatura** o, si se quiere, **Señoríos** estilísticamente regionalizados; sociedades también multicomunitarias y articuladas por relaciones de parentesco social, aunque diversificadas internamente en rangos de prestigio a partir del Jefe. Fueron constructores de instalaciones urbanizadas y portadores de una conciencia territorial más definida que las tribus. La civilización Inka irrumpe en el Siglo XV trayendo notorios avances tecnococnómicos y sociales, por lo que no es difícil deducir que, bajo el nuevo orden, se produjeron profundas transfiguraciones en las

Jefaturas locales, las que pasan a depender del Estado cuzqueño.

Esta retrospectiva, no exclusivamente tecnocómica, se ha trazado con un inocultable dogma neo-evolucionista y bajo una tendencia arqueológica procesualista.

Difusión cultural - Evolución cultural

La Difusión es un mecanismo por el cual uno o más rasgos de la cultura material se transmiten horizontalmente desde un foco, incorporándose en forma selectiva sobre entidades receptoras. Una definición antropológica normativa de la difusión cultural al estilo de L. Binford expresaría transmisiones de ideas subyacentes a los objetos materiales, entre entidades culturales con discontinuidad espacial y no vinculadas por educación regular; entendiéndose por esto al aprendizaje que da lugar a la transmisión de ideas entre generaciones de una misma cultura.

Los intercambios de bienes, el comercio, la reciprocidad, las nuevas relaciones de parentesco real o ritual y la transmisión horizontal de un culto religioso, son algunos de los mecanismos más usuales generadores de difusión cultural.

Desde los tiempos decimonónicos de G. Elliot Smith y G. Schmidt, iniciadores del pensamiento difusionista en la antropología, este paradigma compite con el Evolucionismo cultural procreado por E. Tylor y L. Morgan; encarándose ambos como las vertientes explicativas fundamentales de la historia de las sociedades humanas.

Como concepto colateral al de difusión, el foco cultural es el ámbito donde los rasgos en cuestión poseen mayor gama de presencias cuali y cuantitativas; lo cual se explica como el espacio donde éstos tuvieron su origen. Por razones a veces discernibles, el foco cultural es también el lugar donde los cambios culturales se producen más aceleradamente que en las regiones circundantes.

El mecanismo generador de cambios culturales tradicionalmente contrapuesto a la difusión es el llamado de "Inventiva cultural independiente". Este expresa que la innovación en el repertorio cultural es la consecuencia de factores locales o endógenos, que actúan independiente de "in-puts" externos al sistema cultural.

Durante los primeros momentos de las investigaciones arqueológicas en el Nuevo Mundo la falta de buenos datos empíricos y de una cronología más o menos precisa, dificultaron la búsqueda de pruebas tanto en favor de la invención autónoma como de la difusión cultural, generando interpretaciones altamente especulativas. Dentro de estas tendencias pueden mencionarse las hipótesis hiperdifusionistas extracontinentales que

intentaron entrelazar genéticamente las civilizaciones del Nuevo y Viejo Mundo. En la actualidad, los avances consumados en las disciplinas antropológicas, han permitido precisar con mayor objetividad la intervención de una u otra vertiente explicativa.

La clásica antinomia "difusión-inventiva independiente" es tan vieja como la misma historia de la antropología, y en su devenir uno y otro bando se han apuntado, alternativamente, victorias parciales. Así, por ejemplo, la tesis del origen independiente de las civilizaciones del Viejo y Nuevo Mundo, generada allá por los años 20, parece haberse impuesto a las hipótesis difusionistas. Como contraparte los cambios culturales acaecidos dentro del continente americano parecen responder en mayor grado a procesos difusorios que a invenciones autónomas. Frente a esta antinomia nuestra posición será francamente ecléctica y quedará explicitada cuando, a lo largo de estas páginas, utilicemos alternativamente ambos mecanismos para explicar la presencia de ciertos rasgos de la instalación humana. **Las estrategias difusionistas y de desarrollos independientes tomadas excluyentemente son insuficientes para explicar el cambio cultural**, del mismo modo que el evolucionismo biológico lo es para interpretar el origen y desarrollo de las sociedades humanas y, ante lo cual, se ha apelado al evolucionismo cultural.

Superada esta caracterización general entre la difusión y la invención independiente vale la pena adelantarnos al temario que trataremos en el punto II de este capítulo. En el dominio de la instalación humana prehistórica, cualquiera haya sido la causa generadora del cambio cultural, sus efectos arqueológicos merecen un estudio particularizado, para luego integrarlos con los de los artefactos y ecofactos. A diferencia de la cultura material transportable, los cambios en los asentamientos dependieron más íntimamente de factores físicos, climáticos y ecológicos, que validaron la funcionalidad de los nuevos rasgos, rechazaron su posible difusión, o simplemente inhibieron su incorporación al repertorio cultural. Estas alternativas son muy propias en la instalación humana del pasado y, a diferencia de las artesanías —cuya aparición dentro del repertorio cultural prehistórico no siempre obedece a una razón de utilidad tecnocómica— se hallan más sujetas a las variables ambientales y culturales pre-existentes.

Inducción y Deducción en arqueología

La concepción inductivista como fuente generadora de hipótesis ha sido el camino metodológico masivamente utilizado por la arqueología ortodoxa. La inferencia por inducción procrea hipótesis con un grado más o

menos alto de probabilidad, a partir de casos particulares extraídos del registro arqueológico. Son también frecuentes, y aceptados como vertientes generadoras de hipótesis, los datos aportados por otras disciplinas de las ciencias sociales y naturales, como el folklórico, la etnohistoria y la ecología. Estos datos no arqueológicos proveen hipótesis por inducción, las que deberán ser contrastadas para verificar si son aceptadas o rechazadas.

La inferencia deductiva más simple es la tipología de los artefactos o de la instalación arqueológica. Sobre la base de estas tipologías los restos son ordenados a la manera de una fórmula matemática. Pero cuando el arqueólogo comienza a efectuar estadística de estos vestigios y avanza en la interpretación de los mismos, buscando la conducta del hombre que los hizo, ya está practicando nuevamente la inducción.

Las dificultades en el empleo de la deducción en arqueología se producen en los niveles más complejos que los de la tipología. La relatividad del registro arqueológico hace que estemos lejos de conformar generalizaciones o leyes arqueológicas universales, a la manera de las ciencias exactas. En cambio son aceptables las llamadas "leyes probabilísticas o cobertoras arqueológicas", parcialmente confirmadas por casos particulares —es decir por inducción— siguiendo la tendencia utilizada por las ciencias sociales.

En arqueología la inferencia deductiva es más dificultosa de practicar que la inductiva y poco es lo que puede avanzar sin el apoyo de la inducción. A la vez la lógica deductiva tiende a poner a prueba —confirmar o negar— las hipótesis arqueológicas formuladas por inducción; por lo que en definitiva la inducción y la deducción se entremezclan permanentemente en un juego dialéctico.

No podemos sustraernos a la tentación de practicar algunos ejercicios didácticos mediante la aplicación de inducción-deducción y que articulan —simplificando datos— los casos Tiwanaku-La Aguada y el de Las Cuevas.

En ambos haremos intervenir exclusivamente los registros arqueológicos, por lo que dejamos para los próximos puntos la participación de analogías desde otras disciplinas.

Caso A. Tiwanaku-La Aguada (Draconiano)

1. Luego de las fases observacionales y clasificatorias se comprueba:
 - a. El alíplano puncheo marca una amplia discontinuidad espacial entre el lago Titicaca (foco de Tiwanaku) y los valles de Ambato y Huallín (focos de La Aguada).
 - b. Existe sincronía entre la iconografía central de los estilos entre ambas culturas (el

jaguar, el sacrificador, los bastones de mando, etc.).

- c. Esta iconografía aparece en un estado de complejización artística y desarrollo tecnológico (por ejemplo la técnica metalúrgica del bronce), sin que medien manifestaciones arqueológicas locales y preexistentes a ambas culturas.
2. Hipótesis:
 - a. Tiwanaku y La Aguada fueron generadas por difusión a partir de un foco externo y más antiguo que ambas.
 - b. Existe paralelismo y homotaxialidad (equivalencia cultural) entre ambas.
 3. Contratación de hipótesis: Deberá investigarse si existen o no otras similitudes estilísticas en otros rasgos de la cultura material Tiwanaku-La Aguada. Con ello practicaremos nuevamente deducción-inducción y evaluaremos el carácter predictivo del caso.

Caso B. Las superposiciones arquitectónicas en Las Cuevas

1. Observación-descripción: Las excavaciones estratigráficas en los montículos N. y W. de Las Cuevas revelaron superposiciones de unidades residenciales y posiciones horizontales confusas, hasta el punto que la ubicación de una vivienda entorpecía el acceso a otra.
2. Hipótesis: Por lo tanto se proponen diferencias temporales en la construcción de esas habitaciones.
3. Contratación de hipótesis: Deberán esperarse entonces diferencias estilísticas y cronológicas en otros componentes, como los artefactuales y en la radiometría, de los diferentes pisos de las habitaciones superpuestas. Tanto la tipología de los artefactos (deducción-inducción) como el C₁₄ aceptaron la hipótesis. Este caso será considerado predictivo en el Capítulo V.

Modelo

La formalización de modelos configura un mecanismo frecuente dentro de los preceptos de la arqueología contemporánea. Esencialmente los modelos con conjuntos teóricos, analógicos y matemáticos que articulan la teoría general con el registro arqueológico. Han sido conceptualizados como teorías de rango intermedio entre los grandes paradigmas antropológicos (p. e. evolucionismo, teoría sistémica, funcionalismo, etc.) y los datos. Un modelo arqueológico articula hipótesis o grupos de hipótesis que simplifican observaciones complejas y ofrecen un marco predictivo que estructura esas observaciones (D. Clarke; 1968). El uso de modelos se ha generalizado por las

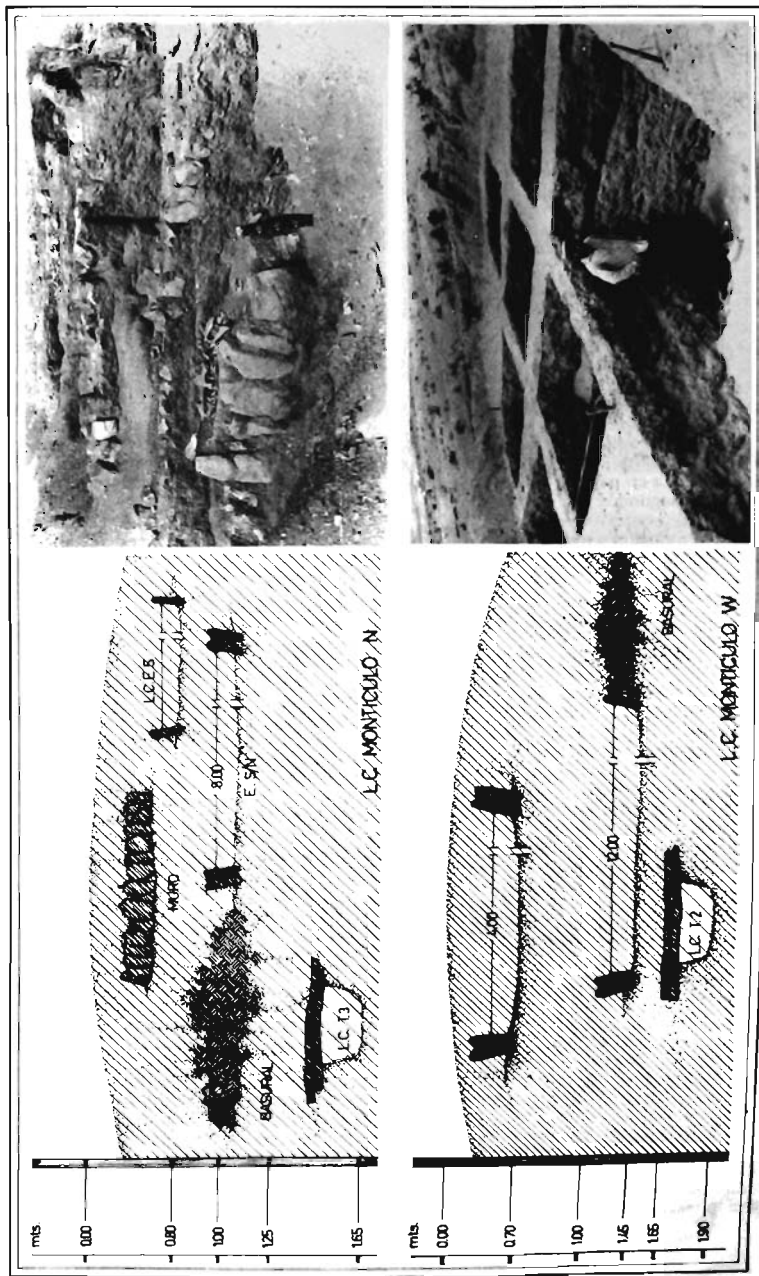


Figura 1.2. Superposiciones arquitectónicas en los montículos N y W, de las Cuevas (excavadas por el autor entre 1971 y 1972). La base del montículo N, proporcionó la datación radiocarbónica más antigua para una estructura arquitectónica del N.O. argentino: 335 ± 60 antes de Cristo. (F. y Piva, A.)

ventajas que ofrecen al simplificar los datos, separando la información relevante de aquella que carece de significancia, lo cual favorece un manejo analítico más ágil. Existen diferentes rangos de modelos, siendo los más sencillos los llamados "icónicos" por Clarke y que pueden ejemplificarse con un histograma de frecuencias de artefactos en una unidad espacial, o un mapa con distribución de sitios arqueológicos. En un mayor nivel de complejidad se sitúan los modelos "análogos" que articulan por extrapolación de datos etnográficos, históricos y de sociedades complejas actuales hacia tiempos prehistóricos. Estos modelos conducen a generalizaciones empíricas a partir de hipótesis extraídas de datos no arqueológicos, contrastados con los de la cultura material.

Los modelos pueden ser "sincrónicos-funcionales" cuando articulan observaciones en datos contemporáneos u horizontales y "diacrónicos o procesuales" cuando interviene el parámetro tiempo (P. Watson, S. Le Blanc y Ch. Redman; 1971). Ya en páginas anteriores hemos recalado en los segundos para perfilar el proceso cultural prehispánico del N. O. argentino. Los modelos sincrónicos son valiosos como organizadores y simplificadores de las variables, en sistemas culturales de localización espacial y corto lapso cronológico. Por ellos transitaremos durante el punto III de este Capítulo.

La contrastación de los modelos procesuales es más complicada que la de los sincrónicos. En las transformaciones del contenido de los sistemas culturales participan rasgos-variables independientes y articulados, medibles o aleatorios y muchos de ellos son no-materiales o quedan en el camino del tiempo, por lo que no son captados en el registro arqueológico. A la vez el uso de la analogía etnográfica directa queda restringido a los tiempos cercanos al momento del dato etnográfico. Los modelos procesuales obligan al arqueólogo a buscar las causas generadoras de los cambios a través del tiempo, lo cual significa un esfuerzo superlativo para discernir sobre filogenia cultural, uno de los tópicos más complejos de explicar.

La arqueología experimental y la etnoarqueología

Son dos mecanismos explicativos que conducen a articular el registro arqueológico con la conducta cultural de quienes lo crearon. La arqueología experimental significa reproducir una experiencia de ocupación humana sobre una estructura habitacional o de un área de instalación arqueológica, con el propósito de observar las relaciones de causas y efectos de dicha ocupación.

Consumar un experimento de esta naturaleza significa intentar una explicación émica de la

relación entre la arquitectura y la conducta cultural prehistórica, es decir, desde el propio punto de vista de esa cultura. Es para nosotros una apetecible expresión de deseos que endosamos a los arqueólogos argentinos del siglo XXI.

La etnoarqueología apela en cambio a una perspectiva ética, para la cual utiliza la analogía cultural, mecanismo inductivo-deductivo que permite inferir significados de parte de los datos arqueológicos. Este se instrumenta trazando relaciones arquitectónicas entre rasgos de la cultura material prehistórica, con congéneres utilizados por grupos etnográficos, folklóricos, o por pueblos históricos descriptos por los cronistas de su época. La analogía es directa cuando se tiende entre datos etnoarqueológicos de regiones con continuidad cultural; e indirecta cuando entrelazan datos de cualquier tiempo y región. La etnoarqueología propone de este modo una permanente interrelación **entre la cultura material recuperada por la arqueología, con la conducta cultural observada en sociedades etnográficas o etnohistóricas**. Obviamente esta articulación se cristaliza por los llamados modelos análogos.

Las observaciones etnográficas y los datos etnohistóricos pueden ser vertientes generadoras, pero no contrastadoras de hipótesis. Entre muchas propuestas pueden puntualizarse las que versan sobre la elaboración y empleo de los artefactos; las áreas de actividades (locus) dentro del espacio habitacional familiar, el uso del espacio urbano y del hábitat. La etnoarqueología aporta una vertiente inagotable de datos que permiten paliar las dificultades de una disciplina que dependería, sin su ayuda, de sus propias observaciones sobre la cultura material; con lo cual serían imposibles las recomposiciones de las relaciones de parentesco, políticas y religiosas de las sociedades arqueológicas.

En esta obra apelaremos a la analogía etnográfica directa cuando el dato o los modelos a comparar hayan sido recuperados o formulados por excavaciones controladas. Limitaremos su intervención hacia aspectos concretos de la instalación humana indígena, pero no escaparemos a la extrapolación de modelos sociopolíticos etnográficos generalizadores, tal como fuera expuesto en nuestro modelo de proceso cultural. La utilización de modelos etnoarqueológicos para recomponer sociedades prehistóricas es el mecanismo operativo para explorar conductas sociales pasadas. Tomaremos, sin embargo, los recaudos atendibles cuando la extrapolación atraviese por circunstancias poco claras; ateniéndonos a la cautela que sugiere G. Daniel (1968), especialmente cuando la interrelación abraza tópicos psicológicos de la cultura.

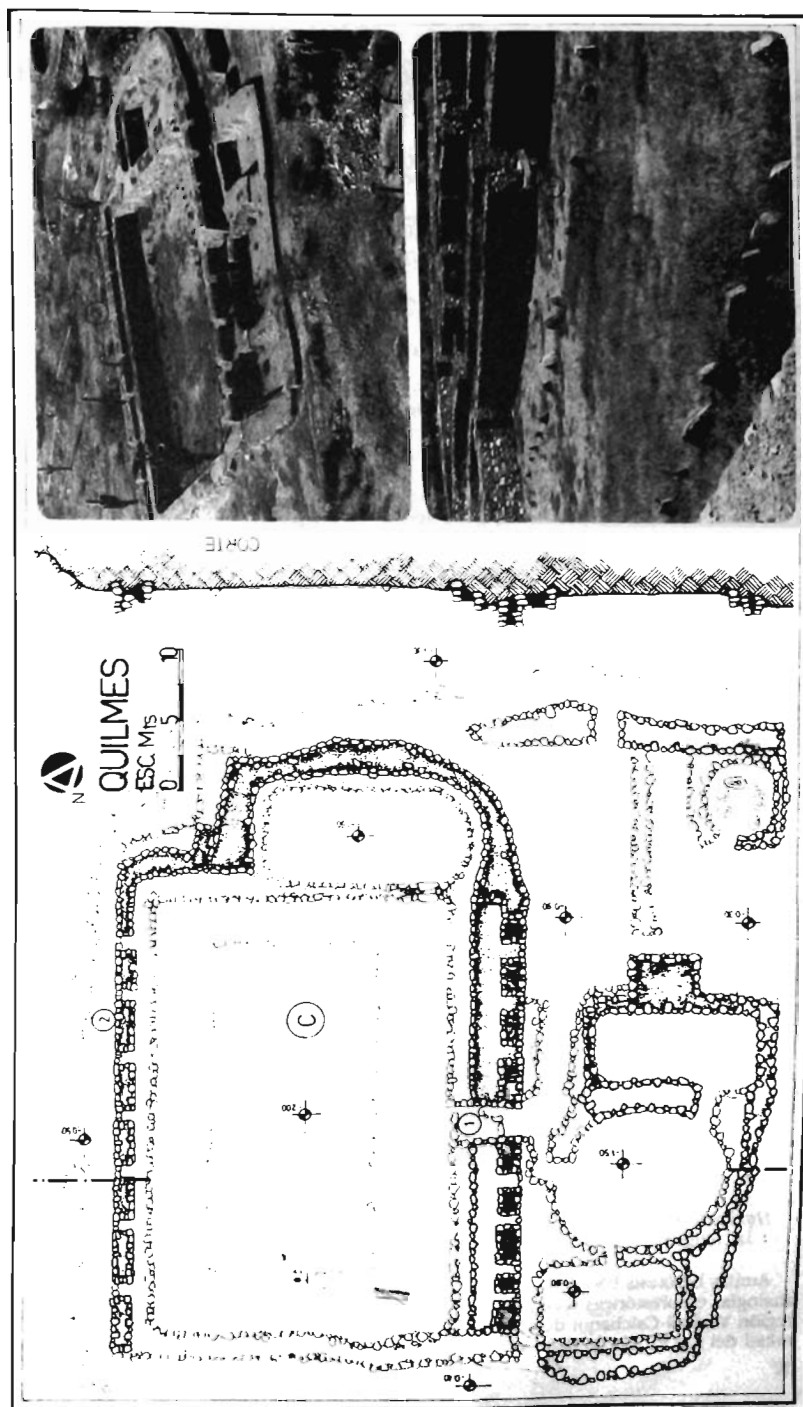


Figura 1.3: Una de las bases comunales del sector bajo de Quilmes de Yacovili (f. y pta. A.)

Las analogías culturales ostentan singular precisión cuando las contrastaciones alcanzan datos de diferente origen pero referentes a una misma entidad, como los aportados por la etnohistoria y la arqueología sobre la cultura Inka. También cuando articulan información sobre objetos estructuralmente similares, alojados en el mismo espacio y con parámetros temporales próximos.

La utilidad de la analogía cultural decrece a medida que nos introducimos en las profundidades de la prehistoria. Las limitaciones del registro arqueológico y la ausencia de modelos sociales para la extrapolación toma indirecto a este mecanismo.

El empleo de las analogías culturales para la reconstrucción arqueológica suele ser pródigo y, a veces, peligrosamente arbitrario. Su utilización ofrece dos alternativas, o bien se practica luego de concluidas las fases de observación y descripción del dato arqueológico, coadyuvando la explicación; o bien como fuente generadora de hipótesis inductivas que el arqueólogo lleva al terreno para ser contrastadas. En el segundo caso los datos culturales son manejados en las fases iniciales de la investigación.

Simplificando las fases de un diseño de investigación, proponemos al lector un ejercicio en el que involucramos datos sobre tipo de instalación, artefactos e información histórica usada como analogía:

Caso patrón de poblamiento Yocavil

1- Observación y Descripción:

Las unidades residenciales del sistema Yocavil poseen:

- a- Grandes dimensiones de la residencia afectada para habitación y dormitorio.
- b- Depósitos de alimentos de considerable volumen y adosados a la residencia dormitorio.
- c- Recintos de molienda poblados de numerosos artefactos para dichas actividades y articulados a las residencias-dormitorios.
- d- Algunos casos de enterratorios múltiples de adultos en cámaras funerarias colectivas.
- e- Vasijas de uso culinario de gran tamaño.

2- Explicación alternativa:

Hipótesis a: La casa comunal del sistema Yocavil es el reflejo de una estructura social segmentada en familias extensas, formadas por varios individuos adultos de ambos sexos y su prole.

Hipótesis b: La casa comunal es el reflejo de la poligamia como estructura parental.

Ambas hipótesis han sido inducidas por analogías etnohistóricas recogidas en la propia región Yocavil-Calchaquí durante la segunda mitad del s. XVI. Por lo tanto válidos por mediar

un lapso breve entre la información que estamos interpolando.

La estrategia alternativa sobre este caso sería partir de una o más hipótesis por inducción, apoyadas en información etnohistórica —relaciones de parentesco entre los señorios calchaquies— y desandar luego el camino de su contrastación con los datos que provee el registro arqueológico.

En cuanto a la analogía de partes arquitectónicas, sus posibilidades de utilización son francamente pródigas y serán contempladas al tratar el tema de las estrategias de muestreo arqueológico en instalaciones con arquitectura de superficie (Cap. III).

Homotaxialidad

Su conceptualización nace de las definiciones de horizonte y tradición. La homotaxialidad cultural es utilizada para tender equivalencias culturales entre etapas y períodos de diferentes áreas arqueológicas, las cuales, no obstante presentar desfasajes temporales, poseen rasgos culturales estructuralmente similares; a tal punto que dentro de la escala relativa de proceso cultural, deben ser ubicados dentro de la misma etapa.

La homotaxialidad o *equivalencia cultural* es, como horizonte y tradición, una categoría para la integración histórica cultural, por cuanto conjuga espacio-tiempo-cultura. Es una herramienta útil para el antropólogo empeñado en los estudios de procesos culturales comparados y entre grandes categorías espaciales, como por ejemplo a nivel continental.

Rasgo cultural

El rasgo puntualiza las distintas partes constitutivas que el análisis arqueológico aísla, formaliza e integra para reconocer los objetos (observación), realizar su taxonomía y, finalmente, explicar el sistema cultural que los contiene. Desde una perspectiva ética los rasgos arqueológicos son variables que poseen cualidades o atributos que son captados por el investigador a partir del estudio del registro arqueológico.

Los rasgos variables de la cultura material (o términos para el caso de la lingüística) no deberán tratarse como unidades indivisibles. Es necesario analizar sus atributos internos, la articulación y covariación existente entre ellos. La estrategia desarrollada en el "proyecto Inka" consistió en mecanismos para aislar y definir los rasgos arquitectónicos Inka, para posteriormente articularlos con sus congéneres. Una parte de esos rasgos pudo integrarse con sus pares, conformando recintos y, aún, contextos de edificación. Esto sucedió por ejemplo con el conjunto "usnu-hastial-kallanka-plaza

intramuros" o con el "collicas-Inkañan", o con el grupo de rasgos defensivos compuesto por "muro perimetral-banqueta-tronera-torreón atalaya", y así un repertorio alternativo de diferentes combinaciones de rasgos arquitectónicos Inka que se ofrecían concatenados y covariaban tanto en correlación directa o positiva como inversa o negativa, formando diferentes contextos de edificación.

Sin apartarnos de la perspectiva ética, en los próximos capítulos emprenderemos una estrategia similar para componer grupos alternativos de rasgos arquitectónicos y, de sus combinaciones, recomponer y comparar estructuras y conductas urbanas.

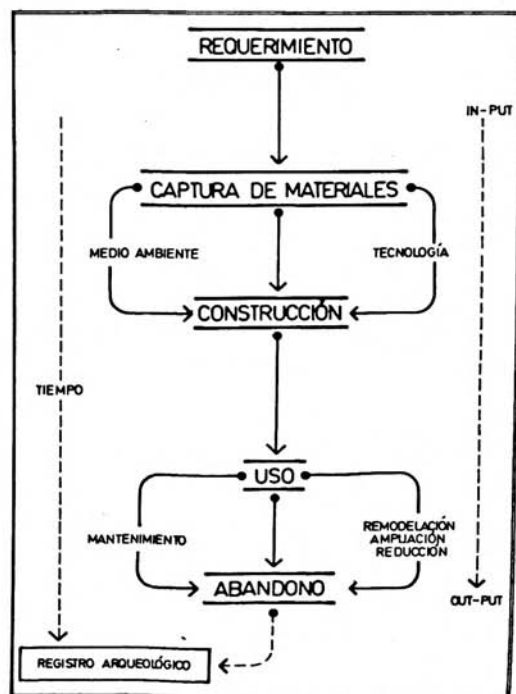
Como corolario a esta introducción teórica vaya una reflexión destinada a quienes desconocen los replanteos de la arqueología contemporánea. Desde nuestro punto de vista, la percepción del dato arqueológico es un fenómeno que, sin excepciones, se efectúa con un filtro de subjetividad. Existe una lógica

interferencia entre la conducta del hombre prehistórico y la explicación que hace la arqueología. Esa interferencia comienza a producirse en la propia observación del registro y se acentúa durante la transferencia de éste último en información.

Por estas razones es que los mayores esfuerzos de la nueva arqueología se han concentrado en perfeccionar las formas de recuperar los datos empíricos. Para esto se trata de eliminar, durante las fases de observación del dato arqueológico, a las inferencias, el empleo de analogías y prejuicios teóricos.

II- La instalación humana como dato arqueológico.

Una visión esquemática del proceso de transformación que sufre una parte arquitectónica prehistórica, desde su concepción hasta la recomposición que de ella realiza la arqueología, puede puntualizarse en el siguiente modelo de flujo:



El dato arqueológico recoge una parte de este proceso de transformación, en dependencia con el grado de perdurabilidad de los elementos —variables naturales y culturales— que intervinieron en la construcción y mantenimiento de esa parte arquitectónica; y de los factores mecánicos, químicos y antropológicos, que pudieron perturbarle durante su uso y, fundamentalmente, luego de su abandono.

La concepción de ese registro arquitectónico significó para el hombre prehistórico un gasto energético y esfuerzo tecnológico particularizado de aquéllos que pudieron demandarle la invención de los artefactos. En covarianza positiva o directa los exámenes arqueológicos sobre esta clase de datos transitan por caminos también particularizados. Algunos de los puntos principales que apoyan estas características del dato arquitectónico pueden resumirse como sigue:

- a- La estrategia observacional, el relevamiento y la clasificación del dato arquitectónico es un proceso que se realiza exclusivamente en el propio terreno. A diferencia de lo que ocurre con los artefactos y ecofactos transportables, las etapas arqueológicas de laboratorio son muy restringidas.
- b- Un evento de remodelación de una parte arquitectónica prehistórica significó la transformación parcial o total de su concepción original, la cual es difícil de captar arqueológicamente.
- c- Pivoteando exclusivamente en el dato arquitectónico, como base para la construcción de un esquema de proceso cultural, las fases de ese proceso ostentan diferencias con las construidas en base al estudio de los artefactos.
- d- Las transfiguraciones o cambios de la cultura, registrados por datos arquitectónicos, son más expeditivos y posibles de pesquisar en tiempo y espacio, en razón de que poseen una menor dinámica difusoria y estadios evolutivos mejor acotados.
- e- Los rasgos arquitectónicos tienen mayor probabilidad de difundirse por migraciones, conquista militar e imposición religiosa. Mientras que los artefactos lo hacen en mayor medida por intercambio comercial.
- f- La difusión e incorporación de un estilo arquitectónico al repertorio cultural receptor debe sortear, además del potencial rechazo de los sensores locales, las posibilidades ecológicas (materias primas disponibles del nicho ecológico) para resolver técnicamente la moda recibida. Esta inhibición no pesa en igual

medida en el caso de los artefactos. La prehistoria del Nuevo Mundo está colmada de ejemplos de difusión de artefactos que modifican la cultura receptora, sin que ellos estén acompañados por cambios en el sistema de poblamiento.

- g- Cuando mayor fue el desnivel en el grado de desarrollo cultural entre emisora y receptora, más difícil resultó para la segunda asimilar el nuevo estilo arquitectónico. La ostensible diferencia en los desarrollos urbanísticos entre los estados antiguos de los Andes peruanos y los cacicazgos del N. O. argentino, claramente superiores que en las artes menores, así lo proponen.

Estos principios puntualizan la singularidad del dato sobre la instalación humana. Nuestra recomposición del proceso cultural prehispánico pivotará sobre esos datos, desbrozándolos en rasgos variables, independientes o articulados. Serán integrados con otros datos arqueológicos, como los artefactos y ecofactos, con el propósito de generar una información multivariable y competente para las finalidades explicativas que perseguimos.

El manejo espacial y temporal del dato arquitectónico procrea la diversificación regional de los estilos, como la segmentación de los estadios evolutivos de la cultura. La segunda alternativa concierne tanto a la creciente complejización de la vivienda familiar, como a los modelos de crecimiento urbano, dado que implican procesos de concentración demográfica creciente y nuevas respuestas tecnocómicas a los problemas que esta demanda.

No pocos ejemplos pueden utilizarse para explicar el cambio cultural a través de la complejización de la vivienda y su entorno. Es difícil imaginar una habitación provista de un pasillo, o de un deflector de viento sin que antes existiese la invención del vano o puerta. Lo mismo sucede con los dinteles y jambas, inútiles sin la previa existencia de un vano a quien coronar. Tampoco es posible concebir una ventana con prelación al techo del recinto; o de una cornisa sin antes concebir el tablero; la de columnas u horcones sin la previa existencia de techumbre; ni la de paredes revestidas de revoque antes que la de su desnudez; ni la de ladrillos de adobe sin su antecesor, el barro batido o quinchá; ni la de pisos empedrados sin la previa existencia de los desnudos; ni la de plantas cuadrangulares antes que las circulares; ni la de los planos verticales antes que la arquitectura a nivel.

En el terreno del urbanismo, los avances tecnológicos para resolver los crecientes problemas que demandó la concentración

humana, pueden también encadenarse bajo paradigmas evolucionistas. **A modo de generalizaciones empíricas proponemos que los crecimientos urbanos espontáneos precedieron a los planificados, los trazados dispersos a los concentrados, la ausencia de contextos de edificación articulados a la presencia de éstos, las vías de movilidad a intramuros son consecuencia de la concentración de edificios; el cementerio es un componente de tardía diferenciación en el proceso urbano. El Pukará fue una consecuencia de la guerra, así como esta última lo fue de la competencia. Las plazas intramuros, las calzadas, las superposiciones de edificios de diferente función y las remodelaciones, se registran en instalaciones con elevado Factor de Ocupación del Suelo (FOS); y las obras viales son el reflejo de mecanismos de movilidad y de información regularizados de un sistema cultural.**

Con mayor nivel de alcance teórico formularemos cuatro enunciados, a los que pueden asignárseles el carácter de leyes probabilísticas o cobertoras, y que se sustentan también en datos arquitectónicos arqueológicos, a saber:

- 1- Toda remodelación urbana prehistórica percibida en el registro arqueológico es el efecto de un cambio cultural.
- 2- Las diversificaciones funcionales en las instalaciones aumentan proporcionalmente con el nivel de desarrollo tecnológico.
- 3- El crecimiento de un área intramuros covarí en forma directa con el éxito reproductivo (estrategia adaptativa Darwiniana) y con el territorio del sistema cultural.
- 4- A mayor diferencia en la concentración de riqueza entre los individuos de un sistema cultural, mayores son las diferencias cualitativas en la instalación del sistema.

Bajo estos paradigmas el dato arquitectónico alcanza un nivel protagónico dentro del escenario prehistórico, y su información conduce a generalizaciones de alto valor explicativo y predictivo del comportamiento y eventos culturales del pasado.

En América precolombina el devenir de los estadios evolutivos culturales condujo hacia las llamadas civilizaciones urbanas, con la emergencia de las "ciudades-estados"; representantes conspicuos del momento culminante de esos procesos de urbanización. Nivel solamente alcanzado en las llamadas áreas nucleares del continente; Aztecas y Mayas en Mesoamérica; Chimúes e Inkas en los Andes Centrales. Pero tanto en ellas, como en otras regiones donde ese proceso no alcanzó similar jerarquía, entre las que se cuenta el N. O. argentino, el conocimiento de los patrones de

poblamiento reviste una importancia fundamental. Desde la firmeza explicativa que propone el dato de una vivienda, colectado por excavaciones científicas en locus de actividad limitados, hasta los riesgos que el prehistoriador asume cuando se propone explicar los procesos urbanísticos a nivel continental, la base empírica aportada por el dato estructural posee una jerarquía epistemológica relevante.

III- Proyecciones de la Teoría Ecológica de Sistemas a los Patrones de Poblamiento

En la primera parte del capítulo hemos puntualizado los objetivos explicativos perseguidos por la arqueología contemporánea y, posteriormente, la naturaleza y protagonismo de la instalación humana como base de datos para consumir esos objetivos. Nos queda ahora por definir la estrategia para estructurar, y articular, ese registro arqueológico, de modo que pueda ser convertido en información competentemente explicativa.

La naturaleza multivariable del hombre y sus adaptaciones ecológicas propone como alternativa más adecuada que la cultura sea observada como un sistema, integrada por componentes articulados en subsistemas (L. Bertalanffy, [1928] 1971. L. Bindford, 1965, D. Clarke, 1968. K. Flannery, 1968). Probablemente no sea obra de este tiempo el trasplante masivo de la Teoría General de Sistemas de Bertalanffy a la arqueología, a la vez que nos inquieta la cautela que sugiere S. Spaulding sobre su aplicación en arqueología. Pero es posible adaptar la llamada Teoría Ecológica de Sistemas como teoría de rango medio para describir y explicar el contenido y la conducta de los rasgos componentes de la instalación humana, como parte de un sistema general: el cultural. Este sistema general será un modelo que refleje, —en la medida que queramos que lo haga— un conjunto arqueológico multivariante, del cual puede recomponerse parte de su organización y comportamiento, tomando como base empírica el dato de la instalación.

El entorno físico —topografía, clima, fauna y flora— aporta los recursos y materiales posibilitantes que se transformarán en componentes naturales del sistema. La respuesta cultural dependió de la inteligencia para utilizar esa infraestructura, e inventar tecnología para la construcción de la vivienda, optimizar la estrategia adaptativa, crear locus para actividades privadas y públicas, enterrar a sus muertos y defenderse si las circunstancias lo hacían necesario.

Este modelo de sistema ideal está integrado por dos subsistemas funcional y causalmente interrelacionados y donde la variable tiempo es nula ($t=0$). Un subsistema estructural integrado por el medio ambiente, el área de instalación o

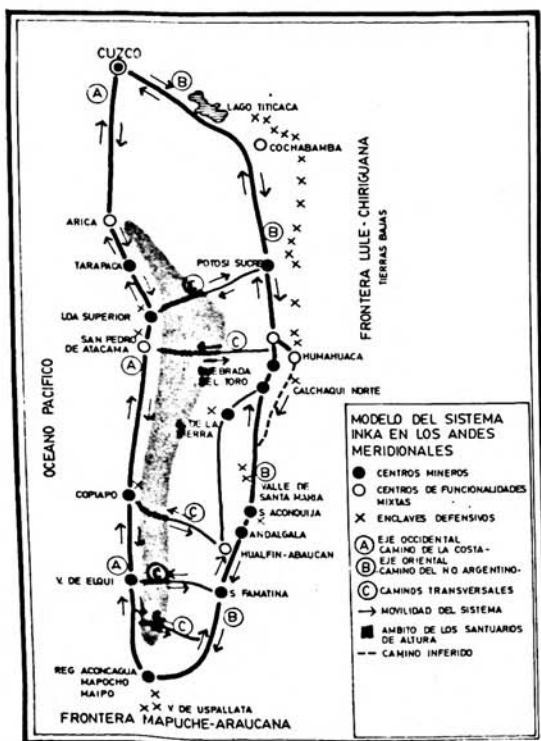
sitio y el área de ocupación regular del sistema. La suma de ambas áreas conforma lo que llamaremos "territorio", ocupado por el sistema cultural y que trataremos en el Capítulo III. El restante subsistema es el dinámico y contiene los componentes tecnológicos transportables. Ambos subsistemas involucran tópicos progresivamente complejos, como la economía, las relaciones de parentesco, la organización social y la religión: "cada uno de estos ítems representa las diferentes categorías en que puede ser segmentada artificialmente la cultura arqueológica para una perspectiva cognoscitiva". La imagen recompuesta de una instalación prehistórica es el resultado de la participación de esas variables y configura una substancial porción del sistema cultural.

Este modelo de sistema es abierto y dinámico, porque como los sistemas de la biología, es capaz de reaccionar ante estímulos naturales y culturales. Estos podrán actuar sobre una parte del sistema y su variación podrá desencadenar modificaciones en otras, por retroalimentación positiva, o bien el sistema se

regulará para mantener un estado cercano al original.

La evolución actuará tanto sobre los componentes naturales como culturales del sistema, desde la transformación en la iconografía del sistema receptor, hasta cambios modulares en las trazas urbanas, o en los mecanismos de la subsistencia, todo es susceptible a la evolución (crecimiento o decrecimiento), incluso el componente religioso; a pesar de que el hombre suele ser conservador en extremo en los tópicos relacionados con su vida espiritual. Así lo sugieren al menos no pocos ejemplos prehistóricos, históricos y actuales.

El estudio de estos cambios, de su regularidad, de sus causas y de los efectos percibidos en la cultura material es afán esencial de la arqueología procesual. Cuando estas metas son perseguidas por los senderos de la perspectiva sistémica, se dice que el cambio cultural fue provocado por efectos de retroalimentación positiva ante estímulos (energía, información, materia) que penetraron



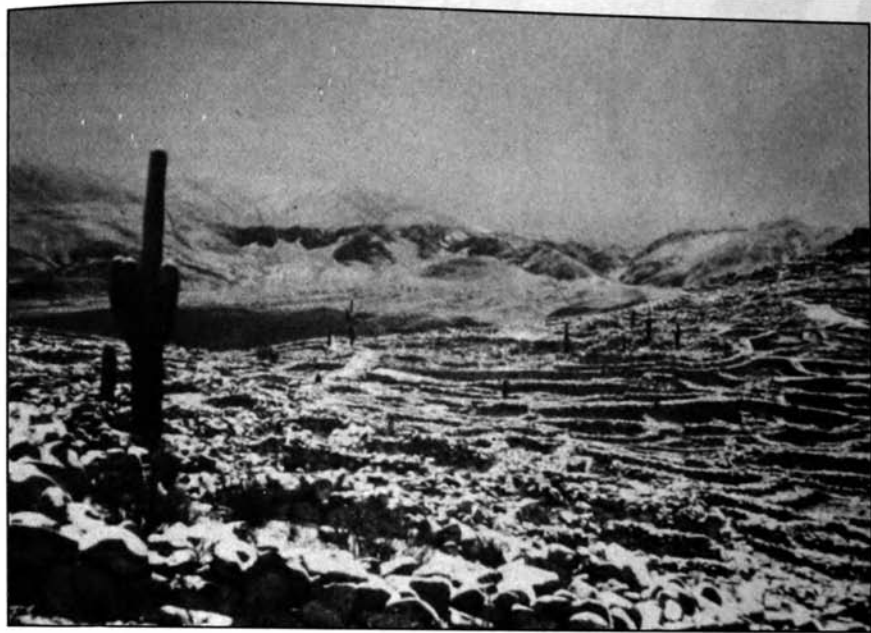


Figura 1.6: Espectacular panorama de Tostil de las Cuevas bajo la nieve. (F. A.).

en el sistema. En los capítulos V y VI de esta obra trataremos de demostrar que el tránsito de los periodos Formativo a Desarrollos Regionales del N. O. argentino está fundamentalmente caracterizado por un "éxito reproductivo" (de acuerdo al modelo Darwiniano de crecimiento). Este perfeccionamiento en la estrategia adaptativa se apoya en las esferas tecnocómica y estructural de los sistemas culturales. Una evolución explicable a través de una causalidad multivariable, que es arqueológicamente percibida por la proliferación de instalaciones en territorios que estuvieron desiertos durante el Formativo (p. e. Humahuaca); en el crecimiento del número de instalaciones en otros valles (oasis puneños, Calchaquí, Yocavil); en el aumento de la concentración y tamaños edilicios (Factor de Ocupación del Suelo); en la tecnificación de la agricultura, que gana nichos ecológicos pedemontanos; en el crecimiento demográfico y en la propia competencia, que genera instalaciones estratégicas-defensivas. En el marco de la Teoría General de Sistemas estas transformaciones pueden ser explicadas como efectos de realimentación positiva, ante múltiples estímulos que modificaron progresivamente los sistemas formativos hasta destruirlos, por gracia de que no pudieron reestablecer homeostáticamente su estabilidad

(realimentarse negativamente para recuperar el equilibrio) siendo reemplazados por otros sistemas adaptados a las nuevas condiciones. En una escala de magnitud similar, las conquistas Inka y europea significaron estímulos que penetraron y produjeron profundas transformaciones en los sistemas culturales de los Desarrollos Regionales.

Puntualicemos algunos casos de sistemas arqueológicos para ejemplificar los modos en que pueden transformarse, por obra de los mecanismos de retroalimentación. Estos casos involucran grupos de variables como la capacidad de sustento del territorio del sistema, la tecnología aplicada para producir energía y la instalación.

Caso 1: Sistema Cerro El Dique

Marco referencial:

Tiempo: Formativo Inferior (500 a. C.-400 d. C.)

Espacio: Quebrada del Toro.

Estrategia adaptativa: sistema productor de energía con localización en trazados dispersos de tipo Co. El Dique-Tafi.

Estuvo integrado por cinco instalaciones, entre las que se cuentan tres muestreadas: Co. El Dique, Las Cuevas y Potrero Grande. Estas fueron construidas en microambientes separados entre sí, aunque dos de ellas (Co. El Dique y Pro. Grande) comparten el mismo territorio o área de captura de biomasa (Cap. III), dentro de

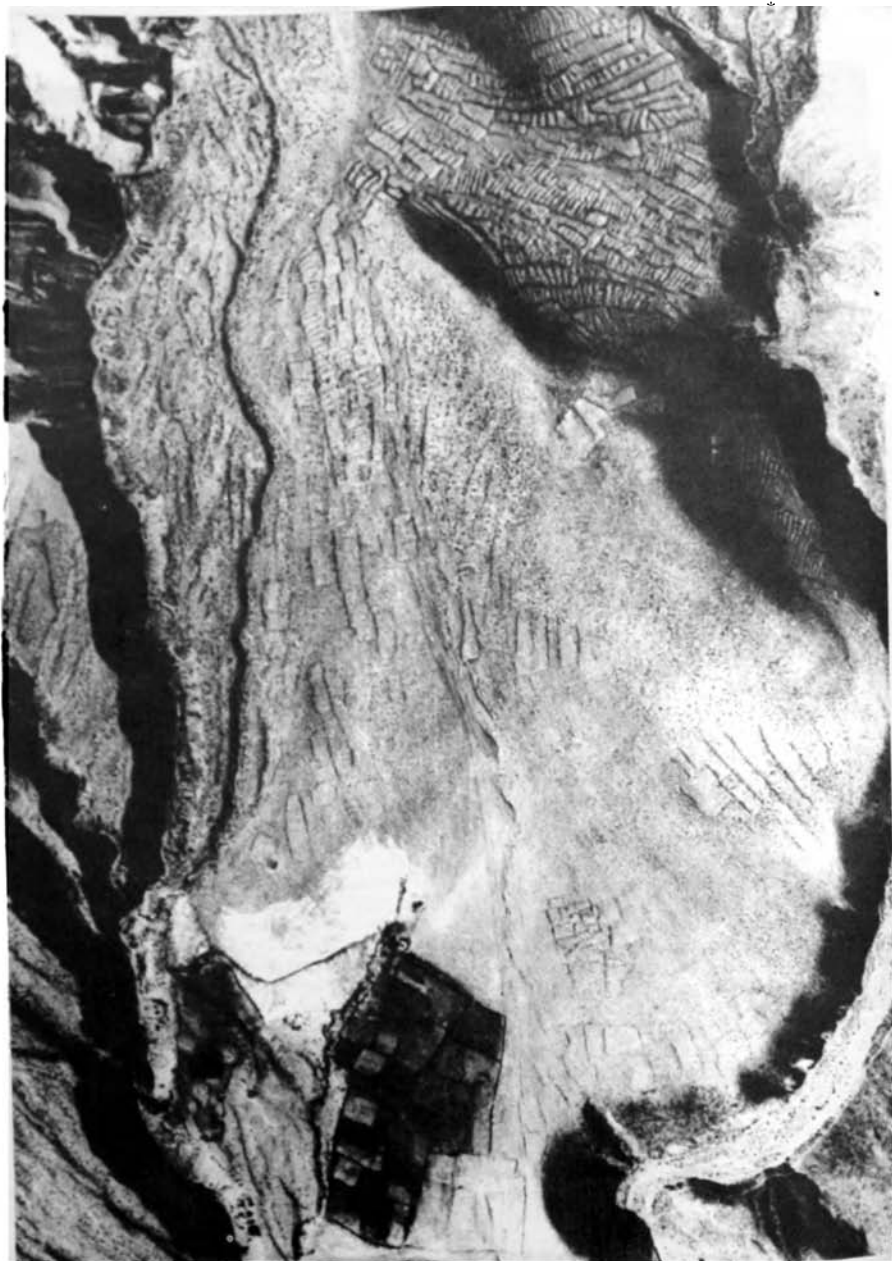


Figura 1.7: Tecnología agrícola arqueológica localizada en la serranía oriental de la Quebrada de Humahuaca (aerofoto escala relativa, 1 : 40.000).

la mitad boreal de la Quebrada del Toro; el que explotaron por un lapso de alrededor de 800 años (R. A. Raffino; 1977. R. A. Raffino, E. Tonni y A. Cione; 1978).

Hemos detectado una estabilidad en estos sistemas; expresada por escasas modificaciones en la tecnología artefactual, en el crecimiento de las áreas intramuros y, consecuentemente en los coeficientes demográficos. Esta estabilidad se percibe también por contrastación con otros sistemas culturales sincrónicos, pero alojados en los "barreales" de Catamarca y La Rioja, tradicionalmente conocidos por La Ciénaga, La Aguada, Saujil, etc. (A. González; 1955 y 1963).

La explicación en términos sistémicos recalca en sucesivos efectos de retroalimentación o

sobreexplotación de las pasturas, de la fauna de las lagunas y aún del fondo de valle agriculturizado.

Además de las pruebas arqueológicas que conllevan a esta explicación (-sincrónica- idéntico contexto tecnoeconómico-similitud fisiográfica en los territorios de los tres sitios), la contrastación ecológica aporta lo suyo; por alguna razón los territorios de Co. El Dique y sus vecinas continúan siendo explotados con sistemas similares hoy día (ganadería rotativa-agricultura con palo cultivador) (R. A. Raffino; 1972 y 1973) mientras que los de los sistemas meridionales de Saujil, Ciénaga y La Aguada se han transformado en páramos; los legendarios "barreales" de la literatura arqueológica.



Figura 1.8. Sistema Cerro El Dique: patio central U. H. 2 del sitio homónimo (excavado por el autor en 1972). En primer plano se observa la pared doble con relleno interior (F. A.).

"feedback" negativo, que mantuvieron un equilibrio económico-demográfico. El sistema Co. El Dique sostuvo homeostáticamente su densidad de población por debajo del umbral de la capacidad de sustento (K) del territorio, basada en la explotación del camélido doméstico (consumidor primario en las estepas xerófilas de los territorios); en una más reducida biomasa agrícola de maíz y tubérculos y en capturas de energía por recolección y caza en las lagunas del Toro.

Uno de los mecanismos puestos en práctica para esta regulación fue la transhumancia rotativa entre las aldeas, alternando la explotación de los territorios. Así se evitaba la

Caso 2. Sistema Tastil

Marco de referencia:

Tiempo: Período de Desarrollos Regionales, entre 1300-1450 d. C.

Espacio: mitad boreal de Quebrada del Toro.

Estrategia adaptativa: sistema productor de energía con localización en instalaciones concentradas. Ref. Bibliog. E. Cigliano y col.; 1973. R. A. Raffino; 1972; 1973. E. Cigliano y R. A. Raffino; 1977.

Una didáctica contraparte a la estabilidad del Caso Co. El Dique es el sugerido por el caso Tastil, instalado en la misma región 8 siglos más tarde. El subsistema estructural estuvo compuesto por dos poblados concentrados; el

homónimo, que hizo las veces de capital del señorío, y Morohuasi. Entre ambos contaron con 440 unidades habitacionales, con una demografía relativa de 2580 a 3000 habitantes (1,5 a 2 hab. por Km²) (Cuadro VIII).

Contó con un territorio integrado por un núcleo en la Qda. del Toro, con sus centros agrícolas pedemontanos de Potrero, Paño y Acay. Además el área periférica de estepas xerófilas para pastoreo. Entre los años 1300 y 1450 el sistema Tástil alcanzó un superlativo caudal demográfico, quizá uno de los más altos en su tiempo del N. O. argentino. Pero los efectos de este crecimiento no tardaron en notarse en la sobreexplotación de recursos para el abastecimiento de una población cada vez mayor y de tendencia hacia la vida urbana que tornó inestable el sistema. Una vez superado el umbral de la capacidad de sustento del territorio de Tástil, y ante la falta de una renovación tecnológica adecuada a los crecientes requerimientos, se llegó a un punto crítico donde una mínima perturbación del medio

natural, o de alguna de las variables culturales, pudo ser el detonante de la destrucción del sistema. Cualquiera haya sido la causa, entre las que pueden mencionarse una excesiva carga de biomasa en el pastoreo de las estepas, para satisfacer crecientes demandas de una producción textil basada en el camélido; o un agotamiento de las tierras agriculturizadas; o de la falta de una tecnología de almacenaje apropiada; sus efectos son arqueológicamente captados y pueden explicarse como una ausencia de retroalimentaciones ante estímulos que afectaron al sistema.

Caso 3. Sistema Humahuaca

Marco de referencia:

Tiempo: Períodos de Desarrollos Regionales e Inka (900-1532 d. C.).

Espacio: Qda. de Humahuaca.

Estrategia adaptativa: uno o más sistemas productores de energía con localización en varios poblados concentrados.

Ref. bibliográficas (ver Caps. VI y VII).

Durante los mismos tiempos en que el sistema Tástil se debatía frente a inputs adversos, a escasos 80 Km. al N. E., Humahuaca era escenario del desarrollo de otro sistema cultural —de aquí en más llamado Humahuaca—, estimulado por similares componentes geológicos, climáticos y bióticos. El sistema Humahuaca estuvo integrado por cerca de 20 instalaciones sincrónicas, algunas de ellas funcionalmente vinculadas. El caso puede considerarse como inicialmente similar al de Tástil. Un territorio ocupado por varios centros urbanos consumidores, como Tilcara, Juella, Volcán, etc. El primero de ellos con tasas demográficas similares a las de Tástil, el segundo y tercero comparables con Morohuasi. Con enclaves de explotación agrícola (Alfarcito, Coctaca, Capla, etc) y un área satélite de pastoreo de camélidos. Tampoco existieron diferencias sustanciales en los contextos tecnológicos iniciales entre ambos sistemas, lo que sugiere un comportamiento cultural parecido.

Los efectos de la expansión demográfica son también percibidos en el caso Humahuaca. Pero a diferencia de la Qda. del Toro se perciben estímulos que generaron respuestas tecnológicas por retroalimentación. La aparición de estructuras agrícolas sofisticadas, como acueductos, andenerías y de almacenaje, hallados en Coctaca, Titicón y Rodero, son las pruebas arqueológicas. Descartada la alternativa de un disturbio climático significativo, dada la proximidad y contemporaneidad de los sistemas Humahuaca y Toro. Ante similares estímulos el primero pudo controlarlos mediante la incorporación de tecnología (retroalimentación positiva) y luego retrotraer la situación a una estabilidad por sucesivos ajustes (retroalimentación negativa). En el Capítulo VI



Figura 1.9 (A y B): Dos casos de utilización de analogías etnohistóricas directas —luego contrastados con datos arqueológicos—: escena con la construcción de "Chulpas" y "colcas" o almacenes del sistema cultural Inka (según dibujos de Guamán Poma de Ayala: 1613).

observaremos que el responsable de estos cambios no fue otro que el estado Inka.

Caso 4. El sistema Inka

Marco de referencia: Período homónimo (1471-1532 d. C.); espacio: N. O. argentino.

Referencias bibliográficas: R. A. Raffino y Col.; 1978; 1982; 1983 a, b)

Configura un ejemplo donde el componente arquitectónico de un sistema es utilizado como regulador de posibles estímulos generadores de potenciales cambios por retroalimentaciones.

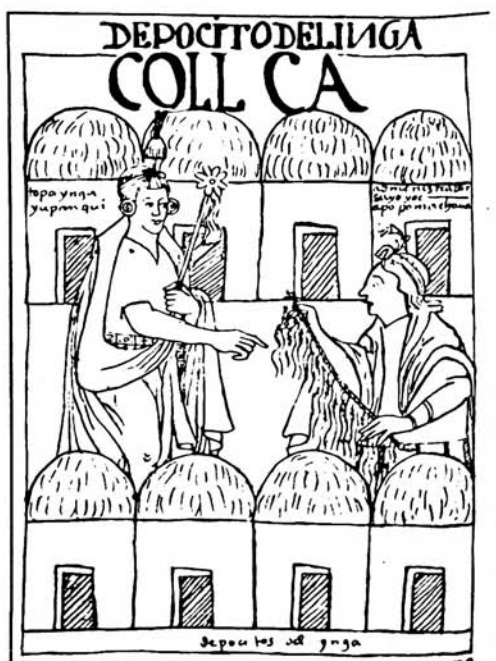
El formidable sistema tendido por el estado Inka en los Andes Meridionales es un superlativo caso de un sistema sincrónico y funcional, ocupante de un territorio de unos 800.000 Km² que por un lapso de alrededor de 60 años dominó a los Señorios locales. Los componentes estructurales de este sistema son la red vial y los tampus de enlace para la movilidad; los centros administrativos como Inkallajta, Tambería del Inca, Potrero de Payogasta, Turi, El Shincal, Hualfin, etc., para la redistribución de bienes y servicios. El componente ritual se expresa a través de cerca de 50 santuarios de altura; y el económico por una explotación minera intensa con complementación ganadera y agrícola para proveer energía al sistema.

La línea de 20 guarniciones o Pukara fronterizos para proteger el territorio conquistado de las invasiones chiriguano del oriente y la presión Mapuche meridional, significan la creación de componentes arquitectónicos amortiguantes ante los efectos de potenciales estímulos que perturbarían el territorio del sistema Inka.

IV- Alternativas de la aplicación de la teoría ecológica de sistemas en arqueología

Es inocultable que nos hallamos en los prolegómenos de una aplicación orgánica de la Teoría Ecológica de Sistemas en los estudios arqueológicos. Al letargo en que se hallan los trabajos locales sobre tipos de instalación, se suman deficiencias en los marcos teóricos y estrategias clasificatorias, amén de alarmantes ligerezas en la explicación. Estas deficiencias se inician en la observación del registro en el terreno y prosiguen ante la ausencia de tácticas adecuadas para su rescate y transformación en información. Abunda además en los trabajos una ligereza en la utilización de la teoría ecológica, usualmente confundida con descripciones geográficas y ambientales de poco valor para estos fines y fundamentalmente la falta de objetivos programáticos claros.

Aquellos investigadores de apta formación profesional que logran superar estas dificultades básicas, deben enfrentarse a otros escollos no menos significativos. Uno de ellos radica en la dificultad para aislar las variables o rasgos de un



sistema para su análisis. El dato arqueológico es limitado e impredecible; del mismo modo en que sólo accedemos a una muestra del universo cerámico, o de los tipos de instalación, las conductas de los sistemas adaptativos prehistóricos son explicables por retazos sobrevivientes de sus componentes naturales y tecnológicos.

En los cuatro casos presentados hemos simplificado grupos de variables que involucran componentes naturales, tecnológicos, arquitectónicos y de la subsistencia. Sin embargo estas relaciones no significan un análisis sistémico orgánico. Es válido proponer que la aparición de los reductos estratégicos de los Desarrollos Regionales reflejan un efecto de retroalimentación positiva ante un estímulo: la guerra. Con esta propuesta hemos construido una teoría de cambio cultural en base a una relación mecánica de causa-efecto entre un par de grandes eventos: **guerra (competencia) construcción de ciudades defensivas**. Sin embargo es inocultable que hemos dejado sin considerar orgánicamente las variables que debieron participar en el **síndrome Pukará**. Piense el lector en cuántos estímulos pudieron intervenir en el efecto percibido en el registro arqueológico, los que involucran a componentes de diferentes secciones del sistema cultural:

económicas, sociales y religiosas, y deducirá la real complejidad de la ecuación **"guerra-Pukará"**.

Por la naturaleza del registro arqueológico sólo accedemos a una muestra de los sistemas culturales prehistóricos. Pero aún bajo esas circunstancias, la arqueología moderna ha logrado construir un andamiaje de estrategias que amplían su capacidad cognoscitiva. Entre ellas los modelos para ordenar y exponer hipótesis y datos, separando las variables de significación de aquéllas que no la poseen; la sistematización del registro con el empleo de taxonomías de corte biológico; el uso del computador electrónico para los mecanismos analíticos y la búsqueda de relaciones de similitud-diferencia entre rasgos.

Dentro de estas nuevas perspectivas, la teoría de sistemas ecológicos contribuye optimizando la articulación entre los componentes de los subsistemas natural y cultural, lo que permite considerar al registro arqueológico como *"una estructura organizada y articulada"* (L. Bindford; 1964), en *"un contexto sistémico"* (M. Schiffer; 1976). Es también competente en la tarea de contrastación simultánea de varias hipótesis; en el armado de modelos alternativos

sobre el posibilismo ecológico y, fundamentalmente, en los mecanismos de retroalimentación, como explicación causalística del cambio cultural.

Las diferencias en favor de la teoría ecológica de sistemas aplicada en arqueología, con relación a la tendencia ortodoxa de los mecanismos partitivos de los "contextos culturales" se hacen cada vez más acentuadas y superan a la vieja escuela "normativista" de W. Taylor (1948). El contexto cultural, caracterizado por la sumatoria de partes de la cultura material: **cerámica + metalurgia + lapidaria + economía + = contexto cultural** (equivalente a cultura en términos arqueológicos) no supo profundizar en las interrelaciones existentes entre esos componentes de la cultura material, ni se detuvo en el estudio de las articulaciones de ellos con el ambiente. La arqueología contemporánea ha profundizado sus objetivos no sólo en el examen de las variables de un sistema cultural, sino también en el de sus relaciones y, cuando puede, en las frecuencias o intensidad de estas últimas. Partiendo del vestigio arqueológico ocupacional, nuestros próximos pasos conducirán hacia esos propósitos.



Figura 1.10 (A y B): Imágenes de dos granerías Inka en el Kallayuyu. Cuyapito en Antofagasta de la Sierra y Cortaderas en Calchacui (F. A.).

Capítulo II

Visión Histórica De Las Ciudades Indoamericanas

**La ciudad precolombina en la actualidad, su ocaso y su supervivencia.
Protección y reivindicación del patrimonio cultural del Nuevo Mundo.
Retrospectiva de las investigaciones sobre urbanismo indígena en Argentina dentro del
marco de referencia continental.**

"...Con su instalación, el hombre inscribe sobre el paisaje ciertos modos de su existencia. Estos asentamientos relacionan el ajuste del hombre y su cultura con el medio ambiente y con la organización de la sociedad en un sentido amplio. Una visión arqueológica de los patrones de poblamiento es, como cualquier vestigio prehistórico, la incompleta y fragmentaria reconstrucción de algo que fue vital e integrativo..."

— Introducción a "Prehistoric Settlements Patterns in the New World", Gordon R. Willey, 1956 —

Renovados intérpretes ha tenido a lo largo de los tiempos el reconocimiento de la instalación amerindia. Ya durante las etapas iniciales del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, en los comienzos del siglo décimosexto, numerosas crónicas indianas compuestas por los propios protagonistas, soldados y clérigos, premonizan el atractivo que los monumentos precolombinos despertarán en los tiempos posteriores. La palabra escrita será la responsable de componer valiosos relatos sobre las artes constructivas de esas sociedades ágrafas. Simultáneamente el universo amerindio penetraba en el abismo de su destrucción, cortada su supervivencia ante el avance de la penetración europea, y con ello centenares de muestras arquitectónicas serían abandonadas o remodeladas, por imperio de nuevas formas de vida. Cinco siglos nos separan de aquellos acontecimientos, y en su transcurso las tareas de observar, describir y explicar la razón de aquellas obras, han pasado por tantas y tan variadas formas de aprehensión como la multifacética naturaleza de su origen.

Afortunadamente una buena porción de las estructuras prehispánicas han sobrevivido hasta nuestros tiempos y permiten investigaciones que atrapan sus formas, tamaños, usos, cualidades, técnicas constructivas y, a través de éstas, las conductas urbanas de las culturas subyacentes. Estas particularidades se perciben con mayor proporción dentro del ámbito de la ceja andina americana, desde el S. O. de los Estados Unidos

de Norteamérica hasta los valles preandinos de Cuyo y Coquimbo, en Argentina y Chile respectivamente. Allí es donde las respuestas tecnológicas, creadas y difundidas por el hombre prehistórico para resolver el problema de su vivienda, son registrables en forma pródiga, a consecuencia del uso de elementos no perecederos como materias primas para la construcción. Por el condicionamiento que impone el registro fáctico del que depende la arqueología y por el hecho de que en esas áreas se producen los más elevados niveles de desarrollo cultural amerindio, con plena vigencia del sedentarismo, los estudios sobre el tema encuentran allí el cultivo más fértil.

Los vestigios de instalaciones humanas prehispánicas poseen pluralidad de formas, calidad y tamaño. Fueron erigidas apelando a diversas materias primas y en diferentes paisajes ecológicos. En su construcción y crecimiento pudieron intervenir conceptos espontáneos, o progresivos planeamientos; sus partes o el todo urbano pudieron estar destinados a múltiples usos y funciones. Puede hablarse, por otra parte, y conforme con el desarrollo político de sus hacedores, de una arquitectura de tipo popular y otra destinada a sectores sociales preferenciales. También de una resolución de vivienda encaminada al uso familiar, en contraposición de otras —usualmente provistas de mayores rasgos monumentales— de carácter público. Estas últimas formas pudieron estar orientadas hacia usos religiosos, defensivos-

militares, administrativos, judiciales, funerarios, artísticos y económicos (agrícolas, ganaderos, de almacenaje, etc.). Todos y cada uno de estos casos reflejan el aludido carácter multifacético que ostenta el dato sobre la instalación humana prehispánica y a las diferentes estrategias que debemos poner en práctica para su conocimiento y explicación.

No le va en zaga la infinita variedad del registro arquitectónico en lo que concierne a su estado de conservación. La apocalíptica penetración europea dentro del escenario americano, determinó la alternativa del paulatino abandono de muchos poblados amerindios. Así sucedió con la mayoría de los sitios semifortificados de Calchaquí y Humahuaca. Otras poblaciones monumentales del continente, como Teotihuacán, Tula, Tajín, Palenque, Copán, Kaminaljuyú, La Venta, Tres Zapotes y Tikal, entre muchos más de Mesoamérica, sufrieron colapsos que determinaron su abandono varios siglos antes de la conquista. Similar situación comparten otras instalaciones de la Sudamérica andina, como Tiwanaku, Pikillajta, Huari, Chavín, El Alamito, Bucy Muerto, La Rinconada, Cerro el Dique y Tafi, por citar algunas entre centenares más que fueron abandonadas por múltiples causas varios siglos antes del descubrimiento de América. La mayoría de estos monumentales enclaves permanecieron en el olvido hasta su paulatino redescubrimiento, producido a partir

de la segunda mitad del siglo XIX.

Los factores que incidieron en los estados de conservación de las instalaciones precolombinas, han dependido fundamentalmente de la continuidad de ocupación entre ellas y las concentraciones urbanas, los parques industriales, carreteras, vías férreas, represas y las diversas explotaciones de recursos, sucedidas progresivamente desde principios de los tiempos históricos.

Desgraciadamente, la mayoría de las grandes capitales amerindias fueron precozmente destruidas o remodeladas por los conquistadores europeos. A su turno sufrieron estas contingencias las aztecas Tenochtitlán, Cholula, Texcoco y Azcapotzalco, así como las metrópolis Chimú e Inka de Chan Chan y Cuzco. Otras instalaciones relevantes, como los centros ceremoniales Formativos de La Venta y Tres Zapotes, en la costa del golfo de México, y cerca de medio centenar afectadas por la construcción de un oleoducto entre la selva con la costa de Perú, pagaron con parte de sus lienzos el precio que implica haber sido construidas por encima de depósitos petrolíferos.

La crección de modernas represas, canales, ferrovías, acueductos, urbanizaciones y otras obras antrópicas modernas han significado un permanente agente de destrucción para los viejos monumentos americanos. Medio centenar de sitios quedaron sepultados bajo las aguas de

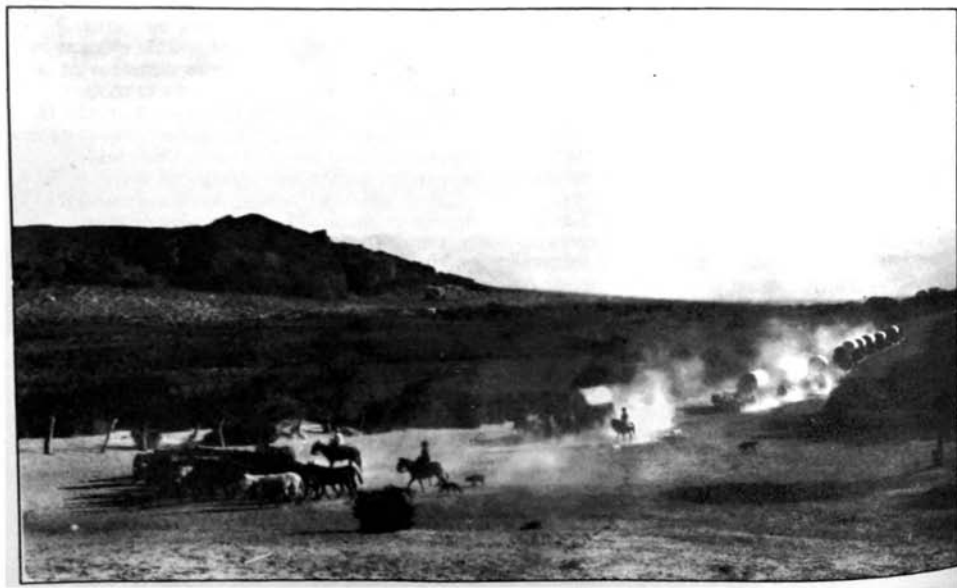


Figura 2.1 A: Una de las misiones arqueológicas Barreto de los años 20 sorprendida en el valle Calchaquí.



B. Edificio del Pukará de Aconquija; el perfil de la pared sugiere la existencia de hastial para un techo a dos aguas.

las presas de Escava, Cabra Corral, Los Sauces, El Cadillal, Salto Grande, El Chocón y Rodeo en la Argentina. Similar suerte les cupo a instalaciones costeras peruanas con motivo de la construcción del acueducto Jequetepeque-Zaña. Las rutas nacionales 9 y 40 y los trazados ferroviarios Tucumán-La Paz y Salta-Antofagasta hicieron lo suyo con parte de los enclaves calchaquies de Humahuaca, del Toro y altiplano puneño; así como el aeropuerto de Trujillo, tendido sobre la comodidad que significaba la superficie de la antigua playa urbana de Chan Chan, son algunos de las decenas de casos que podríamos mencionar al respecto.

Otras instalaciones fueron perturbadas por factores mecánicos, como movimientos sísmicos, entre ellas las de Wilcawain, Yungay, Recuay y Huari en las serranías de Ancash y Ayacucho, particularmente proclives a este tipo de fenómenos. Algunos torrentes aluvionales dieron cuenta, a su turno, de enclaves como Punta de Balasto, Costa de Reyes y decenas de los clásicos "barreales" del Formativo valliserrano. Otras sirvieron como canteras de materias primas para cementerios decimonónicos, como la Tambería del Inca, Angulo, Pitull y Chañar Muyo en La Rioja; o para murallas de defensa fluvial y trazados férreos, como Hualfín y Puerta Tastil.

Decenas de instalaciones arraigadas en las costas peruanas y región valliserrana de Argentina fueron durante décadas el blanco de

búsqueda de tesoros por traficantes y turistas desaprensivos, y hoy nos muestran, en su suelo, las tremendas cicatrices de esa depredación. Entre las víctimas de esas actividades se cuentan Moche, Ancón, Chancay, Pachacamac, Cajamarquilla, Batán Grande, Vicus y las argentinas Condorhuasi, La Ciénaga, La Aguada y Yacoutula entre varias más. No sin cierta ironía podemos decir que la apertura hacia un supuesto "turismo cultural" significó el principio de la depredación en diversas instalaciones, profesionalmente excavadas, pero que no contaron con la debida protección por parte de los organismos estatales correspondientes y que deben actuar a partir de los trabajos de recuperación. Esto aconteció con la legendaria Manchu Pijchu, con Pisac y Ollantaytambo en la cuenca del Urubamba cuzqueño. En Argentina, sufrieron significativas perturbaciones algunas que nos tocan muy de cerca, por haber sido investigadas en algún momento por nosotros, como Tastil, El Churcal, La Tambería del Inca, Watungasta y Vaquerías. Bastó en muchos casos que el hallazgo se diera a publicidad, y luego por una u otra razón el proyecto de investigación abortara, para que sobre los desprotegidos lienzos se desencadenara la voracidad de viajeros, turistas y traficantes desaprensivos con los desastrosos resultados apuntados.

El último de los motivos de la parcial o total destrucción de documentos arquitectónicos es el

que seguramente más nos preocupa y es provocado por los mismos arqueólogos; sea por falta de experiencia, por formación profesional deficiente, o por deshonestedad, la ineptitud de muchos de ellos produjo daños casi irreversibles, tanto en América en general como en el N. O. de Argentina en particular. Esta crítica involucra a investigadores pasados y actuales, profesionales y espontáneos, nacionales y extranjeros, eruditos y legos, y no sin esfuerzo evitaré sea personalizada.

La sobrevivencia de planes de salvataje y protección y, en menor escala, de restauración, promovidos por organismos intercontinentales, instituciones europeas y por algunos estados y centros científicos americanos, ha permitido que una mínima parte de estos monumentos haya sido parcialmente reacondicionada. Estas circunstancias se observan fundamentalmente en los Estados Unidos de México y Norteamérica, y en menor medida en Perú y Guatemala. En Argentina, una legislación que zozobra ante viejas antinomias, que involucran gobiernos provinciales y nacionales, federalistas y unitaristas, porteños y provincianos, de facto y democráticos. Un pesado sistema burocrático, sumado a la permanente limitación que significa la escasez de recursos económicos, amortiguan las escasas iniciativas en torno a la protección y restauración. Durante nuestros trabajos de campo hemos sido testigos del deplorable estado de conservación de numerosas ruinas, acentuado en los últimos años, cuando en ellas hemos debido cotejar planos trazados a principios de siglo con el estado actual en que se encuentran.

Relevantes vestigios monumentales han sufrido permanentes perturbaciones por los factores mecánicos y antrópicos aludidos y en un proceso que lamentablemente se ha potenciado en el presente siglo. La lista de estas instalaciones es alarmante, e incluye sitios alojados en todos los rincones de la ceja andina de nuestro país, algunos de ellos aún inéditos. Los más afectados son La Paya, Tambería del Inca de Chilceto, Tinti, Tolombón, Huallín, Huichairas, Cangrejillos, Hornillos, Pozo Verde de Huallín, Yacoraité, Cerro Pintado de Mojarra, Seclantás Adentro, Andahuayla, San José, Ciénaga Grande, Puerta de Tasil, Pucará de Humahuaca, Puerta de Juella, Yacochuya, Watungasta, Costa de Reyes, Angualasto y San Bernardo de Las Zorras, entre vaya a saberse cuántos más.

En general lamento decir que el concepto de "subdesarrollo" se percibe en la Sudamérica de nuestros días, a través del termómetro que implica los escasos intentos de preservación y restauración de estas obras, testimonios directos del esplendor de un pasado, quizás mucho mejor que la acuciante realidad que nos invade,

y motivada tanto por la falta de sensibilidad cultural como por la de recursos financieros y de una legislación protectora adecuada. El formidable ejemplo de sano nacionalismo, vertido en una insobornable tarea de protección de su rico patrimonio que nos ofrece el pueblo mejicano, y es canalizado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, debería ser un modelo a seguir por el resto de los estados americanos.

La tarea científica de observación, descripción y explicación, como forma de rescate y protección de las formas arquitectónicas del Nuevo Mundo se ha desarrollado en forma tenue y abarca una mínima parte. Aunque evidente, el avance de la arqueología de campo ocurrido desde la segunda mitad del siglo pasado, aún tiene frente a sí una vasta tarea, que se hace más frondosa en las áreas extraandinas. Seguramente centenares de muestras arquitectónicas precolombinas yacen cobijadas en las selvas y bosques amazónicos; en las tierras calientes de Yucatán y Quintana Roo; en las arenosas costas de Perú y Chile; en la agresividad del páramo atacameño; en los bolsones del Norte argentino; en el tórrido desierto del S. O. norteamericano. Inmóviles y misteriosas, sus paredes esperan la labor de arqueólogos idóneos que las rescaten y de gobiernos que las protejan, manteniendo abierta la apasionante perspectiva de su potencial registro.

II - Antecedentes Históricos

La parte conocida de este vasto cuerpo documental ha sido llevada a cabo en distintas épocas por muchas ramas del conocimiento. Cronistas espontáneos y oficiales, clérigos, soldados, funcionarios, viajeros naturalistas, literatos, arqueólogos, historiadores, arquitectos y geógrafos nos han legado en estos cinco siglos que nos separan del descubrimiento del Nuevo Mundo, una pródiga bibliografía que atrapa información concerniente a la arquitectura y urbanización prehispánica.

Una retrospectiva de las investigaciones sobre la instalación humana amerindia se inicia en el mismo descubrimiento y conquista de América, en el que sus protagonistas, soldados, clérigos y funcionarios, serán los responsables de registrar aspectos inherentes a las formas edilicias. Efectuadas en forma espontánea y por hombres que se limitaron a narrar lo que veían, aunque comprometidos con una realidad política, sus descripciones suelen ser valiosas y a la vez arbitrarias.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX el territorio americano atraerá la atención de geógrafos, diplomáticos, historiadores, naturalistas y arqueólogos, verdaderos pioneros que reconocen la infinita variedad de las formas



Figura 2.2: Uno de los menhires o estelas clásicas de Tafi, ubicado en su posición original: como jamba en el acceso a un patio central (F. Schreier, 1928).

arquitectónicas e inician una etapa fructífera a nivel documental, aunque todavía carente de técnicas de observación apropiadas.

Durante la primera década de este siglo aparecen los primeros intentos tipológicos y de ubicación histórica de los monumentos, iniciándose una tendencia clasificatoria de la instalación humana prehistórica. Luego de 1940 y con el auge de la arqueología sistemática emerge otra etapa historiográfica, la que intenta la taxonomía y las explicaciones probabilísticas del comportamiento social. Quedan así aislados cuatro grandes períodos en la historiografía de la arquitectura y urbanización amerindia. Estadíos que son parte de la propia arqueología americana, así al menos nos parece tras el análisis de una reciente obra que sobre ella han trazado G. Willey y P. Sabloff (1974). Los cuatro períodos son:

- 1 - Período Etnohistórico o de los cronistas indianos (1520-1840)
- 2 - Período Descriptivo o de los pioneros (1840-1910)
- 3 - Período Tipológico-descriptivo (1910-1940)
- 4 - Período Sistemático y Explicativo (1940 en adelante)

Con el advenimiento del revisionismo provocado en la arqueología contemporánea, con sus vertientes nomotética o generalizadora, y por el trasplante de la teoría general de sistemas, se ha perfilado un quinto período, de cuyas características, aunque en forma lacónica, hemos hablado en el capítulo I.

1 - Período Etnohistórico

Se remonta a la primera época de la conquista del Nuevo Mundo. Es el tiempo de las situaciones de contacto entre dos mundos diferentes, el europeo renacentista y el amerindio, lo cual se expresa con una pesada carga de conflictos. Dentro de este lapso se sitúan las descripciones efectuadas por los propios soldados que desempeñaron papeles protagónicos, así como los clérigos, escribas y políticos que acompañaron las primeras expediciones por suelo americano a partir del siglo XVI. Algunos de estos relatos, francamente arquetípicos, fueron obra de verdaderos "testigos oculares" de los sucesos de la conquista, por lo cual nos presentan una realidad cultural aún no europeizada. Muchas de estas obras significan fuentes documentales de primer nivel, aunque embaizadas del clásico etnocentrismo que transfiere la realidad del mundo cultural indígena a pautas europeas de la época. Con todo ello estas fuentes constituyen vertientes documentales de primer nivel, formidables por su valor etnográfico, e ilustrativas en aquellos aspectos relacionados con la arquitectura y urbanización. Su valor

crece además ostensiblemente cuando dan lugar a la comparación, por analogías, con los datos recuperados por la arqueología.

Entre estos aportes se destacan algunos clásicos de la literatura de la conquista, como las descripciones y planos de la legendaria Tenochtitlán Azteca, frutos de la pluma de ese hosco extremeño que, junto a Francisco Pizarro, tiene sobre sus espaldas el pesado estigma del genocidio y de la destrucción de todo un imperio. Hernán Cortés, de él hablamos, diría que la antigua capital mejicana "... es tan grande como Sevilla y Córdoba...", en su segunda carta a SM. Carlos V, escrita en octubre de 1520. En ella se consideran varias menciones sobre la traza urbana y arquitectura de otras ciudades, templos, mercados y rutas del altiplano mejicano, como Cholula, Ezapalapa, Tlaxcala y Texcoco.

Para esa misma época se generan las crónicas de Tenochtitlán escritas por un joven soldado de Cortés, Bernal Díaz del Castillo; concebida en 1519 y plasmada recién entre 1567 y 1568, cuando disfrutaba de su retiro en Guatemala. Del Castillo rememora su fantasmagórica visión de: "... tantas ciudades y villas pobladas en el agua y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada (Ezapalapa) tan derecha y por nivel como iba a Méjico..."

En 1566 el cronista Diego de Landa, en su "*Relación de las cosas de Yucatán*", describirá las ruinas de los centros ceremoniales Maya de Uxmal (Izamal) y Chichén Itzá, en donde: "... ay grande suma de vestigios destos edificios y muchos dellos enteros y tan suntuosos y bien labrados de figuras y hombres armados, y animales de piedra blanca... que sin duda son antiquísimos..."; "... ay aquí en Izamal un edificio de tanta altura que espanta... tiene XX gradass... de muy grandes piedras labradas... y desde ellas... hasta igualar... la plaza que se haze despues de la primera escalera...". Junto a estos relatos, de la mano de Landa emergerán los primeros dibujos de los monumentos Maya precolombinos.

Otras menciones sobre las formas arquitectónicas Aztecas de la época fueron plasmadas en la "*Relación del Conquistador Anónimo*" y en la "*Historia General de las Cosas de la Nueva España*". Esta última obra fue escrita entre 1575 y 1580 por el laborioso franciscano Bernardino de Sahagún.

Las ciudades del Méjico precolombino serán por siempre orgullo del conquistado y no pocos cantares y manuscritos antiguos así lo advierten, como los códices indígenas "*Maitiensé*" y los textos escritos en nahuatl llamados crónicas "*Mexicayotl*". Del primero rescatamos este homenaje a la endiosada Tula de los Toltecas: "*Muchas casas había en Tula allí enterraron muchas cosas los Toltecas*

Pero no sólo esto se ve allí como huella de los Toltecas también sus pirámides, sus montículos...". Del segundo, el texto nahuatl sentencia: "Aquí tenochcas aprenderéis cómo empezó la renombrada, la gran ciudad, México-Tenochtitlán, en medio del agua, en el tular, en el cañaveral, donde vivimos, donde nacimos nosotros, los tenochcas".

Durante la etapa de la conquista en los Andes de Sudamérica, no pocos cronistas se interesaron por la arquitectura aborigen. Entre ellos el excelente Pedro Cieza de León con sus descripciones de urbanizaciones que conoció, como la capital Inka, el Cuzco, y las enigmáticas Tiwanaku y Huari (Viñaque), escritas entre 1540 y 1553. Para esos tiempos se componen las relaciones sobre los caminos, puentes, acueductos y otras manifestaciones de la vialidad del Tawantinsuyu, por obra del soldado Pedro Pizarro (1572). También emergen las descripciones de Vilcahuaman y del Cuzco, llevadas al papel por Pedro Sancho de la Hoz antes de su ejecución en Chile, en 1547. Otros "cronistas guerreros" fueron Miguel de Estete y Francisco de Xerez, quienes compusieron las primeras referencias sobre los edificios públicos Inka. Un poco posterior es la monumental "Historia del Nuevo Mundo" del jesuita Bernabé Cobo, escrita a partir de 1653 y empeñada en relatarnos infinitas aristas del universo andino.

La fortaleza cuzqueña de Sacsahuaman acapara la atención de varios cronistas de la primera época, entre ellos el mencionado Sancho de la Hoz, Polo de Ondegardo (1571) y el célebre mestizo Garcilaso de la Vega (1609). El último de los citados ha legado a la americanística la más completa descripción conocida hasta el momento del Cuzco y sus alrededores en sus célebres "Comentarios Reales": "... La obra mayor y más soberbia, que mandaron hacer (los Inkas) para mostrar su poder i magestad, fue la fortaleza del Cozco, cuyas grandezas increíbles a quien no las ha visto i al que las ha visto i mirado con atención, le hacen imaginar, i aún creer que son hechas por vía de encantamiento, i que las hicieron demonios i no hombres..." (1609; Libs. 3º, 6º y 7º).

Menos profunda, aunque también revestida de trasfondos míticos es la narrativa compuesta por la contraparte de Garcilaso, Sarmiento de Gamboa, quien en 1572 diría sobre la urbanización del "ombligo del mundo" lo siguiente: "... Cuzco, la ciudad león, y que la cola era donde se juntan los dos ríos que pasan por la ciudad, y que dijo que el cuerpo era la plaza y las poblaciones a la redonda y que la cabeza le faltaba...". Otras ciudades precolombinas como Chucuito, la antigua capital de los Lupaca, uno de los reinos Aymaras del Kollasuyu, fueron tratadas por Garci Diez de San Miguel en 1567, y posteriormente por el gobernador Mercado de



Figura 2.3: Camino Inka de tipo empedrado en la Quebrada del Toro. Salla (F. A.).



Figura 2.4. Panorama del Pukará de Forte Quemado de Yocavil. En primer plano se observan los torreones defensivos (acuarela de A. Methfessel, fines de s. XIX).

Peñaloza (escrita presumiblemente en 1579).

Una singular y utilísima serie de dibujos que atrapa formas arquitectónicas de los Inka, será plasmada por el cronista Guamán Poma de Ayala (1613). Otras poblaciones Inka, como las norteñas Tumbes y Cajamarca, esta última escenario de la captura de Atahualpa por Pizarro en 1532, tuvieron en Albuquerque Ruiz de Arce, soldado protagonista de esta tragedia, a uno de sus primeros cronistas a través de un manuscrito presumiblemente realizado en 1533.

Algunos de estos papeles significan, a la vez, la clave para descifrar los límites de los territorios políticos de los Señorios indígenas (véase el Capítulo III). El *"Memorial de Charcas"*, crónica de 1582, rescatada del anonimato por el perspicaz Waldemar Espinosa Soriano (1969), ubica por fin a los Chichas potosinos en un espacio que abarca desde el Norte de Humahuaca y que tuvo por poblaciones principales a Tolima, Tupiza, Chocaya, Cotagaita, Chalca, Esmoraca del Río San Juan Mayo, Vitichi y Suipacha (Chuquigato).

Los cronistas en el Tucumán del siglo XVI

Menos fortuna tuvieron durante esa época las poblaciones naturales del Tucumán, apenas rozadas por laconicas menciones. Las escasas referencias registradas poseen un valor analítico relativo, por lo que dejan a responsabilidad de la arqueología la tarea de su recomposición. Probablemente una de las razones de estas

deficiencias recaiga en que la conquista de esa región fue sobrellevada por la corriente proveniente de Perú, por hombres que, acostumbrados a la magnificencia de los monumentos centroandinos, no prestaron atención a las formas edilicias locales, de indudable menor calidad que las halladas en tierras peruanas. Otra razón para esta deficiencia debe buscarse en que durante todo el Período Hispano-Indígena (1535-1660), en los territorios más ricos en vestigios monumentales de Argentina, como los valles Calchaquies, la quebrada de Humahuaca y algunos oasis fértiles del altiplano, se libraron encarnizadas guerrillas contra la administración europea, impidiendo así las visitas de funcionarios y clérigos.

Entre las pocas menciones sobre la instalación humana vale recordar las de Diego Fernández (El Palentino), escritas en 1571, sobre los "bohios" construidos por los Lules de Santiago del Estero: "... y descubrieron una gran provincia de tierra muy poblada, y a media legua los pueblos uno de otro, de a ochocientas a mil casas puestas por sus calles, cercados los pueblos de palizadas... Tienen sus corrales... como los del Perú... los bohios (chozas) que tienen son muy grandes..."

También se detectan algunas referencias tangenciales, como las de Pedro Sotelo Narváez (1583) para la región Calchaquí, y por Jerónimo Luis de Cabrera (1573), sobre las viviendas construidas por los Comechingones de Córdoba,

donde "...podían entrar varios españoles con sus cabalgaduras..." "...en casas debajo de la tierra y muy abrigadas..."

El territorio Calchaquí, escenario entre 1535 y 1660 de sangrientas disputas entre naturales y castellanos, ofreció escasas garantías para el trabajo de los cronistas. De este territorio, además de las del citado Narváez, se rescatan referencias por obra de dos gobernadores del antiguo Tucumán, Felipe de Albornoz (1633) y Lucas de Figueroa y Mendoza (1662). Ambos, en sus probanzas de méritos y servicios a la Corona, informan sobre la arquitectura militar y las preferencias por parte de los indígenas en la elección de los lugares para la residencia y la agricultura: "... No pelean en el llano porque son rápidamente desbaratados..."; "... cada pueblo tiene su fuerte que lo resguarde..."; "... Al ser acometidos se resguardan prestamente en su pucará..."; "... tienen partes fragosísimas donde siembran..."; son las sentencias vertidas por estos protagonistas de una época preñada de conflictos. Junto a ellos algunos religiosos como Gaspar de Monroí, Juan Romero, Hernando de Torreblanca, Alonso de Barzana y Diego de Torres, vieron limitadas sus intenciones de coleccionar vertientes documentales relacionadas con el comportamiento urbano aborigen.

Un párrafo especial nos merecen las grandes crónicas oficiales, compuestas por historiadores clásicos, como Fernández de Oviedo, Nicolás del Techo, Herrera y Tordecilias, José Guevara y Pedro Lozano. Obras de corte monumental, muchas veces deslumbrantes desde el punto de vista literario, pero parciales y subjetivas en tanto el amerindio aparece como un oscuro actor de reparto en un escenario donde andaluces, extremeños y castellanos asumen roles protagónicos.

Con especial referencia a los sucesos acaecidos en el Tucumán y Río de la Plata, la obra de Pedro Lozano es una de las más representativas en este género. Este jesuita madrileño radicado en Córdoba durante 28 años compone en 1745 —ya en el filo de la expulsión de la Orden por Carlos III—, su "*Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*". Esta obra ha merecido los comentarios más dispares; calificada como un deslumbrante relato de la epopeya europea en tierras bárbaras al decir de historiadores posteriores como Guevara y el Dean Funes; una crónica laboriosa pero mediocre (R. Levillier, 1926); hasta de obra funesta y llena de falsedades (E. Coni, 1925). Ciertamente las inexactitudes de Lozano son varias, pero desde los propios tiempos de Ambrosetti y Quiroga, hasta la actualidad, es notorio que ha sido una reiterada fuente para arqueólogos e historiadores —amén de los políticos— y generado inocultables influencias sobre ellos.

Nosotros creemos que nadie mejor que Pedro Lozano para representar el etnocentrismo europeo de los siglos XVIII y XIX; nadie mejor que él para componer una visión alienada de la conquista, consumada por "héroes de la cruz y de la espada", corporizados en los Francisco de Aguirre, los Hernando de Lerma, los Albornoz, frente a la "cobardía de esas multitudes de fieros montarases, de bárbaros que no se atrevían a pelear en el llano sino a refugiarse en sus asperezas serranas" (Lozano, P.; Libro IV; Cap. VIII).



Figura 2.5: Fachada de las "kallanka" de Tilliconte con su vano de forma trapezoidal (F. A.).

De poco le sirvió a Lozano haber convivido con el eximio lingüista P. Machoni en sus años cordobeses; de recoger los patéticos relatos de tantos misioneros que presenciaron la desintegración aborigen en el Tucumán y Chaco; de leer las Cartas Anuas de la Compañía de Jesús; de saborear la narrativa de Garcilaso y de Herrera. Su mente nunca dejó la óptica europea y, de ella apenas nos queda, como anecdotario de esa visión: "... Siendo los Calchaquíes de gentes montaraces se les aumentaba la ferocidad; en la fragosidad del

terreno, que todo se compone de alísimas y muy agrias cordilleras: en ellas pontan la mayor parte de su poder... de que no se les podría ballar en sus asperísimos senos...". "... eran tan diestros y prácticos que a lo que a nosotros nos parece despeñadero lo ballan camino llano su ligereza..." (Lozano, P.; Libro IV; Cap. VII).

2 - Período Descriptivo o de los pioneros

"... En la arquitectura se ha encontrado en algunas ocasiones vestigios de bóvedas, y torres en forma de cilindro... Para darnos una idea clara de lo que era uno de estos pueblos indígenas... La forma de la ciudad es la de un sector cuyos extremos siguen las dos líneas de entrada de una quebrada inaccesible. En las laderas de las montañas subsisten aún ruinas de parapetos y otras obras de defensa. Un acueducto construido en el mismo flanco del cerro, y a una altura considerable, traía de muchas leguas el agua necesaria a la población. Todas las calles concurren al centro de la quebrada, formando radios del sector; admirable disposición en una plaza fuerte como lo era Quilmes, pues en caso de retirada ante el enemigo, el mismo retroceso de las fuerzas trae la concentración..."

Adán Quiroga. "Calchaquí"; 1897.

Es el segundo momento historiográfico y su génesis puede remontarse hasta la segunda mitad del siglo XIX, extendiéndose hasta fines de la primera década del actual. Una de sus características es que las estructuras son examinadas con un enfoque descriptivo funcionalista y deficiente en la sistemática. Falencias lógicas dentro de un contexto histórico donde la arqueología carecía de estrategia adecuada y los hombres que la practicaban de formación específica.

Los productos que conforman la literatura de la época son ricos y anárquicos en su concepción global, cargados de adjetivos, inquisiciones y de un marcado romanticismo. La aventura, el afán coleccionista, el interés científico del positivismo decimonónico y las difusiones culturales continentales se entremezclaban en una parafernalia donde a veces era difícil separar realidad de ficción. A partir de la descripción del monumento sucedía su interpretación, por lo que quedaba cercenada la fase taxonómica intermedia. La inferencia era si fuertemente inductiva y especulativa, además de faltar el afán cronológico por ubicar al vestigio dentro de un marco referencial histórico.

No obstante estas deficiencias en los diseños de investigación, la importancia de las obras es incuestionable en un aspecto fundamental; éste es el momento de la eclosión de los trabajos en el terreno, y con ellos comienza a tomar cuerpo una nueva disciplina, que en América alcanzará

ribetes relevantes: la arqueología de campo.

Numerosas son las obras que pueden ser consideradas como pioneras. En Norteamérica sobresale la de George E. Squier y E. Davis (1848) sobre los monumentos prehispánicos del valle del Mississippi. Años más tarde, el S. O. de los Estados Unidos será escenario de los primeros trabajos, de los cuales emergerán las descripciones y dibujos de las ruinas del caserío de Mesa Verde, de la cultura Pueblo, publicada en Estocolmo en 1893 por Gustav Nordenskiöld. Durante ese lapso, Mesoamérica será arqueológicamente redescubierta y el objetivo más codiciado por los trabajos de campo. El esplendor de sus monumentos acaparará la atención de instituciones del Nuevo y Viejo Mundo. Entre 1841 y 1843, John Stephens y Frederik Catherwood publican sus dos expediciones por las tierras Mayas de Yucatán y Quintana Roo, iniciándose los trabajos en torno al tema Maya. Años más tarde, William Holmes (1895) y Leopoldo Bartres componen los primeros planos y dibujos de Teotihuacán, la legendaria "ciudad de los dioses" del Período Clásico del altiplano mejicano. Las ruinas Maya de Copán tendrán en George Gordon a uno de sus primeros descripciones (1896). Por esas fechas Edward Thompson compone sus aportes sobre Chichén Itzá (1896-1904). Pocos años después Silvanus Morley, uno de los más laboriosos "mayistas", dará comienzo a sus trabajos en el centro ceremonial guatemalteco de Quiriguá, los que publicará en 1913.

Los monumentos prehistóricos de Sudamérica comienzan a despertar interés y generan las primeras expediciones emprendidas por naturalistas, diplomáticos, geógrafos e historiadores. Entre los productos destacables se cuentan las descripciones de la fortaleza Inka Sacsahuamán de M. Rivero y J. Tschudi, editada en Viena en 1851, y la del británico C. Markham —gran erudito en torno a la cultura Inka— sobre los trazados de las ciudades del Cuzco y Lima.

La obra más conspicua de este período pertenece a George Squier, diplomático norteamericano apasionado por la arqueología, quien recorre la región andina entre 1863 y 1865. De su derrotero se genera la monumental *Perú, incidents of travel and explorations in the land of Incas*, publicada en Nueva York en 1877. En ella se plasman las primeras descripciones, dibujos y planos de medio centenar de monumentos prehispánicos andinos: Chan Chan, Pachacamac, Chancayo, Cajamarquilla, Quisque, Chillón, Casma y Moche en las regiones centrales y norteñas del Perú; Collique, Sacsahuamán, Pisac y Cuzco en la sierra meridional. En torno al lago Titicaca, Squier recorrerá el palacio de Pilkukayna, el "santuario" de Tiwanaku y las enigmáticas

Chullpas y "discos solares" de Sillustani. Los grabados realizados por Squier son una acabada muestra plástica; acompañados por meritorias descripciones, especialmente teniendo en cuenta las condiciones en que fueron ejecutadas.

Otros viajeros de la época, Wilhelm Reiss y Alphons Stubel (1880), efectúan las primeras excavaciones en el sitio costero de Ancón y en Tiwanaku. Pocos años más tarde, E. Middendorf publica en Berlín los resultados de su expedición por el altiplano circuntitacaca, en la que, entre otros monumentos, incluye otra descripción sobre las ruinas de Tiwanaku.

Dentro de un panorama descriptivo sobre ruinas de monumentos del pasado andino, es la enigmática Tiwanaku la que acapará la atención de los viajeros. Entre ellos sobresalen Reiss, Stubel, Middendorf y Squier, Alcides D'Orbigny (1839), Charles Wiener (1880) y el argentino Bartolomé Mitre (1879); así como el mencionado Stubel en colaboración con el alemán Max Uhle (1892) y los de Adolph F. Bandelier (1911). Al legendario Max Uhle, de brillante trayectoria científica y cuyos aportes en favor de la americanística han sido casi mesiánicos, le corresponderá marcar a partir de la década de 1910, el ritmo de los avances de la arqueología; en especial en lo concerniente a la cronología relativa, periodificación y el contexto histórico de los monumentos estudiados.

En la alborada de este siglo se produce el descubrimiento de la estupenda Manchu Pijchu por Binhan Hiram y poco tiempo después O. F. Cook compone las primeras referencias comparadas entre la infraestructura agrícola precolombina de Mesoamérica y los Andes centrales (1920 y 1921).

Los pioneros en Argentina

Los trabajos descriptivos que conciernen a ruinas de monumentos prehispánicos alojados en Argentina se generan en la década de 1850. Uno de los primeros que alcanzó tangencialmente el tema de la arquitectura pertenece al naturalista suizo J. J. von Tschudi, que visitó Argentina en 1858, y está dedicado a la fortaleza Inka de Andalgalá o Pukará de Aconquija, de la cual compondrá un relato algo fantástico (1858).

La actividad local se iniciará a partir de la década de 1860 con las sucesivas fundaciones de la Sociedad de Anticuarios del Plata; del Museo de Historia Natural de Buenos Aires (1862); de la Sociedad Científica Argentina (1872); del Instituto Geográfico Argentino (1879) y del Museo de La Plata (1877-1884). Los hombres de esos tiempos fueron Hermann Burmeister, Estanislao Zeballos, Francisco P. Moreno, Juan B. Ambrosetti, Inocencio Liberani, Rafael Hernández, Samuel Lafone Quevedo,



Figura 2.6: Segmento empedrado y en cornisa del camino Inka, construido en el Valle Grande, al oriente de la Quebrada de Humahuaca (F. A.).

Adán Quiroga, Adolfo Methfessel, Gunardo Lange, Hilarión Furque, Hermann Ten Kate y Bartolomé Mitre. A partir de aquí, el Norte argentino compartirá con la pampa y la patagonia los mayores deseos exploratorios y el tema de la arquitectura aborígen encontrará a sus primeros estudiosos.

En el verano de 1877 los profesores del Colegio Nacional de Tucumán, I. Liberani y R. Hernández, exploran el valle de Yocavil y efectúan excavaciones dentro y al pie de las ruinas de la Loma Rica de la Quebrada de Shiquimil, de la que publican algunas fotografías, dibujos de las piezas halladas y croquis de los recintos. En años posteriores un ex oficial del ejército Noruego, el ingeniero Gunardo Lange es contratado como topógrafo por el Museo de La Plata para componer los planos de las guarniciones Inka de Watungasta y Pukará de Aconquija en Catamarca, publicados luego bajo la supervisión de Francisco Moreno y Samuel Lafone Quevedo (1892 y 1892). Es casi una obligación detenernos en el último de los nombrados debido a su estupenda trayectoria científica, que abarca el campo de la lingüística indígena, la historia, el folklore y la arqueología.

El Señor de Pilciao

Lafone Quevedo fue, en cierto sentido, un auténtico "señor que señoreó en Andalgalá y Pilciao", territorios catamarqueños que cuatro siglos atrás de su tiempo habían sido conquistados por el Tawantinsuyu. Hijo de un próspero comerciante británico, concesionario de las Falkland Islands Company (sic) y dueño de minas y estancias en el Río de la Plata, Don Samuel recibirá la sobria educación de la Universidad de Cambridge antes de recalar en el "riñón Diaguita" —así solía llamar a su finca de Pilciao— a la sazón, un ámbito que fue un verdadero hogar de tránsito, una especie de moderno tambo para todos aquéllos que

megalítica de Tafi del Valle, de las enigmáticas allpataucas de Andalgalá y de las ruinas catamarqueñas de Tuscumayo y Pajanco (1898 y 1902).

En años anteriores H. Burmeister, quien fuera traído a nuestras costas por Domingo F. Sarmiento, hace un alto en sus actividades entomológicas y geográficas para reconocer las ruinas imperiales de Incahuasi, en la Provincia de Salta y algunas más de Yocavil. Para esas mismas fechas se producirán los aportes del suizo Adolfo Methfessel, fruto de periplos por Yocavil y Andalgalá bajo el asesoramiento de Lafone Quevedo. Entre 1877 y 1889 Methfessel dibuja, pinta, excava y adquiere colecciones que

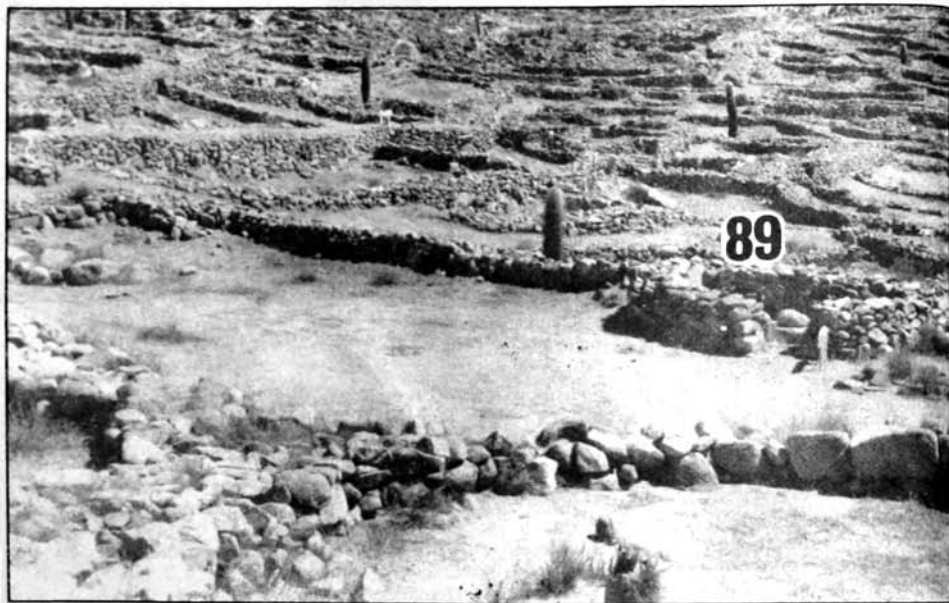


Figura 2.7: Gran patio y recinto molino T. 89 de Tasti, excavado por el autor en 1969 (F. A.)

compartieron inquietudes musicales o antropológicas con su anfitrión. Así es que en Pilciao podían escucharse diálogos sobre el Tucumán o el Londres prehispánico, como obras de Mozart, Haendel y Verdi, ejecutadas por orquestas especialmente traídas por Don Samuel. Como catedrático, nuestro hombre fue profesor fundador de una materia muy cara a nuestros intereses, la de Arqueología Americana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires (1898). Su producción científica estuvo fundamentalmente acaparada por la lingüística y la historia, aunque transitará también por nuestro tema, ocupándose de la arquitectura

a la postre serán depositadas en el Museo de La Plata. Cerca de un centenar de dibujos, acuarelas y óleos emergerán de su mano, entre los que podemos seleccionar los que grafican las enigmáticas allpataucas de Chaquiago, los enclaves de Fuerte Quemado, Rincón Perdido, El Chiflón, Peñas Coloradas, Quilmes, Loma Rica de Shiquimil y Pukará de Aconquija. Es inocultable la inclinación artística de Methfessel, la cual le demandará la mayor parte del tiempo de sus viajes; no obstante se las ingenia para componer una calificada labor descriptiva en el dominio arqueológico. Un circunstancial compañero de viaje del pintor es Hermann Ten Kate, quien se ocupará de las ruinas de la Loma

Rica de Shiquimil, Loma de Jujul, Cerro Pintado de las Mojarras, Fuerte Quemado y de la monumental Quilmes de Yocavil. Ten Kate realizará asimismo un corto derrotero por el Valle del Cajón, en el que descubre los sitios de Guasamayo y por el de Calchaquí, interesándose por La Paya (1893).

La generación del 80 y la arqueología

A partir de 1895 se enfatizan las campañas exploratorias hacia el Noroeste de Argentina, organizadas por el Instituto Geográfico Argentino. Sus protagonistas más conspicuos son Juan B. Ambrosetti y Adán Quiroga, dos hombres que, junto a Lafone Quevedo, conformaron la trilogía fundadora de las ciencias antropológicas en Argentina y que junto a Francisco P. Moreno, Estanislao Zeballos y Florentino Ameghino —especialistas en Patagonia— ocupan los peldaños más altos de las ciencias naturales decimonónicas. Son en todo sentido los legítimos herederos locales de un fuego sagrado, el de las ciencias naturales, cuyos cimientos alzarán inmediatos antecesores, como Lamarck, Humbolt y Darwin. Ellos inauguran el tiempo de los viajeros naturalistas, empeñados por descubrir nuevos testimonios del pasado americano. En los mapas 17 y 18 de la cartografía recientemente editada por P. Randle están puntualizadas las rutas transitadas por algunos de estos viajeros decimonónicos, entre ellas las de H. Burmeister entre 1856 y 1860, la de Francisco P. Moreno en 1875 y la de Juan B. Ambrosetti en 1883 (1981).

Adán Quiroga fue coetáneo y dilecto amigo de Lafone Quevedo, sanjuanino de nacimiento y catamarqueño por adopción. Quiroga fue, alternativamente, jurista, catedrático, político y periodista, pero ante todo fue un humanista romántico, dueño de una pluma de singular belleza, aunque algunas veces criticada por su excesiva carga emocional. Entre 1889 y 1904 compondrá varios artículos históricos, folklóricos y arqueológicos, entre los que se cuentan las reseñas de las ruinas de Quilmes, Fuerte Quemado, Poman, Colalao del Valle, Tañi, Anfama y El Shincal. Sobre este último, en el verano de 1901 dirá: "... Desviándonos veinticinco leguas del itinerario, visitamos las ruinas del Shincal que el ingeniero Furque (Tilarion) creyó que era asiento de Londres. Es una imponente fortaleza que iguala al Pucará (de Aconquija), con muros de piedra tallada y morros alirinchados semejante al Paramonga peruano. Tomamos posiciones geográficas, levantamos planos y sacamos fotografías admirables...". (Telegrama enviado al Presidente del Instituto Geográfico Argentino; 1901).

Una de las obras más difundidas de Quiroga es *"Calchaquí"*, un relato emocional sobre la epopeya indígena y en el cual se advierten las

influencias recibidas del historiador jesuita Pedro Lozano. Sin embargo, a pesar de ello, Quiroga no comparte las ideas del clérigo en lo concerniente al problema Inka; así lo expresa cuando puntualiza: "... Yo ya he tenido ocasión de opinar, en el capítulo en que trato de la invasión incásica, reservándome explicar esta antinomia y rebatir el argumento nuevo que se hace por los que no creen que el Inca sujetó a Calchaquí... Por los antecedentes históricos; por el cambio repentino de cultura; ... por hablarse la misma lengua de los peruanos; por los nombres de los lugares, como Casa del Inca, Tambo del Inca, Camino del Inca, etc.; por la organización social y política; por todo esto y mucho más, no es posible, no es lógico, no es racionalmente histórico dudar que nuestro Calchaquí estuvo completamente subyugado por los incas del Perú..." (1897). Con seguridad el gran destinatario de estos juicios fue su contemporáneo y amable contrincante en el problema Inka; nos referimos, por supuesto, a Juan B. Ambrosetti.

La figura culminante de este tiempo es sin dudas Juan B. Ambrosetti, un incansable explorador y un pródigo hombre de ciencia que abarca con generosidad y talento un vastísimo campo de conocimiento. A Ambrosetti le cabe el mérito de ser el primero en ejercer la Antropología Social en la campaña argentina, y el primero en desarrollar la arqueología científica en el terreno y laboratorio. Fue además folclorista, historiador, periodista, biólogo y cuentista —cómo no recordar aquí la prosa ingenua de su *"Viaje de un matorrango"*, escrita en sus años juveniles bajo el seudónimo de Thomas Bathata; o la narrativa natural de los *"Cuentos de tierra adentro"*, publicados por el inefable Fray Tetere y que seguramente harían las delicias de los lectores de *"Caras y Caretas"*—. En el dominio de la arqueología Ambrosetti compone más de 30 obras, de las cuales 3 nos interesan muy especialmente porque abrazan de lleno el tema de la arquitectura prehispánica. Estas son *"La antigua ciudad de los Quilmes"* (1897); *"Los monumentos megalíticos del Valle de Tañi"* (1897 b) y *"Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya"* (1907).

La colosal Quilmes es dividida por Ambrosetti en tres grandes sectores: "la ciudad", ubicada al pie del cerro, las ruinas sobre la ladera y el célebre "Pukara" emplazado sobre la montaña. Tanto por su minuciosa descripción, sus intenciones clasificatorias, y el uso del dato etnográfico para interpretar construcciones arqueológicas, el Quilmes de Ambrosetti es la más conspicua monografía sobre arquitectura prehispánica escrita en el siglo XIX. Ese mismo año emergerán de su pluma los estupendos menhires de Tañi, cuyo descubrimiento y

primeras descripciones están acompañados de dibujos, fotografías y un croquis general de la ubicación de cada menhir. La tercer contribución es la más extensa y un producto directo de excavaciones de unidades funerarias dentro y fuera del perímetro de la ciudad prehistórica de Puerta de La Paya de Calchaquí. El autor no vacila en explicar que: "... *Este grupo de ruinas constituyen por sí solas una entidad bien definida, una ciudad rodeada por todas partes de muralla de circumbalación propia...*". (1907; 30). Así nos introduce en la problemática de La Paya y, detrás de su "entidad bien definida", creemos hallar los embriones de la definición de una unidad arqueológica espacial: el sitio, masivamente utilizado luego de Ambrosetti.

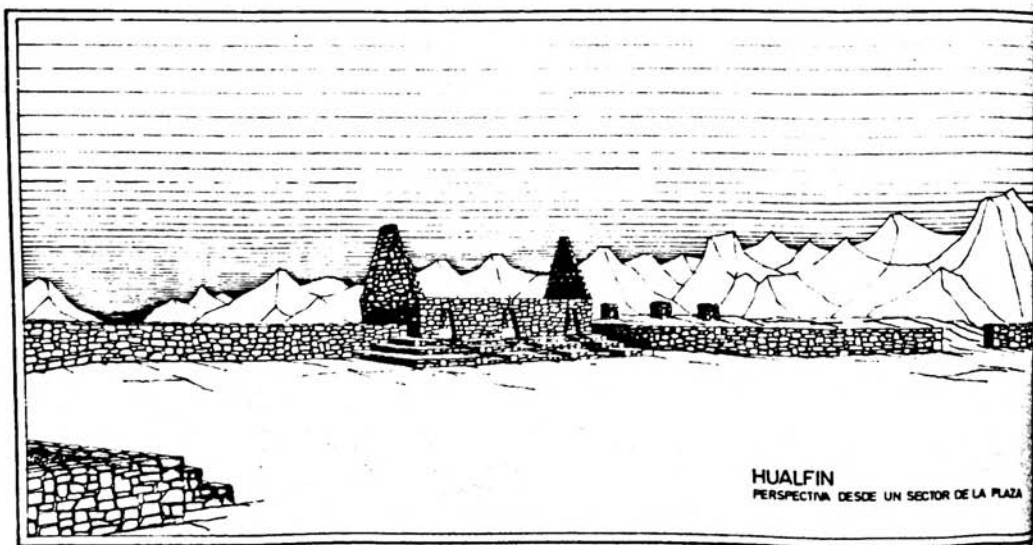
La edificación central de La Paya, la cual bautiza como la Casa Morada, particulariza la atención del autor; sobre ella dirá: "... *posiblemente fue una vivienda de un cacique principal o quizás un templo... que con posterioridad sirvió de sepulcro... á un personaje importante...*"; luego prosigue diciendo: "... *nos ha dado la impresión de que fue habitado y que, desde allí irradió algo así como una autoridad civil o religiosa...*" (1907; 45). Posteriormente investigaciones comprobaron que entre La Paya y la sugestiva Casa Morada se planteó un diáfano caso de contacto directo entre la cultura Calchaquí —a la sazón receptora— y la Inka —intrusiva—. Modernos trabajos sobre otros sitios del Norte argentino, algunos de los cuales nos

tuvieron como protagonistas, han registrado casos similares al de La Paya, entre ellos los de La Huerta y Tilcara de Humahuaca y Turi en Chile. La inexplicable tozudez del autor de *Notas de Arqueología Calchaquí y El bronce en la región Calchaquí*, expresada en la negación de la conquista y administración Inka en el antiguo Tucumán, no empaña sus méritos tantas veces elogiados. Bajo el influjo de los errores de Lozano, don Juan Bautista es el responsable de la instauración del falso paradigma de la no dominación Inka; arrastrando tras de él a varios investigadores de su tiempo y posteriores, como Debenedetti, Lafón, Greslebin, Vignati, Madrazo, Otonello y Pelliscro.

Carlos Bruch, los aristócratas y un sueco taciturno

El siglo XX irrumpe con nuevos aportes generados en el terreno, y con ellos los de Carlos Bruch, entomólogo de profesión, pero arqueólogo por imperio de las circunstancias; o mejor dicho por mandato de su jefe, Don Francisco P. Moreno, quien lo envía al Valle de Hualfin, en Catamarca, para recuperarse de una molesta enfermedad y, de paso, como viajero naturalista. Aún convaleciente, a Carlos Bruch no parece temblarle la mano cuando describe y dibuja la arquitectura funcraria calchaquina meridional y realiza los primeros planos a mano alzada de las ruinas de Hualfin, los que publicará en 1904.

Pocos años más tarde y creemos que ya



HUALFIN
PERSPECTIVA DESDE UN SECTOR DE LA PLAZA

Figura 2.8. Reconstrucción de la kallanka de Hualfin, vista desde la plaza. En primer plano se observa el "unru", al fondo las colcas o almacenes. (Pva. A.).

definitivamente atrapado por la arqueología, Carlos Bruch emprende un extenso trabajo exploratorio y descriptivo sobre varias ruinas monumentales de Tucumán y Catamarca. Los frutos son editados en 1911, con lo cual quedan registrados nuevos sitios de relevancia como Famabalasto, La Ciénaga, Punta de Balasto y La Ciudadcita, a la vez que son redescritos otros ya conocidos, como Tañi, Cerro Pintado de Mojarras, Quilmes, Tuscumayo, Cerro Mendocino, Loma Rica de Shiquimil, Hualfín, Pajanco y Pukara de Aconquija.

Entre 1901 y 1903 se producen las legendarias expediciones sucas y francesas dirigidas por Erland Nordenskiöld, Crequí de Monfort y Senchal de La Grange con destino al desconocido altiplano de Bolivia, Chile y Argentina. Entre los integrantes de la primera misión se cuentan el suco Conde Eric von Rosen, el botánico R. Fries y el jefe del equipo, el Barón Erland Nordenskiöld. A ellos se les une un suco delgado y taciturno de 34 años que había estudiado antropología en el Muséum de París para emigrar posteriormente a la Argentina, donde pasó a ganarse el pan como capataz en la construcción de puentes y profesor en colegios secundarios de Buenos Aires, Catamarca y Tucumán. Eric Boman, de él se trata, fue contratado como guía y asesor de la misión científica, con lo cual iniciaría una nueva fase de su vida, en la que tanto había soñado en sus tiempos parisinos de estudiante de Antropología.

En el período comprendido entre 1901 y 1924 Eric Boman genera 31 publicaciones, entre las que se cuenta el célebre *Antiquités de la région Andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*, compuesta por dos gruesos volúmenes gestados durante sus viajes con las misiones europeas y terminados en París, donde serán publicados en 1908. Allí Boman compone descripciones parciales de la arquitectura de Tastil, Morohuasi, Puerta de Tastil, Incahuasi, Rinconada, Cochinocha, Queta, Doncellas, Casabindo, Yaví, Pucará de Lerma, La Paya y El Gólgota, entre varios sitios más. En la carta arqueológica que acompaña a la edición presenta la posición geográfica de más de medio centenar de sitios arqueológicos con vestigios arquitectónicos, abarcando un espacio físico que media entre el Chaco salteño y Chile de nacimiento a poniente, y desde la región Calchaquí hasta el altiplano boliviano.

Los aportes de Boman sobre poblaciones indígenas no se detienen con este clásico de la literatura arqueológica, sino que continúan con varios aportes ulteriores, como los que refieren sobre los túmulos del Valle de Lerma, El Pukará de Los Sauces de La Rioja, Las Ruinas de Tinti en Salta y su póstrumo y valioso *Estudios Arqueológicos Riojanos*, compilada por su

alumno Héctor Greslebin en años posteriores a su desaparición.

En cuanto a los tres jóvenes aristócratas sucos de la primera misión científica — excluimos a dos integrantes más de ese equipo, el vñet de von Rosen llamado Sigfrid y un amigo personal de aquél, Gustav von Holsten—, cada uno a su manera emprenderá con este derrotero una destacada labor científica. El Conde Rosen ofrece sus impresiones en dos obras estupendas publicadas en Estocolmo en 1916 y 1924 respectivamente. La segunda fue traducida al español por la Universidad Nacional de Tucumán en 1957; se trata de *Un mundo que se va*, relato lleno de frescura donde se cuentan éxitos y avatares de la expedición andina. Se advierte en von Rosen un fino humor, cierto desparpajo y, por sobre todo, una meticulosa intención descriptiva de cuanto pasa ante sus azorados ojos europeos. Como ejemplo de ello bastará recordar la narrativa casi ingenua de la ceremonia del mate, insuflado con "un aparato que se llama bombilla y por el que se chupa la bebida caliente que gracias a un colador llega a la boca sin estar mezclada con la yeba molida..." (1957; Cap. III). El autor reserva para la arqueología 5 de los 14 capítulos de ese mundo exótico, con lo cual emergen en la literatura arqueológica las poblaciones de Morohuasi, Chañi, Casabindo y Tolomosa. El botánico Robert Fries sobresale en su terreno con varias publicaciones, producto de sus periplos por Sudamérica y África. Mientras que el joven líder del grupo, el Barón Erland Nordenskiöld, dejará a un lado sus iniciales vocaciones zoológicas y paleontológicas para dedicarse con intensidad a la arqueología, en la que descollará por lustros, merced a la continuidad y el talento puesto en sus trabajos sobre la arqueología del "gran Chaco" y oriente de Argentina. En este recóndito territorio, y muchas veces acompañado por Clara, su esposa, compondrá contribuciones de primer nivel, aún no retomadas por la arqueología contemporánea del país del Altiplano (1915 a; 1915 b y 1917).

Más de un centenar de instalaciones precolombinas han hecho ya su aparición en el escenario de la literatura arqueológica; ciudadelas, campos agrícolas, tamberías, caminos, acequias, santuarios y poblaciones del más variado tenor aparecen en los relatos de estos pioneros de la arqueología argentina. partir de aquí, ya durante la segunda década del siglo XX, este introito se verá remozado y la recomposición cultural de esas manifestaciones se fortalecerá, tanto por la realización de las primeras tipologías, como por la intención de ubicar el vestigio dentro de los contextos históricos y en los parámetros temporales relativos, que también comienzan a aparecer en

los cuadros de periodificación del proceso cultural.

3 - Período Descriptivo-Tipológico

"... En Catamarca el terreno está sembrado de ruinas; por valles, laderas y montañas no se da un paso sin encontrar sepultada alguna hacha de piedra o de cobre, ídolos, alfarerías espléndidas, cimientos de ciudades arrasadas, murallas de altas fortalezas..."

Francisco P. Moreno; 1892.

Entre 1910 y 1940 ubicamos el tercer capítulo de esta historia, caracterizado por avances a través de la introducción de la tipología de la cultura material y una saludable limitación en las interpretaciones especulativas del período anterior. Este momento es teñido por las ideas sobre el particularismo histórico de la cultura, impuestas por F. Boas y que rechazan las generalizaciones nomotéticas en antropología. Naturalmente este paradigma influye en los arqueólogos del Nuevo Mundo, limitando sus interpretaciones, que demuestran en líneas generales una mayor prudencia en la explicación del origen y las regularidades culturales por el método comparativo. La arqueología se convierte en una disciplina eminentemente descriptiva, sobre la base de una tipología que ha adquirido refinamiento técnico. Algunos intentos incluyen la ubicación cronológica relativa del dato, apoyados en una innovación metodológica que pasará a ser fundamental para la arqueología: la excavación mediante la técnica estratigráfica, que permite elaborar las secuencias verticales y ordenar las muestras del pasado.

Los perfiles que surgen de las excavaciones trazados por los arqueólogos muestran la forma y profundidad en que van apareciendo los retazos de la cultura material, y permiten la construcción de secuencias arqueológicas con su posición histórica relativa, bajo la puesta en vigencia de un criterio lógico: "lo que está más abajo de una estratigrafía es, en la praxis, más antiguo que lo que está por encima".

Promediando la segunda mitad del período, la vigencia de estos mecanismos estratigráficos y tipológicos, en el terreno y laboratorio respectivamente, comienzan a rendir jugosos resultados. Conocer la evolución estilística de estos retazos de cultura material verticalmente depositados y puntualizar sus diferentes fases de desarrollo, pasa a ser la finalidad perseguida. Los cuadros de periodificación cultural comienzan a emerger, e inscriben no sólo componentes de la cultura material transportable, sino también las formas edilicias que la contienen.

El espectro temporal de los asentamientos humanos precolombinos se amplió hacia una rica perspectiva. La cronología relativa de los

monumentos se hizo imprescindible para esa tarea de integración y desarrollo histórico, en cuadros explicativos del proceso cultural. Esos testigos arquitectónicos forman una gran porción del registro arqueológico. Especialmente donde las instalaciones prehispánicas fueron concebidas en materias primas no perecederas.

Un sajón, un peruano y algunos americanos del Norte

Dentro del compromiso contraído hacia el rescate de la cultura precolombina, dos figuras sobresalen notoriamente en el firmamento andino. La del arqueólogo sajón Frederick Max Uhle y la del decano de los investigadores peruanos: Julio C. Tello. La obra de Uhle queda plasmada en varias contribuciones que son verdaderos ejemplos de los soplos renovadores. Multifacético y genialmente intuitivo, Uhle emprenderá varios estudios sobre cronología y periodificación en base a excavaciones estratigráficas y al trazado de los Horizontes-estilo. Tanto las costas californianas, como las tierras Mayas y los Andes Sudamericanos lo tendrán como protagonista. Sus estudios involucran al N. O. argentino —al que visita en 1910— y al extremo N. de Chile. El cuerpo documental que más interesa a Uhle es esencialmente la alfarería, que él mismo colecta y clasifica en estilos; con ellos se produce la asociación de las formas edilicias, a las que describe y ubica en sus esquemas. Entre los años 1892 y 1924 Uhle producirá sucesivos aportes pertinentes a entidades costeras como Moche, Ica, Pachacamac, Arica, Tacna y Nazca; de la sierra cuzqueña y de Tiwanaku en el altiplano (1907; 1910; 1912; 1913; 1919 y 1922).

El XVII Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Buenos Aires en 1910, le sirve de pretexto académico para visitar Argentina y recorrer el Noroeste. Pero fundamentalmente sus propósitos fueron presentar un esquema histórico de las culturas locales, dividido en 4 Períodos: del Salvajismo, de los Vasos Draconianos, Pre-Incaico y de los Incas (1912). El guante arrojado por Uhle será recogido prontamente por investigadores coetáneos, como Ambrosetti, Boman, Leveillé y Debenedetti, con lo cual se iniciará una larga polémica en torno a la antigüedad y periodificación prehispánica del Norte argentino, que trascendió la esfera científica para alcanzar lo personal.

La otra figura es Julio C. Tello, contrincante dialéctico de Uhle en los apasionantes tópicos sobre la filogenia cultural centroandina y a quien debemos una serie de espectaculares descubrimientos y estudios de ruinas monumentales; entre ellas la fascinante Chavín de Huantar en el Callejón de Conchopco en



Figura 2.9. Cómicos funerarios con techo en falsa bóveda, de Puerta de Juella de Humahuaca (acusado de A. Cabrera, 1930).

Ancash; los depósitos funerarios de la Península de Paracas; la antigua capital serrana del imperio Wari, en Ayacucho; sus excavaciones en el templo de Punkuri en Nepeña; en Nazca; en Moche y tantos más, que emergerán de la infatigable labor de Tello.

Las tres Américas son objeto de investigaciones de campo. En la región del S. O. de América boreal, Alfred Kidder (1924), uno de los fervientes postulantes de la gran antigüedad del hombre americano, realiza una estupenda contribución en torno a la posición estratigráfica de los monumentos prehistóricos de la cultura Pueblo, en la región del río Pecos y en la meseta de Pajarito. El altiplano mejicano recibe soplos renovadores por intermedio de Manuel Gamio, quien publica en 1913 sus estudios sobre la posición cronológica relativa de las culturas del valle de Texcoco. En base al empleo de la estratigrafía Gamio separa temporalmente a los estilos alfareros hallados en el sitio de Zacatenco, a los que ubica dentro de lo que llama "horizonte arcaico", más antiguos que los rescatados en Teotihuacán; al mismo tiempo, a estos últimos los antepone temporalmente a los del imperio Azteca, cuya iconografía hallaron los españoles en su penetración de 1519. No obstante su centralización en los estilos de la alfarería, los aportes de Gamio fueron fundamentales para ubicar en el tiempo las formas arquitectónicas asociadas. Las de Zacatenco, más antiguas, ubicadas dentro de lo que el autor llamó "arcaico" (Formativo posteriormente); las del Clásico, representadas por la monumental Teotihuacán y, posteriormente, las de la capital azteca Tenochtitlán. Los embriones de una periodificación por secuencias del proceso cultural mesoamericano, y con ellos los jalones de las etapas de su urbanización, ya habían germinado.

También las tierras Mayas yucatecas y de Quintana Roo tuvieron en este período meritorias contribuciones. Entre ellas las de George Vaillant y Raymond Merwin (1932) sobre la arquitectura y trazado de Holmul, con un intento por establecer las diferentes fases por las que atravesó su edificación. Unos años antes, en 1926, la Carnegie Institution de Washington inició un proyecto singular; las investigaciones y reconstrucciones arqueológicas de Uaxactun, uno de los pocos centros que sobrevivieron los tres estadios del proceso cultural Maya, Formativo, Clásico y Post-Clásico.

Luego de los pioneros trabajos de Uhle y Tello, la región andina se beneficia con los aportes integrativos de Phillip Means sobre las antiguas civilizaciones andinas (1931) y con los de Alfred Kroeber (1926) sobre la estratificación cultural de Perú, basada en la aplicación de los principios de la seriación. Poco después

Wendell C. Bennett consigue ubicar relativamente las fases Tiwanaku (1934), iniciando una etapa de estudios que lo llevarán a periodificaciones por gran parte de las tierras altas sudamericanas (entre 1939 y 1948). Otros trabajos, como el de Luis E. Valcárcel "redescubren" la antigua fortaleza Inka de Sacsahuamán, de la cual compone una descripción de su traza y partes arquitectónicas sobresalientes (1934); a la par que E. Hirth-Terré comienza con sus importantes trabajos descriptivos y planimétricos en sitios costeros (1933).

Sin embargo, no todo era progreso en los estudios andinos, otros trabajos mantienen las mismas tendencias especulativas manifestadas en el período anterior; y otros implican alarmantes anacronismos. Entre los segundos se cuenta el extenso tratado en torno a las ruinas de Tiwanaku, fruto de la fantasmagórica pluma de Artur Posnansky, compatriota, contraparte y enemigo dialéctico de Max Uhle (1914).

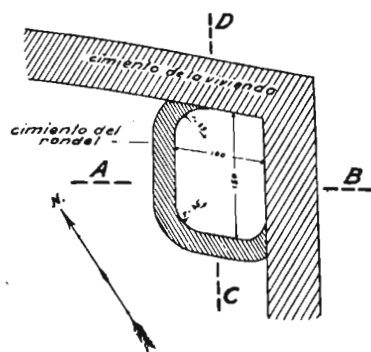
La arqueología argentina a principios de siglo

Dentro de este Período, la arqueología en Argentina no alcanzó los progresos metodológicos de sus pares de Mesoamérica y Andes Centrales. Un poco porque los paradigmas de Max Uhle en 1910 son desestimados por la mayoría de los investigadores locales, y otro porque los maestros como Ambrosetti y Boman, contraponían sus ideas en torno a la cronología relativa y orígenes de la cultura, fueron las causas que atrasaron los estudios sobre periodificación y cronología relativa. Boman, en un ya célebre artículo publicado en Quito en 1923, defendió a ultranza la sincronía y poca antigüedad de los estilos draconiano y santamariano o diaguita; y la directa influencia sobre ellos de la cultura peruana, difundida hacia Argentina apenas pocos siglos antes de la conquista europea. A estas controversias, en parte dialécticas, en parte personales, debe sumarse la inexplicable falta de seriaciones con criterio estratigráfico, que cerraban aún más las posibilidades de elaborar las secuencias verticales, que tantos buenos resultados estaban brindando en otras partes del Nuevo Mundo.

Las pruebas arqueológicas obtenidas unilateralmente en depósitos funerarios, quedaban subordinadas a fuentes etnohistóricas deficitarias; con lo cual le quitaban perspectivas cronológicas a un proceso cultural, limitado a un lapso próximo a la conquista europea. Por tal razón, la denominación propuesta a nivel continental, Período Descriptivo-Tipológico, como expresión de la característica predominante del estadio comprendido entre 1910 y 1940, alcanza solamente a cumplir con el

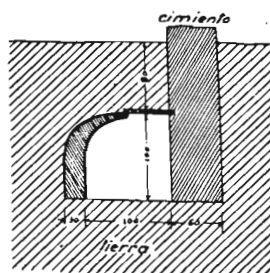
Situación

1:50



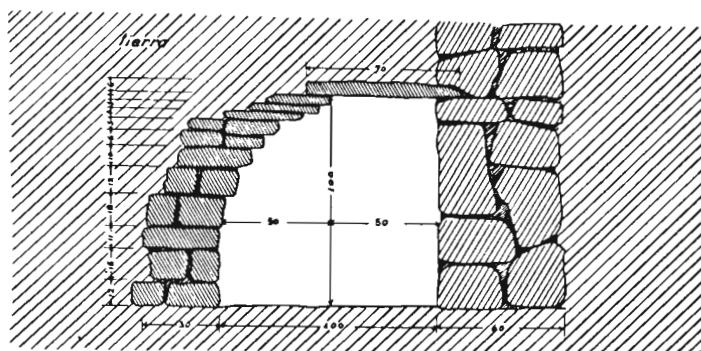
Corte A-B

1:50



Corte A-B

1:20



Corte C-D

1:20

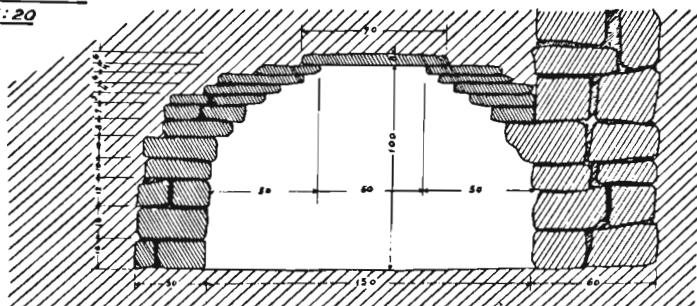


Figura 2.10: Planta y perfil de una cámara funeraria subterránea, con cierre en falsa bóveda, de Puerta de Juela de Humahuaca (P. W., 1919)

primero de estos dos objetivos, realizando sólo en forma parcial el tratamiento tipológico y minimizando la dimensión temporal del vestigio hallado.

Si bien el panorama inherente al marco teórico y metodológico de la arqueología Argentina no marchaba acorde con el del resto de América; como contraparte, los trabajos de campo que abrazaban las expediciones, descubrimientos y descripciones de las formas edilicias prehistóricas alcanzaron su clímax. Entre 1910 y 1940 se llevarán a cabo alrededor de medio centenar de campañas arqueológicas hacia el altiplano puneño, la región de Humahuaca y los valles longitudinales de Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja y San Juan. De estos periplos quedan testimonios de más de dos centenares de instalaciones prehispánicas. El caudal documental de las edificaciones precolombinas se multiplicó, aún manteniendo un marco teórico y metodológico similar al empleado en el período anterior.

Dentro de esta tónica hay dos proyectos arqueológicos que sobresalen notoriamente. El primero realizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires entre 1909 y 1919, que patrocina quince expediciones por el altiplano puneño y la

quebrada de Humahuaca. Estos tienen en Ambrosetti en su inicio, y posteriormente en Salvador Debenedetti, a sus primeros investigadores. Una lista que incluye estupendas instalaciones prehispánicas como La Isla, el Pucará de Tilcara, Alfarcito, La Huerta, Puerta de Juella, Titiconta, Yacoraite, Perchel y Campo Morado quedan registrados en libretas de campo y diarios de viaje.

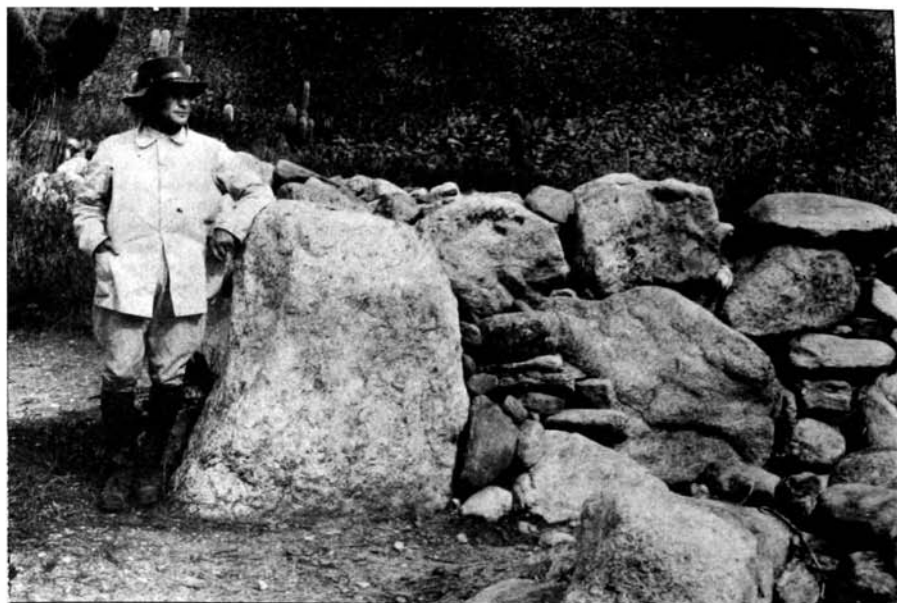
Debenedetti, Muniz Barreto y un ingeniero checoslovaco

Salvador Debenedetti, un radical idealista con mucho de poeta nacido en 1884 "del otro lado del puente de Barracas", es la figura descollante del momento. Sus iniciales vocaciones literaria y política quedarán a un costado —aunque nunca definitivamente abandonadas— al conocer al que sería su maestro, Juan B. Ambrosetti, a quien acompaña en su misión arqueológica por La Paya en 1906. Designado como sucesor de Lafone Quevedo en la cátedra de Arqueología Americana de la Universidad de Buenos Aires (1911) y de Ambrosetti al frente del Museo Etnográfico (1917), comienza para él un corto pero pródigo período de producción científica, hasta su temprana desaparición en 1930.

En ese lapso Debenedetti viajará hacia los



Figura 2.11 (A y B). Diferentes versiones para un componente arquitectónico similar: la jamba. En Tafi del Valle dispuesta como un "Menhir" y en Buey Muerto del Aconquija por un gran bloque irregular sin labrar (B).



valles preandinos de San Juan, fruto de los cuales se conocerán las localidades arqueológicas de Calingasta y Guanacache, y los sitios de Angualasto, Barrealito, Pachimoco, Barreal, Chiquillos y Niquivil (1917). Sus trabajos posteriores serán sobre Alfarcito (1918), Caspinchango (1921), las misteriosas Chullpas del Río San Juan Mayo (1930 a), Las Ruinas del Pukará de Tilcara (1930 b) y el póstumo Titiconta (1935) que su alumno, Eduardo Casanova, recopila luego de su inexplicable muerte en alta mar, cuando regresaba del Congreso de Americanistas de Hamburgo.

La aceptación de las ideas renovadoras de Max Uhle sobre la profundidad histórica de las culturas del Noroeste le valen una feroz crítica de Boman, quien recusa un artículo de Debenedetti en el cual relaciona las iconografías de Tiwanaku y Draconiano (1912). Sin embargo, esto seguramente no lo afecta tanto como la desaparición de su esposa, en 1918, la cual lo sumerge en una profunda depresión, apenas paliada por la poesía y por sus continuos viajes arqueológicos.

La obra arqueológica de Debenedetti cuenta, lamentablemente, con algunos conos de sombras. Lo negativo recae básicamente en una técnica de excavación deficiente, empecinada en extraer tumbas a pala limpia en los ángulos de las habitaciones como ocurrió en La Huerta y

Tilcara y, fundamentalmente, en la no aplicación de técnica estratigráfica. Este último error es casi inexplicable para un arqueólogo profesional que, como Debenedetti, había leído a Uhle, justamente el responsable de la incorporación de este invalorable mecanismo en los Andes Centrales ya en 1901.

El segundo gran proyecto de la década de 1910 queda en manos de la iniciativa privada y marcará un hito fundamental en la arqueología de Argentina. Sobre las postrimerías de esa década, un residente jujeño aficionado a la arqueología llamado Karl Schuel, conoce a Benjamín Muniz Barreto, hombre de fortuna, afamado coleccionista de antigüedades y dueño de una profunda formación cultural. Casi inmediatamente Barreto contrata a Schuel para que efectúe investigaciones en suelo jujeño. Poco después, por consejo de Carlos Bruch, Muniz Barreto convoca al ingeniero checoslovaco Vladimiro Weiser, a quien nombra director de sus expediciones, formando un equipo con la contratación de Federico Wolters, Antonio Bernasich, Martín Jensen y F. Murr, a los que se les sumaría esporádicamente Debenedetti. Entre los años 1919 y 1930, este grupo efectuará once expediciones por el N. O. argentino, descubriendo y estudiando un centenar de yacimientos arqueológicos, de los cuales, más de la mitad fueron objeto de

excavaciones y relevamientos topográficos. Se obtuvieron aproximadamente 11.000 piezas arqueológicas, en una estupenda colección de plástica e iconografía indígena adquirida por el Museo de La Plata en 1931.

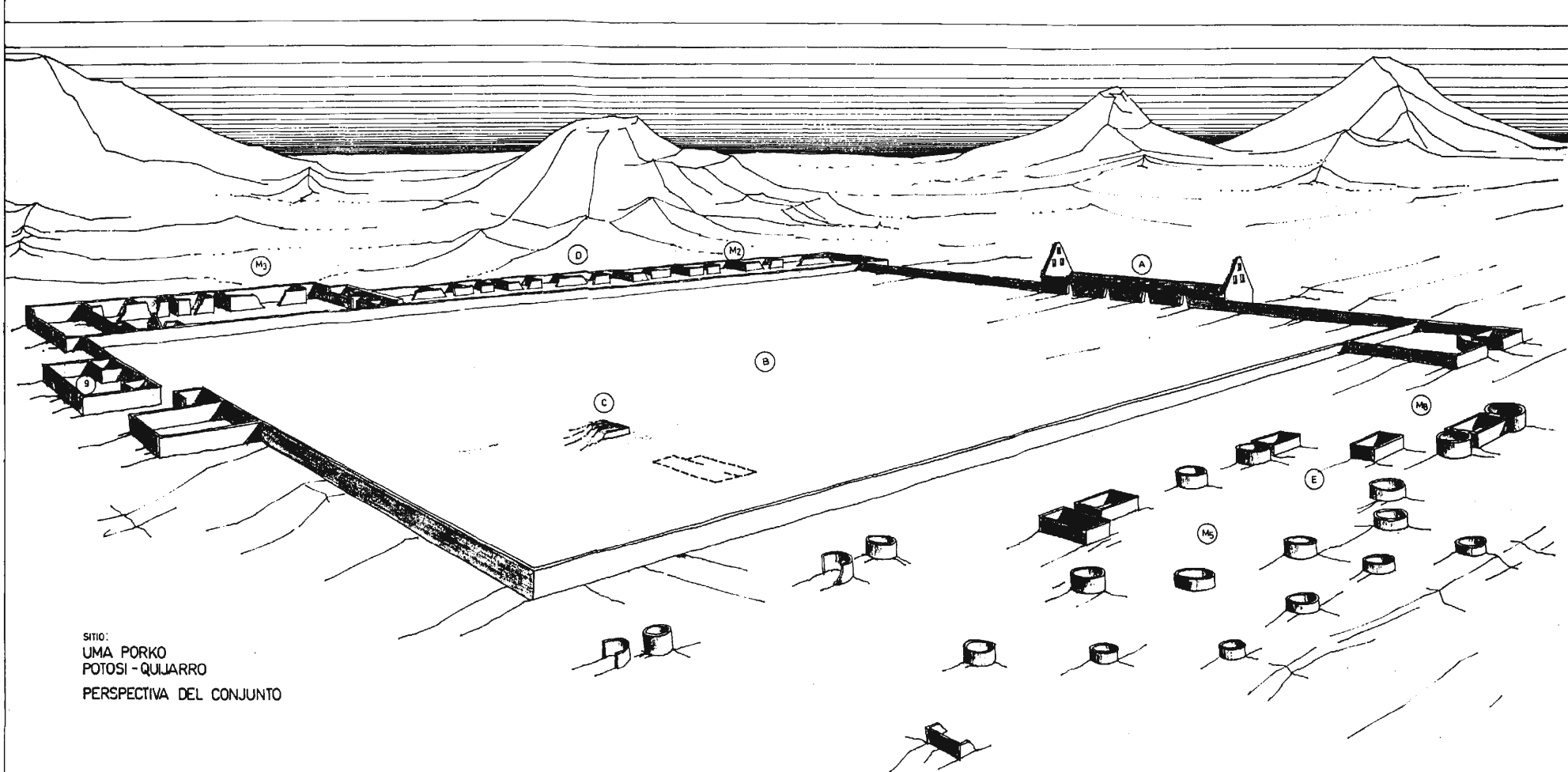
Para nuestra temática han sido de capital importancia los planos y dibujos extraídos de las libretas de campo y diarios de viaje de Karl Schuel, W. Weiser y F. Wolters. De ellas se ha utilizado una significativa parte, concerniente a la arquitectura prehispánica. Las instalaciones de Puerta de Juella, Pueblo Juz de Maydana, Huichayra, Hornadita, Bilcapara, Pucapampa, Iturbe, Condor, Campo Almacén, Yoscaba, Tilcara, Cabrera, Piedra Blanca, Pampa Grande, Churquihuasi, Esquina Blanca, La Cueva, Madreón, Calte, Zapagua, Chaupi Rodero, Casilla, Pucara, Vallecito, Ilucumasa, Inca Cueva, Quebrada Ciénaga, Chilcoya, Villacito, Hornillos y Pueblo Viejo, entre algunos más de la Provincia de Jujuy. Mientras que en la Puna meridional y los valles longitudinales de Tucumán, Catamarca y La Rioja, el binomio Weiser-Wolters se ocupará de las descripciones y mapeos de las ruinas de Famabalasto, La Calera, Quilmes, Loma Rica de Shiquimil, Huallín, Masao, Caspinchango, Loma Rica de Jujuil, Turiso, El Bordo, Ampajango, Puerta de Corral Quemado, Cerro Pintado de Las Mojarras, Fuerte Quemado, Punta de Balasto, Cerrillos, Buey Muerto, Asampay, El Eje, Chafañán, Fuerte de Andalgalá, Cerro Colorado, Pozuelos, Laguna Blanca, Tebenquiche, Laguna Colorada, Peñas Azules, Loroahuasi, El Paso, La Aguada, La Ciénaga, Zarzo, Tesoro, Cerrillos, Ingenio del Arenal, Alpasinde, Cerro Mendocino, Loconte, El Bañado, Andalgalá, Agua Amarilla, Chihucon, Totorilla, Valde, Palomayaco, Loma Redonda, Shincal, Yacotuía, Carrizal, Condorhuasi, Palo Blanco, San Fernando, Puerta, Nacimiento, Cajón, Bolsón, Barranca Larga, La Alumbra y Watungasta.

Entre historiadores, viajeros naturalistas y arquitectos

En la tercera década la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires reinicia, por intermedio de Eduardo Casanova, discípulo de Debenedetti, las investigaciones en Humahuaca y Puna. Se incorporan con ellas nuevos sitios a la literatura arqueológica, como Sorcuyo, Doncellas, Los Amarillos, Coctaca, Perchel, Angosto Chico, Algarrobito, Maimará, Hornillos, Huachichocana, Tumbaya Grande, Coiruro, Volcán, Pucará de La Cueva, Pucará Morado y Pueblo Viejo de La Cueva. Son ostensibles y en gran parte inexcusables las deficiencias y errores que comete Casanova en sus trabajos de campo. Sobre todo a 30 años de la inauguración de las excavaciones estratigráficas por Max Uhle en

Pachacamac (Perú) y por Manuel Gamio en el Valle de Méjico y que Casanova —repetiendo los inexplicables errores de su maestro Debenedetti— no aplica. Bajo estas circunstancias, su experiencia en el terreno le permite componer una clasificación de la instalación aborígen en Pucará con sistema defensivo, para los que cita como ejemplos a Tilcara, Huichairas, Yacoraite, Calte, Humahuaca (Peñas Blancas), y Morado de La Cueva; y Pueblos Viejos, situados en asociación a terrenos de cultivo y sin defensas, como los de Coctaca, Los Amarillos, La Huerta y Pueblo Viejo de La Cueva. Al mismo tiempo, Casanova intenta una clasificación de otras formas arquitectónicas, como los andenes o bancales de cultivo, las acequias, los silos de almacenaje, los corrales y, dentro de las viviendas, describe los techos, las puertas, la planta: "...generalmente rectangular y excepcionalmente redonda o irregular...", y sus dimensiones (1933 y 1936). Paralelamente, Romualdo Ardissonne se ocupará de los aspectos arquitectónicos de Coctaca, Pucará y de Ciénaga Grande (1928; 1937 a, b, y 1942); Santiago Gatto (1934) del tema de los graneros, para los cuales se vale de pruebas etnohistóricas y arqueológicas; y el discípulo de Boman, Héctor Greslebin, efectuará una descripción de las cámaras sepulcrales de la instalación de Coctaca (1929).

Ya en las postrimerías del Período se llevan a cabo cuatro periplos de Fernando Márquez Miranda "por el más remoto Noroeste argentino", esto es por las regiones de Iruya y Santa Victoria. Estos viajes son publicados entre 1934 y 1942 conjuntamente con una carta arqueológica que involucra medio centenar de instalaciones con arquitectura de superficie. La narrativa de Miranda es literalmente atractiva pero, en no pocos casos, de valor escaso desde el punto de vista arqueológico. A pesar de ello, atesora cierto peso documental en la medida que describe parcialmente enclaves desconocidos hasta ese tiempo, como Colanzullí, Chaupi Loma, Rodeo Colorado, Huara Huasi, Zapallar, Arcayo, Costa Azul, Izcuña, Campo Grande y Vizcarra. A M. Miranda pertenece también un boceto de clasificación de la arquitectura aborígen de la Provincia de Salta, apoyado fundamentalmente en sus observaciones en los sitios de Iruya y Santa Victoria. En este aporte, el autor acepta los criterios de Casanova para diferenciar los Pucará de los Pueblos Viejos; a la vez, divide la estructura agrícola en dos tipos: andenes y silos y diferencia dos siluetas de vanos, las rectangulares de posible origen Aymara y las trapezoidales de raíz quichua (Inka). Pero solamente hasta esas laconicas apreciaciones llega M. Miranda, dejando inconcluso un tema cuyo título anticipaba mayores expectativas.



SITIO:
UMA PORKO
POTOSÍ - QUIJARRO
PERSPECTIVA DEL CONJUNTO

Las regiones meridionales del N. O. argentino, que habían recibido los primeros beneficios por obra de S. Debenedetti (1917), tendrán en H. Greslebin a un calificado observador de la arquitectura Inka de la Tambería de Chilecito (1940) y en F. de Aparicio a un rastreador de las pistas del camino del Inka y los enclaves de Tambería de los Cazaderos, Rincón del Toro y Ranchillos (1937; 1940 a y b).

Otras obras que alcanzan temas sobre la arquitectura del N. O. argentino, a pesar de haberse publicado con posterioridad a 1940, pertenecen, por técnica y marco teórico, a este período. Entre ellas las de F. Márquez Miranda (1943 y 1946), sobre los Diaguitas Valliserranos,

etnohistóricos regionales, como los de Alberto M. Salas sobre la instalación de Ciénaga Grande de Humahuaca (1945).

La producción científica pertinente a este período se extingue con la extensa obra de Amilcar Razzori sobre la historia de la ciudad argentina, en la que el autor dedica un capítulo a la instalación aborigen (1945). Dentro de los nucleamientos urbanos prehistóricos, Razzori distingue 6 tipos: 1, poblados; 2, poblados agrícolas; 3, ciudades amuralladas; 4, Pucará; 5, Pucará-poblado y 6, Pucará y ciudad. Se observa en ella una sana intención clasificatoria por comparación, que abarca análisis sobre la planificación de las fortalezas, entre las que



Figura 2.12: Ventana de forma trapezoidal de una "kallanka" del Pucará de Aconquija.

la de Santiago Gatto sobre el Pucará de Volcán (1946), la de Francisco de Aparicio sobre las ruinas de Tolombón (1947). Otros trabajos pertenecen a Antonio Serrano, quien describe y sintetiza algunas características de las edificaciones de los antiguos Diaguitas, en un aporte que queda a mitad de camino frente a las expectativas que propone su título (1936). Algunos acometen exámenes preliminares sobre las estructuras agrícolas prehispánicas, como el de Romualdo Ardissonne (1944). Otros ostentan pulcritud en el tratamiento del registro arqueológico, al que articulan datos

inscribe, reutilizando datos de M. Miranda, E. Boman, L. Struve, H. Ten Kate, A. Serrano y E. Casanova, a los establecimientos de Cerro Morado, Campo Morado, Punta de Balasto, Aconquija, Los Sauces (La Rioja), Quilmes, La Cueva, Watungasta, Palermo, Fuerte Quemado, Huichayras. Se refiere posteriormente a "los Poblados", a los que atribuye características de verdaderas ciudades, como Tilcara, Fuerte Quemado y Quilmes (sectores bajos), Londres, La Ciudadcita, Tocota, La Paya y Hualfin entre varios más. Lamentablemente, las falencias en la formación arqueológica y la ausencia de trabajo

de campo de Razzori, lo llevan a cometer garrales errores, mezclando instalaciones diferenciales en el tiempo, espacio y adscripción cultural, equivocándose en las interpretaciones funcionales, como en el caso de la Ciudadita de Saujil a la que confiere el carácter de ciudad cuando en realidad es una instalación agrícola con pocas evidencias residenciales; o como en el Pucará de Aconquija, que es una fortaleza Inka fronteriza y no una extensa ciudad como pretende el autor. Por otra parte Razzori avala cálculos demográficos alucinantes, como los 100.000 habitantes de Quilmes, Fucite Quemado, La Ciudadita y Pucará de Aconquija; 30.000 en el establecimiento de Incahuasi en Pascha y otros formulados con ligereza por la ausencia de investigaciones en el terreno. Sin desmedro de los restantes capítulos de su extensa obra, la parte que Razzori destinaba a los monumentos prehispánicos adolece de errores insoslayables.

Un sabor agri dulce queda como corolario de la producción científica en Argentina durante el período. Por un lado la importancia de los crecientes descubrimientos y descripciones arqueológicas que acumulan información en el terreno. Por otro los anacronismos procreados por la ausencia de excavaciones estratigráficas, el escaso énfasis en la tipología, la falta de perspectivas cronológicas y la mala utilización del dato etnohistórico; en definitiva: por la carencia de estrategias y marcos teóricos adecuados.

A la ausencia de excavaciones estratigráficas y los paradigmas que sugieren la gran antigüedad de las culturas locales, se les adiciona la subordinación del dato arqueológico al marco de referencia aportado por la historia. El espectro temporal quedaba así falto de perspectiva y pleno de sincronismo. La ausencia de estrategias arqueológicas vigentes en los estudios de América del Norte y Andes Centrales condujo a anacrónicos inventarios culturales, rotulados como "Diaguitas", "Calchaquí", "Illumahuaca", etc.; exégesis culturales arbitrarias y sincrónicas que simplificaban el milenario proceso cultural prehispánico. La aparición de la vida sedentaria, con formas residenciales estables, accedida 20 siglos atrás del descubrimiento europeo, era remitida apenas a un lapso casi inmediato de esa irrupción. Salvo algunos esporádicos intentos por trascender a esos dogmas, por obra del vavuleado Debenedetti y por A. Serrano en la década del 30, la mayoría de los restantes esfuerzos, tan promisorios en el terreno de la colecta de información, trastabillaron por la falta de estos atributos.

Las décadas de los 20 y los 30 significan así un letargo teórico en la arqueología de Argentina, promovido por la falta de aplicación

de los avances técnicos y metodológicos que tantos buenos resultados estaban aportando en otros ámbitos del Nuevo Mundo.

4 - Período Sistemático-Explicativo

Su inicio se remonta a la década de 1940 y como en los anteriores su conceptualización no puede disociarse de la crónica pertinente a la propia arqueología americana. En este nuevo estadio se producirán relevantes progresos en la colecta y manejo de las fuentes documentales sobre la instalación humana, adelantos que son parte de nuevas perspectivas en las restantes ramas de la antropología cultural.

Las innovaciones involucran aspectos teóricos y técnicos. Los primeros por obra del espectacular avance de la antropología cultural en América, en su moda de construir mapas continentales donde se explicitaban las áreas culturales con sus rasgos caracterizadores y, a la vez, componer cuadros históricos integrativos de la cultura, utilizando a la arqueología como vertiente pertinente a los datos sobre las etapas prehistóricas.

La integración de los llamados "contextos culturales" introducidos por W. Taylor (1948) pasa a configurar la tendencia perseguida por los arqueólogos. Los rasgos tecnológicos, las artesanías y la instalación son la representación materializada de una conducta humana prehistórica fragmentariamente observada, tipologizada e inferida; para lo cual se apela preferentemente a la interpretación funcional. Estas series de contextos eran luego ubicados temporalmente, con lo que se armaban las secuencias culturales.

Los avances fueron conspicuos en el terreno de la instalación humana por ser el momento donde la reconstrucción arquitectónica encuentra una estrategia apropiada. Dentro de paradigmas normativos que buscan aprehender las formas donde el hombre precolombino vivió y los modos como las culturas usufructuaron los territorios. Un concepto de un viejo maestro, G. R. Willey sintetiza las expresiones de desdeseo de esta generación científica: "... El término patrón de poblamiento está definido aquí como la forma en la cual el hombre se dispuso a sí mismo sobre el paisaje en el cual vivió...", "... Estos asentamientos reflejan el ambiente natural, el nivel de tecnología sobre los cuales actuaron los edificios, y las diferentes instituciones de interacción social y control que la cultura mantuvo..." (G. R. Willey; 1953).

A poco más de 30 años transcurridos desde la eclosión de estas modalidades, no faltan críticas sobre la actuación e ideas de esa "generación de 1940", rotulados con cierta ligereza de empiristas y abstractos. Es admisible que el concepto de "contexto cultural", acuñado por los etnólogos de principios de siglo y

trasplantado a la arqueología por W. Taylor; el de rasgo cultural independiente para el análisis comparado, tal como es usado por Kroeber; las formulaciones en torno a la ecología cultural y su incidencia sobre la adaptación humana de J. Steward; la concepción científica inductiva, la relación entre forma, función y la articulación de las partes de la cultura de W. Malinowski, han sido perfeccionadas por el lógico crecimiento de la teoría antropológica. El trasplante de la teoría general de sistemas (L. Bertalanffy; 1968) usado por una de las ramas de la nueva arqueología, y la aplicación del modelo hipotético deductivo de Hempel (1966) parece así demostrarlo. Pero es innegable que la tarea emprendida por aquellos antropólogos de la década de 1940 creó modelos operativos pragmáticos. Ellos construyeron los cimientos donde se apoyaría la arqueología de nuestros días.

A esa generación debemos también atribuirle sistemáticos intentos en la articulación del hombre, la cultura material y el medio natural, promovidos por L. White (1949) y hoy día desarrollados por la "arqueología sistemática"; J. Steward (1960; 173) puntualiza con claridad esos nuevos paradigmas: "... *aislar y estudiar los sistemas culturales, en vez de agregados de rasgos culturales es el único enfoque válido para entender los procesos culturales...*".

Los estudios en Mesoamérica y Andinoamérica desde la segunda postguerra

En el marco referencial de estas tendencias, el estudio de los patrones de asentamiento comienza a realizarse en las dos regiones más pródigas en estos vestigios: Mesoamérica y los Andes Centrales. Las investigaciones sobre "settlement patterns" penetran así en la fase de madurez. En la región andina el inicio del Período cuenta con fecha definida: 1941; y ejecutores conocidos: los integrantes del Instituto de Investigaciones Andinas (Instituto of Andean Research) W. C. Bennett, W. D. Strong, J. H. Steward y G. R. Willey, a los que se acoplan otros participantes, como el peruano J. C. Muelle y los americanos J. Bird, J. A. Ford, C. Evans, J. H. Rowe y D. Collier. Entre las contribuciones de primera línea, producto de una decena de expediciones sobresalen los seis volúmenes del monumental *Handbook of South American Indians*, compilada por J. Steward. Otra realizada en 1945 en el valle de Virú puede considerarse como francamente prototípica en los modernos estudios sobre patrones de poblamiento en el Nuevo Mundo: "*Prehistoric settlement patterns in the Virú Valley*" de Willey, que inicia y es modelo a partir del cual emergerán una vasta cantidad de contribuciones similares sobre el tema. Vale la pena detenernos un instante en este trabajo, ejecutado en el valle del Virú, un oasis enclavado en la costa

peruana, donde Willey examina 315 asentamientos, tomados al azar sobre una muestra cuatro veces mayor de ocupaciones que cubren un espacio de más de 3.000 años. Las investigaciones demostraron que, durante cada período del proceso cultural, se produjeron sucesivas modificaciones de los sistemas de poblamientos, las cuales eran resultado de interacciones con los cambios tecnológicos, o con las alteraciones en los modos de subsistencia, o con conflictos bélicos, todo ello en una sugestiva relación mecánica de causa-efecto.

Este modelo de investigación del valle del Virú es reproducido en los años sucesivos. El mismo Willey, como editor, intenta un estudio general sobre los patrones de poblamiento de América (1956), en el cual participan 21 especialistas. Algunas de las monografías significaron los primeros aportes sobre los poblamientos prehistóricos regionales, como las de William T. Sanders en el México Central, las de R. Mac Neish en Mesoamérica, las de Irving Rouse en el área del Caribe, las de Alfred Kidder II en Perú y las del binomio Meggers-Evans en las florestas amazónicas. Los caminos seguidos comprendieron estudios que el etnólogo W. Z. Vogt extracta al final de la obra de la siguiente forma:

1 - Determinar la naturaleza de los tipos de viviendas domésticas; 2 - Comparaciones de éstas con otras manifestaciones arquitectónicas, como templos, palacios, etc.; 3 - La relación espacial de la topografía y, 4 - El análisis de los cambios de poblamiento a través del tiempo a modo de generalización sobre los procesos culturales. (op. cit., 1956; 174). A pesar de que estos postulados no pudieron ser desarrollados en su totalidad, el intento de una exégesis de este tipo fue de relevancia.

Otras obras de la época, como la de Ignacio Marquina (1951), componen detallados estudios sobre la arquitectura de México, por un tratado de consulta, en el que se incluyen 300 planos, croquis y poco más de 400 fotografías de ruinas precortesianas; entre las que observa especial atención por Chichén Itzá, Teotihuacán, Palenque, Tajín y Monte Albán.

Mesoamérica recibirá sustanciales aportes de Paul Kirchhoff (1943), de un calificado discípulo suyo: Pedro Armillas (1949 y 1951) y de un discípulo del discípulo: Angel Palerm (1952 y 1955). En los dos últimos, se observa una tendencia en la búsqueda de relaciones entre los sistemas de poblamiento, como efecto de los niveles alcanzados en los modos de producción como elementos generadores del desarrollo del urbanismo y la civilización mesoamericana. A partir de estas contribuciones se concatenarán otras como las de René Millón (1964, 1968 y 1972) y William T. Sanders (1965) sobre

Teotihuacán; Ignacio Bernal sobre Monte Albán (1965); Edward Calnek (1969) sobre Tenochtitlán; Michael Coc para Tikal (1965) y la de Jeffrey Parson sobre la evolución de la urbanización en el Valle de Texcoco (1971). Otras obras contribuyen a un conocimiento generalizado de la arquitectura arqueológica, como la de Román Piña Chan en torno a las ciudades mejicanas (1963).

Los trabajos de reconstrucción adquieren madurez ejecutiva por obra del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México. En octubre de 1955, la legendaria "Ciudad de los Dioses", Teotihuacán, comenzará a ser restaurada bajo la dirección de Laurette Sejourné.

En las tierras altas sudandinas sobresale una vez más el incansable J. Tello, redescubridor en 1942 de la colosal Wari, aquella metrópolis descrita por Cieza de León cuatro siglos atrás (1553). Paul Kosok a la vez nos deja lo suyo en relación con las obras viales, urbanizaciones planeadas, canales y fortalezas arraigadas en la costa peruana, en una obra póstuma magníficamente ilustrada y corolario de sus investigaciones iniciadas en 1948 (1965).

Los años recientes

Durante la década de 1960 se producen calificados aportes a cargo de John Rowe sobre la evolución de los patrones urbanos del antiguo Perú. Rowe segmenta un proceso cultural que abarca un lapso de 3500 años en 7 Períodos. En este marco referencial analiza un cuerpo documental de 52 instalaciones, parte de las cuales ubica en sus 4 tipos de asentamientos urbanos. Cuenta para sus objetivos con la bibliografía clásica generada a partir de Uhle y Tello sobre sitios como Pachacamac, Chavín, Huánuco, Tomebamba, Wari, Tiwanaku y Cajamarquilla. A ellos agrega otros nuevos, producto de sus investigaciones, como Malawpampa, Curahuasi, Oagallinke y Timirán en Arequipa; y a Sahuacari y Otaparo en la región de Acari.

Por esos años Richard Schaedel publica sus síntesis sobre el proceso de urbanización en la costa y sierra peruana, aunque no escapan en ellos permanentes correlaciones con enclaves mesoamericanos y del altiplano circuntitánico (1966; 1968; 1969 y 1972). La antigua capital Chimú, la legendaria Chan Chan, es uno de los emplazamientos de este autor. Schaedel parte de dos postulados teóricos en torno a la articulación de las formas urbanas y el nivel de integración social de las culturas americanas: 1 - "el desarrollo de la ciudad en el proceso de urbanización es en gran parte paralelo a la centralización de los niveles más altos de integración sociopolítica representados por el estado secular..."; 2 - "Las formas de la villa y la

ciudad son condiciones previas para la consolidación permanente del estado". (op. cit.; 1972; 15). Pocos años antes, el arquitecto argentino Jorge Hardoy había observado esta relación de causa y efecto entre la aparición de algunas ciudades precolombinas, de sus planeamientos y remodelaciones, con la consolidación de los grupos de poder —la élite de la pirámide social— en formaciones políticas de los más altos niveles culturales del Nuevo Mundo. Para desarrollar esta problemática, Hardoy extrajo como ejemplos a las antiguas ciudades de Chan Chan de la costa peruana y las de Teotihuacán y Tenochtitlán en el altiplano mesoamericano (1968).

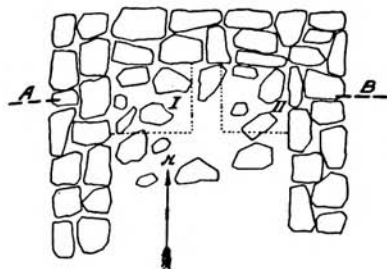
Sobre fines de la década, Bruce Trigger expone sus esquemas de 3 niveles para el análisis de "settlements patterns": 1 - las estructuras individuales; 2 - el ordenamiento de esas estructuras en comunidades y 3 - la disposición de esas comunidades con el paisaje. Para ello Trigger avanza de "menor a mayor" en su perfil de investigación, a la vez que puntualiza la importancia de la analogía etnográfica para explicar normas subyacentes a la instalación humana (1968).

Los años 70 se inician con los estudios de V. Rodríguez y M. West sobre la colosal Chan Chan (1968 y 1970) y con los sistemáticos trabajos de C. Morris y D. Thopson en el centro Inka de Huánuco Pampa. La continuidad y pulcritud que volcará en años sucesivos el primero de los autores, configura un estupendo ejemplo de adecuada estrategia de campo y, fundamentalmente, el alto valor explicativo que puede obtenerse del empleo de estrategias como las del muestreo urbano estratificado, que Morris aplica tanto en sus recolecciones de artefactos en superficie como en las excavaciones sistemáticas; y gracias al cual diagnostica funciones de partes arquitectónicas (1970, 1972, 1973 y 1981). Desde su despacho del American Museum of Natural History de New York, o desde el propio Huánuco Pampa, seguramente Morris seguirá incursionando con éxito en este apasionante tema.

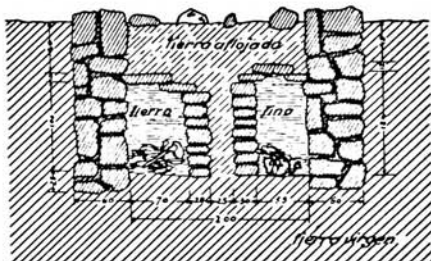
Los estímulos en el terreno de la excavación y restauración tienen sus protagonistas en los proyectos de la "Scientific expeditions of the Andes", patrocinado por la Universidad de Tokio, que estudia por varias temporadas en el sitio Formativo de Kotosh en la Sierra de Huánuco; del Centro de Investigaciones Arqueológicas de Bolivia en Tiwanaku y las del propio gobierno peruano en Chavín, Pachacamac y Chan Chan. Otras obras de la década ofrecen un análisis generalizado de las ciudades precolombinas, como las de Jorge Hardoy (1964 y 1968), quien observa y compara los enclaves que de acuerdo a 10 criterios relativos alcanzaron, por planificación total o

Vivienda
con
dos sepulcros

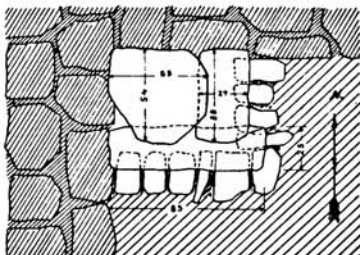
Situación
1:50



Corte A-B
1:50

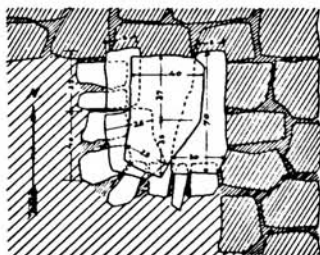


Tapa
del Sepulcro I

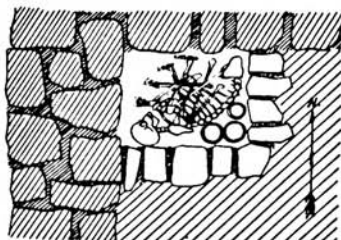


Planta
1:25

Tapa
del Sepulcro II



del Esqueleto I



Planta
1:25

del Esqueleto II

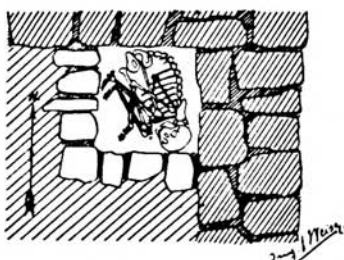


Figura 2.13: Arquitectura funeraria del altiplano puneño; cámaras subterráneas ubicadas en los ángulos de recintos (Valle de San Juan Mayo, P. W. 1919).

parcial, y por desarrollo sociopolítico, el rango de ciudad. Dentro de este corte debemos incluir el tratado de G. Kubler sobre la cultura Maya (1962). Ambas contribuciones presentan una excelente ilustración por medio de planos en planta y perfil de los principales sitios.

En la década de 1970 aparecen las contribuciones de J. Mesa y T. Gisber (1972), A. Kendall (1974) y G. Gasparini y L. Margulies (1977) sobre la arquitectura Inka, con un inventario de las características generales y la distribución de las muestras arquitectónicas atesoradas por el Tawantinsuyu en los Andes centrales. Bajo similares lineamientos A. R. González vuelca sus experiencias en un trabajo de síntesis sobre los patrones de asentamiento Inka dentro de lo que define como provincia marginal del imperio —el N. O. argentino— a los que articula las implicancias socioculturales que sugieren (1980).

Un poco más al Norte, el arquitecto argentino Daniel Schavelzon abre un surco por un territorio inexplorado; el de la arquitectura del Ecuador prehispánico, por medio de una estupenda obra que comienza en los lejanos tiempos de la cultura Valdivia hasta la protohistoria. Son destacables en ella sus ajustadas descripciones, planos e ilustraciones de notable calidad (1981).

Para esos tiempos los Andes centrales sirven de marco para los trabajos de I. Shimada, quien adoptando la metodología propuesta por M. Moseley y C. Mackey (1972) para el estudio arqueológico de campo, excava el establecimiento Pampa Grande, en el Valle de Lambayeque (1978). En el valle de Cuzco A. Calvo se esfuerza por recomponer la traza urbana del Cuzco imperial (1980) mientras que un poco más al Norte, en Ayacucho, Isbell y Schreiber profundizan el examen de los settlement patterns y la relación entre el urbanismo y el hinterland rural, para discernir sobre el carácter de Estado del rútolu Wari (1978).

La arqueología argentina a partir de la década de los 50

En Argentina este período se inicia en fechas más tardías que las asignadas para las áreas nucleares americanas. La renovación llega de la mano de algunos peruanistas del "*Andean Research*", como Bennett, Willey y Bird. A la par que otros investigadores locales, como O. Menghin, A. González, E. Palavecino, A. Serrano y D. Ibarra Grasso, potenciarán los estudios prehistóricos. La influencia dejada por algunos de ellos será profunda entre los arqueólogos de la segunda postguerra. La aparición de "*North western Argentine Archaeology*" de Bennett (1948) abre una brecha hacia una prolija visión de la historia cultural del Norte argentino y

marca un hito fundamental en las tendencias de los futuros trabajos.

Bennett basa su trabajo en profundos análisis sobre los estilos alfareros, a los que articula otros indicadores artefactuales relevantes, y varias listas con los principales sitios arqueológicos de la región. Profundo conocedor de la arqueología de los Andes centrales, Bennett se las ingenia para componer una obra compendiosa y periodificadora cultural, a pesar de no contar con los aportes de las investigaciones en el terreno local. La cronología relativa y la periodificación cultural aparecen detrás de una segmentación en cinco períodos: Temprano, Medio, Tardío, Inka y Colonial. Expone además una división geográfica del N. O. argentino en cuatro secciones o áreas arqueológicas: Norte, Sur, Este y Oeste, deteniéndose en los principales rasgos culturales de cada una de ellas.

Para esos tiempos la Antropología comienza su lenta independencia académica de las ciencias históricas en las universidades argentinas y por otro lado comienza a ser aplicada la técnica estratigráfica en los trabajos de campo. Las ruinas del Potrero de Payogasta, excavadas por H. Difiéri (1947) significan esta apertura —lamentablemente recién 46 años después de que Uhle la aplicara con éxito en Pachacamac—. En esa década, las ciudades atacameñas del otro lado andino son estudiadas por S. Rydén (1944) y G. Mostny (1949), con lo cual emergen las monumentales Catarpe, Turi, Quito, Lasana, Chiu Chiu, Zapar, Cupo, Toconao y Peine.

Los años 50 traen consigo también nuevas contradicciones, por un lado la absurda "restauración" del Pukará de Tilcara, la cual destruye en forma irreversible su casco central; por otro, la aparición de valiosos aportes de Alberto R. González (1955), quien traduce el diseño de investigación basado en las reglas propuestas por W. Taylor sobre la integración de los contextos culturales. Utiliza, además de las seriaciones sobre la cerámica, indicadores tales como la metalurgia, los modos funerarios y algunos datos sobre vivienda y economía. Su táctica se basa en la aplicación de la seriación sobre el cuerpo documental de la colección Barreto e investigaciones propias en el Valle de Uquía, para obtener posiciones cronológicas relativas, por presencias y ausencias de rasgos culturales, a los que integra en secuencia. La incorporación del carbono 14, para obtener cronologías absolutas, le permite posteriormente (1963) rectificar algunas conclusiones y afinar otras. Este autor además perfecciona la segmentación espacial del N. O. argentino propuesta por Bennett, aumentando el número de secciones arqueológicas de cuatro a seis; advierte a la vez una apertura hacia la

incidencia de los factores ecológicos sobre la adaptación de las culturas aborígenes, tema que desarrollará en posteriores aportes de su fructífera labor.

En 1958, D. E. Ibarra Grasso publica sus investigaciones sobre las culturas de los túmulos o megalítica de las tierras altas bolivianas. Con ellas se observarán no pocas similitudes con varias instalaciones examinadas en el Capítulo V. La fina intuición de Ibarra Grasso percibe la antigüedad de las "*Culturas Megalíticas*", a las que les asignó, con el inductivismo estrecho que caracterizó toda su producción científica, el rótulo de primeros agricultores de Bolivia.

Muchas de las viejas propuestas de M. Uhle emergen remozadas por estrategias actualizadas. La arqueología argentina produce un despegue intelectual acorde a las circunstancias, despertando del letargo sostenido durante la segunda parte del período anterior. Los nuevos paradigmas no sufrirán la incompreensión e indiferencia que tuvieron 50 años atrás los de Uhle.

La técnica estratigráfica objetiviza las investigaciones de campo, y éstas hacen lo propio con la de laboratorio. No obstante que los trabajos en el terreno no alcanzan la intensidad del período anterior, los superan en precisión. Algunos integrantes de la generación de arqueólogos de la segunda post-guerra comprenden que el proceso de la cultura aborígen en Argentina tenía sus raíces clavadas en la profundidad de los tiempos prehistóricos, y éstas llegaban más abajo de lo previsto por los viejos maestros. El proceso cultural amerindio era milenar y ahora, con las nuevas técnicas, podía ser buceado y secuenciado en estratos.

Arquitectura y urbanismo del Norte argentino, el registro olvidado

No obstante estos avances las investigaciones sobre tipos de instalación precolombina permanecen en letargo, y el valioso aporte que este tipo de dato podría suministrar para la integración de los contextos culturales es prácticamente soslayado. Se observa en los trabajos de ese momento un sobredimensionamiento de los artefactos, especialmente la alfarería, relegando el dato arquitectónico a lacónicas descripciones. Estas falencias se acentúan por la ausencia de relevamientos planimétricos y tipologías de los restos estructurales.

La ubicación dentro de contextos culturales a las formas de la vivienda era ahora posible, pero demandaba una tarea específica de observación y clasificación que inexplicablemente no se cumplía. El registro arquitectónico estaba al alcance, pero su transformación en dato sistematizado no se practicaba por la rigurosidad

que requería la integración del contexto cultural.

Escapan a estas tendencias algunos intentos parciales; A. R. González estudia las "casas pozo" de Corral de Ramas en Huallín y sus excavaciones lo llevan a valiosas descripciones. A partir de estos datos entabla generalizaciones como: "... *no se puede poner en duda que la arquitectura basada en la construcción de recintos o habitaciones con muros de piedra (...) pertenecen a la última y más reciente etapa cultural del N. O. (argentino). Esta etapa... fue precedida por otras que usaron habitaciones hechas de material perecesible y sobre todo, habitaciones de tipo semisubterráneo...*" (1954; 125).

Ambas generalizaciones empíricas producidas por derivaciones inductivas serán refutadas en esta obra; las habitaciones construidas con materiales pétricos aparecen en el N. O. argentino desde los inicios del Formativo; mientras que la vivienda subterránea conforma una verdadera tradición cultural que perdura desde el Formativo inicial hasta los tiempos históricos. Pocos años después A. R. González, con V. N. Regueiro, advierten sobre la temprana existencia de arquitectura en piedra en su informe preliminar sobre Tañi (1960). La continuidad y el marco teórico impuesto por el segundo en sus posteriores trabajos en El Alamito abrirán la puerta explicativa del patrón habitacional con la relevancia que demanda el tema (V. N. Regueiro; 1970 y 1971). Para esos tiempos Eduardo Cigliano compone sus trabajos sobre la instalación indígena en Yocavil y Iiumahuaca. Efectuados alternativamente con F. Marquez Miranda y con graduados de las universidades de La Plata y del Litoral, estos aportes acentúan conocimientos sobre sitios excavados estratigráficamente y fechados en forma absoluta.

Detenemos en la figura de Eduardo M. Cigliano no es sólo un acto de justicia para quien mucho hizo por la temática que nos ocupa, sino también un recuerdo no lejano de nuestros tiempos de alumno e investigador junior del Museo de La Plata. De formación académica biológica, Cigliano desvió prontamente su carrera hacia el campo de la arqueología, donde desarrollaría una vasta labor, sobresaliendo fundamentalmente por su laboriosidad y apego a los trabajos de campo.

Como pocos, Cigliano auscultó el viento polvoriento de las ruinas del Norte argentino. Contó además con una saludable cautela en la explicación de los fenómenos arqueológicos y una ductilidad en sus ideas; atributos poco frecuentes en la arqueología de sus días, y aún en la actual, donde la honestidad suele estar reemplazada por la soberbia y el respeto por la obsecuencia.

— Colonia y casitas —

Uiala
L. 100



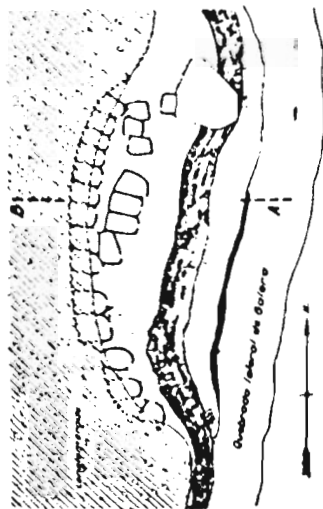
Casa A.B.
L. 100



Casa B.
L. 100



Planita
L. 100



Casa A.B.
L. 100

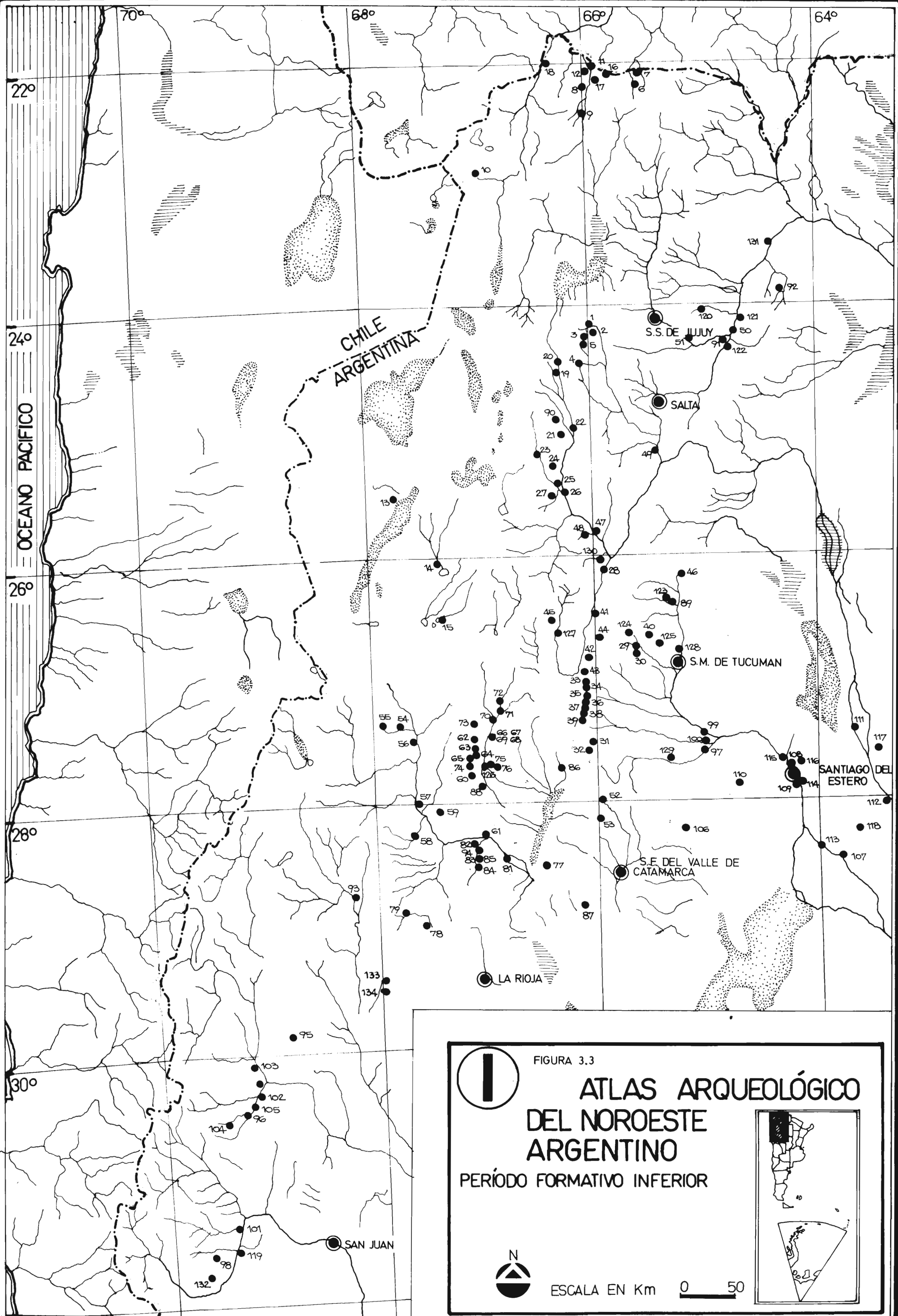


Casa (longitudinal)
L. 100



Casa (longitudinal)
L. 100





Superada su etapa como colaborador de Márquez Miranda se dedicará con vitalidad a la búsqueda de "sus bifaces" de la industria Ampajango, las que rastreará por Yocavil, Puna, Humahuaca y Calchaquí; también hacia aportes multidisciplinarios, como los de *"Investigaciones arqueológicas en el Valle de Santa María"* (1960) y su imborrable *"Tastil"* de la Quebrada del Toro en Salta.

De la pródiga labor del recordado Cigliano quedan varios títulos afines con nuestro tema y que seguramente pasarán a encaramarse como verdaderos clásicos de la literatura arqueológica andina. Ellos están referidos a sus excavaciones en los importantes enclaves de Famabalasto (1958), Ingenio del Arenal y Rincón Chico (ambos en colaboración con Márquez Miranda; 1961 y 1961 b), Juella de Humahuaca (1967) y el mencionado Tastil (1973).

Para esos tiempos el importante sitio Formativo de Tebenquiche es preliminarmente trabajado por P. Krapovickas (1955), mientras que C. R. Lafón *"escala los penosos faldeos"* de La Huerta, en Humahuaca y describe su arquitectura residencial (1954). Otras contribuciones destacables pertenecen a Juan Schobinger, quien desbroza el contenido de las tamberías imperiales y obras viales asociadas de Famatina, en La Rioja (1966) y a Ciro R. Lafón con una tipificación de los elementos culturales de pertenencia Inka, pero según él llegados indirectamente a las regiones de Humahuaca y Diaguita (1958). Lafón retoma con ello un camino trazado en la década de 1940 por León Struve (1945) aunque inexplicablemente se resiste a aceptar un dominio directo del Tawantinsuyu sobre los pueblos locales.

Arqueología y etnografía de la vivienda aborígen

Deliberadamente hemos de considerar en forma conjunta tres trabajos escritos en diferente tiempo pero con cierta afinidad temática. Estos representan aperturas hacia la articulación del dato etnográfico y folklórico con el arqueológico, con sustanciosos beneficios en la tarea explicativa de la antropología cultural. El primero pertenece a F. Márquez Miranda, quien examina el ambiente y las viviendas de las regiones de Santa Victoria e Iruya y compara las segundas con sus propios registros arqueológicos (1945). El segundo a Pablo Aznar sobre la Quebrada de Huichairas de Humahuaca (1968). Especializado en antropología social, Aznar acomete un fundamentado estudio sobre el cambio cultural en el devenir histórico de esa región. Para él, la cultura quebradeña actual es el resultado amalgamado de 5 diferentes orígenes, 4 de ellos de raigambre prehispánica. Sus hipótesis serán desarrolladas pivotando sobre el dato arquitectónico folklórico, al que se

articulan valiosas observaciones sobre instalaciones prehispánicas como el Pukará de Tilcara. A pesar de que Aznar trastabilla en algunos pasajes —obsecuente con Ciro Lafón, Aznar acepta el falso paradigma de que Humahuaca no perteneció al Tawantinsuyu— su aporte es de valía y creemos que debería ser tomado en consideración por quienes están orientados hacia esa especialidad. Dentro de esa tendencia, aunque con menos ambiciones debe ser incluido el tercer aporte aludido, una vieja monografía de Romualdo Ardissonne sobre las viviendas criollas de la Provincia de Jujuy (1937).

Un significativo intento por aprehender la diversificación de las formas edilicias prehispánicas del Norte Argentino pertenece a Guillermo Madrazo y Marta O. de García Reinoso (1966); los *"Tipos de instalación prehispánica en la región de la Puna y su borde"*, significan el primer aporte clasificatorio específico sobre la base de un análisis descriptivo de formas y funciones arquitectónicas. Los autores parten de una previa delimitación de los ambientes naturales. Exponen luego una periodización cultural en tres periodos: Temprano (subdividido en I y II), Tardío e Inka, suprimiendo así el Período Medio como *"entidad independiente"* (op. cit.; 1966). Se introducen luego en la definición de tipos de instalación aborígen, a las que dividen en cuatro categorías: poblados dispersos, semiconglomerados, conglomerados y aglutinamiento. Proponen asimismo una tipología de las unidades de residencia, a las que segmentan en unidades simples y compuestas, subdividiendo a las segundas en cuatro subtipos: *a- Rectintos intercomunicados; b- Rectintos asociados desiguales; c- Casa comunal y d- Rectángulo perimetral compuesto*. La segunda y cuarta parte de la obra son eminentemente descriptivas, reservando la tercera parte para la explicación.

El aporte de Madrazo y Otonello encuentra un relativo glesmedro por la ausencia de contrastación de sus hipótesis y por una táctica observacional inapropiada ante la ausencia de trabajos en el terreno; circunstancia quizás justificable ante el manejo de un cuerpo documental tan pródigo. En no pocos pasajes de esta obra aludiremos a sus conjeturas, a las que, con las licencias del caso, contrastaremos con las nuestras.

Los tiempos modernos

Con la aparición de contribuciones más recientes, llegamos al final de esta retrospectiva. Las de P. Krapovickas (1969) y N. de La Fuente (1973), quienes nos alertan sobre la existencia de poblaciones estables fortificadas en tiempos pre-Inka; las de E. Berberían, con sus prolijas

excavaciones en Barrancas y Tocota, en Catamarca y San Juan respectivamente; las de R. Gutiérrez y G. Viñuales (1971) con sus resúmenes sobre Quilmes, Tolombón y Fuerte Quemado, prolegómenos hacia un examen de la arquitectura colonial Calchaquina. Entre 1976 y 1977, C. Sempé compone sus trabajos de campo en Mishma, Punta Colorada, Palo Blanco, La Puntilla y Florida, en el catamarqueño valle de Abaucán; N. Kriscautzky hace lo suyo en Fuerte Quemado; M. Gambier en el sanjuanino valle de Iglesia (1974) y M. Tarragó en el septentrión de Calchaquí (1974). El territorio santiagueño de los Ríos Dulce y Salado es investigado por A. M. Lorandi (1974) y el Musco Arqueológico de Cachi, una de las pocas instituciones donde la tarea de protección del patrimonio arqueológico tiene ejecutividad, aporta lo suyo a través de catálogos donde se extraen más de un centenar de sitios arraigados en el valle Calchaquí.

Nuestros aportes estuvieron concatenados hacia una meta consecuente: dimensionar el análisis descriptivo de los patrones de poblamiento prehistóricos a un primerísimo nivel jerárquico para la explicación de procesos culturales. Hacia ésta se encaminan anteriores y actuales esfuerzos, tendientes a aprehender formas, usos, escalas y trazas urbanas; sus relaciones de similitud y diferencia y su

interrelación con el paisaje y la ecología. Para estos horizontes no pueden ser exiliados los aportes auxiliares de la cultura material transportable y los datos etnohistóricos y folklóricos. Los primeros utilizados como indicadores para ubicar temporalmente las formas edilicias; y para el tendido de analogías culturales los dos restantes.

En estas direcciones han apuntado contribuciones que en estas páginas intentaremos potenciar (R. A. Raffino, 1972; 1973; 1975; 1976; 1977 y 1978. R. A. Raffino y Col., 1978; 1982 a y b y 1983. E. M. Cigliano y R. A. Raffino, 1973 y 1977. R. A. Raffino y E. M. Cigliano, 1976 y 1978).

Explorar, describir y explicar el dato habitacional amerindio significa conservarlo de los progresivos avances naturales y antrópicos que tienden a destruirlo irreversiblemente. La reivindicación de los vestigios estructurales de la cultura es una forma de atenuar su pérdida final que los segarían al conocimiento. La clave para este objetivo reside en utilizar una estrategia u observación adecuada, que conduzca a mecanismos clasificatorios de acuerdo con las reglas que ha desarrollado la arqueología contemporánea.

Este es el desafío impuesto; en las próximas páginas veremos hasta qué punto ha podido ser logrado.



Figura 2.15: Panorama del legendario Pukará de Aconquija o Fuerte del Inka. Desde mediados del s. XIX esta instalación atrajo la atención de investigadores como Tschudi, Lafone Quevedo, Moreno, Lange y Quiroga. (F. A.).

Capítulo III

Las estrategias de observación arqueológica y el urbanismo indígena

Territorialidad de los sistemas culturales. Muestreo en áreas de instalación y muestreo regional. Escalas, densidades y funciones urbanas. Factor de ocupación del Suelo. Ubicación espacial y temporal de las poblaciones muestreadas. Universo y Población. Atlas arqueológicos del N. O. argentino. Glosario de términos y voces indígenas.

"... Los sitios seleccionados para estudio se reducen a los asentamientos e incluyen cementerios, tumbas megalíticas, cuevas, refugios, minas, canteras y centros de extracción de recursos, es decir cualquier centro de actividad humana... Los mapas, planos o croquis sectoriales arqueológicos son todos gráficos, y... los elementos arqueológicos representados... tienen todas las cualidades que los asocian familiarmente con los muestreos gráficos: los elementos representados sobre mapas tienen distribuciones que pueden ser reflejadas estadísticamente... tienen valores cualitativos y cuantitativos... pueden tener estructura... pueden tener asociaciones o correlaciones con otras series de elementos dentro y fuera del sistema en cuestión..." "... Por definición, estamos interesados en la estructura espacial de un sistema y el modo en que los elementos están localizados en el espacio y su interacción espacial... El objetivo de esta clase de estudios es la búsqueda de una explicación de las regularidades y singularidades espaciales y la forma y función de los patrones de localización..."

—Spatial Archaeology, David L. Clarke, 1977—

El territorio arqueológico es el espacio que ocupa un sistema cultural y está integrado por su área de instalación y su hinterland. Dos categorías espaciales formalizan este concepto: la instalación o sitio, provista de un trazado intramuros, y el área de influencia regularizada, cuya delimitación usualmente no puede ser captada con precisión por procedimientos excluyentes arqueológicos.

Introducido recién en la década de 1950, el concepto de territorio en arqueología demandará sucesivos modelos experimentales y estrategias observacionales más afinadas para lograr precisiones. Su origen es eminentemente naturalista y equivalente al "habitat" de la biología. Hace década y media comenzamos a aplicarlo en la arqueología de Argentina con los aportes sobre la ecología prehispánica en la Quebrada del Toro (R. A. Raffino; 1972 y 1973).

La territorialidad de un sistema adaptativo es aplicable tanto a sistemas capturadores de energía (móviles) como a sedentarios. En el segundo caso significa la suma del espacio intramuros y el de recursos (nicho ecológico). El primero puede ser estimado mediante el Factor de Ocupación del Suelo (FOS); el segundo por el Factor de Utilización Regional (FUR), que

incluye las tierras cultivables, los cotos de caza y pastoreo, las canteras y los enclaves especiales. Es arqueológicamente difícil obtener precisiones del segundo componente, a menos que contemos con información etnohistórica, lingüística y folklórica para extrapolar al pasado.

La ocupación del espacio por una sociedad con nivel de integración social inferior al Estado Antiguo tuvo dos dominios:

- 1 - regularizado, cotidiano o monoétnico
- 2 - transitorio, ocasional o multiétnico

El primero supone una utilización continua, mediante actividades económicas e institucionales regularizadas. El segundo a situaciones ocasionales, no regularizadas, en zonas periféricas del hinterland, o fuera de él, en territorios contenedores de recursos exóticos al propio y que podían pertenecer a otros grupos étnicos.

Las recomposiciones de territorios arqueológicos prehistóricos alcanzan precisión para el sistema Inka, e interesantes aproximaciones para los sistemas culturales conspicuos de Desarrollos Regionales. Los casos de Tasil, Quilmes, Pular y Paccioca expresan niveles de integración social de tipo Jcfatura, de posición sincrónica, con control territorial

regular y transitorio entre sí. Son a la vez sistemas que ostentan estilos arquitectónicos regionales y una de las instalaciones de sus dominios posee, por sus superlativas dimensiones y diferenciación cualitativa y funcional de su traza urbana, atributos como para calificarla de capital política del sistema (Cap. VI). Claro que es difícil determinar donde termina el dominio territorial de uno y comienza el de otro, es decir las fronteras entre los sistemas.

Existen modelos arqueológicos experimentales para evaluar la extensión y tipo de explotación de un territorio por una sociedad prehistórica. Los métodos de "sitio-territorio" (o "site-catchment analysis" de E. Higgs y C. Vita Finzi; (1972) y de "localización óptima del espacio" ("optimal location in settlements space" de J. Wood; 1978) apelan a datos tecnoc económicos y ecológico-espaciales y son muy operativos tanto para sistemas capturadores de energía como para sedentarizados simples (es decir los precerámicos y los formativos americanos).

Una ejemplificación del análisis sitio-territorio (o site-catchment) para el caso Co. El Dique (Cap. I, punto III, caso 1) contornea un área de captura de biomasa segmentada en 3 sectores delimitados por círculos concéntricos al foco: la instalación Co. El Dique. El primer sector posee

un radio de 1 km. de distancia a partir del área de instalación (superficie intramuros de 8200 m² con FOS de 25%); el segundo entre 1-2,5 km. y el tercero entre 2,5 a 5 km. (Cuadro I.a.). La operatividad de este análisis descansa en tres consideraciones:

- 1 - Que los círculos concéntricos no configuren compartimientos estancos de actividades excluyentes entre sí.
- 2 - Que el territorio estaría más adecuadamente acotado por horas relativas de marcha y trabajo, posibles en una jornada, desde la instalación a la periferia y regreso.
- 3 - Que las condiciones topográficas no hayan sufrido variantes sustanciales entre el tiempo de ocupación de Co. El Dique y la actualidad.

La lectura del cuadro I. a. permite observar los porcentajes de tierra en hectáreas de 4 zonas fisiográficas que componen el territorio de Co. El Dique:

- 1 - Las terrazas bajas agrícolas fértiles, contiguas a la instalación en el primer sector.
- 2 - El fondo de valle ocupado por ciénagas y la laguna del Toro.
- 3 - El pic de monte situado por encima de las cotas del sitio, ocupado por una estepa xerófila tupida.
- 4 - Los cerros, parcialmente ocupados por vegetación esteparia más dispersa.

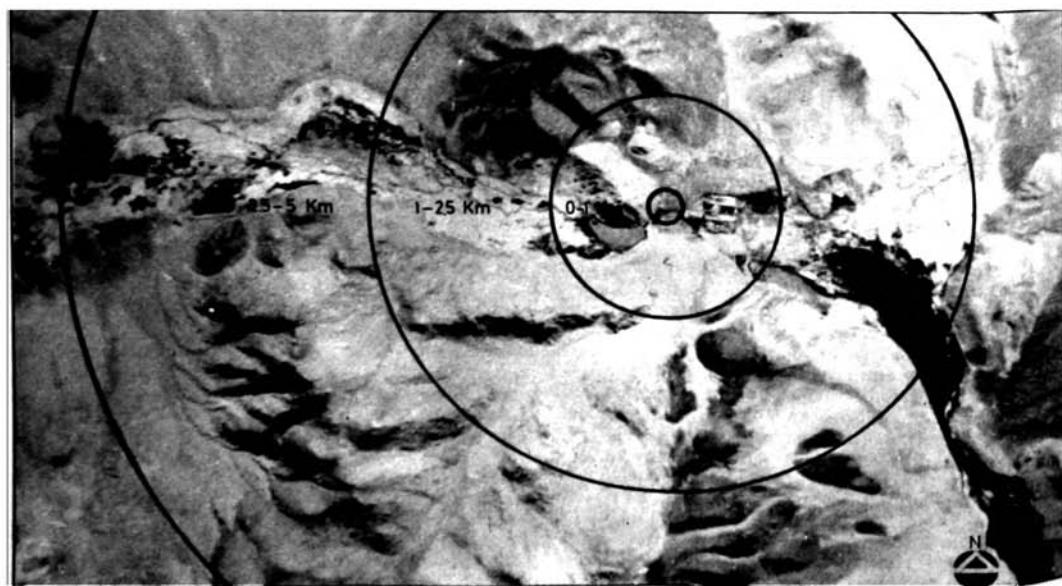


Figura 3.1: Articulación sitio-territorio (site-catchment) a partir de la instalación formativa Co. El Dique en la Quebrada del Toro. La escala original de la aerofoto fue 1:50.000, está llevada por ampliación a aproximadamente 1:20.000.

Cuadro I. a. Territorio de abastecimiento de la instalación Co. El Dique de acuerdo con el análisis "site-catchment" (área de instalación=0,82 Ha.; FOS=25%).

Topografía Superficie	terrazza baja agrícola fértil -1-	Fondo de valle laguna -2-	Piedemonte estepario -3-	cerros con estepas -4-
1 Km total Ha. = 77 %	9 12	15 19	25 32	27 35
1-2,5 km. total Ha. = 413 %	33 8	41 10	90 22	247 60
2,5-5 km. total Ha. = 1471 %	58 4	117 8	323 22	956 65

La lista de recursos y ecofactos arqueológicos registrados, así como las conclusiones de esta investigación han sido parcialmente publicados hace algunos años (R. A. Raffino; 1977. R. A. Raffino, E. Tonni y A. Cione; 1978). Sobre este tema recalaremos en el cap. V; aunque una visión general de estas cifras anticipa un área extensa ocupada por estepas aptas para el pastoreo de camélidos domésticos (60 a 80%); otra mucho más pequeña para actividades agrícolas (4 a 12%) y una tercera de laguna-pantano, apta para la captura de biomasa por recolección y caza (10 a 20%).

Para sistemas sedentarizados agrícolas más complejos es también operativo el método de la "capacidad de sustento (K)" de R. Carneiro (en D. Hardesty; 1977). Partiendo de datos etnoarqueológicos aplicaremos esta fórmula al caso Tastil (Cap. I, punto III, caso 2):

$$(K)\text{sistema Tastil} = \frac{\text{Sup. agrícola total}}{\text{Sup. útil anual per cápita} \times F}$$

En donde F. es el factor de utilización regional (FUR) y se obtiene de la siguiente relación:

$$F = \frac{R+U}{U}$$

Donde U es el número consecutivo de temporadas en que la tierra se cultiva; y R es el número de temporadas en que la misma no se cultiva.

Si el sistema agrícola de Tastil fue de tipo "permanente" (R. A. Raffino; 1972 y 1973) resulta que R=0; por lo tanto F=1.

Así tenemos que:

$$(K)\text{Tastil} = \frac{900 \text{ Ha. (Paño-Potrero-Acay)}}{0,5 \text{ Ha.} \times \text{cápita} \times F} = 1800 \text{ h.}$$

Esto significa que la energía agrícola del sistema Tastil sustentaba aproximadamente el 68% de la población relativa total del sistema, evaluada en 2640 habitantes (R. A. Raffino; 1973, 319). Pero si la estrategia agrícola de Tastil no fue "permanente o intensiva" sino en "berbecho sectorial" (R. A. Raffino; 1975) con descanso regenerativo del suelo durante 3 temporadas por

cada 2 de agricultura, tendríamos:

$$(K)\text{ Tastil} = 900 \text{ Ha.} = 720 \text{ hab.}$$

$$0,5 \times 2,5$$

Con lo cual la capacidad de sustento agrícola aportaría energía para aproximadamente el 28% de la población relativa total del sistema.

Debe aclararse por si hace falta que el "site catchment analysis" se concentra en la ecuación sitio/territorio/biomasa. Mientras que el "K" lo hace sobre territorio agrícola/demografía.

Otras teorías de alcance medio para guiar la investigación sobre distribución de sitios arqueológicos y territorialidad provienen de la geografía humana. Entre ellos el "Polígono de Thiessen", quizás aplicable en el caso de las instalaciones del Período Formativo Inferior. Con menor optimismo para Desarrollos Regionales, por cuanto al igual que en el "site catchment" los polígonos no toman en cuenta los tamaños de las áreas de instalación, ni grupos de variables de alta significación relacionadas con la funcionalidad del sitio, como las de corte religioso, social o militares. La incorporación de "modelos de gravedad" permite en parte paliar la primera de las incógnitas, relacionada con la superficie a intramuros del sitio. Así el tamaño de los polígonos aumenta en co-variación directa con la envergadura y FOS del área de instalación. Pero no sucede lo mismo con el resto de las variables. Como lo señala el discípulo de D. Clarke, I. Hodder (1984), existe una discrepancia entre el modelo teórico y su aplicabilidad en arqueología espacial. Con todo no estaría lejano algún ensayo experimental a escala regional dentro del Norte argentino.

La llamada "teoría del lugar central" fue aplicada por I. Hodder y M. Hassall (1972) para analizar la distribución espacial y radio de influencia de las aldeas romanas en Gran Bretaña. Su versatilidad es posible para un caso americano homologable al de Roma: el Inka. Aunque compartimos la opinión de Hodder (1984) cuando reconoce la existencia de dificultades en la extrapolación de modelos

económicos contemporáneos para amarrar los focos del diseño espacial. Existen además otras variables que influenciaron en los sistemas de asentamiento, de naturaleza simbólica-estructural, y que requieren amplificar las hipótesis del modelo espacial. El propio caso Inka pone en evidencia la influencia de lo simbólico y social en el sistema de poblamiento. Por ejemplo la incidencia del dualismo en sayas o mitades; alto/bajo, derecha/izquierda (Hanan/hurin) en el uso del espacio. La distribución a intramuros del Cuzco y otras capitales regionales de los ceques/huacas (o líneas imaginarias/ templos) y su incidencia en el trazado urbano. O la construcción de santuarios en altas cumbres andinas, sitios impensados, que escapan a la rigidez de la "teoría del lugar central".

Y hablando de D. Clarke, conviene recordar sus aproximaciones teóricas al tema en su *Spatial Archaeology* (1977), parte de las cuales fueron extractadas al comienzo del capítulo. Su tercer nivel de análisis espacial, llamado "macronivel" comprende el examen de las localizaciones y relaciones intersitios, ordenados y clasificados morfofuncionalmente, con el ambiente donde se sitúan y con los recursos tecnococómicos. Formando así sistemas dinámicos de sitios integrados y distribuidos regionalmente.

Es inocultable que esta estrategia proviene también de la geografía humana pero, a diferencia del "polígono de Thiessen" o de la "teoría del lugar central", su mayor elasticidad ha favorecido su adaptación en el escarpado universo andino. Conozco al menos tres casos de aplicación; el de E. Berberian y A. Nielsen en el formativo de Tafi del Valle (1988), el de D. Olivera sobre el uso del espacio Inka en la Puna de Antofalla (1990) y el más profundo, a cargo de A. Nielsen en el terreno de Humahuaca (1989).

La clave de estas teorías de alcance medio consiste en responder estos interrogantes: ¿en qué medida pueden ser aplicables en arqueología? ¿Hasta qué punto son útiles para transformar el registro arqueológico en información que nos ayude a explicar estructuras y conducta de los sistemas culturales del pasado? y finalmente, si el dato arquitectónico- arqueológico está cuali y cuantitativamente calificado para aportar la base empírica para su aplicación? Mis respuestas circunstanciales a estos interrogantes son las siguientes:

- 1- El análisis espacial para los enclaves arqueológicos del Norte argentino es posible por estos métodos experimentales.
- 2- Estos análisis requieren una agudización de la estrategia de observaciones a "extramuros" del área de instalación, es decir en el espacio exterior que separa una instalación de otra.
- 3- Conocer el uso del espacio que rodea una instalación arqueológica y la articulación de ésta con otras coetáneas no significa conocer

cuál fue el territorio del sistema cultural, ni mucho menos cuáles fueron sus fronteras o límites que lo separaron de otros sistemas vecinos.

Sobre el tercer punto veremos más adelante en qué medida pueden ayudarnos la etnohistoria regional o la etnoarqueología. Especialmente en el caso de sistemas localizados en el Período de Desarrollos Regionales. A partir de esos tiempos es factible conocer los territorios y sus fronteras por extrapolación de datos etnohistóricos y coordinación con los arqueológicos. Pero más abajo, en el mundo tribal del Período Formativo, las posibilidades son muy lejanas. De hecho L. Bindford (1982) ha propuesto el reemplazo del término territorio por el de alcance (range) desde el sitio arqueológico, que ubica en el centro, hasta la periferia del hábitat. Reemplazo que sostiene para el caso de sociedades captadoras de energía (los esquimales). Las tres áreas de captura de recursos de Bindford (radios de recolección, logístico y extendido) guardan una imagen similar a la de análisis "catchment". Junto a las restantes estrategias examinadas se enrollan dentro de las llamadas "teorías de alcance medio" por Robert Merton (1964; 56). Procedimientos inventados por la sociología para funcionar como peldaños intermedios entre el dato empírico y la teoría sociológica mayor. La finalidad original prevista por Merton era ordenar sus datos y construir modelos menos generalizados para tratar las esferas de la conducta y estructura social. La geografía y la arqueología "capturaron" estas estrategias y las llevaron a sus respectivos terrenos. En el segundo caso con la ambición de transformar el registro arqueológico en información ordenada y operativa.

Hipótesis etnohistóricas y contrastaciones arqueológicas

Las aproximaciones tradicionales para establecer territorios arqueológicos en sistemas cercanos a los tiempos históricos se apoyan en datos inducidos de las crónicas. Estas vertientes son competentes si puede constatarse la idiosincrasia y honestidad del referente, y cuando articulan eventos separados por escasa distancia temporal —por ejemplo entre los siglos XVI-XVII y Desarrollos Regionales—.

El relato que transcribimos pertenece al jesuita Hernando de Torreblanca, quien vivió en Yocavil entre 1644 y 1664; nos sirve para ilustrar esta estrategia: "... Los indios Quilmes y demás naciones, un año de crudísimo hambre y no tenían recurso, si no se hacían amigos de los Paccocacas, que tenían abundancia, y lo principal eran dueños de San Carlos, en donde había suma abundancia de algarroba; y traían cameros de la tierra, sus mantas para costales, y

sin cuidado ni recelo iban y venían. Los Pacciocas e previnieron de bastimentos y matalotaje y se emboscaron en un estrecho del río, y los pobre Quilmes iban a la deshilada y sin recelo... Mataron muchos..." (II. Torreblanca; 1696 F. 95-97).

La hipótesis de la territorialidad vecina entre Quilmes y Pacciocas es contrastada favorablemente por información arqueológica y también por otros documentos históricos. En el mapa de otro misionero jesuita que vivió en la misma región 40 años antes que Torreblanca, Diego de Torres (fechado en 1609; Fig. 3.2), se advierte efectivamente que Quilmes y Pacciocas fueron naciones vecinas. Los primeros tenían su territorio en la mitad N. de Yocavil, los segundos al S. de Calchaquí. Entre ambas jefaturas existió una raya territorial, cuya violación desencadenó los sucesos relatados por Torreblanca. Los algarrobales objeto de disputa entre sus dueños naturales, los Paccioca, y los advenedizos aportan a la vez variables de significancia para ilustrar la ecuación **competencia-guerra-pukará-territorio**, planteada en el capítulo I, punto IV.

La existencia de "rayas territoriales" entre jefaturas vecinas, inducidas por datos etnohistóricos, puede resolver en parte el gran problema que afronta la investigación arqueológica: determinar las fronteras entre los territorios. En otra parte de su crónica el padre Torreblanca es aún más explícito sobre el tema del control territorial de una jefatura: "... marchó (el gobernador Mercado y Villacorta) con la más de la gente que pudo, y repechó la primera cumbre de donde se descubre el Valle todo (Yocavil) y los sitios de los pueblos. Y luego descubrieron los indios Tolombones... Con eso aquel día alcanzaron a la raya de los Quilmes, y se les hizo gravísimo daño..." (II. de Torreblanca; 1696; Fs. 106-109).

Ayudado en datos de este tipo y en observaciones geográficas H. Difrieri estimó la extensión del territorio de los Quilmes desde Pichiao-Tolombón por el N., hasta la misión Yocavil por el S. (Cerro Pintado de Mojarras para nosotros). Los límites orientales y occidental son el río Yocavil o Santa María y las alturas de la Sierra del Cajón respectivamente (1981; 152).

Nosotros ampliamos la base documental para la inducción con el testimonio del gobernador Figueroa y Mendoza (originado en 1662) quien conoció personalmente a los Quilmes y los segmenta: "... en 11 sitios...", con una ubicación espacial coincidente con las de Torreblanca y Torres.

La hipótesis entonces formula que:

- Los Quilmes fueron un señorío segmentado en 11 instalaciones con una territorialidad regular en la mitad boreal del valle de Yocavil. Su contrastación, por caminos abiertos por el registro arqueológico, se construye de la siguiente manera:

- Dentro del territorio inducido se comprueba la existencia de 8 instalaciones (muestra analítica); de N. a S. son: Tolombón, Quilmes, Fuerte Quemado y Rincón Chico; cada una de ellas se articula con la pukará que la resguarda: Tolombón, Quilmes, Fuerte Quemado y Cerro Pintado de Mojarras (Atlas arqueológico 3).
- Las 8 instalaciones se emplazan con continuidad espacial y se visualizan entre sí. Existe entonces, dado que todas son sincrónicas, continuidad territorial, lo que provocó un flujo de información muy ágil al sistema cultural.
- En análisis multivariable de los datos arquitectónicos y urbanísticos de las 8 instalaciones establece una profunda relación de similitud entre 41 de los 65 rasgos variables formalizados (Capítulo VI, matriz de datos V); es decir en el 63% de los componentes estructurales del sistema.
- Dada la alta frecuencia de similitud entre las variables, los atributos que ellas contienen, y la sincronía, se concluye que las 8 instalaciones componen un estilo arquitectónico común y contaron con una intensa articulación regional. Por lo tanto se **acepta la hipótesis**.

Naturalmente esta es una aproximación a un problema que demandaría una estrategia particularizada a nivel regional, con la ubicación de las 3 instalaciones que nos faltan y con la construcción de una matriz de datos que involucre a todos los sitios del territorio.

Otras relaciones calchaquies ubican poblaciones a lo largo de los valles Yocavil-Calchaquí, como Pascamaos, Luracataos, Amaicha, Taquigastas, Angastacos, Gualfingastas y Pacciocas, todos ellos dentro del Calchaquí. Por debajo de los Quilmes se ubican las de Yocavil y Caspinchangos. Un panorama documental similar se observa en los territorios más conspicuos en poblaciones arqueológicas, como Humahuaca, Hualfín, Abaucán, Casabindo y San Fernando de Catamarca. Estas poblaciones tienen una ubicación explícita en mapas de la época, su toponimia persiste en la actualidad, de modo que con la aplicación de estas estrategias será posible una cierta aproximación a la recomposición de sus antiguos territorios.

No pocas de estas poblaciones recibirán estímulos tecnológicos por el Tawantisuyu entre 1471 y 1532. Otras sobreviven por tiempos históricos, gracias a lo cual son conocidas por los cronistas andinos. En el universo aislado los territorios que pudieron estar ocupados por formaciones sociales de tipo jefatura fueron las de Quilmes: "... que en once sitios tienen 300 indios de guerra..."; Pulares: que en nueve pueblos alistaban 400 indios de pelea..."; Amaychas-Anguinahaos-

Calianes: "... que en seis sitios tendrán 170 familias..."; Yocaviles: "... que está en diez puestos y serán 300 indios de pelea..." (L. Figueroa y Mendoza; 1662, en Larrouy; 1923, T. I, 258-65). Para nosotros la diferenciación del término "nación", compuesta por varios pueblos, o sitios, o puestos, corresponde a una jefatura con territorialidad fija y segmentada en varias instalaciones, de las cuales una fue la cabecera o capital política. W. Espinosa Soriano, bajo el peso de la documentación histórica, utiliza también los términos curacazgos, nación y aun reino, como equivalente de este nivel de integración social (1981; 176).

Otras regiones ocupadas por cacicazgos han sido las de Ilumahuaca, Iruya, El Toro (Tastil), Iualfin, Abaucán y Ambato. En tiempos históricos muchos de los descendientes de los líderes naturales reclamaron sus derechos territoriales ante la Corona: como el cacique Calibay de los Pulares, quien en 1586 explica al gobernador c... la que: "... en tiempos pasados mis padres y abuelos y los demás antecesores de la dicha comunidad de los dichos caciques e indios Pulares estuvieron y han estado hoy día poblando y asentados... en sus chacaras en los faldeos de guaycas y arroyos por donde va el camino del Perú y por cima della yendo por la dicha cordillera, pie y falda della..." ("Testimonio...". Cornejo, A; 1945; 259).

Los tiempos Hispano-Indígenas fueron testigos de varias alianzas de jefaturas en confederaciones armadas en resistencias al español. La primera de ellas tuvo por jefe al célebre Juan Calchaquí, "quien vino a dar nombre a ese Valle..." sobre fines del siglo XVI. Le siguieron las de Viltipoco en Omaguaca (Ilumahuaca), Machilin en Iualfin y las del celeberrimo Pedro Bohorquez en Yocavil, ya promediando el siglo XVII, a la sazón ideólogo del último conato subversivo indígena. Los "partes de guerra" castellanos son claros en afirmar que la mejor guerra que puede hacerse es talarle las sementeras, bajarlos luego por hambre de sus Pukarás, desarraigarlos de sus territorios naturales y de las fragosidades donde siembran. Estos cacicazgos perderían uno a uno sus poblaciones y territorios, los que reclamarán infructuosamente durante varias generaciones. Estas fuentes analógicas son fundamentales para la recomposición territorial y fueron, y son todavía, tratadas con alarmante ligereza por antropólogos e historiadores.

II - Muestreo urbano y muestreo regional

La representación por muestreo del universo, o parte de él, sobre la instalación amerindia prehispánica del N. O. argentino nos enfrenta a una multiplicidad de problemas, agrupables protocolarmente en dos grandes categorías. La primera concierne al procedimiento de aislar los

sitios que conforman la población de ese universo para luego realizar los muestreos regionales. Esta tarea requiere un minucioso trabajo de registro espacial de los sitios con arquitectura de superficie, en el cual intervienen desde las estrategias por sensores remotos (imágenes Land-Sat y aerofotografías), reconocimientos posteriores por prospección terrestre y los obligatorios análisis bibliográficos sobre cartas arqueológicas y trabajos específicos al tema (los cuales lamentablemente no abundan en nuestro país).

La segunda involucra a las estructuras arquitectónicas que se hallan incluidas en las instalaciones, cuyos rasgos variables deberemos aislar, formalizar y sistematizar. La transferencia del registro arqueológico en información codificada, donde los vestigios arqueológicos son transformados a datos clasificados en rasgos variables, es un proceso científico perfectamente acotado y previo a la explicación que persigue la arqueología. En el particular caso que nos ocupa, estos procedimientos se efectúan por las estrategias de "muestreo urbano".

El muestreo urbano, o si se quiere "muestreo a intramuros", sobre áreas de instalación previamente acotadas, puede ser al azar o selectivo. La segunda circunstancia limita las posibilidades predictivas hacia el resto del universo aislado, pero no por ello debe ser dejado de lado, especialmente cuando la selección de estratos y la toma de decisiones sobre los tipos de unidades de muestreo, se han realizado sobre bases racionales, como por ejemplo las significancias por formas, tamaño, grado de conservación, cualidad arquitectónica y posicional de los edificios que se integran en un espacio intramuros.

Es una condición básica inviolable para cualquier muestreo a intramuros que la instalación a muestrear cuente con un mapa o plano en planta y perfil y que éste sea efectuado por especialistas, sean arqueólogos o arquitectos. Sin este trascendental paso sería imposible trazar una estrategia de muestreo. A la vez, la recomposición de planos totales de instalaciones con arquitectura de superficie significa un paso modular para los posteriores intentos para evaluar el Factor de Ocupación del Suelo de una instalación (FOS); índice que permite medir porcentualmente la superficie intramuros ocupada por edificios en relación a la superficie total del sitio.

En segundo lugar es fundamental cumplir con las recomendaciones de M. B. Schiffer (1976) en cuanto a la discriminación de los estratos, los cuales, y para el caso de instalaciones con arquitectura de superficie, pueden ser aislados sobre la base de sus formas estructurales y dimensiones. Aunque bajo la sospecha potencial de que estas diferentes



Figura 3.8. Arquitectura en terrazas sobre los taludes del Pukará en Quirnes del Yocavil (F. A.).

formas y tamaños de los edificios implican diferencias en las actividades humanas ejercidas, lo que quiere decir diferentes usos y funciones. A propósito de Schiffer diremos que éste no ha ocultado su preferencia en trabajar sobre sitios pequeños (alrededor de 10 a 15 recintos). Esta es una pragmática decisión convertida en nuestro anhelo cuando iniciamos en forma simultánea los muestreos y planos de La Huerta de Humahuaca. El tamaño de la instalación era difícil de evaluar a prima facie debido a que su arquitectura estaba enmascarada por una agresiva vegetación espinosa y parte de ella además a bajo nivel (subterránea). Luego de concluir los planos totales, tres temporadas después, nos hallamos ante la friolera de 700 edificios, con lo cual nuestros anhelos iniciales, que por supuesto compartíamos con Schiffer, quedaron totalmente sepultados.

El dilema entre los muestreos probabilísticos (probability sampling), al azar (grab sampling) y selectivos (judgment sampling) ha sido y será un punto discutible entre los arqueólogos que desean transferir el dato en información de la manera más pragmática y racional posible y los "puristas" que se afanan por transferir al terreno su bagaje teórico sin acordar concesiones. Estas alternativas significan —*latus senso*— que una estrategia de muestreo es realmente válida —y predictiva— cuando se ha realizado aplicando la teoría probabilística (Ch. Redman; 1974).

Nuestra posición al respecto es francamente ecléctica entre pragmáticos y puristas. Cuando los procedimientos de muestreo son efectuados en instalaciones con edificios y partes construidas de diferente cualidad, tamaño y disposición el precepto probabilístico suele a veces no ser cumplido en su totalidad. Muchas veces los eternos problemas de tiempo y dinero hacen que una vez diferenciados los estratos las unidades de muestreo extraídas por probabilidad matemática no hayan favorecido o "elegido" determinada parte o edificio, por lo que no hay otra alternativa que apelar a la selección.

Esta circunstancia parece haberla experimentado C. Morris en el formidable Huánuco Pampa (1974) de quien se encarga de puntualizar que la elección de los edificios a muestrear respondió a razones lógicas y no caprichosas. Compartimos esta reflexión por cuanto ésta fue la experiencia vivida por nosotros en Cerro El Dique y Las Cuevas (R. A. Raffino; 1976) y recientemente en La Huerta de Humahuaca. Hanson y Schiffer tomaron decisiones similares para el muestreo que realizaron en el área intramuros de Joint Site, en el Este de Arizona (M. Schiffer; op. cit.; 1976).

En relación al tamaño y cantidad de las unidades de muestreo me permito compartir el criterio de Ch. Redman (op. cit.; 1974) en

cuanto a que es recomendable tomar muchas unidades de muestreo de tamaño reducido que una menor cantidad de ellas pero de mayor tamaño. El propio Redman se ha encargado de explicar las ventajas de la primer alternativa, de modo que es ocioso reiterarlo aquí.

Junto a algunos de mis alumnos dedicados al estudio de los settlements patterns del N. O. argentino estamos utilizando cuatro clases de muestreo en áreas de instalación con arquitectura:

- 1 - estratificado con excavaciones controladas y mapas en planta y perfil de la arquitectura a bajo nivel y de superficie de la instalación.
- 2 - estratificado con recolección probabilística superficial de artefactos-ecofactos y mapeo en planta de la arquitectura de superficie de la instalación.
- 3 - el tercer tipo combina a los dos primeros.
- 4 - sin estratificar, por recolecciones probabilísticas o no probabilísticas de superficie y por sensores o reconocimientos remotos y prospección terrestre.

Es obvio que existen ostensibles diferencias en la calidad y confiabilidad de la información obtenida de uno a otro tipo de muestreo. El tercer tipo es muy eficiente por favorecer los análisis sobre aspectos modulares de la instalación en estudio: formas, superposiciones, funciones, tamaños (escalas) y articulaciones entre las partes construidas. El segundo tipo de muestreo permite análisis de formas, tamaños y articulaciones, siendo más limitadas las recomposiciones funcionales y las superposiciones arquitectónicas. Una estrategia de muestreo en áreas intramuros con la participación sincronizada de las cuatro técnicas es el más eficiente y probabilístico.

El cuarto tipo es usualmente el más utilizado por los beneficios que ofrece en cuanto a su rapidez y bajo costo. Su valor para el diagnóstico cultural por seriación de artefactos, para evaluaciones sobre el tamaño, traza general "a intramuros" y relación topográfica de la instalación es ostensible. Decece si pretendemos utilizarlo como vertiente para reconocimientos arquitectónicos y de áreas de actividades específicas y es nulo para determinar superposiciones arquitectónicas. Nosotros usamos este tipo de muestreo para los reconocimientos preliminares y generales de instalaciones empleando un tiempo preestablecido de recolección de artefactos —una hora con tres operarios— y siguiendo una transecta longitudinal al sitio (transect sample). Hace poco G. Pollard empleó una estrategia similar en el Valle Calchaquí, con la cual parece haber obtenido información significativa sobre los estilos cerámicos (1983). Lamentablemente Pollard no fue igualmente perspicaz en su

estrategia observacional de los datos arquitectónicos de las instalaciones muestradas, a los cuales dejó totalmente relegados.

Las analogías

El trazado de relaciones análogas y homólogas entre elementos culturales es un mecanismo muy practicado desde los tiempos decimonónicos de E. B. Tylor y de F. Graebner y ha recibido puntuales comentarios de L. Bindford (1964). Una adaptación de esta estrategia para el tema que nos ocupa consiste en la extrapolación de rasgos arquitectónicos, recompuestos en la instalación investigada, hacia otros sectores de la misma o hacia otros sitios. Pueden intervenir en estas extrapolaciones datos etnohistóricos y etnográficos regionales (etnoarqueología). Un caso de analogía de partes puede interpolarse datos sobre usos y funciones de recintos muestrados por excavación (tipo 1) para asimilar otras estructuras formalmente idénticas que fueron reconocidas por relevamiento y recolección de superficie (tipo 2). Esta estrategia permite acceder a aproximaciones funcionales por mecanismos inductivo-deductivos y sobre la base de asumir que las repeticiones de formas, disposiciones arquitectónicas y registro artefactual —similar entre diferentes edificios de un mismo sitio, o entre edificios de dos o más sitios— supone similitud de actividades en ellos ejercidas, lo que expresaría similitud funcional. Estas circunstancias pesan para aquellas partes arquitectónicas, o instalaciones, que comparten entre sí una alta frecuencia de similitud entre rasgos arquitectónicos de superficie y de artefactos. Bajo la norma que se hallen dentro de un marco de referencia temporal y regional equivalente.

En el caso que la estratificación del muestreo se haya hecho entablando similitudes métricas y estructurales entre edificios de diferentes instalaciones, y que cada estrato corresponda a un tipo de edificio, lo que estamos trazando son "analogías de estratos".

Un par de ejemplos sobre el tendido de analogías de partes nos retrotraen a aportes donde las inferencias funcionales se apoyaron en la estandarización de la arquitectura Inka, la cual hizo la repetición de formas constructivas similares en diferentes establecimientos. La analogía de partes en estos casos articuló estructuras excavadas con otras observadas superficialmente (R. A. Raffino y Col.; 1982 y 1982 b.).

Otros casos de interpretación funcional por analogías se plantea en la "casa comunal Yocavil", que es una resolución formal regularizada y en damero con unidades circulares adosadas. A estas estructuras se le atribuyen funciones explícitas por fruto de

excavaciones en sitios que las contienen, como Quilmes, Fuerte Quemado y Rincón Chico. El Valle de Yocavil, territorio arqueológico contenedor de estas muestras arquitectónicas, ofrece más de una decena de instalaciones contemporáneas con estructuras habitacionales similares. Por lo que es posible correlacionar funciones desde sitios excavados (muestreo tipo 1) hacia otros con observación arquitectónica superficial.

Como dato anecdótico colateral, pero de indudable valor histórico y que involucra etnoarqueológicamente a esta casa comunal de Yocavil, puede decirse que ya el mismo Ambrosetti, a fines del siglo pasado, se encargó de entablar analogías entre los recintos circulares que se adosan a la casa comunal, en base a la observación de estructuras formalmente similares, usadas como silos, en su tiempo, en el mismo valle (1897).

No existe uniformidad en los tamaños de las muestras usualmente colectadas en los sitios. A la ya apuntada recomendación de Redman debemos sobreimponerle los siempre presentes avatares del tiempo y los recursos financieros que condicionan el muestreo. Algunos ejemplos del N. O. argentino quizás nos ilustren al respecto. En las instalaciones formativas Cerro El Dique y Las Cuevas el muestreo en parte fue al azar y estratificado. En el primero por excavación de 5 unidades circulares sobre una población de 42 dividida en 3 estratos. Esto significa una muestra por excavación del 12% (R. A. Raffino; 1977). Tres de estas construcciones circulares —las de grandes dimensiones— fueron divididas en cuadrantes y excavados 2 de cada uno. Las dos unidades restantes —de menor tamaño— fueron excavadas en su totalidad. En Las Cuevas se reticuló el área del montículo O. en cuadrículas de 2 m² y se excavaron 7; 4 de las cuales fueron tomadas al azar, las 3 restantes por selección (fueron amplificadas a partir de las 4 primeras). En El Churcal el muestreo urbano fue selectivo, abarcó el 8% de un total de 530 estructuras arquitectónicas, pero con la aclaración de que éstas fueron excavadas parcialmente por trincheras controladas en el interior y exterior contiguo a los edificios. (R. A. Raffino; 1984).

El estupendo Tasil fue el sitio que mayor tamaño de muestra por excavación ha brindado en el N. O. argentino: 145 edificios sobre un total de 1114, o sea el 13%. De ellos, 106 corresponden a unidades funerarias, 37 a habitaciones y patios y 2 a molinos. Se efectuaron además trincheras controladas sobre basurales, plazas y calzadas (E. M. Cigliano; 1973).

Con respecto a los sitios investigados por mis predecesores, nos inclinamos a pensar que en su mayoría fueron muestrados selectivamente



Figura 3.9: Abertura trapezoidal de un edificio Inka de Titicante de Inuya (F. A.).

y, en no pocos casos hablar de la estrategia de "muestreo probabilístico" es una expresión de desdones no satisfecha ni en nuestros sueños más fantásticos.

Muestreo Regional

El muestreo regional de sitios en relación al universo o campo de estudio aislado nos enfrenta a un lamentable panorama estadístico. De acuerdo con nuestro atlas arqueológico, el N. O. argentino atesora más de 650 instalaciones prehispánicas con arquitectura de superficie aptas para ser investigadas (población total). Dentro de los cuatro períodos de la etapa sedentaria esa población de sitios se segmenta de la siguiente forma: para el Formativo Inferior de 130 instalaciones que componen la muestra solamente unas 15 fueron parcialmente excavadas (11%). Para el Formativo Superior la excavación de sitios habitacionales es inferior al 4%, sobre una población que supera los 127 sitios. Si es posible justificar esta alarmante falta de datos, debemos buscarla en el falso paradigma de la "perescibilidad" atribuible a la vivienda del Formativo, especialmente la de sus culturas más significativas, como Ciénaga, Condorhuasi, Candelaria y La Aguada. Este error, producto de generalizaciones inductivas, estrechas (C. Hempel; 1966) propuestas y reiteradas a partir de hipótesis no debidamente contrastadas está siendo hoy día lentamente superado.

La excavación de sitios con arquitectura pertenecientes al período de Desarrollos Regionales nos lleva a otro tipo de reflexión. La menudez de instalaciones investigadas por excavación tiene en parte una explicación ineludible. La población contabilizada supera el número de 300, pero desde los inicios de los trabajos de campo, hace ya más de un siglo, hasta comienzos de la década de 1980, apenas 35 de estas instalaciones fueron objeto de excavaciones (12%). Esta cantidad parecería a prima facie ser significativa, sin embargo esto no sucede, debido a que la mitad de los sitios excavados carecieron de técnica estratigráfica o aquéllas se hicieron en depósitos funerarios, con lo cual quedan limitadas las implicancias buscadas desde una óptica multivariante e hipotética-deductiva.

A propósito de las perspectivas multivariantes, la población de sitios con arquitectura perdurable que complementaría la población total de 650 son las pertenecientes al Horizonte Inka. Estas instalaciones fueron aisladas y codificadas en matrices de datos publicadas en anteriores aportes (R. A. Raffino y Col.; 1978; 1982 b y 1982 c). Esas matrices significan junto al mapa de sitios un caso extremo de muestreo regional sobre un universo de gran extensión (N. O. argentino, mitad N. de

Chile y tierras altas de Bolivia). Las unidades de observación son los sitios, encolumnados sobre el eje vertical, las variables son rasgos de emplazamiento y arquitectónicos dispuestos sobre las abscisas. Dada la extrema extensión del universo aislado la confección de esas matrices y el mapa nos demandó una labor de más de dos años. Pero luego cosechamos los beneficios con creces, por cuanto su valor práctico fue utilísimo. Vale la pena puntualizar que a partir de esas matrices de datos generales se extrajo una muestra por selección (judgment sampling) de 45 unidades de observación —instalaciones— para un análisis arquitectónico más específico y para el cual se confeccionaron nuevas matrices de datos con 37 variables (op. cit. Cuadros I y II).

Es puntual acotar que el valor informativo de estas matrices es tremendo y que cada una de ellas puede condensar lo que en discurso arqueológico demandaría decenas de páginas. Además permiten las alternativas de un procesamiento manual, cuando el número de unidades de observación y de variables es reducido, y por computadora cuando éstos aumentan. Estas utilidades han sido tratadas en detalle en obras como las de D. Clarke (1968) y más recientemente por J. E. Doran y F. R. Hodson (1976).

Han transcurrido siete años desde la primera publicación de estas matrices (fueron por primera vez presentadas en el Congreso del Hombre Andino de Cuzco, en Junio de 1979 y publicadas seis meses después en "Relaciones". Desde esa fecha el número de muestreo creció de 120 a 260 sitios. Nuestra experiencia personal es que a los arqueólogos de la "vieja guardia", aquéllos que en su época no se preocuparon por el dato arquitectónico, les cuesta enormemente "leer" esas matrices de datos. A pesar de que algunos han intentado adaptarse a las nuevas tendencias, componiendo aportes descriptivos sobre settlements patterns sin planos ni referencias gráficas puntuales y donde además no han podido desembarazarse de la concepción inductivista estrecha. No sucede lo mismo con los investigadores juniors y los alumnos, los que usualmente se acostumbran a utilizar estas formas de registro.

Este es el panorama al que nos enfrentamos quienes nos hemos sumergido en el examen de la instalación humana prehispánica en el N. O. argentino. Su estudio supone así un desafío y, a la vez, formidables perspectivas para las futuras generaciones de investigadores.

La fotografía aérea y la instalación humana

La utilización de la fotografía aérea y satelitaria en los muestreos regionales y urbanos es esencialmente una estrategia de observación preliminar; un acto de percepción remota que

debe articularse con ulteriores prospecciones terrestres y muestreos in situ. Nosotros hemos usado tanto las imágenes Land-Sat, las fotos verticales generadas en vuelos espaciales para ser observadas en pares, —por estereoscopia— y las fotos oblicuas. La técnica estereoscópica ha resultado de utilidad para determinar tipos de trazados urbanos, formas de plantas, densidades y escalas (sobre pares de fotos sincronizadas sobre un mismo campo). Las fotos oblicuas permiten sólo observaciones relativas sobre trazados y densidades urbanas, dada la natural distorsión producida por la oblicuidad de la imagen.

El empleo de la aerofotografía en forma exclusiva para observar datos arquitectónicos es deficitario y peligroso, debiendo complementarse al menos con prospección terrestre. Las dificultades más evidentes son los tipos de escala con que se cuenta y la existencia de vegetación que enmascara los vestigios arquitectónicos. Las escalas de mayor utilidad oscilan entre 1:3000 hasta 1:7000; ellas permiten observaciones generales de trazado, formas de plantas y densidades constructivas, además de articulaciones de los sitios entre sí y con la topografía, recursos hídricos y cotos de explotación económica. Las virtudes y defectos del empleo de la fotografía aérea han sido puntualizadas hace más de tres décadas en el estupendo trabajo de G. Willey en el Valle de Virú (1953), en el que se ofrece un legendario caso de muestreo regional - 315 sitios tomados al azar de una población cuatro veces mayor.

Por encima de las escalas puntualizadas las aerofotos van perdiendo paulatinamente su utilidad en lo concerniente a observaciones arquitectónicas en detalle, dado que el sitio queda reducido a una mínima expresión dentro de la placa. En otros casos, en que contamos con escalas apropiadas, la existencia de arquitectura subterránea, la vegetación que enmascara y el grado de perturbación de los sitios, se constituyen en obstáculos de consideración para los reconocimientos por sensores remotos.

Por estas circunstancias el empleo de las aerofotos e imágenes satelitarias ofrece una utilidad perfectamente acotada. Muy relativa en la observación de sitios de superficie menor que 1 Ha., como los Formativos; con mejores perspectivas para las grandes instalaciones de Desarrollos Regionales. Muy apropiadas para reconocimientos y evaluación de arquitectura agrícola; tipos de emplazamiento, formas estructurales, dimensiones y articulación topográfica e hídrica. Finalmente su utilidad es modular si lo que nos proponemos es aplicar el análisis "site catchment" para medir la explotación de recursos desde un sitio.

A lo largo de esta obra sumaremos otras

expresiones puntuales sobre los procedimientos de muestreo arqueológico en áreas de instalación y muestreo regional. Aquí concluimos afirmando que, salvo las excepciones apuntadas, los trabajos arqueológicos en sitios con arquitectura de superficie han carecido de una estrategia de muestreo probabilístico; aunque este déficit es casi una insignificancia frente a otras carencias que sufre la arqueología de Argentina. Entre ellos la alarmante ligereza con que ha sido históricamente tratado el dato arquitectónico, subestimado frente a los registros artefactuales —fundamentalmente la cerámica— por lo que anticipamos no pocos quebrantos en la recomposición de sistemas culturales prehistóricos.

No le va en zaga en materia de limitaciones la falta de aplicación de procedimientos arqueológicos experimentales y predictivos; como el muestreo regional en transecta por excavación; el análisis estadístico del sitio-territorio a nivel regional por el método de X^2 ; los test binomiales de significancia, etc.

¿Cuántos años deberán pasar para que algunas de las regiones arqueológicas del mapa I reciban un tratamiento como el que produjeron Kent Flannery y "sus secuaces" en las aldeas tempranas de Oaxaca, Tehuacán Veracruz y Ocos? (1976). Es deseable que no tantos como los que tardó la técnica estratigráfica, inaugurada por Uhle y Gamio en Perú y Méjico con los balbuceos del siglo, mientras que en Argentina fue aplicada recién a fines de la década del 40.

III - Escalas, densidades y funciones urbanas

La evaluación de los tamaños de las instalaciones es uno de los objetivos perseguidos por los arqueólogos especializados en patrones de poblamiento prehispánicos. Este tipo de examen posee buenas perspectivas cuando tales mediciones se realizan con el propósito de comparar dimensiones de partes construidas entre diferentes instalaciones, pero se complica cuando, a partir de estos índices relativos, se pretenden extraer inferencias sobre la demografía que albergó el sitio. Por estas razones hemos adoptado un mecanismo específicamente destinado a cumplir con el primero de los requerimientos y, solamente en aquellos casos en que el dato estructural arqueológico es pródigo —circunstancia que incluye el discernimiento de las funciones urbanas— intentaremos las evaluaciones sobre demografía relativa.

El mecanismo adoptado para establecer densidades constructivas de áreas de instalación previamente delimitadas es el FOS o factor de ocupación del suelo. Este indica la relación existente entre la superficie ocupada por los

recintos y la que se encuentra libre de ellos. A través de este índice podemos cuantificar en forma relativa la intensidad de ocupación del terreno; partiendo de la ideal circunstancia de que todos los recintos, cuya superficie se calcula, han estado funcionalmente destinados para usos residenciales, y que fueron ocupados simultáneamente.

El factor de ocupación del suelo o FOS es un índice que resulta del producto de la superficie ocupada por los recintos por 100, dividido por la superficie total de la instalación. Este último parámetro se obtiene convencionalmente encerrando con una poligonal toda la superficie comprendida entre los recintos de uno y otro extremo del sitio. En el caso de que el poblado se halle encerrado por una o más murallas de circunvalación, se computa toda la superficie inscripta dentro de ella. No hemos intentado el cálculo de FOS en instalaciones que alternan áreas funcionales vinculadas con la residencia, con otras hacia la explotación económica por agricultura, por cuanto las segundas no representan unidades constructivas afectadas como residencia-albergue.

La utilidad del FOS quedará evidenciada a lo largo de esta obra, bajo la norma que permite cálculos relativos de densidades urbanas. Observaremos su utilidad para comparar instalaciones tanto cronológicamente próximas entre sí, como de diferentes períodos culturales. En el primer caso permitirá el discernimiento entre la importancia de unas y de otras, dentro

de modelos sincrónicos y funcionales. En el segundo nos dará acceso a estimaciones cuantitativas de la complejización de los patrones de poblamiento en términos de proceso cultural, conformando modelos diacrónicos o procesuales.

Las estimaciones de FOS son factibles sobre las instalaciones de las que poseemos relevamientos planimétricos totales y aerofotografías provistas de un razonable índice de confiabilidad. Los porcentajes de error disminuyen considerablemente cuando estos cálculos se efectúan en sitios donde el muestreo urbano contó con excavaciones sistemáticas y en los que han podido establecerse las relaciones entre las formas y dimensiones de las plantas, así como a las posibles funciones a las que estuvieron afectadas.

En definitiva el FOS es un mecanismo convencional para cuantificar relativamente las densidades en las concentraciones urbanas prehistóricas. Conviene aclarar que los casos con superlativos índices de FOS no necesariamente significan que la instalación que lo posee haya sido el producto de un trazado urbano planeado, aunque sí expresa la existencia de un agrupamiento edilicio en un espacio definido. Decenas de establecimientos del Período de los Desarrollos Regionales provistos de coeficientes de FOS superiores al 80% no fueron el producto de un crecimiento planeado "in totum" sino de una espontaneidad inicial que, con el transcurso del tiempo,

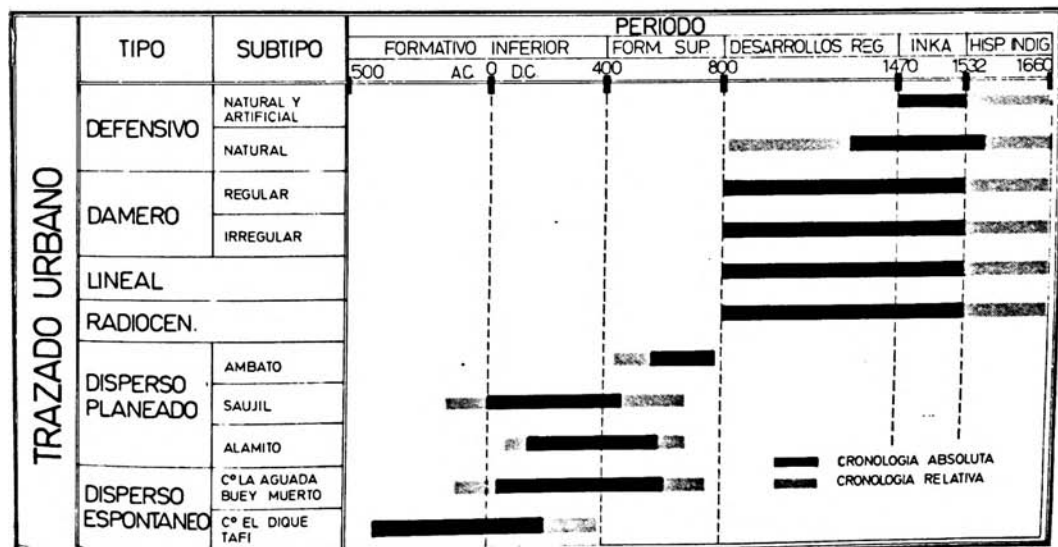


Figura 3.10: Cronología relativa de los tipos de trazado de las instalaciones amerindias del N.O. argentino.

sufrieron remodelaciones por planeamientos parciales. Como contraparte, los trazados dispersos del Período Formativo, como El Alamito y Ambato (Capítulo V) poseen bajos índices de FOS no obstante haber sido planeados y estar integrados en contextos edilicios.

Resta agregar que las mediciones de densidades constructivas por medio del FOS crecen en eficiencia cuando la instalación evaluada posee límites precisos, un tiempo de ocupación reducido y evaluado por el método del radiocarbono. Lamentablemente estas circunstancias no se producen con la frecuencia deseada.

IV - Ubicación espacial de las muestras urbanas

Dentro del marco teórico y la estrategia empleada para los exámenes de la instalación humana prehistórica, la propia naturaleza del registro arquitectónico limita el universo hacia determinadas regiones, donde es posible extraer muestreos de sitios mediante los mecanismos apuntados. Dentro de la vastedad del Norte argentino las muestras provienen de:

A - **Puna:** valle de San Juan Mayo, bolsones de Pozuelos, Miraflores, Rinconada, Antofagasta de La Sierra, Tebenquiche, Sansana, Yavi y Laguna Blanca (Atlas arqueológico I, II, III, IV).

B - **Quebradas Altas:** Santa Victoria, Inuya, Las Cuevas-El Toro, Humahuaca, Luracatao, Gualfin-Tacuñ.

C - **Valles meridionales:** Calchaquí y laterales, Yocavil y laterales, Cajón, Ambato, Abaucán y laterales, Hualfin-Belén y laterales, Tafi-Anfama, Iglesia y Calingasta.

D - **Bolsones pedemontanos:** Andalgá, Famatina, Aconquija occidental y Campo del Pucará.

Algunos ámbitos muestreados permitirán formulaciones de probabilidad de territorios arqueológicos, ocupados por **sistemas culturales sincrónicos que comparten**

instalaciones con grupos de rasgos afines, conformando estilos arquitectónicos. Estas son una de las metas más perseguidas, en pos de la cual intervienen las relaciones de similitud y diferencia entre los rasgos componentes de las instalaciones. Para estos propósitos hemos ahondado en el examen de las regiones de las quebradas del Toro-Las Cuevas, Humahuaca, los valles Calchaquí, Yocavil, Hualfin, Ambato, Tafi y Campo del Pucará y los oasis puncheños Rinconada, Yavi y San Juan Mayo.

En los capítulos V y VI las relaciones de similitud-diferencia fueron tendidas mediante el análisis por computador y sobre rasgos formalizados en los cuadros II y V. Estos integran 55 rasgos arquitectónicos-urbanísticos en una muestra de 20 sitios pertenecientes al Período Formativo; y 65 para una muestra de 19 de Desarrollos Regionales. Estos cuadros son matrices de datos de doble entrada; las unidades taxonómicas son las instalaciones, desbrozadas en rasgos de emplazamiento con sus asociaciones topográficas y funcionales, y rasgos arquitectónicos y urbanísticos específicos. Las relaciones de similitud-diferencia se entablaron sobre la base de la ecuación presencia-ausencia. Hemos sido cautelosos sorteando deficiencias procreadas por el manejo de muestras colectadas por terceros y en muchos casos selectivas. También ante la evaluación del factor cualitativo o atributo de los rasgos y en las interpretaciones funcionales.

Los sitios que ofrecieron mayor caudal de datos y que contaron con planimetría total fueron incorporados para los cálculos de FOS y densidades medias relativas de población. Los datos fueron procesados en el CESPI (Centro de Estudios Superiores para el Procesamiento de la Información; Fac. de Ciencias Exactas, Univ. Nacional de La Plata), la computadora utilizada fue una IBM 4331. En cuanto a los datos codificados en la matriz X, que involucra a 37 instalaciones pertenecientes al horizonte Inka, fue examinada en forma manual.

V - Atlas arqueológico del N. O. Argentino

1-Período Formativo Inferior (Mapa I)

1 - Co. El Dique *

2 - Pro. Grande.

3 - Las Cuevas.

4 - Las Capillas.

5 - La Encrucijada.

6 - Co. Colorado.

7 - Agua Chica.

8 - Yoscaba.

9 - Pozuelos.

10 - El Toro.

11 - Calahóyo.

12 - Casira.

13 - Tebenquiche.

14 - Ant. de la Sierra.

15 - Laguna Blanca.

16 - Tafi.

17 - Corral Blanco.

18 - Esquina Blanca.

19 - Cpo. Colorado.

20 - Pro. Ralo.

21 - Jaime.

22 - Quipón - Salvatierra.

23 - Luracatao.

24 - Seclantás Adentro.

25 - Humanao.

26 - La Angostura.

27 - Amaicha.

28 - Casa de Cruz.

29 - Tafi.

30 - El Mollar.

31 - Alamito. (La Alumbreira).

* Los sitios que aparecen en bastardilla integrarán la muestra analítica de los capítulos V, VI y VII. Los mapas van insertos al final del capítulo.

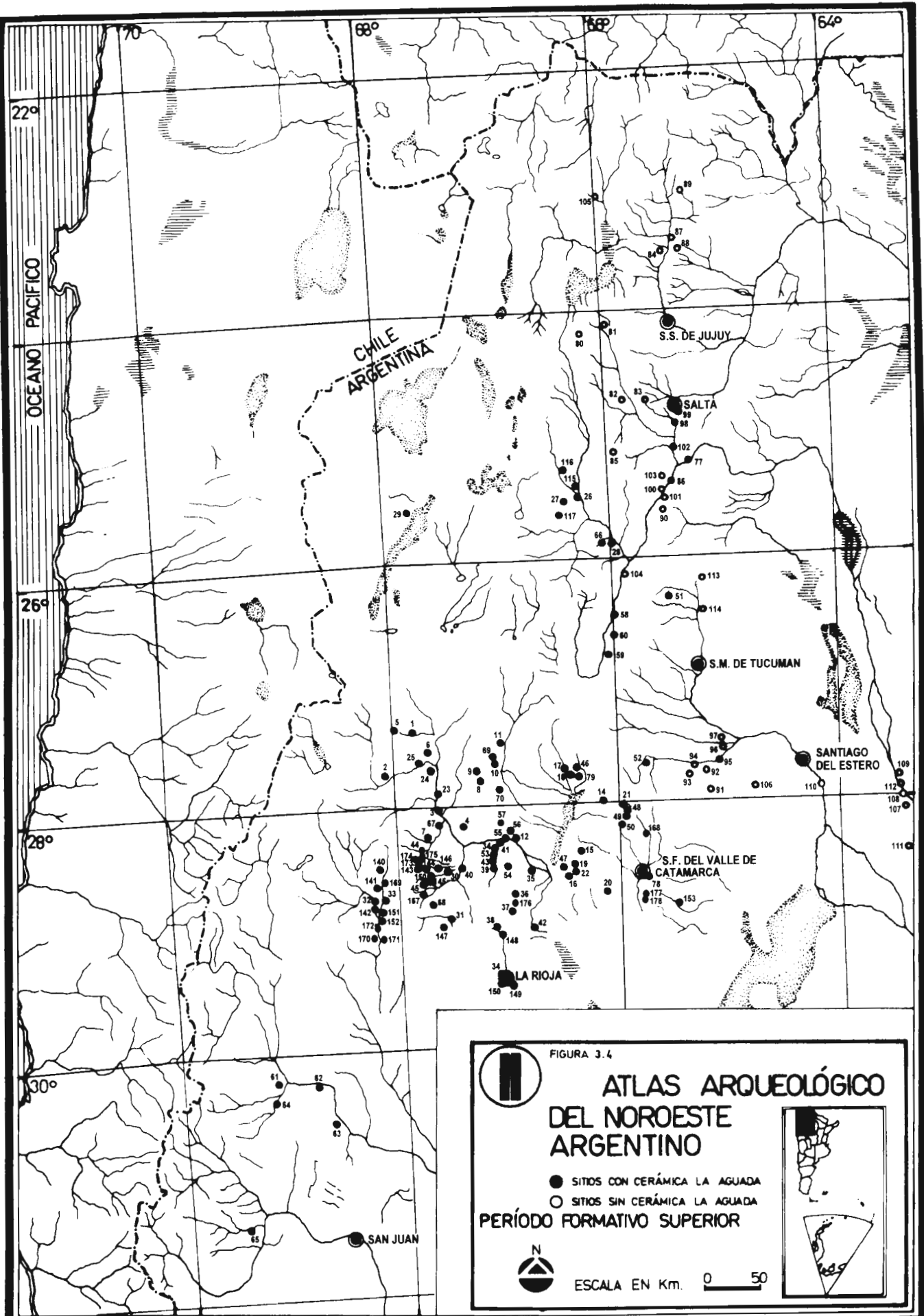


FIGURA 3.4

ATLAS ARQUEOLÓGICO DEL NOROESTE ARGENTINO

- SITIOS CON CERÁMICA LA AGUADA
- SITIOS SIN CERÁMICA LA AGUADA

PERÍODO FORMATIVO SUPERIOR



ESCALA EN Km. 0 50



32 - Agua de las Palomas.
 33 - Tesoro.
 34 - Cerrillos.
 35 - *Bucy Muerto*.
 36 - Zarzo.
 37 - Loma Redonda.
 38 - *Ingenio del Arenal*.
 (Faldas del Cerro - Centro).
 39 - Las Conchas - Loma Redonda.
 40 - *La Ciénaga (El Pedregal)*.
 41 - Molino del Puesto.
 42 - Andalhuala.
 43 - Pajanguillo.
 44 - Caspinchango - El Ciénago.
 45 - El Pabellón.
 46 - La Candelaria - Unquillo - Qda. de la Virgen.
 47 - Represa Nanni.
 48 - Puerta San Lucas.
 49 - Osma.
 50 - El Piquete.
 51 - Palpalá.
 52 - El Altillio.
 53 - Rodeo Grande.
 54 - *Palo Blanco*.
 55 - Ranchillos.
 56 - Saujil.
 57 - La Florida.
 58 - Costa de Reyes.
 59 - Cuesta de Zapata.
 60 - Shincal.
 61 - Bañado del Pantano.
 62 - Condorhuasi.
 63 - Las Juntas - La Falda.
 64 - Las Barrancas.
 65 - Pozo de Piedra.
 66 - La Ciénaga.
 67 - Río Diablo.
 68 - La Manga.
 69 - Huishische.
 70 - Casas Viejas.
 71 - San Fernando.
 72 - Pta. de Corral Quemado.
 73 - Asampay.
 74 - Aguada Orilla Norte.
 75 - La Puntilla.
 76 - Río La Carpintería.
 77 - Tuscamayo.
 78 - Sañogasta. /
 79 - Ganchín. /
 80 - Gimogasta - Talacán.
 81 - Alimogasta - Talacán.
 82 - San Blas de Los Sauces.
 83 - Yocunta.
 84 - Tuyubil.
 85 - Schaqui.
 86 - Chaquiago - La Choya.
 87 - San Pedro.
 88 - Alpataucas.
 89 - Choromoros.

90 - Las Pailas.
 91 - El Infante.
 92 - Las Lomitas.
 93 - Los Troyanos.
 94 - Guipán.
 95 - El Peñoncito III.
 96 - *Bordos Blancos*.
 97 - S. A. de Quisca.
 98 - Ansilita.
 99 - Los Aguirre.
 100 - Tobar.
 101 - Calingasta.
 102 - Volpiansky.
 103 - Angualasto.
 104 - Bauchaccta.
 105 - Los Pozos.
 106 - Cortadera.
 107 - Chilca Juliana.
 108 - La Cuartecada.
 109 - Hullúa.
 110 - Guasayán.
 111 - La Ramada.
 112 - Bislin.
 113 - Atamisqui.
 114 - Vilmer.
 115 - Antajé.
 116 - Simbolar.
 117 - Las Mercedes.
 118 - Lugones.
 119 - Campo de las Ancubinas.
 120 - Campo del Barro.
 121 - Saladillo Redondo.
 122 - Arroyo del Medio.
 123 - Chuscha.
 124 - Carapunco.
 125 - Anfama.
 126 - Belén (La Cañada).
 127 - Toroyaco.
 128 - Tafi Viejo.
 129 - Escava.
 130 - San Isidro.
 131 - El Talar.
 132 - Los Morrillos III.

2 - Período Formativo Superior (Mapa II)

a. Con cerámica La Aguada:

1 - *Palo Blanco*.
 2 - Punta Colorada.
 3 - La Florida.
 4 - Cuesta de Zapata.
 5 - Ranchillos.
 6 - *Saujil*.
 7 - Costa de Reyes.
 8 - Shincal.
 9 - Simbolar.
 10 - La Aguada.
 11 - Guiyische.
 12 - Bañado del Pantano.
 13 - Chañarmuyo.
 14 - Singuil.

15 - Sijan.
 16 - Pomán.
 17 - Chañar Yaco.
 18 - Garrochas. *ET*
 19 - Pajanco.
 20 - Huillapima.
 21 - Los Castillos - *MARTINEZ - 21/1/10*
Arco de Pelos
 22 - Mutquin.
 23 - Los Morteros.
 24 - Guanchín.
 25 - Lorohuasi.
 26 - La Angostura I.
 27 - Colomé (La Represa)
 28 - San Carlos.
 29 - Tegenquiche II. *6/*
 30 - Pituil.
 31 - Tilimuqui.
 32 - Los Troyanos (Vinchina).
 33 - Las Heras Viejas.
 34 - Pucará de Los Sauces.
 35 - Aimogasta - Talacán.
 36 - Los Molinos.
 37 - Chuquis.
 38 - Huaco.
 39 - Suriyaco.
 40 - Tuyubil.
 41 - Salicas.
 42 - El Retiro.
 43 - Guipán - Schaqui.
 44 - Santa Cruz.
 45 - Angulos.
 46 - Chaquiago.
 47 - Tuscamayo.
 48 - La Aguada -
 49 - *Iglesia de los Indios. (La Rinconada)*
 50 - Rodeo Grande.
 51 - Rupachico.
 52 - Guasapán.
 53 - Los Robles.
 54 - Yocunta.
 55 - Encaltas.
 56 - Lorohuasi.
 57 - Loma Colorada.
 58 - Molino del Puesto.
 59 - Andalhuala.
 60 - Caspinchango - El Monte.
 61 - Volpianski.
 62 - Pachimoco - Los Lisos.
 63 - Niquivil.
 64 - Los Pozos.
 65 - Barrealito.
 66 - Puerta San Lucas.
 67 - Montura del Gigante.
 68 - Famatina.
 69 - Yacoutula.
 70 - Alpataucas.
 71 - *Vaqueras. 21/1/10*
 72 - Agua Colorada.
 73 - Pilciao.
 74 - Valle Hermoso.

- 141 - La Troya.
- 142 - Buena Vista.
- 143 - Santa Cruz.
- 144 - Loma de Las Campanas.
- 145 - El Cantadero.
- 146 - Cerrito Negro.
- 147 - Caminera Chilceto.
- 148 - Sanagasta.
- 149 - La Puerta.
- 150 - Pucará del Medio.
- 151 - El Galfón.
- 152 - Rincón del Toro.
- 153 - Icaño (Ancasti).
- 154 - Cagrizal Alto.
- 155 - Sin cerámica La Aguada.

- 80 - Cerro La Aguada.
- 81 - Tres Cruces.
- 82 - El Gólgota.
- 83 - Pascha.
- 84 - Estancia Grande.
- 85 - Isonsa.
- 86 - Ampascachi.
- 87 - La Isla.
- 88 - Alfarcito.
- 89 - Antumpa.
- 90 - Pampa Grande - Las Pirhuas.
- 91 - Las Barrazas.
- 92 - La Chucara.
- 93 - Los Jereces.
- 94 - El Bañado.
- 95 - Quisca.
- 96 - Lazarte.
- 97 - Los Aguirre.
- 98 - Sumalao.
- 99 - La Pedrera - Greni.
- 100 - La Viña.
- 101 - Guachipas.
- 102 - Tilián.
- 103 - San Nicolás.
- 104 - Casa de Lampa.
- 105 - Doncellas.
- 106 - Guasayán.
- 107 - Oloma Bajada.
- 108 - Tium Puncu.
- 109 - Villa Prado.
- 110 - Beltrán.
- 111 - Averías.
- 112 - Suncho Corral.
- 113 - Quebrachal.
- 114 - Alto de Medina.
- 115 - San Rafael.
- 116 - Brealito.
- 117 - Tacuil.

3-Período de Desarrollos Regionales (Mapa III)

- 1 - Rinconada.
- 2 - Yavi Chico.
- 3 - Sansana - Co. Colorado.
- 4 - Rachaite - Agua Caliente -

- Doncellas.
- 5 - Casabindo - Sorcuyo - Tucute.
- 6 - Cochino.
- 7 - Torohuasi.
- 8 - Cangrejillos.
- 9 - Abapampa.
- 10 - Lumará.
- 11 - Chacrahuasi.
- 12 - Abra Lagunas.
- 13 - Quirquincho.
- 14 - Vallecito - Pampa Grande.
- 15 - Condor - Esquina Blanca.
- 16 - Pucapampa.
- 17 - Cabrería.
- 18 - Piedra Blanca.
- 19 - Sayate.
- 20 - Bilcapara.
- 21 - Pueblo Viejo - Churquihuasi - Qda. Ciénaga.
- 22 - Santa Catalina.
- 23 - Campo Almacén.
- 24 - Pozuelos.
- 25 - Queta.
- 26 - Tinate.
- 27 - Surugá.
- 28 - Taranta.
- 29 - Las Peñas.
- 30 - Yastil.
- 31 - Pie de Acay.
- 32 - Morobuasi.
- 33 - Puerta Yastil.
- 34 - Pie del Paño.
- 35 - Potrero.
- 36 - La Alumbreira.
- 37 - Sarcari.
- 38 - San Isidro.
- 39 - Colanzullí.
- 40 - Pueblo Viejo.
- 41 - Cerro Morado.
- 42 - Pueblo Viejo Delgado.
- 43 - Iligueras - Arcayo.
- 44 - Zapallar.
- 45 - Tacopampa - Sauzalito.
- 46 - Huayrahuasi - Chaupiloma.
- 47 - Cuesta Azul - Campo Grande.
- 48 - Vizcarra - Molino Viejo.
- 49 - Abrita Colorada.
- 50 - Chaupiloma.
- 51 - Pueblo Viejo Iliguitas.
- 52 - La Cueva (Pueblo Viejo).
- 53 - Pucará Morado.
- 54 - Pucará de La Cueva.
- 55 - Pucará de Rodero.
- 56 - Coctaca.
- 57 - Calete.
- 58 - Pucará de Huamahuaca o Peñas Blancas.
- 59 - Yacoraite.

- 59 - Los Amarillos.
- 60 - Campo Morado Huacalera.
- 61 - La Huerta.
- 62 - Angosto Chico - Perchel.
- 63 - Capla.
- 64 - Puerta de Juella.
- 65 - Juella.
- 66 - Puerta de Maidana.
- 67 - La Isla.
- 68 - Yilcara.
- 69 - Huichairas.
- 70 - Alfarcito.
- 71 - Hornillos.
- 72 - Ciénaga Grande - Huachichocana III.
- 73 - Volcán.
- 74 - Hornadita - Tiuyaco.
- 75 - Papachacra.
- 76 - Peña Colorada.
- 77 - El Durazno.
- 78 - Maimará.
- 79 - Negra Muerta.
- 80 - Caspalá.
- 81 - Pucará de Lerma.
- 82 - Campo del Pucará.
- 83 - Tinti.
- 84 - Osma.
- 85 - Lagunilla.
- 86 - Vaquerías II.
- 87 - Los Los.
- 88 - Esquina Azul.
- 89 - El Candado.
- 90 - Fuerte Alto.
- 91 - El Trigal.
- 92 - Esquina Colorada.
- 93 - Cascalari - Torres.
- 94 - Los Granceros.
- 95 - Pueblo Viejo.
- 96 - La Paya - Guitián.
- 97 - Quipón - Ruiz de los Llanos.
- 98 - Fuerte Alto - Mariscal.
- 99 - Palermo.
- 100 - Cachi Adentro - Loma del Oratorio.
- 101 - Valdéz.
- 102 - Tero.
- 103 - Borghata - Choque.
- 104 - Las Pallas.
- 105 - Las Cuevas I - II - III - Escalchi - Copa.
- 106 - Seclantás Adentro (La Puerta).
- 107 - San Isidro.
- 108 - El Churcal.
- 109 - La Angostura II.
- 110 - La Arcadia.
- 111 - El Carmen.
- 112 - Humanao.
- 113 - San Carlos I - II.
- 114 - Brealito.

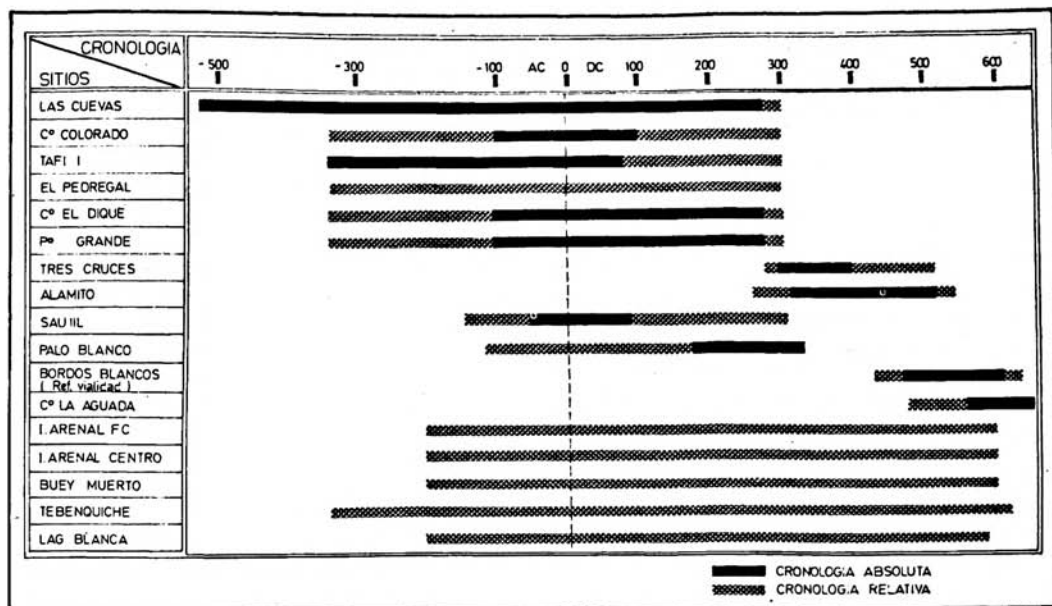


Figura 3.11: Posición cronológica de las instalaciones con trazado disperso del N.O. argentino.

- | | | |
|---|---|--------------------------------|
| 115 - Luracatao. | 142 - Loma Rica Shiquitmil. | 165 - Eje. |
| 116 - La Despensa - León
Pozo. | 143 - Andalhuala Bajo - El
Cerro. | 166 - Cajón. |
| 117 - La Campana - Rodó II. | 144 - Cerro Mendocino - Pta.
Balasto. | 167 - Corral Quemado. |
| 118 - Tacuill. | 145 - Molino del Puesto. | 168 - Puerta Corral Quemado. |
| 119 - Colomé. | 146 - Pajanguillo Medio -
Morro de Los Espinillos -
Ampajango. | 169 - Loconte. |
| 120 - Gualfin. | 147 - Famabalasto. | 170 - San Fernando. |
| 121 - La Ciudadcita. | 148 - La Calera - Cerro
Colorado. | 171 - Palo Blanco. |
| 122 - Pucarilla. | 149 - Peñas Azules - Campo
del Fraile. | 172 - Carrizal. |
| 123 - Máyuco - Roselpa. | 150 - S. Antonio del Cajón. | 173 - Asampay. |
| 124 - Isonsa II. | 151 - El Bordo - Morovayo - La
Manga - Antigal -
Chiquero - Loro huasi. | 174 - Las Mansas. |
| 125 - Amblayo. | 152 - Barranca Larga. | 175 - Yacoutula II. |
| 126 - San Lucas I - II - III. | 153 - Pampa Grande. | 176 - Portezuelo de la Tranca. |
| 127 - Yacochuya. | 154 - Huasamayo - Uturunco. | 177 - Chaquiago. |
| 128 - Potrocho. | 155 - Chafinán. | 178 - Choya. |
| 129 - Amaicha. | 156 - Valde. | 179 - Amanao. |
| 130 - Zárate. | 157 - Campo del Medio. | 180 - Agua Salada. |
| 131 - Pblo. Viejo Taff. | 158 - Agua Amarilla. | 181 - La Constancia. |
| 132 - Santa Bárbara. | 159 - Chuñucan. | 182 - Casillas. |
| 133 - Tolombón. | 160 - Totorilla. | 183 - Ranchillos. |
| 134 - Quilmes - El Bañado. | 161 - Páloramayaco. | 184 - Taton. |
| 135 - Yasyamayo. | 162 - Bolsón. | 185 - Istataca - Medanitos. |
| 136 - Fuerte Quemado. | 163 - Nacimiento. | 186 - Guanchin. |
| 137 - Las Mojarras - Rincón
Chico - Lampactio. | 164 - Hualfin (Pozo Verde). | 187 - Watungasta. |
| 138 - Masao. | | 188 - El Puesto. |
| 139 - Caspinchango - El
Pabellón - La Maravilla. | | 189 - Mishma I - II. |
| 140 - San José - Loma
Redonda. | | 190 - San José. |
| 141 - Loma Rica Jujuil. | | 191 - Barranca Larga. ✕ |
| | | 192 - La Puntilla. |
| | | 193 - Costa de Reyes. |
| | | 194 - Bañado del Pantano. |
| | | 195 - Co. Negro. |

- 118 - La Fortuna.
 119 - Tiliconte.
 120 - Arcayo
 121 - Puerta de Zenta
 122 - Chasquillas Tampu
 123 - Cerro Chasquillas
 124 - Pueblito Calilegua
 125 - El Durazno
 126 - Alto Zapagua
 127 - Pukará Charaja
 128 - Puerta Cangrejo
 129 - Cerro Amarillo
 130 - Zapallar
 131 - Peñas Blancas

- 134 - Tambillo Zapaga
 140 - Los Colorados
 141 - Tambora Arizaga
 132 - Puerta La Huerta
 133 - Chagua
 134 - Chipihuaico
 135 - Chuquiago
 136 - El Baritú
 137 - Cerro Bravo
 138 - Chivilme

VI-Glosario de Términos Arqueológicos y Voces Indígenas

Alpatauca: "... *Alpa; tierra; Tauca; montón...*

Montículo por el estilo de los Mounds de la América Septentrional" (Lafone Quevedo; 1898).

Sus inferencias funcionales en torno a estas plataformas se han visto confirmadas. La voz alpatauca será sinónimo de las plataformas de aspecto piramidal registradas en enclaves formativos (Cap. VI). Estas estructuras, conjuntamente con otros componentes arquitectónicos, conforman un tipo de instalación con trazado disperso que caracteriza sitios de suma relevancia.

Adobe: Ladrillo de barro batido y apisonado con antiplástico de piedra elaborado en panes rectangulares de aproximadamente 40 x 30 x 15 cm., amasados y secados al sol (R. Raffino, 1982; 94). Su aparición en el N. O. argentino se produce con la penetración Inka.

Antigal: Antiguo: En la toponimia del extremo boreal de Argentina significan lugar o sitio de los antiguos, seguramente el término sea español (R. Nardi; com. pers.).

Arquitectura agrícola: Diferenciaremos tres clases de recintos morfofuncionalmente vinculados con la agricultura pedemontana prehispánica:

canchón o bancal: parcela de tierra delimitada con paredes de piedra o barro, emplazada sobre terrenos de poco declive, 2 a 8%. Se dispone generalmente en forma longitudinal a la pendiente (R. Raffino; 1973).

terrazza: parcela delimitada con paredes de piedra o barro, de menores dimensiones que el canchón, emplazada en terrenos de más de 10% de pendiente y de sentido transversal a esta última; puede presentar aberturas para la circulación de agua.

andén: parcela estrecha y alargada, construida por terraplén y transversa a la pendiente que, en este caso, puede oscilar entre los 20 y 45 grados. En definitiva, los tres tipos de construcciones conjugan una similar motivación: nivelar los declives del suelo en las regiones montañosas y, con ello, facilitar las tareas de riego y control de la erosión. Las estructuras de tipo canchón son las más antiguas registradas en el N. O. argentino, aparecen desde comienzos del Formativo Inferior. Las terrazas son una innovación propia de los Desarrollos Regionales y los andenes responden a la rémora Inka.

Aukalpa: La plaza de armas de Cuzco. Auka: soldado, pata: plaza, playa o andén (Mossi; K.).

Banqueta: Refuerzo basal de los aparejos murarios que le confieren a éstos una silueta trapezoidal. Su construcción puede obedecer a

una intención de reforzar la pared a causas funcionales defensivas, como antepecho o banquina, tal como se observa en algunos Pukará.

Casa comunal: "... *Unidad de vivienda de planta rectangular y construida generalmente a bajo nivel. Una de sus características principales es su gran tamaño... En su interior no presenta paredes divisorias ni recintos, aunque ciertos indicios, como la presencia ocasional de huellas de postes, permiten suponer que adosadas a la pared interna, a lo largo del perímetro han existido habitaciones de material perecible. En el centro de la unidad quedaría así un espacio sin techar a modo de patio...*" (G. Madrazo y M. Otonello; 1966, 12).

Chullpa: "*Entierro o seron donde metían sus difuntos*" (Bertonio; 1897, 92). "... *llámese generalmente Chullpas a estas torres mortuorias, en mi concepto con impropiedad; porque Chullpa es voz aimara que significa la envoltura tejida de ichu o de totora a modo de cesto, en que enfundaban los cadáveres...*" (B. Cobo; 1891, Lib. XIV; Cap. XVIII, T. IV, 232-36). Agrega este cronista que "... *el nombre que corresponde exactamente a aquellos edificios es el de amaya-uta...*" (uta=casa; amaya=muerto). Es fundamental discernir entre estas torres circulares o amaya-uta cuya dispersión corresponde a la región circuntitica durante los períodos de Desarrollos Regionales e Inka de las criptas en cuevas que Debenedetti (1930) asignó también como Chullpas. Estas últimas son depósitos funerarios dentro de abrigos rocosos que el propio Debenedetti describe así: "... *La planta es de forma casi cuadrada de m. 1,20 de frente por m. 1 de fondo. Las paredes que circundan el recinto por tres lados—pues el cuarto, así como el techo, lo constituyen la concavidad natural de la caverna—tienen 20 a 30 cm. de espesor, con un cimiento de 35 cm., de profundidad. La altura máxima del recinto es de m. 1. El piso está formado por una capa de barro endurecido de 5 cm. de espesor. Para la construcción de las murallas se han utilizado rodados y lajas de dimensiones variables unidos mediante una mezcla de barro amasado y aplicado con las manos. En las uniones de las piedras han quedado las señales de los dedos de los constructores al aplicar el barro blando. Todos los recintos tienen una pequeña abertura o vano cuadrado, orientado casi siempre hacia la entrada de la caverna y sus dimensiones son más o menos uniformes: 45 cm. de altura por 45 cm. de ancho. El dintel del vano está formado por una laja de 78 cm. de longitud y 4 cm. de espesor, sobre la cual se apoya la triple hilada de piedras horizontales superpuestas que parecen*

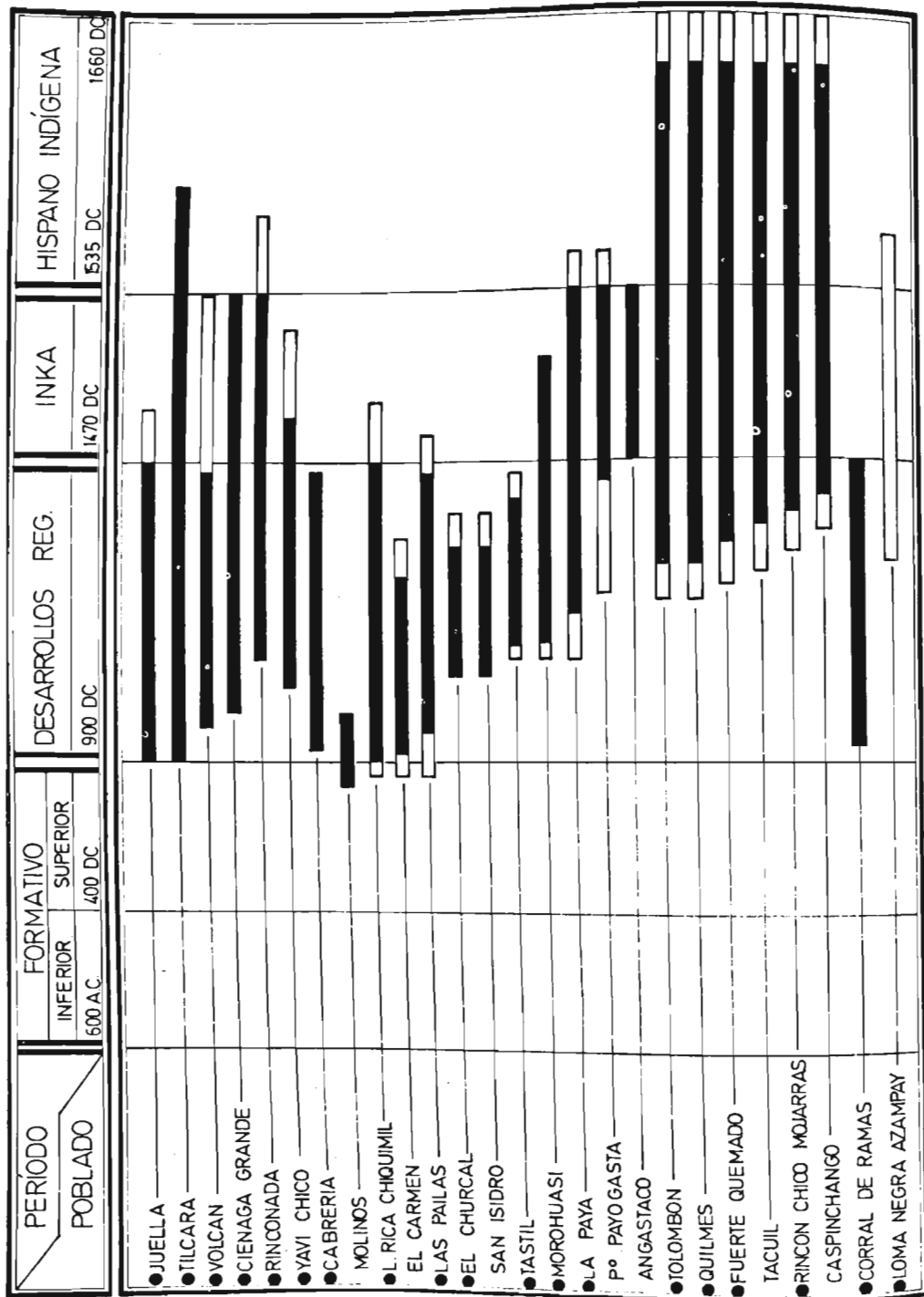


Figura 3.12. Posición cronológica de 26 instalaciones indígenas del N.O. argentino. Con punto negro se indican las que fueron tomadas como muestra en las matrices de datos V y X.

instaurar un principio de bóveda... En todas aquellas construcciones que se apoyan contra la caverna siempre es el techo de ésta el techo del recinto, pero en aquellas, aisladas, independientes... de los muros naturales, la armadura de la techumbre consiste en troncos de churqui y tablas de cardón dispuestos transversal y horizontalmente sobre los muros laterales del recinto. Encima de esta armadura fue colocada una capa de barro de 6 cm. de espesor..." (op. cit.; 1930 a; 45). El binomio Weiser-Debenedetti registran 129 chullpas en la región del San Juan Mayo, aunque su dispersión alcanza varios enclaves más de la Puna (véase Cap. VI). Resta agregar que la voz Chullpa no es Keshua sino Aymara.

Contexto edilicio: Es la imagen integrada de la instalación y puede significarse como la sumatoria del factor topográfico, más el área de residencia, más las partes constructivas que articulan las residencias, más los accesos o alternativamente el sistema defensivo si los hubiera.

Cista: Unidad funeraria de planta circular con paredes de piedra, a veces combinadas con barro bastido y carente de techo o cierre. Puede aparecer aislada, incluida dentro de una unidad mayor o residencial y agrupada con otras. En este último caso integrándose en un cementerio o necrópolis.

Collica (gollga): *Troje, depósito, granero para chuño (papa), maíz y quinua* (Bertonio) (Ay). Las hubo de diferentes tamaños y planta, preferentemente circular y cuadrangular. Fueron masivamente difundidas durante el II. I. pero su origen como unidad arquitectónica funcionalmente destinada a depósitos se remonta a tiempos preinkaicos.

Corpahuasi (Corpawasi): *"... en todos los caminos reales y comunes mandaron hacer (los Inkas) casas de hospedería que llamaron corpahuasis..."* (Garcilaso).

Chasqui huasi (Chasquiwasi): *"... Chozas o casillas de dos en dos, arriadas al camino (Inkañan) y no... mayores de lo que bastaba para caber en cada una dos personas..."* (Herrera y Tordesillas; 1730).

Etica (Perspectiva): El estudio de la estructura y conducta de un sistema cultural a partir de sus rasgos (variables) independientes y asociados comparables con otro sistema cultural.

Hábitat-Nicho ecológico: El primero significa el área geográfica ocupada por un sistema cultural y es para nosotros equivalente a

territorio. El nicho ecológico está remitido al área de extracción de los recursos de subsistencia de un sistema cultural.

Hichu (icho): *"... Paja que mezclan con barro..."* (Bertonio). Se conoce hoy día con similar significación a la que dieron los cronistas para las techumbres del Norte argentino y gran parte del mundo andino: *"... algo espinoso con que ordinariamente cubren las casas..."* (Bertonio. Ay).

Horcón: Pozos cilíndricos registrados en los pisos de recintos y asientos de postes de sostén de los techos.

Inkañan (Jatunñan): El camino real o del Inka

Kantja (cancha): Patio, corral o superficie de planta ortogonal.

Kallanka (kallanka huasi): Galpón de grandes dimensiones y planta rectangular con techumbre en mojinete y hastiales laterales. Fueron usadas como depósitos y talleres textiles durante el II. I. En el Cuzco y en las capitales regionales Inkas estos grandes galpones fueron al parecer también destinados para usos cívicos y religiosos.

Menhir: *"... Grandes piedras paradas, de tres metros, más o menos, de altura (...) Solos o agrupados, hiérquense de la tierra entre líneas de piedras de todo tamaño que describen figuras geométricas en el suelo, amplios cuadrados, grandes círculos y rectángulos alargados..."* (Ambrosetti; 1897). Esta definición de la antigua voz Celta es la más ampliamente aceptada en los estudios sobre americanística.

Pirca: Aparejos de piedra sin labrar y sin mortero con diferentes grados de calidad constructiva. Las hay simples o de una sola hilera, y dobles, provistas de más de una hilada y con relleno interior (K. Ay.).

Pueblo Viejo: El término proviene de una clasificación de E. Casanova sobre los poblados de la Quebrada de Humahuaca (1933). Explica un agrupamiento de viviendas vinculadas a terrenos agrícolas carentes de sistema defensivo.

Pukara (Pucará): Este vocablo aparece tanto en el Keshua como Aymara con idéntico significado: fuerte, castillo, fortaleza. Se registra en toda el área andina, desde Ecuador hasta Maule y Vinchina, en Chile y Argentina respectivamente. Discerniremos aquí entre los verdaderos Pukara de traza defensiva plena, caracterizados por la suma de los elementos naturales y componentes arquitectónicos

militares, de los semipukaras o reductos, donde sólo el factor topográfico es el adscriptor como sitios estratégicos-defensivos. La condición recurrente en ambos tipos es que están asentados en lo alto de cerros de difícil acceso.

Reciprocidad-Ayni; Redistribución; Minga:

Se trata de tres conceptos básicos sobre los que descansa la estructura económica y social de las poblaciones indígenas. La ayuda recíproca, llamada Ayni en keshua, es un mecanismo de intercambio simétrico comandado por relaciones sociales (de parentesco) entre los integrantes de un grupo (p. c. un Ayllu o una población intramuros). La reciprocidad es múltiple en su sentido, según la relación existente entre los individuos que la practican y abarca tanto los intercambios de trabajo, como económicos, sociales y morales. La etnohistoria y etnografía americana han aportado múltiples ejemplos de reciprocidad en sociedades tribales históricas y actuales; por lo tanto comparables —por analogía— con las que trataremos en esta obra. Son las relaciones de parentesco entre individuos no diferenciados socialmente las que conformaron el marco de la reciprocidad.

Cuando la existencia de Señoríos genera una centralización de los poderes políticos en una sociedad, gobernada ahora por un cacique (jefe-gran hombre-big man-curaca-mallo) o por un linaje de prestigio, comienzan a aparecer los mecanismos de "redistribución", los que adquieren plenitud en los antiguos estados andinos, especialmente durante el Tawantinsuyu. La redistribución es un acaparamiento y posterior reparto de bienes y servicios, un mecanismo comandado por un poder político centralizado, con flujos de energía asimétricos presididos por el estado, los que controla por una burocracia ad-hoc. Vale aclarar que la redistribución posee un significado que supera el simple acaparamiento y devolución de energía; abarca también prestaciones morales, sociales y políticas, por lo que no debe restringirse a esferas meramente económicas.

Intimamente articulada con los dos conceptos anteriores, la Minga expresa los trabajos solidarios de carácter comunal, ejercidos por los integrantes de una población andina en los casos que nos ocupan y destinados a la construcción de obras públicas, como plazas, calzadas, corrales, campos agrícolas, allpataucas, geoglifos, menhires, canales de riego, etc.

Señorío - Jefatura - Chiefdon: Empleado por J. Steward en los años 40 y formalizado por E. Service (1971; 133) el Señorío tipifica un sistema de integración social de complejidad mayor, en sentido evolutivo, al de Banda y Tribu, y menor que el Estado Antiguo. También

puede ser llamado cacicazgo y concierne a una sociedad multicomunitaria con escalas de prestigios entre sus miembros (rangos) con lo cual supone mayor organización que la tribu. El señorío posee centros de actividades sociales, administrativas y religiosas, que hacen las veces de "cabeceras políticas" del sistema. En su seno se perciben incipientes mecanismos de accesos diferenciales a los recursos y de reparto de riquezas. Existen rangos sociales a partir del cacique o mallo, con mandato hereditario, a la vez que una conciencia territorial más explícita que en las tribus, circunstancia que en no pocos casos implica la causa principal de la guerra (competencia). El señorío no es una sociedad de clases, ni posee diversificación de poderes como el Estado Antiguo, aunque las bases para esa gestación ya están echadas. Dentro del modelo de proceso cultural adoptado, esta forma social aparece en los Desarrollos Regionales y persiste hasta la segunda mitad del siglo XVII, tras sufrir transfiguraciones por obra de las conquistas de Tupa Inka de 1471, es decir del Estado Antiguo Inka. El tema de los señoríos en los territorios Yocavil y Calchaquí ha merecido un trabajo recientemente editado (R. Raffino; 1983; 843 ss.). Además de los de Yocavil y Calchaquí, otros territorios que pudieron ser ocupados por jefaturas son los de El Toro (l'astil), Humahuaca y Hualfin. Con esto significamos que esta formación social no es extendible a todo el N. O. argentino durante el Período de Desarrollos Regionales.

Sillería: Aparejo murario de bloques labrados y ensamblados de formas rectangulares y poliédricas perfectamente verticalizadas.

Tambo, Tampu, Tambería: La referencia compuesta por Cieza de León (1553; Cap. LXXVIII) que transcribimos en el capítulo VII caracteriza con elocuencia a esta voz Keshua, española en tiempos históricos. Significa mesón o posta, o lugar de albergue y aprovisionamiento. Recalcaremos allí en este tipo de asiento imperial, diferenciándolo de otros también construidos por el Tawantinsuyu, como los Chasqu-wasis o estafetas, e instalaciones más complejas, como los santuarios de las altas cumbres; los Pukará y los centros administrativos.

Tapia: Pared constituida por un esqueleto de ramas y barro batido (R. Raffino; 1982).

Torreón defensivo: Recinto de dimensiones reducidas y planta circular que integra el componente defensivo de los Pukará. Se hallan vinculados contextualmente con las murallas perimetrales, los muros reforzados, los balcones y las troneras.

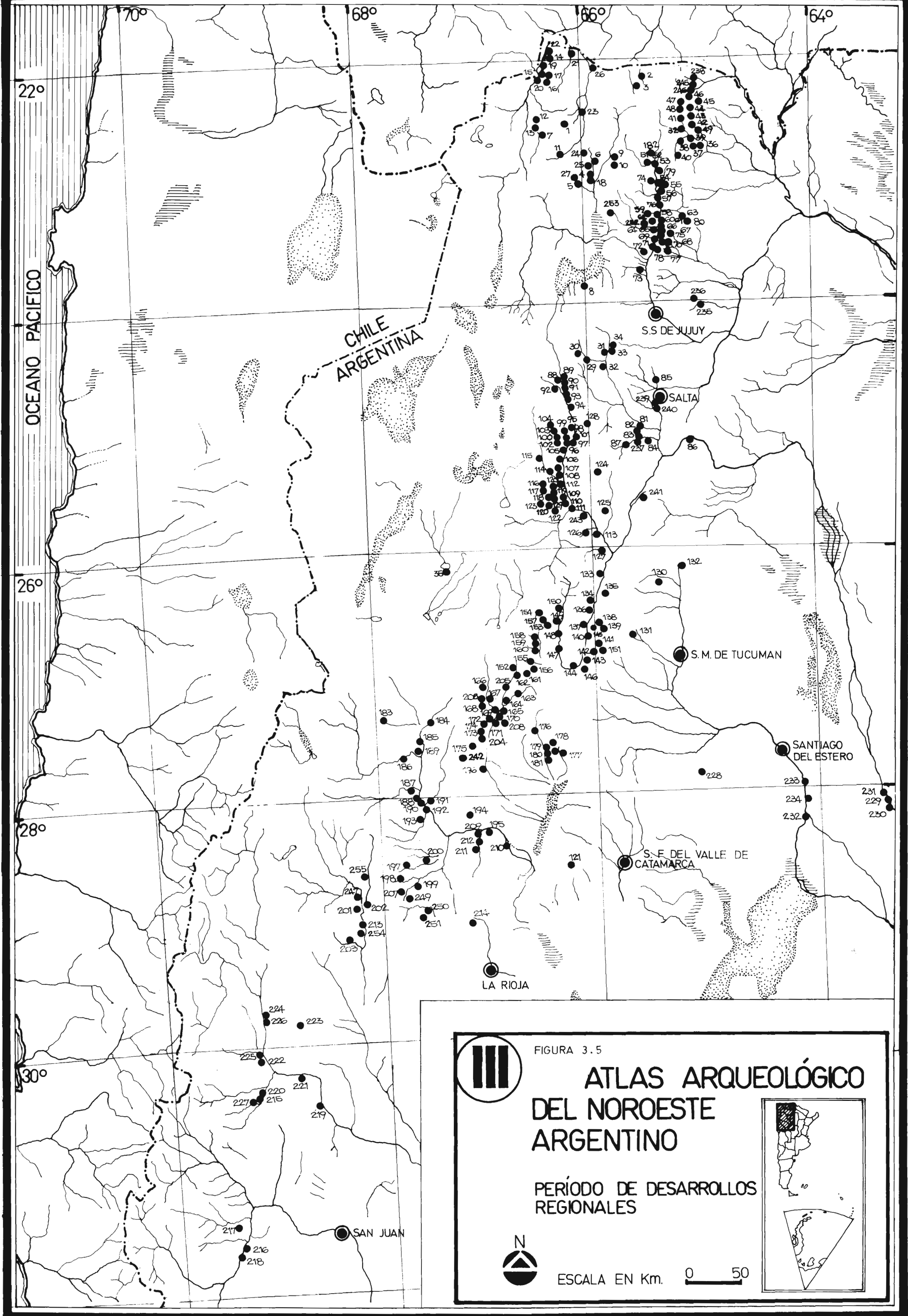


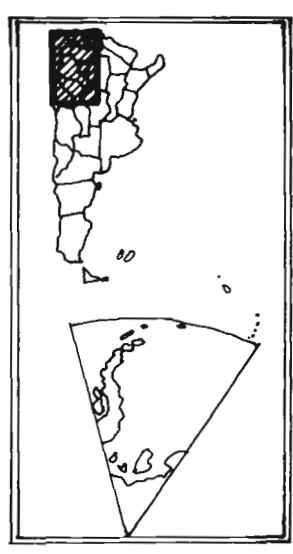
FIGURA 3.5

ATLAS ARQUEOLÓGICO DEL NOROESTE ARGENTINO

PERÍODO DE DESARROLLOS
REGIONALES



ESCALA EN Km. 0 50



Tribu: Siempre dentro de los esquemas de E. Service, volcados en esta obra con algunas especificaciones, la tribu es, básicamente, una sociedad segmentaria primitiva, formada por comunidades individuales con uno o más linajes de descendencia, sin que prive entre ellos un explícito rango jerárquico. Sus integrantes viven en poblados estables en base a una economía agrícola o ganadera autosuficiente donde están ausentes los mecanismos de redistribución. Es común en las sociedades tribales la existencia de clanes y fraternidades religiosas identificadas con un antepasado común —alter ego— representado por una divinidad que, en el Norte argentino, corresponde a un animal (felino, ofidio, batracio, ave) o la mezcla de ellos. Los linajes participan en un sistema cultural abierto y estimulado por intercambios comerciales no intensivos, con un territorio usualmente no definido con precisión y donde la paz suele ser inducida por las relaciones de parentesco y alianzas (mutualismo) y la guerra por estímulos rituales. Esta formación social es atribuible al Formativo Inferior, siendo sucedida por tribus

con bases económicas similares pero ahora comandadas por jerarquías religiosas, sacerdotes-shamanes, con residencia estable en pequeños centros ceremoniales donde desempeñaron roles con rangos ya jerarquizados.

Existen en estos centros estructuras ad hoc vinculadas con tales actividades, como allpataucas, geoglifos (estrellas) y pequeñas pirámides. Continúan siendo sociedades multicomunitarias, pero ahora con un incipiente acento teocrático. Se difunden durante el Formativo Superior por gran parte del N. O. argentino (Atlas 2, a; mapa II).

Es básico aclarar que las tribus segmentarias persisten en varias regiones del N. O. argentino hasta tiempos históricos, por lo que coexisten con las jefaturas durante los Desarrollos Regionales y el Horizonte Inka.

Tronera: Pequeñas aberturas cuadrangulares o trapezoidales que aparecen en las murallas defensivas de los Pukará y responden a usos militares-defensivos, como visaderos o saeteras.

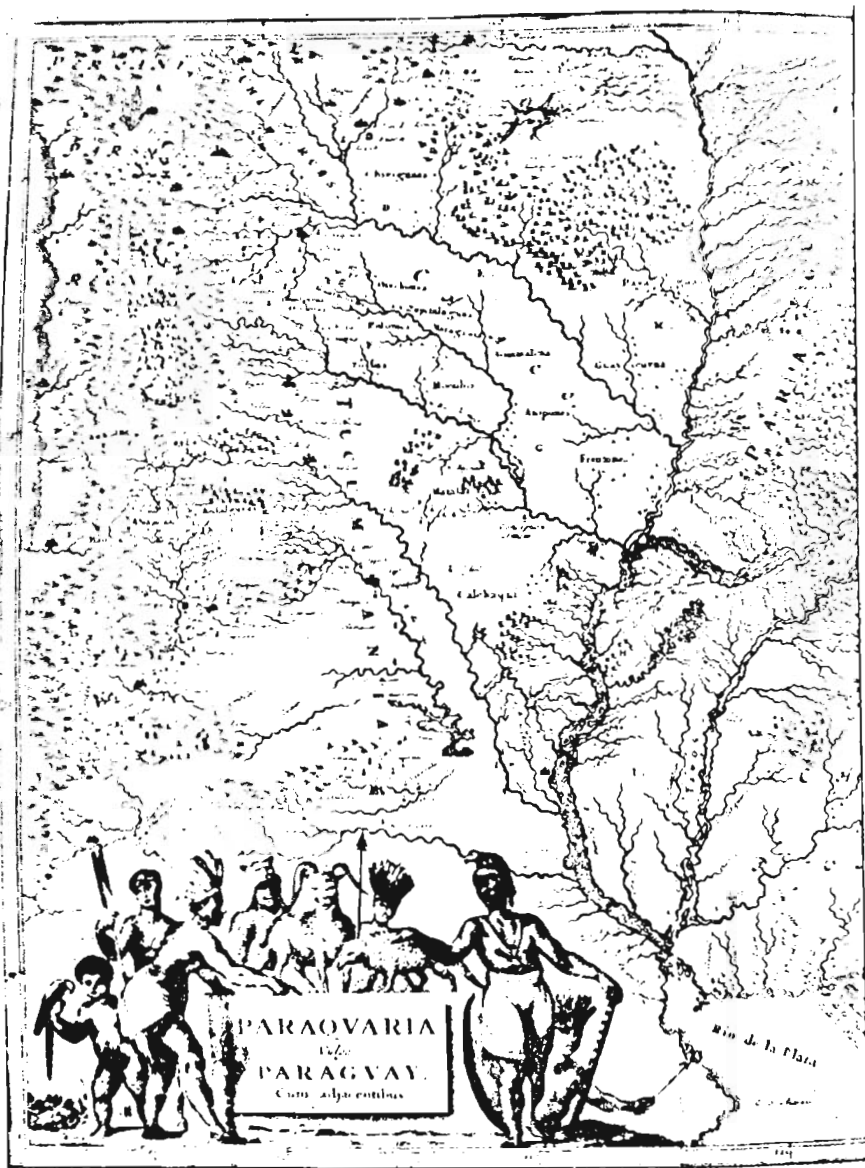


Figura 3.2: El misionero jesuita Diego de Torres compuso el 17 de mayo de 1609 este mapa donde se expone la ubicación de más de medio centenar de topónimos, entre los cuales se cuentan varias poblaciones indígenas de mediados del s. XVI. En territorio Humahuaca se destacan las de Tilca, y Omeguaca. En Calchaquí aparecen las de Pompona, Sicha, Ampascacha, Anguinahao, Huafín y Animaná. En el valle de Yocavil y parte del de Cajón los de Amaycha, Ingamana, Catayale, Tolombón, Pacciaca, Quilmes y Yocavil (actual Rincón Chico). Hacia el sur aparecen los Andalgotas (Andalgotas) y hacia el bolsón de Pipanaco en Catamarca varias más, entre las que se cuentan Halcagasta, Sijón y Papicapa. Torres dibujó a las valles de Huafín y Abaucán en forma invertida y ubica en el segundo las poblaciones de Halcagasta, Tinogasta, Pitul y Amoyamba. Con excepción de "Antiofac" (Antofagasta de la Sierra) la Puna aparece totalmente despoblada por la atendible circunstancia de que el sacerdote no la conocía, a excepción de Catagaita, Tupiza y Taino, ubicados en actual territorio de Potosí y vía de paso obligada para la entrada al Tucumán desde Parí y Charcas. De la superposición de este mapa de Torres con el de los territorios arqueológicos atlas III y IV, se podrá percibir parte de la distribución de las poblaciones en cada territorio del Norte argentino.

Capítulo IV

De las Aldeas dispersas a las Protociudades

La evolución de las poblaciones indígenas. Crecimiento y trazado urbano prehispánico. Trazados espontáneos y plancados; dispersos y concentrados. Tipos Cerro El Dique-Tafi, Cerro La Aguada-Bucy Muerto, Saujil, El Alamito y Ambato. Trazados urbanos concentrados, radiocéntricos, en damero, linal y defensivo.

"... La vieja ciudad de los Quilmes puede dividirse en tres partes: la primera se extiende sobre un terreno poco quebrado... del pie de los cerros. ... en una extensión más o menos de un kilómetro cuadrado. La segunda se halla colocada en las faldas del cerro, desde su pie hasta la cumbre, y la tercera ocupa la meseta superior, ó sea el plano de la misma cumbre..." "... Los indios han edificado sus casas aprovechando zanjones y pozos, que han rodeado de pircas cuya altura varía entre uno y dos metros, sosteniendo así los terraplenes que les sirvieron de calles y plazas, en una palabra vías de comunicación para poder andar entre ese laberinto de edificios. ...". "... Los edificios se presentan de dos formas: una cuadrada y otra circular... Los cuadrados tienen dimensiones variables... algunos de un largo de 24 metros por 16,80 de ancho, otros de 6 metros de ancho por 10,30 de largo... poseen una ó dos puertas... y casi siempre en su costado norte y en una esquina..."
"... Los edificios circulares se hallan exclusivamente en la ciudad baja... no tienen más comunicación que con los edificios cuadrangulares, desde el primer momento me han parecido almacenes para el depósito de los granos que debían acondicionarse, ya en pirhuas circulares y bajas, como las que todavía se usan en estos valles..."

—La Antigua ciudad de Quilmes, Juan B. Ambrosetti, 1897—

El crecimiento urbano es un proceso de paulatina transformación ejercido por un sistema cultural en su área de instalación. Significa la forma en que el hombre usufructuó progresivamente el medio natural para su residencia. Tres aspectos esenciales dependen del concepto de crecimiento urbano. El primero es el crecimiento exclusivamente por estructuras construidas, a veces fácilmente visualizables cuando en la arquitectura han intervenido materiales perdurables. Sobre estas partes es posible acceder a los análisis e interpretaciones de formas, funciones, disposición y escalas cuantificadas.

El segundo aspecto concierne a la valoración de los espacios superficialmente vacíos y ubicados dentro del área de instalación; los cuales pudieron desempeñar roles quizás tan relevantes como los cerrados, por lo que su consideración merece un examen comparable a los primeros. Ambos espacios se integran en lo que en anteriores capítulos hemos definido como "área de instalación", sobre la que puede calcularse el factor de ocupación del suelo (FOS).

El tercer aspecto involucra al crecimiento por expansión territorial o hábitat del sistema cultural y concierne al nicho ecológico y al área de usufructo de actividades regularizadas oportunamente definido como territorio. Este espacio no es posible de ser evaluado con precisión por la estrategia arqueológica, aunque haya tenido, como el área de instalación, límites precisos.

Las instalaciones prehispánicas del N. O. argentino se han generado y agrupado en base a los dos tipos fundamentales de crecimiento, los que usualmente han coexistido. Ellos son el crecimiento espontáneo o improvisado y el crecimiento planchado.

A - Crecimiento espontáneo: es un proceso de desarrollo desorganizado, usualmente llamado en "mancha de aceite" por los urbanistas. Está caracterizado por un agregado de partes construidas arbitrariamente dispuestas que suele responder a esfuerzos particulares y seguir las imposiciones de una topografía condicionante. Este tipo de crecimiento se observa en un elevado porcentaje dentro

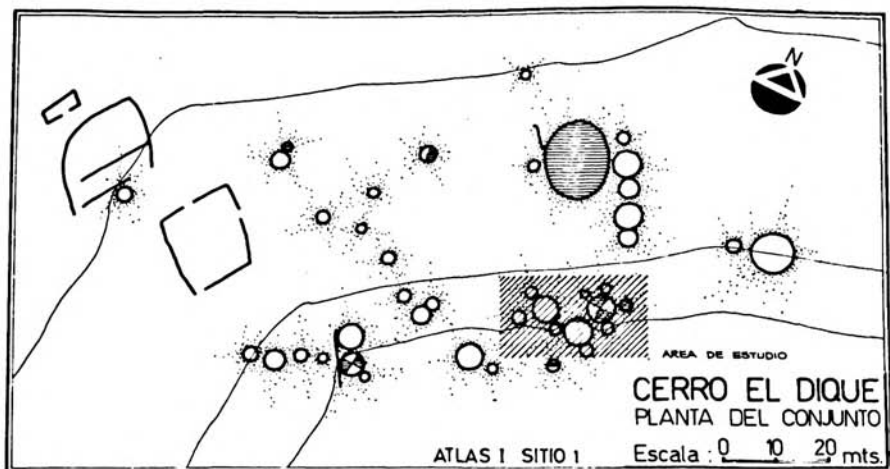


Figura 4.1: Co. El Dique; P. F. I. Qda. del Toro (descubierta por el autor en 1969). Un caso de traza dispersa de tipo El Dique-Tafi. El FOS alcanza el 25%. El rayado horizontal indica los recintos excavados entre 1968-72 (P. A.).

de la instalación aborígen prehispánica del N. O. argentino.

B - Crecimiento planeado: se trata de una concepción que responde a reglas establecidas. Puede registrarse en toda o en partes de la instalación. Los primeros casos implican un crecimiento planeado pleno y se observan en los establecimientos pertenecientes al Horizonte Inka. Mientras que el planeamiento de sectores limitados se detecta en algunos sitios arqueológicos con trazado disperso del Formativo y en los Desarrollos Regionales. En el segundo caso se los registra en centros neurálgicos de la instalación y son la consecuencia de posteriores remodelaciones de espacios y construcciones originalmente no planeadas.

II - Trazado urbano

Vinculado con el proceso de crecimiento urbano, el concepto de trazado urbano concierne a la disposición y articulación en el terreno de las estructuras que componen una instalación y que responden a diferentes concepciones formales y funcionales: las habitaciones-albergues, los patios los espacios abiertos o cerrados de carácter público, las calzadas internas y de acceso; así como otras partes, edificadas y libres que cumplieron roles funcionales percibibles, como las dedicadas a la funebria, a la molienda de semillas, basurales, depósitos de alimentos, de agua y de artefactos. Dentro del marco de referencia de los poblados prehistóricos el trazado urbano es la fisonomía

alcanzada por el área de instalación a través de su proceso de crecimiento edilicio. Es usado en esta obra con un sentido genérico técnico-arquitectónico, descartándose de plano cualquier connotación que lo asocie al concepto de "ciudad" y al de la integración política centralizada del Estado antiguo.

Un cúmulo multivariable de estímulos pueden asignarse como responsables del trazado urbano prehistórico. El factor topográfico, la demografía, las materias primas disponibles y las necesidades de espacio que demandan las actividades públicas y privadas que se ejercieron dentro de un área intramuros: de habitación, transporte, almacenaje, artesanales, defensivas, religiosas, etc.

Sobre la base de estos factores condicionantes, los trazados urbanos plasmaron el ordenamiento de su partes edificadas y libres conformando el área de instalación.

En el N. O. argentino pre-europeo, dentro de una considerable gama de casos particulares los trazados urbanos pueden ordenarse de acuerdo con la siguiente tipología general:

A. Trazados dispersos:

- 1: Tipo Cerro El Dique-Tafi
- 2: Cerro La Aguada-Buey Muerto
- 3: Alamito
- 4: Saujil
- 5: Ambato

B. Trazados concentrados:

- 6: Tipo Radiocéntrico
- 7: en Damero regular
- 8: en Damero irregular
- 9: Lineal

10:Defensivo

Como hemos puntualizado, este ordenamiento busca sistematizar, por formalización de rasgos arquitectónicos y urbanísticos, una muestra estructural de extrema densidad. Desde ya cada instalación puede configurar una variedad particular dentro del tipo; mientras que otras acceden a compartir a

aislados a partir de una esfera analítica eminentemente empírica. Comprobaremos en no pocos casos que estos agrupamientos conforman verdaderos estilos arquitectónicos, identificables con sistemas adaptativos definidos, que pueden integrarse en secuencias con el auxilio de la cronología absoluta o relativa y, a varios de ellos se les puede asignar una

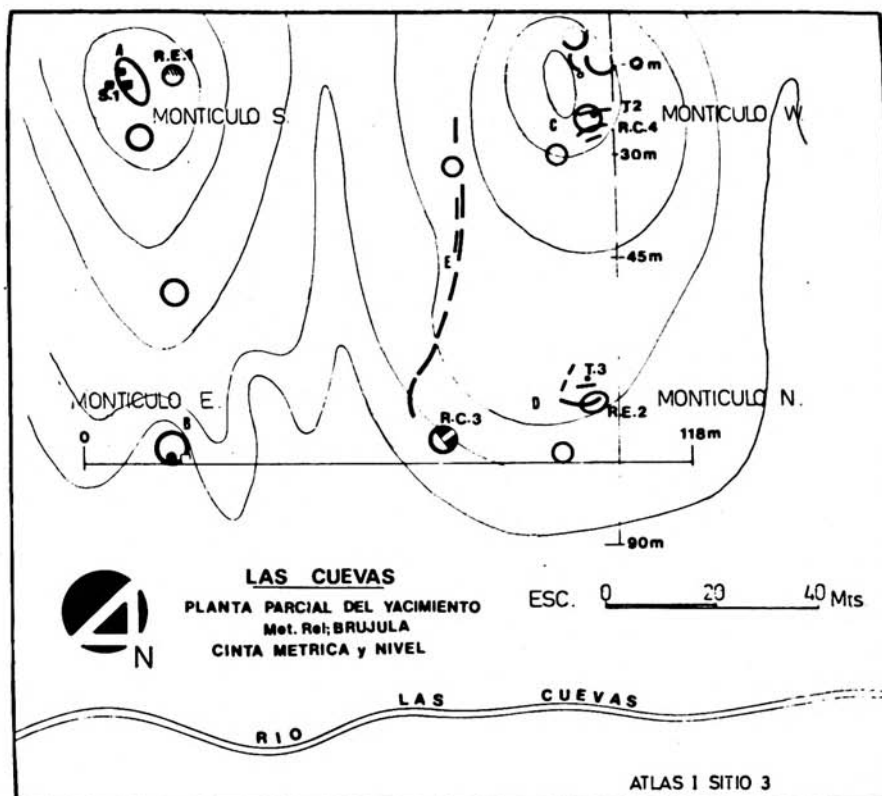


Figura 4.2: Las Cuevas; P. F. I. Qda. homónima. Un caso de trazado disperso de tipo El Dique-Tafí. El FOS oscila en 11%. La instalación fue excavada entre 1968-72 (P.A.).

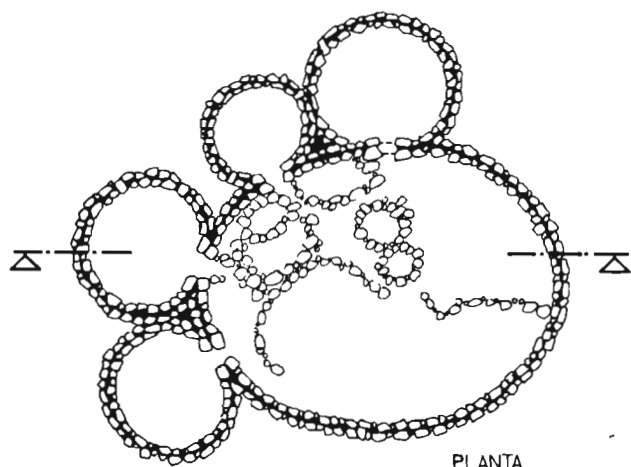
más de un tipo, como sucede con enclaves que pertenecen simultáneamente a los tipos en Damero, Lincal y Defensivo. Aun frente a estas alternativas la clasificación ha resultado ser razonablemente operativa dentro de un enfoque necesariamente relativista y ayudada por la puesta en juego de criterios explícitos para sistematizar rasgos, individuales e integrativos,

distribución regional o territorio más o menos preciso.

Dentro de los marcos teóricos general y de rango medio trazados en los capítulos anteriores son los rasgos variables de la instalación aborígen prehispánica los discriminantes de la tipología que desarrollaremos. Sus presencias, frecuencias y variabilidad motivaron sucesivos



CERRO EL DIQUE
DETALLE DE LA PARED DOBLE Y PISO DEL PATIO



PLANTA



CORTE



TAFI DEL VALLE
Km 77-80 TUCUMAN

Esc. mts. 0 10

Figura 4.3 (A y B): Detalle del piso y la pared doble de piedras clavadas del patio central U. H. 1 de Co. El Dique (F. A.). B: planta y perfil de un grupo de habitaciones radiales a un patio de Tafi (a partir de Lahitte-Colandra-Berbertán; 1981).

reciclajes de la sistemática. Hemos procurado hallar las recurrencias entre instalaciones, por el mancho de conjuntos integrados de estos rasgos y sobre la base de los criterios de similitud y analogía de partes entre los grupos estructurales comparados. Finalmente hemos tendido analogías por extrapolación de datos, buscando equivalencias entre esta porción de la cultura material con conductas sociales descriptas por la etnografía y la etnohistoria.

A-Trazado disperso

En el proceso de urbanización indígena los trazados dispersos inauguran los sistemas sedentarizados y productores de energía por agricultura y ganadería. Son los poblados estables más antiguos, construidos por comunidades inscriptas dentro de modelos tribales con incipientes tendencias teocráticas que caracterizan el Formativo andino (500 a. C. a 800 d. C.). Los términos utilizados para definir con anterioridad a estas instalaciones fueron "*poblado disperso*" (G. Madrazo y M. Otonello; 1966, 12) y "*aldeas*" (R. Raffino; 1977, 257). Los primeros para una conceptualización referida a la integración del sitio como unidad ecológica con el medio donde se emplazó, provisto de viviendas diseminadas entre campos agrícolas y sin llegar a formar una unidad estructural en razón de que los edificios no están intervinculados. La formalización de "*aldeas*" partió de una relación estructural similar al de "*poblado disperso*" y posteriormente formalizó 20 rasgos arquitectónicos y urbanísticos morfofuncionales, gracias a la alternativa de excavaciones estratigráficas realizadas en dos de estas aldeas, Cerro El Dique y Las Cuevas.

Hoy día ambas definiciones nos resultan insuficientes para conceptualizar la gran variabilidad de la instalación humana "dispersa" del Formativo y, como veremos en este capítulo y en el siguiente, los trazados dispersos pueden ofrecer intervinculaciones de edificios, integrarse en unidades estructurales con contexto de edificación y no necesariamente estar puntualizados entre campos agrícolas como lo puntualizaron Madrazo y Otonello. En cuanto a "*aldeas*", seremos consecuentes con la estrategia oportunamente explicitada —a los 20 rasgos definidos en 1977 agregaremos 45 más— pero no con el término, por tratarse de una generalización teñida de connotaciones sociopolíticas y ambigüedades que conducen a formalizaciones confusas.

Por la posición temporal que ostentan, los trazados dispersos Formativos preceden a las urbanizaciones concentradas con imágenes en damero, radiocéntricas, lineales y defensivas de los Desarrollos Regionales, y suceden a las bandas de capturadores de energía que habitaron el universo andino-argentino antes de los siglos V o VI a. C. y usufructuaron el medio

natural aportado por abrigos, cuevas o simplemente a ciclo descubierto.

Dentro de las trazas dispersas diferenciamos 5 tipos; las instalaciones del Formativo Inferior representan los casos más rudimentarios de crecimiento espontáneo y son adscriptas al tipo Co. El Dique-Tafi. Sobre finales del Formativo Inferior y durante todo el Superior se difunden los trazados dispersos parcialmente planeados y provistos de contexto de edificación, identificados a los tipos El Alamo, Saujil y Ambato. Algunos enclaves alojados en la cabecera N. de la Quebrada del Toro, en oasis de la Puna y en los flancos occidentales de la Sierra de Aconquija participan del quinto tipo de trazado, que llamaremos Cerro La Aguada-Bucy Muerto.

Trazados dispersos iniciales y espontáneos

Es ostensible que la tendencia a la concentración urbana está en marcha, sin embargo los precarios niveles tecnocómicos existentes inhibieron los intentos hacia concentraciones urbanas conspicuas. Las modificaciones que la cultura realizó sobre el paisaje fueron mínimas y el sentido de articulación urbana está ausente. Se trata de enclaves que atesoran unidades residenciales relacionadas "in situ" formando estructuras moleculares no articuladas y carentes de contexto de edificación. El trazado disperso espontáneo se compone de una sumatoria improvisada, por agregado de partes, de construcciones nucleares y dentro de un área de instalación a veces no claramente determinada. En ese área las unidades constructivas nucleares carecen de articulación edilicia con sus vecinas. Por supuesto, los factores de ocupación del suelo (FOS) son muy bajos en todos los trazados dispersos espontáneos, lo que permite inferir bajas densidades demográficas.

Trazado disperso planeado

Esa situación sedentaria inicial, caracterizada por el advenimiento de los trazados dispersos de crecimiento espontáneo, se prolonga durante gran parte del período Formativo Inferior. Pero a partir del s. III a. C., los valles longitudinales de Catamarca y S. O. de Tucumán son escenario de sucesivas transformaciones culturales que incorporan nuevas concepciones en torno a la resolución de la vivienda y la urbanización. Avanzamos en tiempos del Formativo Superior, ubicado entre el 400 y 800 d. C., tiempos en que aparecen los trazados dispersos planeados. Las instalaciones pasan a ser establecimientos por agregados de partes ad-hoc y articuladas. Es singular la aparición de partes arquitectónicas sofisticadas como pasillos, columnas y, a la vez, hacen su eclosión estructuras edilicias de formas y funciones no exclusivamente residenciales,

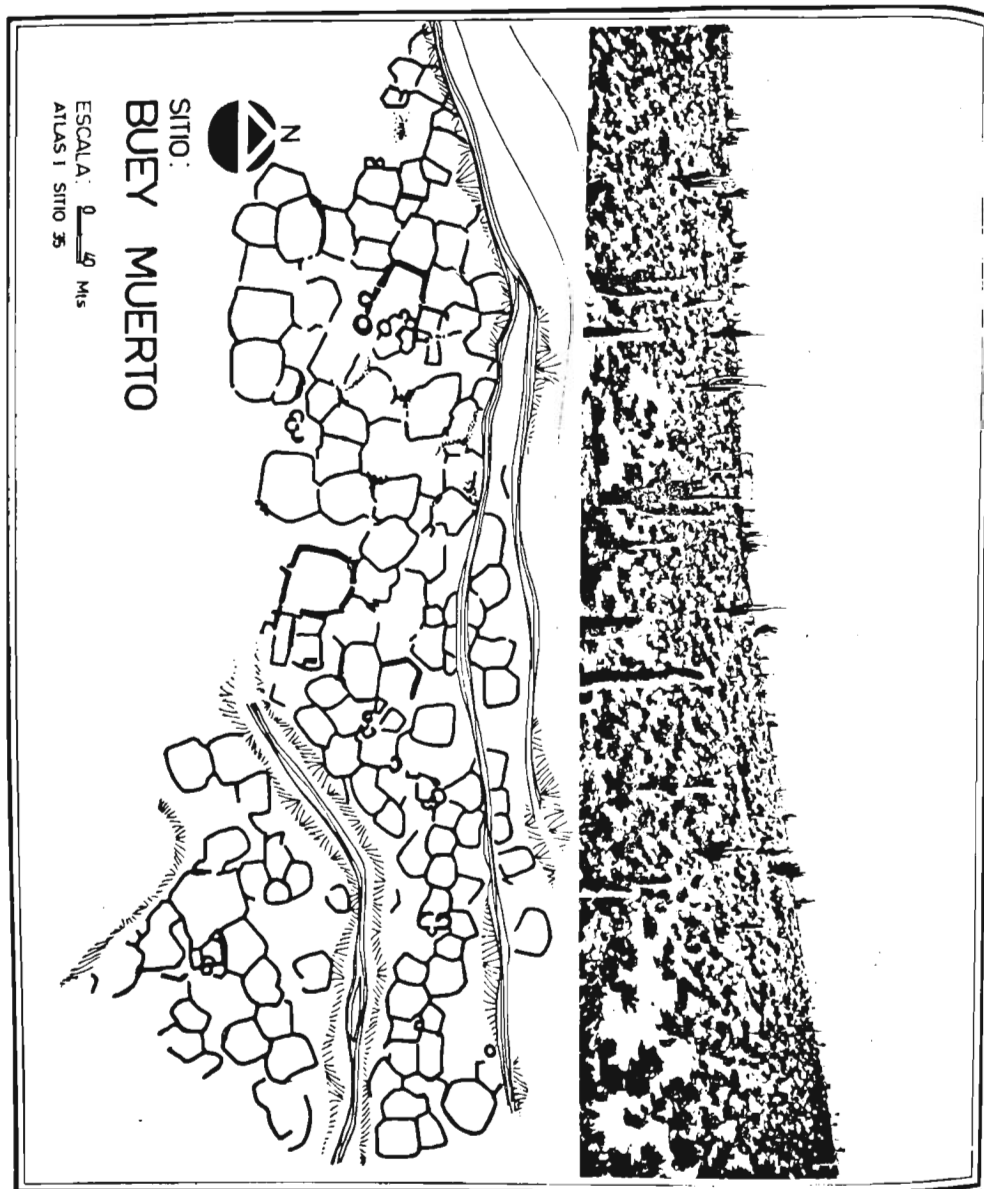
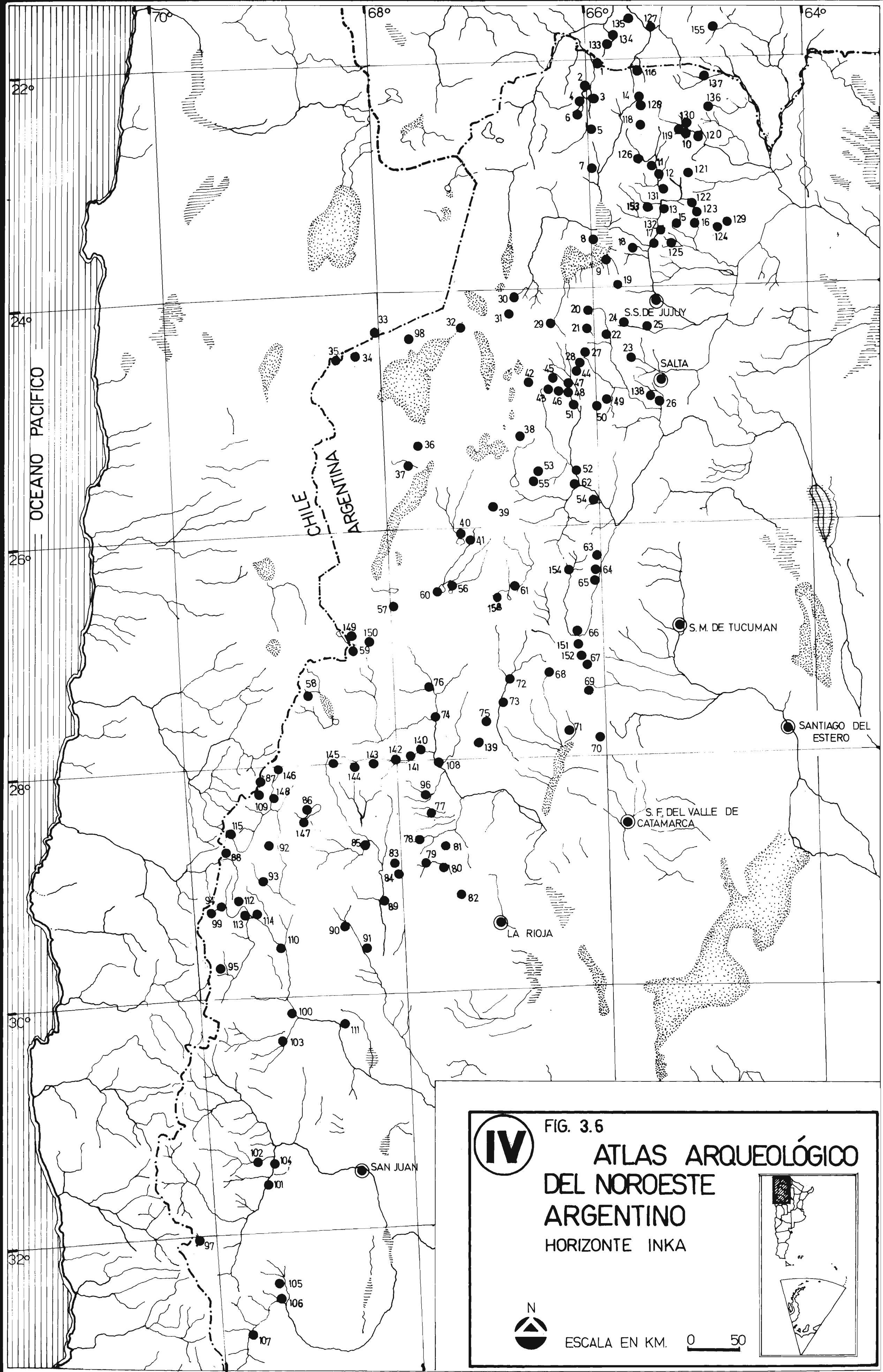


Figura 4.4: Buéy Muerto de Aconquija (P. F. I.). Trazo dispersa del tipo Co. La Aguada-Buéy Muerto. Las habitaciones circulares y cuadrangulares están dispersas entre los canchones (P. V. W., 1924).



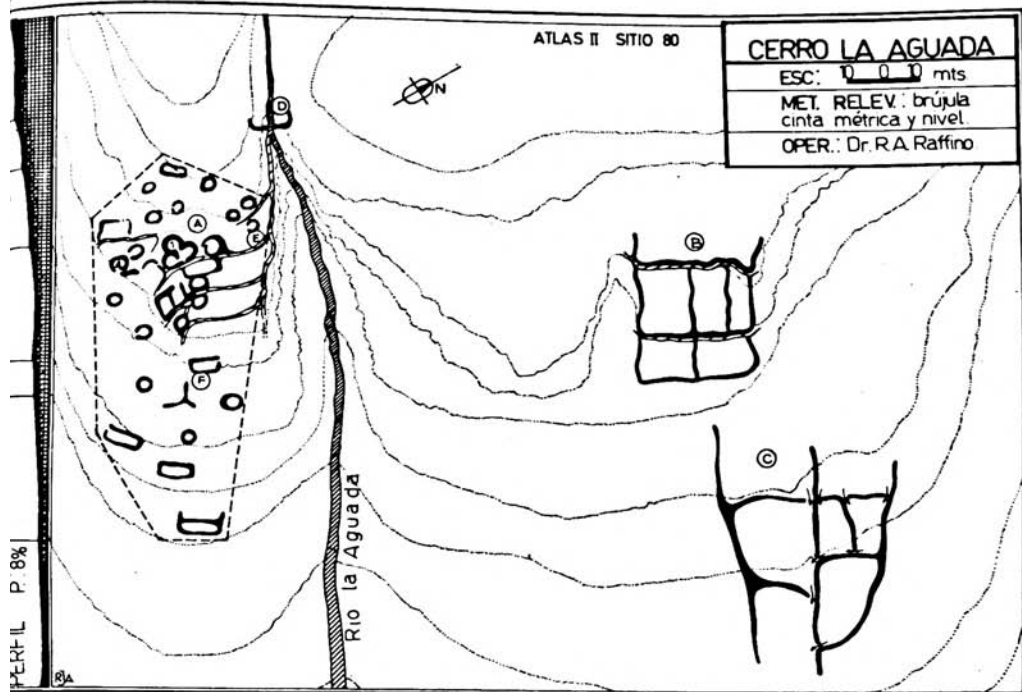


Figura 4.5. Cerro La Aguada de Toro (P. F. S.). Trazado disperso del tipo homónimo. El FOS del sector residencial es de 60% (A. E. F. del plano). Sobre la otra margen del río aparecen canchones (B. C.) y al N.O. la represa (F.). (Descubierto por el autor en 1969).

sino vinculadas con la religiosidad, la producción artesanal, los depósitos de excedentes económicos y artesanales. Otro avance se percibe a nivel demográfico, por cuanto los factores de ocupación del suelo (FOS) se hacen más elevados, llegando en algunos sitios a superar el 50%; esto significa una notoria superación con relación a la situación registrada durante el subperíodo anterior.

Clasificación de los Trazados Dispersos

El trazado disperso conjuga una categoría de apropiación del suelo que evoluciona con el transcurso del tiempo. Parte de situaciones simples para arribar a establecimientos más complejos y diversificados; a la vez, el estadio inicial, caracterizado por la dispersión improvisada de unidades constructivas, empieza a dar paso gradualmente al planeamiento, la concentración y al contexto edilicio urbano. Paralelamente, las unidades de habitación, inicialmente de planta circular y elíptica, dan paso a resoluciones de forma trapezoidal-cuadrangular y rectangular. Así como al uso casi exclusivo de la piedra se agrega la tapia. Aparecen además elementos arquitectónicos

sofisticados, como las columnas de sostén del techo, el torteado, los pasillos, deflectores, dinteles de piedra, jambas, banquetas, plataformas ceremoniales, rampas, calzadas y vanos de acceso.

De las instalaciones más simples y antiguas a las complejizadas y más modernas; de las formas de plantas circulares a las cuadrangulares; de la ausencia de contexto edilicio a la presencia del mismo; de la espontaneidad al planeamiento, las trazas dispersas pueden involucrar a los siguientes tipos:

I-Trazado disperso espontáneo:

1. Tipo Co. El Dique-Tafi
2. Co. La Aguada-Bucy Muerto

II-Trazado disperso planeado:

3. Tipo El Alamito
4. Saujil
5. Ambato

1 - Tipo Cerro El Dique-Tafi

Se trata de un trazado disperso formado por un conjunto de pequeños recintos de habitación semisubterráneos, de planta circular, dispuestos en forma radial en torno a otro más grande, de

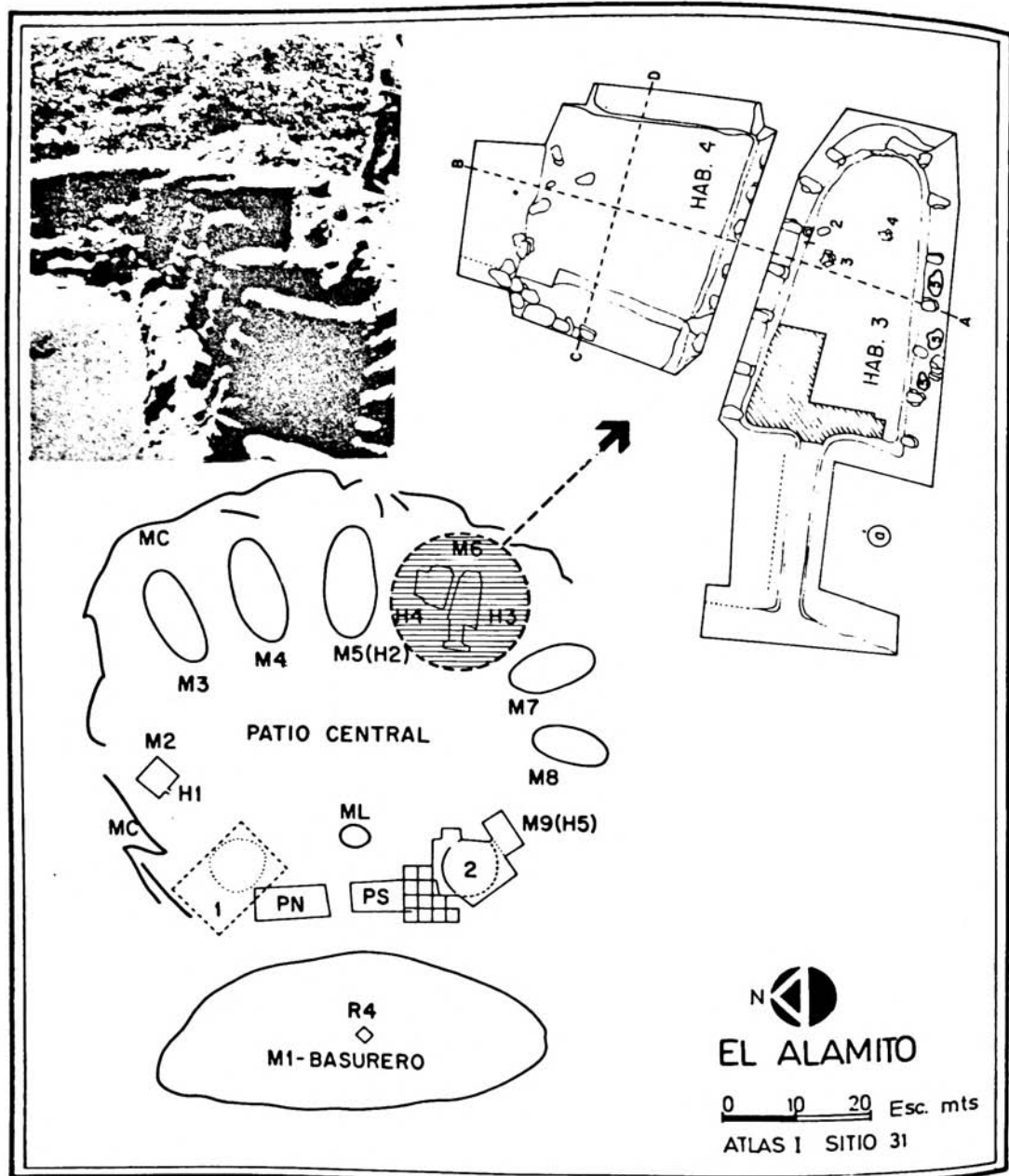


Figura 4.6: El Alamito del Campo del Pukará (P. F. I. y P. F. S.). Trazado disperso del tipo homónimo. M: montículos. H: habitaciones (incluidas en los montículos). P: plataformas ceremoniales. 1 y 2: cobertizos. Arriba e izquierda, detalle de las columnas (según V. Regueiro: 1970).

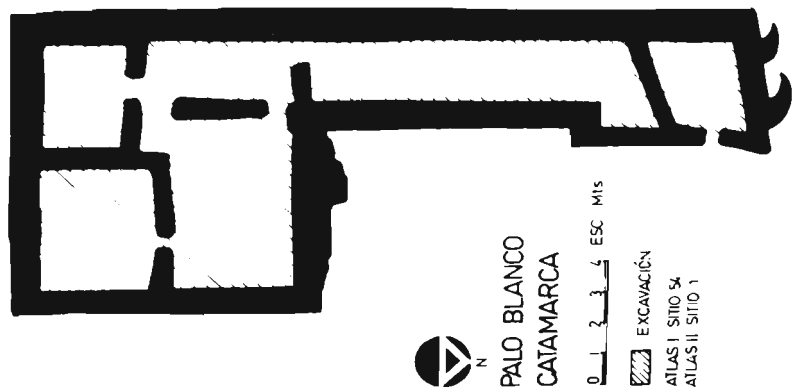


Figura 4.7: Palo Blanco de Abaucán (P. F. I. y P. F. S.). Trazado disparado visto hacia el sur (Según M. C. Sempé, 1976).



N
LA RINCONADA
ESCALA M 0 10 20 30
ATLAS II SITIO 49

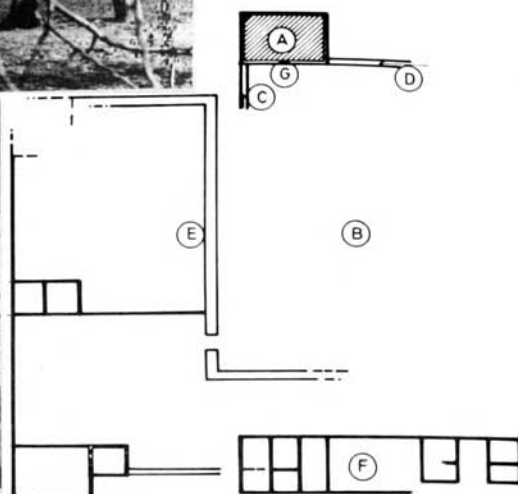


Figura 4.8: La Rinconada de Ambato (P. F. S.). Trazado disperso y planeado integrado por: A: plataforma ceremonial, B: patio hundido, C y D: rampas, E: calzada sobreelevada, F: sectores residenciales, G: fachada de la plataforma (P. y F. A.).

*La posición del norte magnético en el dibujo está invertida 180°.

planta circular u ovoide que hizo las veces de patio central. Este patrón se compone de estructuras moleculares o conjuntos de habitaciones radiales en torno a un patio. Su crecimiento es espontáneo en espacios arbitrariamente elegidos e inmediatamente al lado de los de explotación económica; carece de contexto edilicio urbano, por cuanto cada conjunto molecular no se comunica con su vecino por partes construidas. La materia prima preferencial es la piedra para los lienzos y sus cimientos; las techumbres fueron resueltas con materiales perecederos y probablemente fueron cónicos.

El caso Co. El Dique, emplazado en la cabecera N. de la Qda. del Toro, representa una situación urbanística más rudimentaria que la de T'afí, posición que además se corresponde con los registros radiocarbónicos de uno y otro. Co. El Dique carece de rasgos arquitectónicos

típicos de T'afí como las jambas, dinteles, deflectores, vanos de acceso a las habitaciones desde los patios centrales —estos últimos contruidos a la manera de pasillos-deflectores para el viento— y los cierres de piedra en falsa bóveda. En Co. El Dique, la asociación habitaciones-patio de cada unidad molecular se produce por el simple adosamiento.

La aparición de estos componentes arquitectónicos en el sistema T'afí es una significativa muestra de su mayor complejización cultural, percibida también en otros órdenes y como resultado de retroalimentaciones que afectaron el subsistema religioso, generando los menhires y los montículos ceremoniales como el de El Mollar de T'afí y otros similares alojados en dicho valle y en el Campo del Pucará —serán considerados más adelante— y que no aparecen en Co. El Dique y los restantes sitios aldeanos de la Qda.

del Toro. Resta subrayar que la cronología de los enclaves como Co. El Dique y Las Cuevas es anterior a la de Tafi, aunque ambos están claramente ubicados dentro del Formativo Inferior.

Los datos exhumados de las excavaciones realizadas en Co. El Dique (R. A. Raffino; 1977) y Tafi (A. R. González y V. Nuñez Regueiro; 1960. H. Lahitte, E. Berberian y H. Calandra; 1981), han sido valiosos para recomponer las diferentes áreas de actividades ubicadas dentro del espacio urbano y su articulación con las formas arquitectónicas. Los patios centrales conjugan actividades domésticas: molienda, trozamiento de animales, cocimiento de alimentos; artesanales y de almacenaje de comida y artefactos en cántaros de cerámica. Por debajo de los pisos de estos patios se

encuentra el sector funerario, formado por cámaras cilíndricas subterráneas con cierre de lajas (Co. El Dique), y en falsa bóveda (Tafi). Las pequeñas habitaciones radiales al patio proporcionaron, en cambio, escasos indicios de actividades domésticas (p. e. Co. El Dique), por lo cual inferimos que se trata de recintos dormitorios. Esta interpretación se refuerza con el dato de que en ellas se registran evidencias de techo (de material perecedero), mientras que los patios carecían del mismo.

Las instalaciones que pueden adscribirse a este patrón o tipo son Co. El Dique, Las Cuevas —la más antigua en Argentina— y Potrero Grande, en la Qda. del Toro; El Pedregal, La Ciénaga y Carapunto en el valle de Tafi. Con algunas reservas, por ausencia de excavaciones sistemáticas, incluimos provisionalmente las de

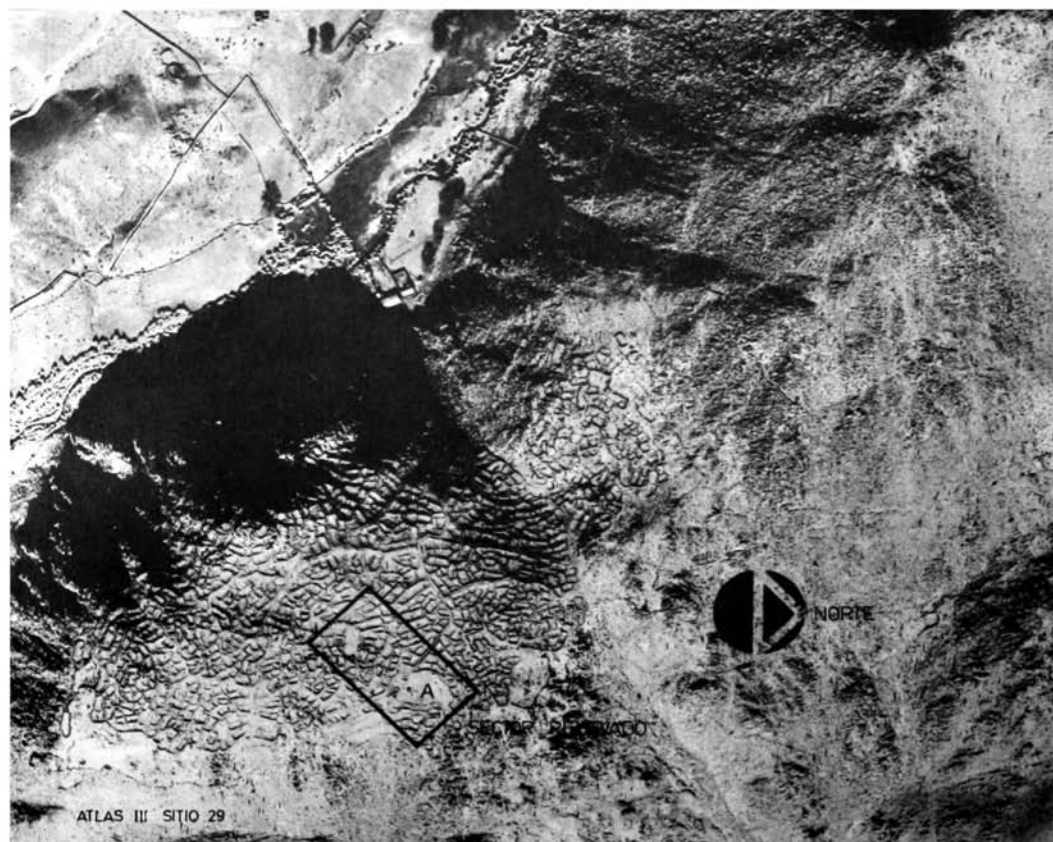


Figura 4.9: Aerofoto E. 1:3000 (relativa) de Tafil (P. D. R.). Trazado radiocéntrico a partir de diferentes focos, uno de ellos la plaza "A" otro el molino T. R. M. 89 (ambos en el recuadro). El FOS alcanza el 95%.

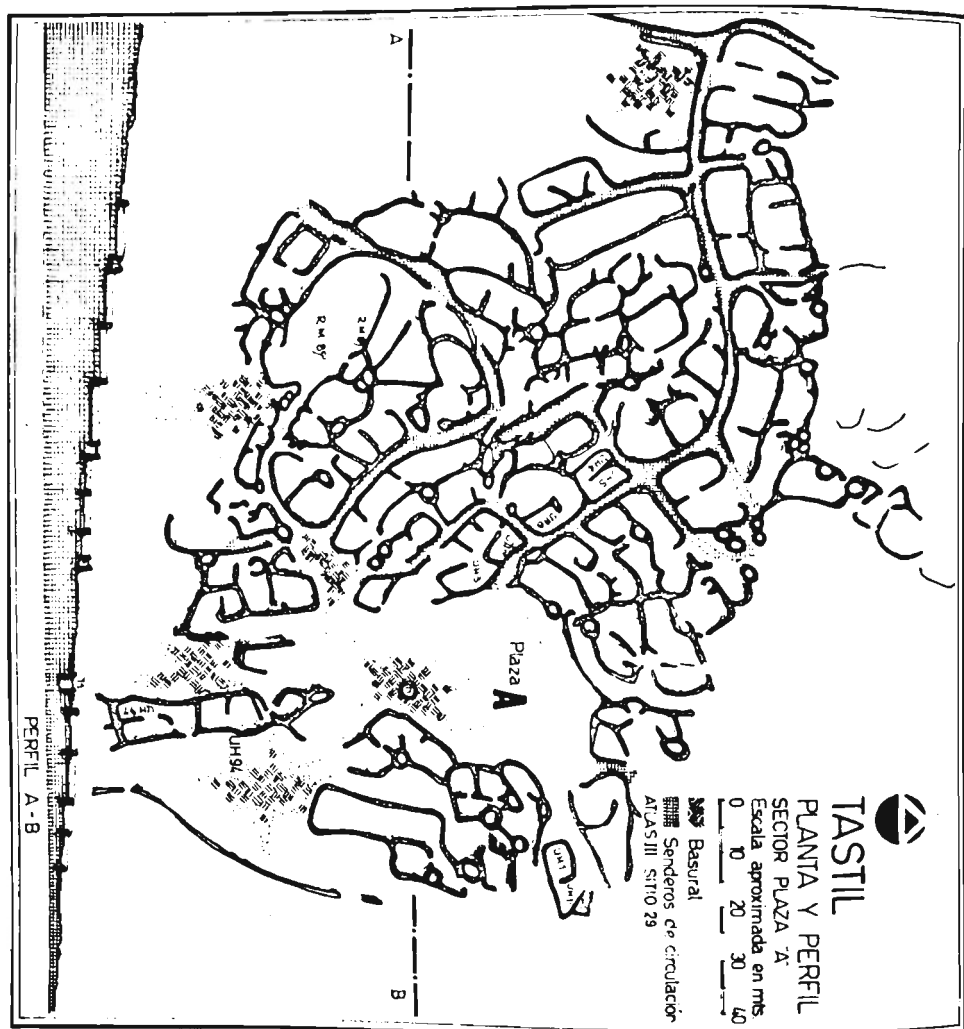


Figura 4.10. Detalle del sector "A" de Tástil. Se observa el doble trazado radiocéntrico y las calzadas convergentes hacia las focas. El molino T. R. M. 89 fue un polo redistributivo.

Co. Colorado, Agua Chica y T'ebenquiche en la Puna; Kipón y Campo Colorado en el valle Calchaquí.

2 - Tipo Cerro La Aguada-Bucy Muerto

Este conforma unidades residenciales de planta circular y subcuadrangular, ubicadas en forma dispersa entre canchones agrícolas de planta irregular. Está ausente el foco de radiación molecular o patio circular central a partir del cual se disponen las habitaciones; dando paso a un canchón de planta irregular construido con técnica similar a la de las residencias. Este patrón parece dar relevancia al área de explotación agrícola, que pasaría a constituirse en el objetivo formal de la instalación. El trazado es así disperso y su crecimiento se ejerció, en forma espontánea, por agregado de partes destinadas a la producción (canchones) y a la residencia sobre pie de montes fértiles en recursos hídricos.

Las viviendas de este tipo combinan plantas circulares y elípticas, frecuentemente populares, con otras subcuadrangulares. Fueron construidas con pircas simples y poseen pasillos y deflectores de recorrido sinuoso y vanos de acceso delimitados por jambas. No han sido halladas construcciones funerarias al lado o por debajo de las viviendas, esto hace suponer que el sector funerario pudo estar separado del agrícola-residencial, marcándose otra eventual diferencia con el trazado Co. El Dique-Tafi.

Un grupo de instalaciones pertenecientes a este tipo, configuran casos más evolucionados y transicionales del trazado disperso hacia el concentrado. En ellas se reconocen sectores especialmente destinados a la agricultura, separados río por medio de los núcleos residenciales y a los que se dirigió sistemas de acequias para el riego. Al mismo tiempo, los sectores de vivienda ofrecen características urbanas más acentuadas, como mayores índices de FOS, la articulación de grupos de 2 ó 3 recintos por pasillos sinuosos y los deflectores para el viento. La combinatoria de formas redondas y cuadradas en las plantas adquieren proporciones más parejas y también aumenta la frecuencia de aparición de las jambas, los pasillos y los deflectores. Las instalaciones de Cerro La Aguada y Tres Cruces en la Qda. del Toro, estudiadas por nosotros (R. A. Raffino; 1972 y 1977) parecen responder a estos casos transicionales. La primera de ellas, con un registro radiométrico de 680 d. C. y un cuerpo de indicadores que la sitúan en el Formativo Superior.

Además de estos dos casos, que representarían instalaciones más complejizadas y con cierto grado de planeamiento dentro del tipo, existen otros enclavados en los trazados dispersos espontáneos. En la sierra de Aconquija

se cuentan las de Bucy Muerto, Ingenio del Arenal Centro y Faldas del Cerro, Cerrillos y Tesoro. Con algunas reservas, por falta de mejores registros, incluimos tentativamente a El Ciénago de Caspinchango en el valle de Yocavil, Laguna Blanca (La Falda) en la Puna meridional, y Zarzo, Las Conchas y Loma Redonda en las proximidades de Ingenio del Arenal.

A este tipo puede atribuirse una cronología absoluta en base a los casos de Co. La Aguada y Tres Cruces. Para el resto de las mencionadas interpolaremos los datos exhumados por E. Cigliano en las Faldas del Cerro y Centro del Ingenio del Arenal (1961), los de las expediciones de Muniz Barreto (V. Weiser, Sta. Exp.; 1923) y J. Cáceres Freyre en Laguna Blanca. De acuerdo con ellos podemos situar al tipo Co. La Aguada-Bucy Muerto desde la segunda mitad del Período Formativo Inferior, donde suceden los casos iniciales, hasta fines del Formativo Superior, con un patrón que marca la transición hacia los trazados concentrados del Período de los Desarrollos Regionales. Esto implica extender temporalmente al tipo entre los comienzos de la Era cristiana hasta el siglo IX.

3 - Tipo Alamito

Dentro de los trazados dispersos planeados, el patrón Alamito se erige como un conspicuo ejemplo de notables avances en la concepción urbanística y arquitectónica en relación al tipo Co. El Dique-Tafi. Su ubicación cronológica es a la vez más reciente, con estimaciones que lo sitúan en los finales del Formativo Inferior y comienzos del Superior (300 a 500 d. C.). Si bien el tipo Alamito mantiene la imagen general de habitaciones radiales a un patio central en forma circular u oval, las innovaciones arquitectónicas y urbanísticas son formidables. Las plantas de los recintos pasan a ser trapezoidales y subcuadrangulares, poseen mayores dimensiones e incorporan rasgos relevantes, como los pasillos de acceso orientados en dirección opuesta a los vientos predominantes; las columnas de piedra como sostén del techo; los lienzos de tapia; el techo de troncos y el tortero de barro y vegetales. V. Nuñez Regueiro (1970 y 1971), responsable de los trabajos de excavación de Alamito, sugiere la existencia de techumbre a un agua e inclinados, deducidas por las diferencias de altura entre las columnas de uno y otro lado mayor de los trapezoides. También a dos aguas, por la existencia de horcones axiales en el piso de una de las habitaciones cuadrangulares.

En El Alamito adquieren singular conformación estructuras ceremoniales más sofisticadas que las de El Mollar de Tafi, como las plataformas gemelas construidas con paredes

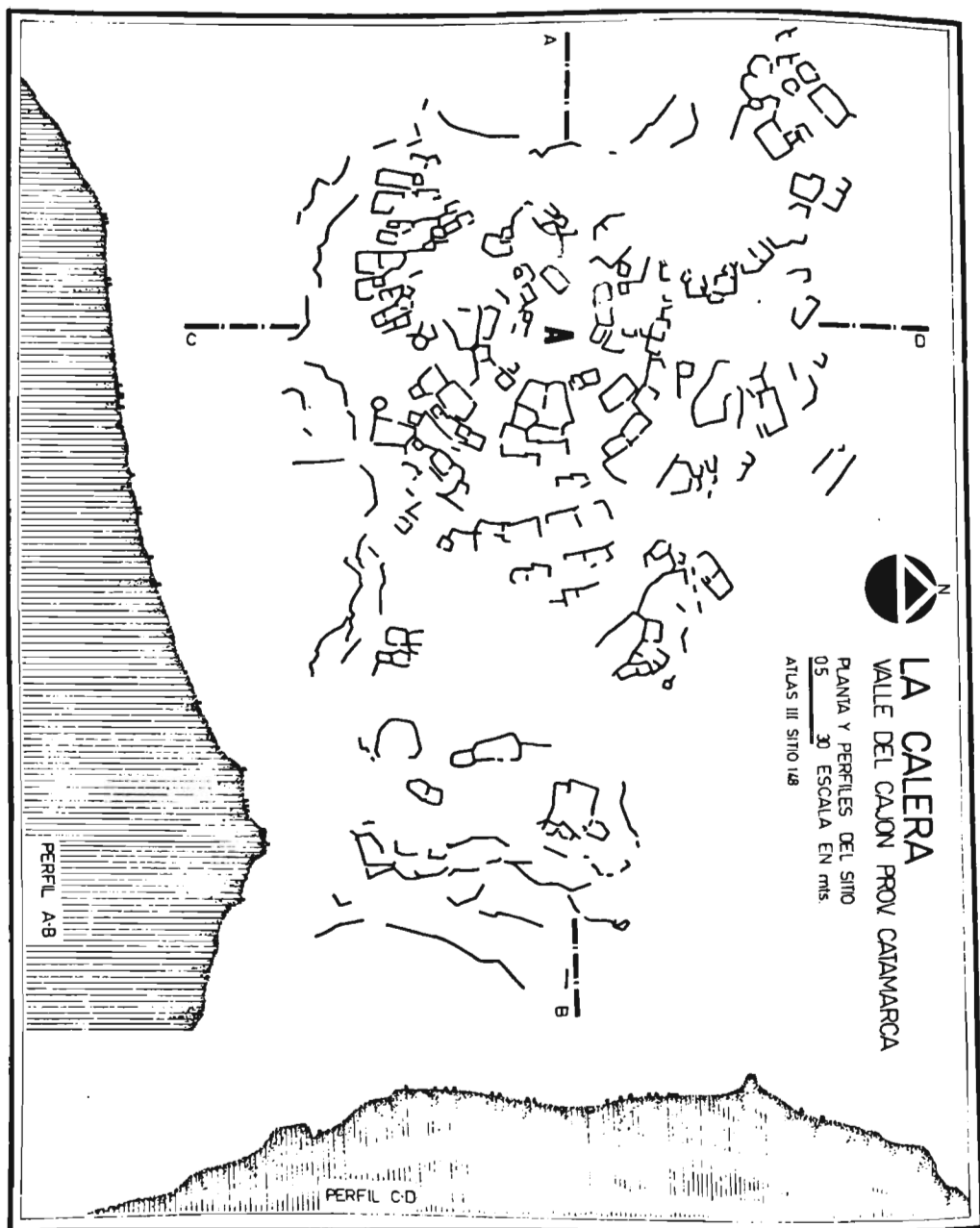


Figura 4.11: La calera del Cajón (P. D. R.). Trazo radiocéntrica sobre un foco (A) con FOS cercano al 53%. (P. W.; 1922).

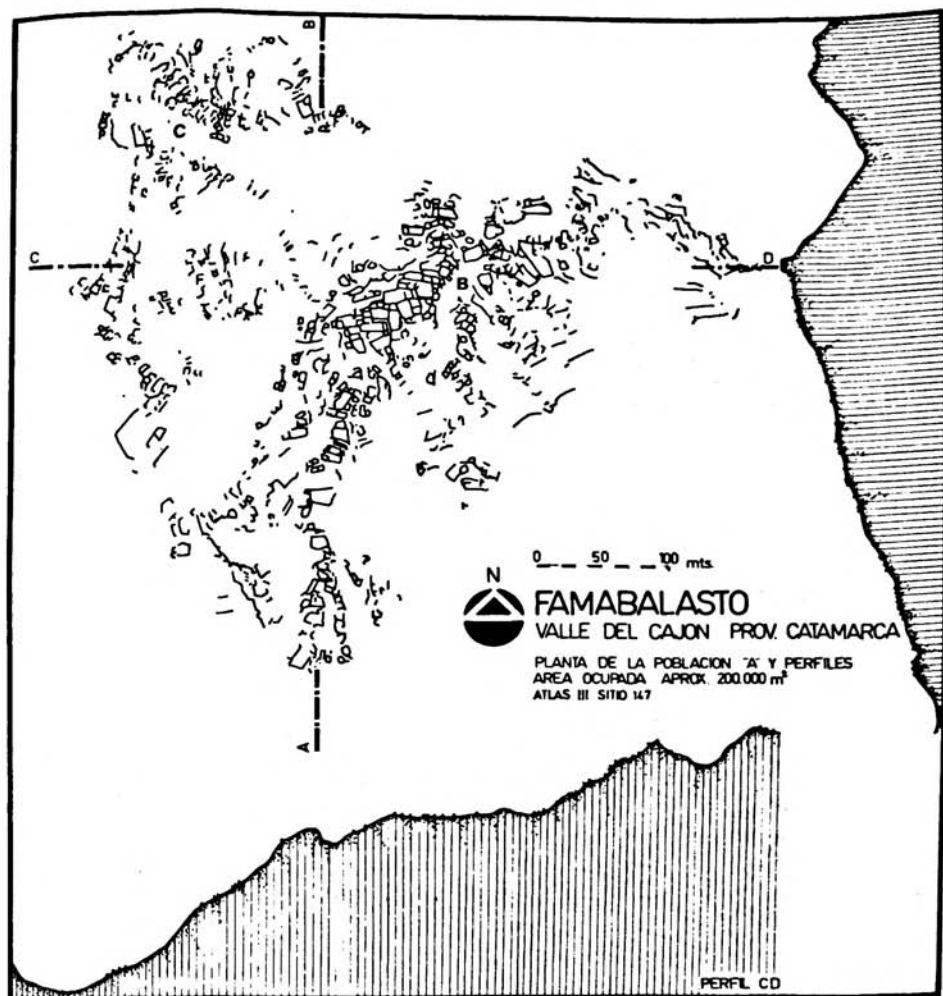


Figura 4.12: Famabalasto del Cañón (P. D. R.). Taza radiocéntrica sobre un foco (B). Al N.O. otra posible radiación desde el foco (C). El FOS oscila el 45%. (P. W., 1922).

de piedras con relleno interior de tierra y separadas entre sí por un pasillo. También depósitos o cobertizos en las proximidades de aquéllas y basurales dispuestos en sectores opuestos a los vientos predominantes. Cada unidad molecular está integrada por varias habitaciones con vanos y pasillos de acceso desde el patio central, las plataformas y los cobertizos, que se articulan en un contexto edilicio planeado. Pero el trazado urbano sigue siendo disperso, por cuanto cada conjunto está considerablemente separado de su vecino por más de un centenar de metros y entre ellos no

existe una comunicación por partes arquitectónicas integradoras.

Los ejemplos más claros de este trazado se registran en la región de Las Estancias y Campo del Pucará, en Catamarca; el sitio tipo es El Alamito, al que habría que agregar Agua de Las Palomas. Quizá también El Simbolar, en Londres, Catamarca, donde este patrón de instalación se vincularía con un contexto cerámico del estilo La Aguada.

Es ostensible la intencionalidad escenográfica, procreada por el desnivel existente entre el patio central deprimido en

relación a las plataformas ceremoniales. Esta circunstancia produciría un efecto visual comparable a los estrados de los templos actuales. Esta particularidad, presente por primera vez en el N. O. argentino con El Alamito, tomará un cuerpo mucho más evidente en el tipo Ambato, marcando la creciente significación de los subsistemas rituales como factores condicionantes del desarrollo urbanístico. Estamos así en plena transición de los agrupamientos simples de los tipos Co. El Dique-Tafí y Laguna Blanca-Buey Muerto hacia los del estadio La Aguada o Draconiano y que en términos homotaxiales quizás corresponda llamarlo Clásico Epigonal Subandino, como oportunamente lo hemos puntualizado (R. A. Raffino y Col.; 1982; 33). Esta atribución

correspondería al territorio de los valles meridionales de Catamarca, donde las manifestaciones La Aguada o Draconiano aparecen con plenitud.

4 - Tipo Saujil

Este patrón posee hasta ahora un área de dispersión por los valles occidentales de Catamarca y La Rioja. El trazado disperso de Saujil ha adoptado masivamente las formas cuadrangulares y rectangulares para las viviendas que se adosan a un patio también rectangular y de posición lateral. María C. Sempé (1976 y 1977) responsable de las excavaciones más representativas en sitios provistos de este patrón, consigna la utilización exclusiva de la tapia para las paredes. Los

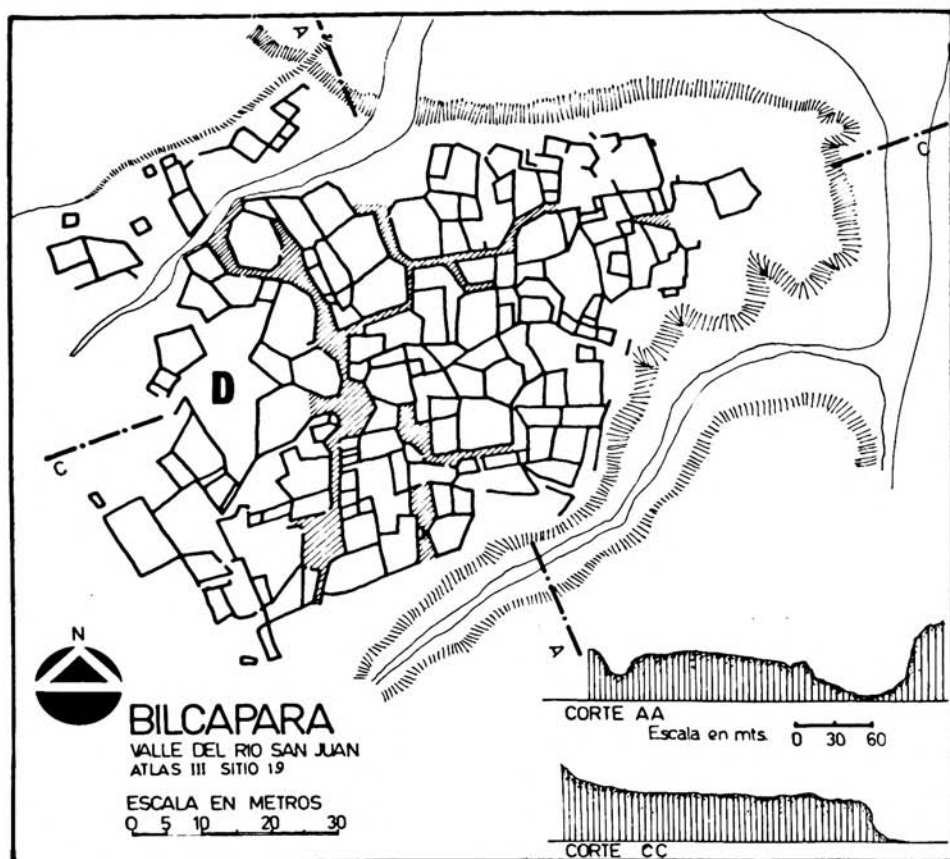


Figura 4.13: Bilcapara de San Juan Mayo (P. D. R.). Construcciones agrupadas en damero irregular sobre meseta con FOS de 92%. A partir de (D) se infiere una radiación dada la convergencia de las calzadas. (P. W., 1919).

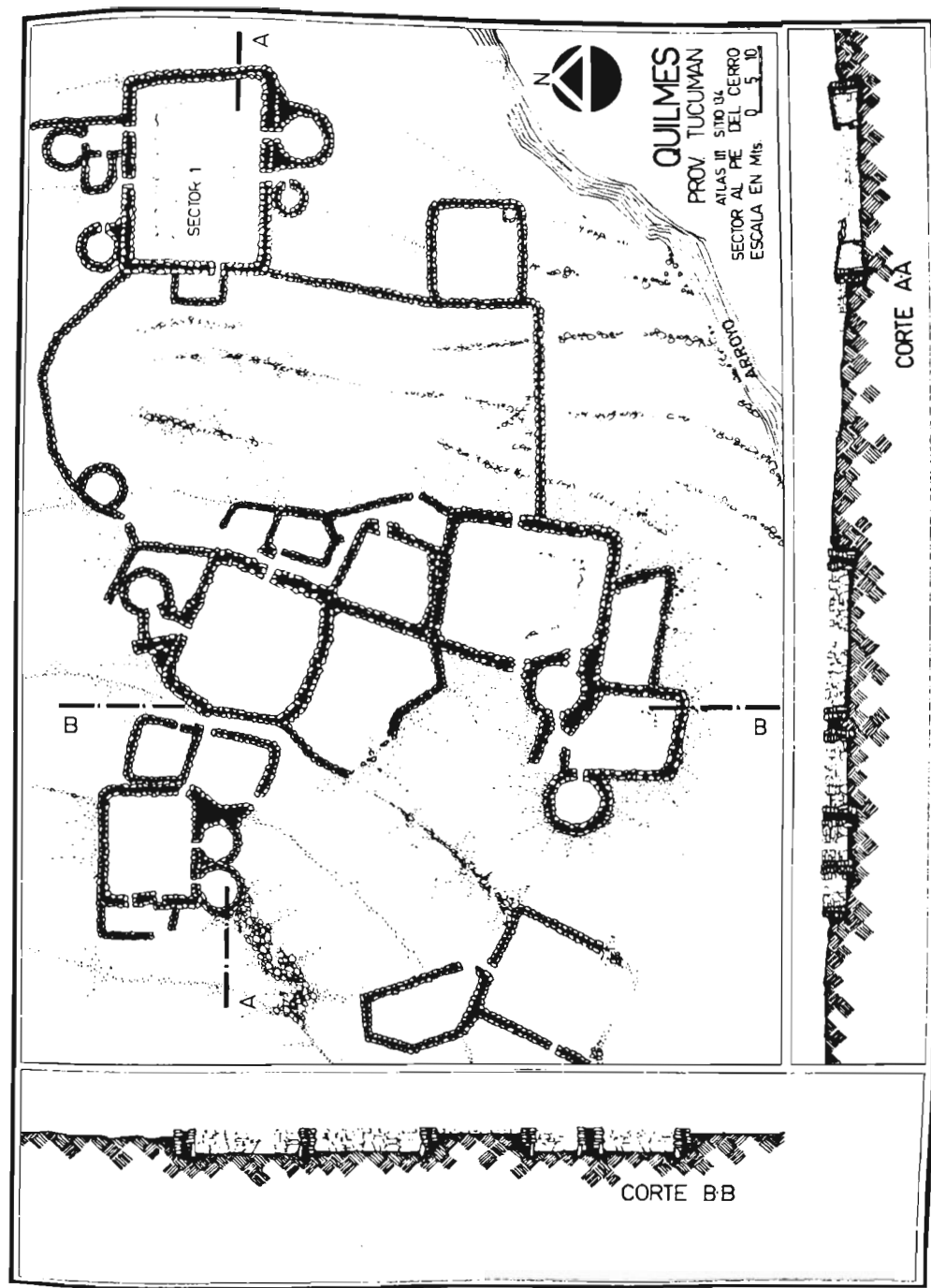


Figura 4.14. Quilmes de Yocavil (P. D. R., H. I. y P. H. I.). Trazada en domero regularizado por castas comunales con rectitas cíclicas intercomunicadas (P. VI., 1921, revisado por nosotros en 1982).

conjuntos nucleares están integrados por grupos de habitaciones contiguas e intercomunicadas por vanos y en algunos casos pequeños pasillos. Estos albergues se adosan a un patio lateral. El trazado de Saujil expresa sectores con presencia de unidades residenciales articuladas y, dentro de una concepción general dispersa, resueltas por plantas cuadrangulares. Desde el punto de vista cronológico este tipo se difunde por la región aludida a partir de la segunda mitad del Formativo Inferior, por lo que las diferencias estructurales que presenta con El Alamito obedecerían a circunstancias culturales y ambientales, pero no a causas cronológicas. Según veremos en el capítulo V con esta traza se asocian significativas costumbres funerarias como las tumbas en forma de bota de montar.

Los sitios representativos del modelo Saujil se encuentran confinados al Valle de Abaucán con posibles intrusiones en los de Vinchina y Hualfin. Son los de Saujil, Palo Blanco, Ranchillos, Cuesta de Zapata y La Florida.

5 - Tipo Ambato

Es el más evolucionado de los trazados dispersos planeados y el más involucrado funcionalmente hacia actividades ceremoniales. Su posición cronológica relativa y los rasgos culturales que atesora lo sitúan en un estadio terminal del Formativo, entre 550 y 800 d. C. Estructuralmente, el tipo Ambato conjuga rasgos arquitectónicos y urbanísticos ya presentes en El Alamito y Saujil; aunque integrados en un contexto edilicio urbano con características inéditas y extrema significancia en lo concerniente a las funciones ceremoniales y residenciales sofisticadas. Esto nos sugiere una probable conexión filogenética entre los patrones Formativos inferiores de Alamito y Saujil —fundamentalmente el primero— con el de Ambato, con una complejidad creciente en el sistema cultural de este último.

Estructuralmente, el tipo Ambato consiste en una instalación segmentada en cuatro grandes componentes:

- a - Una plataforma piramidal o Alptauca
- b - Un gran patio frontal a la plataforma y lateral a las residencias
- c - Una calzada perpendicular a la plataforma
- d - Un sector residencial

El sitio tipo para formalizar este trazado es La Rinconada, ubicado en la estancia homónima, sobre una terraza de la margen derecha del Río Los Puestos, en el Valle del Ambato, Catamarca, investigado hace algunos años por A. González (Cuadro III).

La plataforma ceremonial parece ser el foco de crecimiento del patrón Ambato; es una estructura piramidal de planta cuadrada y unos 3 m. de altura. Todo su perímetro está rodeado por muros de piedra al igual que las plataformas

gemelas de El Alamito; pero aquí la pared de la fachada de la pirámide, ha sido construida con un cuidadoso trabajo de sillería. Los accesos a la pirámide se producen por dos ramas construidas con una doble hilera de piedras y rellenas de tierra, una de posición frontal y otra lateral.

El patio es una superficie semicerrada por un muro en "L" y a bajonivel (hundido en relación a la pirámide). Posee una longitud N-S de 70 m. Su límite occidental lo constituye la calzada sobrelevada y de trazado longitudinal a la pirámide. Esta vía separa el sector del patio hundido del residencial ubicado al oriente. La posición lateral del patio en relación a las habitaciones, reitera la articulación de estructuras del patrón Saujil, pero con el formidable agregado de la plataforma ceremonial, la calzada-cje y la plaza deprimida.

Las viviendas se distribuyen al E. y al N. del gran patio. Algunas se adosan a la calzada, otras a patios rectangulares. Son subterráneas, de planta cuadrangular y fueron construidas con la técnica de las columnas de piedras superpuestas, simétricamente enfrentadas entre sí para facilitar el tendido de las vigas del sostén del techo. Los perfiles de las paredes de tapia poseen un refuerzo basal a la manera de una banqueta.

La instalación de La Rinconada se integra en un magnífico contexto edilicio planeado, provisto de un eje formal: pirámide-calzada, con una orientación N-S. Sobre el sector O la plaza hundida y hacia el N. y E. el sector destinado a las habitaciones.

Es clara en este trazado la intencionalidad escenográfica. La plataforma con su fachada de sillares y doble rampa fue emplazada para ser visualizada desde el patio hundido, produciéndose un efecto visual que le confiere mayor alzada. Estas características escenográficas, conjuntamente con la cualidad arquitectónica habitacional nos derivan a una interpretación concreta del sitio. En forma análoga que muchos centros ceremoniales de fines del Formativo y del período Clásico del área Andina y Mesoamérica, La Rinconada representa en el N. O. argentino el advenimiento de los centros rituales, ya vislumbrados en su antecesor inmediato, El Alamito. Estas instalaciones conjugan, además de una estructura ceremonial, sectores residenciales sofisticados, destinados a los individuos quizá encargados de actividades relevantes, como las prácticas artesanales y religiosas. Este estadio no constituye un horizonte cultural, porque no se extiende por el universo de estudio aislado (Atlas 2, a, Mapa II). Es homotaxialmente equivalente al horizonte Clásico o Wari-Tiwanaku de los andes centrales y significa la emergencia de un dominio incipiente teocrático en las sociedades tribales y

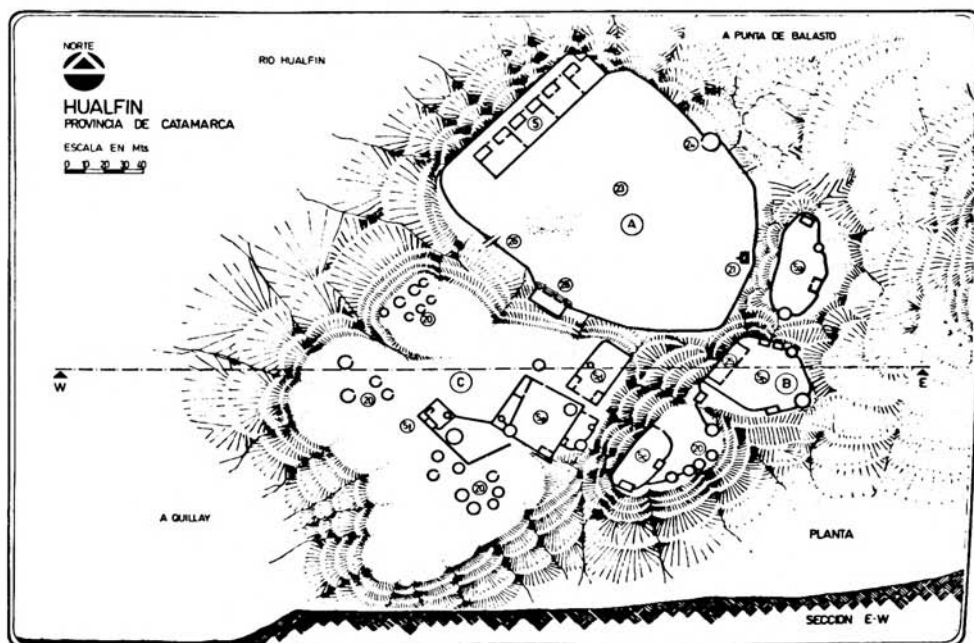
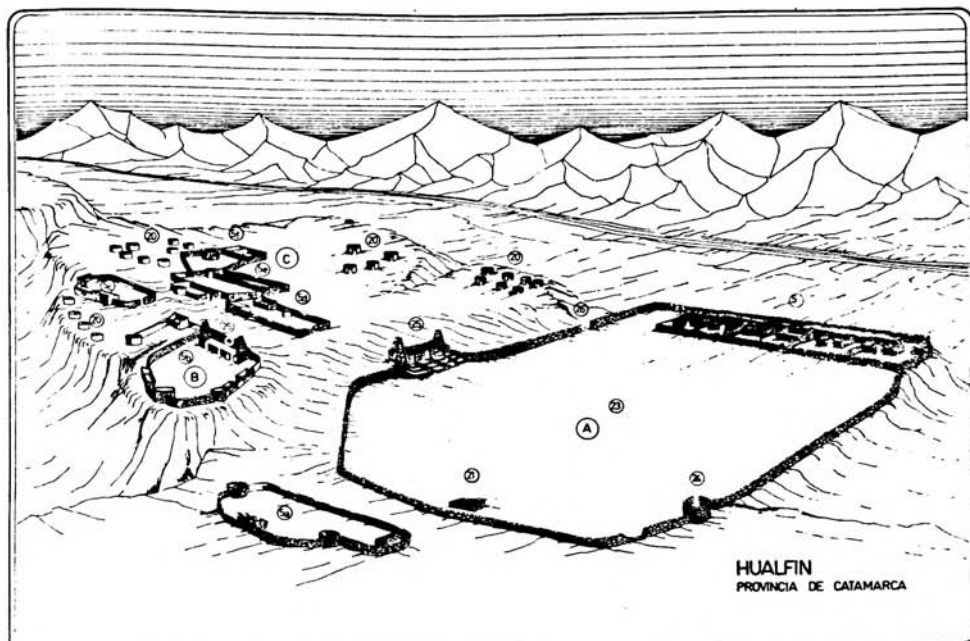


Figura 4.15 (1 y 2): Hualfin del Valle homónimo (H. I.). Trazado en damero regular y planeado. (P. y Pva. A.).

como fundamento de la planificación urbana.

Es ostensible que las entidades responsables de la construcción de estos trazados dispersos plancados fueron sociedades multicomunitarias que bajo estímulos receptados en su esfera ritual, elaboraron las estupendas cerámicas, esculturas líticas y metalúrgicas que tipifican la cultura Draconiana o La Aguada, instalada en los valles de Catamarca, La Rioja y N. O. de Tucumán durante los siglos VII y IX d. C.

Dentro de esta parafernalia ritual debemos

incluir a las sociedades tribales que construyeron los geoglifos-estrellas y cruces multicolores sobre pequeñas plataformas o allpataucas en los valles de Vinchina y Famatina de La Rioja y en el valle Calchaquí de Salta. Ellas pueden ser homologadas, tras puntualizar su estado de subdesarrollo, con los constructores Wari en la Sierra peruana y Tiwanaku, en el altiplano circunticaca (R. A. Raffino y col, 1982, 33).

Cuadro I.b: Indices de factor de ocupación del suelo (FOS) en 31 Instalaciones del N. O. argentino

Código según/atlas	Nombre del sitio	FOS %	Período
1-3	Las Cuevas	11	P. F. I.
1-1	Cerro El Dique	25	P. F. I.
2-81	Tres Cruces	45	P. F. S.
2-80	Cerro La Aguada	60	P. F. S.
3-138	Masao	35	P. D. R.
3-142	Loma Rica de Shiquimil	95	P. D. R.
3-141	Loma Rica de Jujuil	50	P. D. R.
3-137	Co. Pintado de Mojaras	25	P. D. R.-II, I-II, I. I.
3-136	Fuerte Quemado	30	" " "
3-168	Puerta de Corral Quemado	39	P. D. R.
3-165	Eje de Hualfin	43	P. D. R.
3-144	Cerro Mendocino (Pta. Balasto)	40	P. D. R. - H. I.
3-173	Asampay	40	P. D. R. - II. I.
3-164	Pozo Verde de Hualfin	25	P. D. R.
3-147	Famabalasto	45	P. D. R.
3-148	La Calera	53	P. D. R.
3-29	Tastil	95	P. D. R.
3-31	Morohuasi	80	P. D. R. - H. I.
3-108	El Churcal (sector bajo)	33	P. D. R.
3-108	El Churcal (sector alto)	20	P. D. R.
3-108	El Churcal (promedio)	14	P. D. R.
3-1	Rinconada	90	P. D. R. - II. I.
3-19	Bilcapara	92	P. D. R.
3-16	Cabrera	48	P. D. R.
3-20	Pueblo Viejo (S. J. Mayo)	89	P. D. R.
3-20	Churquihuasi	95	P. D. R.
3-68	Pukara de Tilcara	90	P. D. R. - H. I.
3-64	Puerta de Juella	90	P. D. R.
3-74	Hornadita	36	P. D. R. - H. I.
3-153	Pampa Grande	80	P. D. R.
3-73	Volcán	70	P. D. R. - H. I.
3-65	Juella	75	P. D. R.
4-15	La Huerta	85	H. I. - P. D. R.

B. Trazados concentrados

6-Trazado radiocéntrico

Con el examen de los trazados radiocéntricos penetramos en el dominio de los cacicazgos del Período de Desarrollos Regionales del N. O. argentino; marco de referencia donde se producen profundas transformaciones en los sistemas culturales que involucran componentes socioeconómicos, sociales y la demografía. Estas transfiguraciones tienen en la instalación humana perceptibles reflejos que trataremos de analizar.

El trazado radiocéntrico define a una instalación dispuesta en forma radial a partir de uno o más focos. El agregado de partes constructivas, sea en forma espontánea o planeada, conforma un contexto edilicio radiocéntrico a los focos de los cuales depende. Las instalaciones urbanizadas con una integración edilicia en plano radiocéntrico no son frecuentes en el N. O. argentino; podemos mencionar las de Tastil, en la quebrada del Toro, La Calera y Famabalasto en el valle del Cajón, posiblemente, La Alumbra en Antofagasta de la Sierra y Bilecapara en el río San Juan Mayo. Los trazados radiocéntricos son propios del Período de los Desarrollos Regionales, aunque es probable que algunos perduren durante el Horizonte Inka.

En algunos casos, la elección de terrenos de difícil acceso, en la cima de cerros y mesetas de agudo perfil, y la presencia de una o varias murallas perimetrales o semiperimetrales, les confiere a estos poblados un carácter estratégico, de corte defensivo o previsor similar al de los Pukarás Inkaicos. Pero la ausencia de rasgos de la arquitectura militar-defensiva, como las troneras, torres, balcones y murallas reforzadas, es el criterio indicador para separar cronológica y culturalmente a estos pseudopukarás preinkaicos de trazado radial, de las guarniciones o bastillas de trazado defensivo pleno, provistos de murallas perimetrales y demás elementos aludidos, entre los que se inscribe el Rectángulo Perimetral Compuesto o "*Kancha Inka*" de traza en damero regularizado.

En todas las instalaciones de trazado radiocéntrico ha existido uno o más focos de radiación o centros de actividades urbanas relevantes y hacia los que convergieron las calzadas y accesos. Estos focos generalmente correspondieron, alternativamente, a una edificación preferencial que puede corresponder a una plaza abierta o intramuros, a un sitio de molienda o de almacenaje comunal, a una residencia de los líderes del grupo, a un edificio de uso ceremonial e incluso a una construcción funeraria preferencial. Unitariamente, estas instalaciones contienen estructuras de plantas cuadrangulares; pero el damero se halla atenuado por el factor topográfico que impone la irregularidad.

Es perceptible la falta de repetición de las imágenes formales en las plantas de las residencias, por lo que la instalación adquiere un aspecto caótico, especialmente en los sectores donde la concentración de recintos es acentuada. Cada unidad habitacional está integrada por varios recintos de diferentes tamaños y formas rectangulares articulados por vanos.

La instalación Tastil conforma un verdadero aglutinamiento urbanizado con FOS cercano al 100%; se dispone a la manera de una gigantesca "silla de montar", en un área de 150.000 m² de una aguda meseta que se alza a unos 200 m. por sobre el nivel de base de la Quebrada de Las Cuevas. El foco principal de su traza radiocéntrica es la plaza "A", un espacio de 14.000 m² debajo de la cual se halló la tumba del cacique (llamada T. 1-1) y sobre la que converge su calzada principal. Un segundo foco se halla a un centenar de metros al S. O. de la plaza A; en torno a un conjunto destinado como molino comunal. Se trata de los recintos T. R. M. 89 y T. R. M. 89', integrado por un gran patio de 600 m² al que se articula un pequeño recinto subcircular de 3,40 x 1,75 m. Este grupo fue excavado por nosotros en 1968 y brindó dos equipos comunales de molienda, lo cual expresa la funcionalidad a la que estuvo dedicado.

Tanto la altura de las paredes, como la estrechez del vano de acceso al pequeño molino circular responden posiblemente a evitar la acción perturbadora de los vientos durante las actividades de molienda. Dos calzadas principales parten de este foco; una con dirección a la Plaza A, la restante se bifurca hacia el S. y el N.; este segundo ramal conduce nuevamente a la plaza.

Es ostensible que el conjunto T. R. M. 89 significa un polo de radiación fundamentado sobre una actividad económica y redistributiva; diferente en su concepción al de la plaza A. Resta agregar que los exámenes del sitio con aerofotos E. 1:3000 permitieron determinar la existencia de dos focos más; uno ubicado en el suburbio N. O. y el restante sobre la colina S. de Tastil. El primero se irradia a partir de otro gran recinto de aspecto similar al T. R. M. 89 — originalmente llamado "barrio marginal" por E. M. Cigliano en su trabajo de 1973—. Naturalmente la ausencia de excavaciones en estos dos focos nos impide avanzar más allá en su interpretación.

La Alumbra, construida sobre un cerro basáltico y rodeada por una muralla, en la que se visualizan troneras, tuvo un trazado radiocéntrico en torno a una residencia preferencial por sus relevantes rasgos arquitectónicos. El acceso a ésta sólo es posible por una escalinata en espiral, dado que está sobrelevada con respecto al resto del sitio.

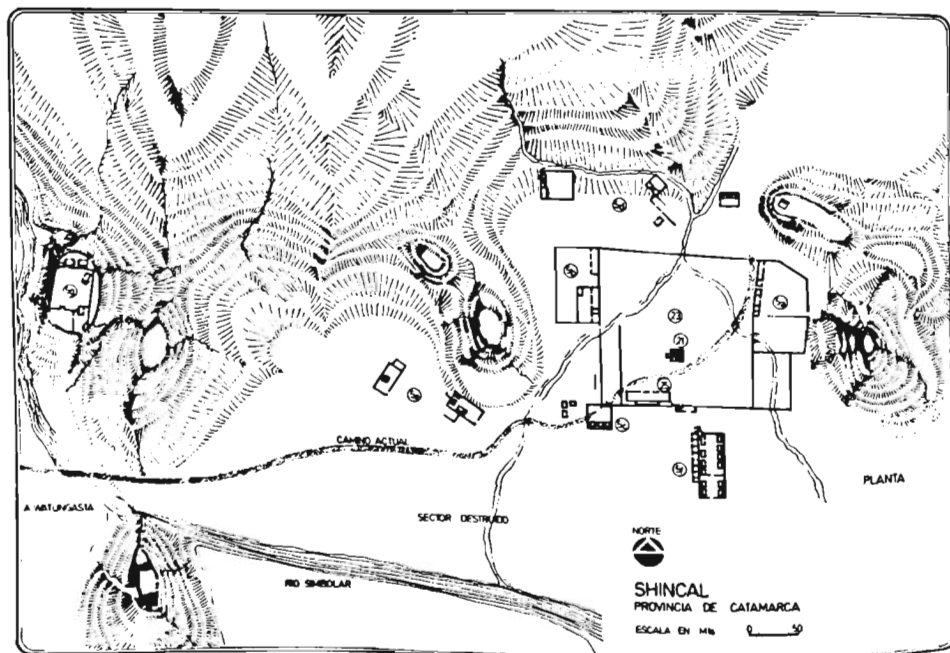
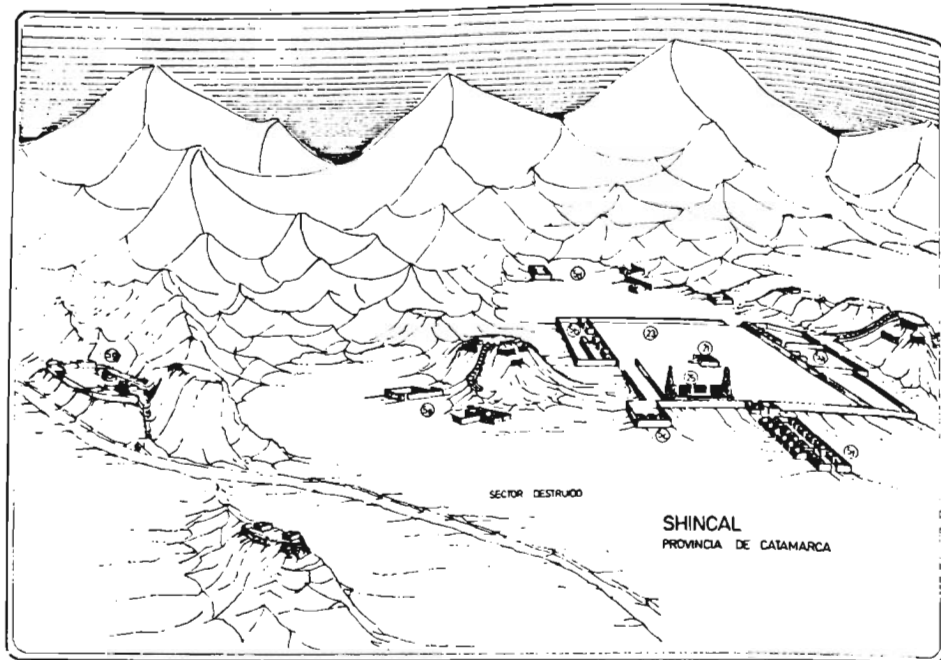


Figura 4.17 (1 y 2): El Shincal de la Sierra homónima (H. 1). Un astupandu establecimiento Inka de traza planocuada y en damero regularizado (P. y Pva. A.).

Hacia esta vivienda convergen las calzadas del poblado, que como en Tástil, poseen un recorrido sinuoso. Este caso de trazado radiocéntrico en torno a un foco residencial sofisticado —quizás ocupada por los individuos más jerarquizados del grupo—, es uno de los ejemplos que futuras excavaciones sistemáticas podrán comprobar.

La Calera fue construida sobre un cerro de superficie irregular. Su trazado repite el diseño radiocéntrico de Tástil. Las unidades residenciales se irradian a partir de un espacio de unos 900 m², formando un anfiteatro de

superior a la media relativa del sitio que es de 45%. la plaza es un espacio de unos 18.000 m² instaurado en un sector elevado del sitio. Un conjunto de murallas semiperimetrales de recorrido discontinuo le confieren una cierta intencionalidad defensiva.

Los cuatro casos consignados como trazados radiocéntricos ofrecen sus particularidades. Tástil conjuga funciones diferentes dentro de uno de sus focos principales de radiación; una plaza intramuros y por debajo un sitio funerario preferencial. El segundo foco responde a una funcionalidad eminentemente económica de

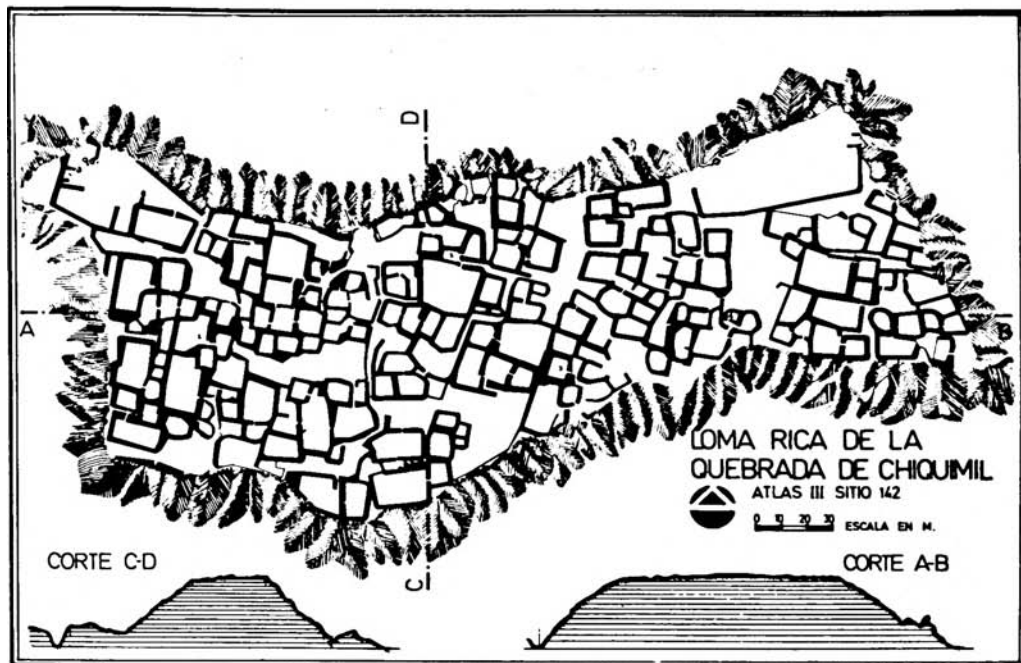


Figura 4.18: Loma de Shiquimil de Yocavil (P. D. R.). Su traza comparte los tipos de damero irregular y lineal con FOS de 95%. (P. W., revisado por nosotros en 1978).

imagen similar al observado en la plaza A de Tástil. El FOS promedio de este sitio oscila en el 50%, acrecentándose a medida que nos aproximamos a la plaza central, sobre la cual convergen las vías de desplazamiento. En su parte baja, una muralla semiperimetral marca los límites del área urbana.

A poco menos de 5 km. al S. de La Calera la instalación de Pamabalasto repite una traza radiocéntrica a partir de una plaza abierta sobre la que convergieron varias calzadas. Este es nuevamente el sector de mayor FOS, muy

posible usufructo comunal. Pamabalasto y La Calera divergen a partir de planos abiertos y La Alumbra lo hace desde una calificada residencia de probable uso preferencial.

Podemos conceptualizar los rasgos arquitectónicos y urbanísticos que definen el trazado radiocéntrico, a saber:

- 1 - Emplazamiento en terrenos altos y escabrosos, de modo tal que la instalación conforma una unidad estructural con el paisaje. Puede registrar la presencia de una muralla perimetral o semiperimetral.



Figura 4.19: Tilcara de Humahuaca (P. D. R.). Domero irregular por recintos articulados desiguales y FOS superior a 90%. El sector "A" contiene arquitectura Inka; el "B" es la necrópolis (P. Alegria, ampliado por nosotros en 1983, F. A.).

- 2 - Uno o más focos de radiación, alternativamente formados por:
 - a - Plaza intramuros o abierta
 - b - Construcción ceremonial
 - c - Vivienda preferencial
 - d - Unidad funeraria conspicua
 - e - Edificios de actividades económicas comunales.
- 3 - Convergencia de las vías de desplazamiento hacia el foco.
- 4 - Calzadas de trazado sinuoso, sobreelevadas en relación a las viviendas. Muy necesarias dado el agrupamiento urbano y como componentes para asegurar la movilidad interna.
- 5 - Mayor densidad de construcción (FOS) en la zona del foco; ésta decrece a medida que nos alejamos de él.
- 6 - Mayor potencia arqueológica en los sectores próximos al foco. Esto se traduce como mayor tiempo de ocupación o mayor concentración de actividades.
- 7 - Evidencias alternativas de mayor rango y diversificación de actividades económicas, administrativas, funerarias y residenciales en el foco. Esto habla de la importancia y el privilegio que significaba su ocupación y las apetencias que despertaría residir cerca de él.

Sostlayando las ostensibles diferencias entre unas y otras, no podemos sustraernos a una grosera analogía conceptual, entre estas protociudades amerindias y algunas ciudades medievales radiocéntricas del Viejo Mundo occidental. La concepción radial está presente en ambas. En Europa el foco de crecimiento fue la residencia del poder político —el castillo o el monasterio— y su plaza de armas. En los Andes sudamericanos fue también un edificio preferencial con su plaza adosada. Singular convergencia que encuentra en el subsistema dinámico su causalística.

En el Norte argentino el crecimiento de los poblados con traza radiocéntrica fue alternativamente espontáneo y planeado. La inicial improvisación debió dar paso al replanteamiento del trazado, especialmente en los sectores de mayor densidad urbana. El extremo más sencillo de una línea evolutiva de trazados radiocéntricos puede ser graficado con una de las aldeas dispersas del formativo andino, como Cerro El Dique o Tafi del Valle. En ellas los conjuntos "habitación-patio-tumba" sugieren un elemental crecimiento radiocéntrico. Pero éste se advierte atomizado en cada grupo celular, sin concentración y articulación entre un grupo y otro por partes arquitectónicas. El mundo tribal segmentario de ese Neolítico andino carecía de una organización social y económica lo suficientemente centralizada para provocar urbanizaciones concentradas.

El caso Tastil

Dentro del tipo de trazado radiocéntrico el caso Tastil expresa un modelo donde el ulterior planeamiento parcial sucedió a la espontaneidad inicial. En la medida que el poblado fue expandiéndose, el agregado de partes arquitectónicas avanzó irradiándose por la meseta. Las remodelaciones fueron haciéndose a la vez necesarias en los sectores focales, respondiendo a estímulos generados en el subsistema dinámico, como el aumento demográfico, la movilidad social y las nuevas relaciones de parentesco. Por falta de méritos hemos descartado el componente religioso, como procreador de retroalimentaciones en esta dirección.

En los suburbios de Tastil, los menores índices de FOS y potencia arqueológica, advierten una menor actividad humana y un crecimiento atenuado. Pero en los sectores neurálgicos próximos a los focos las remodelaciones fueron frecuentes, y pueden percibirse por mérito de que Tastil recibió investigaciones de significativa intensidad, que captaron superposiciones arquitectónicas, encauzadas a readaptar el espacio urbano central a nuevos requerimientos.

El crecimiento de la población urbana, la elección de nuevos espacios para la vivienda, la movilidad intramuros, las actividades comunales de molienda de granos, el creciente flujo de energía y hasta la inhumación de un líder, fueron los agentes estimulantes de sucesivas realimentaciones o replanteos de su traza originalmente espontánea. En sus momentos culminantes alcanzó una población relativa media de 2000 habitantes, alojados en unas 330 unidades residenciales y sobre un área de 150.000 m². Estas cifras significan una densidad relativa de 160 habitantes por hectárea, muy alta para su tiempo y lugar.

Las excavaciones sobre Tastil constataron superposiciones arquitectónicas de diferentes usos y funciones. Viviendas sobre basurales, calzadas sobre recintos que fueron originalmente habitaciones, basurales depositados sobre tumbas (plaza A - Tumba T-1), tabiques para achicar habitaciones o cerrar el paso de acceso provocado por una nueva calzada, etc. Las mismas cistas familiares incluidas dentro de las unidades residenciales sufrieron sucesivos destapes, cada vez que debió ser inhumado un miembro del grupo que ocupaba la vivienda. Estas perturbaciones y replanteos cronológicamente desfasados indican el privilegio que significó el uso de los sectores próximos al foco (plaza A) circunstancia que no quería ser perdida por quienes resultaban favorecidos y, a la vez, era apetecida por aquellos que no gozaban tal usufructo. Cuando

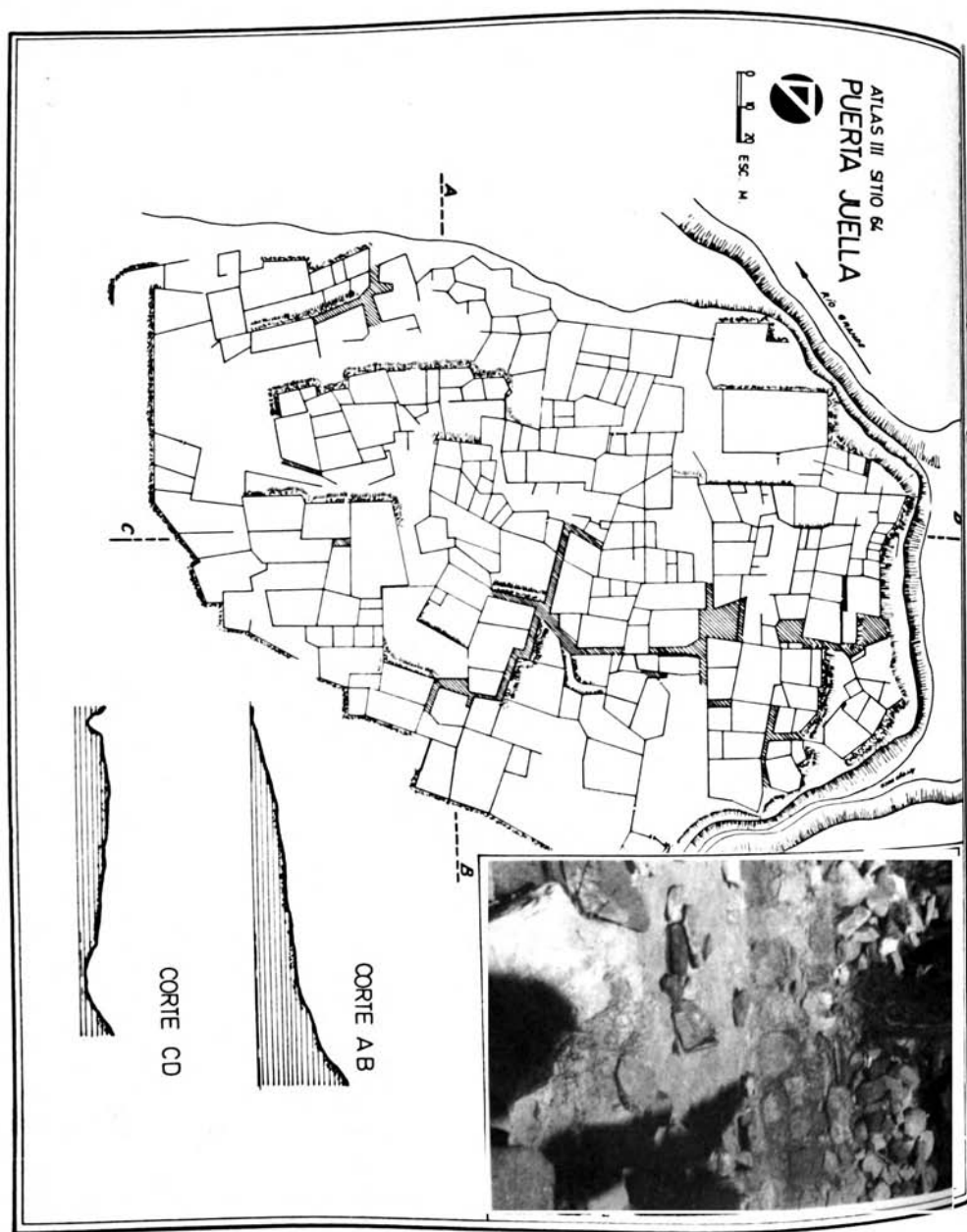


Figura 4.20: Puerta de Juella de Humahuaca (P. D. R.). Trazado en damero irregular con FOS de 90%. (P. W.; 1919).

en el capítulo VI examinemos en detalle la vivienda T-94 y sus áreas de actividades, retomaremos este modular tema.

Por fuera de los focos centrales de Tástil, el barrio marginal de su suburbio oriental expresa una menor frecuencia de actividades, índice demográfico y quizás jerarquización social de sus ocupantes. Asimismo un cementerio de tardía aparición, —a juzgar por los registros artefactuales de las tumbas— situado por fuera del área intramuros, marcaría el punto culminante de esta creciente saturación urbana; modificando la conducta ritual del sistema, que pasó de enterratorios adosados a las viviendas a la fundación de una necrópolis a extramuros.

En los sectores neurálgicos de Tástil es probable que el uso familiar del espacio debiera competir con los crecientes requerimientos comunitarios y la movilidad social. La saturación de los sectores preferenciales era un proceso irreversible en tanto el coeficiente demográfico, de habitante por metro cuadrado, avanzara. La creación de nuevos focos por replantación de la traza original y otros situados en barrios "suburbanos" fue el efecto de la saturación de la plaza A y el conjunto T - R. M. 89. Las calzadas internas se potenciaban también, con el propósito de asegurar la creciente movilidad intramuros.

La explicación en términos sistémicos es que las remodelaciones sobre una traza urbana original fueron sucesivas retroalimentaciones en respuesta a inputs endógenos al sistema, los que presionaron selectivamente en los sectores focales de la planta urbana. Uno de estos estímulos alcanza relevancia gracias a la excavación de la vivienda T-94 (Cap. VI); esta unidad provocó la remodelación de un sector anteriormente público (un basural) captado por un grupo familiar para usufructo privado y situado apenas a una decena de metros de la plaza A. Para nosotros éste es un ejemplo de hasta dónde, la diferencia de concentración de riqueza y prestigio social, se reflejan también en el uso del espacio intramuros preferencial.

Como corolario al tema de estas urbanizaciones concentradas radiocéntricas, resta considerar una hipótesis generada por inducción, a partir de información etnohistórica y etnográfica. Esta propone que la existencia de dos plazas centrales, dispuestas a la manera de focos de radiación, pudo ser la respuesta urbana de formaciones políticas y sociales duales, o mitades de parentesco. Este patrón de poblamiento respondería a una concepción política de raigambre andina, anterior al Horizonte Inka, que perdura por tiempos históricos.

El modelo fue oportunamente formulado por G. Madrazo y M. Otonello (1965: 17) y testado

por medio de un examen bibliográfico sobre las instalaciones concentradas de Volcán, La Huerta y Campo Morado de Humahuaca; Loma Rica de Shiquimil en Yocavil, Tinti en el Valle de Lerma y la ya aludida Tástil. A mediados de la década de los 70 V. Nuñez Reguerio recoge esta hipótesis para explicar antropológicamente la significancia de la planta urbana de Tástil (1974; 185). Para este último sitio la hipótesis de Madrazo-Otonello ha quedado refutada al comprobarse la funcionalidad económica del foco T-R. M. 89 y la existencia de dos centros más de radiación en los suburbios nororiental y meridional del poblado. En cuanto a Volcán y La Huerta, la hipótesis será nuevamente contrastada cuando analicemos los trazados lineales.

7 - Trazado en damero

La traza en damero es un diseño por agregado de partes en el que el crecimiento, planeado o espontáneo, se expresó formalmente en tablero o reticulado ante la suma de estructuras ortogonales. El trazado en damero aparece en el N. argentino no antes del noveno siglo, por lo que su concepción es propia de los Desarrollos Regionales.

Este tipo de instalación presenta dos variantes generadas en parte por la topografía y en parte por la modalidad arquitectónica. Dichas variantes son el damero regular y el damero irregular.

Damero Regular

Se localiza en terrenos bajos, amplios, de escasa pendiente y contiguos a los fondos de valle. El damero regularizado que ofrecen las unidades constructivas puede definirse tanto por la búsqueda del tablero en los núcleos residenciales, como por la repetición sistemática de las formas de estos últimos, produciendo una estandarización de las estructuras. Este trazado determina poblaciones de medianos índices de FOS, donde no se observa aglutinamiento y existen muy pocas alteraciones del ritmo de plantas básicamente ortogonales. Las excepciones a esta regla obedecen a causalidades funcionales, conferidas en construcciones de planta circular, pero no destinadas para la residencia, sino para el almacenamiento, la molición de granos y la funeraria.

El trazado en damero regular se detecta en las instalaciones del sistema Yocavil con territorialidad en el centro del valle homónimo, desde su confluencia con el río Calchaquí hasta el Campo del Arenal. Si bien su origen puede remontarse a la segunda mitad de los Desarrollos Regionales, parece alcanzar su climax durante el Horizonte Inka, persistiendo hasta los finales del Hispano-Indígena (1535-1660 d. C.). Los ejemplos relevantes son las instalaciones bajas

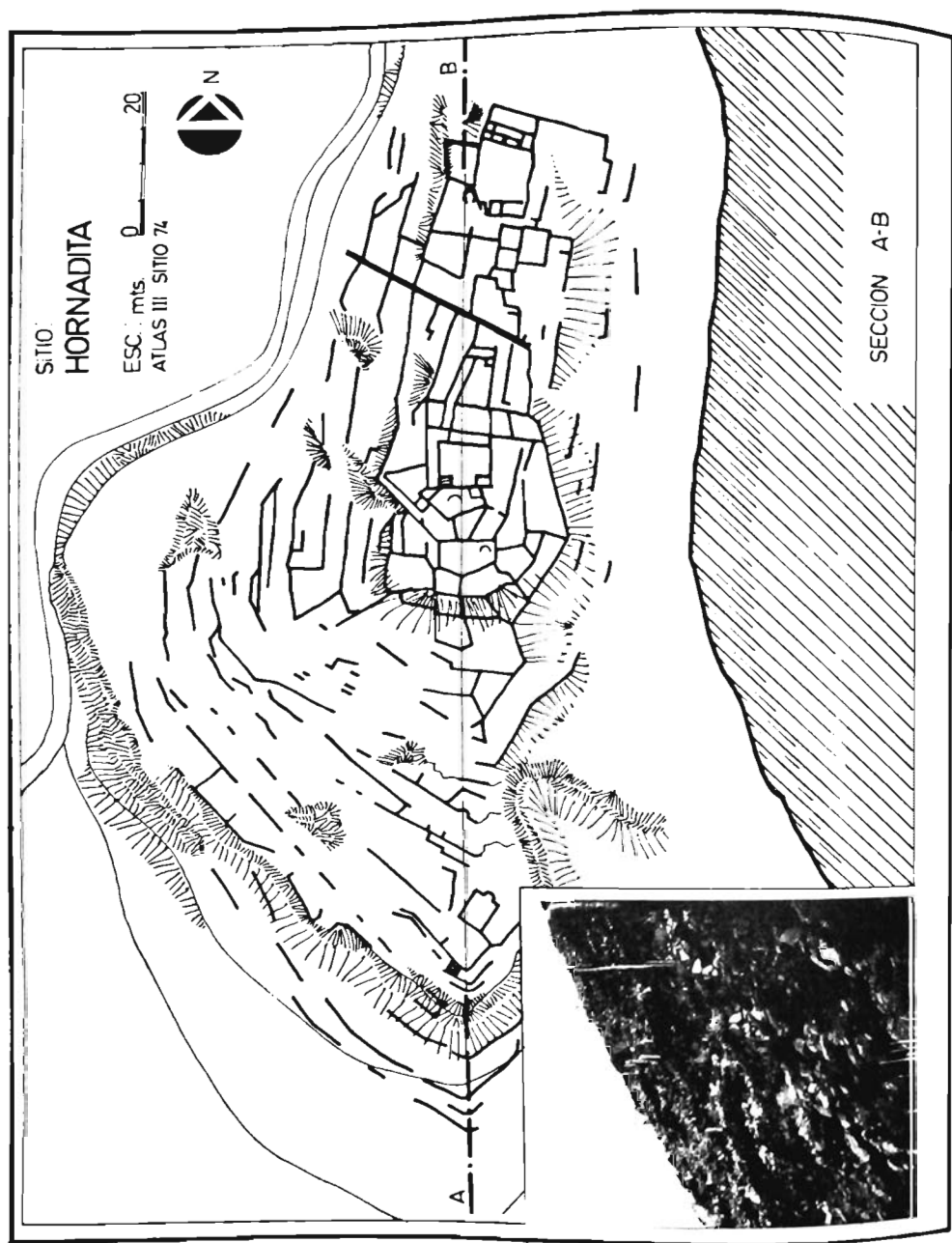


Figura 4.21: Hornadita de Hornadita (P. D. B. y H. 13). Dibujo irregular trapezoidal en un sistema derivado con FOS de 30% (P. W., corregido por nosotros en 1983).

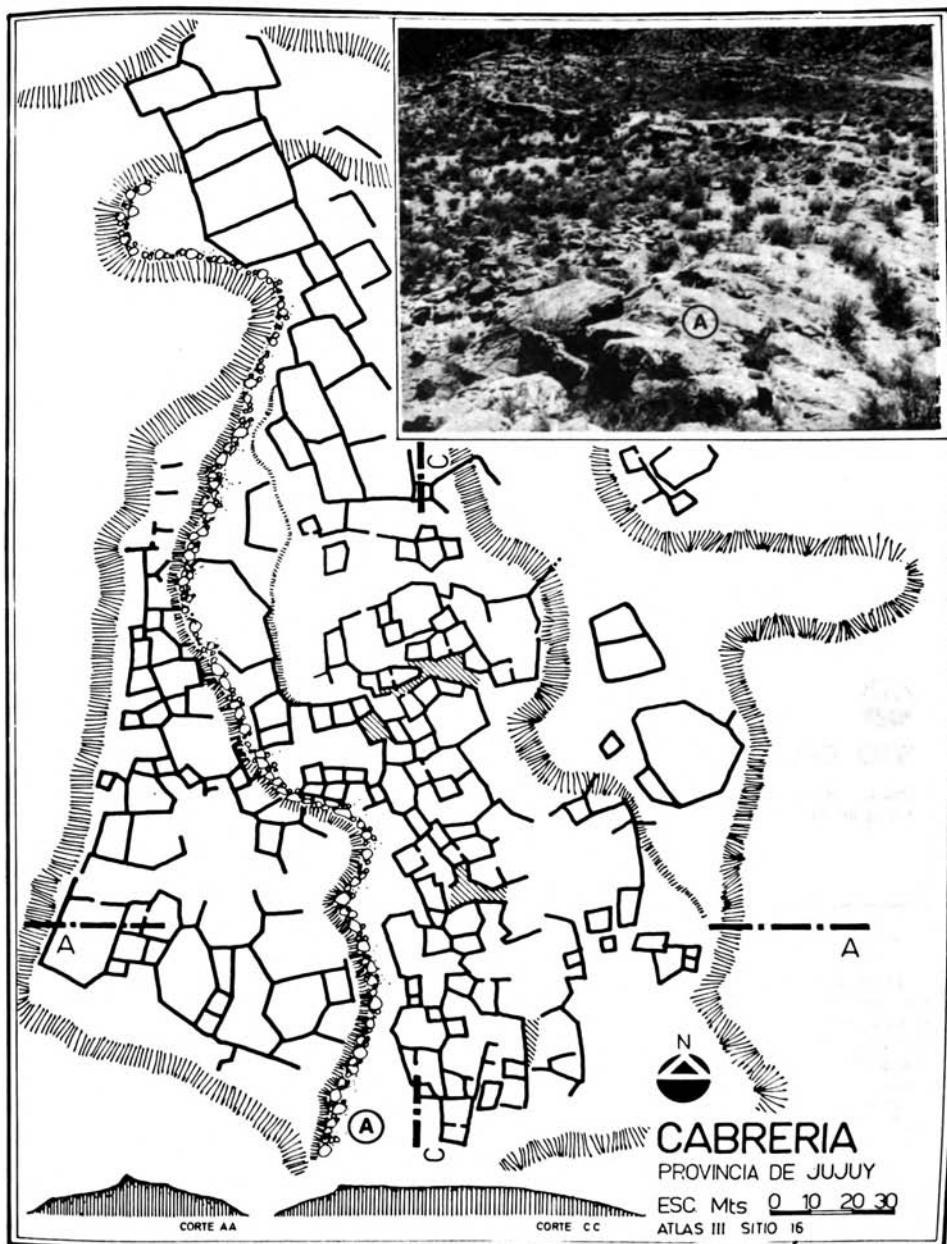


Figura 4.22: Cabrería de San Juan Mayo (P. D. R.). Damero irregular dividido por un afloramiento rocoso longitudinal (A) y FOS de 50%. (P. W., ampliado por nosotros en 1984).

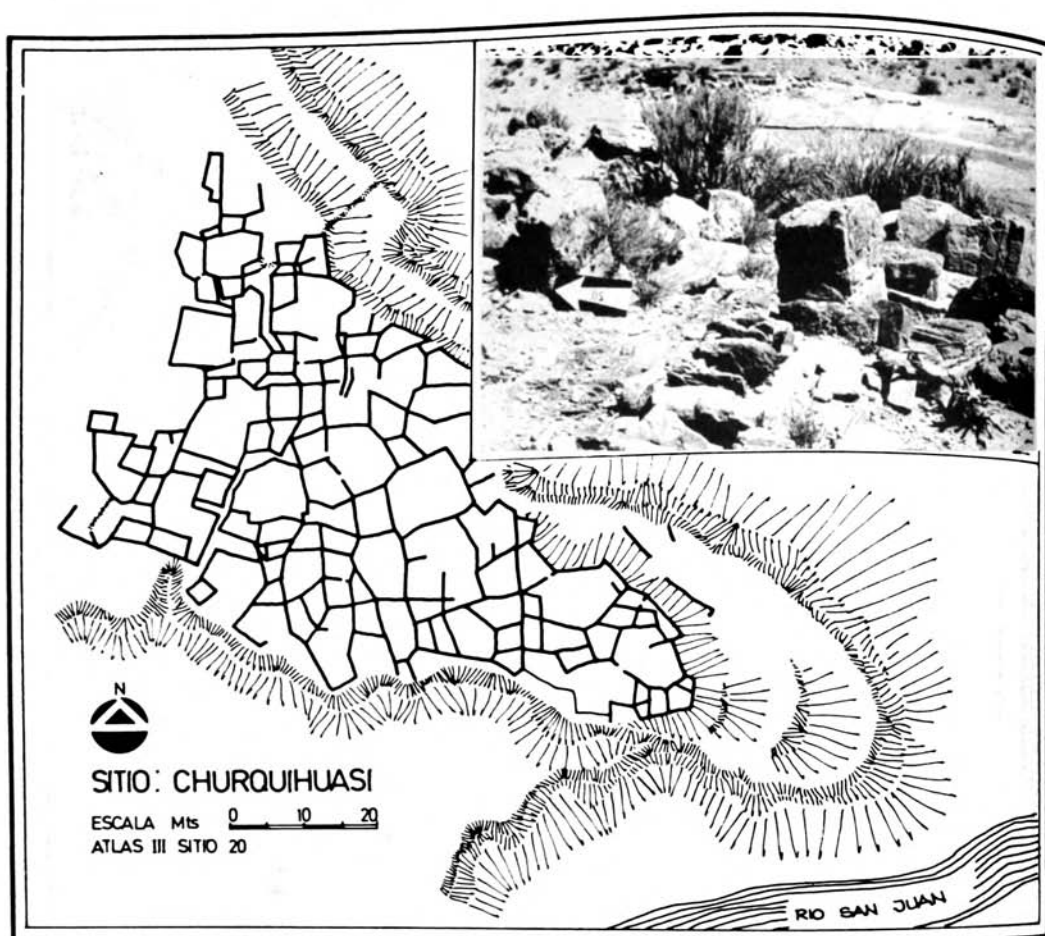


Figura 4.23. Churquihuasi de San Juan Mayo (P. D. R.). Corriparte trazas en damero irregular y lineal con FOS cercano a 95% (P. W., 1920).

de Quilmes, Yasyamayo, Tolombón, Fuerte Quemado, Rincón Chico y Loma Rica de Jujuil. En estos enclaves cada uno de los dameros está constituido por una "casa comunal" de concepción planeada, con planta rectangular, construida a bajo nivel y separada de su vecina por espacios no construidos usados para la movilidad.

Estas casas comunales pueden ostentar dimensiones entre los 30 hasta los 40 m. de lado mayor, por 15 a 20 m. del menor. Poseen una techumbre en galería y a un agua con declive hacia afuera que rodea un espacio central o patio abierto y deprimido. El techo se registra por la presencia de horcones y cimientos de piedras clavadas en el piso que han servido de

sostén a los postes. El bajo nivel con que fueron construidas estas casas comunales se comprueba por las ostensibles diferencias de altura entre los pisos de la vivienda y el exterior, y por el hallazgo de rampas y escalinatas en piedra de acceso.

Cada casa comunal posee corrucciones circulares adheridas o incluidas por debajo del piso. Las excavaciones han permitido reconstruir parte de las actividades desarrolladas. Han sido depósitos o colcas y recintos de molienda — ambos adosados a la vivienda— y tumbas individuales y colectivas —incluidas por debajo del piso— (J. B. Ambrosetti, 1897; E. M. Cigliano y Col., 1960; N. Pellisero, 1981).

Dentro del trazado general de estos poblados

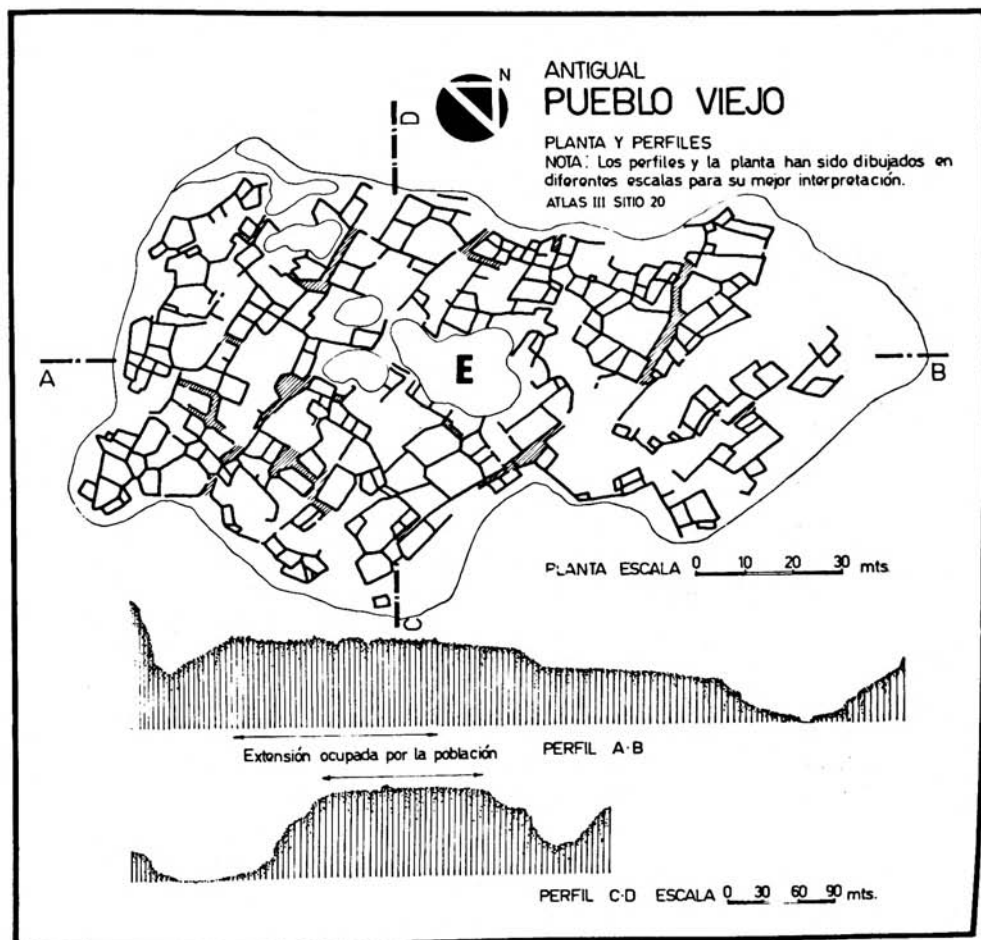


Figura 4. 24: Pueblo Viejo de San Juan Mayo (P. D. R.). Trazado en damero irregular con FOS de 90%. En el centro se infiere una plaza (E). (P. W., 1920).

en damero regular, es posible ubicar el centro neurálgico, sugerido por la presencia de viviendas de mejor factura, como sucede en Quilmes y Tolombón. Estos sectores no sólo expresan mayor calidad arquitectónica, sino a la par una superior concentración de residencias y quizás, un tiempo más prolongado de ocupación.

Algunas de las instalaciones adscriptas al trazado en damero regular, como Quilmes y Tolombón, no sólo poseen una notable cualidad arquitectónica, sino que su envergadura sobrepasa el medio centenar de casas comunales, lo cual sugiere índices demográficos superiores al de Tañil; basados en las mayores posibilidades de habitabilidad de familias extensas que permitían las casas comunales y las evidencias etnohistóricas (Torreblanca; 1696 - 1976). Para el caso Quilmes, Difrieri (1981; 169) conjetura una población de 4000

habitantes, mientras que un análisis personal baja esta cantidad a 3000 (cap. VI; Cuadro IX), a la vez que estimamos para la vecina Tolombón una población cercana a los 2000 habitantes.

Los atributos estructurales y arquitectónicos que caracterizan las instalaciones provistas de trazado en damero regular son los siguientes:

- 1 - Emplazamiento preferentemente en terrenos bajos y amplios, sin condicionamiento topográfico riguroso.
- 2 - Formas rectangulares en las plantas de los edificios que hacen de residencia.
- 3 - Formas circulares en las construcciones accesorias para molienda de granos, depósitos y en las tumbas.
- 4 - Modalidad subterránea en las residencias.
- 5 - La llamada "casa comunal" como resolución planeada y regularizada en toda la instalación.
- 6 - Movilidad interna abierta; no responde a la

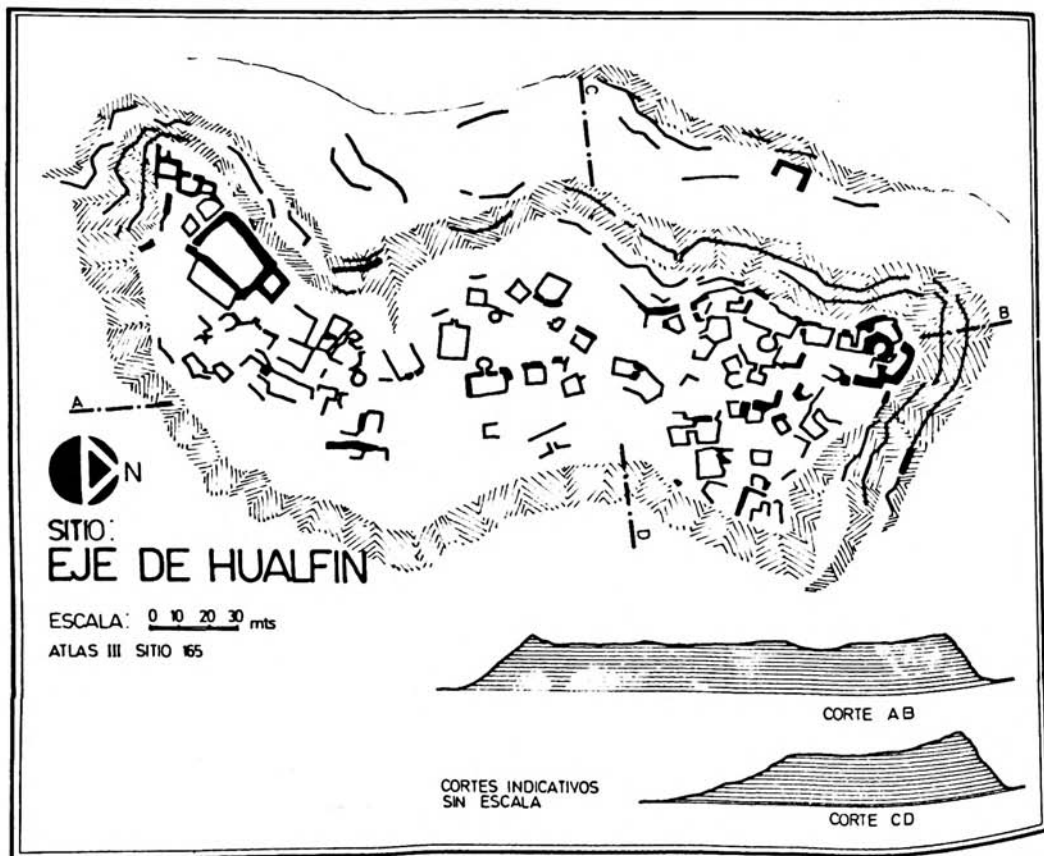


Figura 4.25: Eje de Hualfin con trazado en damero irregular sobre meseta y un FOS que sugiere baja densidad de población: 43% (P. W., 1924).

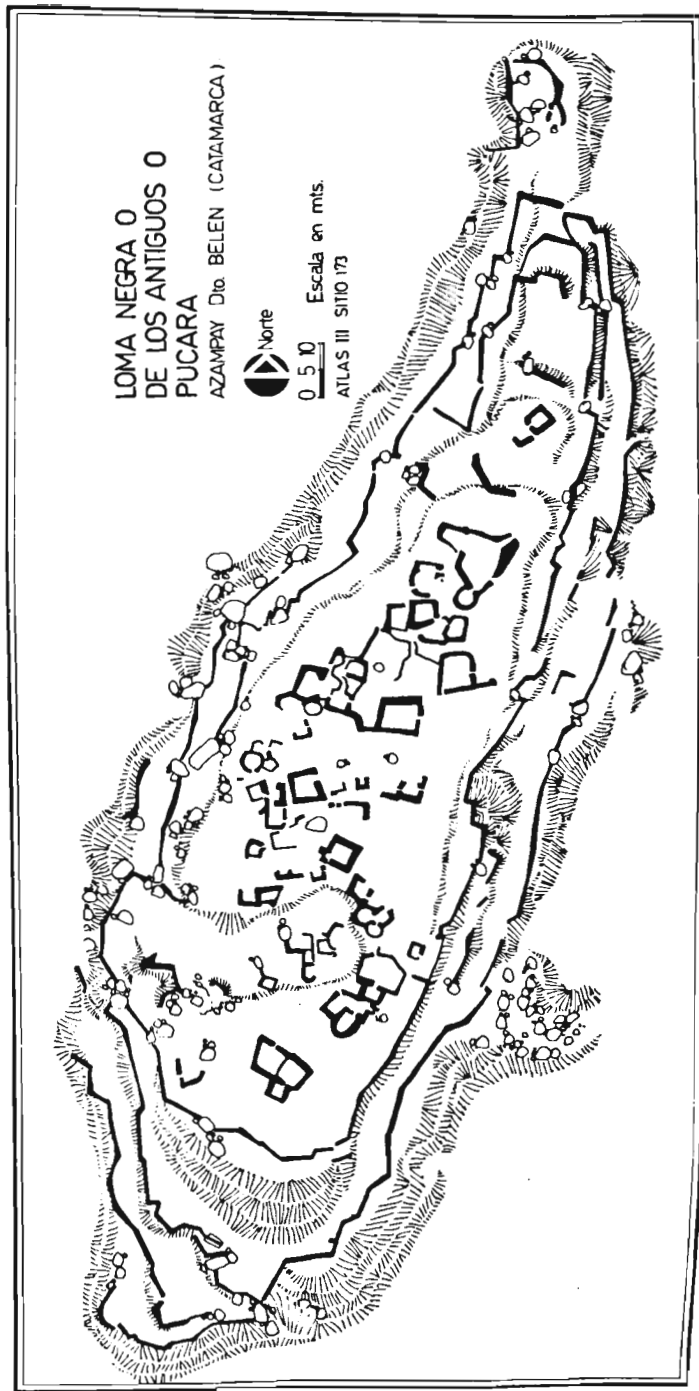


Figura 4.26: Loma Negra de Azampay de Huafin; corlugo traza de damero irregular, lineal y defensivo con FOS cercano a 40%. Debió ser reducto de ocupación transitoria (P. E. B. M. B., revisado por nosotros en 1982).

SITIO: CORRAL QUEMADO

ESCALA: 0 10 mts



ATLAS III SITIO 167



Figura 4.27: Puerta Corral Quemado de Hualfín, comparte trazas en damero irregular y defensivo con FOS de 39% (P. W., 1924).

propia concentración de recintos sino a simples espacios libres entre viviendas colindantes.

- 7 - Descenso a las viviendas por escalinatas y rampas pétreas.
- 8 - Estructura general en tablero o damero.
- 9 - Techumbre en galería que deja libre un patio central y deprimido.
- 10 - Asociación directa con una fortaleza y Pukará de trazado defensivo.
- 11 - Asociación directa con el área de explotación agrícola.
- 12 - Un crecimiento urbano, en gran parte espontáneo, pero integrado por unidades residenciales individualmente planeadas y

estructuralmente similares entre sí, lo que produce una estandarización percibida en toda el área de instalación.

- 13 - Bajos índices de factor de ocupación del suelo (FOS).

Por obra de estos rasgos arquitectónicos y urbanísticos, la "casa comunal", como unidad determinante del trazado en damero regular, se erige como un componente tipificador esencial de la regionalización o territorio del sistema cultural Yocavil, desde Tolombón hasta la Punta de Balasto. Adquiere para nosotros, un rango diagnóstico más taxonómicamente preciso que la clásica urna para el enterramiento de infantes.

ANTIBUAL HUICHAYRA

EN EL VALLE

DEL RIO GRANDE

ESC. mts 0 10 20



ATLAS III SITIO 69

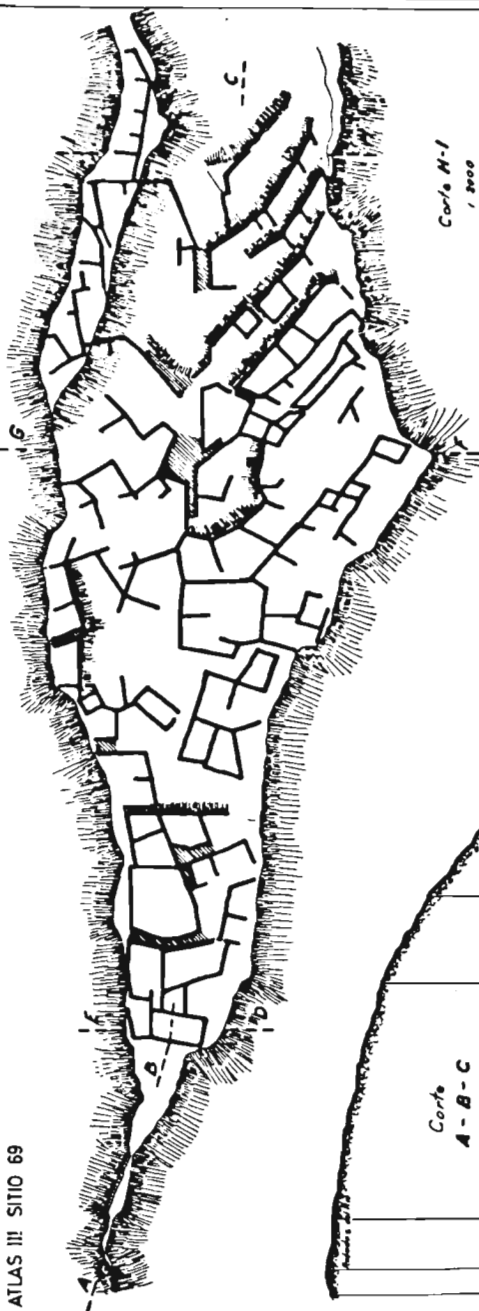
Corte D-E

1:2000



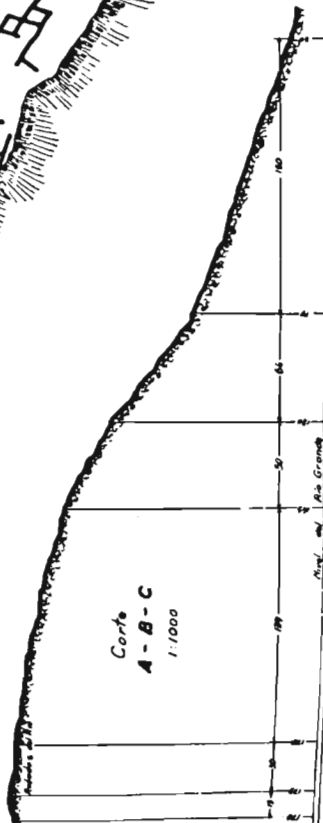
Corte F-G

1:2000



Corte A-B-C

1:1000



Corte M-I

1:2000



Figura 4.28: Huichayra de Humahuaca con traza lineal condicionada por factores naturales: dos quebradas convergentes (P. W., 1919).

El Rectángulo Perimetral Compuesto (R. P. C.)

Una de las manifestaciones urbanísticas con trazado en damero regular o en cuadrículas, con rasgos arquitectónicos de filiación cultural específica, es el Rectángulo Perimetral Compuesto o simplemente R. P. C. Inka. Esta clase de instalación expresa un verdadero estilo arquitectónico de tradición andina, que se genera, cuando menos, cinco siglos antes de la fundación del Tawantinsuyu por Pachakuti, durante el horizonte Wari-Tiwanaku. La denominación de esta singular estructura fue derivada por Madrazo-Otonello (1966) a partir de reconocimientos realizados por G. Willey, sobre estructuras morfológicamente similares en su trabajo sobre patrones de poblamiento en el Valle del Virú, a las que llamaría "*rectangular enclosure compound*" (1953).

Esta vieja instalación pre-Inka sería posteriormente heredada, readaptada y difundida por la vasta región andina conquistada por el Tawantinsuyu, desde Ecuador hasta Mendoza y Maipo. La imposición de este "settlement pattern estandarizado", abarca así el espacio andino del Norte argentino que cinco siglos atrás fue poseído y administrado por los Inka.

Singulares paradojas históricas y antropológicas se nos plantean en torno al damero regularizado de la "kancha" Inka y la urbanización cuadrangular de la Roma imperial —ésta última pacientemente examinada por J. Rykwert en su obra *The Idea on a Town* (1976)—. Ambos estilos urbanos son asimilados por sendos estados antiguos; comparten el privilegio de una herencia cultural de mano de ilustres antecesores, Tiwanaku-Wari en amerindia; Cartagineses, Fenicios y Etruscos en la península Itálica. Posteriormente serán objeto de una espectacular difusión, por mérito de las formidables conquistas territoriales del Tawantinsuyu y Roma. Estos patrones urbanísticos son los protagonistas de un singular caso de desarrollo paralelo independiente y el producto de una amplia difusión por causa de imposición cultural. Una imagen urbana trasgada en serie que, junto al sobredimensionamiento de las redes camineras de uno y otro imperio, significarán verdaderas columnas vertebrales para el control territorial y la movilidad.

Por una parábola histórica, ambos estilos urbanísticos convergerán, enfrentándose finalmente en la sudamérica andina del s. XVI, luego de la difusión hacia el Nuevo Mundo de la antigua modalidad urbana romana, por obra del Reino de Castilla.

Seremos consecuentes con nosotros mismos en la definición del R. P. C.: "... es un conjunto en damero regular preplaneado, formado por una serie de habitaciones inscriptas y adosadas

al muro perimetral a partir del cual se construyeron y que, a la vez, rodean a un gran espacio central utilizado a veces como patio, otras como corral. En manos de los Inkas significó la estandarización de un plano urbano rectangular, planeado en base a la construcción de un muro perimetral..." (R. A. Raffino y col. 1981).

Es oportuno acotar que en numerosos casos las condiciones topográficas han atentado contra la rígida forma del damero regular, produciendo trazas más desprolijas. Es asimismo frecuente observar la integración de varios R. P. C. formando conjuntos adosados entre sí, por compartir los muros medianeros. A esta característica imagen arquitectónica se le pueden atribuir diferentes usos y funciones, como veremos en el capítulo VII.

Excavaciones efectuadas en el interior de los R. P. C. de Punta Ciénaga, en la Quebrada del Toro en 1969, nos permitió advertir algunas diferencias en los usos de sus partes constructivas, con las que se articulan las formas y tamaños de los recintos. Los amplios patios centrales proporcionaron restos de excrementos de camélidos, lo que indica su uso como corrales o sitios de carga y descarga. Los recintos perimetrales adosados a los muros exteriores —en ciertos casos separados de éstos por estrechos pasillos— fueron habitaciones-albergues, a juzgar por los hogares o fogones hallados en su interior. Otras construcciones de planta circular y cuadrangular, de dimensiones más pequeñas que las habitaciones se usaron alternativamente como colcas y como sitios funerarios.

Este tipo de trazado cuadrangular, fruto del planeamiento urbano Inka, se halla pródigamente representado en el Norte andino de Argentina por alrededor de 80 establecimientos estatales, desde el más boreal, el legendario Calahoyo de Juan de Matienzo (Calahoyo Chico) hasta Ranchillos en el Valle de Uspallata (Atlas arqueológico Nro. 4). Su estudio formó parte de un largo proyecto concebido por nosotros en torno al tema Inka y deparó varias publicaciones oportunamente referidas. La imposición desde el Cuzco de estas estructuras arquitectónicas, etnohistóricamente generalizadas bajo el rótulo de "*Kancha Inka*" abarca múltiples concepciones morfofuncionales, desde los simples "*Chasquiwastis*" o mínimos puntos de enlace a la red caminera, pasando por los "*Tampus*", las guariniciones o Pukará, los santuarios de altura y los enclaves de explotación minera y agrícola, hasta arribar a los sofisticados centros administrativos que desempeñaron el rol de verdaderas capitales regionales donde se plasmaba la redistribución imperial. Bajo estas múltiples facetas el R. P. C. conjuga los siguientes rasgos arquitectónicos:

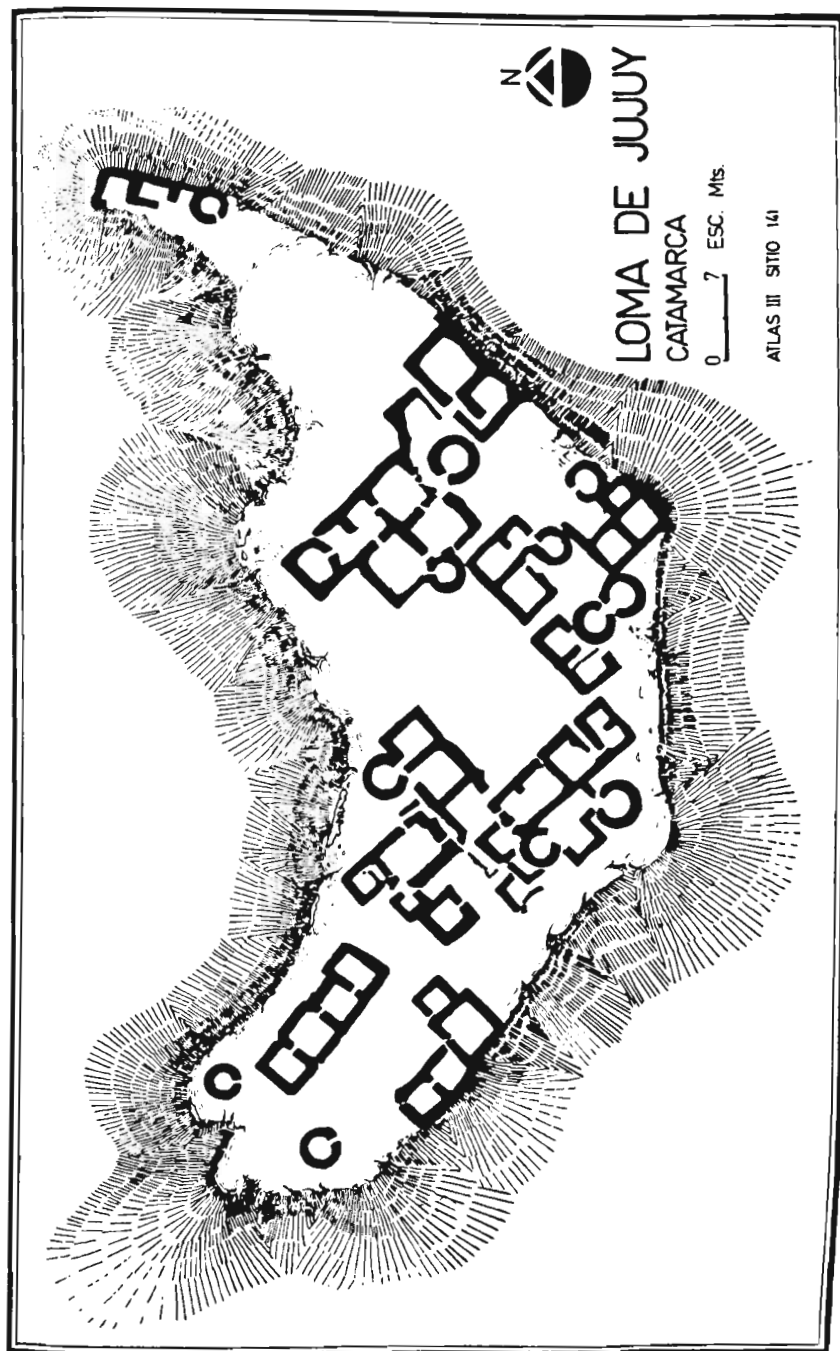


Figura 4.29: Loma de Juju de Yacoví (P. D. R.). Domeros regularizados sobre maseña y articulados con edificios circulares. El FOS alcanza el 50% (P. I. Kate, 1993).

- 1 - formas cuadrangulares y rectangulares en habitaciones y patios y/o corrales.
- 2 - formas circulares en depósitos o colcas y tumbas.
- 3 - habitaciones construidas "en serie", rítmicamente dispuestas, sea adosadas al muro perimetral, o separadas de él por un angosto pasillo. Muy pocas veces se comunican entre sí, sino que lo hacen con el patio que encierran.
- 4 - asociación de más de un R. P. C., compartiéndose el muro perimetral, que pasa así a constituir la pared medianera.

Quedan por considerar los restantes rasgos del contexto arquitectónico y urbanístico difundidos por el imperio Inka y que acompañaron al Rectángulo Perimetral Compuesto en su expansión hacia Argentina. También las combinatorias que este último compone con aquéllos y con rasgos arquitectónicos preexistentes a la conquista Inka, tarea que nos reservamos para el capítulo VII de esta obra.

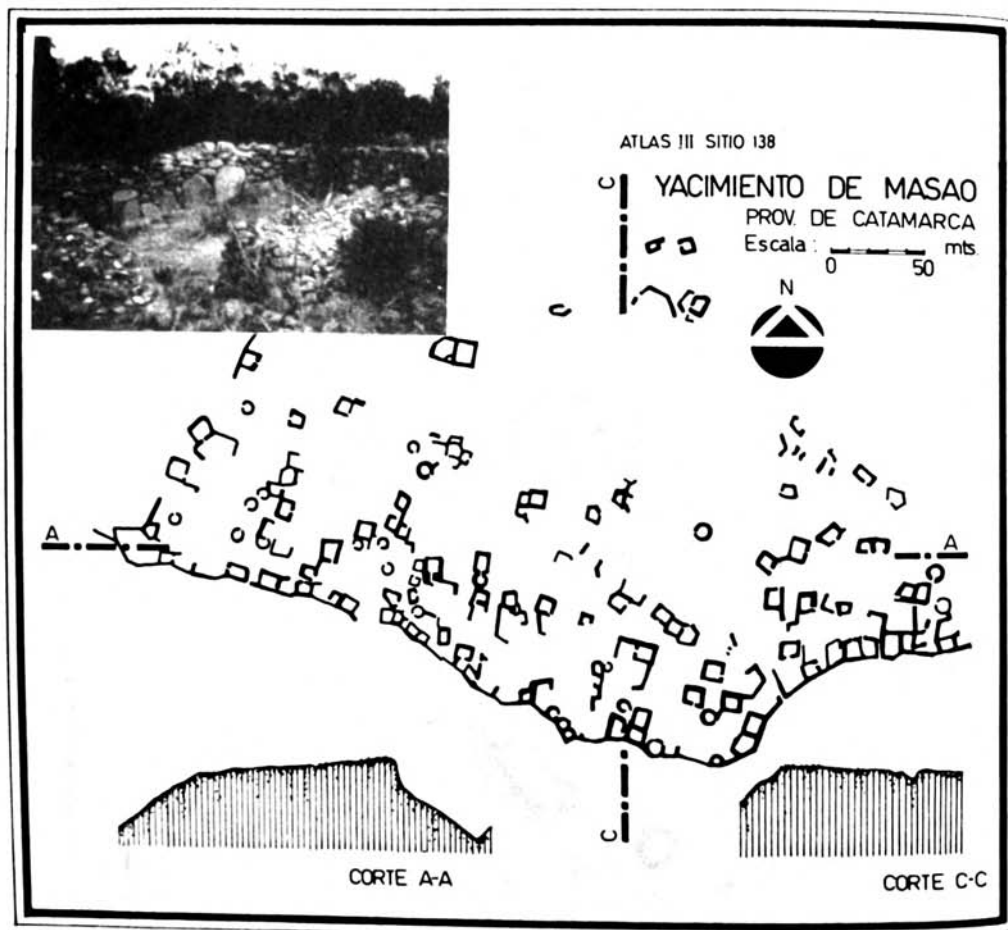


Figura 4.30: Masao de Yacavil (P. D. R.) conjuga traza de damero y lineal sobre el filo de un trazado donde se produce la mayor concentración de recintos. El FOS es de 35% (P. W., 1921).

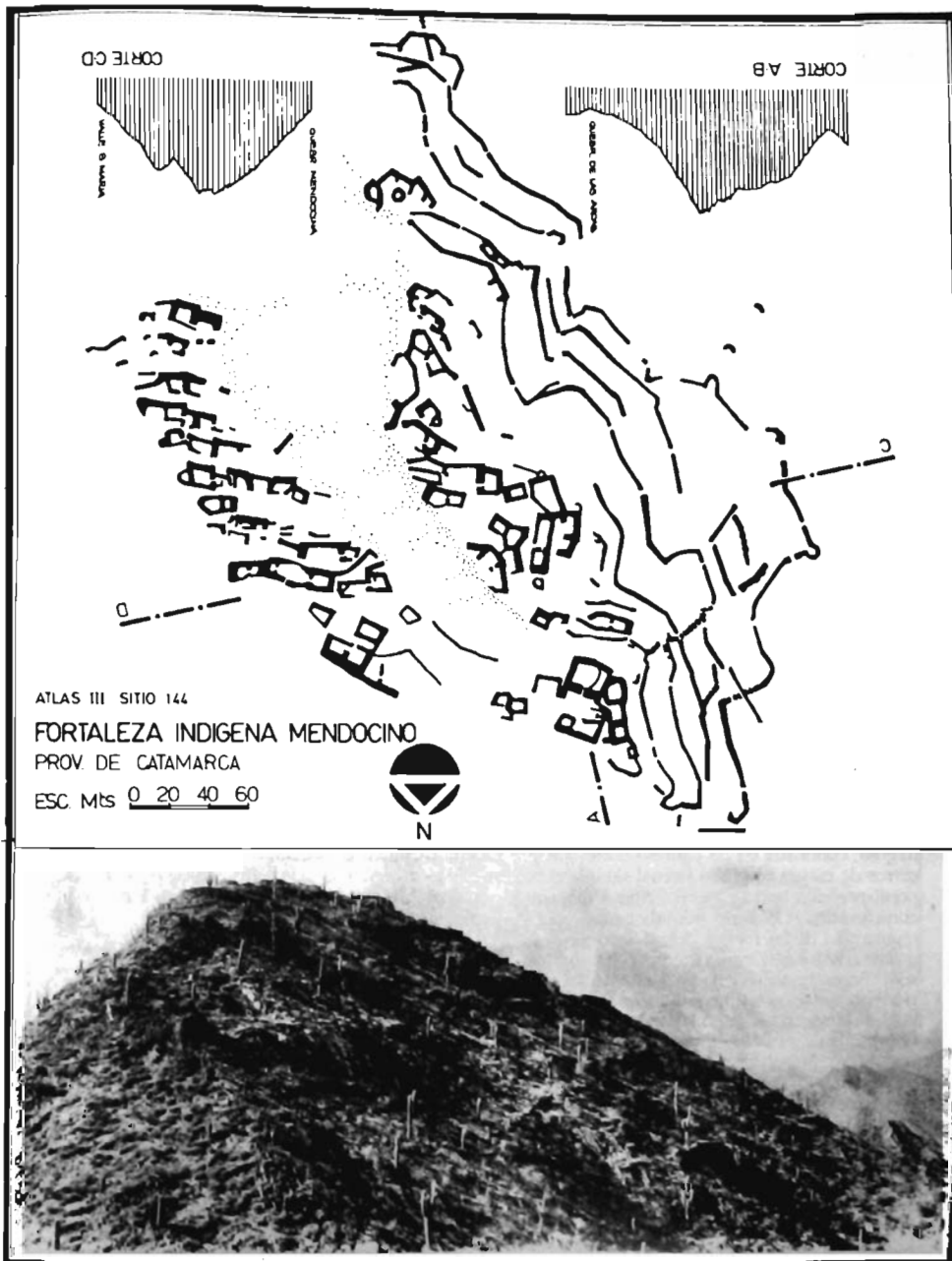


Figura 4.31: Cerro Mendocino de Yacovili. Putaré de traza defensiva con viviendas en damero y FOS de 40% (P. W., 1920:22)

8 - Damero Irregular

Es un trazado conformado por el agregado de partes en damero y agrupadas entre sí en conjuntos articulados y formalmente diferentes. La ausencia de estandarización de las unidades residenciales compuestas ofrece una impresión más anárquica de la instalación, donde el crecimiento espontáneo prevalece sobre el planificado. Las instalaciones pertenecientes a este tipo conforman una unidad estructural con la topografía donde se emplazan, aportada generalmente por una meseta o un pie de monte aterrazado y del cual depende mucho más que en el caso de los trazados en damero regular.

Las unidades residenciales están formadas por agrupamientos de recintos desiguales de planta en damero, en número de 2 a 6 y a veces intercomunicados por vanos; pero éstos carecen de la regularidad —expresada por la repetición de estructuras de planta similar— dentro del espacio urbano. Estos conjuntos sugieren también la posible existencia de grupos familiares extensivos, como las mencionadas casas comunales de Yocavil. Es probable que dada la contemporaneidad de unos y otros, estas diferencias respondan a diferentes patrones culturales.

El universo aislado contiene varias instalaciones con esta traza agrupadas en diferentes territorios arqueológicos. En el valle Calchaquí podemos mencionar a El Churcal, San Isidro, La Paya, Guitián y Mariscal. En Yocavil a la Loma Rica de Shiquimil, y a Pampa Grande en el del Cajón. Las dos últimas, parcialmente contemporáneas con las casas comunales en damero regularizado de Quilmes, denotan la diferente concepción en el trazado. Este comienza con la elección de una topografía frágil, confinada en las alturas de mesetas y cerros de escasa amplitud lo cual significó una predisposición hacia concentraciones urbanas con elevados FOS y una pérdida en la regularidad de las formas del tablero.

Otros sitios que comparten la traza aludida son Tilcara, Juella, Puerta de Juella, La Huerta, Hornadita, Angosto Chico, Ciénaga Grande y Pueblo Viejo en territorio Humahuaca; Cabrera, Churquihuasi y Pueblo Viejo en el valle San Juan Mayo; Morohuasi u Ojo de Agua y Puerta de Tasil en El Toro. El Eje de Hualfin, Asampay y Puerta de Corral Quemado en el valle de Hualfin, y Rinconada en la Puna. Algunas de estas instalaciones conjugan formas en damero irregular de los agrupamientos de unidades residenciales compuestas, con una disposición general lineal, condicionada esta última por el factor topográfico.

La espontaneidad inicial en el crecimiento de estas instalaciones por agregados en damero irregular, determinó sucesivas adiciones de

nuevas partes, así como remodelaciones de otras preexistentes, con el objeto de readaptarlas a nuevas necesidades urbanas. Estas alteraciones ocurrieron en los focos neurálgicos, provistos de los mayores índices de FOS del sitio, y donde el privilegio por su ocupación no quería ser perdido —repetiendo las características apuntadas cuando tratamos el trazado radiocéntrico de Tasil— y pueden ser comprobadas por excavaciones que detectan la yuxtaposición de estructuras funcionalmente diferentes como calzadas, basurales y tumbas. La importancia creciente que alcanzaron algunos sectores del espacio urbano, en especial en los lugares de elevado FOS, y la necesidad de cumplir con nuevos requerimientos y actividades que la creciente concentración urbana imponía, fueron los responsables de tales perturbaciones. Estas circunstancias se perciben en Loma Rica de Shiquimil y El Churcal bajo.

En otros casos han sido las diferencias sociales las determinantes de las remodelaciones del espacio. La instalación La Huerta, en territorio Humahuaca, ostenta una marcada diferencia arquitectónica en su sector central y producida por la ocupación Inka. Esta abarcó un sector preferencial, conteniendo rasgos arquitectónicos "importados", el R. P. C., las escalinatas pétreas, techos en mojinete, jambas y la técnica imitativa de la sillería en los muros. El sector Inka sofisticado es el centro neurálgico del sitio y determinó la construcción de varias calzadas para comunicarlo con el camino real que pasa a un costado. Otras instalaciones coetáneas a La Huerta, como su vecina Coctaca, La Paya en Calchaquí, Quilmes en Yocavil y Turi en el valle del Loa (Chile), sufrieron remodelaciones bajo causantes políticas similares a las de La Huerta.

Las urbanizaciones prehispánicas provistas de trazado en damero irregular conjugan los siguientes rasgos:

- 1 - Emplazamiento sobre terrenos ríspidos, en la cima, laderas de serranías y pie de montes aterrazados. A este dominio natural responde la irregularidad del tablero. Su preeminencia se infiere por el carácter estratégico —quizá como reductos defensivos— por sobre la comodidad de los emplazamientos en los fondos de valle.
- 2 - Formas subcuadrangulares y subrectangulares en las plantas de los recintos.
- 3 - Coexistencia de la modalidad subterránea y a superficie en las partes construidas.
- 4 - Presencia de grandes espacios abiertos o intramuros, a la manera de plazas, como focos neurálgicos hacia los que convergen las vías de desplazamiento interno. Estos no necesariamente pueden corresponderse



CERRO PINTADO

0 10 20 ESC. APROX. EN M.
ATLAS III SITIO 137

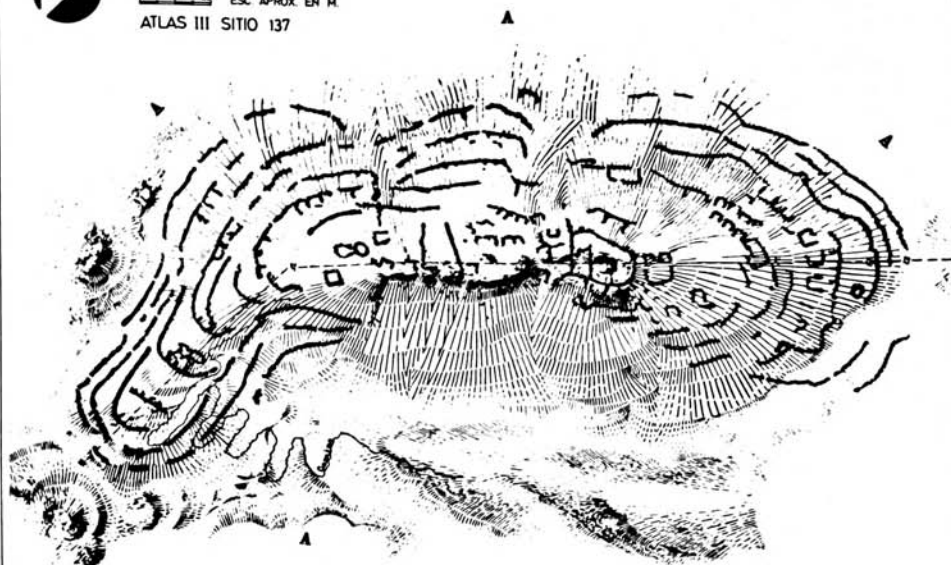


Figura 4.32. Cerro Pintado de Mojarra de Yocavil. Pukará de trazo defensivo con residencias en damero. El FOS sugiere una ocupación transitoria, 25%. Este Pukará protege la población del bajo de Lampacito. (P. T. Kofe, 1893).

con los centros geográficos y pudieron establecerse con posterioridad, como resultado de remodelaciones tardías.

- 5 - Las vías de desplazamiento internas son el resultado de la propia concentración; están generalmente sobreelevadas y poseen un recorrido formando segmentos rectilíneos zigzaguentes, delimitadas por las propias paredes de las viviendas. Los accesos entre calzadas y viviendas no se producen en forma directa, sino a través de vías secundarias.
- 6 - La resolución residencial generalizada consistió en los agrupamientos de recintos iguales o desiguales e intercomunicados por vanos.
- 7 - No existe en estos grupos de recintos desiguales asociados una repetición o formalización generalizada de las estructuras, como sucede con las casas comunales en damero regular.
- 8 - En general transmiten una concepción de crecimiento espontáneo, al menos en las fases iniciales, para luego dar paso a sucesivas remodelaciones localizadas en sectores neurálgicos. Este replanteo del espacio urbano puede obedecer tanto al aumento demográfico, como a diversificaciones de actividades, a diferencias en la concentración de riqueza o prestigio, o a cambios ideológicos.
- 9 - Cuando la topografía fue un factor dominante, algunas instalaciones formadas por núcleos residenciales con traza en damero irregular, asumieron otra general de tipo lineal.
- 10 - Algunas de ellas comparten elementos defensivos con lo cual conjugan trazas de Pukara; entre éstas se cuentan las de Hornadita, Asampay y Corral Quemado.

9 - Trazado en modelo lineal

Esta traza puede ser unitariamente similar a la del modelo en damero irregular, por cuanto sus partes son básicamente ortogonales. Pero además, el tipo de emplazamiento dispuesto a lo largo de un accidente topográfico con el que armoniza, ya sea una línea marcada por una quebrada, o por dos quebradas convergentes, o por una meseta de recorrido longitudinal, o un curso de agua; así como por la existencia de un elemento arquitectónico, como un camino axial o un canal, determina una distribución lineal solidaria con el paisaje donde se asentó, o con el componente artificial que hace de eje. Por estas razones no pocas instalaciones que unitariamente pertenecen al trazado en damero irregular, poseen una conformación general en modelo lineal.

Los poblados prehispánicos de Argentina que pueden ser incluidos dentro del trazado lineal

aparecen luego del noveno siglo y algunos perduran hasta tiempos históricos. Los ejemplos más conspicuos son Volcán, Hornillos, Huichairas, Juella y La Huerta en territorio Humahuaca; Yavi Chico en Puna; Puerta de Tástil y Morohuasi en territorio del Toro; Tinti en el Valle de Lerma; Loma Rica de Shiquimil y Masao en Yocavil; El Churcal, Molinos I y Mariscal en Calchaquí y Asampay en Hualfín.

El trazado lineal se caracteriza por un agregado de partes en sentido longitudinal condicionado o por factores topográficos o por componentes arquitectónicos. Si prima el factor natural (p. ej. Morohuasi, Puerta de Tástil, Mariscal, El Churcal, Molinos I y Asampay), el agregado de partes parece ser espontáneo. En cambio si el agente determinante fue artificial (Volcán y Juella), el mecanismo de planeamiento ad hoc prima por sobre la espontaneidad.

El caso de Morohuasi es ejemplo de una instalación que comparte trazas en damero irregular y lineal. Cada unidad habitacional presenta asociaciones de recintos subrectangulares de diferente tamaño e intercomunicados por vanos. Ostenta además una articulación con el factor topográfico con el que es solidario. La instalación se extendió a lo largo del faldeo del Co. Morohuasi y en forma perpendicular a la Quebrada del Toro. Su armonización con esta topografía condicionó un poblado de menos de 100 m. de extensión N-S. y cerca de 400 m. E-O. En el sector más bajo se observan media docena de montículos basurales de más de 2 m. de altura (excavados por nosotros en 1969 y 1970). Hacia este lugar han convergido varias calzadas de recorrido sinuoso provenientes desde el sector alto o Campo de las Zorras. Desde el mismo fondo de valle, en el paraje conocido como Ojo de Agua, hasta las alturas del Campo de las Zorras, la instalación se edificó compartiendo un trazado unitario en damero irregular y con una configuración general lineal, sobre una pendiente promedio de 15% que asciende en forma paralela al Río Morohuasi.

Dos aspectos urbanísticos llaman la atención en Morohuasi; el primero es la presencia de un cementerio emplazado sobre la margen opuesta al área urbana, sobre una pequeña colina separada por el Río Toro y que parece haber sido deliberadamente seleccionada. El segundo es la existencia de tres sectores con grupos de recintos circulares de 3 a 4 m. de diámetro. Tanto por el tipo de elaboración de éstos, como por su proximidad con el "Inkañan" que une a Morohuasi con Incahuasi de Pascha, podría pensarse que se trata de depósitos o colcas Inka, circunstancia que sólo será confirmada excavaciones mediante. Resta decir que E. Boman en 1902 calculó 300 recintos, mientras



ATLAS III SITIO 136
FUERTE QUEMADO

0 10 20
ESC. APROX. EN M.

Figura 4.33: Fuerte Quemado de Yocavil, una estupenda traza defensiva con varias murallas, laberintos, banquetas, torreones y troneras. El FOS expresa una ocupación transitoria: 30% (P. T. Kite, 1893, óleo de A. Methfessel, 1889).

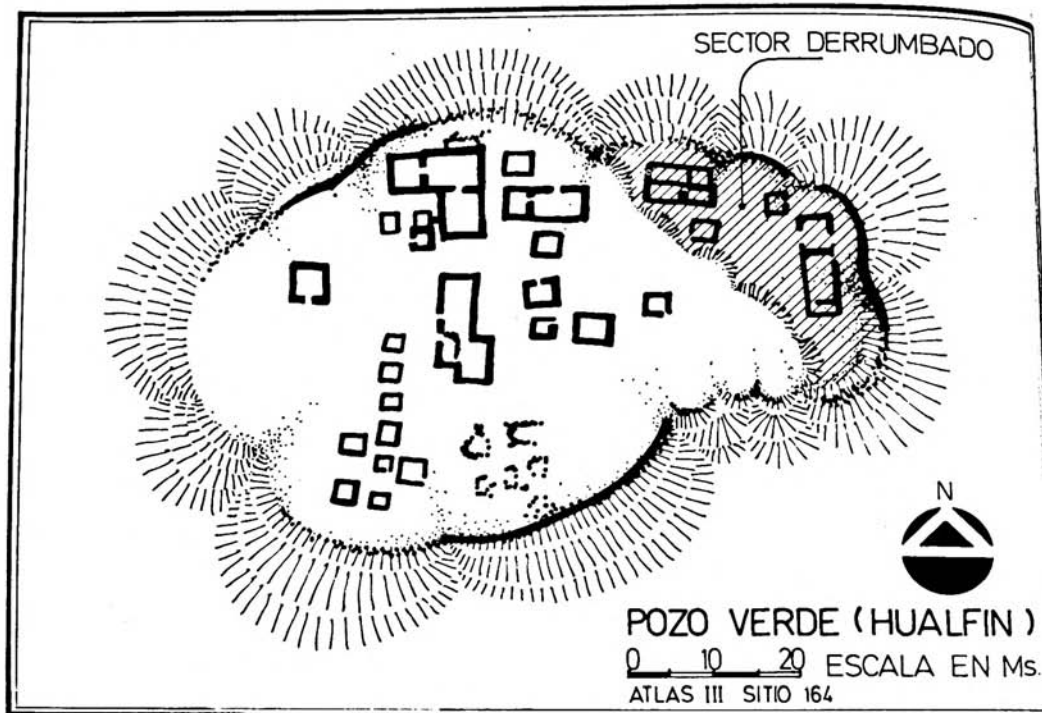


Figura 4.34 (A): Pozo Verde de Hualfin, de traza en damero sobre una meseta con FOS de 25% (P. Bruch, 1911; corregido por nosotros en 1982).

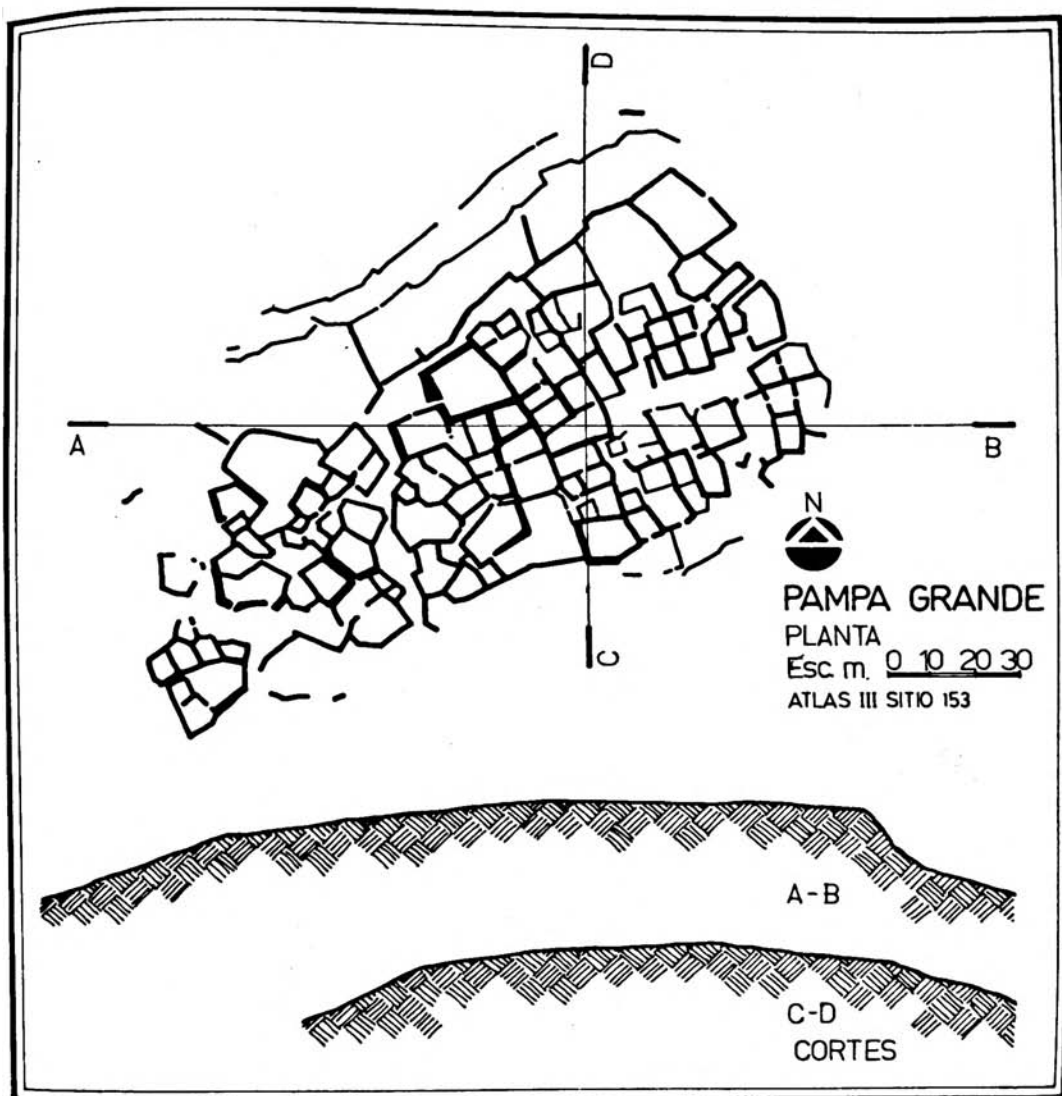
que su camarada de viaje, von Rosen recaló en "500 casas" y nosotros en 110 unidades habitacionales compuestas por 2 a 3 recintos asociados desiguales. Estimamos por ello una población media relativa de 600 habitantes y con un FOS cercano al 80% (E. Boman; 1908, 335. E. Von Rosen; 1957, 152. R. A. Raffino; 1972, 319).

El Churcal configura un caso mixto de unidades residenciales en damero irregular dispuestas en traza lineal a lo largo de una topografía condicionante; un cono de deyección alargado, aterrazado y quebrado por cárcavas. Ocupa un área de 230.000 m², dividida en dos grandes sectores, la población baja y la alta (Cuadro VI.I.). Ambos sectores se hallan separados por un amplio espacio abierto bautizado "el canchón", sobre el que confluye una calzada de acceso desde el fondo del valle Calchaquí. El crecimiento de El Churcal se realizó desde la población baja hacia la alta, siguiendo la dirección que el cono de deyección imponía. Así lo propone la mayor potencia del sedimento arqueológico del sector bajo, en

aparición el más antiguo y la propia comparación de los respectivos FOS; un 33% en la población baja y apenas 20% en la alta (R. A. Raffino, 1984; 229). La existencia de espacio abierto donde conducía el acceso oblitera toda posibilidad de adscribir a El Churcal como Pukará.

El caso de Volcán ofrece un modelo lineal de posible crecimiento planeado y segmentado en dos partes por una calzada sobreelevada. La instalación posee un FOS relativo de 70% y cuenta con unos 100 recintos de habitación y otros tantos funerarios diseminados en una superficie de 170.000 m². La calzada es longitudinal al área urbana y parte de una plataforma artificial por el O. que se inscribe dentro de un espacio abierto o plaza de 8.000 m². Esta integración de tres elementos urbanísticos relevantes, plaza-calzada-montículo, induce la alternativa de que este sector de Volcán haya estado destinado para actividades políticas y religiosas, posibilidad oportunamente anticipada por S. Gatto (1846; 84).

Pocos kilómetros al N. de Volcán el trazado



(B): Pampa Grande del Valle del Cojón, con trazado en damero irregular con FOS de 80% (P. E. Boman).

urbano de su contemporánea Juella repite una fisonomía general del tipo lineal, integrada por un centenar de recintos en damero irregular sobre una superficie de 120.000 m² y con un FOS de 75%. Juella también aparece bipartida por obra de una calzada longitudinal y sobreelevada. Sólo que carece de plataforma y plaza en su cabecera, reemplazadas por una

serie de grandes corrales agrupados.

Los trazados lineales pueden aparecer segmentados en dos partes por obra de un elemento natural, como en El Churcal, o artificial, como en Volcán, Juella y Hornillos. Estos casos nos introducen nuevamente en la problemática ya adelantada en las urbanizaciones radiocéntricas: la eventual

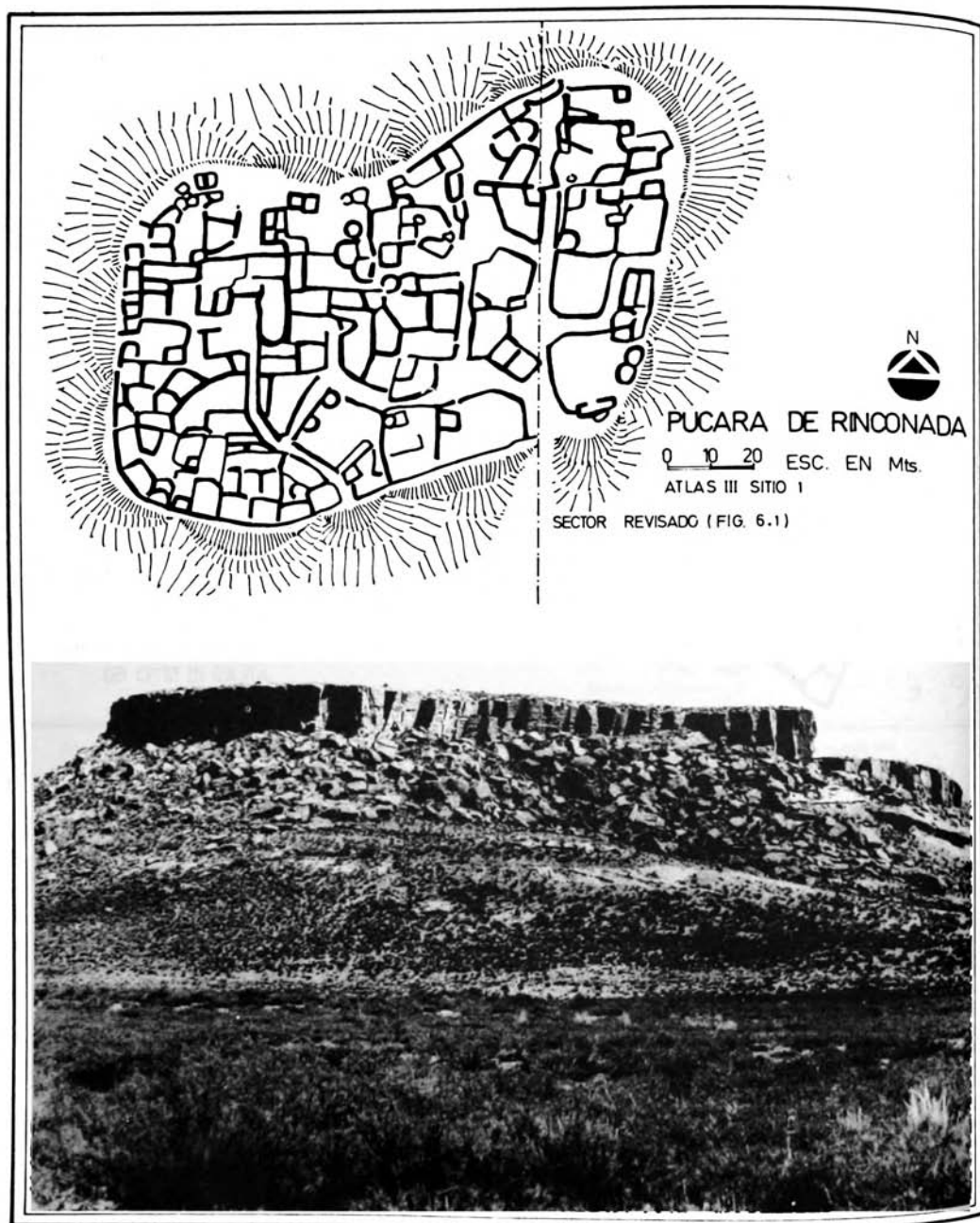


Figura 4.35: Rinconada de Puna con traza defensiva y en damero irregular con FOS de 90% (P. E. Boman).

existencia de instalaciones bipartidas como reflejo arquitectónico de mitades sociales.

Como los tres casos de Humahuaca quizás pueden existir otros; al menos así lo proponen Madrazo y Otonello para Tinti en Lerma y Campo Morado y La Huerta en Humahuaca, como consecuencia de un camino que que segmenta en mitades a la instalación (1965, 17). Sobre Tinti y Campo Morado poco podemos agregar por cuanto no hemos tenido la oportunidad de mapearlos. En cuanto a La Huerta su hipótesis es falsa; no existe tal camino, sino varias calzadas zigzagües y transversales construidas para comunicar al sector Inka preferencial y a los corrales internos con el Inkañan que corre a un costado del sitio. Las calzadas de La Huerta responden a una necesidad de circulación externa e interna y no a una supuesta implicancia social.

En definitiva los rasgos arquitectónicos y urbanísticos caracterizadores de instalaciones provistas de traza lineal son:

- 1 - Un factor causal del trazado longitudinal que puede corresponder a:
 - a - Un accidente topográfico
 - b - Un componente arquitectónico
- 2 - Formas de plantas ortogonales en las residencias.
- 3 - Agrupamientos de recintos a veces articulados por vanos y no necesariamente isomorfos entre sí.
- 4 - Coexistencia de arquitectura subterránea y sobreelevada.
- 5 - Un foco de crecimiento que, cuando es artificial, es una vía de movilidad axial y principal.

10 - Trazado defensivo

Esta traza respondió a la necesidad de proteger la instalación de un posible ataque exterior. Por tal razón el trazado defensivo se efectuó desde afuera hacia adentro, por lo que el punto de partida debe atribuirse a una o más murallas con sus accesorios. Dentro del espacio protegido se inscriben las habitaciones y depósitos, los que en la mayoría de los casos fueron de carácter transitorio. Así lo sugieren los bajos índices de FOS y la poca potencia del sedimento arqueológico detectado.

Los rasgos arquitectónicos funcionalmente vinculados con la defensa pueden ser alternativamente una o varias murallas concéntricas; perimetrales cuando están completas, semiperimetrales cuando son discontinuas. Están formadas por lienzos de apreciable altura (usualmente mayores que los de las residencias), de sección regular o trapezoidal y provistos de accesorios defensivos, como las troneras o saeteras, las banquinas o antepechos, los torreones o atalayas circulares y los balcones de planta rectangular. En algunas

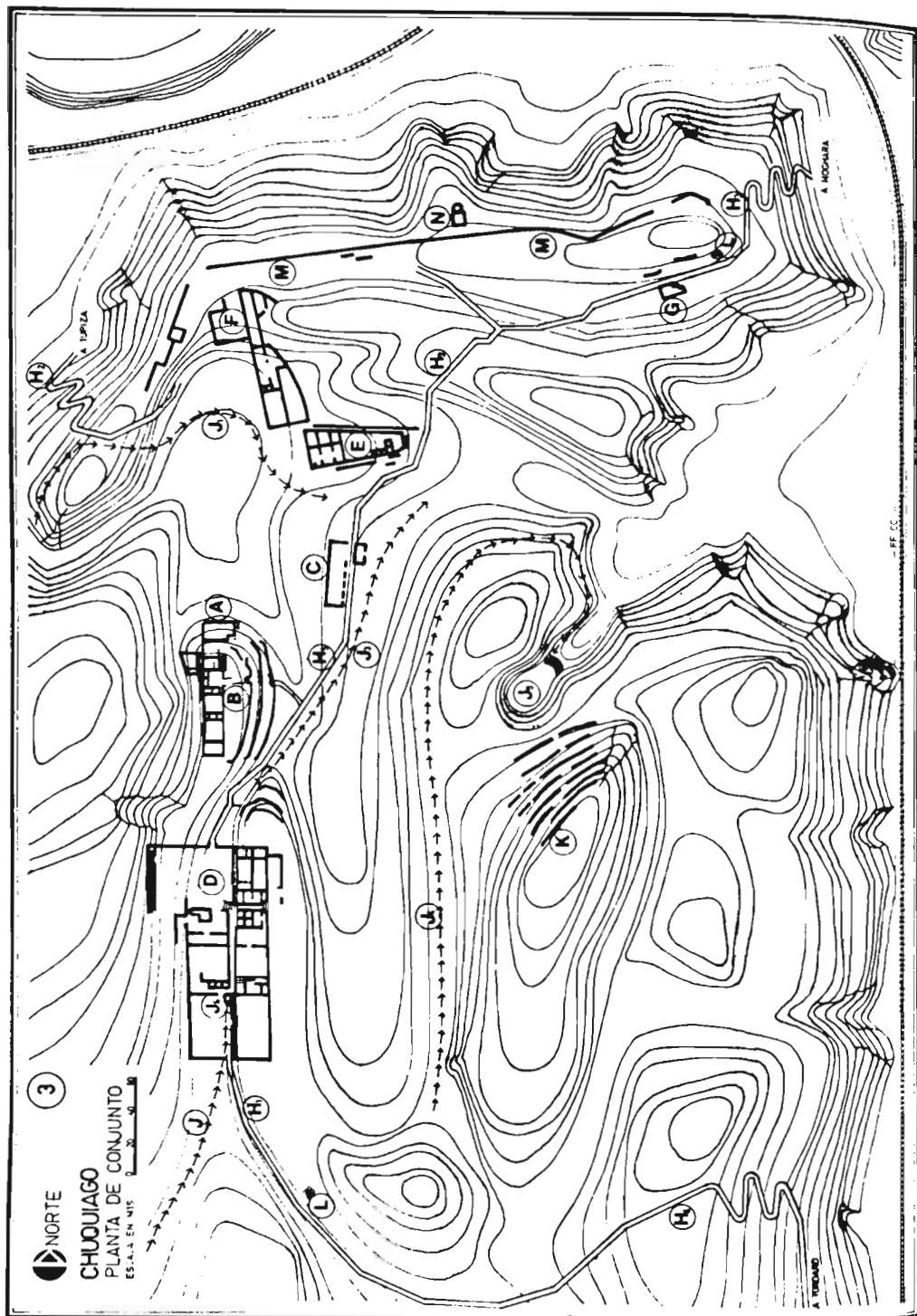
instalaciones el conjunto de murallas concéntricas suele conformar un complejo laberinto de paredes y falsas calzadas que conducen al potencial agresor hacia lugares ciegos donde sería fácilmente reducido. Esta particularidad se observa con plenitud en los faldeos defensivos de los Pukara de Tolombón, Quilmes, Fuerte Quemado, Co. Pintado de Mojarra y Punta de Balasto en el sistema Yocavil; en Corral Quemado y Eje de Hualfin en el valle homónimo y Hornadita y Yacoraité en el sistema Humahuaca.

A los componentes arquitectónicos aludidos debe agregarse la propia naturaleza de una topografía seleccionada a priori para la defensa, siempre fragosa y de perfiles ásperos que dificultan los accesos al sector residencial.

La sumatoria de los rasgos arquitectónicos y el factor natural conducen a formalizar al **Pukara o instalación de traza defensiva plena**, esto es la ciudadela, bastilla o fortaleza. Vale la pena esta aclaración porque dentro del universo andino muchas instalaciones consideradas con ligereza como Pukara en realidad carecen de arquitectura militar, siendo el único factor previsor la propia fragosidad del terreno donde se asientan. En estos casos el factor es exclusivamente natural, y aunque ciertamente la topografía haya ejercido una función protectora, técnicamente no se puede hablar de un trazado defensivo pleno o Pukara dada la ausencia de arquitectura militar ad hoc.

No pocas instalaciones construidas a partir de los siglos IX y X y provistas de trazas radiocéntricas, en damero y lineal presentan sólo el factor topográfico como síntoma de defensa, **por lo que no acceden al rango de Pukara**. Entre ellas se cuentan Tasil, Juella, Tilcara, Loma Rica de Jujuil (cap. VI). Además de la aspereza del terreno éstas pueden atesorar murallas perimetrales o semiperimetrales contenedoras de derrumbes, por lo que podrían ser genéricamente asignadas con el rótulo de "poblados estratégicos", o quizás "pseudopukaras". Esta diferenciación fue anticipada por otros autores en diferentes regiones, como P. Krapovickas para Humahuaca (1969; 11), N. de la Fuente en Famatina (1973; 122) y V. N. Reguciro en su exégesis sobre la subárea valliserrana (1974; 183).

No es por azar que la proliferación de estos poblados estratégicos ocurra en territorios con nichos ecológicos favorables para habitabilidad permanente, como algunos oasis de la Puna, las quebradas de Humahuaca y del Toro, los valles Calchaquies y de Hualfin. Una vez alcanzado el umbral de la capacidad de sustento de estos territorios, las competencias tribales por los recursos energéticos, potencialmente limitados a esos valles fértiles, fue un germen de situaciones geopolíticas inestables. Estos aparentes



④

CHUQUIAGO

PERSPECTIVA DEL CONJUNTO

FIGURA 1. 38



antagonismos serían las causas generadoras de mecanismos de retroalimentación de los sistemas culturales, urbanísticamente reflejados por la erección de las instalaciones "en el alto", como previsión de inputs guerreros. Pero será recién luego de Thupa Inka cuando se edificarán los Pukaras plenos; guarniciones de neto trazado defensivo cuya utilización perdurará por tiempos históricos.

Desde el punto de vista histórico-cultural el Pukara es el más moderno de todos los trazados prehispanicos y su presencia estará destinada a consolidar el espacio incaizado, tanto en sus fronteras como en territorios donde las culturas receptoras no aceptaron de pleno "el orden Inka" (R. Raffino y col. 1982, 258). El sistema defensivo está rodeando a uno o varios conjuntos de R. P. C. Ya en tiempos históricos las trazas defensivas persisten circunscribiendo partes residenciales con imágenes en damero irregular lineal. Este tipo de respuesta es particularmente frecuente en los territorios que fueron escenario de la resistencia aborigen a los embates del español, como los de Calchaquí, Humahuaca, Yocavil y Hualfin.

Otro síntoma discriminador entre los pseudopukaras preinkas y los verdaderos pukara suele ser el FOS. **Mientras que los primeros son poblados de residencia permanente, los segundos fueron ocupados transitoriamente**, cuando la población asentada a sus pies era atacada. Durante nuestros trabajos de campo hemos podido discernir entre ambos tipos, tanto por las diferencias entre las potencias de ocupación arqueológica como por el FOS de unos y otros.

Los ejemplos conspicuos de pukaras de traza defensiva plena en Argentina no son demasiado frecuentes, entre ellos se cuentan:

1-En Calchaquí:

Cortadera
Angastaco
La Angostura
Fuerte de Tacuñ
Pukara de Hualfin

2-En Yocavil:

Pukara de Quilmes
Tolombón
Fuerte Quemado
Co. Mendocino de la Punta de Balasto
Co. Pintado de Mojarras

3-En oasis de Puna:

Coyarcito
Rinconada

4-En Humahuaca:

Yacoraite
Hornadita
Campo Morado (Huacalera)

5-En Hualfin:

Puerta de Corral Quemado

Eje de Hualfin

Loma Negra de Asampay

6-En Aconquija:

Pukara de Aconquija

Estas instalaciones configuran los verdaderos Pukará con trazado defensivo pleno por poseer, alternativamente, los siguientes rasgos infraestructurales y arquitectónicos:

- 1- Emplazamiento intencional en la cima de cerros y mesetas de difícil acceso y estratégicamente ubicados.
- 2- Sistema defensivo artificial formado por:
 - a - Murallas (una o varias) perimetrales o semiperimetrales, formadas por lienzo de sección rectangular o trapezoidal.
 - b - Torreones circulares o atalayas.
 - c - Balcones rectangulares.
 - d - Troneras o saceras
 - e - Banqueta interior o antepecho en las murallas.
- 3- Baja potencia de ocupación (concentración de sedimento cultural=actividad humana) y FOS, acorde con el carácter transitorio de su habitabilidad.
- 4- El crecimiento urbano se genera desde el sistema defensivo hacia adentro; o bien este último fue construido posteriormente para proteger el núcleo residencial.

Con algunas reservas, dado su estado de perturbación, podemos incorporar a esta lista las instalaciones estratégicas de Sorcujo, Doncellas, Pukará de Collansullí de Iruya; Osma en el valle de Lerma y Tin Tin en el Calchaquí; Peñas Blancas o Pukará de Humahuaca, Pukará Morado y Pukará de La Cueva en el territorio Humahuaca.

La utilización de diferentes armas indígenas de tipo arrojado como el arco, la tiradera y la honda de rotación; tanto como las reservadas para el combate cuerpo a cuerpo, como macanas, porras, mazas estrelladas y hachas de piedra y bronce; así como los propios cascos del cerro, acentuarían la inaccesibilidad de estos bastiones amerindios. Sobre estas circunstancias dan fe innumerables testimonios de soldados, clérigos y funcionarios europeos que durante los siglos XVI y XVII sufrieron los avatares de la enconada y patética resistencia indígena; "... es evidente que mil hombres armados de bondas y flechas parapetados allá arriba, derrotarían en esas termópilas a diez mil invasores..."

Exagera el poeta Juan Carlos Dávalos, cuando bajo esas circunstancias imagina la ciudadela del Fuerte de Tacuñ. Aunque no demasiado si recordamos que le costó al español más de 120 años poner fin a los dominios del indio en el Norte argentino; y recién ello ocurrió cuando quedaron definitivamente "fuera de servicio" estos heroicos Pukará.

Capítulo V El Mundo Tribal Sedentario

Las poblaciones dispersas del Formativo Andino, arquitectura y urbanismo sobre una muestra de 20 instalaciones. Relaciones de similitud y diferencia. Presencias recurrentes y excepcionales. Explicación en términos de proceso cultural. Variaciones ecológicas, regionales y cronológicas. Instalación y estructura social.

"... Las unidades constitutivas de la sociedad tribal en la base forman una serie progresivamente inclusiva de grupos, que van desde la familia íntimamente unida hasta... toda la tribu. Grupos menores se engranan con otros mayores en varios niveles de incorporación... Las familias se agrupan en linajes locales, estos en comunidades aldeanas, que a su vez forman confederaciones regionales; estas últimas constituyen la tribu... Por lo general los grupos menores son de parentesco cohesivo; los mayores se nos aparecen como trabazones sociales de los más pequeños, integrados tal vez por lazos de parentesco personal, clan o matrimonio..."

"... La fuerza de la tribu radica generalmente en la residencia y el caserío... Aquí, en la infraestructura tribal, la interacción social es máxima y la cooperación ofrece mayor intensidad. Esta cohesión expresa, de manera general, las limitaciones de las economías Neolíticas..."

"... La tribu segmentaria se divide marcadamente en comunidades locales independientes... Estas comunidades son pequeñas, apenas encierran algunos centenares de miembros... En cuanto a la forma de instalación, el segmento primario puede ser un pueblo compacto o una comunidad abierta de viviendas dispersas o villorios..."

"... El hogar ideal en muchas tribus consta de dos o más parejas conyugales y sus hijos. Esta familia extensiva es, al parecer, más frecuente que la familia nuclear... Una familia extensiva esparce los riesgos económicos... para actividades diversificadas y extensas como las que con frecuencia lleva consigo la economía neolítica...: pastoreo, diversos cultivos agrícolas, caza, recolección..."

—Fragmentos de "Tribesmen", Marshall D. Sahlins; 1972—

El examen que construiremos en este capítulo tiene por protagonistas a las instalaciones construidas por las sociedades tribales del Período Formativo. Es el resultado de entablar relaciones de similitud y diferencia entre 20 sitios, aislados a partir de una población total de más de 250. Se ha estructurado de una muestra en la que se formalizaron 12 rasgos-variables de asentamiento, asociaciones topográficas y funcionales articuladas con el hábitat y la subsistencia; y 43 rasgos-variables arquitectónicos y urbanísticos específicos. Cuando las circunstancias lo permitieron hemos incluido cálculos de FOS. La conversión de un copioso registro arqueológico en información operativa, sobre la que extrajimos los datos no relevantes a nuestros fines explicativos, fue consumada por matrices de datos de doble entrada (Cuadros II, III y IV) con sus

correspondientes observaciones y referencias.

Debemos subrayar el carácter dirigido de la mayor parte de esta muestra analítica. Los 20 sitios son unidades taxonómicas convencionalmente extraídas a partir de una población total de 255 instalaciones; 130 enroladas dentro del subperíodo Formativo Inferior y 127 en el Superior. Cabe aclarar que la segmentación cronológica no es tajante; una buena parte de esos sitios tuvieron un lapso de ocupación prolongado, por lo que trascienden los límites convencionales entre uno y otro subperíodo. Al mismo tiempo y como fundamento de la inocultable arbitrariedad en esta selección, queremos puntualizar que recayó en instalaciones que ofrecían un registro residencial apto para ser transformado en información por medio de una sistemática razonablemente operativa. Se han excluido un sinnúmero de sitios que ofrecían un registro

funerario copioso pero poco relevante en lo concerniente a los tipos de instalación residencial. Esto exime de la muestra a los pródigos cementerios Formativos de los valles de Hualfín y Belén y sus quebradas laterales en Catamarca, contenedores de los artefactos que sirvieron de fuente primordial para anteriores periodificaciones culturales.

La muestra es representativa de cuatro regiones andinas; las quebradas altas que bordean a la Puna atesoran las instalaciones de Co. El Dique, Potrero Grande, Las Cuevas, Campo Colorado, Tres Cruces y Co. La Aguada. Los sitios de Tebenquiche, Agua Chica, Cerro Colorado y Laguna Blanca se arraigan en el altiplano. El Alamito, Tafi, El Pedregal, Ingenio Arenal Centro, Buey Muerto e Ingenio Arenal Faldas del Cerro en bolsones y pic de montes interserranos. Las de Saujil, Palo Blanco, La Rinconada y Bordes Blancos-Refugio-Vialidad representan a los valles preandinos de Catamarca y San Juan. Cinco de las veinte instalaciones fueron estudiadas personalmente (Co. El Dique, Co. La Aguada, Las Cuevas, Tres Cruces y Pro. Grande), El Alamito, Co. Colorado, La Rinconada, Ingenio del Arenal, Buey Muerto, Laguna Blanca y Tafi a través de prospecciones y mapeos a fin de cotejar los componentes arquitectónicos detectados por otros investigadores. Los seis restantes fueron

codificados usando el registro bibliográfico (Cuadro III).

Sobre la base de los registros radiocarbónicos conocemos posiciones cronológicas absolutas. (Cuadro IV, Gráfico II). Las Cuevas es quien ostenta mayor antigüedad, con parámetros iniciales en los alrededores de 500 a. C., por lo que podemos asignarla como la instalación con arquitectura perdurable más antigua del N. O. argentino. Le suceden las de Cpo. Colorado, Co. El Dique, Potrero Grande, Palo Blanco, Saujil y Tafi, con fechas desde los inicios de la era Cristiana hasta el tercer o cuarto siglo. Tres Cruces, El Alamito y Refugio Vialidad alcanzan sus respectivos climas como poblados entre el 300-500 d. C., Co. La Aguada y La Rinconada ostentan fechas ubicadas en tiempos del Formativo Superior. El resto de los sitios carece de fechas absolutas, aunque no de una cronología relativa. Esta circunstancia les cabe a Co. Colorado, Agua Chica, Tebenquiche, Ingenio Arenal Centro y Faldas del Cerro, El Pedregal, Buey Muerto y Laguna Blanca. En ellos la posición temporal relativa surge de la interpolación de indicadores artefactuales y arquitectónicos similares a los enclaves que poseen cronología absoluta.

Finalmente para la ubicación espacial de la muestra analítica, remitimos al lector a los atlas correspondientes.

Sitio	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
Rasgo																				
A. 1.	x	x	x	o	x	x	-	-	-	x	-	-	x	-	-	-	-	-	-	x
A. 2.	x	x	x	x	-	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	-
A. 3.	x	x	x	x	x	x	-	x	x	x	x	x	x	o	x	x	x	x	-	x
A. 4.	-	-	-	-	-	-	x	-	-	-	-	-	-	x ₂₃	-	-	-	o	x	-
A. 5.	-	-	x	x	o	-	-	-	x	-	-	-	x	-	-	x ₁	x ₁	-	-	x
A. 6.	-	-	x	x	o	o	o	-	x	o	-	-	x	-	o	o ₂₅	o ₂₅	-	-	-
A. 7.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	x	-	-	x	-	-	-	o	-	-	-
A. 8.	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
A. 9.	-	-	-	-	o	-	o	o	o	o	x	x	- ₂₀	- ₂₀	- ₂₀	-	-	- ₂₀	-	x
A. 10.	x	x	x	x	o	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
A. 11.	-	-	-	x ₁₂	o	x	o	x	-	o	o	o	-	x ₁₈	o	o	o	x ₁₈	o	-
A. 12.	x	x	x	x	o	o	x	o	x	x	x	x	o	o	o	x	x	o	o	x
A. 13.	x	x	x	x	o	o	x	o	x	x	x	x	x	o	o	x	x	o	o	o
B. 14.	-	-	-	-	x ₁	o	-	x	o	-	x	x	-	x	x	-	-	x	-	o
B. 15.	x	x	x	x	o	o	x	o	o	x	-	-	x	x	o	-	-	-	-	x
B. 16.	x	x	x	o	o	o	o	o	x	x	x	x	x	o	o	x	x	o	o	x
B. 17.	-	-	-	-	-	-	-	-	o	x	-	-	x	-	-	x	x	-	-	-
B. 18.	x	-	x	x	x	x ₁	-	x ₁	o	x	x ₁	x ₁	x	x	-	-	-	x ₄	x ₁	x
B. 19.	-	x	x	x	-	x	x	x	o	x	x	x	x	x	x	-	-	x	-	-
B. 20.	-	-	-	-	-	-	-	-	o	o	-	-	x	-	-	-	-	-	-	x
B. 21.	x	x	x	x	x	x	x	x	o	-	x	x	x ₁	x	x	-	-	x	-	x

B - Rasgos arquitectónicos y urbanísticos:

14. Arquitectura en piedra seca
15. con relleno de ripio y barro
16. Arquitectura en leñosas y material orgánico (en cierres)
17. Arquitectura en tapia
18. Piedra plana
19. Piedra rectangular
20. Planta trapezoidal
21. circular-elíptica
22. rectangular-cuadrangular
23. Tumbas con techo plano de lajas
24. Arquitectura semisubterránea
25. a nivel
26. a sobrenivel
27. Paredes simples
28. dobles
29. con contrafuerte o banqueta
30. con refuerzos basales
31. Vanos
32. Pasillos
33. Deflectores
34. Jambas
35. Dinteles pétricos
36. Columnas
37. Horcones
38. Pisos empedrados
39. Tumbas con forma de bota
40. Tumbas incluidas dentro de recintos mayores
41. Piedra canteada
42. Tumbas aisladas y por fuera del área residencial
43. Fogones u hogares dentro de recintos
44. Unidades residenciales aisladas
45. agrupadas
46. e intercomunicadas
47. Depósitos dentro de unidades constructivas mayores
48. Depósitos independientes
49. Plataforma ceremonial
50. Subtipo Co. El Dique-Taffi
51. Co. La Aguada-Bucy Muerto
52. Alamito
53. Saujil
54. Ambato
55. FOS (%)

Referencias: (Cuadro II)

- 1: Un caso diagnosticado funcionalmente como patio de 7,25 por 5,55 m.
- 2: La planta circular aparece en depósitos independientes a las viviendas llamados "cobertizos".
- 3: Pequeñas construcciones a nivel y agrupadas de a dos o tres, interpretadas como "silos".
- 4: Un recinto (Nº 15 de la excavación) construido con técnica y materias primas de mayor calidad que la media arquitectónica del sitio.

- 6: Un caso de habitación (Nº 10) de planta cuadrangular y otra (Nº 12) romboidal.
- 7: Aparece en cierres de depósitos o silos.
- 8: Recintos subcuadrangulares utilizados como molinos.
- 9: De planta circular y menores dimensiones que las habitaciones.
- 10: Un solo caso (Recinto Nº 10) de 2,50 m. por 2,30 m.
- 12: La autora consigna, además, la presencia de enterratorios debajo de las habitaciones y un "cementerio" anexo en otro montículo vecino, pero no da más datos (M. Tarragó, 1974; 204). Ambos montículos repiten el patrón de Las Cuevas: superposiciones dentro de túmulos de unidades constructivas (habitaciones, tumbas, patios).
- 14: Una tumba en el interior del montículo (S. II) interpretado como un basural.
- 15: Vanos de comunicación interior, sin salida externa.
- 18: V. Weiser registra grupos de hasta 12 tumbas en el sitio Las Conchas, en las proximidades de Ingenio Arenal F. C.
- 19: "... Se los halló siempre bajo el piso de los cobertizos y habitaciones y excepcionalmente en proximidad de las plataformas..." (V. Nuñez Regueiro; 1970; 67)
- 20: Inhumaciones, primarias y directas; no se determinaron formas de las fosas ni asociación con arquitectura funeraria.
- 21: Pozos cilíndricos de 1,10 m. de diámetro con cierres de lajas. En el interior aparecen grandes cántaros de alfarería de paredes gruesas del tipo Co. La Aguada toco (R. Raffino; 1973; 173).
- 22: Grandes recipientes subglobulares de los tipos Las Cuevas gris pulido, Las Cuevas ordinario y Co. El Dique gris-rojo; con tapas de piedra y dentro de patios centrales. Uno de ellos, hallado en C. D. U. II. 4, contenía un cuarto delantero completo de camélido (R. Raffino; 1977; 259. R. Raffino, E. Tonni y E. Cione; 1977; 11).
- 23: Grupos de 2 y 3 recintos circulares pequeños intercomunicados y dispersos entre campos agrícolas.
- 24: El núcleo llega a unas 40 habitaciones diseminadas entre canchones agrícolas.
- 25: Es probable una reutilización de los recintos construidos durante la ocupación Saujil inicial y Ciénaga (Formativo Inferior) por parte de grupos La Aguada (Formativo Superior) los que incorporarían la piedra en algunos lienzos originalmente hechos en tapia (C. Sempé; com. pers.).

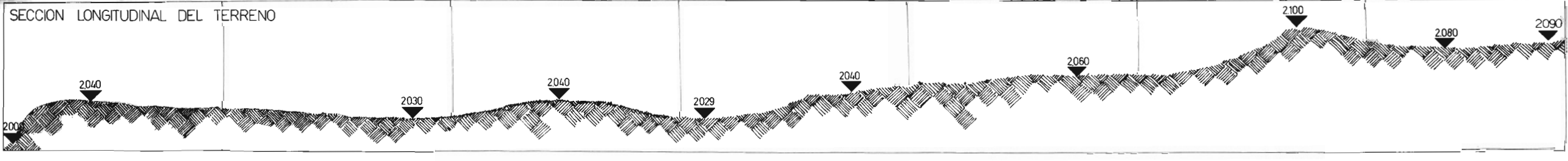
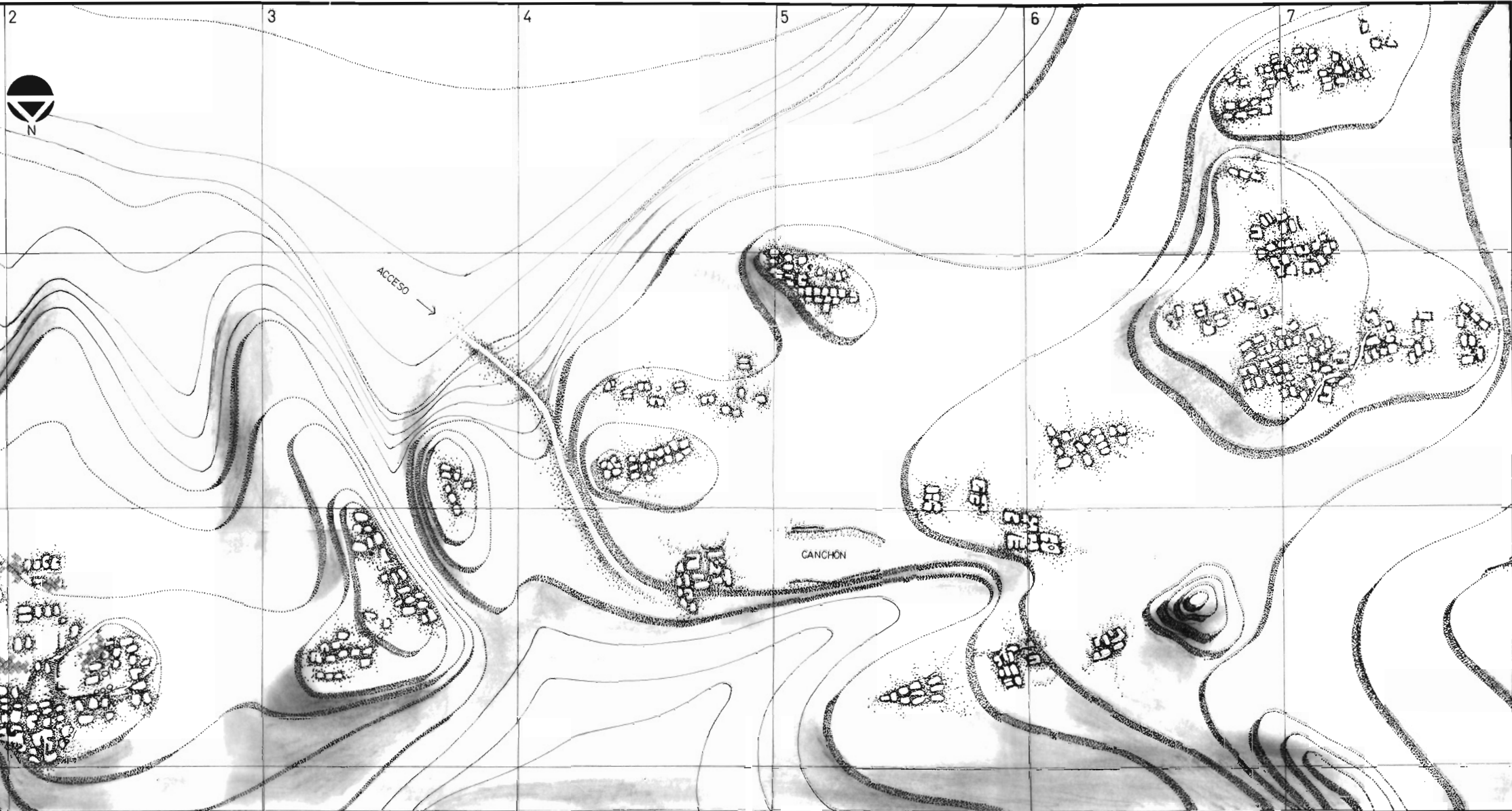
SITIO: **EL CHURCAL**
VALLE CALCHAQUI - SALTA
25° 23' LAT. S. 66° 15' LONG. W.

ESC.: 0 50 mts.

REF.: PEND. DEL SECTOR 1 A 5: 5°
PEND. DEL SECTOR 5 A 8: 7°
524 RECINTOS RELEVADOS

OBS.:

ATLAS III SITIO 108
FIGURA 4.16



Cuadro III
Información complementaria al Cuadro II

Sitio	Ubicación	Muestreo Urbano Unid. const. exc.	Planimetría		Ref. Bibliog.
			parc.	tot.	
Co. El Dique	Qda. del Toro	5 circulares, 12 tumbas, 2 basurales	-	X	Raffino; 1977a y b
Pro. Grande	" " "	2+4 "	X	-	" "
Las Cuevas	" " "	11+2 "	X	-	" "
Ingenio Arcenal Centro	Sa. Aconquija	7	X	-	Cigliano; 1961
Ingenio Arcenal F. del Cerro	" "	15	X	-	Weiser; 1924 Cigliano; 1961
Buey Muerto	" "	(1)	-	X	Weiser; 1924 González; 1970 (inéd)
Alamito	Cpo. Pucará	(2)	X	-	N. Reguciro; 1970
Tafi (Localidad)	Tafi del Valle	(3)	X	-	González-Reguciro; 1960 Lahitte-Berberián-Calandra; 1981.
El Pedregal	" " "	(4)	X	-	Cremonte; 1981 (MS)
Bordos Blancos	V. de Iglesia	(6)	X	-	Gambier; 1974
Palo Blanco	V. Abaucán	10 (7)	X	-	Sempé; 1976 y 1977
Saujil I	" "	5 sondeos	X	-	González-Sempé; 1975.
Cpo. Colorado	V. Calchaquí	(5)	-	-	Tarragó; 1974
Tebenquiche	Puna	6 tumbas	X	-	Krapovickas; 1955
Co. Colorado	Puna	1 monículo (S. 2)	-	-	Krapovickas; 1977
Agua Chica	"	1	-	-	Togo; MS. 1970
Lag. Blanca	" Sur	-	-	-	Weiser; 1924 González; 1954 C. Freyre; 1956
Co. La Aguada	Qda. del Toro	3	-	X	Raffino; 1972
Tres Cruces	" " "	1+1 basural	-	X	Raffino; MS.
La Rinconada	V. del Ambato	(8)	-	X	González (inéd) Fradillo; 1992

Observaciones al Cuadro III:

- (1) Se excavaron parcialmente 5 "núcleos" y, dentro de ellos, 9 "estructuras" de las cuales 1 correspondió a un basural. Los resultados de tales trabajos permanecen inéditos. Los "núcleos" fueron aislados a partir del plano de V. Weiser de 1924.
- (2) Se excavaron dentro de la unidad D. 1. 5 habitaciones, 2 cobertizos, 5 enterratorios humanos y 2 plataformas. Todos dentro de la terraza de 1700 metros. No se utilizaron aquí los registros obtenidos por excavaciones realizadas por R. González entre 1957-59.
- (3) Sondas estratigráficas entre los km. 61-65-

71 hechos por R. González y V. Reguciro en 1960. Trabajos posteriores a cargo de Berberián, Calandra y Lahitte (1981).

- (4) Excavaciones a cargo de B. Cremonte (1981).
- (5) Los resultados de las excavaciones permanecen inéditos.
- (6) Excavaciones sobre 4 sitios, Bordos Blancos, Refugio Vialidad, Algarrobo Verde I y II.
- (7) C. Sempé excavó parcialmente 5 recintos albergue, 2 patios laterales y 3 pasillos.
- (8) Excavaciones a cargo de R. González (inéditas), el material gráfico fue coleccionado por nosotros en 1982 y de J. Fradillo (1992).

Cuadro IV. Registros radiocarbónicos de las instalaciones que integran la muestra del cuadro II

Sitio	fecha (a. C. - d. C.)	Ref. bibliográfica
Las Cuevas	GRN 5852: 535±60 a. C. CSIC 121: 200±80 a. C. CSIC 122: 120±50 a. C. GRN 5399: 255±30 d. C.	Cigliano-Raffino-Calandra (1976) R. Raffino (1977).
Cerro El Dique	CSIC 123: 260±50 d. C.	R. Raffino (1977)
Potrero Grande	CSIC 126: 240±50 d. C.	"
Campo Colorado	SI 1221: 55±70 d. C.	M. Tarragó (1974)
Tafi	GRN 2967: 30±65 d. C. GRN 3031: 20±60 d. C. Y 889 5±55 a. C. GRN 2916 1±60 d. C. GRN 2918 1±60 d. C. Y 888 346±70 a. C.	A. González (1960, 1962 y 1965) " " " " "
Tres Cruces	CSIC 125: 310±70 d. C.	R. Raffino (1977)
El Alamito	FRA 14: 300±100 d. C. FRA 11: 304±38 d. C. FRA 5: 399±100 d. C. FRA 3: 329±60 d. C.	A. González (1959) " " "
Saujil	Tx 984 450±80 a. C. (o) O. 2147 00±105 a. C.	A. González, C. Sempé (1975) "
Refugio Vialidad	Gx 1960: 550±95 d. C. Gx 2311: 445±95 d. C.	M. Gambier (1974) "
Cerro La Aguada	CSIC 124: 680±50 d. C.	R. Raffino (1977)
Palo Blanco	AC N° 0366: 310±100 d. C. AC N° 0365: 190±95 d. C.	R. Raffino-C. Sempé (1974) "
La Rinconada	570 ± 40 / 690 ± 40 d.C.	Raffino (1992)
(o) considerado como demasiado temprano por los autores (op. cit; 99)		
(A) Registros radiocarbónicos en el INGENIO-CONICET (Rep. Argentina) (permanecen hasta el momento inéditos).		

A. Rasgos 1-2-3-4-5-6; Tipos de emplazamiento y asociaciones topográficas de los trazados dispersos del Formativo

Prevalecen los asentamientos dispersos alojados en los fondos de valle o en pic de montes de poca pendiente; contiguos a los cursos de agua, con los que aparecen en relación de dependencia. Estas disposiciones son coincidentes con la imagen general de los trazados dispersos provistos de bajo FOS y carentes de contextos edilicios articulados. Cuando fue posible el cálculo relativo de FOS, se constata una baja densidad urbana.

Dos instalaciones presentan una traza concentrada con FOS superior al 40% y emplazamiento en pic de monte de mayor pendiente. Son Tres Cruces y Co. La Aguada (sitios N° 80 y 81 del Atlas II y 7-19 del Cuadro II). Características parecidas ofrece Ingenio del Arenal Centro (N° 38 del Atlas I y 14 del Cuadro II), sobre el que se observan

concentraciones de 2 a 3 recintos albergues en núcleos alternadamente dispuestos entre campos agrícolas. A pesar de ello Ingenio del Arenal Centro no pierde la concepción dispersa de la traza Laguna Blanca-Buey Muerto. Con Tres Cruces y Co. La Aguada debemos articular implicancias cronológicas a esta tendencia hacia la concentración urbana.

Cinco instalaciones ofrecen estructuras tumultiformes a manera de "mounds". Se trata de Las Cuevas, Co. Colorado, Campo Colorado, El Alamito y Refugio Vialidad (sitios N° 3, 6, 19, 31 y 96 del Atlas I). Si nos atenemos a los datos obtenidos por nosotros en Las Cuevas podemos responsabilizar la naturaleza de estos túmulos a actividades antrópicas. La formación de los montículos obedeció a la superposición de unidades residenciales, funerarias y depósitos de basura sobre un mismo sector. Esta particularidad produjo la paulatina elevación del terreno; a medida que se desplomaba una

unidad constructiva, por encima de sus cimientos era edificada otra. Las excavaciones que efectuamos en dos montículos de Las Cuevas ofrecieron los datos necesarios para articular esta explicación.

El perfil del montículo O. de Las Cuevas contiene las siguientes estructuras, una tumba cilíndrica con techo de lajas como construcción más profunda, (L. C. T-2) ubicada a 1,90 m. de la superficie; por encima de ella, a 1,45 m. el piso, un basural y parte de los lienzos de un gran recinto circular de aproximadamente 12 m. de diámetro, de paredes dobles rellenas con barro y ripio. Por encima de este último, a 0,70 m. de profundidad, apareció una tercera construcción circular de unos 4 m. de diámetro construida con lienzos dobles rellenos.

El otro montículo excavado está situado a medio centenar de metros al N. Presenta la siguiente superposición de los niveles más profundos hasta los superficiales: a 1,65 m. una cámara cilíndrica con techo de lajas identificada como tumba (L. C. T-3); luego un nivel de 0,50 m. de espesor de basura; a un lado, una construcción circular usada como habitación y, por encima del basural y la vivienda, a 0,80 m. de profundidad, el piso y los lienzos del recinto albergue circular (L. C. E-5), de cuyo interior se extrajo una muestra orgánica fechada en 120±50 a. C. (Cuadro IV). Finalmente, por encima de este último un fragmento de 2 m. de muro doble y recto.

Estos casos de superposiciones de estructuras conformando "mounds" de Las Cuevas son predictivos hacia otras instalaciones contemporáneas del paisaje andino y configuran un verdadero **horizonte arquitectónico** que aparece desde los mismos inicios del sedentarismo y se extiende hasta fines del Formativo Inferior. Las instalaciones de traza dispersa con viviendas superpuestas aparecen en las tierras altas bolivianas de Oruro, Wankarani, Cochabamba, Potosí y Chuquisaca; fueron asignadas a la "cultura megalítica o de los túmulos" por Ibarra Grasso (1958 y 1967).

Dentro de la muestra examinada se cuentan Campo Colorado (Al. Tarragó; 1974; 201), Co. Colorado (P. Krapovickas; 1979; 143) y El Alamito (V. Nuñez Reguciro; 1970; 41). En este último, Reguciro puntualiza la superposición de tres habitaciones conformando una estructura monticular que, junto a otras similares, contornean un gran patio. Nuestra explicación a este fenómeno es consecuente con la que oportunamente formulamos sobre el patrón de poblamiento de la Qda. del Toro (R. Raffino; 1977; 283). La tenencia de esos sectores preferenciales, ubicados en puntos neurálgicos en trazados como los de Las Cuevas y El Alamito, no quería ser perdida, aunque la precariedad de la construcción, los frecuentes

incendios de los techos de "hichu", las torrenceras y el tiempo produjeron la destrucción de la vivienda. Si ello ocurría era edificada otra por sobre los cimientos y derrumbes de la anterior, dando lugar a estas formaciones monticulares.

Estas circunstancias se acentuaron en las poblaciones que tuvieron un lapso de ocupación prolongado (p. e. Las Cuevas), ejercieron sus prácticas funerarias en el mismo lugar de residencia —tumbas y entierros en el piso—, y que arrojaron sus desperdicios en los mismos sectores de habitación. La segunda circunstancia se deduce por la positividad que presenta el rasgo N° 40 (tumbas incluidas dentro de recintos mayores), en las instalaciones con túmulos de Las Cuevas, El Alamito, Co. y Campo Colorado. La tercera, por el hallazgo de basurales dentro de las estructuras monticulares; la primera, por el radiocarbono.

Rasgos 7-8; Crecimiento urbano espontáneo, planeado y mixto

Las alternativas observadas en relación al crecimiento en las instalaciones prehispánicas ya fueron desbrozadas en el capítulo IV. En los trazados dispersos del Formativo, la concepción irreflexiva prima en los sitios, a excepción de El Alamito y La Rinconada (sitio N° 31 del Atlas I y 49 del II). Por su parte, los de Saujil y Palo Blanco parecen conjugar un crecimiento mixto; en parte espontáneo y en parte planeado (sitio N° 54 y 56 del Atlas I).

Es sugestiva la posición cronológica de estos cuatro casos, en la transición del Formativo Inferior al Superior o plenamente en el Superior (La Rinconada). También lo es la posición formativa inicial de los 16 restantes enclaves, en los que prevalece un trazado espontáneo. La Rinconada del Ambato es la instalación que alcanza el nivel más elaborado del planeamiento y, según veremos más adelante, no es ajeno a esta sofisticación el paralelo desarrollo de otros rasgos arquitectónicos, con atributos de cualidad relevantes y funcionalmente vinculados con el subsistema religioso.

Los datos manjeados conllevan a que la concepción espontánea inicial se mantiene por gran parte del Formativo Inferior, dando paso, en los territorios de los valles de Abaucán y Campo del Pucará, a instalaciones de crecimiento mixto, ya en las fases finales del subperíodo. Los enclaves ceremoniales del Ambato, expresados por La Rinconada, representan casos complejos y sofisticados de planeamiento en base a una ideología religiosa imperante. Este proceso parece apoyado por la paulatina emergencia, junto a estas concepciones de planeamiento urbano, de otros rasgos arquitectónicos de complejidad creciente con relación al Formativo Inferior; entre ellos,

CD	PG	LC	CpoCol	ACh	Teb	3C	LB	CoCol	LR	Taf.	EP	AL	IAC	BM	PB	Sau	IAFC	Cla	RFA
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
1	22	10	16	18	12	12	11	11	9	17	15	16	12	11	11	11	10	11	11
2	17	13	7	11	12	9	9	6	6	14	13	11	10	10	9	9	9	10	11
3	24	18	9	13	13	12	13	10	17	16	16	19	13	12	12	12	11	12	13
4	20	6	10	10	11	12	12	12	13	13	13	15	10	10	9	9	10	9	9
5	12	8	6	9	3	5	3	5	9	8	8	7	9	8	5	5	8	5	8
6	15	9	12	6	12	6	12	6	12	11	9	12	9	6	6	12	12	9	9
7	20	13	5	7	15	15	13	15	15	15	15	15	15	11	11	14	17	9	9
8	20	5	12	14	14	13	17	17	17	17	17	17	17	10	10	18	13	9	9
9	16	7	7	10	11	3	5	9	9	9	9	9	9	9	9	9	9	9	9
10	11	11	17	13	12	12	12	12	12	12	12	12	12	12	12	12	12	12	12
11	27	25	14	16	15	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13
12	26	17	15	16	13	13	15	14	14	14	14	14	14	14	14	14	14	14	14
13	34	17	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15
14	26	18	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10
15	22	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13	13
16	20	20	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10
17	20	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10	10
18	21	15	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2
19	22	7	7	7	7	7	7	7	7	7	7	7	7	7	7	7	7	7	7
20	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15	15

RELACIONES DE SIMILITUD ENTRE SITIOS FORMATIVOS A PARTIR DE RASGOS PRESENTES

las plataformas ceremoniales del El Alamito y la pequeña pirámide de La Rinconada, el uso de la columna de piedras, los pasillos, la planta trapezoidal y cuadrangular de las viviendas, las calzadas, los cobertizos y otros rasgos no arquitectónicos que identifican a estos enclaves como pequeños centros ceremoniales.

Rasgos 10-12-13; La subsistencia

Es ostensible que estos rasgos están simplificando un vasto cuerpo documental imbricado a un tema que merece un tratamiento más exhaustivo que el que consumaremos. Para paliar esta simplificación remitiremos al lector a obras específicas. La asociación con arquitectura agrícola se verifica en radios de 0 a 1 km. desde el área de instalación, de acuerdo con el análisis sitio-territorio (site-catchment de Higg-Vita Finzi; 1972). Esta circunstancia les cabe a Co. El Dique, Pro. Grande, Tebenquiche, Tres Cruces, Ingenio Arenal Centro y Faldas, Co. La Aguada y Bordes Blancos. Mientras que Laguna Blanca parece configurar un caso particular con mayor radio de captura agrícola. En el resto de la muestra las actividades agrícolas se deducen a partir de la alternativa presencia de utillaje destinado a prácticas de horticultura (azadas y palas líticas), molienda de semillas (molinos, morteros y manos), o cultígenos de diversas especies (maíz, porotos, zapallo, calabaza, quinoa, maní, etc.) e incluso por la existencia de depósitos para albergar granos para consumo y siembra).

Interesa evaluar el registro pertinente a las estructuras agrícolas, cuyos vestigios se presentan en forma de bancales o canchones de planta irregular emplazados en terrenos contiguos al área residencial, sobre las terrazas más bajas de los valles (El Dique, Las Cuevas, Pro. Grande). Ingenio del Arenal Faldas y Centro, Bucy Muerto y Laguna Blanca atesoran una inocultable asociación con canchones subrectangulares, emplazados en alternancia con las habitaciones, en pie de montes de poca pendiente. Tres Cruces y Co. La Aguada poseen canchones subrectangulares sobre pie de montes, río mediante, del sector habitacional. El segundo ofrece además evidencias de prácticas de regadío, por canales o acequias y una pequeña represa ubicada río arriba (R. Raffino; 1972; 172). Bordes Blancos-Refugio Vialidad ostenta depresiones de poca profundidad y dimensiones variables, rodeadas por bordos de tierra producto de la extracción del sedimento, e incipientes canales (M. Gambier; 1974; 29).

La muestra nos enfrenta a un razonable registro en lo concerniente a canchones agrícolas, y a una escasez de información probatoria de prácticas de regadío—excepción hecha del caso Co. La Aguada, poseedor de una cronología francamente formativa Superior— así

como de corrales para el encierro de los camélidos.

Durante el Formativo Inferior está ausente la arquitectura agrícola sofisticada, compuesta por terrazas y andenes, canales empedrados y represas. Técnicamente, los sitios que ofrecen una arquitectura agrícola con cierto nivel de elaboración son Laguna Blanca, Tres Cruces, los de Ingenio del Arenal y Bucy Muerto. En ellos, los canchones son el producto de la limpieza o despedrado parcial de sectores pedemontanos y de pendientes no superiores al 10% y destinados a atenuar, por nivelación, los efectos de la erosión fluvio-cólica.

Estos factores naturales de perturbación son muy frecuentes en una modalidad agrícola dispuesta en suelos con pendiente y sujeta a precipitaciones estivales cortas pero agresivas, como sucede en el N. O. argentino. En ellos se constata una asociación directa con cursos de agua terrestre; pero hasta el momento no han aparecido evidencias fehacientes de un manejo hidráulico, por lo que se podría suponer una estrategia "a temporal" o bien por riego manual.

Co. La Aguada constituye el único indicio de prácticas de regadío con canales, presas y depósitos de almacenaje. Su cronología—620±50 d. C.—implica una plena posición en tiempos formativos superiores. La escasa especialización percibida en la arquitectura agrícola del Formativo Inferior, se confirma por contrastación con otros indicadores de la cultura material y de la dieta alimenticia.

En las instalaciones que ostentan largos lapsos de ocupación, como Las Cuevas, Co. El Dique y Potrero Grande, la seriación de los desperdicios de la dieta hallados en los basurales propone un rol inicial muy incipiente de los recursos agrícolas, los que no alcanzan proporcionalmente a equipararse con los de la explotación del camélido. Con ambos participan los obtenidos por caza y colecta de semillas silvestres (algarrobo y afines) (R. Raffino; 1977; 276. R. Raffino, E. Tonni y A. Cione; 1977; 15. C. Sempé; 1977; 214).

Este panorama inicial del Formativo parece modificarse paulatinamente en tiempos posteriores y de acuerdo a los diferentes hábitats. Los sistemas alojados en la Puna y quebradas de su borde, por encima de los 2500 m. s. n. m., conservan una subsistencia basada en la ganadería, dadas las limitaciones que esos nichos ecológicos imponen a la agricultura y a la difusión del algarrobo. Esto es perceptible en la seriación de los depósitos de Las Cuevas, Co. El Dique, Potrero Grande y proyectable a los demás enclaves de la Puna y quebradas altas. Mientras que en los valles meridionales, nichos ecológicos de sitios con mejores vestigios arquitectónicos agrícolas, como Ingenio del Arenal Faldas del Cerro y Centro, Bucy Muerto,

celso

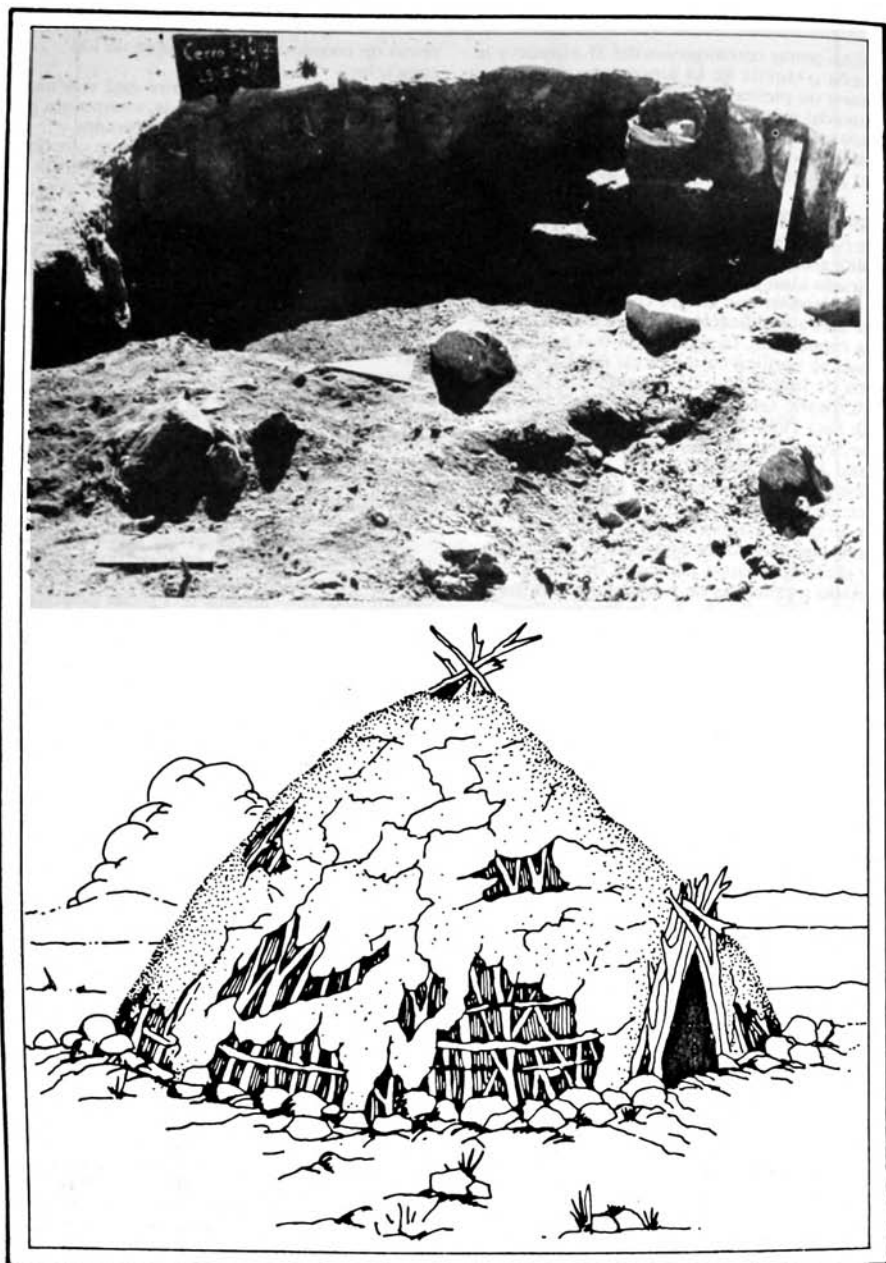


Figura 5.2: Habitación U. H. 1 de Co. El Dique —excavada por el autor y J. Togo en 1969— con paredes simples y posición subterránea en relación al piso exterior (F. A.). Reconstrucción de una vivienda formativa de Refugio Vialidad, San Juan (según M. Gambier; 1974).

o de restos de cultígenos con mayor frecuencia; como Palo Blanco, El Alamito y Saujil, los recursos agrícolas pasarán a prevalecer, luego de una situación inicial caracterizada por un énfasis en las actividades de recolección de semillas silvestres por sobre la agricultura. No obstante el creciente desarrollo agrícola, la captura de energía continuará siendo una actividad relevante, especialmente dentro del área de dispersión del algarrobo y afines.

Los casos Palo Blanco, Saujil y Bordes Blancos: una génesis antrópica o climática en el fenómeno de los barreales.

Estas tres instalaciones representan una muestra mínima de una población que supera el centenar de enclaves formativos, alojados en la sección occidental de los valles de Catamarca, La Rioja y San Juan; entre ellos los de Abaucán, Iñalfin meridional, Famatina, Sanagasta, Vinchina, Iglesia y Calingasta.

Las áreas intramuros se diseminan en un patrón semidisperso por los clásicos "barreales" de la literatura arqueológica; verdaderos páramos o "bad lands" pedemontanos dispuestos a la vera de cauces fluviales, sobre terrazas bajas y medias en las que, en la actualidad, las condiciones de habitabilidad y explotación económica son francamente reducidas o nulas, comparadas con las que evidencian los registros arqueológicos formativos.

Un barreal es el producto de dos procesos geológicos diferentes, uno inicial, de morfogénesis cuaternaria, que produjo la acumulación del depósito, un abanico aluvial y pedemontano dispuesto entre el fondo de valle y la sierra; otro posterior y responsable de la destrucción de la vegetación de leñosas y gramíneas que tapizó aquel depósito. La imagen física de un barreal en la actualidad es la de un abanico aluvial desnudo, arenoso, profundamente surcado por cicatrices de cárcavas yermas, con mínimas condiciones para la habitabilidad humana.

Frente a la cantidad de vestigios arquitectónicos de instalación humana formativa en estos barreales, la pregunta directa es ¿cuáles serían las variables —antropogénicas y climáticas— que actuaron en la conversión de estos nichos ecológicos, originalmente aptos, en los páramos actuales?

Si bien es inocultable que las condiciones climáticas actuales evidencian una degradación en los índices de precipitaciones pluviales, circunstancias vigentes desde tiempos históricos. Las pruebas arqueológicas son contundentes para proponer que en estos territorios occidentales del área vallesana, no se produjo el "éxito reproductivo" (estrategia darwiniana) que caracterizó al Período de Desarrollos

Regionales de otras regiones del Norte argentino (Humahuaca, El Toro, Calchaquí, Yocavil, San Juan Mayo, Casabindo y Doncellas (tratado en el capítulo siguiente). Por lo que es asumible responsabilizar a las tribus del Formativo Superior, regionalizadas en esos barreales, de parte de su fracaso en la estrategia adaptativa.

La creciente desertización de los pie de montes encuentra una arista explicativa antropogénica por la sucesiva "captura de biomasa", fundamentalmente vegetales leñosos, insustituibles para el combustible, y por la limpieza de las pendientes para actividades agrícolas. La ausencia de una tecnología apropiada para detener los procesos de erosión, —riego por canales, terrazas y canchones— y la sobreexplotación del tapiz vegetal parecen ser los vectores conducentes a la degradación física.

Las sucesivas capturas de nuevos pie de montes generaba agriculturas en barbecho a largo plazo (R. Raffino; 1975), explotaciones extensivas que catalizaban los potenciales intentos de concentración urbana. En definitiva se infiere un manejo ecológico y tecnocómico deficiente, los cuales junto a la degradación climática, limitaron la capacidad de sustento de los barreales.

En co-variación positiva o directa, este vector no condujo hacia la formalización de las urbanizaciones concentradas con altos índices de FOS que caracterizan a los Desarrollos Regionales en los territorios más boreales. Los sistemas adaptativos tradicionalmente identificados con los estilos cerámicos Sanagasta y Angualasto continuaron con un manejo agrícola y urbano disperso y extensivo.

Estas circunstancias no pasaron tan ostensiblemente en los sistemas formativos que capturaron nichos ecológicos de la sección oriental, como los de Tafi, El Alamito y Ambato, favorecidos por condiciones climáticas e hídricas menos rigurosas, ni tampoco en los del borde de Puna, como Co. El Dique, Tres Cruces y Co. La Aguada, donde el énfasis en actividades ganaderas permitió una regulación homeostática, que mantuvo la capacidad de sustento sin alteraciones tan significativas como la de los barreales Sudoccidentales.

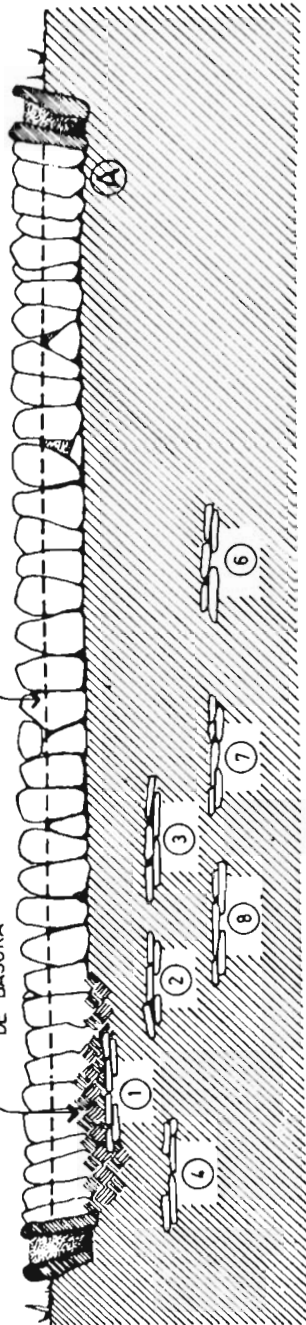
B. Rasgos arquitectónicos y urbanísticos de los trazados dispersos.

Rasgos 14-15-16-17; las materias primas

El análisis comparado de los materiales utilizados para la creación de lienzos, techumbres y cimientos, conduce a interesantes relaciones de similitud y diferencia a las que no escapan implicancias ecológicas, regionales y cronológicas. Las dos primeras ponen en evidencia la singularidad del dato arquitectónico en relación a los restantes componentes de la cultura material, tema ya tratado en el capítulo I,

NIVEL CON DEPOSITACION
DE BASURA

NIVEL DE SEDIMENTO



SECCION NO-SE
Esc mts. 0 1 2 3

CERRO EL DIQUE
SECTOR W

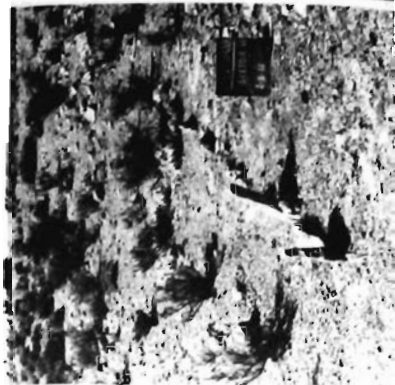
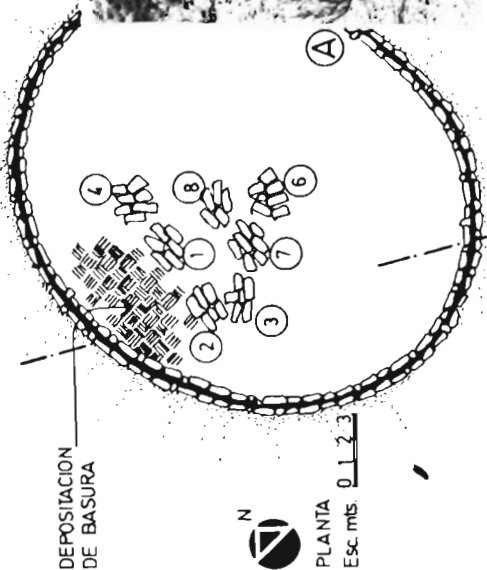
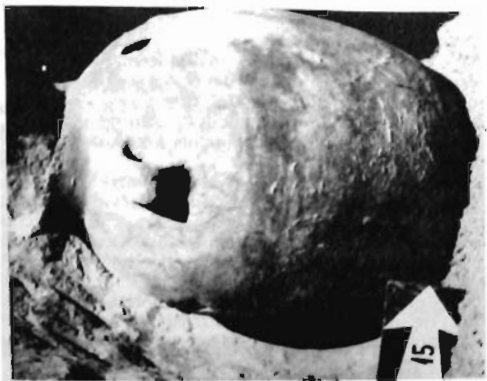


Figura 5.3: Pito cerámico U. H.4 de Co. El Dique (excavado por el autor en 1972). Material orgánico del basura fue flechado en 260± 50 d. C. Sobre el otro extremo del pito fue hallado una alabastra de cerámico (A). Por debajo del pito 7 ósmas lunares con tapas planas de piedra (P. y F. A.).

punto II. Los rasgos 14-15-17 nos introducen en las materias primas usadas por medio de datos percibidos. El número 16 se refiere al uso de materiales perecederos para las techumbres y es más difícil de manejar por cuanto depende en mayor grado de la inferencia.

El uso de la piedra seca es registrado en Laguna Blanca, Tafi, El Pedregal, Ingenio del Arenal y Bucy Muerto. Esto significa una modalidad extendida regionalmente por el valle de Tafi, Sierra de Aconquija y oasis meridional de Puna. Las cinco instalaciones del Toro, Campo Colorado e Ingenio del Arenal Centro, ostentan lienzos de piedra con relleno de barro y ripio. Esto significa un hábitat correspondiente a la región Calchaquí, del Toro y Sierra de Aconquija. El uso de la pared de tapia es extendido a El Alamito y La Rinconada. En éstos, la resolución se combina con la presencia de columnas de piedra dispuestas rítmicamente; enfrentadas sobre los lados mayores de la habitación, a intervalos regulares de uno a dos metros.

Las columnas ostentan una doble función, han servido como sostén de la techumbre ante la imposibilidad de cargar ésta sobre la fragilidad que poscía el lienzo de tapia, y han actuado como apoyatura de la propia pared (rasgo N° 36). Tanto en Saujil como en Palo Blanco la pared de tapia aparece asentada directamente por sobre el sedimento y carece de las aludidas columnas de La Rinconada y El Alamito.

No parecen mediar diferencias substanciales entre la técnica de la pared desnuda y la combinada con ripio y barro, por lo que pensamos en la coexistencia de ambas en estilos diferenciados regionalmente. En cambio, la presencia de lienzos de tapia reforzados con columnas de piedra en El Alamito y La Rinconada, con posiciones cronológicas formativas transicionales y superiores, a los que se vinculan otros rasgos arquitectónicos más complejos, como la planta trapezoidal y cuadrangular, pasillos, cobertizos, plataformas ceremoniales y, esencialmente, planeamiento urbano (rasgos N° 20, 22, 32, 48, 49 y 54), no dejan dudas en cuanto a que estos enclaves del Campo del Pucará y Valle del Ambato representan los casos más tardíos y urbanísticamente más evolucionados de la muestra.

Rasgo 16; las techumbres del Formativo

Se articula con las formas y dimensiones de las plantas, los horcones, niveles de los pisos, capacidad de carga de las paredes y columnas; también depende del sistema natural como fuente de aporte de materias primas aptas como vigas, tirantes y columnas.

Los cierres cónicos son los más frecuentes y

antiguos; están asociados con plantas circulares y elípticas, y en construcciones semisubterráneas con lienzos de piedra seca y con argamasa. Esta resolución ofrece una aparente presencia en por lo menos 11 de las 20 instalaciones de la muestra, entre las que se cuentan las cinco arraigadas en El Toro. Su existencia se percibe por vestigios de "hichu" depositado en el sedimento, por huellas de horcones de postes y por el diámetro de las plantas cuando éstas son circulares o elípticas (rasgos 21 y 37). El carácter de subterráneidad de las residencias de los 11 sitios (rasgo 24) y sus reducidas dimensiones en los diámetros de las plantas, sugieren techumbres muy bajas y de no demasiada consistencia, lo que ha limitado su capacidad de carga al sostén de esqueletos de ramas tapizadas con barro y picles. Tanto en la región de la Puna como en las quebradas de su borde pudo utilizarse, tal como sucede hoy en las culturas criollas, el tronco de cardón; mientras que en los valles meridionales fue de algarrobo. Ambas leñosas han aparecido con frecuencia en los registros de la muestra y son todavía utilizadas por los grupos folklóricos.

En Palo Blanco y Saujil los techos estuvieron constituidos por: "... una doble hilera de adobes sobrepuestos, sustentados por un armazón de ramas entrelazadas, cuya impronta ha quedado en la cara inferior de los mismos..." (M. Scmpé; 1977; 212). Este armazón de ramas mezclado con barro batido constituye el clásico "hichu", cuya difusión por el mundo andino es pródiga desde la emergencia de las sociedades sedentarizadas hasta la actualidad. Esta generalización incluye la porción argentina de ese universo.

Los techos de El Alamito estuvieron formados por: "... tirantes... de troncos, se apoyaban perpendicularmente, otros de grosor más reducido, separados por troncos de diámetro menor y de haces de caña sobre esta caja, a su vez, se asentaban otras dos, formadas: la primera por cañas dispuestas perpendicularmente a los elementos anteriores con alguna separación entre caña y caña; y la segunda, por cañas colocadas perpendicularmente a las anteriores, apretadas unas con otras. Sobre esta armazón iba una última capa de barro..." (N. Reguciro; 1971; 20). Dada la semejanza entre sus respectivos rasgos estructurales y la corta distancia que los separa en tiempo y espacio, esta descripción puede ser interpolada a La Rinconada.

Este autor puntualiza la presencia de dos clases de planta de habitación, trapezoidal y rectangular (existe un caso de yuxtaposición de las primeras por sobre las segundas formando uno de los montículos mencionados en los puntos 5-6). También aparecen dos variantes en la caída de los techos, a una y a dos aguas; esta



Figura 5.2. Aerofoto escala relativa 1:7000 de Laguna Blanca (costa de Puna meridional, Catamarca). En ella se observan centenares de canchales agrícolas y, diseminados entre ellos, habitações cícloves. El trazado general pertenece al tipo Co. La Aguada-Buoy Muerto.

última sugerida por la existencia de horcones axiales en una de las viviendas cuadrangulares (V. N. Reguciro; op. cit.; 17). Los techos de un agua fueron identificados en la habitación trapezoidal N° 3 en la cual: "... las columnas del lado izquierdo o norte son unos 20-30 cm. más altas que la pared del lado derecho o sur...". (V. N. Reguciro; 1970; 66).

La presencia del árbol Aliso, cuyo tronco alcanza varios metros de altura, en los hábitats del Campo del Pucará y Ambato, fue fundamental para el tipo de techumbre que ostentan El Alamito y La Rinconada. Esa longitud permitía fabricar tanto los tirantes que se colocaban perpendicularmente al lado mayor de las viviendas trapezoidales, como las cumbreras que se apoyaban en los postes de las cuadrangulares. En el primer caso, los tirantes eran asentados sobre las columnas ya mencionadas (rasgo N° 36), plasmando un cierre de notable madurez constructiva.

La condición aportada por la poca altura de los techos de las viviendas y la existencia de hogares dentro de ellas, ha debido producir frecuentes incendios. Esta circunstancia se ha comprobado en El Alamito (V. N. Reguciro; 1971; 20) y en Las Cuevas. Es en este tipo de perturbación donde podríamos hallar otro agente responsable de la superposición de viviendas de estos sitios; esto es, que la destrucción por incendio de una, acarrearía la construcción de una nueva yuxtapuesta, produciendo los tómulos aludidos en el rasgo 5.

El N. O. argentino no fue campo de la difusión de los cierres pétreos en construcciones albergue como en los Andes centrales. Los únicos vestigios de cierres de esta naturaleza aparecen en estructuras funerarias y en algunos depósitos alimenticios de Co. La Aguada y silos en Tafi del Valle.

Rasgos 18-19; Los aparejos murarios

El uso de piedras planas, globulares y policédricas en los muros ha dependido del subsistema natural y de la capacidad selectiva e intención de realizar trabajos de canteado para el mejoramiento de los perfiles de piedra. El megalitismo fue un recurso básico y configura una tradición arquitectónica en todo el ámbito andino. Solamente las resoluciones en adobe y tapia pueden competir en popularidad con aquellas.

Observamos un uso extensivo de la piedra irregular y, en menor medida, las planas o lajas naturales (sin canteo). Quizás esto signifique el poco peso que tuvieron los trabajos de búsqueda y selección de los materiales, por cuanto las piedras planas sin canteo coexisten en los sitios con las piedras irregulares, pero con menor frecuencia y reservadas a componentes arquitectónicos cualitativamente

relevantes. Se las observa como cierres de tumbas (rasgo N° 23), como sucede en Co. El Dique, Las Cuevas, Potrero Grande, Campo Colorado, Tebenquiche, Laguna Blanca y Co. Colorado, o de colcas como en La Aguada, también como dinteles (rasgo N° 35), presentes en Tafi.

Otras características conciernen a las diferentes alternativas entre el uso exclusivo de la piedra, o su combinación con otras materias primas, o a su ausencia. Mientras que en Saujil y Palo Blanco se registran usos masivos de gruesos lienzos de tapia, en El Alamito y La Rinconada éstos se combinan con columnas de sostén del techo, elaboradas con piedras superpuestas. En Ingenio del Arenal Faldas del Cerro y Centro, Bucy Muerto y Laguna Blanca, los lienzos presentan alternativamente bloques grandes y pequeños, entremezclados para lograr consistencia en los muros y aumentar su capacidad de carga. Esta modalidad es frecuente en la arquitectura andina desde la misma emergencia del sedentarismo. Casos más sofisticados a nivel atributo o cualidad de estos rasgos podrían ser los estupendos menhires, formados por largos bloques monolíticos con bajorrelieves zoomorfos y geométricos del valle de Tafi, las jambas que delimitan los vanos de habitaciones y patios formativos del mismo valle. Este último rasgo (N° 34) aparece también en forma de grandes bloques con la cara más plana puesta en la fachada del recinto, como en Ingenio del Arenal Faldas del Cerro y Centro y en Bucy Muerto.

La media cualitativa en la selección y trabajo de la piedra para la construcción del Formativo, puede ser superada con finos trabajos de picado, los que plasman construcciones especiales más calificadas. Entre estos casos —no muy frecuentes—, se cuenta el recinto número 15 de Ingenio del Arenal Faldas del Cerro (F. Cigliano; 1961), el U. II. 1 de Co. El Dique, algunas colcas y tumbas de Tafi. La baja frecuencia de aparición de estas construcciones sugiere la existencia de casos especiales, seguramente no destinados a uso de tipo "popular".

Avanzando en la calificación de los muros arribamos a casos más elaborados: las plataformas ceremoniales de El Alamito y la pequeña pirámide de La Rinconada, que atesoran trabajos de cantería intencionada hacia la construcción de fachadas de silliería con fines escenográficos (rasgo N° 41) y sobre la base de una ideología de franco dominio religioso.

En términos de proceso cultural, la norma para el Formativo Inicial es la utilización de la piedra irregular por sobre la plana. Esta última aparece con menor frecuencia y está reservada para componentes especiales, como las tapas de cámaras funerarias. Sobre finales del Formativo

Inferior aparecen los trabajos de selección y cantería en las fachadas de alpataucas, menhires y algunas jambas, de acuerdo a su presencia alternativa en La Rinconada, Tafi y El Alámito.

Rasgos 20-21-22; Las formas de las plantas

El albergue de planta circular-elíptica es la resolución generalizada en las instalaciones más antiguas de la muestra. Las Cuevas, El Dique, Potrero Grande, Tafi, El Pedregal, Agua Chica, Tebenquiche, Laguna Blanca y Refugio Vialidad así lo sugieren. En Ingenio del Arenal Faldas y Centro, Co. La Aguada y Bucy Muerto, la vivienda circular coexiste con otras de planta cuadrangular, aunque estas últimas están también sindicadas a otras funciones (depósitos y molinos). La resolución cuadrangular tiene en Saujil, Palo Blanco y La Rinconada, a sus representantes más conspicuos.

El Alámito ostenta respuestas de planta trapezoidal en las viviendas de tipo B, en coexistencia con otras cuadrangulares (tipo A). V. Nuñez Regueiro (1971; 18) observa un caso de superposición de las primeras por sobre las segundas; esto quizás sugiera una mayor antigüedad para las plantas cuadrangulares con respecto a las trapezoidales. Sin embargo el autor se muestra cauteloso a este último respecto, puntualizando una hipótesis en la cual las de tipo A estuvieron destinadas para tareas domésticas, mientras que las de tipo B lo fueron para albergue (V. Nuñez Regueiro; 1970, 67). Esto significaría una sincronía entre ambos tipos y un destino y propiedad unifamiliar de ambos pero con diferentes funciones. La alternativa cronológica se diluye ante la perduración de las viviendas del tipo A en La Rinconada, ya en tiempos Formativos Superiores.

La muestra está calificada para testear las variaciones en las formas de planta con los referentes cronológicos absolutos y relativos: a una masiva respuesta con tendencia circular, presente en los inicios del Formativo le suceden, a partir del primero o segundo siglo, resoluciones mixtas circulares y cuadrangulares. Los enclaves de la muestra arraigados en los valles de Abaucán, Ambato y Cpo. del Pucará, presentan las manifestaciones cuadrangulares y trapezoidales más complejas y más tardías, con una posición temporal desde fines del Formativo Inferior y todo el Superior.

Rasgos 24-25-26; Arquitectura subterránea, a nivel y a sobrenivel

La vivienda construida a bajo nivel de los pisos naturales es la resolución generalizada durante el Formativo. La facilitación de aspectos constructivos, la capacidad de carga para la techumbre y la necesidad de sobrellevar de la forma más apta posible las contingencias de un clima riguroso, con acentuados alibajos entre

las temperaturas diurnas y nocturnas, parecen ser los agentes causales de tal concepción. Esta última circunstancia se observa hoy día en las técnicas constructivas de las sociedades criollas, con sus viviendas a bajo nivel, destinadas a mantener temperaturas interiores más constantes que las del medio ambiente.

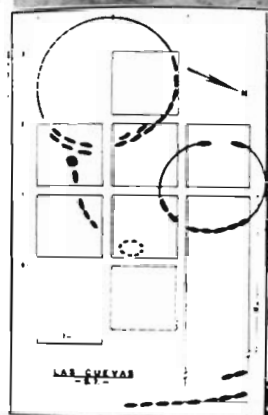
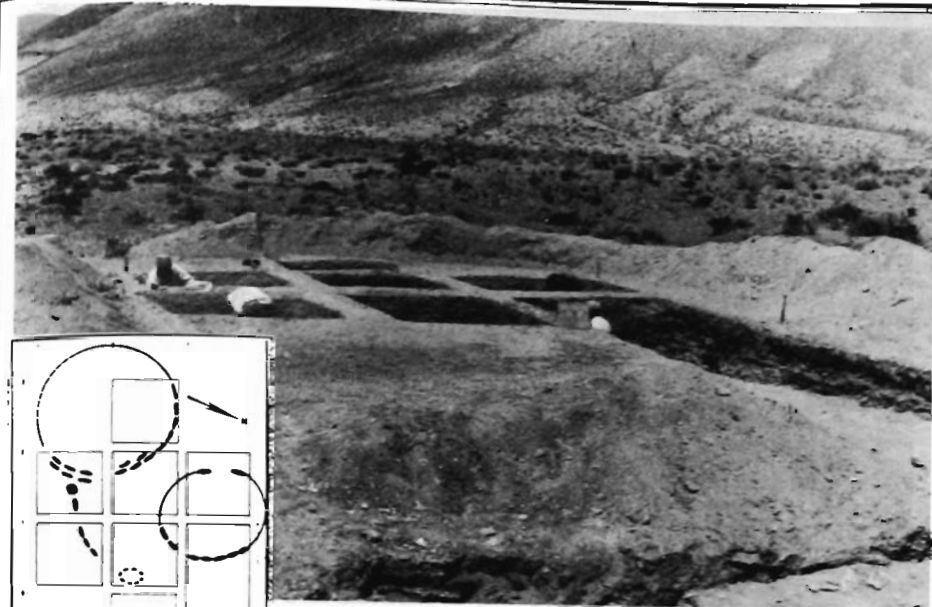
Las escasas excepciones a esta norma se observan en algunos depósitos o cobertizos de Ingenio del Arenal Centro y El Alámito; y en una habitación excavada por nosotros en Co. La Aguada. En ellas, las diferencias de nivel entre el piso exterior y el de la vivienda arqueológica eran mínimas.

La arquitectura ejecutada deliberadamente por sobre el nivel del terreno, aparece en las plataformas ceremoniales de El Alámito y La Rinconada involucrada con fines ceremoniales. Esta resolución responde a la apuntada intención escenográfica, tratada cuando analizamos los rasgos 18-19. No obstante su presencia positiva en el Cuadro II, escapan a estas consideraciones los túmulos de Las Cuevas, Co. Colorado y Campo Colorado, por su diferente concepción e intencionalidad.

Rasgos 27-28-29-30; Los aparejos murarios

Con la técnica constructiva de los lienzos se articulan las materias primas (rasgos 14, 15, 16, 17, 18, 19 y 41), el nivel de las construcciones con relación a la superficie del terreno (rasgos N° 24, 25 y 26) y el subsistema natural. Estas vertientes de asociación conducen al análisis de la significancia que han tenido el medio ambiente y las materias primas en la arquitectura del Formativo. Asimismo se detectan importantes diferencias a nivel regional y cronológico entre unas y otras resoluciones.

En algunos sitios del Formativo Inicial de las quebradas del borde punco, como Co. El Dique y Las Cuevas, las paredes son simples o de una sola hilera en los recintos albergues —circulares pequeños— y dobles en los patios centrales. Esto expresa una coexistencia entre ambas modalidades y una aparente diferenciación de acuerdo con los usos. Todo parece indicar que la pared simple, tanto de piedra como de tapia es solidaria con la arquitectura semisubterránea, y las dobles con los recintos a nivel del piso exterior. Las primeras fueron realizadas con posterioridad a la excavación del pozo destinado a los recintos, a la manera de un tabique que tapizaba el perfil. Esto supone una pared de poca consistencia y destinada a sostener una techumbre de poco peso, compuesta por ciervos cónicos con maderas livianas como el cardón y ramajes de cortaderas y pieles; es decir, los materiales típicos de la Puna y su borde. Es predictivo que estas técnicas constructivas se hayan practicado en otros sitios del Formativo inicial, ubicados



LAS CUEVAS S.7

Figura 5.5. El montículo O de Las Cuevas durante su excavación en 1972. se observan los diferentes niveles en que van apareciendo las paredes (F. A.).

por encima de los 2500 metros de altitud, como Tebenquiche, Campo Colorado, Agua Chica y los de la "cultura megalítica" de Bolivia.

Los lienzos de tapia de Saujil y Palo Blanco son simples, de espesores de hasta 0,90 m. para favorecer su capacidad de carga, y apoyados directamente sobre el sedimento. En cambio en El Alamito y La Rinconada presentan combinaciones con cimientos pétreos y banquetas que hacen de refuerzos basales. Estos elementos de apoyo, así como las columnas, fueron hechos para aumentar la capacidad de carga para una techumbre de mayor peso, dada la eventual utilización de tirantes de aliso y algarrobo, como sostenes del hichu. A nivel regional, la tapia fue un sustituto de la piedra en hábitats como los valles de Ambato, Abaucán y Campo del Pucará, que poseían sedimentos y ramajes adecuados para esta clase de construcción.

Las paredes de tapia, de adobe, y la combinada con piedra y barro, son más térmicas que las de piedra seca y configuran la resolución más frecuente entre las viviendas folklóricas del N. O. argentino. Solamente cuando por alguna circunstancia no pueden realizarse, es cuando se recurre al lienzo de piedras secas.

La muestra nos deriva a la generalización que el lienzo de tapia es posterior y de mayor grado de elaboración que el de piedra. Bastará recordar la posición cronológica de Las Cuevas, Cerro El Dique y Tafi, en relación a la de Saujil, Palo Blanco, El Alamito y La Rinconada. Se rechaza en consecuencia la hipótesis siguiente: "... La arquitectura basada en la construcción de recintos o habitaciones con muros de piedra... pertenece a la última y más reciente etapa cultural del N. O. (argentino). Esta etapa fue precedida por otras que usaban habitaciones hechas de material perecible..." (A. González; 1954, 125).

Rasgos 31-32-44-45-46; Los vanos, los pasillos, la articulación o el aislamiento de las partes de una instalación

El examen de estos rasgos se concatena con el de las alternativas de los trazados dispersos y concentrados (rasgos N° 3 y 4) y los seis últimos del Cuadro II, a los cuales les hemos dedicado el capítulo IV. Los vanos y pasillos son componentes arquitectónicos de significancia para deducir la existencia de articulaciones entre estructuras. Su ausencia en los sitios más antiguos de la muestra, y su posterior aparición a la par de otros rasgos arquitectónicos complejos, apunta hacia la propuesta de que la comunicación entre habitaciones preanuncia a la integración edilicia contextualmente estructurada, que aparece con plenitud en el Formativo Superior.

La inicial estructura molecular de viviendas aisladas, por la ausencia de componentes articuladores, como los vanos y pasillos de Las Cuevas, Potrero Grande y Co. El Dique, donde las viviendas están agrupadas pero no se comunican por partes constructivas, daría paso a la concepción registrada en Tafi del Valle, Ingenio del Arrenal Faldas del Cerro, Centro, Saujil, Palo Blanco y Buco Muerto, en las que aquellos hacen su aparición. Esta complejización, generada por el agregado de componentes arquitectónicos articuladores se acrecienta en El Alamito, La Rinconada y Co. La Aguada, donde son frecuentes vanos, pasillos, deflectores y agrupamientos de recintos.

Estas presencias configuran casos de desarrollo paralelo entre la **conexión de partes de la instalación y la eclosión de las vías de movilidad internas** (La Rinconada); de los **agrupamientos de habitaciones albergue con FOS creciente** (Co. La Aguada) y de los **contextos de edificación y el planeamiento** (La Rinconada y El Alamito).

No es ajena a esta complejización la aparición de arquitectura agrícola sustentada en el regadío por acequias y pequeñas represas (Co. La Aguada); la separación espacial entre el área residencial y los campos agrícolas (Co. La Aguada y El Alamito) y quizás la aparición del cementerio como unidad espacial independizada del área habitacional, circunstancia que adquiere ribetes conspicuos en los territorios de Calchaquí, Huallín y Yocavil a partir de la segunda mitad del Formativo Inferior.

Rasgos 33 a 38; Deflectores, jambas, dinteles y pisos empedrados

Estos componentes dependen de las materias primas y condiciones ecológicas, y contribuyen a definir los estilos arquitectónicos regionales de estas sociedades tribales.

Los deflectores de viento faltan en el Formativo inicial y en la arquitectura de tapia de Saujil y Palo Blanco. Aparecen en cambio en Tres Cruces, Laguna Blanca, Tafi, Faldas del Cerro, Buco Muerto y Co. La Aguada. Su imagen asemeja a una prolongación de las paredes de las fachadas de las viviendas, las que, en las proximidades de las puertas, cambian su sentido, describiendo una sinuosidad de modo que queda formado un pasillo-deflector, cuyo destino fue el de amortiguar la intensidad de los vientos dirigidos hacia el interior.

El pasillo-deflector ofrece imágenes más acabadas en El Alamito, donde pasillos de 4 a 6,5 m. de largo conducen al interior de las viviendas. Esta alternativa es explicada por V. Regueiro: "... las habitaciones... orientan sus pasillos en dirección opuesta a los vientos predominantes..." (1970; 65).



Figura 5.6. Uno de los menhires de Tafi en el que se han grabado en bajorrelieve una representación antropomorfa. Originalmente este monolito estuvo articulado a un conjunto residencial con traza Co. El Dique-Tafi.

Las jambas están también ausentes en los sitios del Formativo inicial y en Saujil y Palo Blanco. Se formalizan por dos bloques megalíticos que delimitan, por ambos lados, los vanos de acceso a los recintos, como en Ingenio Arenal, Bucy Muerto y Tafi. Las jambas más sofisticadas son los colosales menhires de Tafi, formados por bloques monolíticos tallados en granito cuya posición original fue la de jambas de acceso a los conjuntos habitaciones-patio, o también adosados a las paredes en lugares claramente visibles.

La causalidad ritual de estos menhires es incultable, a la vez que configuran una manifestación relevante para recomponer la conducta social de sus hacedores. A la aludida posición debe sumarse, en no pocos de ellos, la realización de bajos y sobrerelieves zoomorfos, máscaras y meandros, recordando a los totems clánicos descriptos por los etnógrafos en las sociedades tribales de varias partes de la América indígena, desde la costa pacífica de Canadá hasta el Chaco boreal.

Una sociedad tribal segmentada en clanes o grupos de parentesco, unidos e identificados con un antepasado común, a veces un prototipo animal, cuya imagen está plasmada en el **dibujo clánico** labrado en el menhir de acceso a las viviendas del clan, o en la pante más visible del patio central, donde, a la vez se enterró a los muertos del grupo. Ya hace algunos años habíamos formulado la hipótesis de la existencia de familias extensas, integradas por más de una pareja matrimonial con sus proles, para el caso Co. El Dique (R. A. Raffino; 1977, 283). Tafi aparece como un caso socialmente más complejo, donde la estructura de familias extensas parece configurar grupos de parentesco simbólicamente articulados por estos colosales menhires.

Esta localidad atesora además los dinteles pétreos cargados sobre jambas, coronando los vanos que comunican las habitaciones con el patio central. Estos componentes, junto a los pisos empedrados de Agua Chica, representan casos de esporádica aparición en la muestra arquitectónica del Formativo

Rasgo 36; Las columnas

Las columnas-sostenes en las viviendas de El Alamito y La Rinconada fueron mencionadas cuando tratamos las techumbres, pero existen dos aspectos complementarios que dada su significación no podemos soslayar. Uno de ellos relacionado con su técnica constructiva; el restante de índole cronológica cultural.

Estos singulares sostenes estuvieron confeccionados con clastos planos y superpuestos hasta alcanzar alturas no mayores a la de las paredes, en un sistema residencial subterráneo. Las columnas son así respuestas

vinculadas con una vivienda que no se eleva por sobre el piso natural sino que fue concebida a bajo nivel (rasgo N° 24). Esta característica aumentaría notoriamente la capacidad de carga de las columnas, al estar éstas apoyadas en las paredes naturales que surgieron de la excavación de la vivienda. A la vez, permitiría que las paredes de tapia interpuestas entre las columnas y que revestían los perfiles naturales de la excavación, tuvieran una mayor apoyatura y consistencia. El proceso constructivo de El Alamito y La Rinconada comenzaba con la excavación de un espacio seleccionado para la vivienda, proseguía con el alzado de las columnas hasta altas parejas con la profundidad del piso de la vivienda; luego con el tapizado de la pared natural con un esqueleto de ramas y barro (tapia) concluía con el techado con tirantes de al., cañas y barro, apoyado todo sobre las columnas.

Existen tantas similitudes constructivas entre las columnas de El Alamito y La Rinconada que conllevan a entablar analogías u partes y proponer una relación de causalidad entre ambas; por encima de las formas de planta trapezoidales y cuadrangulares en El Alamito y cuadrangulares en La Rinconada.

Rasgos 47-48; La tecnología del almacenaje del Formativo

Su análisis conduce a una problemática francamente apasionante cuyo desarrollo tendrá una simplificación similar a la que efectuamos sobre la subsistencia del Formativo. Es obvio que la presencia de arquitectura deliberadamente destinada para la recolección y el almacenaje de alimentos, se vincula con los subsistemas natural y dinámico a través del manejo de los recursos de subsistencia; mientras que la destinada a preservar elementos artesanales lo hace con tópicos de complejidad creciente. Co. El Dique, Tafi, El Alamito y El Pedregal de la Ciénaga ofrecen evidencia de depósitos alojados dentro de unidades constructivas de mayores dimensiones. En Co. El Dique se trata de grandes tinajas-alacenas, tapadas con lajas, que aparecen, junto a los morteros, en los patios centrales. Una de éstas, hallada en el interior del patio U. II. -A, contenía un cuarto delantero completo de camélido (R. Raffino; 1977; 259 y R. Raffino, E. Tonni y E. Cione; 1977; 11). En Tafi, Berberían y Calandra (com. pers.) han hallado cámaras subterráneas con paredes y techo de piedra en falsa bóveda, incluidos dentro de los patios centrales y que han cumplido diversa función. Construidas con singular cualidad, estas cámaras fueron destinadas, alternativamente, como depósitos de alimentos, como cámaras funerarias y como silos, dado que algunas de ellas poseían vestigios de grandes morteros en el piso.

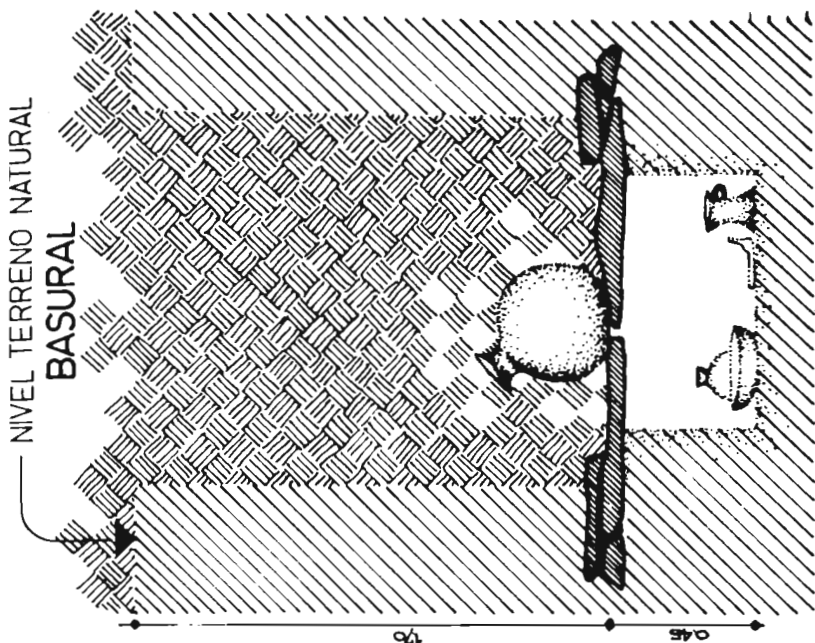


Figura 3.7: Cámara funeraria cilíndrica con tapa plana de Co. El Dique; a la izquierda las piedras del cante (P. y F. A.).

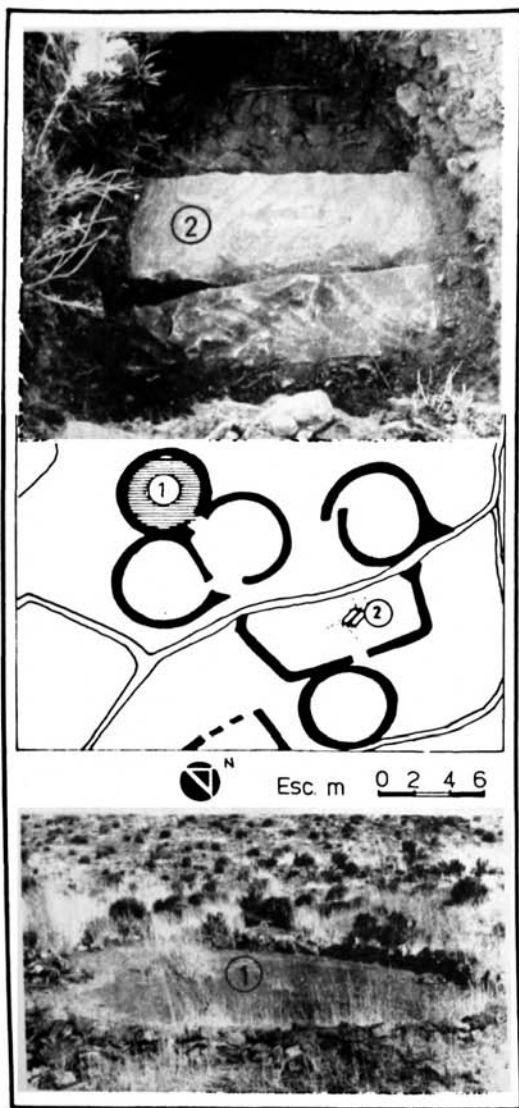


Figura 5.8: Plano parcial de Co. La Aguada, (1) habitación excavada en 1970, (2) depósito subterráneo, en su interior apareció la vasija utilitaria. (F. y P. A.).

En El Alamito, V. Nuñez Reguciro sugiere la existencia de silos alojados en el interior de las paredes de tapia inter-columnas. El hallazgo de muros de maíz en la habitación N° 3 del sitio D-1 así lo indica (1971; 20). Sin embargo, este registro empalidece en relación al que el mismo autor detecta en los "cobertizos", los cuales

pertencerían al rango de depósitos independientes. Son diferentes por sus formas y están separados de otras estructuras y afectados a funciones más complejas que el almacenaje de alimentos. Los cobertizos de El Alamito, así como ciertos recintos circulares pequeños de La Aguada e Ingenio del Arenal Centro, configuran casos de depósitos independientes, lo que significa estructuras arquitectónicas individuales, aisladas y construidas para fines determinados.

En Co. La Aguada excavamos uno de estos sitios de almacenaje (R. A. Raffino; 1972; 173). Se trataba de una cámara subterránea cilíndrica, con su techo plano formado por cuatro lajas; tenía 1,20 m. de profundidad, un diámetro N-S de 1,10 m. y E-O de 1,80 m. En su interior hallamos restos de alfarería utilitaria de gruesas paredes, seguramente alacenas. En Ingenio del Arenal Centro, Cigliano (1961; 156) describe dos recintos semicirculares (N° 06 y 07) de menores dimensiones que las habitaciones comunes. Sobre ellos expresa: "... creemos que... la función de estos recintos no es de habitabilidad sino que han cumplido otro destino específico...". La alternativa que se desprende de la habitual cautela del recordado maestro es que estas dos construcciones hayan sido depósitos o silos, pero la ausencia de utilaje de molienda y su asociación con canchones agrícolas, nos inclina en favor de la primera posibilidad.

Los cobertizos de El Alamito son estructuras circulares que aparecen sobre ambos lados de las plataformas ceremoniales. Están sobreelevadas en relación al patio central, con desniveles que fueron superados mediante uno o dos escalones de tierra. Según V. Nuñez Reguciro, —quien excavó tres de ellos—, fueron techados en su totalidad con la misma técnica empleada para las habitaciones, por cuanto fueron hallados restos de horcones y de techo carbonizado. Estos cobertizos no necesariamente tuvieron pared completa (1970; 53 y 1971; 20). La variedad de utensilios exhumados en estos cobertizos habla de una complejidad que trasciende los límites tecnológicos de almacenaje de alimentos; recipientes de cerámica, fuentes, morteros de piedra, semillas carbonizadas sobre vasijas rotas, torteros, hachas de cobre con aletas, pinzas de depilar, huesos de camélidos decorados, es decir, vestigios de una parafernalia vinculada con actividades rituales ejercidas en plataformas contiguas.

El almacenaje de alimentos en Co. El Dique y Co. La Aguada se realizó en grandes cántaros de cerámica depositados en el interior de los patios centrales (El Dique) y en cámaras subterráneas con tapas de piedra (La Aguada). Esta estrategia configura una verdadera tradición, por cuanto perdurará durante todo Desarrollo Regional

(Tastil). Sabemos que en Co. El Dique se cultivaba maíz y calabaza (R. Raffino; 1977, 278) y que si la técnica de almacenaje no era apropiada había varias especies de roedores capaces de acabar prestamente con los frutos. Un contenedor de cerámica es, a la vez, muy efectivo en la preservación de los cultígenos a la humedad y los hongos, cuya proliferación debió ser ostensible en Co. El Dique, ante la cercanía de los pantanos del Toro.

El almacenaje se articula íntimamente con la subsistencia y ambos, a su vez, con los patrones de instalación de las sociedades tribales formativas, para recomponer una sustanciosa parte de estos sistemas. Así es posible deducir la puesta en marcha del *Aynt* o reciprocidad y de la *Minga* o prestación solidaria de trabajo. Solamente por ambos mecanismos serían posibles los trabajos comunales, como el acarreo de los bloques de piedra, la preparación y excavación de las superficies necesarios para la construcción de partes arquitectónicas "públicas". Bajo estas circunstancias se explican el levantamiento de los canchones agrícolas, plazuelas, grandes jambas y dinteles, allpataucas, menhires, canales de riego y estrellas geoglíficos.

Como contraparte a lo anterior no hemos

registrado en la muestra del Formativo indicios de almacenaje comunitario en recintos especiales, separados del locus habitacional, por lo que sería impropio suponer la puesta en práctica de cualquier mecanismo redistributivo.

Rasgos 9-11-23-39-40-42; La arquitectura funeraria

La arquitectura funeraria forma parte del mundo subterráneo de los muertos y ante la excelencia de su ejecución es fácil deducir que **los hombres del Formativo que la construyeron dieron tremenda significación a ese mundo.** Visto en planos verticales los depósitos funerarios son las estructuras **más profundas y protegidas, por lo que para acceder a ellas debe penetrarse en esa subterráneidad**, en muchos casos violando las bases de otras estructuras destinadas a los vivos.

Es por otro lado perceptible que tanto por las diferencias existentes en las cualidades arquitectónicas, como por las ofrendas mortuorias que contienen, esos depósitos contienen los indicios más relevantes, que conllevan a discernir sobre las actividades y el prestigio que ostentaron en vida los miembros de las sociedades tribales del Formativo.

Los rasgos 9, 23 y 39 —a los que agregamos

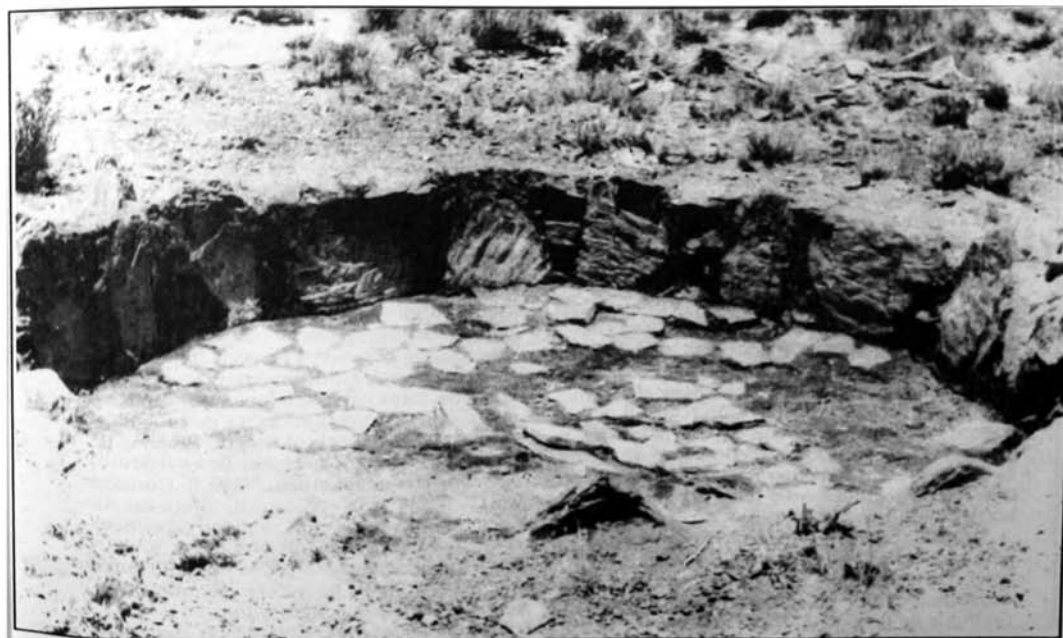


Figura 5.9 (A): Habitación circular con parte de su piso empedrado de Agua Chica (según J. Togo).



(B). El olipatauca-pirámide de La Rinconada del Ambato vista desde el patio. (F. A.).

los enterratorios sin arquitectura— conciernen al tipo de construcción funeraria. Los rasgos 11, 40 y 42 a la ubicación que tienen en relación al área residencial con la que se asocian.

Las tumbas en forma de cámara cilíndrica con paredes de piso natural y cerradas con piedras planas de grandes dimensiones aparecen en Co. El Dique, Potrero Grande y Las Cuevas. En nuestros trabajos en la Qda. del Toro tuvimos la oportunidad de hallar 16 construcciones de estas características (R. Raffino, 1972; 272). Se las registra asimismo en Cpo. Colorado, Laguna Blanca y Tebenquiche; en estos dos últimos con la variante de presentar paredes de piedras en lugar del perfil natural del suelo. La distribución regional que poseen sustenta la hipótesis de que la cámara funeraria subterránea con techo plano de piedra es un rasgo del Formativo inicial de amplia difusión por el altiplano y quebradas de su borde (R. Raffino, 1977; 293).

Las cámaras subterráneas con paredes pétreas y cierre en forma de falsa bóveda aparecen en Tafi; presencia que puede ser extrapolada a El Pedregal. En los siguientes capítulos de esta obra observaremos que este rasgo configura una tradición arquitectónica que perdura hasta el Período Hispano-Indígena.

Saujil, Palo Blanco y Co. Colorado se vinculan con tumbas en forma de "bota de montar"; insólita denominación para cámaras subterráneas de perfil cupuliforme con un acceso por rampas de trazado oblicuo o por un conducto cilíndrico vertical. Entre la rampa de acceso y la cámara se ubican piedras paradas que hacen las veces de tapas de esta última. En algunos casos las cámaras presentan un revestimiento de barro rojizo.

El proceso constructivo de estas tumbas comenzó con la excavación del conducto vertical o con la rampa y luego la de la cámara cupuliforme; esta estructura era posteriormente sepultada. Estos depósitos funerarios ofrecen tres variantes arquitectónicas. La de los valles de Abaucán, que se asocia al trazado Saujil: "... parece haber sido hecha de barro rojizo amasado con arena gruesa..." (A. R. González y M. C. Sempé; 1975; 85); mientras que las de Co. Colorado: "... por un conducto cilíndrico vertical de 0,60 m. de diámetro y 1 m. de profundidad, que comunicaba con una cámara lateral cupuliforme de 1,20 m. de diámetro y aproximadamente 1 m. de altura..." (P. Krapovickas; 1977; 129). En Co. Colorado esta cámara aparece cerrada por piedras alargadas que las separan del acceso. La tercera

variante fue registrada por E. Berberían (1975; 12) en Las Barrancas (sitio N° 64 del Atlas I). Se trata de dos cámaras gemelas, también cupuliformes y de planta circular de 1,40 a 1,60 m., a las que se accede por una rampa, construidas: "... practicando lateralmente, a los costados del fondo de la rampa, dos cavidades

no muy acentuadas. En el piso de estas cámaras, de forma ligeramente cóncava, estaba, a 2,05 m. de profundidad desde la superficie...". (E. Berberían; op. cit.; 12). Estas cámaras gemelas con rampas de acceso se asocian con el estilo alfarero Condorhuasi.

Las inhumaciones de adultos e infantes de El

calce

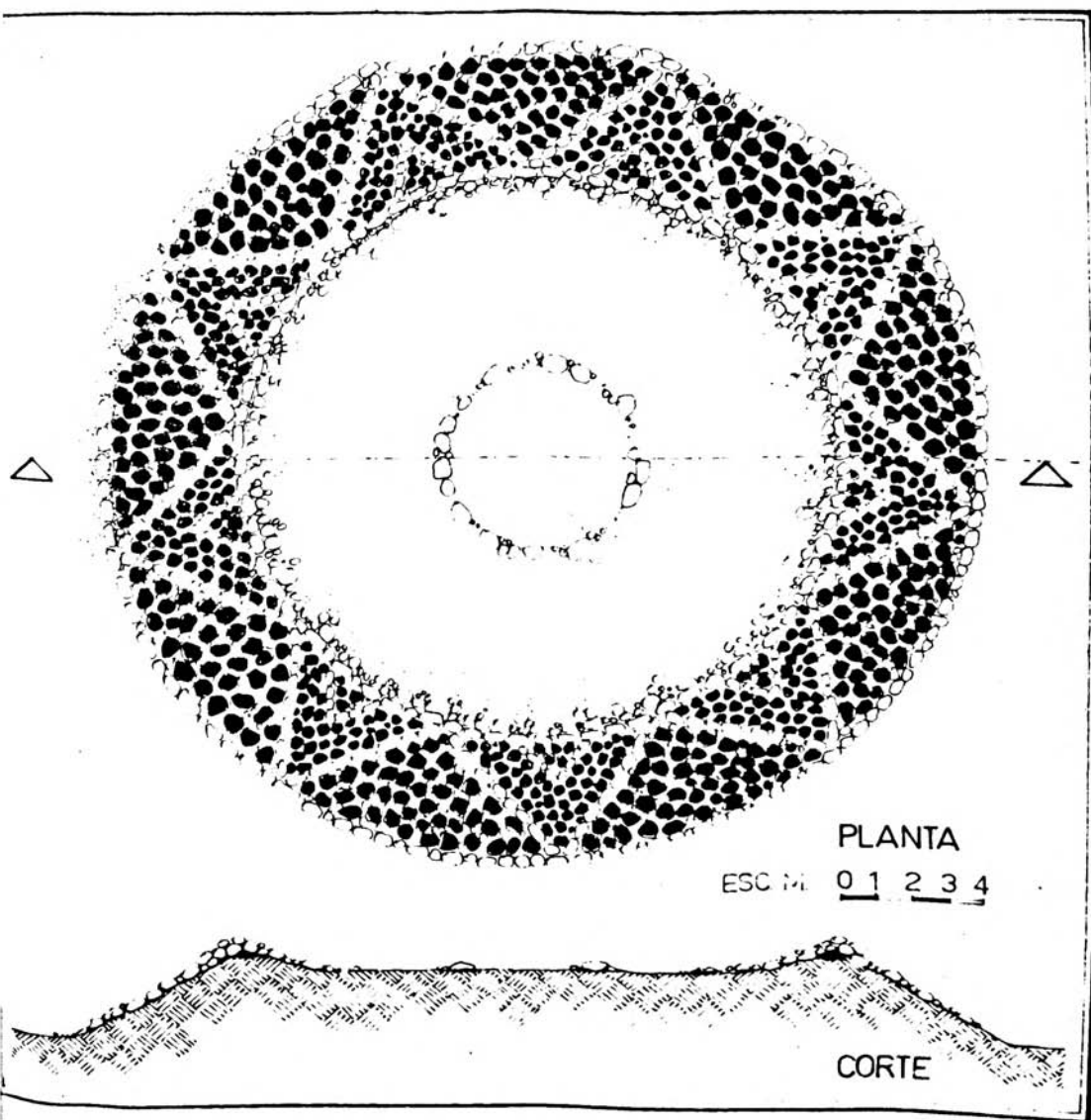


Figura 5.10: Uno de los "geoglifos-estrellas" del Valle de Vinchina (Imagen recompuesta a partir de N. de la Fuente; 1973).

Alamito carecen de arquitectura, fueron primarias, directas y se efectuaron en fosas ovales en el interior de las habitaciones o alledaños a los cobertizos (V. Nuñez Reguciro; 1971; 37).

Las tumbas con forma de "bota de montar" se asocian con la arquitectura de tapia y el trazado Sujil-Palo Blanco; mientras que los enterratorios sin arquitectura lo hacen con El Alamito y quizás —por interpolación a través de la fúnebría de la cultura La Aguada— con La Rinconada.

Los rasgos 11, 40 y 42, conciernen a la relación entre la ubicación de los sitios funerarios y la residencia. Es aquí donde expresamos cautela, dada la aleatoriedad del registro. Co. El Dique, Las Cuevas, Tafi y Campo Colorado presentan similitudes en cuanto a que sus cámaras funerarias se ubican en el interior de los patios centrales. En los tres primeros, por debajo del piso donde se efectuaban actividades domésticas y de almacenaje. (R. A. Raffino; 1977; 260). Todo parece indicar que esta **resolución funeraria es específica en los sitios que poseen un trazado disperso Co. El Dique-Tafi**. Ambas características poseen una amplia difusión por el altiplano desde comienzos del Formativo.

Por la posición cronológica de los sitios proponemos que las cámaras en falsa bóveda de Tafi son más recientes que las realizadas con techo plano de Co. El Dique, a las cuales les correspondería una ubicación en el Formativo Inicial. Esto coincide con el mejor nivel de manufacturación y con el desarrollo de la técnica del techo en falsa bóveda. Como hemos dicho, la falsa bóveda aparece por primera vez en Tafi y perdurará hasta el siglo XVI, conformando una tradición cultural.

Las pequeñas necrópolis, separadas de los sectores residenciales, aparecen en Tebenquiche, Ingenio del Arenal Faldas, Laguna Blanca y Bucy Muerto. A esta lista podríamos agregar La Rinconada, por extrapolación de datos de otros sitios La Aguada. Es significativo que estas pequeñas necrópolis fueran construidas por fuera de los terrenos destinados para la residencia y se realicen en las instalaciones pertenecientes al trazado Co. La Aguada-Bucy Muerto. No escapa a esta correlación el detalle de que los enclaves, que ostentan habitaciones dispersas entre canchones agrícolas, hayan practicado inhumaciones separadas del terreno destinado a la residencia y a la producción, dando lugar a la emergencia del cementerio.

Esto significaría un hito de relevancia en el proceso de urbanización y dentro del marco del Formativo. La aparición de los cementerios se formalizará con posterioridad a la moda altiplánica de inhumar en el interior de los

patios centrales de El Dique-Tafi del Valle, y en forma contemporánea a la de las inhumaciones directas de El Alamito. A partir de la segunda mitad del Formativo Inferior comienzan a implantarse los cementerios, cuya difusión será pródiga en los territorios de Huallín y Belén.

Los cementerios formados por unidades funerarias agrupadas espontáneamente aparecen y co-varían positivamente con la costumbre de inhumar infantes en urnas de cerámica. Estas conductas son adscribibles a los estilos alfareros de La Ciénaga, San Francisco y Candelaria y se articulan con el patrón Tafi más que con el altiplano de Co. El Dique, por lo que deducimos una filogenia con vectores desde "Tierras Bajas".

Fúnebría, Sociedad e Ideología

Aprender las diferentes formas de co-variación de los patrones funerarios es de importancia capital para la recomposición ideológica amerindia y su examen no debe disociarse del de los patrones de poblamiento. Conocerlas permitirá, además, discernir sobre el rol que tuvo la difusión, frente a la evolución regional de las conductas rituales expresadas por la fúnebría. Tanto como respuestas a estímulos endógenos, debidos al éxito reproductivo procreado por nuevas estrategias adaptativas (estrategia darwiniana); como por los inefables in-puts externos, por obra de los múltiples mecanismos de la difusión cultural.

Este proceso de complejización, sea por evolución interna de las sociedades tribales locales, o por la llegada de rasgos por difusión desde sistemas culturales extranjeros, involucrase con las relaciones de similitud y diferencia entre las costumbres inhumatorias de los trazados de El Alamito y Ambato. En el primero, presencia de entierros primarios y directos de adultos o párvulos en pozos ovales cavados en el interior de habitaciones y cobertizos, lo que significa ausencia de arquitectura funeraria y un uso del mismo espacio destinado a la vivienda.

La modalidad inhumatoria del tipo Ambato —por interpolación de datos que en otras áreas se asocian con La Aguada—, estaría caracterizada por adultos y párvulos directos en pozos ovales, a veces delimitados por hileras de piedras. Decenas de tumbas se agrupan en verdaderos cementerios separados del área de habitación. El examen de las similitudes y diferencias entre los trazados El Alamito y Ambato demuestra altas frecuencias de las primeras; conciernen a las columnas de piedras superpuestas, las plantas cuadrangulares, la subterráneidad, los lienzos de tapia intercolumnas, las techumbres y el patio hundido. Estas similitudes están articulando dos tipos de instalación regionalmente próximos entre sí y que se suceden cronológicamente.

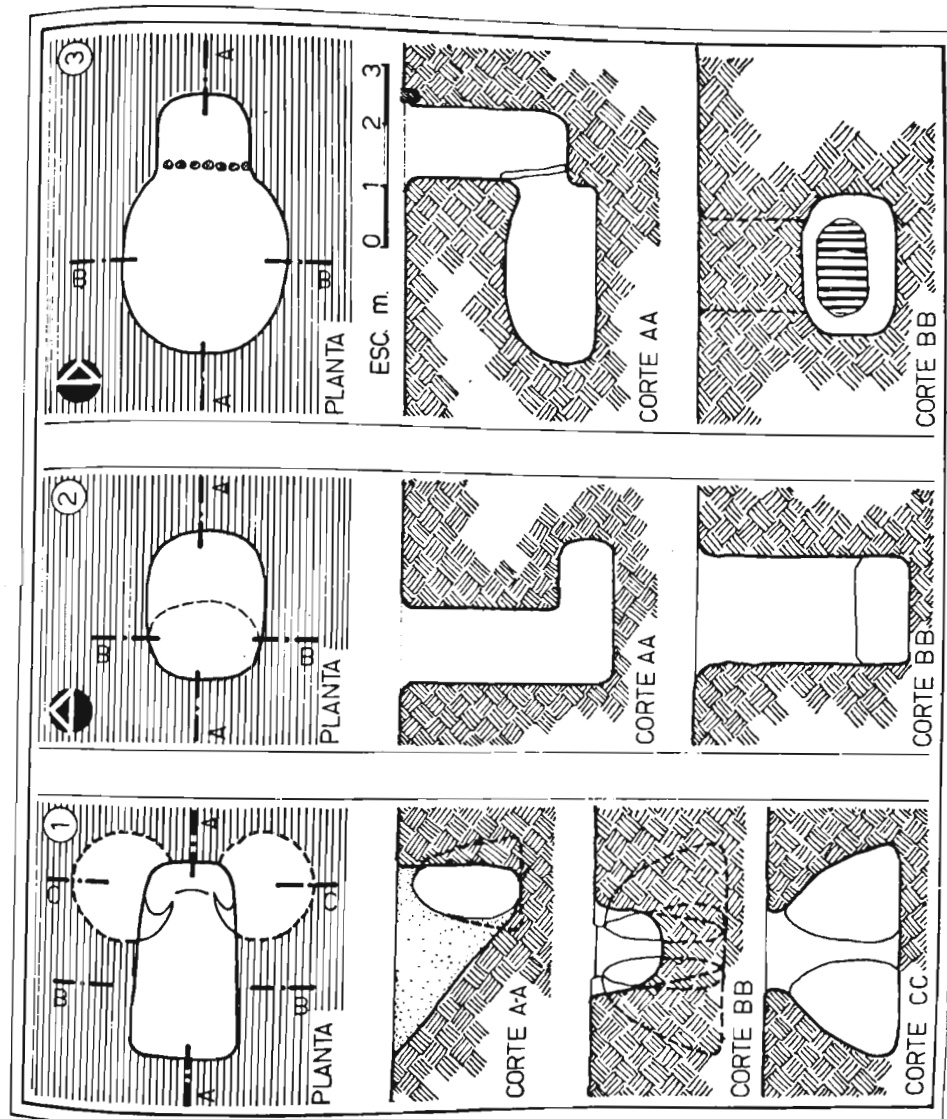


Figura 5.11: Las lumbas en forma de "boto" en sus tres variantes. 1, de doble cúpula o Barrancoa (a partir de E. Berberich; 1975); 2, variante Soulli y 3, con cámara cupuliforme (P. A.).

Existen diferencias entre los patrones funerarios de El Alamito y El Ambato, marcadas por la separación del cementerio en el segundo. Ellas significan cambios ideológicos solidarios con la aparición de la soberbia alfarería y metalurgia de La Aguada o Draconiano; con la transformación de las plataformas gemelas de El Alamito en la pequeña pirámide; con la emergencia del trazado Ambato, que representa un planeamiento más orgánicamente elaborado que el de El Alamito; con la aparición de los excepcionales geoglifos representando "estrellas", contruidos con piedras multicolores sobre pequeñas plataformas, que en el valle de Vinchina están asociadas con alfarería La Aguada (N. de La Fuente; 1974. R. A. Raffino y Col.; 1982). Estos cambios ideológicos se expresan también con la ausencia en La Aguada de la formidable escultura lítica plasmada en los menhires de Tafi y los "suplicantes" de El Alamito. Esto significaría que las alteraciones se produjeron fundamentalmente en los **subsistemas religiosos**, incluyendo los componentes culturales más íntimamente ligados a aquéllos, como las alpataucas, plataformas, los geoglifos-estrellas y las artes de franca función ceremonial, plasmadas en lapidaria, metalurgia y alfarería.

Expresados tales cambios dentro del marco explicativo de la Teoría de Sistemas, proponemos el arribo a partir de la segunda mitad del Formativo en la región valliserrana del N. O. argentino, de **estímulos que producen efectos de realimentación positiva en las esferas de los subsistemas de subsistencia y religiosos**. Los efectos de esos cambios se perciben en los patrones económicos, artesanales, funerarios y residenciales. Una transformación social que marcaría la **transición del Período Formativo Inferior al Superior**, o quizás a un estadio **Clásico o Floreciente Regional**, subdesarrollado en relación homotaxial con el Horizonte Wari-Tiwanaku del área nuclear andina, como ya lo hemos sugerido en un anterior aporte

(R. A. Raffino y Col.; 1982; 33). Este estadio, epígono de expresiones religiosas conspicuas arraigadas en el área andina central, alcanzaría su máxima expresión regional en los valles del oriente de Catamarca, con ingresiones en las regiones Calchaquí por el N., de Vinchina-Famatina por el S. y Ancasti por el S. E. Sus manifestaciones arquitectónicas se expresan por la transformación del patrón de asentamiento, representado ahora por el tipo Ambato y generado por la difusión de rasgos provenientes de otros ámbitos que encuentran localmente un sustrato El Alamito-Saujil, potencialmente apto que amalgama las nuevas ideas con el patrimonio existente. Valdrá la pena recordar el "caso Tiwanaku-La Aguada", planteado en el capítulo I, a la manera de ejercicio de práctica de inducción-deducción en arqueología.

Dentro de paradigmas evolucionistas las sociedades tribales multicomunitarias del Formativo, inscriptas dentro de un nivel tecnocómico "Neolítico inicial", productoras de alimentos y sedentarizadas en poblados dispersos de crecimiento espontáneo, fueron sucedidas por otras tribus multicomunitarias, pero incipientemente teocratizadas, gobernadas por asociaciones parentales ritualizadas, que planearon parte de sus instalaciones e impulsaron la tecnología habitacional y agrícola.

El pasaje entre ambos superperiodos del Formativo no parece responder sólo a estimulaciones dentro del subsistema económico, sino también al religioso, reflejado por la complejización funeraria, artesanal y obviamente residencial.

Este proceso **no configura un horizonte, dado que no abarca el universo aislado**. Fuera del dominio de los valles meridionales, en la región de la Puna y su borde, las comunidades tribales esencialmente ganaderas y constructoras de aldeas pedemontanas rechazaron parte de esos estímulos, catalizaron esa tendencia teocratizante y conservaron sus sistemas con cierta estabilidad hasta fines del primer milenio.

Capítulo VI

El urbanismo regional de los cacicazgos andinos

Las protociedades del Período de los Desarrollos Regionales. Su arquitectura y urbanismo a partir de una muestra de 19 instalaciones. Relaciones de similitud y diferencia. Casos excepcionales. Los estilos arquitectónicos: variantes regionales, ecológicas y cronológicas. Instalación, proceso y estructura social.

"... y descubrieron una gran provincia de tierra muy poblada, y a media legua los pueblos unos de otros, de á ochocientos a mil casas puestas por sus calles, cercados los pueblos de palizadas... Tienen sus corrales... como los del Perú... los bobios que tienen son muy grandes..."

—Relato sobre el descubrimiento del Tucumán por Diego Fernández "El Palentino", 1571—

"... Los indios destas provincias... Hablan una lengua que llaman diaguita, general entre ellos, aunque hay otras cuatro... que llaman tonocoté, indama, zanavirona y lule...". "... Viven en la sierra, la cual tiene falta de aguas; beben de manantiales pequeños y riachuelos y xagüeyes... y siembran a temporal y algún poco regadío. Estos siempre se visten á fuer de los Diaguitas y hablan su lengua. Es gente de más razón y tienen más ganados de los dichos, como los del Pirú...". "... la tierra que siembran, que es mucha, de los dichos valles es extrañamente fructífera. Es una gente Diaguita belcosa, vestida y de más razón que la de los llanos... aunque tienen caciques y es gente que los respetan, son bebetrias, que no hay mas de señores en cada pueblo o valle y son muchos valles y pueblos pequeños..."

"... Vá por aquí el camino real del inga del Pirú a Chile..." "... Yéndose por estos valles adelante y gente, se dá en el valle de Calchaquí... saben servir como los del Pirú y es gente de tanta razón como ellos... tienen maneras de vivir como ellos... obedece este valle y otros de su comarca á un señor que señorea todos los caciques y más de dos mill é quinientos indios y están los indios en muchas parcialidades y tierra muy frágosa donde se hacen fuertes y se favorecen á una voz todos y tienen partes frágosísimas donde siembran. Es tierra muy abundante de papas... maíz, frísoles y quinos, zapallo... y todas legumbres, algarroba y chañar... Siembran con acequias de regadío todo lo dicho. Acábase este valle cerca de la puna de los indios de Caxabindo, questán cerca de los Chichas, cuya lengua hablan además de la natural suya que es la diaguita..."

—Relación de las provincias de Tucumán por el vecino Pedro Sotelo Narvaez, 1583—

"... Las poblaciones tienen muy cercanas unas de otras que por la mayor parte á legua y á media legua y á cuarto y á tiro de arcabuz y á vista una de otra estan todas. Son los pueblos chicos, quel mayor terná hasta cuarenta casas y hai muchos de á treinta y á veinte y á quince y á diez y á menos, porque cada pueblo destos no es más que una parcialidad o parentela... Tienen los pueblos puestas en redonde y cercados con cardones y otras arboledas espinosas, que sirven de fuerza, y esto por las guerras que entre ellos tienen. Viven en cada casa á cuatro y á cinco indios casados y algunos á mas. Son las casas por la mayor parte grandes, que en una de ellas se halló caber diez hombres con sus caballos armados... Son bajas las casas, é la mitad del altura que tienen está por debajo de tierra y entran á ellas como á sótanos, y esto hácenlo por el abrigo para el tiempo frío y por

falta de madera que en algunos lugares por allí tienen. Son grandes labradores, que en ningún cabo hay agua ó tierra bañada que no la siembren..."

—Relación de las provincias de los Juríes, Gerónimo Luis de Cabrera, Tucumán, 1572—

"... Acerca de su gobierno, toda esta tierra no ha tenido cabeza general en ningún tiempo, como la tuvieron los reinos del Perú. Cada pueblo tenía su principal y cabeza por sucesión, á quien obedecían, sino fue en el Valle de Calchaquí, que por ser valiente un indio llamado Calchaquí, vino á dar nombre á aquel valle...". "... Pero vuelvo al gobierno desta gente, que es, como digo, por sus curacas y suceden los hijos á los padres; los hermanos sino tienen hijos, y la obediencia es para la guerra, en la cual son capitanes, y en la paz, para su gobierno...". "... El modo de vivir de toda estas naciones es el ser labradores. Sus ordinarias comidas son maíz, lo cual siembran en mucha abundancia, también se sustentan de grandísima suma de algarroba, la cual cogen... al tiempo que madura y hacen della grandes depósitos..."

"... El número de indios de esta provincia... no he podido comprenderlo, aunque me he informado (por) un sacerdote que había sido de los primeros conquistadores, me dijo =Yo conocí en sólo el río del Esteco más de veinte y cinco mill indios... que son solos varones de veinte á cincuenta años..."

—Testimonio de Alonso de Barzana, 8 de setiembre de 1594—

No ha sido sencillo extraer de la población total de instalaciones, inscriptas en el marco referencial de este Período, una muestra analítica representativa. Estas dificultades recalcaron en la propia naturaleza del registro arqueológico, al cual debíamos transformar en información, y en la estrechez de sitios que han sido estudiados en forma sistemática. Según consta en el atlas 3, esa población abarca aproximadamente 250 sitios, a los cuales deberíamos adicionar unos 50 enclaves más —de los que solamente poseemos referencias fragmentarias—. Como aconteciera con la muestra del Período Formativo, la mayor parte de ésta es selectiva y su integración partió de reglas similares. Se aislaron unidades de muestreo que ostentaban vestigios arquitectónicos aptos para ser codificados en 65 rasgos encolumnados en la matriz de datos V con información complementaria compilada en los Cuadros VI y VII.

Otros requisitos fueron que todos los sitios seleccionados fueran observados en forma personal, poseyeran planimetría parcial o total y una posición temporal definida, sea por radiocarbono o por cronología relativa. Dentro de estas reglas fue condición indispensable que los sitios examinados contaran con estudios mediante excavaciones y por más de un investigador, incluyendo nuestros trabajos. De este modo es posible contrastar las relaciones de similitud y diferencia, formalizadas mediante las ecuaciones presencia-ausencia y frecuencia de los rasgos.

De acuerdo a estos principios, la población total inicial quedó automáticamente limitada a un número no mayor de 25 sitios, de los cuales solamente 19 se transformaron en unidades taxonómicas y pasaron a integrar la muestra examinada en este capítulo.

Las regiones más pródigas en vestigios de instalación humana se hallan representadas; de la quebrada de Humahuaca, Tilcara, Volcán,

Ciénaga Grande y Juella; de la quebrada del Toro, Tástil y Morohuasi; Cabrera del Valle del San Juan Mayo. De los bolsos puncheos a Yavi Chico y Rinconada. El Churcal, La Paya y Las Pailas del Valle Calchaquí. Quilmes, Tolombón, Fuerte Quemado, Loma Rica de Shiquimil y Rincón Chico-Lampacito-Co. Pintado de Mojarra aportan lo suyo para el examen de Yocavil. El Valle de Huallín está representado por Loma Negra de Asampay o de Los Puntudos y por Corral de Ramas.

Cuando las circunstancias empíricas sean benignas extrapolarémos hacia estos sitios datos de instalaciones vecinas y contemporáneas, lo cual supone que pertenecieron al sistema del cual extrajimos la muestra, y por qué no, a la misma jefatura política.

Desde el punto de vista cronológico 8 de las 19 instalaciones poseen registros radimétricos absolutos (Cuadro VII). El resto no accede a tal privilegio, aunque sobrelleva las aparentes dificultades que esto significa mediante una posición cronológica relativa razonablemente definida.

Una parte de esta muestra trasciende las fronteras del Período, para alcanzar el Horizonte Inka, y algunas pocas trasponen la barrera de la etapa prehispánica, accediendo al momento histórico que llamamos Período Hispano Indígena. Este segmento de la muestra obviamente ofrece alternativas mucho más complejas, pero a la vez de valía para discernir los cambios arquitectónicos en términos de proceso, configurando los llamados modelos diacrónicos. El examen de estos enclaves, que participaron de más de un período, nos ha obligado a un superlativo esfuerzo, pero a la vez ha permitido jugosas propuestas que el lector observará a lo largo del tratamiento de los rasgos estructurales.

Quedaron fuera de muestreo un conjunto de instalaciones albergadas dentro de territorios arqueológicamente pródigos pero casi

desconocidos. Esta circunstancia pesa sobre las quebradas de la Sierra de Zenta en Salta y los Valles del Calingasta, Vinchina y Jachal.

Ellos seguramente atesoran datos

estructurales de peso, aunque momentáneamente indiscernibles en razón de la orfandad de investigaciones de campo sistemáticas.

Cuadro V. 1. Tastil, 2. Morohuasi, 3. Juella, 4. Tilcara, 5. Volcán, 6. Ciénaga Grande, 7. El Churcal, 8. Las Pailas, 9. Rincón Chico-Cerro Mojarras Lampacito, 10. Quilmes, 11. Fuerte Quemado, 12. Loma Rica de Shiquimil, 13. Yavi Chico, 14. Corral de Ramas, 15. Loma Negra de Asampay, 16. Cabrería, 17. Tolombón, 18. La Paya. 19. Rinconada. 20. LA HUERTA

Sitio	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
Rasgo																				
A. 1	-	-	-	x	-	-	-	-	x	x	x	-	-	-	-	-	x	-	-	-
A. 2	-	x	-	x	-	-	x	x	x	x	x	x	x	x	-	-	x	x	-	-
A. 3	x	x	x	x	x	-	-	-	x	x	x	x	-	-	x	x	x	-	x	x
A. 4	x	o	x	x	-	o	x	x	o	o	o	x	x	o	-	o	o	x	x	x
A. 5	x	x	x	x	-	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	-
A. 6	x	x	x	x	x	o	x	x	x	x	x	x	x	o	x	x	x	x	x	x
A. 7	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
A. 8	x	x	x	x	x	x	-	x	o	o	o	o	x	o	o	x	o	x	x	x
A. 9	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
B.10	x	x	-	-	-	o	x	x	-	-	-	-	-	-	-	-	-	x	x	-
B.11	-	o	x	x	x	x	-	-	x	x	x	x	x	-	x	x	x	-	-	x
B.12	x	x	x	x	o	x	o	o	x	x	o	x	x	x	x	x	x	x	x	x
B.13	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	x	-	-	-	-	-	-
B.14	-	-	x	x	x	x	x	x	x	x	x	-	x	-	x	-	x	-	x	x
B.15	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	o	-	-	x	x	x	-	x
B.16	x	x	-	-	-	x	-	x	-	-	-	x	-	-	-	x	-	-	-	x
B.17	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	-	x	-	x	x	x	x
B.18	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
B.19	x	x	x	x	x	o	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
B.20	-	-	x	x	-	x	x	x	-	-	-	-	x	-	x	-	-	-	-	x
B.21	x	x	x	x	x	-	x	x	x	x	x	x	o	x	x	x	x	x	x	x
B.22	-	-	-	-	-	-	x	x	-	-	-	-	x	-	-	-	-	x	x	-
B.23	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	-	x	x	x	x	x	x
B.24	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
B.25	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	o	x	x
B.26	x	x	x	x	o	o	x	x	x	x	x	o	o	o	x	x	x	o	x	x
B.27	x	x	o	x	o	o	-	o	-	-	-	-	x	o	x	x	-	o	x	x
B.28	x	-	x	x	x	o	o	-	-	-	-	-	-	o	x	-	o	x	x	x
B.29	o	o	x	x	o	o	-	o	x	x	x	o	o	-	o	x	x	o	x	x
B.30	-	-	-	-	-	-	o	o	x	x	x	o	-	x	x	-	x	o	x	-
B.31	-	-	-	x	-	-	o	o	x	x	x	o	x	x	x	-	x	o	o	x
B.32	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	x	x	-	-	-	-	-
B.33	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	-	x	x	x	x	x	x
B.35	x	o	o	x	x	o	x	o	o	x	o	x	o	o	-	o	o	o	-	x
B.36	x	x	x	x	x	o	x	o	o	x	x	x	o	-	x	x	x	x	x	x
B.37	x	x	-	x	-	o	x	o	x	x	o	o	o	o	o	o	x	-	-	x
B.38	x	o	x	o	o	o	o	o	x	x	x	o	o	o	x	o	x	o	o	x
B.39	x	x	x	x	x	x	x	x	-	-	-	x	x	x	x	o	o	o	x	x
B.40	-	o	-	o	x	o	x	-	x	x	x	o	-	o	-	o	x	x	o	x

B.41	o	o	-	o	-	-	o	o	x,	z	x	o	o	o	o	o	x	x	o	o
B.42	x	x	x	o	o	o	o	x	x,	x	x	o	x	o	o	o	x	o	x	o
B.43	x	x	x	x	o	o	x	x	o	o	o	x	x	o	o	x	o	x	x	x
B.44	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
B.45	x	x	x	x	x	o	x	x	o	x	x	x	x	o	x	x	x	x	x	x
B.46	-	-	-	x	x	o	o	-	o	x	x	-	x	o	-	-	x	o	-	-
B.47	x	x,	x	x	x,	o	o	x,	o	o	o	o	o	o	o	x,	o	o	o	x
B.48	x	-	-	x	x	o	-	-	x	x	x	x	-	o	x	-	x	x	x	x
B.49	-	-	-	o	-	-	-	-	x	x	x	-	-	-	o	-	x	o	o	-
B.50	-	-	-	-	-	-	-	-	x	x	x	-	-	-	-	-	x	o	x	-
B.51	-	-	-	-	-	-	-	-	x	x	x	-	-	-	-	-	x	o	-	-
B.52	-	-	x	x	o	o	o	x	x	x	x	x	o	o	o	o,	x	x	o	x
B.53	x	-	o	o	o	-	x	o	o	o	o	-	o	x	x	x	o	x	o	-
B.54	-	o	x	x	x	x	x	o	o	x	x	x	-	o	-	o	o	x	x	x
B.55	x	o	x	x	o	-	x	x	o	x	x	o	-	o	-	-	o	x	x	x
B.56	x	x	x	x	x	-	x	x	-	-	o	o	x	o	x	o	-	x	o	-
B.57	-	-	-	-	x	x	x	x	x	x	x	x	x,	o	x	-	x	x	-	x
B.58	-	-	x	x	-	x	-	-	-	-	-	o	o	o	-	x	-	-	x	x
B.59	-	-	-	-	o	-	-	-	-	-	-	-	x,	-	-	x	-	-	x	-
B.60	x	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
B.61	-	-	-	-	-	-	x	-	x	x	x	-	-	-	-	-	x	-	-	-
B.62	-	x	x	x	x	x	x	x	-	-	-	x	x	x	x	x	-	x	x	x
B.63	-	x	x	-	x	o	x	-	-	-	-	x	x	o	x	-	-	-	-	x
B.64	-	-	-	-	-	-	-	-	x	x	x	x	-	-	x	-	x	x,	x	-
B.65	-	x	-	x	x	-	-	o	x	x	x	x	o	-	-	-	x	x	-	-
B.66	95	80	45	70	70	40	14					95			40	48			90	

Cuadro V. Trazados concentrados del Período de Desarrollos Regionales: rasgos arquitectónicos y urbanísticos (muestra extraída del atlas 3, mapa III)

A. Rasgos de emplazamiento y asociaciones topográficas y funcionales

1. Emplazamiento en fondo de valle
2. en pic de monte
3. en cima de cerros y mesetas
4. Trazado con superposiciones de unidades constructivas
5. Crecimiento espontáneo
6. planeado
7. Asociado con arquitectura agrícola
8. registro de actividades ganaderas
9. Asociado con registro de actividades de recolección y caza

B. Rasgos arquitectónicos y urbanísticos:

10. Arquitectura en piedra seca
11. con relleno de ripio y barro
12. Arquitectura en leños y material orgánico (en cierres)
13. Arquitectura en tapia
14. Piedra plana

15. Piedra irregular (subglobular-poliédrica)

16. Planta irregular

17. circular-elíptica

18. cuadrangular-rectangular

19. Arquitectura semisubterránea

20. a nivel

21. a sobrenivel

22. Paredes simples

23. dobles

24. Recintos no articulados (unidades simples)

25. Vanos

26. Pasillos

27. Deflectores

28. Jambas

29. Dinteles pétreos

30. Columnas

31. Horcones

32. Depósitos funerarios bajo roca

33. Recintos articulados (unidades compuestas)

35. Plazas

36. Calzadas internas

37. de acceso

38. Recintos molino

39. Almacenaje dentro de unidades mayores

40. en construcciones independientes

41. Represas
42. Canales
43. Basurales
44. Canchones
45. Terrazas
46. Andenes
47. Corrales
48. Muralla perimetral o semiperimetral
49. Troncos
50. Balcones
51. Torreones defensivos
52. Escalinatas y rampas
53. Cámaras funerarias aisladas
54. incluidas dentro de unidades residenciales

55. Cámaras funerarias adosadas a unidades residenciales
56. Tumbas cilíndricas sin techo
57. con techo en falsa bóveda
58. plano
59. Criptas en abrigos rocosos (Chullpas)
60. Trazado radiocéntrico
61. en damero regular
62. irregular
63. lineal
64. defensivo
65. Cementerio
66. Factor de ocupación del suelo (FOS. %).

Cuadro VI. Información complementaria al cuadro V

Sitio	Ubicación	Muestreo urbano	Planimetr.		Referencias bibliográficas
		unid. const. exc.	par.	tot.	
Tastil	Qda. del Toro	33 rectangulares 106 circulares 4 basurales (1)	X	X	Boman; 1908. Cigliano; 1973. Cigliano-Raffino; 1977.
Morohuasi	"	1 rectangular 2 circulares 1 basural (2)	X	X	Boman; 1908. Rosen; 1957. Raffino; 1972 y 1973.
Juella	Qda. Humahuaca	41 recintos 6 sondeos	X		Cigliano; 1967 Pellisero; 1975
Tilcara	"	(3)	X		Debenedetti; 1930b. Casanova; 1950. Krapovickas; 1959
Volcán	"	(5)	X		Gatto; 1946. Suetta; 1969
Ciénaga Grande	"	(4)	X		Salas; 1945.
El Churcal	V. Calchaquí	18 rectangulares 20 circulares 28 sondeos	X	X	Cigliano-Raffino-Mansur; 1976. Raffino; 1984.
Las Pailas	"	(6)	X		Tarragó; 1974 y 1980 Reguciro; 1974.
La Paya	"	(15)	X		Ten Kate; 1893. Ambrosotti; 1907. Boman; 1908.
Rincón Chico-Mojarras-Lampacito	V. Yocavil	(7)	X		Bruch; 1911. Miranda-Cigliano; 1961. Lorandi-Renard-Tarragó; 1960. Ten Kate; 1893.
Quilmes	"	(8)	X		Ambrosotti; 1897. Bruch; 1911. Pellisero-Difrieri; 1981.
Tolombón	"	(14)			Aparicio; 1947.
Fuerte Quemado	"	(9)	X		Ten Kate; 1893 y 1896 Bruch; 1911. Quiroga; 1901. Kriscautzky; 1979 MS.

Cuadro VI. (cont.)

Loma Rica de Shiquimil	V. Yocavil	(10)	X	X	Liberani-Hernandez; 1877. Methfessel, MS. 1889. Weiser; 1923-24. González; 1954. Chiappe; 1965.
Corral de Ramas	V. Hualfin	2	X		González; 1954. Wolters (8va. exp. 1926)
Loma Negra de Asampay	"	10 (11)		X	Wolters (8va. exp. 1925, pag. 34). González; 1957. González Pérez; 1968).
Yavi Chico	Puna	(12)			Boman; 1908. Krapovickas; 1965, 1968 y 1970. Lanzone; 1969.
Cabrera	"	(13)		X	Weiser; 1920. Debenedetti; 1930 a. Raffino; 1984.
Rinconada	"	3 agrupaciones (K. I. G. 1 recinto)	X	X	Boman; 1908. Lanzone; 1969. Lanzone-Suctta; 1970.

Observaciones al Cuadro VI

- 1 - Las excavaciones fueron dirigidas por E. M. Cigliano entre 1967 y 1969 e intervinieron varios investigadores junior entre los que se cuenta el autor. Reprocesaremos aquí, además de los datos oportunamente publicados por Cigliano en 1973, algunas observaciones complementarias que quedaron en nuestras libretas de campo sobre los siguientes conjuntos:

T-R. M. -89 y T-R. M. -89'
 T-U. H. s/n T-R. 1 T-R. 2-A. 1 (dos recintos y una tumba)
 T-R. 94 (cuatro recintos asociados desiguales)
 Sondeo en T-calle 1 (15 metros lineales) basal T-B. 4

T-C. 1 (cista)

- 2 - Además de las excavaciones practicadas por E. Boman (1908) y E. von Rosen (1957) se cuentan las personales, efectuadas entre 1968-1970 (R. Raffino; 1972).
- 3 - S. Debenedetti realizó excavaciones que publica parcialmente en 1930. A partir de 1950, la lamentable reconstrucción de que fue objeto el sitio perturbó todo el sector occidental. En 1958-59 P. Krapovickas publica los resultados de sus excavaciones en el taller lapidario. El mapa de Alegría fue revisado y ampliado por nosotros en tres visitas a Tilara (1982, 1983 y 1984).

- 4 - A. M. Salas (1945; 86) da cuenta de la excavación de 16 tumbas, "numerosas habitaciones" y el relevamiento de 8 de ellas. El mal estado de conservación le impidió realizar un plano integral. El sitio fue prospectado por nosotros en 1976.
- 5 - S. Gatto (1946; 11 ss.) ofrece un croquis de Volcán y realiza sondeos, sin técnica estratigráfica, en algunas habitaciones y sepulcros. En 1969 Juan M. Suctta publica los resultados de Gatto, concernientes a las técnicas funerarias (op. cit.; 5); minimiza Suctta la significativa posición de la calle longitudinal de Volcán —alternativa poco afortunada— así como el carácter de Pukará del sitio. Nosotros visitamos Volcán en 1984 para reconocer el croquis de Gatto.
- 6 - Excavaciones a cargo de V. Nuñez Reguciro y M. Tarragó publicadas parcialmente por la segunda (1974 y 1980). Se realizaron sobre un recinto en forma de "coma", dos rectangulares grandes y dos más pequeños asociados; seis sondeos estratigráficos sobre depósitos de basura y dos en espacios vacíos interrecintos, uno de los cuales descubrió un enterratorio de adulto con ajuar. Se estudió además una de las "plataformas altas" dispuestas entre los cuadros agrícolas. La localidad fue visitada por nosotros en 1978.
- 7 - Existe un plano del Cerro Pintado de Las Mojaras de Ten Kate (1893; Lám. LXII 1

- y 2). F. Márquez Miranda y E. M. Cigliano excavaron parcialmente "varias habitaciones" en el bajo y en la cima (1961). Al S. de Rincón Chico, Lorandi, Renard y Tarragó excavaron una cista y un grupo de inhumaciones en urnas en el cementerio asociado (1960). C. Bruch realiza una descripción parcial de las ruinas (1911). Nosotros realizamos tres prospecciones durante 1978 y 1980.
- 8 - J. Ambrosetti estudia las ruinas y exhumamos dos tumbas de adultos y treinta y tres de párvulos. Los planos de Weiser se generan en la expedición de M. Barreto de 1921. Estos corresponden a un sector de la población baja donde hoy se está construyendo una hostería. Fueron testeados por nosotros entre 1980 y 1983. El gobierno de Tucumán ha emprendido un plan de restauración de las ruinas. Nosotros hemos explorado Quilmes en incontables oportunidades comprobando, lamentablemente, la falta de una dirección profesional en los trabajos de restauración y la orfandad en que se halla el sitio.
- 9 - El plano de Quiroga publicado en 1901 es incompleto de acuerdo con las posteriores observaciones de C. Bruch (1911). Este último efectúa un par de croquis de los recintos en el bajo y un plano de las construcciones principales sobre el Pukará, pero éste no coincide con el de Ten Kate (1896). De acuerdo con nuestras prospecciones de 1978 y 1980 el de Ten Kate se aproxima a la traza original del Pukará de Fuerte Quemado. Similar circunstancia ofrecen los croquis de Bruch sobre las viviendas del bajo. Recientes excavaciones de N. Kriscautzky en la población baja y en un conjunto de R. P. C. Inka aldeaño a esta última han sido de gran mérito.
- 10 - Además de los trabajos de Liberani-Hernandez, Methfessel y Weiser-Wolters, se cuentan los de A. González (1954), II. Chiappe (1965) y nuestras prospecciones a fin de chequear el plano de Weiser.
- 11 - Durante la octava Expedición Barreto, dirigida por Wolters (1926; Pág. 34 del diario de viaje y pág. 39 de la libreta de campo) se generan las descripciones, planos y excavaciones de sepulcros en la Loma Negra o de Los Antiguos de Asampay y al pie de la misma. Estos datos son los que utilizaremos, conjuntamente con los obtenidos por nosotros en 1982 y los de A. González (1957). Este autor excavó 10 estructuras en Asampay (sus resultados no fueron publicados).
- 12 - P. Krapovickas efectúa excavaciones en el sitio entre los años 1960, 1965 y 1966. Sus resultados permanecen inéditos, salvo escasas referencias que publica entre 1965 y 1970. Según sus trabajos, Yavi Chico presenta una disposición alargada y conforma un semiconglomerado asociado a andenes agrícolas. No compartimos la opinión de este autor (1965; 9 y 1970; 120) de que los lienzos de Yavi Chico son combinados con partes construidas de piedras en los cimientos y panes de adobes rectangulares en la parte superior. Las paredes de los recintos son dobles con relleno de ripio y barro, careciendo de ladrillos de adobe; poseen hasta 1,50 m. de altura y ostentan refuerzos basales, lo que les confiere un perfil compuesto. También presentan peldaños en salcedizo. E. Boman (1908; 779) da cuenta de una tumba cilíndrica con techo en falsa bóveda; no sabemos si esta presencia es frecuentemente representativa en relación con unidades funerarias cilíndricas sin techo y con supuestos "chullpales" que los lugareños ubican al Norte de Yavi Chico (en actual territorio boliviano).
- P. Krapovickas menciona la existencia de pequeñas escalinatas en el interior de la planta residencial. Este montículo aparece acompañado en sus lados por hileras de piedras formando estrechos escalones. Si bien lo adscribe como "basurero" dada la estratificación que posee, duda de sus funciones específicas. No compartimos la estrategia observacional de Krapovickas; para nosotros las escalinatas que rodean el montículo son andenes agrícolas, dado que la parte horizontal de los escalones es el sedimento. Estas estructuras aparecen en otros sectores de Yavi Chico (sitio prospectado en 1984).
- 13 - El plano de V. Weiser, originado en mayo de 1920, fue revisado y aumentado por nosotros luego de una prospección del sitio realizada en 1981.
- 14 - Francisco de Aparicio investiga Tolombón y publica sus resultados preliminares en 1947. Ofrece un croquis y efectúa sondeos en el interior de algunas casas comunales del sector que llaman "Peña Rosada" en busca de depósitos funerarios. Nosotros prospectamos Tolombón en 1977 y 1978.
- 15 - Podemos atribuirle a Ten Kate (1893) el descubrimiento de La Paya y a J. Ambrosetti (1907) las extensas excavaciones realizadas preferencialmente en más de 200 unidades funerarias ubicadas en la Necrópolis extramuros y en el interior del área de instalación; dentro de esta última, sobre calzadas sobreelevadas y en los ángulos de los recintos albergue. Recientemente L. Baldini realizó cortes

estratigráficos en basurales (1980) y el Museo Arqueológico de Cachi ha emprendido un plan de restauración del

sector Inka conocido como la Casa Morada. Nosotros hemos visitado las ruinas en reiteradas oportunidades.

Cuadro VII. Registros radiocarbónicos de las instalaciones que integran la muestra analítica del cuadro V

Sitio	fecha (d. C.)	Ref. bibliográfica
Tastil	GRN 5147: 1439±41 GRN 5807: 1396±43 GRN 5818: 1360±73 GRN 5809: 1349±41 GRN 5808: 1336±50	E. Cigliano y col; 1973.
Juella	N 1639: 1330±120	E. Cigliano; 1966
Ciénaga Grande	GRN 5400 a: 1280±50 GRN 5400 b: 1290±65	" "
El Churcal	CSIC 434: 1210±50	R. Raffino; 1984
Juella	GRN 540: 1335±25	Pellisero; 1975
Corral de Ramas	Y. 559: 1360±50 U. 153: 1155±80	González; 1960 " "
Yavi Chico	GRN 5884: 1170±40 GRN 5464: 930±30 GRN 5458: 1460±35	P. Krapovickas (o) " "
La Paya	AC 0272: 965±80 AC 0273: 1120±95 AC 0271: 1170±80 AC 0270: 1330±100	L. Baldini; 1980 " " "
La Morada (°) Publicados por González-Lagiglia, 1973; 298.		

Cuadro VIII. Estimaciones de áreas de instalación, FOS, demografía y densidades medias relativas de población en 15 instalaciones de los Desarrollos Regionales

Sitio	área de instalación	unidades habitac.	FOS	habitantes (1)	densidad media hab./ha. (2)
Tastil	150.000m ²	330	95%	1980	160
Morohuasi	40.000m ²	100	80%	600	150
Quilmes	250.000m ²	100	(3)	3000	120 (3)
Tilcara	79.300m ²	250	90%	1500	187
El Churcal	230.000m ² (5)	500	33/20%	3000	130 (5)
Masao	118.740m ²	84	35%	500	40
Loma Rica Jujuil	15.900m ²	29	50%	174	100
Loma Rica Shiquimil	38.600m ²	130	95%	780	195
Volcán	170.000m ²	100	70%	600	35
La Calera	64.000m ²	100	53%	600	95
Loma Negra Asampay	25.000m ²	35	40%	210	80
Juella	120.000m ²	100	75%	600	50
Yavi Chico	60.000m ²	(4)	(4)	(4)	(4)
Cabrera	28.000m ²	70	48%	420	150
Tolombón	220.000m ²	90	(3)	2700	123
Rinconada	18.000m ²	55	90%	330	165

Referencias:

- (1) Estimado en base a que cada unidad doméstica contenía un promedio de 6 habitantes.
- (2) Valor relativo de densidad de población media obtenido de dividir la población calculada en (1) por la superficie urbana en hectáreas.
- (3) En Quilmes y Tolombón las estimaciones demográficas parten de la base de 30 habitantes por casa comunal. Se excluye la superficie ocupada por los Pukara y los terrenos agrícolas contiguos. Sumadas a la del sector residencial, ocupan un área total de 800.000m² para Quilmes y otra levemente inferior para Tolombón.
- (4) No se incluyen los datos pertinentes al FOS y de habitaciones dado el grado de perturbación del sitio.
- (5) No se incluye el sector de la cantera y otro de derrumbes ubicados al O. y S. del canchón. La suma de ambos al del sector residencial completan una superficie de 300.000m². El FOS de la población baja es del 33%; el de la alta de 20%.

A. Rasgos 1-2-3-4; Tipos de Emplazamiento y asociaciones topográficas de los trazados concentrados de los Desarrollos Regionales

Los sitios alojados en los valles de Humahuaca, San Juan Mayo, El Toro, Rinconada, Calchaquí y Huallín han utilizado las partes altas de los pie de montes, las colinas y las mesetas para la instalación. Así lo propone tanto el examen de la muestra en particular, como una sustanciosa porción del universo arqueológico restante.

La instalación humana del período se aparta de las comodidades de los fondos de valle, masivamente usufructuados durante el Formativo, reservándolos como nichos ecológicos para actividades económicas; expresadas estas últimas por los vestigios de construcciones vinculadas con la agricultura, la recolección y, en algunos casos, la ganadería. Estas particularidades nos explican el sentido estratégico-previsorio como causante de la necesidad de buscar, en esas alturas, la protección a un modo de vida preñado de dificultades. Nos hallamos dentro de sistemas culturales dispuestos en habitats apertecidos, contiguos entre sí y geopolíticamente inestables. En otras palabras, los valles fértiles fueron áreas de ocupación muy propicias para las concentraciones urbanas, pero de reducida extensión espacial y, por lo tanto, con recursos energéticos limitados.

El desmedido crecimiento demográfico, al acercarse al umbral de la capacidad de sustento regional, debió transformar el inicial comensalismo en la competencia intertribal.

Refrescamos aquí los adelantos del capítulo I, puntos III y IV, en torno a la relación mecánica existente entre la ecuación Pukará-Guerra y la necesidad del enfoque organicista para su tratamiento.

El valle de Yocavil, no comparte las características antedichas y, a la vez, es marco espacial para una dicotomía entre los enclaves asentados en sus dos flancos. Mientras que los sitios del borde occidental, como Quilmes, Fuerte Quemado, Mojarra, Rincón Chico-Lampacito y Tolombón, entre otros, lo hicieron en el propio fondo de valle, contiguos a los campos agrícolas y algarrobales; los del faldeo opuesto buscaron la protección de agudas mesetas, entre ellos la Loma Rica de Shiquimil y Jujuil. Deberá descartarse como móvil de tal diferenciación a posibles discrepancias cronológicas sustanciales, por cuanto éstas ceden ante otras causales. La alta especialización que presentan Quilmes y sus congéneres occidentales y la necesidad de controlar los algarrobales del fondo de valle, indujo a diversificar el sector residencial estable, ubicado en el bajo, de su reducto defensivo o ciudadela emplazada en la cima del cerro y aglutinante alternativo de los rasgos 48-49-50-51 y 64.

Esta especialización se acentuó por obra de las inocultables influencias Inka que estos sitios recibieron, y alcanzaron un climax de funcionamiento durante las resistencias aborígenes a la férula europea del Período Hispano-indígena (1535-1667). *"Hay en este valle de Yocavil unos 20 pueblos todos ellos con un Pukara que los protege y donde se acorralan cuando se los acomete, siendo la mejor guerra que puede hacerseles talar sus chacaras y sementeras"*; el cronista Alonso de Abad (1575) grafica con justeza la utilidad de estos bastiones: ante la represión que los españoles ejercieron contra la revuelta liderada por el legendario Juan Calchaquí, entre 1558 y 1564, cuyo epicentro fue precisamente entre Tolombón y Mojarra.

Los rasgos 4 y 66 conciernen a superposiciones de unidades constructivas y cálculos relativos de FOS. Se trata de datos valiosos para entender las diferencias entre los poblados estratégicos remodelados y los Pukara de traza defensiva plena (rasgos N° 64). Los primeros pueden presentar tales superposiciones y un elevado FOS —superior al 90%— como consecuencia de una ocupación potente; lo que expresa densidades de población superiores a los 160 hab./ha (Cuadro VIII). Esto sucede en las instalaciones Tastil y Loma Rica de Shiquimil, en las que las superposiciones pueden ser el efecto de mecanismos endógenos, que dieron lugar al levantamiento de estructuras o a la edificación,

por encima de las existentes, de otras nuevas, como calzadas, plazas y basurales; en suma, remodelaciones ulteriores para resolver crecientes problemas generados por la concentración urbana en espacios limitados.

Otros casos sugieren que fueron los cambios ideológicos los causantes de superposiciones y por remodelaciones posteriores; circunstancias vislumbradas en las cabeceras políticas de algunas jefaturas, como en La Paya, Tilcara, La Huerta y quizás Rinconada, y por obra de la intrusión Inka de 1471.

Como contraparte a los ejemplos puntualizados, difícilmente los Pukara presenten estas alternativas, dada la discontinuidad que ofrecieron como sitios de residencia permanente; expresada por bajos FOS y la aparente ausencia de superposiciones. Los casos de Quilmes, Fuerte Quemado, Tolombón, Co. Pintado de Mojarras son, al respecto, los más conspicuos de la muestra.

Rasgos 5-6-60-61-62-63-64-65; Las trazas urbanas de Los Desarrollos Regionales

Dado que el examen de estos rasgos fue consumado en el capítulo IV, nos limitaremos solamente a agregar conceptos complementarios. Con la excepción de los Pukará de traza defensiva y de los centros administrativos Inka —construidos ambos mediante la técnica del damero regularizado con previo planeamiento— no parecen existir en el N. O. de Argentina instalaciones concentradas como exclusivo producto de una y otra modalidad de crecimiento. La espontaneidad coexistió con el planeamiento conformando crecimientos mixtos. Quizás puedan escapar a esta generalización empírica algunos casos, como los de Volcán en Ilumahuaca, donde se percibe un crecimiento deliberadamente planeado "in totum", aunque ellos significarían raras excepciones.

La complejización de la vida urbana, la creciente demografía del Período de los Desarrollos Regionales y los cambios ideológicos generados por la intrusión Inka, fueron los agentes responsables de los sucesivos replanteamientos por remodelaciones de las trazas urbanas originalmente espontáneas. Estas circunstancias se observan en Tastil, Tilcara, Morohuasi, El Churcal Bajo, Rinconada, La Paya y Loma Rica de Shiquimil.

Los Pukará de Quilmes, Fuerte Quemado, Tolombón, Co. Pintado, Loma Negra de Asampay y otros no considerados en la muestra, como Yacoraite, Hornaditas, Campo Morado, Pucara de Rodero, Fuerte de Tacuile, Pukará de Gualfin, Puerta de Corral Quemado, Eje de Hualfin, Pukará de Ilumahuaca o Peñas Blancas, Pukará de la Cueva, Pukará Morado, Co. Mendocino, Pukará de Collanzulli, Coyparcito y

La Angostura se acercan, cada uno en su medida, a una concepción de planeamiento partiendo de una estructura militar contenedora con la alternativa presencia de los rasgos 48 a 51 y 64, los cuales inscriben el área residencial. El crecimiento de estas ciudadelas pudo ser desde los bastiones hacia adentro, o bien, la estructura defensiva pudo aparecer en fases posteriores a la instauración del sitio. Ya hemos apuntado que algunos de estos poblados se caracterizan por una habitabilidad discontinua y ocasional. A mitad de camino entre esta concepción de planeamiento por causas guerreras queda un grupo de enclaves estratégicos de residencia permanente y elevados FOS que fueron reducidos en los que el sistema defensivo no se expresa plenamente; entre éstos, Volcán, La Paya, Tastil y Juella.

Otras sugestivas formulaciones se extraen del examen comparado de estos rasgos. Las instalaciones que poseen trazas radiocéntricas y en damero irregular son las de más altos índices de FOS; fueron construidas en la altura de cerros y mesetas y, por esta razón, en superficies limitadas, constituyeron in-puts que generaron efectos de retroalimentación positiva, produciendo remodelaciones dentro del área intramuros. La consecuencia de estos procesos son las superposiciones de partes arquitectónicas y la separación de otras hacia fuera del perímetro residencial (p. e. los cementerios, corrales y basurales). Tastil, Rinconada, Morohuasi, La Paya, Juella, Tilcara y Shiquimil significan, al respecto, los casos más simbólicos.

Como contraparte, las trazas urbanas en plano regularizado con bajo FOS, como Quilmes, Fuerte Quemado, Tolombón y Rincón Chico, alternan su planta residencial con sectores destinados a la producción agrícola, el riego y la recolección. Usualmente carecen de callejuelas, plazas y basurales conspicuos, por ser innecesarios ante la ausencia de aglutinamiento urbano. Presentan además una articulación directa con los algarrobales, los que parecen desempeñar, junto a las fuentes hídricas, un rol fundamental en la elección del sitio para la instalación; quizás más condicionante aún que en los restantes tipos de instalación del N. O. argentino.

Rasgos 7, 8, 9, 41 a 47; La Subsistencia

Los avances tecnológicos producidos por las jefaturas de Desarrollos Regionales son ostensibles y han quedado registrados en todos los órdenes de la cultura material. Es probable que hayan contribuido favorablemente las oscilaciones climáticas —aumentos de temperaturas— que provocaron condiciones favorables para que el hombre andino capturara nuevos territorios en las alturas cercanas a los

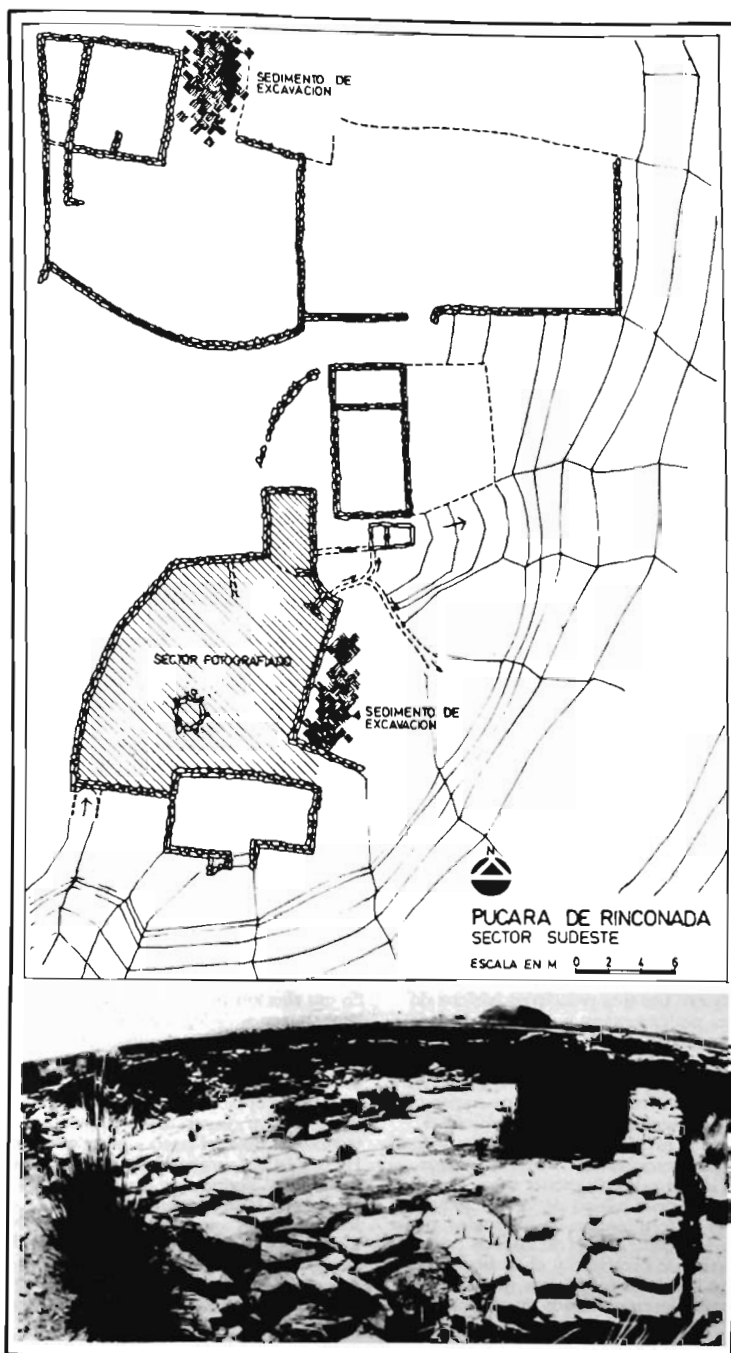


Figura 6-1- Planta del sector sudoriental del Pucará de Rinconada del villazgo jujeño (P y S. A.)

4000 m., para su agricultura y el forraje de los camélidos (A. Cardich; 1980). Lo cierto es que los faldeos montañosos del N. O. argentino son paulatinamente nivelados por la construcción de canchones aterrazados que trepan por las fragosidades serranas en un diáfano ejemplo de que la Minga o trabajo comunal pasó a cumplir roles fundamentales en las conductas de los sistemas.

Los registros válidos para el examen de las actividades de subsistencia son de tres tipos. Los primeros conciernen a las estructuras arquitectónicas, como los bancales, canales, represas, almacenes de semillas y molinos; así como los restos de ecofactos vinculados con la alimentación hallados en los depósitos de basura (rasgos N° 7 y 38 al 46). Los dos restantes se relacionan con la ganadería y la recolección, sobre las que el registro es menos pródigo; consisten en estructuras usadas como corrales, molinos y depósitos y los propios restos orgánicos alojados también en los basurales (rasgos N° 8, 9, 38, 39, 40, 43 y 47).

En lo pertinente a la agricultura, interesa componer tanto el aspecto morfofuncional derivado de su imagen arquitectónica, como la relación espacial que ostentan las áreas de producción con las de instalación; sobre estas últimas anticipamos interesantes perspectivas regionales, mientras que en lo que atañe a las primeras, las relaciones de similitud y diferencia involucran explicaciones de orden ecológico.

En la quebrada del Toro se verifican asociaciones con arquitectura agrícola plasmada en canchones y terrazas construidos en pie de montes artificialmente nivelados. Estos se localizan en áreas de muy buenas condiciones para el riego terrestre, como consecuencia de deshielos y vertientes de precipitaciones captadas por las sierras de Chañi y Acay. Tanto Pie del Paño (550 ha) como Pie del Acay (250 ha.) y Potrero (100 ha.), significan áreas de producción construidas con una mesurada técnica arquitectónica en los sectores más beneficiados desde el punto de vista hídrico del nicho ecológico. Los tres principios básicos de la agricultura pedemontana y de zonas áridas fueron en parte puestos en práctica. El regadío artificial, mediante la conducción terrestre y controlada por acequias de las aguas de avenida (rasgo N° 42). La preservación de los suelos con pendiente, proclives a la erosión fluvioecológica, por medio de la nivelación artificial, para lo cual se construyeron canchones y terrazas (rasgos N° 44 y 45) de paredes de piedra seca.

El tercer principio básico de la agricultura de esos hábitats, la fertilización de los suelos, pudo ser logrado mediante el uso de abonos caseros, como el guano de camélido y el barbecho, de acuerdo con los datos folklóricos que oportunamente interpoláramos en el momento

Tastil (R. Raffino; 1972; 1973; 1975; R. Raffino y E. Cigliano; 1977 y 1978).

La posición de los tres enclaves agrícolas oscila entre 4 a 7 horas/marcha desde Tastil —desde donde se ejercía la administración— por lo que no es posible suponer un ida-vuelta diaria. Pivoteando en Tastil para una estrategia de site-catchment (E. Higgs y C. Vita-Finzi; 1972) el radio oscila entre los 20 y 40 km. para el círculo de explotación agrícola pedemontana. Aunque hemos inferido otro más próximo al área residencial, entre 1 a 2 km., arqueológicamente perturbado por continuas reocupaciones posteriores.

El control directo de Tastil se deduce por la marcada similitud artefactual y se contrasta favorablemente por los rasgos arquitectónicos y las unidades de habitación halladas entre los bancales agrícolas, seguramente ocupadas por los responsables de las tareas de riego, limpieza y mantenimiento de los suelos. Tastil, Morhuasi, Pie del Paño, Acay y Potrero, juntamente a otros enclaves menores de las quebradas del Toro y Las Cuevas conformaron, así, el territorio del sistema cultural Tastil ya anticipado en los capítulos I y III.

Las instalaciones Tilcara, Juella, Volcán y Ciénaga Grande ostentan una asociación similar con nichos ecológicos plagados de arquitectura agrícola. Estos se ubican en los pie de montes orientales a la quebrada de Humahuaca, en el ecotono entre ésta última y la cordillera de Zenta. Una evaluación de esta extensión agrícola por sensores remotos (imágenes Land Sat 1:500.000 y aerofotos 1:50.000) arroja cifras cercanas a las 5000 hectáreas.

Varios de estos sectores agrícolas han sido observados por prospecciones terrestres; las de Alfarcito, Titiconte, Rodero, Caspalá, La Cueva y Coctaca. Indudablemente la sección oriental de los pie de monte de Humahuaca fueron beneficiados por los vientos húmedos (alisios) del O., por lo que es deducible que en esta circunstancia radica la elección de ese ecotono para la construcción de estructuras de este tipo. En esa sección pedemontana intermedia entre Humahuaca y Vallegrande es donde se localiza la base agrícola que proporcionó la capacidad de sustento de gran parte de los sistemas culturales de Humahuaca.

Con excepción de Coctaca, Titiconte y Rodero, cuya construcción responde a tecnología Inka, el resto —alrededor de 4000 Ha. según los sensores remotos— puede ser atribuida al Período de los Desarrollos Regionales. La articulación de esta infraestructura agrícola con las instalaciones de Tilcara, Juella y Volcán es ostensible; de posición cronológica anterior a Thupa Inka, sugieren una estrategia particular de tecnología agrícola muy similar a la del sistema Tastil. Hay

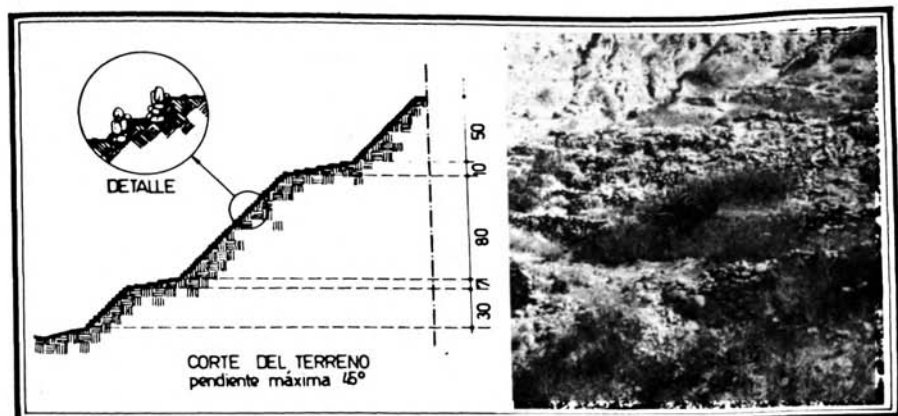


Figura 6.2: Terrazas agrícolas pedemontanas de la zona de Asampay de Hualfín (P. A.).

canchones y terrazas, pero no andenes ni evidencias de represas de riego, es decir la clásica tecnología local. Pero luego de 1471 aparecen los andenes, recintos favorecidos, represas y acueductos subterráneos, claros estímulos imperiales que producirán los efectos de retroalimentación anticipados en el capítulo I, caso 3, y corporizados en Titiconte, Coctaca y Rodero.

Una expresiva similitud formal atesoran los sitios Cabrería y Yavi Chico, en los oasis de San Juan Mayo y Yavi en el altiplano; también el de Las Pailas, ubicado en el pie de monte occidental del Valle Calchaquí N. Los campos agrícolas se alternan con la propia área de instalación, plasmando sectores arquitectónicos articulados y con dos locus básicos de actividades: residencial y agrícola. En Cabrería y Las Pailas presentan una medición técnica de canchones y terrazas; en Yavi proliferos andenes construidos con técnica similar a la de Rodero (rasgo N° 46), por lo que proponemos influencias Inka sobre una construcción inicialmente de Desarrollos Regionales.

El Churcal se asocia con parcelas ubicadas en la terraza inferior al área residencial, próximas al río Calchaquí y reutilizadas en nuestros días. Similar articulación parecen presentar La Paya, Loma Rica de Shiquimil y Loma Negra de Asampay. En este último, la creciente desertización del valle de Hualfín ha favorecido la conservación de las cicatrices de esos canchones hasta la actualidad. En Rinconada, Boman refiere la existencia de estructuras agrícolas en los alrededores del Pukará, hasta una distancia de 10 Km. a la redonda. Los relictos observados en las proximidades del sitio, concuerdan con sus descripciones en cuanto que aparecen canchones como producto del despedrado del terreno y algunas terrazas

levantadas en sectores de pendientes más agudas.

Los sofisticados Quilmes, Tolombón, Fuerte Quemado y Rincón Chico configuran ejemplos de la espectacularidad tecnológica que ostenta el sistema Yocavil, favorecido por inputs Inka y feedbacks tecnológicos en las instalaciones receptoras. Los testigos arquitectónicos son represas de piedras ensambladas con conductos tallados en la roca viva, compuertas, refuerzos, aberturas trapezoidales, sifones niveladores de agua, canales en red y andenes; amén de otra cantidad de rasgos desconocidos hasta entonces en el N. O. argentino.

Estos cuatro enclaves, así como otros tantos alojados en el flanco occidental del valle de Yocavil, nos han obligado a un esfuerzo considerable en aras de discernir en qué momento termina la arquitectura de los Desarrollos Regionales para dar paso a la del Tawantinsuyu; circunstancia que expresa la simbiosis cultural existente entre ambas dentro de establecimientos que sobreviven a ambos períodos y penetran en el Hispano-Indígena. Pero quedará claro que el sistema Yocavil es local y pre-Inka y que la implantación y desarrollo de sus subsistemas productivos se produjo antes de Tupa Inka Yupanki, sin la sofisticación imperial pero con una notoria capacidad adaptativa.

Ya hablamos de la singularidad de estos asentamientos, que alternan sectores de casas comunales residenciales con canchones y terrazas agrícolas; queda agregar que por las acrofotos de Quilmes calculamos un área de ocupación de 800.000 m², de la cual cerca de 550.000 m² estuvo afectada a la agricultura; los 250.000 m² restantes corresponden a la superficie ocupada por el sector residencial y el Pukará.

Cuadro IX. Instalaciones con arquitectura agrícola del N. O. argentino

Sitio	Referencia bibliográfica	Región	Superficie en Ha.
Sayate	Boman; 1908, II, 601	oasis de Puna	no hay datos
Casabindo	Boman; ibid. 612	"	"
	Roscn; 1957, 90	"	"
Rinconada	Boman; ibid. 664	"	"
Yavi Chico	Boman; ibid. 708	"	"
	Krapovichas; 1968, 262	"	"
Pueblo Viejo	Weiser; 2da. exp. 1920	"	"
Sansana-	Boman; ibid 780	"	"
Co. Colorado	Krapovichas; ibid. 262	"	"
Sorcuyo	Casanova; 1938, 427	"	"
Rachaite-Doncellas	Otonello-Krapovichas; 1973, 12	"	3000
Queta	Boman; ibid.	"	no hay datos
Cochinoca	Boman; ibid.	"	"
Titiconte	Debenedetti-Casanova; 1935, 18	Iruya	18
	Miranda; 1939, 99	"	"
Colanzuli	Miranda; ibid.	"	no hay datos
Zapallar	Miranda; ibid.	"	"
Vizcarra	Miranda; ibid.	"	"
Iscuña	Miranda; ibid.	"	"
Cuesta Azul	Miranda; ibid.	"	"
Campo Grande	Miranda; ibid.	"	"
Pampa Grande	Krapovichas-Cigliano; 1963, 90.	S. J. Mayo	"
La Ciénaga	Krapovichas-Cigliano; 1963, 81	"	"
Antofagasta de la Sierra	Raffino-Cigliano; 1973, 245	oasis de Puna	30-50
Coiruro	Gatto; 1946, 13	Qda. Humahuaca	no hay datos
Rodero	Lanzone; 1968, 33	"	"
Los Amarillos	Casanova; 1936, 233	"	"
Alfarcito	Debenedetti; 1918, 4	"	500
	Madrazo; 1969, 15	"	"
Coctaca	Ardissonc; 1928, 165	"	600
	Casanova; 1934, 25	"	"
	Suetta; 1967, 3	"	"
Sorocho	Madrazo; 1965, 23	"	no hay datos
La Cueva	Casanova; 1933, 295	"	"
Capla	Madrazo; 1965, 23	"	"
Paño	Raffino; 1972, 161	Qda. del Toro	550
Acay	Raffino; ibid. 169	"	250
Potrero	Raffino; ibid. 167	"	100
Palermo	Ardissonc; 1940, 182	V. Calchaquí	no hay datos
La Campana	Raffino-Cigliano; 1978	"	120
La Despensa	Raffino-Cigliano; ibid.	"	180
La Puerta	Raffino-Cigliano; ibid.	"	80-100
El Pozo	Raffino-Cigliano; ibid.	"	100
Rodó II	Raffino-Cigliano; ibid.	"	25
Rosclpa	Raffino-Cigliano; ibid.	"	100
Mayuco	Raffino; MS.	"	120
Pucarilla	"	"	150
Isonsa II	"	"	120-150
Las Pailas	Tarragó-Díaz; 1972, 58	"	no hay datos
Los Grancros	" ; ibid. 53	"	"
Fuerte Alto	Ardissonc; 1942, 416	"	"

Cuadro IX (cont.)

Kipón	Debenedetti; 1921, 5	"	"
Caspinchango	Debenedetti; 1908, 5	V. Yocavil	"
Pajanguillo Alto	Cigliano y col.; 1960, 43	"	"
Quilmes	Ambrosutti; 1907, 12	"	1000
	Bruch; 1911, 24. Difrieri; 1981, 103	"	
Tolombón	Aparicio; 1947, 571	"	no hay datos
Famabalasto	Bruch; 1911, 125	V. del Cajón	"
Pta. Balasto	Bruch; ibid. 125	V. Yocavil	"
Tesoro	Weiser; VII exp. 1924.	Contrafuertes del Aconquija	"
Cerrillos	" " "	"	"
Tesoro Alto	" " "	"	"
Bucy Muerto	" " "	"	"
Ingenio Arenal	" " "	"	"
Pajanco	Quevedo; 1902, 275	Contrafuertes del Ambato	"
La Ciudadcita	Quevedo; ibid. 275	"	"
	Bruch; 1911, 188	"	"
Chafañán	Weiser; IV. exp. 1921-22	V. Hualfin	"
Villavil	" VII exp. 1924.	"	"
Quebrada Tío	Weiser; VII exp. 1924	V. Hualfin	"
Asampay	" " " "	"	"
Alpasinde	" " " "	"	"
Qda. del Tala	Larrouy; 1914, 4	V. Catamarca	"
	Ardissone; 1944, 95	"	"
Las Trancas	Ardissone; 1944, 107	"	"
La Cueva	Ardissone; 1944, 106	"	"
Colpes	Raffino; MS.	"	"
Angualasto	Debenedetti; 1917, 75	V. Jachal	"
Río Mendoza	Maynthhausen; 1968, 132	V. Mendoza	"
Río Tunuyán	" " "	"	"

No tan espectaculares como los de la agricultura, los registros inherentes a las actividades pastoriles son corporizados por corrales, amén de los restos orgánicos de camélidos domesticados hallados en los basurales, y por las actividades textiles articuladas con las prácticas ganaderas. Nosotros recalaremos en los estructurales, recordando que en los sitios excavados han sido rescatadas evidencias de que el manejo ganadero de la llama-alpaca comienza en el Norte argentino antes de los inicios del Formativo y que en los hábitats alojados por encima de los 2.000 m. s. n. m. su capacidad de sustento pudo igualar e incluso superar la aportada por la agricultura (R. Raffino; 1975, 29. R. Raffino, E. Tonni, E. Cione; 1977; 9 ss.).

Los vestigios de corrales aparecen en Tilcara, Juella, Tastil y Cabrería; presencia confirmada en los tres primeros por el superlativo grado de aparición de restos óseos de camélidos domésticos. Por su parte, Las Pailas, Volcán y

Morohuasi poseen estructuras que por su morfología pueden interpretarse como tales, con el latente interrogante que significa la ausencia en ellos de investigaciones específicas.

En los tres casos más palpables se trata de recintos de planta en damero, de superficie mayor a la de las habitaciones-albergue. Su cualidad constructiva no discrepa de las del resto de las construcciones. Suelen presentar grandes vanos y una ubicación en sectores contiguos al área residencial, lo que explica una elección deliberada del espacio para una actividad que, en núcleos urbanos populosos como los de Tastil, Tilcara, Juella y Cabrería, significan perturbaciones mecánicas e higiénicas. Así es que los corrales de Juella se ubican en el suburbio O.; en Tilcara en el fondo del valle, al pie occidental del poblado; en Cabrería al N.; y en Tastil en el faldeo de enfrente.

No es casual que los registros de corrales y la infinitamente superior frecuencia de restos

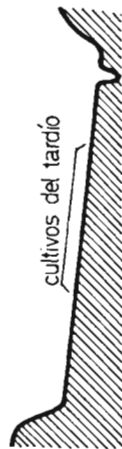


PIE DEL PAÑO PLANTA DEL SECTOR CENTRAL DE LOS CAMPOS AGRICOLAS.

escala mts 0 5 10 15

ATLAS III SITIO 33

DETALLE RECINTO CIRCULAR



ESQUEMA SECCION TOTAL

óscos de camélidos aparezca en los habitats ubicados por encima de los 2.000 m. de altitud, en estepas frescas con vegetación renovable y aguas con corrimiento superficial. Ese es precisamente el marco ecológico de Ilumahuaca, El Toro, el valle Calchaquí N. y los oasis de Puna, donde los registros ganaderos de una u otra forma son copiosos (R. Raffino, E. Tonni, E. Cione; op. cit.; 17). Tampoco es obra del azar que esta fática comience a decrecer a medida que bajamos en el mapa del N. argentino. La adaptatividad del camélido doméstico disminuye por debajo de los 2.000 m. de altitud y a menos que los enclaves alojados en estas cotas hayan tenido colonias en las estepas arbustivas altas, formando parte de su nicho ecológico, difícilmente pudieron contar con ellos como recurso energético fundamental.

Estas circunstancias han debido pesar especialmente en los fondos de valle ubicados por debajo de esos niveles; los que, a menos que hayan existido condiciones climáticas diferentes a las actuales, no fueron nichos ecológicos aptos para la crianza de camélidos. Las altas temperaturas diurnas del verano, las aguas estancadas y la proliferación de parásitos producen en la llama y en la alpaca numerosas enfermedades, entre las que sobresale la diarrea basilar, causante de verdaderos estragos en las crías.

Estas condiciones debieron imperar particularmente en los valles de Yocavil y Hualfin, por lo que no nos extraña la ausencia de corrales dentro del sector bajo de Quilmes, Fuerte Quemado, Tolombón, Rincón Chico, Loma Rica de Shiquimil, Asampay y Corral de Ramas, así como el reemplazo de las proteínas aportadas por el camélido por las del fruto del algarrobo, recolectado en el bajo, cuyo énfasis ya fue considerado en los puntos anteriores.

La muestra es rotunda en cuanto a que propone una intensificación de las actividades agrícolas y ganaderas de los Desarrollos Regionales en relación al formativo. Este progreso se deduce por: 1, mayor cantidad de estructuras agrícolas ad hoc; 2, la ampliación de los nichos ecológicos por captura de mayores alturas andinas; 3, el acertado manejo de los desniveles pedemontanos; 4, el mejoramiento de las prácticas de regadío artificial y 5, la aparición más frecuente de corrales para el encierro del camélido en los suburbios de las instalaciones. En varios pasajes de esta obra hemos observado que en concomitancia con este progreso son ostensibles los crecimientos demográficos percibidos en los valles fértiles, así como la propia emergencia de los trazados urbanos concentrados. Es deducible por ello el éxito reproductivo consumado en las esferas económicas de los sistemas culturales.

B. Rasgos Arquitectónicos y Urbanísticos de los trazados concentrados.

Rasgos 10-11-13-14-15-22-23; Las materias primas y la técnica cons. activa

El análisis comparado conduce a hilvanar similitudes y diferencias entre componentes arquitectónicos específicos de la muestra. Las alternativas presencias de estos rasgos responderán a diferentes concepciones constructivas de las paredes, las que implican mecanismos particulares de búsqueda, selección y combinación de las materias primas intervinientes. Por debajo de las diferentes modalidades técnicas e imágenes formales de los lienzos de cada instalación, descansará permanentemente el factor natural como estimulador de las respuestas habitacionales, tanto en la construcción de paredes y techos.

Los lienzos de pirca seca con la intervención de clastos de diversas formas; planos, subglobulares y poliédricos con refuerzos basales, prevalece en Tastil, Morohuasi, Rinconada, Las Pailas, La Paya y El Churcal. Es en la forma de la piedra, el uso de la pirca simple o doble y la resolución del refuerzo basal de los lienzos, donde observamos diferencias entre ellos; mientras que El Churcal, Rinconada, Las Pailas y La Paya presentan largas piedras planas, clavadas verticalmente como trabazón de otras horizontales más pequeñas, en Tastil y Morohuasi se han seleccionado las de mayor volumen para los cimientos y las menores para la sección superior. En El Churcal Bajo, La Paya y Tero, se comprueba el uso de la pared simple que tapiza el perfil del pozo donde se excavó la vivienda subterránea. Estos lienzos secos coexisten con los dobles que encierran rellenos de ripio. Juella, Tilcara, Volcán, Ciénaga Grande en Ilumahuaca y el puncho Yavi Chico ostentan lienzos dobles con relleno de barro y ripio; los que hacen de cemento de unión de bloques subcuadrados y poliédricos. Estas paredes ofrecen un prolífico tratamiento selectivo de los materiales con el propósito de lograr mejor acabado de las caras visibles de los aparejos murarios, pero faltan en ellos los trabajos de canteado.

No le van en zaga en cuanto a la cualidad arquitectónica los casos examinados en el sistema Yocavil: Quilmes, Tolombón, Rincón Chico, Fuerte Quemado y Loma Rica de Shiquimil, aunque con la particularidad de que en ellos se observan frecuencias más parejas en el uso de clastos irregulares y planos.

Cabrería y dos de sus vecinos del S. J. Mayo (Pueblo Viejo y Churquihuasi Atlas 3; N° 20) poseen lienzos dobles rellenos de barro y ripio. Finalmente Corral de Ramas se aparta de estas combinaciones, dado el uso de la tapia para sus paredes.

Se registran entonces seis grupos de

presencias-combinaciones de rasgos, los que conllevan, de la mano del dato arquitectónico, al tema de la regionalización de los sistemas adaptativos. Se perfilan así los distintos estilos arquitectónicos que caracterizan a los valles fértiles arqueológicamente relevantes del Período de los Desarrollos Regionales. Así tenemos la combinación de los rasgos "arquitectura en paredes dobles de piedra irregular y seca (10, 15, 23) en la Qda. del Toro; muros secos simples y dobles hechos con piedra irregular en el valle Calchaquí Medio (10, 15, 22, 23); lienzo dobles de piedras planas rellenas con ripio y barro para Hualahuaca y Yavi Chico (11, 14, 23); dobles de piedra irregular rellenos con ripio y barro en el San Juan Mayo (11, 15, 23); de sedimento y tapia para Corral de Ramas de Hualfin (13); dobles de piedra tanto plana como irregular en Yocavil, (11, 14, 15, 23) y simples, secas y de piedras planas en Rinconada (10, 14, 22).

Por lo demás, y siempre con una intención generalizadora, no hemos registrado indicios de tratamientos de cantería por pulimento deliberado de la piedra, pero sí una intencionalidad selectiva que condujo al mejoramiento de ciertas fachadas e interiores mediante la búsqueda de la cara más plana de la piedra. Quizás a la primera regla se le escapen algunos casos excepcionales, pero bajo la sospecha de que ellos responden a estímulos Inka y no a una modalidad local preexistente. Esta alternativa se apoya en el principio de que esos casos se localizan en Tilcara, Yavi Chico, Quilmes, Tolombón, La Paya, Fuerte Quemado y el sector "aristocrático" de Rinconada (Boman; 1908; 632 ss.), lo que significa en poblaciones que traspasaron el umbral del Horizonte Inka.

Rasgos 12-29-30-31; Las techumbres de Los Desarrollos Regionales

Los datos exhumados nos enfrentan a relaciones de similitud y diferencia en cuanto a las formas de los techos, los materiales intervinientes y a la inserción de ellos sobre los recintos. En algunos casos su examen puede complementarse gracias al aporte de otros elementos arquitectónicos, como los dinteles, las ventanas y los peldaños en saledizo. Estos componentes no están codificados en la matriz de datos V por la fática razón de que no hemos podido registrarlos, excepción hecha de Yavi Chico y quizás Cabrería, donde estarían presentes los peldaños en saledizo.

La techumbre a un agua de tipo "hicho", sustentada por tirantes de madera y vigas, se percibe en parte de la muestra analítica. En el sedimento del recinto Tástil-U. II. s/n, a 0,20 m. de profundidad, fue hallada una capa continua de ceniza y restos de cardón y paja por encima del piso cultural. Esta resolución parece coexistir

con los cerramientos de pieles de camélidos, cuya existencia fuera oportunamente denunciada por el recordado Eduardo Cigliano.

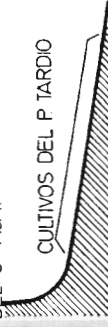
Un registro de techumbres de leñosas obtuvo von Rosen y nosotros en Morohuasi. Descartada por insostenible la hipótesis de N. Pellisero (1975; 21) que los recintos albergue de Juella estuvieron techados con cierres de lajas en falsa bóveda, nos atenemos a las observaciones de Cigliano y las personales, las cuales coinciden en la existencia de cerramientos en hicho apoyados directamente sobre los lienzos. Similar resolución afirman hallar Lanzone y Suctta en Rinconada (1970; 5) y S. Debenedetti en Tilcara (1930; 27); esto es, techumbres a un agua formadas por troncos que se distribuían a calculada distancia y apoyados sobre los muros. Sobre estos troncos se apoyaban una o dos filas de cañas apretadas y unidas con tientos; todo ello se cubría luego con una capa de barro. Tilcara encierra, además, indicios de hastiales para techumbres en mojicte, horcones y dinteles; aunque los dos primeros están culturalmente vinculados con la posterior presencia Inka. A. Salas interpolará aquella interpretación de Debenedetti para explicar los cerramientos de Ciénaga Grande, dado que en los sedimentos de las habitaciones encuentra: "... numerosas tablas de madera de cardón dispuestas horizontalmente, constituyendo verdaderos estratos... siempre sobre los materiales arqueológicos..." (1945; 88).

En Yavi Chico, P. Krapovickas (1965; 9) encuentra huellas de techos quemados hechos de troncos y paja, pero carentes de torta de barro. Estos cierres estuvieron sustentados sobre peldaños de saledizo dispuestos rítmicamente sobre los lienzos y a una altura constante. Tenemos indicios para sugerir que esta particular resolución de Yavi Chico puede ser interpolada a Cabrería y los restantes enclaves tardíos del San Juan Mayo, alternativa sugerida por algunos peldaños y dinteles caídos, hallados por nosotros y que significarían la continuidad de una modalidad que aparece frecuentemente en los poblados contemporáneos allende los Andes, especialmente en los del Valle superior del Loa y en San Pedro de Atacama. Esta costumbre perdura aún entre las sociedades folklóricas del altiplano puneño.

Arribamos finalmente a la espectacularidad de los cerramientos a un agua y en galería de Quilmes, Fuerte Quemado, Tolombón y Rincón Chico; típicos de las casas comunales del sistema Yocavil y a los cuales el propio Ambrosetti se encargará de describir a fines del siglo pasado. Esta resolución cuenta con el auxilio de columnas de algarrobo dispuestas rítmicamente a una distancia constante de las paredes exteriores. Las columnas sirvieron de sostén a una tirantería de algarrobo y sobre las



PERFIL E-W
CONTRAFUERTE
DEL C° ACAY



PIE DE ACAY PLANTA Y PERFIL DEL SECTOR CENTRAL ATLAS III SITIO 30



0 2 4 ESCALA Mts

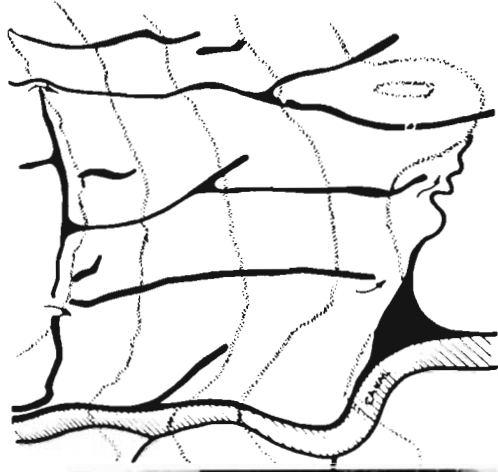


Figura 6.4: Conchones agrícolas pedemontanos del sistema Tusti; Pie del Acay de la Quebrada de las Cuevas, descubierto por el autor en 1969 (P. y F. A.).

que, perpendicularmente, se asentaron cañas y luego el torteado de barro y paja. Estuvieron apuntaladas por grandes bloques planos clavados en el piso los que, a su vez, delimitan el patio central dispuesto a bajo nivel en relación con la galería-albergue.

Estas techumbres configuran un estilo circunscripto Yocavil y quizás algunos enclaves contemporáneos del Valle del Cajón. Su presencia, sumada a la de grandes dinteles pétreos, que cierran los pasillos de comunicación entre la residencia en galería y los recintos accesorios de almacenaje y molienda, puede interpolarse a las instalaciones de Punta de Balasto, Loma Rica de Juji, Yasyamayo y Caspinchango, entre algunas más del sistema Yocavil (sitios N° 135, 139, 141 y 144 del Atlas 3).

Cabe consignar dos aspectos formales ligados a estos sofisticados cierres: el primero, a la caída de éstos, preferentemente orientada hacia el exterior de la casa comunal, con el objeto de evitar la inundación del patio interior —que como dijimos está a bajo nivel en relación a la galería—. El segundo, como aclaración de que no necesariamente los cierres en galería se realizaron siempre sobre la totalidad del perímetro de la casa comunal, encerrando al patio central, sino que pudieron abarcar apenas unos dos lados de la misma.

Emergen como consecuencia de este análisis tres variantes regionales fundamentales de la resolución tipo hicho: cardones, pajas y picles generalizados por la Puna y sus quebradas laterales; en galería y apoyados en columnas de algarrobo y cerramientos compuestos por tirantes de la misma madera, cañas, paja y barro para Yocavil; una resolución similar, pero utilizando también cardón, en cierres que se apoyaban directamente sobre los muros en Humahuaca. Estas variantes del tradicional hicho sobreviven en la vivienda actual del N. argentino y dejan fuera de circulación la presunta existencia de techumbres pétreas para los recintos albergue. Lo que significa que estas últimas quedan confinadas a recintos de menores tamaños y de formas y funciones diferentes a las de albergue; aquéllos destinados para la funcbria, silos y depósitos.

Finalmente, el registro induce a sostener como presencia excluyente los cierres formalizados a un agua, lo que dejaría a los Inkas la responsabilidad de la introducción del hastial y de los mojinetes como sostenes de techumbres a dos aguas.

Rasgos 16-17-18; Las formas de las plantas

Como contraparte a que las diferentes formas de las plantas en las instalaciones formativas permitan tender correlaciones regionales e implicancias cronológicas; el fragmento de

universo de Desarrollos Regionales está calificado para hacerlo en cuanto a diferencias funcionales, concatenadas a partir de las formales.

Los sitios excavados reflejan esta diversificación; en Tastil la planta circular-elíptica está confinada a cistas y recintos molino; siendo las formas rectangular e irregular exclusivas de habitaciones y patios. La arquitectura funcbria absorbe masivamente las formas circulares, así lo prueban Juella, Morohuasi, Yavi Chico, Volcán, El Churcal, La Paya, Las Pailas, Quilmes, Fuerte Quemado, Tolombón y Rincón Chico, así como casos de Tilcara, Rinconada, Cabrería y Ciénaga Grande. Todas estas instalaciones utilizaron masivamente la forma de damero para el recinto albergue.

Existe un tercer tópico funcional que acapara la resolución circular-elíptica y es el referente al almacenaje. Sea éste concretado en recintos incluidos en patios y habitaciones, o en construcciones independientes, parte de la muestra expresa la respuesta circular. En algunos casos, como contenedores de grandes tinajas-alacenas, destinadas a la preservación de los alimentos y utensilios perecederos.

En Quilmes, Fuerte Quemado, Tolombón y Rincón Chico la planta circular acapara una diversificación funcional mayor; aparece relacionada con cuatro actividades: la funcbria, el almacenaje, la molienda y en los torreones y alayas defensivos edificados en los Pukara.

Las formas rectangulares prevalecen con abrumadora mayoría en los recintos albergues. Sólo en aquellos casos en que la irregularidad topográfica significa un obstáculo insalvable, pueden registrarse formas subcirculares, como acontece en algunas viviendas elípticas de la Loma Rica de Shiquimil y Tastil. Por estas mismas causales naturales el damero se alterna con plantas pentagonales, triangulares y hexagonales.

Estas últimas circunstancias se perciben especialmente en las instalaciones edificadas en topografías altas, desparradas y con elevado FOS, como Tastil, Morohuasi, Rinconada, Loma Rica de Shiquimil y Tilcara. Como contrapartida, los enclaves dispuestos en terrenos bajos y planos, y aún aquellos en pie de monte con bajo FOS, como Quilmes, Tolombón, Fuerte Quemado, Rincón Chico, El Churcal y La Paya, carecieron de formulaciones circulares destinadas para habitación. En todos ellos, la concepción en damero expresa una modalidad masivamente empleada cuando las circunstancias lo permitían, y puede generalizarse, por extrapolación, por gran parte del Norte argentino durante el Período examinado.

Rasgos 19-20-21-52; Arquitectura subterránea, a nivel y a sobrenivel

La existencia de diferentes niveles en la concepción arquitectónica significa la ubicación espacial relativa, en planos verticales y horizontales, de una vasta porción de los rasgos arquitectónicos de la matriz de datos. La presencia de desniveles es discernible mediante excavaciones o cuando aparecen superficialmente vestigios de pasillos en pendiente, umbrales, rampas, escalinatas y peldaños en saledizo. Hemos de excluir el tratamiento de las cámaras funerarias, no sin

representantes los canales, canchones, terrazas, andenes, muros perimetrales, balcones y torreones. Alternativamente estas presencias se constatan en los enclaves articulados con explotaciones agrícolas y en los reductos defensivos. En cuanto a las estructuras subterráneas vinculadas con el almacenaje (rasgos N° 38, 39 y 40), ellas merecerán un tratamiento particular más adelante.

Es ostensible que la residencia albergue a **bajo nivel prevalece en la muestra, constituyendo un horizonte**, y que dentro de esta concepción existen diferentes respuestas

celera



Figura 6.5. Foto aérea oblicua del erróneamente llamado "Pukará" de Tilcara de Humahuaca. En realidad es una instalación de fácil acceso, a punto tal que el camino del Inka la atraviesa casi longitudinalmente (se lo observa con claridad partiendo desde el sector reconstruido con dirección al Sur). (F. A.).

antes explicitar que significan, a excepción de las Chullpas, casos de arquitectura subterránea que merecen un acápice especial.

Hemos de incluir dentro de la arquitectura en desnivel a estructuras morfofuncionalmente diferentes y articuladas contextualmente que sirvieron a usos residenciales, de almacenaje, de riego, de drenaje, defensivos y agrícolas. Sobre los cuatro últimos tópicos son cabales

tecnológicas que configuran estilos arquitectónicos, aunque respondiendo a un estímulo causal común: el medio natural. Estos estilos arquitectónicos pueden ser caracterizados en base a la presencia y articulación de los rasgos intervinientes y, a la vez, regionalmente discriminados. Así es que el desnivel entre el piso del albergue y el del exterior, que puede alcanzar desde 0,50 a 2,10 m., debió ser salvado

mediante uno a tres escalones, como sucede en Juella y Tilcara; o por un umbral-escalón, como en Tastil y Morohuasi; o por sofisticadas escalinatas en pasillos como en Quilmes, Tolombón, Fuerte Quemado y Rincón Chico; o mediante rampas como en Loma Rica.

En los sitios con acentuado FOS, los componentes relevantes en sobrenivel son las calzadas, elevadas como consecuencia de las excavaciones practicadas al construir las habitaciones y por la posterior acumulación de desperdicios arrojados desde el interior de ellas. Esta particularidad se acentúa en Tastil, Morohuasi, Rinconada, Juella, Volcán, Tilcara, Loma Rica de Shiquimil, Cabrería, La Paya y la población baja de El Churcal. En todos ellos prevalecen los recintos albergues excavados en el piso, buscando en niveles profundos una mejor respuesta adaptativa a los fuertes vientos y a las pronunciadas oscilaciones entre las temperaturas diurnas y nocturnas. La posterior deposición de basura hizo que esos desniveles entre pisos interiores y exteriores —incluyendo en estos últimos las propias calzadas— se acrecentara.

No debe llamar la atención que sea particularmente en los sitios de mayor FOS donde prevalecen estas alternativas. En estos casos tanto el bajo como el sobrenivel son el efecto de la concentración urbana en espacios limitados.

Una explicación diferente merece la concepción semisubterránea y los pronunciados desniveles que ofrecen la llamada casa pozo de Corral de Ramas y las casas comunales de Tolombón, Quilmes, Fuerte Quemado, Rincón Chico y algunos enclaves más de Yocavil. Estas residencias fueron excavadas en los fondos arenosos y en pie de monte bajos, conformando casos no estimulados por altos índices de FOS, o sea por mecanismos posteriores a la construcción y producidos por el crecimiento demográfico en el área intramuros, sino que significarían una modalidad constructiva planificada en respuesta a estímulos ambientales.

Las casas comunales del sistema Yocavil configuran los ejemplos conspicuos y técnicamente sofisticados de la muestra, a la vez que presentan una posición cronológica francamente tardía dentro del Período. En planos verticales estas estructuras ostentan cuatro niveles: el más alto indicado por la parte superior de las paredes dobles perimetrales, sustentadoras de los tirantes de la galería y que hicieron de ocasionales calzadas; otro por la galería albergue; un tercero por el patio central deprimido en relación a la galería y, finalmente, un cuarto por la existencia de pequeños silos y tumbas subterráneas alojados en el interior de los patios. Las escalinatas-pasillos (rasgo N° 26)

fueron las encargadas de comunicar los tres primeros niveles aludidos.

El desnivel está presente en la mayoría de los casos en que hemos observado almacenaje de alimentos en recintos especiales ubicados dentro de recintos mayores, así como en consabidas cámaras funerarias alojadas dentro de unidades residenciales.

Rinconada ofrece un singular caso de arquitectura a bajo nivel por intermedio de canales conductores de agua, ubicados por debajo de los pisos de las habitaciones. Estos fueron construidos con paredes y techo de piedras lascas (L. Lanzone y J. Sucita; 1970; 7). Estos canales poseen un ancho de hasta 0,30 m. y forman una verdadera red subterránea distribuida por el sitio y conducente hacia bocas de escape que volcaban el líquido sobre las laderas de la meseta.

Es razonable explicar estas estructuras como desagües pluviales, funcionalidad perceptible en virtud a las molestias que ocasionarían las lluvias, dada la escasa capacidad de drenaje que contaría la meseta traquítica donde se asentó el poblado. Estas circunstancias se verían agravadas por la prodigalidad de las inhumaciones directas en el interior de las habitaciones y los problemas que acarrearían la inundación de éstas. La técnica constructiva empleada en estos entubamientos nos recuerda casos observados por nosotros en Coctaca, con la diferencia que en este último estuvieron afectados al riego de las sementeras y no para desagües como en Rinconada. En cuanto a los responsables de tales obras, creemos que no serían ajenas manos cuzqueñas.

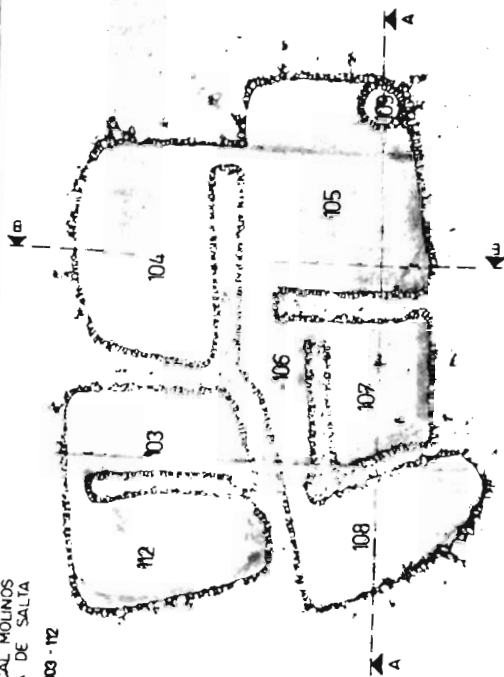
En Las Pailas la arquitectura en desnivel podría expresar una diversificación del sitio en sectores provistos de particulares resoluciones formales, a las que no estarían exentas diferencias funcionales. Nos referimos a los sobreniveles con que aparecen las plataformas diseminadas sobre los canchones agrícolas. Estas plataformas poseen hasta 4 m. de altura por sobre los campos agrícolas y su acceso se produjo por rampas construidas ad hoc. Sobre ellas se acumularon bloques producto del despedrado de los campos. No es descartable que estuvieran afectadas a usos ceremoniales de acuerdo a las inferencias de M. Tarragó (1980; 42), dado que encierran en su cima construcciones de planta circular. Las Pailas, además, presenta pequeños depósitos subterráneos dentro de unidades arquitectónicas mayores. Estos poseen lienzos de piedras planas y techumbre en falsa bóveda.

Con excepción de las plataformas de Las Pailas y una similar vislumbrada en Volcán, desaparecen las plataformas en sobrenivel como focos de la instalación y de franco carácter ceremonial que caracterizaron al Formativo



EL CHURCAL

EL CHURCAL MOLINOS
PROVINCIA DE SALTA
PLANTA 103-112



109

Figura 6.6: Unidades de vivienda CH. 105-108 y CH. 112-1. c de El Churcal de Calchaquí (k: primera con una tumba, CH. 109, incluida debajo del piso). F: 1a ubicada en el sector de la población bajo y son claramente subterráneas (P. y F. A.).

Superior (El Alamito y La Rinconada). Esta significativa ausencia encuentra razones antropológicamente entendibles por gracia de una aparente pérdida de relevancia por parte de las actividades religiosas, que habían caracterizado la incipiente teocracia del Formativo. Una desmistificación religiosa que no sólo hizo desaparecer los alptauca y pirámides ceremoniales, sino también inhibió el profundo grado de subterráneo de los depósitos funerarios, como veremos más adelante.

En algunas instalaciones de los Desarrollos Regionales el desnivel en los focos neurálgicos tiene vigencia en las plazas intramuros o semiabiertas y en construcciones preferenciales por su calificación arquitectónica que aparecen deprimidas o sobre-elevadas en relación a las circundantes; así lo evidencian los casos de la plaza A de Tasil y otras similares de Famabalasto y La Calera.

El desnivel es el **elemento defensivo fundamental** y denominador común tanto en los Pukará plenos como en los semi. Hacia él se condicionaron murallas, troneras, balcones y torreones cuando existieron, o simplemente el reducto en la cima cuando carecieron de arquitectura militar.

Deliberadamente hemos dejado para el final la paradoja que significa la utilización del desnivel para nivelar las asperezas y fragosidades de los terrenos agrícolas en pendiente, proclives a la erosión fluvioeólica si no se tomaban los menesteres de una nivelación mediante canchones, terrazas y andenes. Estas estructuras fueron elaboradas en piedra de menor a mayor de acuerdo a los grados de las pendientes. **El manejo de los niveles configura una verdadera proyección tecnológica**, fruto de la **retroalimentación de los sistemas culturales** ante los estímulos procreados por el paisaje andino.

Rasgos 24 y 33; La articulación y el aislamiento de partes arquitectónicas: una experiencia etnoarqueológica

El tema involucra la existencia de recintos habitación aislados o a grupos de ellos articulados mediante componentes deliberadamente contruados como pasillos, patios, vanos, escalinatas y rampas. Los recintos aislados pueden ser interpretados, en el caso de probarse un uso como habitaciones albergue, como unidades residenciales simples; en tanto que los articulados, ante similares circunstancias, como unidades residenciales compuestas.

La muestra examinada parece ser rotunda en el hecho de que unas y otras modalidades coexisten en casi todos los poblados, por lo que deberíamos descartar posibles implicancias cronológicas y regionales, como causa de diversificaciones entre las residencias uni y

plurirecintos. Más bien creemos que esta coexistencia obedece a efectos similares a los apuntados para el caso de las calzadas; esto es de naturaleza endógena a cada instalación, aunque por obra de múltiples causas. Algunos ejemplos nos acercan a esta idea: en Tasil el sector de las habitaciones simples se halla en el barrio N. O., pero no es forma excluyente, dado que el resto del poblado ofrece alternancias de residencias simples y compuestas. Una similar conjunción de recintos articulados y aislados ofrece Morhuasi.

Las áreas de instalación de Volcán, Juella, Tilcara y Ciénaga Grande, Rinconada, El Churcal, La Paja, Loma Negra de Asampay y Loma Rica de Shiquimil alternan unidades simples con compuestas, sin que parezca mediar un ordenamiento espacial deliberado para tal imagen.

En Quilmes, Tolombón, Fuerte Quemado y Rincón Chico-Mojarras las unidades residenciales simples se concentran en el faldeo y la propia cima del Pukará, en contraposición a las casas comunales dispuestas en el bajo. Cabrera y Yavi Chico alternan unidades simples y compuestas entre campos agrícolas, circunstancia que parece repetirse en Las Pailas. Finalmente, el solitario Corral de Ramas ofrecería un registro exclusivo de unidades simples.

Advertir sobre causalidades endógenas a cada instalación, cuyos efectos estructurales se reflejan en la propia coexistencia de unidades simples y compuestas en el área a intramuros, es anticipar las diferencias alternativas subyacentes a esa ecuación. Algunas de ellas descansan en las profundidades de la problemática social y política del Período, que tienen sus reflejos en el campo de la arquitectura y urbanización.

Alternativamente los conjuntos de recintos articulados y de mayor superficie suponen:

- a - Mayor número de integrantes de la unidad doméstica —sea por la existencia de familias extensivas o poligamia.
 - b - Mayor diversificación de actividades humanas dentro del locus familiar.
 - c - Superior concentración de riqueza y prestigio de sus ocupantes.
- Las hipótesis subsidiarias que pueden ayudar a contrastar estas alternativas serían:
- a - Las viviendas compuestas y con mayor cantidad de metros de superficie se ubican en los sectores preferenciales de la traza urbana.
 - b - Poseen en su interior restos de artefactos y ecofactos que indican mayor prestigio o riqueza de quienes fueron sus ocupantes.

Existen dos procedimientos para derivar las eventuales respuestas a estas hipótesis:

- 1 - La arqueología experimental, que implica

realizar experiencias de ocupación dentro del locus intramuros familiar primero, y en el área intraurbana del sitio arqueológico, después. Ya hemos apuntado anteriormente que este experimento se lo endosamos a los arqueólogos del s. XXI.

- 2 - La etnoarqueología, que permite articular la conducta de sociedades folklóricas actuales o etnohistóricas con el registro arqueológico.

Descartada la primer alternativa, advertimos que las potenciales respuestas a estos interrogantes, dependen de la precisión que pongamos en el manejo del registro arqueológico y en la utilización de las analogías culturales. Sobre la segunda vale la pena recordar los ejemplos adelantados en el capítulo I, frente al caso "patrón de poblamiento del sistema Yocavil".

Por el momento, y circunscribiéndose a los casos excavados, percibimos indicios de existencia de familias extensivas o poligamia en los conjuntos habitacionales CH. 104-109 del El Churcal (4 recintos articulados por vanos sobre

una superficie de 438 m²) y CH. 113-123 del mismo sitio (4 recintos articulados por vanos y pasillos, con una cámara funeraria incluida, que ocupan una superficie de 440 m²).

Las casas comunales del sistema Yocavil sugieren un uso habitacional para familias extensas o poligamia, además de una diversificación de actividades en los diferentes recintos que las integran. Las circulares encuentran homólogos actuales en depósitos y graneros de la misma región; los patios centrales en evidencias de actividades domésticas (hay fogones, artefactos y cántaros sembrados por su superficie).

Partes arquitectónicas y locus de actividades: una aproximación etnoarqueológica

La unidad compuesta T. 94 de Tastil configura un caso relevante para recomponer los diferentes locus de actividad a intramuros del espacio familiar y las insinuaciones sobre el prestigio social de sus ocupantes. Se trata de un conjunto de 4 recintos desiguales articulados

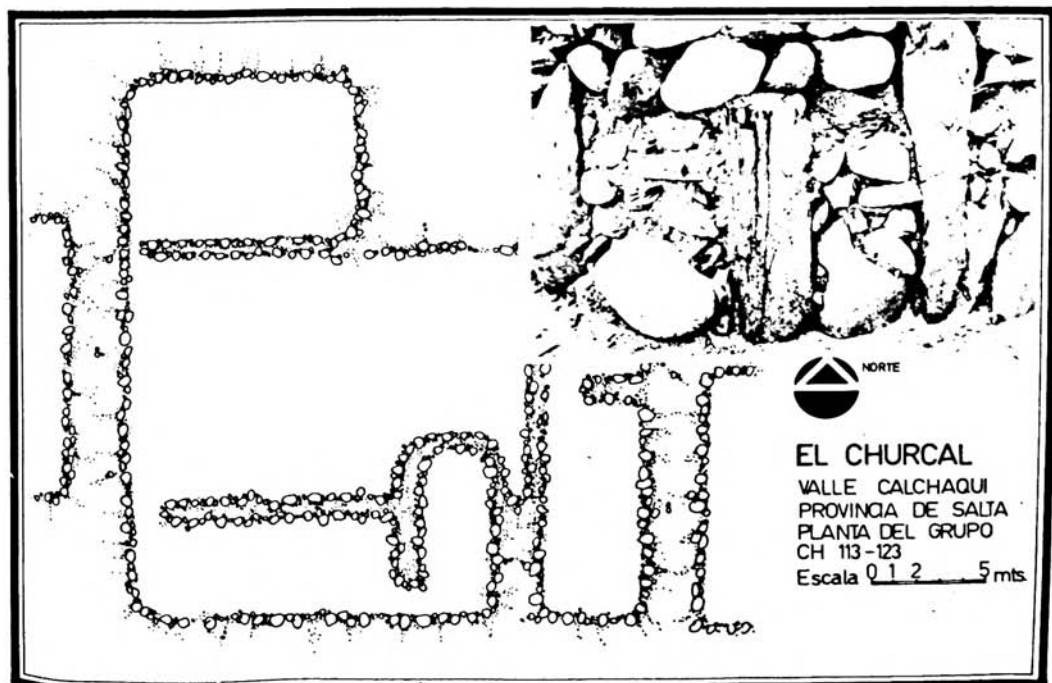


Figura 6.7: Unidades de vivienda de la población baja de El Churcal de Calchaquí. Este conjunto CH. 113-123 está integrado por 6 recintos comunicados por vanos y pasillos, ocupando una superficie de 438 m². A la derecha y arriba se observa un detalle del tipo de construcción de sus paredes (P. y F. A.).

que ocupan una superficie de 62 m². El recinto N° 1 es un patio de acceso a la unidad que contiene la tumba familiar (2). Esta última es de planta circular y contenía 3 esqueletos de adultos y 2 de infantes con un rico ajuar fúnebre.

La distribución de los restos indicaba diacronía en las inhumaciones, por lo que inferimos que la tumba era abierta cada vez que se inhumaba en ella un nuevo cuerpo. El tercer recinto se comunicaba con el patio por un vano con jamba y poseía además, un estrecho pasillo-deflector de 2,80 m. de largo. El cuarto recinto se ubica al S. del interior, del que se separa por un tabique de piedras. Fue este último la habitación más privada de la unidad T. 94, ante la falta de comunicación directa al exterior.

Puntualizada la función de la cista, los tres recintos restantes ofrecen indicios de distribución de actividades. El más meridional contenía en su ángulo S. E. dos grandes alacenas de cerámica deliberadamente enterradas por debajo del piso —justamente en la parte más privada de la unidad—. En el mismo centro fue hallado un fogón (c) rodeado por restos óseos de animales totalmente fracturados y un cuchillo (tumi) de bronce con signos de desgaste por uso. Estos huesos no estaban quemados, por lo que deducimos que su preparación y consumo fue hervido o como "charque" (R. A. Raffino, E. Tonni y A. Cione; 1977). Otro gran fogón apareció en el patio (1); la frecuencia de restos óseos articulados a él fue ostensiblemente inferior que la del recinto (4).

La T. 94 proporcionó más de 1.000 fragmentos de cerámica, de la cual el 80% era utilitaria, del tipo "peinado" de la clasificación de E. M. Cigliano. Pertenecía al mismo tipo de las piezas enteras usadas como alacenas que habíamos hallado en el recinto meridional. Este elevado porcentaje de cerámica rota apareció dentro del pasillo. Resultaba claro entonces que su rotura se producía durante su transporte desde el lugar de almacenaje hacia el exterior y viceversa, siendo el estrecho pasillo el principal obstáculo de esa circulación.

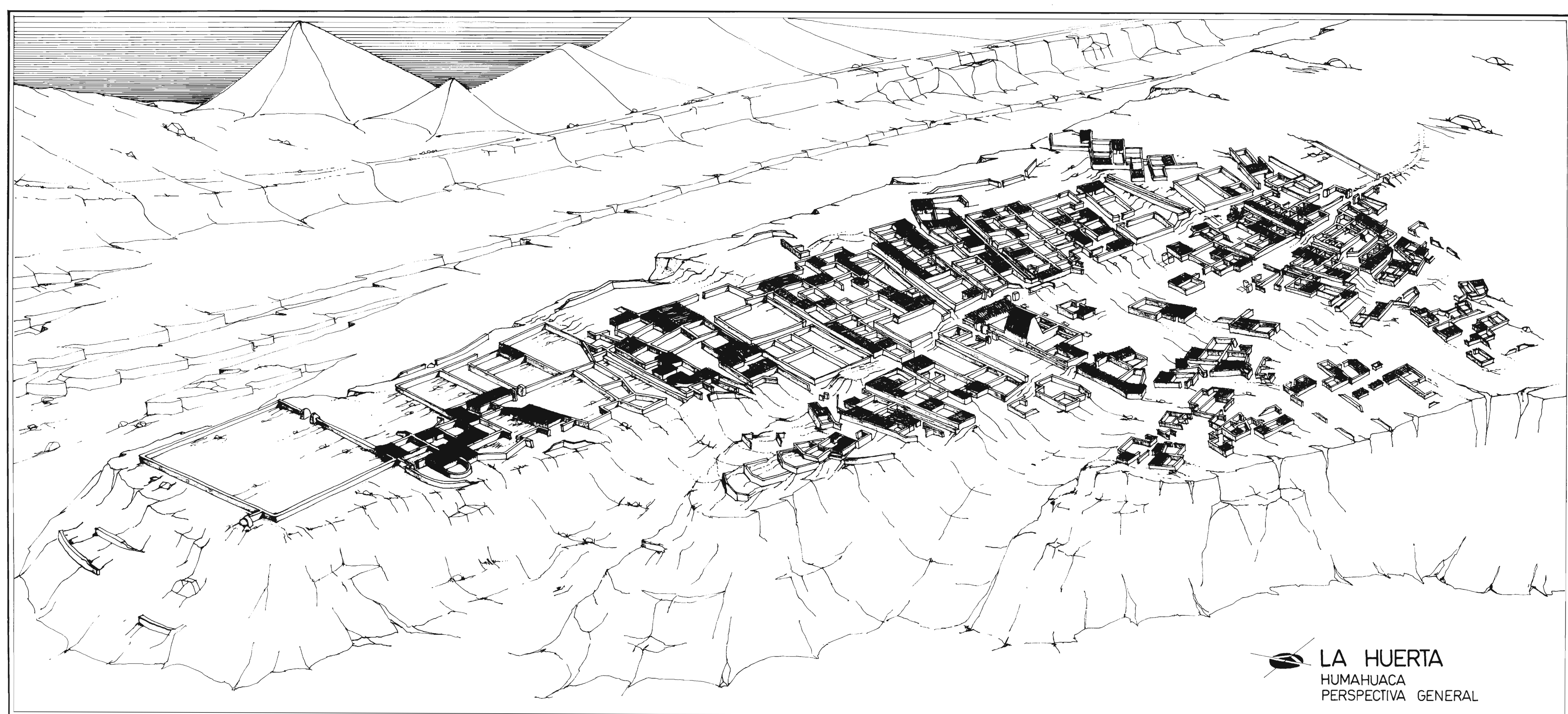
Otro detalle significativo se desprende de la pequeñez de materiales de molienda de granos recuperados en la T. 94, especialmente si los cotejamos con los grandes implementos del molino comunal T. R. M. 89. De ello deducimos que estas eran actividades complementarias a las iniciales —de carácter comunal— ejercidos ahora a nivel familiar. En los grandes patios molinos de Tasil se efectuaría una trituration preliminar y tras su reparto a cada familia, eran transportados al interior de las viviendas para la molienda final. El almacenaje se hacía en las grandes vasijas, como las halladas en la T. 94, dentro del recinto más privado, donde estaba el fogón-cocina, los huesos fracturados y el cuchillo de bronce.

Es palpable que el grupo que habitó la T. 94 tenía diversificadas sus actividades por recinto. El más meridional fue usado como depósito y cocina; el patio contenía una parte funeraria en su cista familiar, y un gran fogón central que al parecer no era usado exclusivamente para cocinar, acotada sus grandes dimensiones pero menor frecuencia de ecofactos. El recinto con el pasillo sobrellevó el peso de la circulación desde el patio a la cocina depósito, de allí la elevada cantidad de cerámica fracturada en su interior. La posición del fogón del patio y la del pasillo deflector no descarta una utilidad complementaria de ambos, para calentamiento, aprovechando la dirección de los vientos predominantes que harían circular el aire caliente hacia el interior de la vivienda.

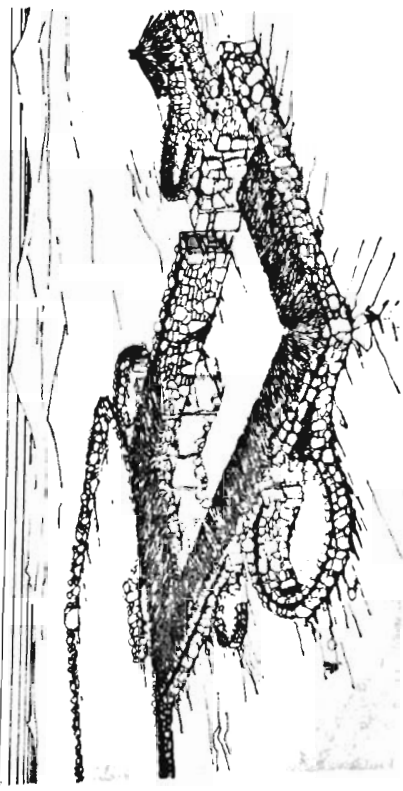
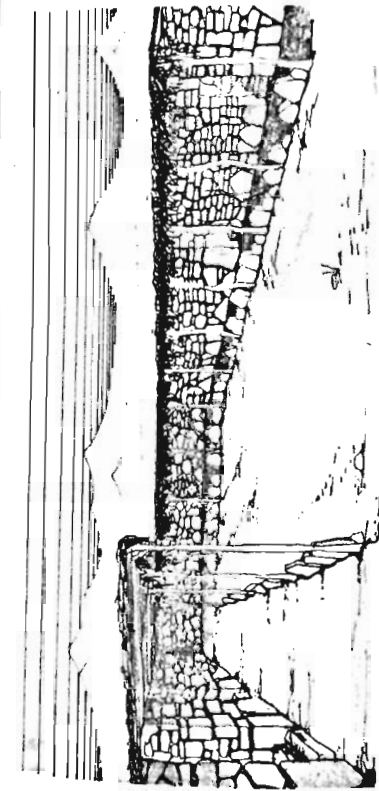
La recomposición de estas actividades fue posible gracias a nuestras observaciones sobre las costumbres folklóricas de los habitantes de Morohuasi, lugar donde vivimos entre 1968 y 1970 cuando realizábamos nuestra Tesis doctoral. Tres de las seis familias examinadas eran campesinos que vivían en Pie del Paño, en un medio rural disperso y aislado por más de 5 horas de marcha a caballo de los centros occidentalizados (R. A. Raffino; 1972, 195 y 1973, 312).

Las familias en cuestión, de apellido Ríos, Mamani y Marcellino eran extensivas, integradas por un promedio de 8 a 12 miembros. No se trataba de casos de poligamia, o de más de una pareja matrimonial viviendo en una misma residencia; sino de una pareja de adultos con más de tres hijos, más otros tantos niños que eran hijos naturales de las hijas mujeres, o de hermanas solteras de la pareja. Ejercían sus actividades de molienda primaria y trozamiento de animales en el patio de la residencia, completándolo luego en el interior del recinto cocina. Los marlos de maíz eran guardados en una habitación especial, contigua a la cocina; allí se almacenaban junto con la papa destinada al consumo. De este recinto se iban extrayendo a medida que eran consumidos. El maíz se molía en morteros de piedra dentro del patio de la vivienda y luego era remolido y almacenado en la habitación cocina, dentro de grandes vasijas globulares increíblemente similares a las arqueológicas de Tasil y Morohuasi. Las papas reservadas para semillas de la próxima cosecha eran depositadas en pozos cilíndricos, ubicados fuera de la vivienda.

La carne de oveja y cabra era guardada colgando del techo y cocinada por hervido junto al maíz y papa (recuérdese el dato recogido arqueológicamente). El cocimiento se realizaba en ollas toscas peinadas puestas a un costado del fogón del recinto cocina. Era fácil advertir que a pesar de la existencia de basurales unifamiliares, ubicados a un costado de las viviendas, los pisos de los recintos-cocina



LA HUERTA
HUMAHUACA
PERSPECTIVA GENERAL



ca/e 2

Fig. 1-18 Imágenes de uno de los cascos comunales de Quimen de Yacavi. La recomposición de su techumbre en galera por la localización de los horcones, (a la derecha) (f. p y pva. A 1

mostraban desperdicios óseos y tientos de ollas utilitarias fragmentadas, tal como habíamos registrado en el recinto meridional de la vivienda 94 de Tastil.

La habitación compuesta T. 94 de Tastil fue construida superpuesta a un basural preexistente de un metro de espesor (promedio) y a escasos 10 metros de la plaza principal A. Si homologamos esa profundidad con la del basural 1 del mismo sitio —fechado por C14 en sus capas I, IV y VII—, obtendremos un tiempo relativo de deposición de 55 años (E. M. Cigliano y J. C. Lerman; 1973, 589). Comparado en tamaño y profundidad con el basural de Ríos resulta que, a similar lapso de deposición de basura y también similar tipo de desperdicio arrojado, el depósito arqueológico era, cuando menos, 10 veces más grande que los actuales unifamiliares. Por lo tanto el basural ubicado debajo de la T. 94 no fue producido por desperdicios de una familia extensiva, sino de varias, es decir **fue comunal**.

Se deduce entonces que la construcción de la vivienda compuesta T. 94 de Tastil significó la **remodelación de un locus urbano inicialmente comunitario y neurálgico** cuando Tastil avanzaba ya por su segundo tercio de vida como protociudad.

La unidad doméstica que construyó y ocupó la T. 94 ha debido ostentar un conspicuo rango, dado el privilegio que le permitió **"capturar" un sector cercano a la plaza y originalmente destinado como basural**. Utilizó además un cuchillo de bronce para sus actividades domésticas, instrumento infrecuente en Tastil por lo que debe descartarse un "uso popular". Además entró a sus muros acompañados por un ajuar sofisticado, compuesto por calabazas grabadas, una manopla de madera, un instrumento de cobre, un punzón de hueso y 2 piezas de alfarería.

Confrontado a la corporización en Tastil de unidades simples, barrios marginales también tardíos y tumbas indigentes, este caso propone **diferencias sociales expresadas no cualitativamente en la arquitectura** —dado que no existen antagonismos de esta naturaleza entre unas y otras viviendas— **sino a través del uso preferencial de los sectores más aptecidos del área intramuros, y de disponer mayor cantidad de espacio para el usufructo familiar por parte de los linajes jerarquizados dentro de la jefatura; los que podrían capturar secciones antes destinadas a actividades públicas**.

Esta explicación se refuerza por contrastación con otros datos recompuestos del registro funcionario y de almacenaje de Tastil, que aportan indicios en favor de una diversificación en rangos sociales, a partir de distintas expresiones fácticas de la cultura material.

La recomposición de actividades que hemos desarrollado articula la explicación iniciada cuando examinamos la subsistencia del sistema Tastil, que completaremos al tratar su tecnología de almacenaje al final del capítulo. Los marlos de maíz, llegados a Tastil desde Pie del Paño, Potrero y Acay sufrían una inicial trituration en recinto-molinos como el R. M. 89 y luego eran transportados en las vasijas toscas peinadas hacia el interior de las viviendas —pasaban a ser posesión familiar— donde eran almacenados, remolidos y consumidos. Esto cierra el círculo explicativo de la traza radial de Tastil en torno al R. M. 89 y la gran frecuencia de su circulación urbana, con calzadas convergentes hacia estos focos económicos.

Rasgos 25-26-27-28-29; Los vanos; los pasillos, los deflectores; las jambas y los dinteles pétreos

El vano-puerta es el elemento aglutinante de los demás rasgos; en su entorno se articulan junto a otros no codificados en la matriz de datos, como los umbrales y las escalinatas pétreas. Las diferentes combinaciones que ofrece el vano y los restantes componentes conducen a variantes funcionales de significación; así como los vanos-pasillos se vinculan con la circulación a nivel; la existencia de umbrales y escalinatas articulados con ellos conducen al análisis de los desniveles (rasgos N° 19, 20 y 21).

Los dinteles se concatenan con las techumbres, los deflectores con la canalización o el desvío de los vientos, y las jambas pueden ostentar desde simples usos como apoyaturas de las terminaciones de las paredes, hasta funciones rituales, como las de Tafi, quedando a mitad de camino entre ambas las de simple ornamentación.

La existencia de puertas de frente rectangular es permanente, sean como elementos de articulación entre recintos contiguos (rasgo N° 23), o de acceso desde el exterior. Se asocian alternativamente con los umbrales, las jambas, las escalinatas, los pasillos, los deflectores y los dinteles.

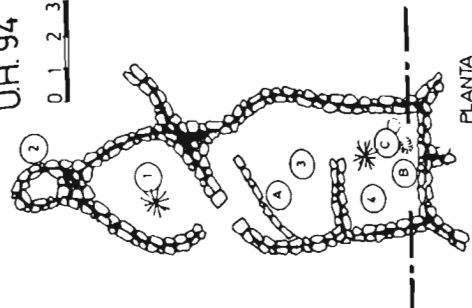
El primer tipo de vínculo consiste en umbrales de piedra dispuestos a la manera de escalones, para salvar los desniveles entre el exterior y el interior, como sucede en Juella, Tilcara, Morohuasi y Tastil. En Quilmes, Fuerte Quemado, Tolombón y Rincón Chico, estos dan paso a las espectaculares escalinatas pétreas de varios peldaños (rasgo N° 52). Estas estructuras conforman por su extensión verdaderos pasillos en desnivel; tienen hasta 3 m. de largo y su función es la de acceso al interior de la casa comunal subterránea.

La riqueza arquitectónica de los establecimientos de Yocavil se expresa también



UH. 94

0 1 2 3 M.



PLANTA



CORTE

Figura 6.9: La unidad habitacional compuesta 1, 94 de Tzatl excavada por el autor en 1958, utilizada para una recomposición de los locus de actividad en base a datos de tipo etnoarqueológicos (P. y F. A.)

por la existencia de grandes dinteles de piedras planas, ubicados sobre los vanos y pasillos de comunicación entre la construcción central techada en galería, y los recintos circulares accesorios. Estos dinteles llegan a transformarse en verdaderas tapas pétreas, formadas por el sucesivo agregado de lajas que cierran el vano.

Fuera de estos casos no ha sido frecuente el hallazgo de dinteles, a excepción de Rinconada, donde se los observa formados por grandes bloques planos; o en Tilcara, donde estos implantes están desplomados al pie de algunos vanos. La combinación vano-jamba se detecta en Juella, Cabrera y Tilcara con una cierta intencionalidad ornamental; seleccionando para ello los clastos de mayor volumen y aspecto paralelepípedo. En cambio Tástil atesora jambas formadas por groseros e irregulares bloques usados como marcos sostenedores de los vanos.

La combinación vano-pasillo es recurrente en casi toda la muestra a excepción de la singularidad de las habitaciones de Corral de Ramas, quienes, como anticipara Boman años atrás tendrían su acceso por el techo. Las formas de los pasillos ha dependido de quien prevaleció: el damero riguroso o la irregularidad; es así que se los ve rectos en Quilmes, Fuerte Quemado, Tolombón y Rincón Chico y sitios de bajo FOS y de damero regularizado, mientras que los de alta densidad urbana y damero irregular como Tástil, Rinconada, Loma Rica de Shiquimil, Morohuasi y el sector bajo de El Churcal zigzaguan víctimas de los avatares urbanos.

En estos casos es difícil discernir si se trata de construcciones exclusivamente usadas como pasillos de comunicación o deflectores destinados para inhibir los efectos de los vientos. Al respecto, y como acontece en el Formativo, es dable que ambas funciones estuvieran concatenadas, especialmente en los sitios asentados en habitats de vientos rigurosos.

Rasgos 35-36-37; Las plazas; las calzadas internas y los accesos

Las calzadas internas son vestigios estructurales de la movilidad en el área de instalación, a la vez que las vías hacia el exterior representan la conexión de ésta con el territorio. Unas y otras significan el componente urbano testificador de la movilidad interna y externa del sistema, de ahí que adquieren especial significación en los exámenes sobre urbanización prehispánica.

No le va en zaga a esta relevancia la problemática de las plazas y grandes espacios abiertos internos, como sectores funcionalmente imprescindibles para la concentración humana en espacios deliberadamente destinados para usos públicos.

Tanto las calzadas internas como las plazas intramuros o abiertas son componentes urbanos de tardía aparición dentro de los poblados de la muestra. Pero esta circunstancia no parece insinuar desfases cronológicos entre las instalaciones que la conforman, ni tampoco implicancias regionales. Su emergencia es **endógena a cada sitio** y significa el efecto de la propia concentración urbana en espacios limitados, **resueltos por la intervención del ulterior planeamiento sobre la espontaneidad inicial**. Prueba de ello es que la imagen estructural de calzadas y plazas es cada vez más vigorosa a medida que crece el FOS.

Los casos de Tástil (con su plaza A intramuros en el centro neurálgico de 330 unidades habitacionales, con un FOS de 95% articulado por calzadas), Tilcara (250 unidades habitacionales con FOS de 90% articulado por calzadas), Morohuasi (100 unidades habitacionales, 80% de FOS y vías longitudinales), Volcán (100 unidades, 70% de FOS y una vía longitudinal), Juella (100 unidades y 75% de FOS con una arteria axial) y Loma Rica de Shiquimil (130 unidades y 95% de FOS, con calzadas zigzagantes y confluyentes hacia una plaza lateral), configuran los representantes más conspicuos en favor de esta propuesta.

La posición de las calzadas internas ha dependido del factor topográfico, del FOS y de la traza urbana. En Volcán, Juella y Morohuasi —concebidos con trazado lineal sobre topografías limitadas y con alto FOS— la movilidad interna fue resuelta mediante una arteria axial, de recorrido longitudinal, que secciona la instalación en dos. Sin olvidar la eventual existencia de un factor sociopolítico estimulante (tratado en el capítulo IV, punto 9). La arteria principal de Morohuasi conecta el sector alto o de Las Zorras con los basurales en el bajo, a la vera del Río Toro. Su homónima de Volcán articula el espacio abierto y montículo occidental con su extremo oriental. La calzada axial de Juella comunica los corrales occidentales con el sector residencial.

Por razones topográficas, de trazado y de FOS, las radiocéntricas Tástil, La Calera y Famabalasto dispusieron sus calzadas describiendo infinitas curvas, a la manera de inmensas serpientes sobreelevadas y sobrellevando los avatares de una inicial espontaneidad mediante un posterior remodelamiento.

La calle 1 de Tástil expresa fehacientemente esta concepción; su construcción obedeció a fines de conectar la plaza A con el sector opuesto a ella, donde se levantó un inmenso basural. Sobre esta arteria confluyeron decenas de vías menores, generadas para cumplir con



Figura 6.10: Pasillo y escalinata de acceso a una de las casas comunales de Quilmes de Yocavil (F. A.).

los rigores de una superlativa movilidad interna.

El damero irregular de la Loma Rica de Shiquimil, El Churcal bajo, La Paya, Rinconada, Tilcara y Cabrera, así como de varios enclaves más no codificados aquí, como Pampa Grande, Puerta de Juella, Churquihuasi, Pueblo Viejo del San Juan Mayo y Bilcapara, hizo que las calzadas semejen la forma de segmentos semirectos, zigzagantes y discontinuos, que cruzaron el espacio urbano a la vera de los recintos.

Pero cualquiera sea la respuesta formal de la calle interna; recta, semirecta, sobrelevada o curva, así como su disposición, su continuidad o discontinuidad, es coincidente que todas son el efecto de la **concentración, la movilidad y la articulación de los sectores que integran el espacio urbano**. Por ellas se canalizaron los flujos de energía, servicios y comunicaciones, en instalaciones integradas en contexto edilicios articulados mediante estas arterias. Fueron componentes deliberadamente destinados para conectar plazas, residencias, basurales, molinos, graneros y demás estructuras clásicas de un modo de vida en espacios urbanos limitados y en vías de saturación. Los casos específicos de Tastil, Tilcara, Volcán y Loma Rica de Shiquimil, presionados por un alto FOS y un espacio limitado, ostentan una explicable convergencia de sus vías de movilidad hacia grandes espacios intramuros o semiabiertos que cumplieron el rol de plazas.

Como contrapartida, cuando la topografía y el bajo FOS no constituyen factores de presión, la calzada interna desaparece o se diluye; esta explicación es válida para las instalaciones del sistema Yocavil, como Tolombón, Quilmes, Fuerte Quemado y Rincón Chico.

Es acogible la idea de que la presencia de calzadas de acceso al interior del área de instalación, signifique el testimonio de la articulación de ésta con su habitat circundante. Esto expresaría, por un lado, la existencia de una apertura del área residencial y como contrapartida la inhibición —si los hubiera— de **los componentes arquitectónicos defensivos que la circundan**. Los ejemplos de vías de acceso se observan en El Churcal, donde una calzada converge hacia el espacio llamado El Cancón.

También se localizan vías de acceso en Tastil, Morohuasi y Tilcara; para el primero compartimos la idea de J. Hyslop y P. Díaz (1983; 8) en cuanto a que su construcción respondió a manos Inka, aunque coetáneamente al abandono de Tastil. El Inkañan se sitúa también como acceso a las plantas urbanas de Tilcara y Morohuasi y como vía longitudinal que recorre el valle de Yocavil comunicando las poblaciones bajas de Tolombón, Quilmes, Fuerte Quemado, Rincón Chico y Punta de

Balasto, lo que significa que corre por el faldeo occidental de este valle.

En los Pukara de trazado defensivo y en sus imitadores con síntomas defensivos naturales, las calzadas de acceso desaparecen, o en el caso de existir, fueron deliberadamente procreadas para conducir a quienes las transitasen, a zonas ciegas o trampas donde podían ser fácilmente reducidos. Esta particularidad se observa en Pukará de Quilmes, Rinconada, Co. Mendocino, Tolombón, Fuerte Quemado, Co. Pintado de Mojarras, Yacoraite y, en menor medida, en El Eje de Hualfin, Hornaditas y Puerta de Corral Quemado.

Rasgos 48-49-50-51-64; La arquitectura militar defensiva

Estos componentes arquitectónicos responden a causas emergentes en los Desarrollos Regionales, las cuales sufren transfiguraciones en el Horizonte Inka, para resurgir en plena etapa histórica. Este tema fue adelantado en el capítulo IV, cuando formalizamos los atributos arquitectónicos para discernir, entre los trazados defensivos, aquellos que configuraban verdaderos Pukara, de otros donde tal asignación no correspondía.

Los cinco rasgos ostentan una presencia plena en los enclaves del sistema Yocavil, circunstancia a la que no escapa la intrusión imperial, responsable de la erección de una arquitectura pétreca de corte militar, trazada en el alto y caracterizada por las troneras, los balcones, los torreones y las murallas provistas de sección trapezoidal, por obra de refuerzos basales o la existencia de banquetas o antepechos. La construcción de estos elementos se realizó en un plano armónico y estructurado, destinado a obstaculizar el acceso al reducto inscripto.

A menudo tales componentes estuvieron acompañados por el oportuno manejo del desnivel y por la existencia de falsas calzadas de ascensión a las mesetas, las que en realidad conducían a los eventuales invasores a verdaderas trampas en laberintos. Sobre estos rasgos reincidiremos en el próximo capítulo, con lo cual significamos que la mayoría de ellos no responden a una concepción anterior a 1471 y, en el caso de existir en poblados fortificados edificados antes de Thupa Inka, nos alertan a explicarlos como incorporaciones posteriores a la fundación y por obra de remodelaciones sobre la traza original. En términos sistémicos configuran cambios estructurales como efectos de retroalimentación ante estímulos que pudieron afectar al sistema Inka.

Los casos de los Pukara de Tolombón, Quilmes, Fuerte Quemado y Co. Pintado de Mojarras son cabales ejemplos en este sentido: los cuatro sobrellevan los avatares del horizonte

Inka para acceder con plenitud al universo hispano-indígena, durante el cual seguirán "en servicio" como ciudadelas defensivas ante los embates del español. Su utilización se acentuó durante las rebeliones del cacique Juan Calchaquí entre 1561 y 1563; en el gran alzamiento indígena de la década de 1630 y en los tiempos del "revival Inka" liderado por Pedro Bohorquez entre 1655 y 1659.

Sin ostentar similar sofisticación a los casos antedichos podemos incorporar a ellos los de Rinconada y Loma Negra de Asampay. Este último utilizado también como reducto indígena en los difíciles tiempos históricos del cacique Chelemin, señor del territorio Hualfin-Abaucán a principios del siglo XVII y "muerto en combate" en 1637. En ambos Pukara se constata la presencia de murallas y balcones defensivos.

Un tratamiento especial merece la presencia aislada del rasgo 48, que marca la existencia de murallas exteriores continuas o perimetrales, o discontinuas o semiperimetrales. Desde los mismos inicios de los trabajos de campo el discernimiento entre los "pueblos viejos" y los Pukará ha sido un tema que atrajo a científicos y legos. Los casos de Tastil, Tilcara y Volcán configuran instalaciones emplazadas en cerros altos y escarpados, con vestigios de murallas intermitentes que acentúan la posición estratégica de la instalación; pero ausentes en ellos los aditamentos defensivos como torreones, troneras y balcones, quedan a mitad de camino de la adscripción como Pukará.

Estos tres casos, junto con Juella y Cabrera —emplazados estos dos últimos en topografías similares pero sin murallas exteriores— llevan a engaño en cuanto a su carácter defensivo si son vistos desde los fondos de valle donde se asoman, pero esta imagen cambia rotundamente cuando son observados íntegramente desde todos sus flancos. Los cinco ofrecen sectores o laderas "débiles" que permiten un acceso directo y que —sumado a aquellas ausencias— descarta definitivamente su potencial rango de Pukará. Así Tastil puede ser fácilmente abordado desde el N., Tilcara por su flanco oriental, Volcán y Juella desde el O. y N. y Cabrera por el N. Significa esto que la existencia alternativa de muralla de circunvalación o semi obedece a razones contenedores de derrumbes, o quizás de sectorización, más que a una actitud francamente militar.

En cuanto a la muralla perimetral de La Paya, cuyos lienzos se superponen a depósitos de basura pre-existentes a su construcción. Tanto ésta, a la par de la legendaria Casa Morada de Ambrosetti y quizás la necrópolis deben su existencia a manos Inka, que arribaron al sitio con posterioridad a su fundación.

A mitad de camino entre Pukará y poblados

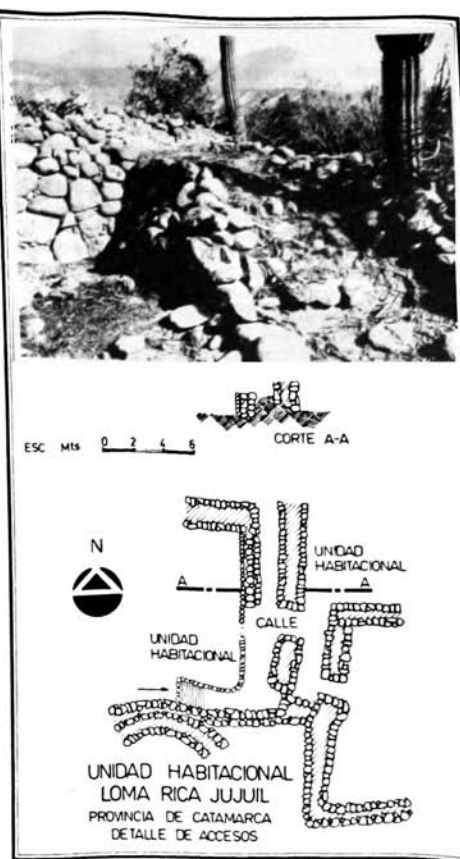


Figura 6.11: Conjunto arquitectónico formado por una calzada en rampa y parte de una habitación de Loma Rica de Shiquimil (P. y F. A.).

estratégicos, queda la estupenda Loma Rica de Shiquimil, prácticamente inexpugnable desde todos sus flancos, pero en la que brillan por su ausencia los atributos defensivos, a excepción de murallas discontinuas.

Los casos de El Churcal, Morohuasi, Ciénaga Grande, Las Pailas y Yavi Chico ejemplificarían, no obstante haber sido edificados sobre pie de montes aterrazados, poblados abiertos y de fácil acceso, sea por medio de calzadas (El Churcal y Morohuasi) o por el factor natural. No deberá extrañar la ausencia en ellos de estos cinco rasgos, a la par que la intensidad de FOS y potencia de ocupación hablan en favor de una habitabilidad permanente.

Una ocupación también continua evidencian Tastil, Tilcara, Volcán, Juella, La Paya y Cabrera. Estos 11 poblados fueron instalaciones de

vivienda permanente; no sujetos a una habitabilidad reducida a tiempos de guerra, como acontece con las ocupaciones transitorias de los Pukará de Tolombón, Quilmes, Fuerte Quemado, Co. Pintado de Mojarra y algunos más mencionados en el capítulo IV.

Estas características, formalizadas a través de estos 11 casos, son pródigamente extendibles a una sustancial cantidad de instalaciones generadas antes de 1471, algunas de las cuales trascienden durante los tiempos Inka, como Tilcara, Volcán, Morohuasi y La Paya. Ellos forman parte de un rico universo diacrónico y procesual, del cual, para nuestros fines explicativos, fueron seleccionados como muestra.

Rasgos 38-39-40; La tecnología de molienda y almacenaje

Aspectos medulares relacionados con la subsistencia y organización sociopolítica atesoran los relictos estructurales del

procesamiento y almacenaje de alimentos y semillas. Se trata de componentes arquitectónicos abiertamente articulados con recintos y edificios definidos (rasgos 16, 17 y 18); con la tecnología de subsistencia (7, 8, 9, 38 y 41 a 47); con la existencia de edificios aislados o articulados (24 y 33); con aspectos técnicos de las construcciones a bajo nivel, en falsa bóveda y con techumbre plana (15, 57 y 58) en estructuras no funerarias. Involucra tangencialmente a las singulares criptas o cave burials del altiplano occidental (rasgo 59).

Las pequeñas alacenas de paredes de piedra incluidas y por debajo de los pisos de las habitaciones configuran presencias significativas dentro de la muestra. Estas alacenas ostentan formas circular, elíptica o rectangular. Estuvieron destinadas a dos usos, como contenedores de instrumental o bien como graneros o silos. La segunda alternativa se advierte en Morohuasi, Tastil, Corral de Ramas, Tilcara, Volcán, Ciénaga Grande y Loma Negra de Asampay.

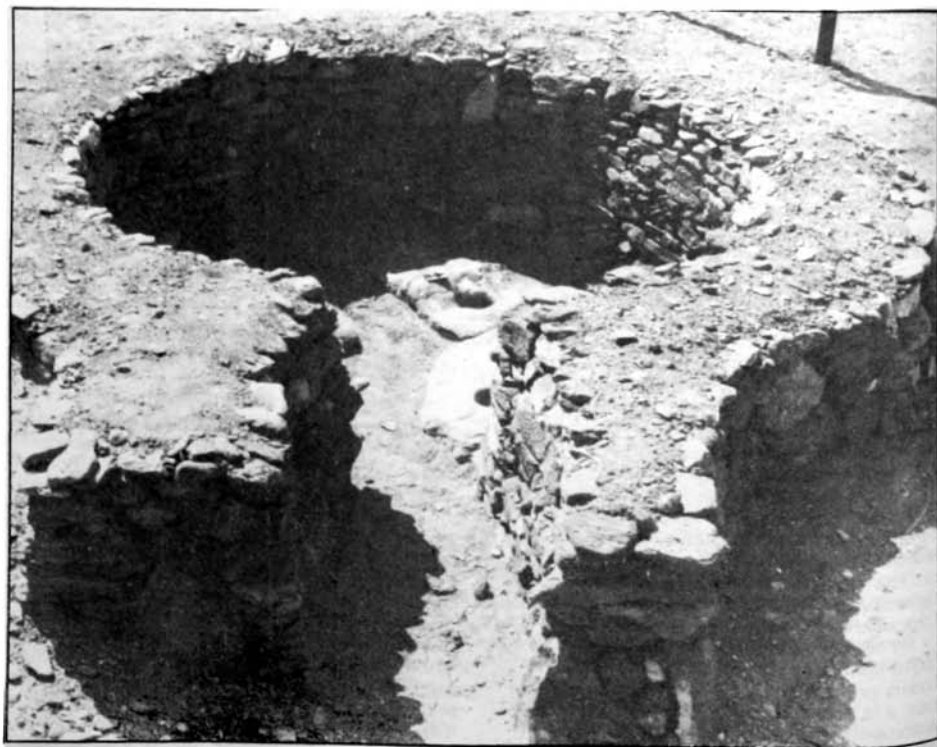


Figura 6.12 (A): Recinto-molino de Quilmes de Yocavil; en su interior se registraron varios equipos de mortero y manos, a la vez que no aparecieron indicios de otras actividades, por lo que se deduce un lugar exclusivo para la molienda de granos (F. A.).

Nuestras excavaciones en la vivienda M. U. V-1 de Morohuasi, conformada por tres recintos articulados que ocupaban una superficie de 90 m², detectaron un pequeño recinto circular de un metro de diámetro y de paredes de piedra. Este habitáculo contenía más de 200 granos de maíz Chullpi, Capia y Pisingallo (R. A. Raffino; 1972, 180 y 191). Los granos aparecieron mezclados con fragmentos de olla suglobular ordinaria que debió ser su recipiente.

Nº 54 y 88 y de algarrobo y quínoa en un ángulo de la habitación 142 (Debenedetti, 1930, 66 ss.) Advierte también la existencia de tres pequeñas construcciones rectangulares debajo del piso del recinto Nº 45 de Tilcara, las que pudieron ser graneros (op. cit., 64). En la habitación Nº 6 de Ciénaga Grande, A. Salas (1945: 95 y 257) exhumó semillas de maíz y mani dentro de construcciones circulares de paredes de piedra y techo de lajas, ubicadas a bajo nivel, pero que identifica como sepulcros.



(B): Arquitectura funeraria de Yavi de Puna, una cámara funeraria cilíndrica con techo en falsa bóveda (F.A.).

Este tipo de almacenaje familiar, en grandes vasijas tuvo vestigios arqueológicos similares en las viviendas compuestas T. 94 (ya puntualizado), T. 97, T. 82 y T. 74-75 de Tastil, donde se recogieron además restos de maíz, achira, porotos y nuez. Conforman una modalidad recurrente que se encuentra contrastada favorablemente por la ausencia de almacenaje en los sitios de explotación agrícola del mismo sistema; Pie del Paño, Potrero, Pie del Acay (R. A. Raffino; 1972, 167 y 171) y en almacenes comunales dentro o fuera de los muros de Tastil.

En Humahuaca los datos sobre almacenaje aparecen en Tilcara, donde Debenedetti obtiene semillas carbonizadas de maíz en los recintos

Según los informes de S. Gatto (1946: 16), Volcán también presentó una modalidad semejante de almacenaje a la de Morohuasi y Tilcara; expresada por pequeños recintos en forma de arco o de planta rectangular, ubicados en las proximidades de los ángulos de las habitaciones. Fuera de la muestra existen indicios de la existencia de graneros en otras instalaciones del sistema Humahuaca, como en Pueblo Viejo de La Cueva, Caleta, La Huerta, Perchel y Papachaca. El valle de Hualfin no ha sido tan pródigo como Humahuaca en vestigios de estas construcciones, a excepción de los hallazgos en la unidad 45 de la Loma Negra de Asampay, en la que aparecieron grandes ollas rústicas utilizadas como contenedores de

semillas de algarrobo, maní y maíz (A. González y J. Pérez; 1968; 225).

En Yavi Chico, E. Doman (1908; 779) había observado la existencia de cámaras techadas en falsa bóveda, seguramente semejantes a las que P. Krapovickas interpreta como silos alojados en el interior de las habitaciones. Estas pueden corresponder alternativamente a tumbas o graneros; se hallan a veces revestidas con paredes de piedra, otras son simples huecos, en ambos casos poseen cierres en falsa bóveda. En Rinconada L. Lanzone denuncia la existencia de una despensa alojada por debajo del piso del recinto "c", dada la acumulación de huesos de camélido y una olla vacía; todo ello compartía una estructura utilizada posteriormente como enterratorio (L. Lanzone; 1969; 10). Finalmente, en Corral de Ramas estas prácticas se ejercieron en pozos de "contorno circular" a las que no serían ajenas "grandes piezas de alfarería quizá usadas en el almacenaje..." (A. González; 1954; 128-129).

La utilización en los casos apuntados de grandes vasijas contenedoras, elaboradas sin la calidad de sus congéneres destinadas a la funeraria, provistas de formas de boca restringida, nos retrotrae a la modalidad ya registrada en tiempos formativos. Un almacenaje debajo del nivel del piso de habitaciones y patios, plasmado en alacenas de cerámica, las que aislaban los alimentos y semillas de la voracidad de depredadores como los roedores y de la humedad del suelo.

En cuanto a la alternativa que se desprende de las observaciones de Salas en Ciénaga Grande, también en El Churcal, Las Pailas, Tilcara y Yavi Chico, se registran casos de almacenaje dentro de pequeños recintos subterráneos de planta circular. La particularidad de que estos contenedores ostenten paredes de piedra y, en algunos casos, cierres pétreos de lajas en falsa bóveda o planos, los convierte en estructuras morfológicamente semejantes a las tumbas. Sin embargo, los indicios en favor de que hayan sido alacenas son ostensibles. En Las Pailas, Núñez Regueiro (1974; 183) y M. Tarragó (1980; 46) registran silos subterráneos en el interior del recinto R. 3, poseedores de esta conformación; una impresión similar nos causaron las "cistas" 6 y 111 de El Churcal, construidas con paredes de piedra y de parecida cualidad arquitectónica a la de las tumbas. Dentro de ellas se hallaron restos de grandes cántaros vacíos hechos en alfarería utilitaria y en las que, significativamente, no se hallaron restos humanos (R. Raffino; 1984; 258).

Similares circunstancias parece haber vivido J. Ambrosetti en varias cámaras halladas dentro del perímetro intramuros de La Paya que carecían de restos humanos. Un registro interesante obtiene Debenedetti en la "Casa de

los brocales" o recinto 63 de Tilcara (1930; 68); de las cuatro cámaras incluidas en él dos estaban vacías, una tercera contenía un esqueleto de cóndor y sólo la cuarta pudo ser adscripta a uso funerario. Una situación parecida observó en la cámara cilíndrica 81, en la que sólo halló un "vaso grande rojo" (op. cit., 75) y en dos cámaras cilíndricas ubicadas en el interior del recinto 107 (op. cit., 81).

Un párrafo cauteloso merecen los grandes depósitos y molinos circulares del sistema Yocavil. Los primeros están adosados a las viviendas en galería-albergue, aunque articulados con ellas por vanos y pasillos. La cantidad y grandes dimensiones de estos depósitos (3 m. de diámetro) alertan en cuanto a una superlativa capacidad de almacenaje en Quilmes y sus congéneres. Destinada como contenedor de productos agrícolas y de los frutos del algarrobo, ávidamente difundidos por los fondos de valle.

Los molinos son construcciones semisubterráneas de lienzos dobles de piedra y provistos de vanos y pasillos. En su interior aparecen en forma excluyente instrumentos de claros fines, como morteros y manos.

Sobre ambos tipos de construcciones recalca nuestra cautela por el hecho de que estos enclaves sufrieron influencias imperiales directas, que pudieron haber donado al sistema Yocavil esta sofisticada técnica de molienda y almacenaje. Una explicación similar nos motivan las estupendas cámaras-graneros de Coctaca, tantas veces mencionadas en la literatura arqueológica (Casanova, Groslebin, Gatto, Suetta) y en las que hallamos, a la par de los recintos de siembra y los canales subterráneos armados de piedras polidécimas, inequívocas huellas de la rémora imperial.

El almacenaje antes de los Yupanki

Excluidos por estas circunstancias los casos de Yocavil y Coctaca la tecnología del almacenaje del Perú no parece configurar progresos sustanciales en sus resoluciones arquitectónicas en relación a la existente en el formativo. Existen en cambio indicios de una mayor capacidad de aprovisionamiento a juzgar por la frecuencia con que aparecen elementos contenedores de semillas. Sean éstos localizados en construcciones especiales o dentro de vasijas alacenas.

Un aspecto de vital importancia relacionado con el grado de integración social de las jefaturas recalca en la ausencia de evidencias de almacenaje comunitario. Por cualquiera de las manifestaciones que oculta el aprovisionamiento, en vasijas contenedoras o en estructuras ad hoc, éste se registra dentro del espacio de la vivienda familiar. Aunque la muestra no es lo suficientemente pródiga como

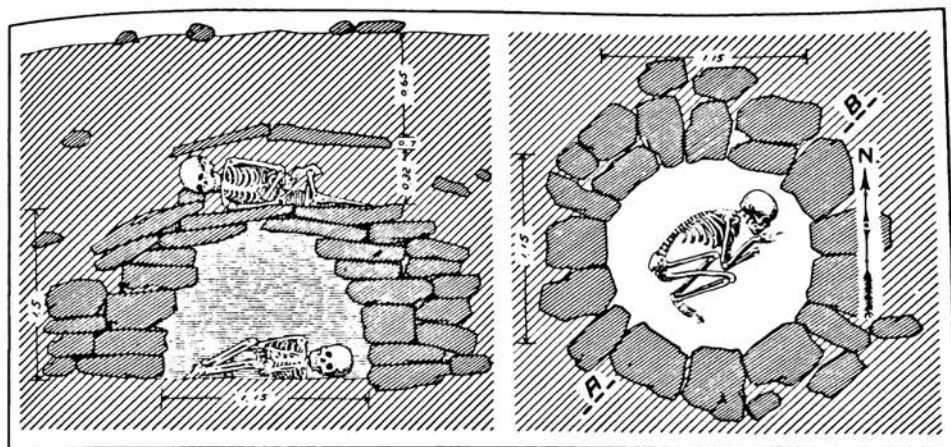


Figura 6.13: La técnica arquitectónica con techumbre en falsa bóveda o en saledizo posee una larga tradición cultural dentro del N. O. argentino, desde el Formativo Inferior hasta tiempos históricos. Ostenta asimismo variantes regionales de significación. El caso que se ofrece proviene de Farnabalasto del Cojón y se trata de una cámara funeraria individual con otro individuo —¿inhumado como ofrenda?— sobre el lecho.

nos gustaría, se perciben pequeñas diferencias en el volumen de almacenaje entre las distintas estructuras de habitación lo que nos deriva hacia diversificaciones en base a escalas de prestigio entre los miembros de los señorios, circunstancia ya vislumbrada cuando tratamos el tema de las articulaciones o aislamientos de las partes edilicias.

Por las condiciones de los datos recogidos es difícil medir los niveles de aprovisionamiento de cada instalación. A nivel territorial hace algunos años intentamos un análisis económico-demográfico para el sistema Tastil (R. A. Raffino, 1972; 1973) sobre la base de proyectar modelos analógicos sobre el registro arqueológico. Una ligera comparación sugiere que las capacidades de sustento de los territorios Humahuaca y Yocavil son francamente superiores a la que calcularíamos para el de Tastil, de 1,6 hab./km² (op. cit., 1972, 198). Estas diferencias en favor de Yocavil y Humahuaca son también perceptibles en los volúmenes de aprovisionamiento sugeridos por el registro arqueológico, aunque sin olvidar que sobre ambos pesó el dominio Inka.

Además de los vestigios hallados en Yocavil, otros enclaves de la muestra atesoran relictos estructurales especiales vinculados con las actividades de molienda de granos como el maíz, la quinoa y el algarrobo. En el capítulo IV hemos mencionado la existencia en Tastil de unidades constructivas involucradas específicamente con la molienda, como el T. R. M. 89, integrado por un pequeño recinto semicircular comunicado a un gran patio por un

estrecho vano. La existencia de morteros y manos comunales no deja margen de duda respecto a sus funciones. La articulación que posee este recinto con el gran patio, hacia el cual convergen calzadas de una traza radiocéntrica, expresa la importancia que este grupo tuvo en relación a las actividades de molienda y la circulación de los alimentos a los diferentes barrios de Tastil.

En Juella, Cigliano (1967; 140) diagnostica como molino a la construcción 06 de la unidad 03-07, la cual es poseedora de una planta rectangular y dimensiones reducidas en relación a las habitaciones albergue. Una interpretación parecida le merece el recinto 11 del conjunto 08-11, el cual excava con posterioridad al 06. Algunos años antes A. González había inferido para Loma Negra de Asampay la existencia de habitaciones utilizadas casi exclusivamente como molinos: "... a juzgar por la gran cantidad de conanas halladas en el piso..." (1957; 84). Nosotros en cambio observamos que los materiales de molienda en El Churcal aparecían sin ordenamiento alguno, circunstancias que parecen reiterarse en Las Pailas, Shiquimil, Corral de Ramas y Tilcara.

Un éxito adaptativo

¿Qué generalizaciones empíricas emanan de esta exégesis? 1, **síntomas de procesamiento de granos a nivel comunitario dentro de estructuras ad hoc** en Tastil, Juella y Asampay. Estas actividades parecen haberse ejercido en el mismo espacio de habitación-albergue en Las Pailas, El Churcal, Shiquimil y

quizás durante el lapso pre-Inka de Tilcara y La Paya, 2; Una capacidad de almacenaje cuyo volumen es difícil de medir, pero siempre ubicada dentro del **égido del espacio familiar**, circunstancia percibida en los sitios que ofrecen un registro positivo de esas actividades y que no recibieron estímulos Inka, 3; las instalaciones del territorio Yocavil (Quilmes-Tolombón-Fuerte Quemado-Rincón Chico) **atesoran graneros ad hoc**, técnicamente más perfeccionados, pero bajo sospecha de que en ellos actuó el sistema Inka.

Articulados estos rasgos de la tecnología aplicada a la molienda y almacenaje con los de la subsistencia (variables 7, 8, 9, 41 a 47) y los que indican la complejización urbana de los trazados concentrados, podemos deducir una correlación multivariable positiva o directa (es decir grupos de rasgos que han aumentado su aptitud proporcionalmente). Esto significa un índice de éxito reproductivo relativo en la conducta urbana y tecnoeconómica de los cacicazgos o jefaturas.

En términos de proceso cultural lo anterior se traduce como un **progreso adaptativo** de los sistemas culturales de Desarrollos Regionales en relación al Formativo. Este progreso se advierte a partir de:

- 1 - Aumento demográfico (éxito reproductivo) en:
 - a - Los territorios donde se extrajeron unidades de muestreo de ambos períodos: Qda. del Toro, Valle Calchaquí medio, Yocavil meridional y oasis Yavi.
 - b - Los territorios donde no existen unidades de muestreo por falta de sitios Formativos, frente a una gran cantidad de ellas en los Desarrollos Regionales: Qda. Humahuaca, Yocavil septentrional, S. Juan Mayo y oasis de Rinconada.
- 2 - Superior capacidad reproductiva, por la proliferación de poblados concentrados de conducta urbana pautada, con elevados FOS, diversificaciones morfofuncionales (calzadas, plazas, molinos, defensas, etc.) y densidades relativas de población urbana muy superior (9 casos de la muestra superan los 120 habitantes por ha.).
- 3 - Mayor eficiencia energética, como consecuencia de los adelantos tecnológicos en la producción de energía, como la captura y manejo de los desniveles pedemontanos, el desarrollo del regadío artificial y la aparición de corrales para el encierro de camélidos domésticos en los suburbios de los poblados.
- 4 - Aumento y especificación de las actividades de molienda comunales dentro de lugares (focos) ad hoc del área de instalación. Estos avances tecnoeconómicos y urbanísticos, así como los síntomas de

prestigio (variables 24 y 33); el componente funerario que examinaremos más adelante y los de la competencia-mutualismo regional (variables 2, 3, el manejo de los desniveles en la arquitectura defensiva) son las claves para diferenciar las conductas sociales de las jefaturas territorializadas, de las de las tribus segmentarias del Formativo y el diferente nivel de integración política y social entre ambos tiempos del proceso indígena. Se deduce por lo tanto que:

- 5 - Las Jefaturas habían logrado potenciar los mecanismos de la Minga, o trabajo comunal.

En términos evolutivos estos cambios favorables son consecuencia de una **mejor estrategia adaptativa** conseguida durante los Desarrollos Regionales. Este éxito es francamente ostensible en los valles de Humahuaca, El Toro, Yocavil, Calchaquí, Hualfin, Cajón y en los bolsones fértiles altiplánicos de Casabindo, San Juan Mayo y Doncellas, por lo que abarca los territorios arqueológicos más conspicuos del Norte argentino.

En el corazón valliserano, al S. de Hualfin y al N. de San Juan, los adelantos tecnoeconómicos y urbanísticos no parecen alcanzar similar gradiente, pero marcan con claridad el final del dominio tribal del Formativo Superior o Clásico Regional de Ambato, Saujil y El Alamito. Con su **monarquía felínica**, menhires, suplicantes, alpacas y sacerdotes shamanes. En definitiva un mundo tribal teocratizado y urbanísticamente disperso.

¿Los umbrales de la redistribución?

No obstante los avances apuntados la información pertinente sugiere que los mecanismos de redistribución no se habían desarrollado con la plenitud que alcanzarían durante la ocupación Inka. Los casos de Coctaca y Rodero en Humahuaca; Titiconte, Arcayo y Zapallar en Iruya; Quilmes, Tolombón y Fuerte Quemado en Yocavil, y algunos más que serán tratados en el próximo capítulo, expresan una tecnoeconomía y planeamiento urbano potenciado en relación a la de los sistemas que no recibieron estímulos a partir de 1471.

Las instalaciones pre-Inka que atesoran superlativos FOS y densidades urbanas ofrecen síntomas de redistribución en la molienda, pero no en lo pertinente a actividades de almacenaje en depósitos comunarios. Si la inexistencia de almacenes comunales antes de Topa Inka, implica falta de afianzamiento de las jefaturas, como para procrear una cohesión administrativa, debieron imperar condiciones de cierta inestabilidad ante las dificultades en asegurar el resguardo de los excedentes agrícolas para las cosechas siguientes.

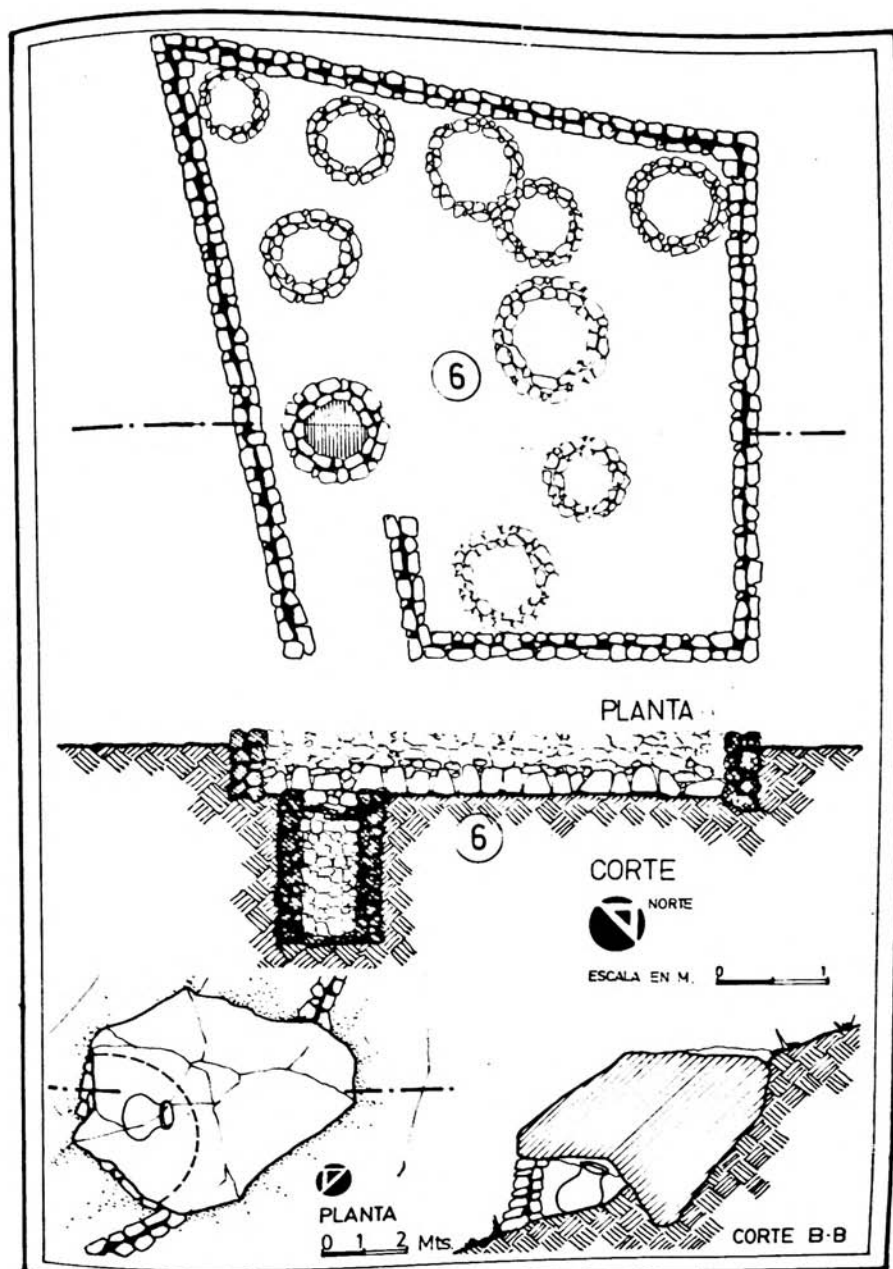


Figura 6.14. Dos tipos de depósitos funerarios, en abrigos rocosos hallados en el Valle de Huailín (abajo) y en cámaras especiales alojadas en el recinto 6 de Ciénega Grande de Humahuaca (P. A. a partir de Sotol, 1945)

Estas condiciones debieron pesar especialmente en las cabeceras políticas con elevados índices demográficos, como Tasil y, si bien, tanto los recursos ganaderos de la Puna y su borde, como la recolección del algarrobo en los valles bajos, significaron sustanciales catalizadores en la inestabilidad de los sistemas, ninguna de estas actividades extra-agrícolas fue generadora de estímulos que produjeran respuestas pautadas respecto al perfeccionamiento de la tecnología de almacenaje: simplemente porque ni el pastoreo ni la colecta generan realimentaciones conducentes en esa dirección.

Este manco común de la molienda y unifamiliar de almacenaje es solidario con las diversificaciones observadas en el componente habitacional (variables 24 y 33) y con las diferencias en la calidad de los ajuares funerarios. Ellos aceptan la hipótesis de una diferenciación en la concentración de riqueza entre los miembros de las jefaturas, acorde con la existencia de escalas de prestigio entre ellos.

Los casos donde son percibibles diferencias sociales, como Tasil, Tilcara, La Paya, Quilmes, La Huerta y Rinconada pueden ser asumidos como pruebas de las siguientes alternativas:

- 1 - Fueron cabeceras políticas de jefaturas pre-Inka, bajo el dominio de un líder residente (gran hombre = big man), inhumado luego en un locus preferencial (Tumba 1 de Tasil). O familias jerarquizadas dentro del contexto social, que ocupaban sectores conspicuos de la planta urbana; y poseían mayor riqueza en sus almacenes privados y ajuar fúnebre (vivienda 94 de Tasil).
- 2 - Fueron respuestas ante los estímulos de la posterior ocupación del Tawantinsuyu; quien impuso su almacenaje agrupado en sectores definidos y su arquitectura preferencial, remodelando la traza original. Administrado aquél y habitada esta última por sus funcionarios locales, bajo el influjo de una formación política y social sustancialmente superior a la de las jefaturas.

Rasgos 32-53-54-55-56-57-58-59-65; La arquitectura funeraria

Penetramos otra vez en el mundo subterráneo de los muertos, preñado de complejas aristas por obra de un registro multifacético y frondoso. Tanto por las diferencias existentes en las cualidades constructivas de las tumbas, como por la posición que ocupan en relación a los centros neurálgicos de los poblados y por las dicotomías de los ajuares que contienen, son advertibles diferencias sociales y de prestigio más acentuadas que las observadas en la muestra del Formativo, circunstancia que

confirmaría la hipótesis del mayor nivel de integración social de los sistemas de Desarrollos Regionales.

El universo funerario del Período no se presenta tan **subterráneamente protegido como el del Formativo**. Las tumbas son más accesibles y en no pocos casos pueden ser exploradas entre la arquitectura de superficie; por lo que advertimos una menor "mistificación" religiosa, un menor ocultamiento de la morada de los muertos, dentro de una **ideología donde los encargados del culto y la propia parafernalia religiosa, habían dejado de ocupar los peldaños más altos de prestigio social** y de ser las actividades de mayor relevancia en la vida indígena.

Los grupos variables de significación descansan en los tipos de cámaras (rasgos Nº 32, 56, 57, 58 y 59), en la posición que ocupan las tumbas en relación al área de instalación (Nº 53, 54, 55 y 65) y en las diferencias cualitativas existentes tanto en las técnicas arquitectónicas como en los ajuares que atesoran como ofrendas. Estos dos últimos grupos carecen de codificación ante la momentánea dificultad de producir una matriz de datos que evalúe el factor cualitativo, aunque no por esta circunstancia soslayaremos el tema.

No escapan a estas alternativas las dicotomías pergeñadas por causalidades regionales y cronológicas, amén de las que tuvieron su origen en la creciente diversificación de prestigio en estos modelos sociopolíticos de tipo jefatura. El indicador funerario quizás no signifique un espectro muy dinámico como reflejo de los cambios ideológicos, en virtud de que el hombre ha sido —y es aún— en extremo conservador en su esfera ritual. Sin embargo, a pesar de ello se perciben innumerables articulaciones de similitud y diferencias significativas.

Aunque no aparezcan en la matriz los enterratorios directos o carentes de arquitectura, y los de infantes y adultos en urnas, sus presencias están consideradas en virtud de que aportan datos valiosos a los fines comparativos.

La fúnebra del sistema Tasil está pródigamente representada por cerca de 120 unidades, de las cuales 106 pertenecen a Tasil y las restantes a Morohuasi. Los casos tasilieños corresponden a cistas cilíndricas y sin techo, con diámetro entre 1 a 2 m. y profundidades entre 0,50 a 1,50 m. Las paredes fueron de pirca seca, a excepción de la colosal T. t-1 que poseía barro batido como cemento. Esta última sobresalía además por su calidad constructiva, por la posición preferencial que ocupaba y por la relevancia de su ajuar. Las 105 cistas restantes encerraron enterratorios primarios y secundarios, los últimos componiendo verdaderos osarios.

El 92% de las cistas aparece adosado o en el

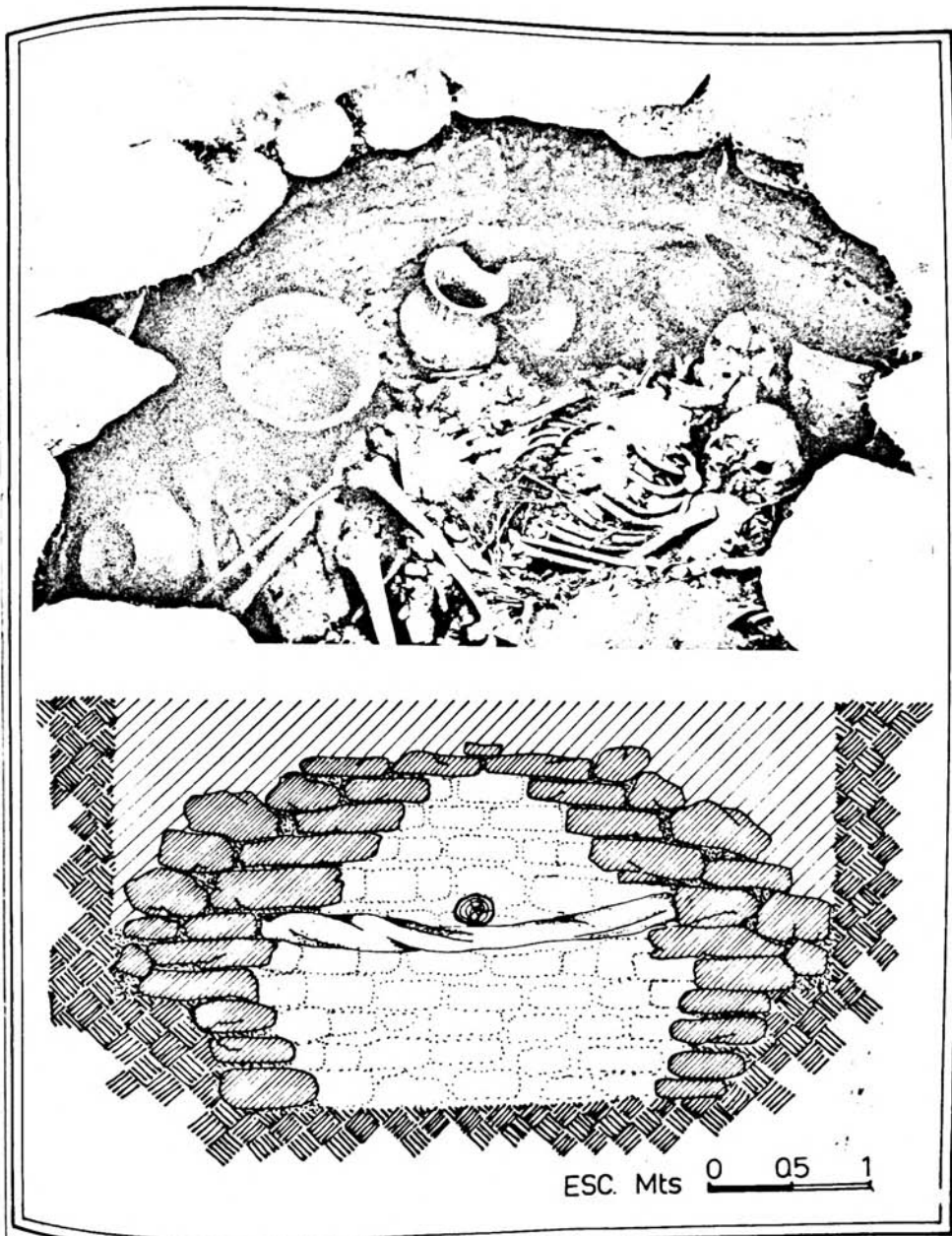


Figura 6.15: Cámaras funerarias colectivas de las regiones Calchaquí y Yacavil. La inferior fue hallada en la población baja de El Churcal; posee un perfil romboidal y una gruesa viga de algarrobo.

interior de las unidades habitacionales, lo que permite proponer el usufructo del espacio familiar para fines funerarios repitiendo una modalidad ya observada en el almacenaje. Morohuasi ofrece una resolución arquitectónica unitaria similar a la de Tasil; aunque la mayoría de las inhumaciones se localizan a la vera del río Toro, enfrente del poblado. Las costumbres de Tasil y Morohuasi comparten inhumaciones de infantes directas y algunos casos en urnas toscas.

En Humahuaca prevalecen las plantas circulares y elípticas por sobre las cuadrangulares y prismáticas. En Ciénaga Grande, A. Salas (1945; 92) exhuma sólo dos cámaras rectangulares sobre un total de 16, siendo las 14 restantes circulares. De acuerdo a los datos de Debenedetti (1930; b), Tilcara presenta alrededor de 11 casos de cámaras de planta rectangular sobre una muestra integrada por 111 casos, de los cuales 51 corresponden a cámaras cilíndricas incluidas por debajo de los recintos, 23 a enterratorios directos y 26 a cámaras funerarias cilíndricas agrupadas en la necrópolis ubicada al E. del área de instalación. Con relación a la capacidad de la necrópolis, supone la existencia de más de 200 tumbas. En Juella se describen tres casos de cámaras rectangulares-prismáticas, selladas con lajas y revestidas con barro amasado (E. Cigliano; 1967; 169 y N. Pellisero; 1975; 45).

Los casos rectangulares registrados en Tilcara y Ciénaga Grande —técnicamente similares en cuanto al uso del barro como revestimiento— alertaron la perspectiva de que estas cámaras pertenecieron al momento Inka (C. Lafón; 1967; 244), fundamentalmente debido a que contenían ajuares de origen cuzqueño. Si bien existen posibilidades de que ello sea verificable, dado que estas cámaras rectangulares-prismáticas no aparecen en los enclaves anteriores a 1471, como Tasil y El Churcal, la excepción evidenciada por Juella haría trastabillar momentáneamente tal propuesta.

Prevalecen en Tilcara, Juella y Ciénaga Grande los cierres pétreos y planos —para los cuales se seleccionaron grandes lajas— por sobre los construidos en falsa bóveda. Estos últimos se observan en Tilcara (también en Puerta de Juella y La Huerta; N° 61 y 64 del Atlas 3) aunque con frecuencias menores comparados con los cierres planos. Dijimos que es perceptible en algunos casos la utilización del barro amasado como ulterior revestimiento de las cámaras, particularidad ésta que parece remitirse a casos frecuentemente poco numerosos.

Los cuatro sitios de Humahuaca ofrecen cistas cilíndricas sin techo; presencia que ostenta ribetes exclusivos en las necrópolis B y E de Volcán. Por esta resolución se acercan

estructuralmente a la masiva modalidad funeraria de Tasil y Morohuasi. En Juella, sin embargo, la costumbre más popular fue la de inhumar en cámaras con techo plano de grandes bloques de piedra dispuestas preferentemente en los pasillos y en los ángulos de los recintos.

También en Juella aparece una cista sin techumbre adosada a la unidad 23-27. Como dijimos, este tipo de construcción sin techumbre aparece con superlativa frecuencia en Volcán; en algunas cámaras ubicadas en el interior de los recintos de Tilcara y en dos de las 16 tumbas excavadas en Ciénaga Grande. Los cuatro enclaves comparten, a la vez, con los de la quebrada del Toro el uso de cámaras funerarias para guardar exclusivamente cráneos y estilos cerámicos como el Tilcara negro sobre rojo, Poma negro sobre rojo y Tasil borravino sobre naranja; por lo que existen sobrados indicios de una directa comunicación entre ambos sistemas. Esta ligazón se hace mucho más evidente entre Volcán, Morohuasi y Tasil, dado que estructuralmente las cistas sin techumbre de los tres son virtualmente idénticas.

La exégesis funeraria de Humahuaca se completa con la presencia de inhumaciones de infantes en urna (en los cuatro sitios), algunos pocos adultos en urnas (Volcán, Tilcara y Juella) y entierros de ambos en forma directa (sepulcros en fosas simples).

No es posible discernir por el momento cual fue la modalidad funeraria más frecuente de Yavi Chico; según Krapovickas (1965; 9) "*... los entierros se hicieron posiblemente en algún cementerio no localizado aún...*". Ya a principios de siglo Boman había alertado, sin embargo, sobre un caso de entierro en cámara cilíndrica en falsa bóveda dentro del poblado, el que quizás corresponda al que reproducimos. La descripción de L. Lanzzone (1969; 13) no ayuda para nada al respecto: "*... un sepulcro redondo pirado cubierto por una tapa de varias lajas. Medía 0,60 m. de diámetro y 0,75 m. de profundidad...*" al no especificar si corresponde a un cierre plano o en falsa bóveda. Dada la comunicación que Yavi Chico ostenta con el sistema Humahuaca, reflejada por la presencia de componentes arquitectónicos compartidos, como los rasgos 11, 12, 15 y 23 entre varios más, amén de elementos cerámicos afines, no sería impropio suponer que —al igual que Tilcara y La Huerta— ambas modalidades coexistieron.

Las cámaras funerarias cilíndricas y cuadrangulares aparecen en Cabrera y Rinconada asociadas a las sofisticadas criptas en abrigos y cuevas conocidas en la literatura arqueológica como Chullpas. En Cabrera las cámaras ostentan cierres planos de gruesas piedras. Otros sitios del San Juan Mayo, como



Figura 6.16: Calzada sobreelevada e intramuros que recorre transversalmente la población baja de El Churcal de Calchaquí (F. A.).

Piedra Blanca, Churquihuasi y Pucapampa, ofrecen una resolución similar, a la vez que poseen chullpales asociados. Las criptas en cuevas aparecen también en Rinconada, compartiendo una moda que conjuga los casos ya mencionados de adultos en cámaras cilíndricas y adultos directos en el interior de recintos circulares. Según las referencias de L. Lanzone y J. Suetta (1970; 9) algunas de estas cámaras poseían un revestimiento de barro, recordando la resolución de Juella, Tilcara, Ciénaga Grande y la T. t-1 de Tastil.

Estas relaciones de similitud, adheridas a un registro cerámico en parte compartido, insinúan un contacto entre Rinconada y Humahuaca. Aunque si tenemos que caracterizar la costumbre funeraria frecuentemente representativa del sector boreal de la Puna Argentina durante el Período, y en la cual incluiríamos, además de los hábitats del río San Juan Mayo y Rinconada, a los bolsones de Casabindo-Surcuyo-Tucut y Doncellas-

Rachate-Agua Caliente, debemos optar por las **cámaras cilíndricas** con lienzos pétreos, **abiertas o con cierre plano** y a las clásicas **criptas** o chullpas. Con ellas aparecerían también las inhumaciones directas, tanto de infantes como de adultos. Esto significa que faltarían u ostentarían poca frecuencia los entierros de infantes en urnas, adultos en urnas y los cerramientos en falsa bóveda.

La arquitectura funeraria de los Valles Meridionales

Los hábitats Calchaquíes, de cuyo universo hemos extraído La Paya, Las Pailas, El Churcal, Tolombón, Fuerte Quemado, Quilmes, Loma Rica de Shiquimil y Mojarras-Rincón Chico-Lamparito como muestra, nos sumergen en estilos arquitectónicos funerarios particulares, con presencias y frecuencias diferentes de las hasta aquí examinadas, y sobre los que no parecen estar ausentes los mecanismos de regionalización que caracterizan al Período.

En El Churcal, las modalidades funerarias colectadas en investigaciones personales detectaron sobre 20 casos un uso extendido de la planta circular, con dimensiones que oscilan entre 0,80 m. y 2,50 m. de diámetro y profundidades de 0,60 a 1,80 m.; 13 de las 20 tumbas para adulto fueron cámaras de paredes de piedra construidas con técnica similar a la de los recintos albergue y techo en falsa bóveda; 5 de las restantes presentaban similar conformación de las paredes pero carecían de techumbre; un caso se trató de una cista con lienzos de trabazón similar pero que tenía cierre plano y peldaños en saldizo para facilitar el descenso a una profundidad de 2,12 m.

Es ostensible en El Churcal el uso de cubrercas o vigas de algarrobo como sostenes de las tapas. Estas últimas estuvieron formadas por grandes bloques de piedras planas y alargadas, con dimensiones oscilantes entre 1 y 2 m., lo que supone una previa selección de estos materiales. La disposición de estas tumbas fue variable; la más frecuente consiste en agrupamientos ubicados en las intersecciones de las calzadas o asociados a la parte exterior de los recintos albergue; otras aparecen aisladas en el sector suburbano ubicado al N. O. del área de instalación (posición poco frecuente) y un tercer tipo lo constituye el hallazgo de la cista CII. C-105 en el ángulo S. O. y por debajo del piso del recinto CII.-109 (R. Raffino; 1984; 226, 237 y 258).

Los signos superficiales que denunciaban tumbas eran formaciones monticulares de hasta 2 m. de altura; en algunos casos aparecían hilceras de piedras anunciando, por debajo, al depósito funerario. Lamentablemente Las Pailas no ha proporcionado vestigios aptos para tender una correlación con El Churcal, dado que fue exhumado un solo entierro, identificado como E. I, ubicado en forma contigua a las viviendas (M. Tarragó; 1980; 51).

En La Paya la arquitectura funeraria está representada por una profunda muestra. En el interior del área de instalación Ambrosetti obtiene 62 depósitos de planta circular de 1 a 2 m. de diámetro, provistos de paredes revestidas con pirca de piedra *"formando algo así como el brocal de un pozo"*. Estos se cubrían con cierres pétreos en falsa bóveda y eran posteriormente cubiertos con tierra. Los signos superficiales de estas cámaras podían ser pequeños círculos de piedra como en El Churcal, o por una laja clavada en el piso.

Dentro del área de instalación, estas cámaras aparecieron tanto en el interior de los recintos como adosadas al muro medianero en grupos de 2 o 3, situación más frecuente y similar a El Churcal, e incluso en la intersección de las calzadas. Del lado interno de la muralla se descubrió también un sector con tumbas,

aunque éste se minimiza con la gran necrópolis situada a extramuros, donde el autor excavó 250 unidades.

Esta exégesis se completa con la existencia de párvulos en urnas de posición similar a los hallados en El Churcal. Uno y otro sitio atesoran una modalidad funeraria inicialmente similar, por compartir el tipo arquitectónico de sus tumbas, la posición de éstas dentro de los ángulos de habitaciones adosadas, o en la intersección de las calzadas; también por presentar infantes en urnas (estilo Santa María y toscas) en el interior del área residencial, amén de otros rasgos arquitectónicos, según ya fue puntualizado. Pero existen tres presencias fundamentales en La Paya que la apartan de esa relación inicial de similitud: la Casa Morada (estructura Inka inscrita dentro de la calchaquí preexistente), la muralla perimetral y la inmensa necrópolis. Sabemos con certeza que la primera fue construida con posterioridad a 1471; además es clara la posición pre-Inka de El Churcal.

Es muy factible que sobre la edificación de los dos componentes restantes, la muralla y la necrópolis extramuros, sean responsables los mismos que produjeron la remodelación cuando construyeron la Casa Morada. Las profundas similitudes formales que la muralla perimetral de La Paya guarda con su homónima de la Tambería del Inka de Chilceto (sitio N° 82 del Atlas 4) parece apoyar esta presunción.

El sistema Yocavil atesora costumbres funerarias en las que prevalece la cámara subterránea con lienzos de piedra y techumbre pétreo en falsa bóveda. Sobre una planta generalizada de forma circular se observan dimensiones que oscilan desde los 0,80 m. hasta los 2 m. de diámetro. Esta modalidad se completa con la masiva inhumación de infantes en urnas y algunos adultos directos en fosas simples.

Los datos sobre la arquitectura funeraria asociada con la instalación de Loma Rica de Shiquimil provienen de Liberani-Hernández (1877), de los papeles de Methfessel (1887-1889) y de las libretas de campo de la VI Expedición M. Barreto (1923-1924). Los primeros puntualizan la existencia de tumbas en los ángulos de las habitaciones y en algunos casos en las proximidades de ellas, así como una necrópolis de párvulos en urnas y adultos en el pie S. de la instalación. A. Methfessel confirma años más tarde la existencia de *"trojas"* formando cementerios al pie S. del Cerro, agrupados en tres *"panteones"* (cementerios II, III y IV de sus papeles). Entre 1923 y 1924, Weiser-Wolters recorren el sitio y excavan sin éxito el sector de las *"trojas"* que mencionan Liberani-Hernández y Methfessel. Ellos confirman la existencia de los cementerios *"en el lugar donde Methfessel cavó..."* (V Exp. Diario

de Viaje; pág. 33) y también por el lado N. de la instalación.

Los cementerios están formados por densos agrupamientos de urnas para infantes y adultos directos, depositadas a un promedio de 1 m. de profundidad y manifestadas exteriormente por círculos de piedra que rodean a bloques de mayor tamaño. La alfarería exhumada corresponde a las fases iniciales del Período (estilos Santa María Tricolor, Loma Rica y San José según C. Podestá y B. Perrota, 1973; 6).

Otras inhumaciones de adultos se hallaron en los ángulos de habitaciones y en un cementerio al pie de Loma Rica. Es posible que la asignación "troja" de Methfessel y Weiser corresponda al tipo cilíndrico con techo en falsa bóveda (rasgo N° 57). Esta cámara posee una copiosa tradición regional que arranca en los tiempos Formativos de Tafi. Dentro del Período que nos ocupa está presente en Quilmes, Tolombón, Lampacito y El Bordo (s. N° 151 del Atlas III), lo que significa en enclaves contemporáneos y vecinos a Shiquimil.

El capítulo funerario del valle de Huallín depende de los datos denunciados por Federico Wolters (Diario de Viaje de la VIII Expedición M. Barreto; pág. 36). Menciona el hallazgo de sepulcros aislados en el pie de monte E. de la Loma Negra de Asampay y próximos al río homónimo. Estos sepulcros estaban formados por "... piedras grandes inclinadas formaban con su planta cóncava pequeñas cuevas, que el indígena solamente profundizaba para obtener así un lindo sepulcro. Según todo se tapaba después el cuerpo del difunto con tierra y se pircaba la boca del sepulcro hasta que la pirca tocaba la Peña...". Menciona también la existencia de cámaras cilíndricas similares a las del valle de Yocavil que corresponden al tipo en falsa bóveda. El primer caso de los dos es adscripto al rasgo 32 (depósitos funerarios bajo roca); el segundo al N° 57 (cámaras cilíndricas con techo en falsa bóveda). Las inhumaciones de infantes asociadas con Asampay se realizaron en urnas enterradas en el pie de monte y entre las murallas defensivas. Este segundo caso no fue el frecuente, produciéndose en circunstancias en que el Pukara era sitiado. En cuanto a la coexistencia de tumbas en falsa bóveda y depósitos funerarios bajo roca, las segundas constituyen la modalidad más frecuente y antigua en Huallín, sobre la que se yuxtapondría en algunos casos la falsa bóveda como consecuencia de una difusión proveniente del sistema Yocavil.

Si interpolamos los datos funerarios colectados por las expediciones Barreto, las inhumaciones que corresponderían a Corral de Ramas serían adultos directos y párvulos en ollas ordinarias y rodeados por ajuares compuestos por piezas del estilo Belén. Esto



Figura 6.17: Morhuasi del Toro compare traza lineal y en damero irregular; A-B-C: sectores de terrazas; G-F: habitaciones; el cementerio sobre la margen opuesta (P. E. Boman, 1908). Trinchera controlada sobre la colada "basural" E (abajo, F. A.).

significaría una ausencia de arquitectura funeraria y de cementerio, por lo que el rasgo 53 cumpliría su presencia como "inhumaciones aisladas" más que "cámaras funerarias aisladas". Para el resto de los rasgos funerarios (N° 54, 55, 56, 57 y 58) seremos cautelosos, optando por dejarlos como faltos de registro.

Los estilos arquitectónicos funerarios

¿Qué nos queda así como exégesis en cuanto a los tipos de depósitos funerarios vinculados con la instalación humana del Período? Pues

diversos estilos regionalmente confinados, aunque estos confinamientos no ofrecen barreras exclusivas, sino que fueron a menudo vulneradas por la propia dinámica cultural que generó múltiples difusiones.

Las cámaras cilíndricas con paredes de piedra y cierres planos poseen dispersión preferencial por la Puna y algunos valles y quebradas que tienen en ella sus cabeceras, como los de Humahuaca. Representan, de este modo, la supervivencia de una vieja tradición altiplánica generada en los inicios del Período Formativo (p. e. Las Cuevas, Tebenquiche y El Dique).

Por su parte, las **cistas abiertas** ostentan una singular frecuencia en la quebrada del Toro con intrusiones en la Puna y en los enclaves meridionales de Humahuaca, especialmente en Volcán y algunos casos menos numerosos en Tilcara, Ciénaga Grande y Juella.

El universo Calchaquí-Yocavil atesora los estupendos cerramientos en **falsa bóveda**, con lo que sus enclaves reproducen una resolución arquitectónica ya presente en tiempos Formativos de Tafi y que configura una tradición cultural independizada de los cerramientos planos altiplánicos.

La Loma Negra de Asampay se vincula con inhumaciones en **abrigos rocosos** cerrados con pequeñas pircas en arco, a los que se sumarían posteriormente las cámaras subterráneas con cierres en **falsa bóveda**. Mientras que Corral de Ramas ostentaría adultos directos.

La polifacética muestra funeraria de Humahuaca, reflejada por la coexistencia de **cerramientos planos**, en **falsa bóveda**, en **cistas abiertas** y **enterratorios directos** en fosas, expresa la alternativa de una conspicua dinámica cultural y diferenciación social reflejada por la cualidad y tipo de estos depósitos. Frente a ambas causales —con mejores perspectivas de discernimiento si adosamos a este registro el de las ofrendas mortuorias—, el efecto percibido por la arqueología expresa, una vez más, los diferentes estímulos que actuaron sobre el territorio Humahuaca.

Una explicación en parte similar se nos ocurre para Rinconada y Cabrería, en las cuales las inhumaciones de adultos en **cistas con techo plano** participan con las **directas** y con las singulares **criptas** punceñas. A propósito de estas últimas, ya hemos establecido que su dispersión alcanza los bolsones del río San Juan Mayo, Rinconada, Doncellas y Casabindo.

Recientemente hemos observado que son frecuentes por el S. O. del departamento boliviano de Potosí, especialmente dentro de las provincias de Lipetz, Quijarro y Subichichas. Allí los "cave burials" coexisten con las chullpas y parecen responder a un uso popular, mientras

que las segundas estuvieron reservadas para inhumaciones preferenciales.

Advertimos por otra parte singulares recurrencias entre las **criptas punceñas** y los abrigos rocosos de Asampay. Esto significaría una cierta posibilidad de que la tradición cultural Belén tenga un hilo cultural conductor desde el altiplano, a través de una difusión, dadas las similitudes arquitectónicas entre **criptas** y abrigos rocosos.

No debe sorprender que sea Rinconada quien ostente una mayor diversificación en sus construcciones funerarias, dado que sus lienzos sufrieron los efectos de fuertes influencias altiplánicas de los Chicha potosinos y trascendieron su período para acceder de pleno al Horizonte Inka. Tanto el uso de sistemas defensivos artificiales, el de los acueductos subterráneos y las **criptas** son, al respecto, pruebas convincentes.

Tastil nos enfrenta a un caso de extrema dicotomía entre la célebre T. t-1 y las 105 cistas restantes; demasiado importante la primera frente a las restantes como para no deducir que en la solitaria tumba 1, ubicada dentro de la plaza A, no estuvo enterrado quien ostentaría en vida el rango de jefe del señorío Tastil. Por lo demás, tanto Tastil como Morohuasi mantienen una recurrencia en la formalización arquitectónica de sus tumbas, ubicadas por cualidad y tipo de ajuar que encierran, mucho más próximas a la tradición punceña que a la de los valles Calchaquies.

El cementerio como componente urbano

La relevancia de este punto recalca en que el cementerio de adultos, como unidad urbanística independizada significa el desarrollo de una estrategia urbana por plancamiento, con todas las implicancias sociopolíticas y religiosas que ello supone. Todos los sitios examinados contienen depósitos funerarios intramuros y subterráneos; alojados debajo de los pisos residenciales, en los patios, en calzadas y espacios libres. Pero por encima de este denominador común se observan casos de cementerios con agrupamientos de adultos e infantes; algunos de ellos atesoran altos coeficientes de FOS, y están ubicados a extramuros del área de instalación. Esta alternativa existe en Morohuasi, Tilcara, Volcán, Rincón Chico-Lampacito, Quilmes, Tolombón, Fuerte Quemado, La Paya y Shiquimil.

Estos 9 casos que coparticipan de ambas modalidades alertan sobre una problemática que a veces involucra aspectos cronológicos, otras regionales, pero también a profundas connotaciones en lo concerniente a la diferenciación social y a cambios ideológicos por estímulos endógenos o exógenos al poblado. La última de las alternativas

puntualizada involucra a su vez cambios generados por el propio proceso evolutivo urbano local, o a la existencia de estímulos por el arribo de difusiones antes o después de 1471.

Nos hemos ya referido a las "trojas" en un cementerio ubicado al pie meridional de Loma Rica de Shiquimil y formando densos agrupamientos. El resto del universo Calchaquí atesora casos en parte similares. En Quilmes las inhumaciones de adultos se realizaron tanto en

la zona residencial; ya sea dentro de los patios centrales o en los espacios libres entre ellas, como en cementerios de párvulos en urnas emplazados en la zona próxima a El Bañado, al N. O. del sitio. En Fuerte Quemado los cementerios de infantes se hallan en el N. O. del cordón serrano al pie del Pukará y en las lomas del extremo N. de la instalación. En Rincón Chico-Mojarras-Lampacito los cementerios se ubican en Lampacito, al pie meridional del

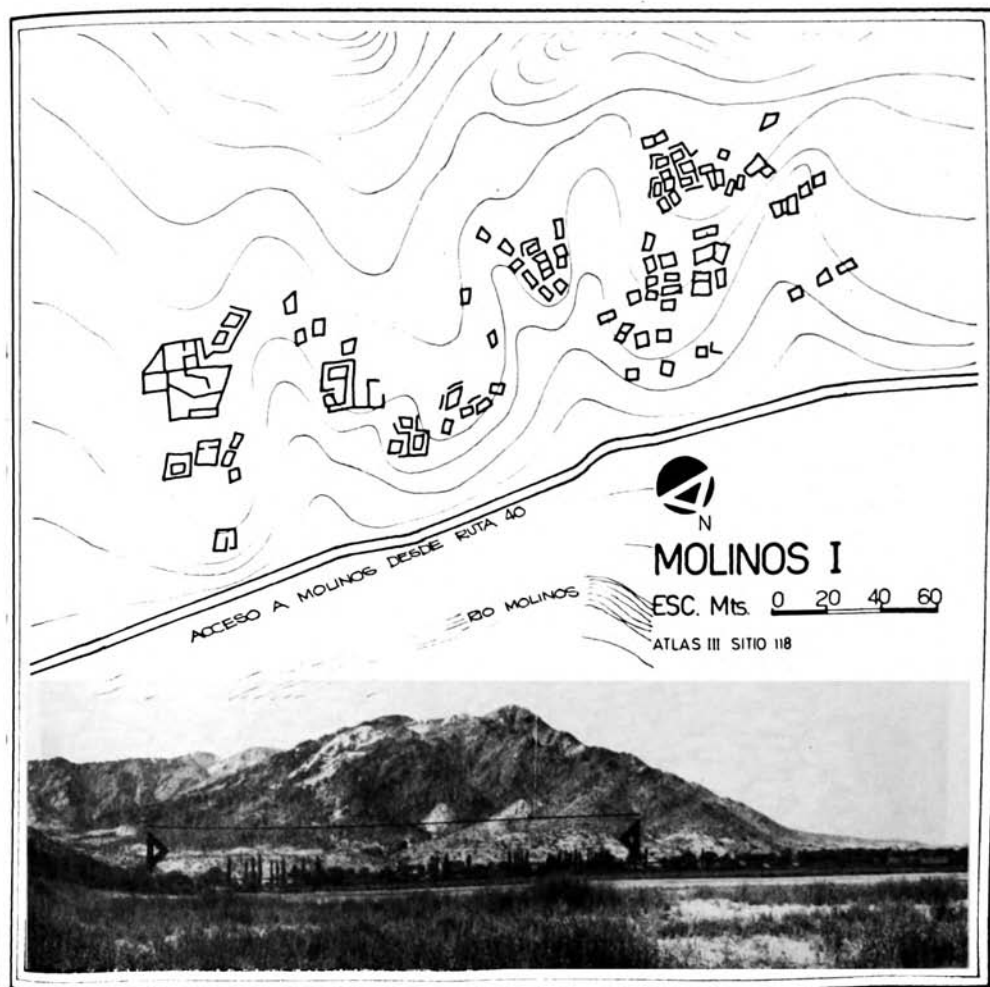


Figura 6.18: Molinos I de Calchaquí (descubierto por el autor en 1974), con su trazo lineal superpuesto con el sentido de las terrazas del río homónimo (P. A.)

Pukará de Las Mojarras. En Tolombón aparecen restos de cámaras funerarias en las quebradas laterales del Pukará. Hacia el S. del sector residencial existe un cementerio de infantes en urnas cuya situación nos recuerda a la de Quilmes. La Paya conjuga una enorme necrópolis extramuros de más de 250 tumbas con inhumaciones alojadas dentro del perímetro de la instalación.

Los dos enclaves del Toro muestran situaciones similares por inhumaciones separadas del área residencial. Pero las magnitudes de uno y otro, en relación con la de las tumbas alojadas en esta última, es notoriamente diferente. Mientras en Morohuasi una buena porción de las cistas se construyeron en la colina ubicada en la banda opuesta del Río Toro; en Tastil apenas un 8% de éstas aparecen aisladas en los suburbios; cantidad exigua comparada con el 92% restante adosadas a las habitaciones.

El elevado índice de FOS de Tastil, la cualidad arquitectónica y el tipo de ajuar de las cistas extramuros sugieren que ellas pertenecerían a la última etapa de la población y podrían representar la solución a un problema endógeno motivado por la saturación del espacio funerario familiar. Una explicación similar se nos ocurre para Loma Rica de Shiquimil, con su FOS a punto de saturación y la participación de inhumaciones dentro del área de instalación y en los cementerios al pie.

Morohuasi en cambio constituiría un caso de cementerio planeado y trasplantado a la vera del río, opuesto a un área urbana no saturada (80% de FOS). Volcán ofrece un panorama semejante al de Morohuasi, con sus necrópolis B, C, F y G

separadas por una quebrada del área urbana no saturada (75% de FOS).

Los cementerios de las laderas E. y N. de Tilcara y la gran necrópolis extramuros de La Paya son los casos extremos y sugieren una situación contextualmente similar en cuanto a la separación área urbana-cementerio. Cada una de estas dos grandes necrópolis alberga más de 200 unidades funerarias, pero su presencia es compartida por cantidades también elevadas de tumbas ubicadas dentro de un perímetro residencial con elevadísimo FOS, ya sea en el interior de las habitaciones o adosadas a ellas por el lado exterior.

La inicial presunción de que la construcción de estos cementerios de adultos, con tumbas agrupadas con altos índices de FOS, de Volcán, Morohuasi, Tilcara y La Paya, obedezca a factores endógenos de cada sitio, como respuesta a los efectos de la saturación de las áreas urbanas, parece perder consistencia ante la alternativa de que fuera en realidad un **cambio ideológico** generado por la intrusión Inka el verdadero causal.

Los cuatro sitios comparten rasgos relevantes, trascendieron el Período de Desarrollos Regionales y sufrieron, especialmente Morohuasi, Tilcara y La Paya, intensas presiones imperiales.

Esta hipótesis además se apoya en que tanto Tastil, como Juella y El Churcal, inicialmente concatenados por compartir varios rasgos habitacionales y funerarios con Morohuasi, Tilcara-Volcán y La Paya respectivamente, carecen de cementerios como estos últimos y ninguno de los tres parece haber traspuesto el umbral del Horizonte Tardío.



Capítulo VII

El Tawantinsuyu

Las ciudades Inka. Su arquitectura y urbanismo en base a una muestra de 37 instalaciones. Imágenes formales e implicancias funcionales. Niveles jerárquicos: Chasquiwasis, Tampus, Santuarios de altura, Pukaras y Centros Administrativos. El sistema estatal Inka y los receptores. Estímulos y retroalimentaciones.

"... Estando el Inca en la Provincia de Charca, vinieron Embajadores del Reyno llamado Tucma, que los Españoles llaman Tucumán, que está a docientas leguas de los Charcas, al Sueste; y puestos ante él le digeron... Los Curacas de todo el Reyno Tucma embían a suplicarle, aias bien recibirtos debajo de su imperio..."

—Garcilaso, 1609—

"... Ynga Yupanqui... conquistó hasta lo último de los Charcas, hasta los Chinchas y Diaguitas y todas las poblaciones de la cordillera de los Andes... sus capitales tuvieron algunas guerras contra los del Tucumán que habían entrado en los Chibchas..."

—Montesinos, 1614—

"... y entonces (el Inka) despacha á un capitan con veinte mil bombres... los cuales dos capitanes llegan hasta los Coquimbos y Chilles y Tucumán muy bien, trayéndoles mucho oro..."

—Santa Cruz Pachakuti, 1620—

"... Y tras eso... Topa Inga... hizo visitar la tierra... desde Quito hasta Chile, y empadronó a todas las gentes de más de mil leguas de tierra..."

—Sarmiento de Gamboa, 1557—

"... Y mandó a hacer muchas fortalezas en las fronteras de lo que estaba por ganar..."; "... mandó a edificar en las provincias más nobles y ricas templos en honor y reverencia del sol... y también se fundaron casas de las vírgenes escogidas... que es acllabuasi..." "... mandó asimismo hacer muchos depósitos en los pueblos particulares donde se guardasen los bastimentos para los años de necesidad..."

"... A semejanza deste templo de la ciudad del Cozco (templo de Viracocha o Cuzusmanco) eran los demás que había en muchas provincias de aquel reino, de muchos de los cuales... hace mención Pedro Cieza de León en su demarcación que hizo de aquella tierra..."

—Garcilaso, 1609—

"... para que hubiere recaudo bastante para su gente, había en el término de cuatro a cuatro leguas aposentos y depósitos con grande abundancia de todas las cosas que en estas artes podía haber; y aunque fuese despoblado y desierto, había de haber estos aposentos y depósitos; y los delegados o mayordomos que residían en las provincias tenían especial cuidado de mandar á los naturales que tuviesen muy buen recaudo en estos tambos..." "... y así hincieron todos los grandes aposentos y depósitos de todo ello, de manera que de cuatro a cuatro leguas, que era la jornada, estaba entendido que se había de hallar proveimiento para toda esa multitud de gente... de un tambo a otro..."

—Cieza de León, 1553—

Para consumir el examen del urbanismo introducido por el Estado Inka gozaremos de los beneficios cosechados de aportes anteriores, a los cuales nos remitiremos en pasajes de este capítulo (R. A. Raffino y col., 1978, 1982, 1983 y 1985). Ellos tuvieron por protagonistas a estos legendarios representantes del mundo precolombino, cuyas huellas arqueológicas dejaron espectaculares cicatrices en una vasta porción del universo, desde la Puna jujeña hasta Uspallata y desde las alturas de la cordillera andina hasta las tierras bajas orientales (Atlas 4, Mapa IV).

Este capítulo será una visión integrativa que ya tuvo antecedentes personales, procreados con una metodología similar a la de las tres secciones anteriores de esta obra. Su destino será analizar los trazados urbanos planeados, en damero y regularizados contruidos por orden del Cuzco, capital política de un Estado que conquistó y administró a decenas de sistemas locales. Generó hacia ellos infinidad de estímulos y se realimentó, alcanzando en poco menos de 60 años un formidable funcionamiento.

Thupa Inka, décimo monarca de la dinastía cuzqueña fue el responsable de la conquista del Norte argentino, una de las dos secciones australes de la Provincia del Kollasuyu; así como su padre, Pachakuti, lo había sido de la sierra y costa peruana, y de los reinos Kollas altiplánicos y, su hijo, Wayna, lo sería de la posterior anexión de Quito, en el norteño Chinchasuyu, ya en los prolegómenos de la hecatombe del mundo precolombino. Es casi una embarazosa obligación obviar los detalles de estos sucesos protohistóricos para penetrar directamente en sus testimonios arqueológicos, los que se expresan en los establecimientos contruidos por los Inka en territorio argentino.

El universo imperial ampara 119 enclaves de los que hemos extraído una muestra de 37 unidades taxonómicas, seleccionadas por ostentar vestigios arquitectónicos de significación. La mayoría de éstas han sido investigadas personalmente; por lo que la comprobación de presencias ausencias y frecuencias de los rasgos Inka, las relaciones de similitud-diferencia entre ellos, y la búsqueda de interpretaciones funcionales, mediante analogías de partes entre sitios excavados con otros prospectados; y de analogías etnohistóricas directas, gozan de un razonable índice de confiabilidad.

Con respecto a la analogía, debemos confesar que contamos con la estimable ayuda que nos brinda el propio Tawantinsuyu, obsecado estandarizador de sus manifestaciones culturales, entre ellas, de su patrón de instalación.

El muestreo de sitios en la matriz de datos X proviene de los territorios arqueológicos más

representativos del Norte argentino. Sobre los que entre 1471 y 1532 d. C. ejerció su dominio el estado cuzqueño. Del altiplano hemos tomado Calahoyo Chico, Queta, Pozuelos, Toroara, Rincón Salinas, El Moreno, Abra Minas y Coyparito. De Humahuaca a La Huerta, Tilcara y Yacoraite. De Iruya al estupendo Titiconta. La Quebrada del Toro nos impone Las Cuevas IV, Punta Ciénaga, Corrales Viejos, Incahuasi y Nevado de Chafí. El Valle Calchaquí atesora a Potrero de Payogasta, Cortaderas, Casa Morada de La Paya, Angastaco y Nevado de Acay. Del territorio Yocavil tomaremos Fuerte Quemado, Punta de Balasto e Ingenio del Arenal Médanos. El Nevado y Pukará de Aconquija se emplazan sobre la serranía homónima. El Valle de Huallín aporta lo suyo mediante Quillay, El Shincal y Huallín; a la vez que su bolsón vecino de Abaucán lo hace por obra de Watungasta y Costa de Reyes. La Tambería del Inca, Pampa Real y Los Cazaderos representan a la región de Pámatina y, finalmente Tocola y Ranchillos a los valles de Iglesia y Uspallata en Cuyo, hitos más australes de la ocupación Inka en territorio argentino.

Una parte de los sitios seleccionados estuvieron ocupados con anterioridad a 1471 y fueron posteriormente usados por la administración Inka, la que impuso sobre ellos su traza urbana cuadrangular, para adaptarlos a los servicios estatales. En estos casos el dominio se hizo sentir por la imposición de un planeamiento ortogonal y articulado, que replanteó los sectores más codiciados de la instalación receptora.

Es asumible que arquitectos cuzqueños acompañaron a los ejércitos y funcionarios invasores, y tras la acción coercitiva de unos, y la "pax Inka" de otros, dispusieron a su antojo de los espacios urbanos pre-existentes. **Los Inka no construyeron ciudades, sino que se apropiaron de las protociedades existentes,** sobre las que trazaron su clásico planeamiento en damero regularizado de la Kancha. Esta circunstancia le cabe a una calificada serie de instalaciones de los Desarrollos Regionales que pasan a integrar el sistema Inka. Entre las que componen la muestra se cuentan Tilcara, La Huerta, Casa Morada de La Paya, Fuerte Quemado, Yacoraite y Potrero de Payogasta. Fuera de ella se contarían Quilmes, Tolombón, Turi (Chile) y probablemente Rinconada en el altiplano jujeño.

Condiciones menos favorables ofrecían los páramos puncheños y algunos bolsones, en los que la ubicación de las instalaciones locales no coincidía con los pur los fijados para el tendido de la red caminera, sus postas, factorías y centros administrativos. En estos casos la ausencia de asentamientos previos impuso la alternativa de procrear sus propios enclaves. A este grupo de establecimientos les cupo la

asignación de sitios Inka puros de anteriores clasificaciones (R. A. Raffino y Col. 1978, 97).

Alertados en cuanto a que la arquitectura que difunde el Tawantinsuyu hacia los Andes meridionales no alcanzará la monumentalidad y sofisticación que ostenta en los epicentros del imperio, como la de los valles de Urubamba, Vilcabamba, Huánuco y altiplano del Lago Titicaca, resta consignar que representan la prueba estructural necesaria y suficiente para proponer una ocupación Inka directa y efectiva, con lo cual esperamos concluir definitivamente con el falso paradigma de las influencias indirectas, desde Chile o Bolivia, o de un estado de guerra permanente que rechazó la conquista, o de simples relaciones comerciales (dogma que

en su momento atrapó a investigadores pasados y presentes, como Ambrosetti, Debenedetti, Lafón, Soler, Madrazo, Otonello y Pellisero).

Cuando los rasgos arquitectónicos Inka se articulan in situ con otros pre-existentes (codificados en la matriz V) expresan sitios que trascendieron hacia el Horizonte imperial, sufriendo alteraciones en su traza original, como reflejo de transfiguraciones sociales e ideológicas. Estas retroalimentaciones se perciben en varios enclaves de los Desarrollos Regionales. Ya fueron anticipadas en los exámenes de Morhuasi-Las Zorras, Tilcara, Rinconada, Mojaras, Quilmes, Fuerte Quemado, Tolombón, La Paya, Yavi Chico, Asampay, Volcán y Ciénaga Grande.

Cambiar por nuevo plano

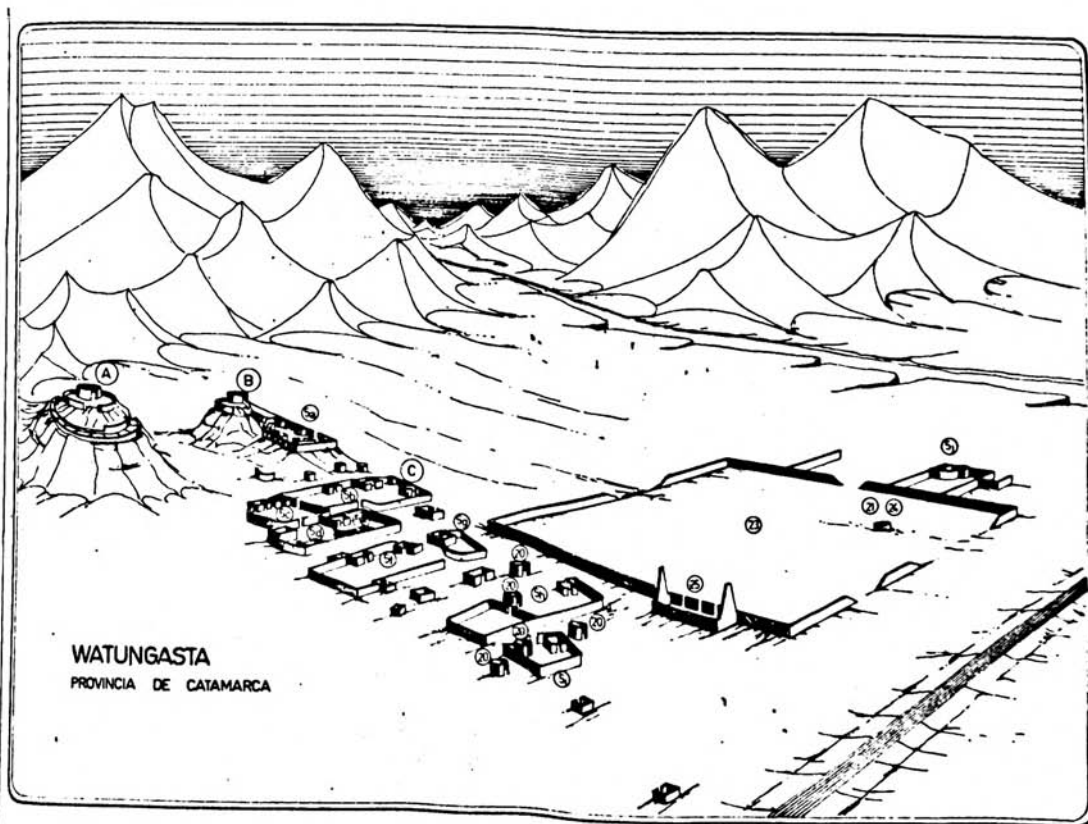


Figura 7.1: Recomposición de las ruinas de Watungasta de Abaucán; A y B, colinas aterrazas con torreones y escalinatas de acceso; 23: aulapata; 25: kallanka; 20: colicas. (pva. A.).

Cuadro X. Establecimientos Inka en el N. O. argentino: rasgos arquitectónicos y urbanísticos (muestra extraída del atlas 4, mapa IV).

Rasgo Sitio	1	2	3	4	5	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23
Calahoyo	x	x	-	-	x	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	o	-	-	-	-	x	-
Pozucos	x	-	-	-	x	-	x	-	-	-	-	-	-	-	-	o	o	o	o	-	x	-
Queta	x	x	-	-	x	o	-	-	-	-	-	-	-	o	-	x	o	o	o	-	x	o
Toroaro	x	-	-	-	x	-	-	-	-	o	o	-	-	-	-	o	-	-	-	-	x	-
R. Salinas	x	-	-	-	x	o	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	x	-
El Morcno	x	-	-	-	x	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	x	-
Titiconte	-	x	-	-	x	x	-	x	x	x	x	-	-	x	o	x	o	x	o	x	x	x
La Huerta	-	x	-	x	x	x	-	x	x	x	-	-	-	x	o	x	o	-	o	x	x	-
Tilcara	x	x	-	x	x	x	o	-	x	x	x	-	o	x	o	o	o	o	o	o	x	-
Yacoraite	x	x	-	x	x	x	-	x	o	x	o	o	o	o	-	o	o	x	o	x	x	-
Pta. Ciénaga	x	-	-	-	x	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	x	-
L. Cuevas IV	x	x	-	-	x	-	-	-	-	-	-	-	-	-	o	-	-	-	-	-	x	-
Incahuasi	-	x	-	-	x	x	x	x	x	x	x	o	o	o	o	x	o	o	o	x	x	-
Corrales Viejos	x	x	-	-	x	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	x	-
Ndo. Chañi	-	-	x	-	x	-	-	o	-	-	-	-	-	-	x	o	-	-	-	-	x	-
Pro. Payogasta	x	x	-	-	x	x	x	x	-	x	x	-	-	x	-	x	x	x	x	x	x	o
Cortaderas	-	x	-	x	x	x	-	-	-	-	-	-	x	-	o	-	-	-	-	-	x	o
Casa Morada	-	x	-	-	x	x	-	o	x	x	x	-	-	x	o	x	o	o	o	o	x	o
Angastaco	-	x	-	x	x	-	-	-	x	-	x	-	-	-	-	-	-	-	-	-	x	-
Ndo. Acay	-	-	x	-	x	-	-	o	-	-	-	-	-	-	o	o	-	-	-	-	x	-
Abra Minas	-	x	-	-	x	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	x	-	-	-	-	x	-
Coyparcito	x	x	-	x	-	x	-	-	-	x	-	-	-	x	-	-	-	-	-	-	x	o
Fuente Quemado	x	x	-	x	x	x	o	-	x	-	x	x	x	o	x	o	o	o	o	o	x	o
Pta. Balasto	x	x	-	x	x	x	o	o	o	x	-	x	x	x	-	x	o	-	o	x	-	-
Ingenio del Arenal	x	-	-	-	x	x	x	o	-	-	-	-	-	-	o	-	o	-	-	o	x	-
Pucará de Aconquija	-	x	-	x	x	x	-	x	x	x	x	x	x	o	o	x	o	-	-	o	x	-
Nevado Aconquija	-	-	x	-	x	x	-	x	x	x	x	-	-	x	-	x	x	x	x	x	x	-
Watungasta	x	x	-	-	x	o	x	x	o	x	o	o	-	x	o	x	x	x	x	x	x	-
Cta. de Reyes	x	-	-	-	x	o	-	o	o	o	-	-	-	o	-	-	-	-	-	o	o	-
Quillay	x	-	-	-	x	o	o	-	-	-	-	-	-	-	-	x	-	-	-	-	x	-
El Shifcal	x	x	-	-	x	x	-	x	x	x	x	-	-	x	-	o	x	x	o	x	x	o
Hualfin	-	x	-	-	x	x	-	x	o	x	o	-	-	x	-	x	x	x	x	x	x	o
T. Cazaderos	x	-	-	-	x	o	o	o	-	o	-	-	-	o	-	x	-	o	-	o	x	-
Pampa Real	-	-	-	-	x	-	-	o	-	-	-	-	-	-	-	x	o	o	-	o	x	-
T. del Inca	x	-	-	x	x	x	x	x	-	x	-	-	-	x	-	o	x	x	o	x	x	-
Tocota	x	-	-	-	x	x	-	-	-	x	-	-	-	-	-	o	-	-	-	-	x	-
Ranchillos (Mza.)	x	x	-	-	x	x	x	x	-	-	x	-	-	-	-	x	o	x	-	x	x	-

Cuadro X:

Referencias

A. Rasgos de emplazamiento:

- 1 - Instalación en fondo de valle
- 2 - meseta o pic de monte aterrazado
- 3 - Santuarios de altas cumbres

B. Rasgos arquitectónicos y urbanísticos
(individuales e integrativos)

- 4 - Trazado defensivo o Pukara (11+13+14; incluye 5)
- 5 - Rectángulo Perimetral Compuesto (R. P. C.)

- 7 - Lienzos pétreos imitando sillerías
- 8 - con revoco o enlucido
- 9 - Hastial (base de techumbres en mojinete o a dos aguas)
- 10 - Hornacinas o nichos
- 11 - Muros reforzados de sección trapezoidal
- 12 - Vanos (puertas y ventanas) trapezoidales
- 13 - Torreones defensivos
- 14 - Troneras
- 15 - Escalinatas pétreas
- 16 - Plataforma artificial
- 17 - Collcas (gollgas)
- 18 - Usnu
- 19 - Plaza amurallada (integra 16+20+21 alternativamente)
- 20 - Torreón ceremonial
- 21 - Kallanka-huasi (contiene a 9 y alternativamente 7, 8, 10, 11, 12 y 15)
- 22 - Red vial
- 23 - Sistemas de andenerías (integrado a 2)

A. Rasgos 1-2-3: Tipos de instalación Inka: los Chasquiwas, Tampus y Santuarios de altura

Ya alertados en cuanto a que los establecimientos Inka significaron un notable paso adelante en la concepción del planeamiento y en la especialización de los trazados urbanos; tanto la elección de la topografía para el asiento, como la imagen morfológica de la arquitectura conducen a razonables aproximaciones en torno a la funcionalidad de cada sitio.

Con respecto a la primera, a cuya fénula pertenecen estos tres rasgos, existen una serie de requisitos específicos que indujeron tres variantes fundamentales de aprehensión de la topografía. La primera es la posición estratégica y ecológica del lugar, considerada ésta en relación a la existencia de fuentes de agua potable, la necesidad de apoyar el derrotero del camino real, la potencialidad de recursos naturales que ofrecía la región, fundamentalmente mineros—cuya explotación parece ser una finalidad dominante—agrícolas y ganaderos; finalmente, la existencia de poblados locales que aportaran mano de obra para los conocidos mecanismos de mit'a Inka.

De acuerdo con estas condiciones es que los fondos de valle o bolsones aportaron la infraestructura preferente para postas que hicieron las veces de puntos de enlace de la red vial. Los Chasquiwas y Tampus, sobre cuya discernible funcionalidad nos hemos ocupado oportunamente (R. A. Raffino y Col., 1982; 70), fueron levantados precisamente en la comodidad de los oasis para cumplir con una función logística fundamental. Los enclaves de Calahoyo Chico, Pozuelos, Queta Viejo, Toroaro, Pampa Real, Costa de Reyes, Abra de las Minas, Quillay, Corrales Viejos, Las Cuevas

IV, Rincón de Salinas, El Moreno, Punta Ciénaga, Ingenio del Arenal Médanos, Tocota y Tambería de los Cazaderos responden a esta concepción.

No encontraremos en ellos una frecuencia abrumadora de aparición de los rasgos arquitectónicos Inka, ni tampoco una cuidada calificación de los mismos, simplemente porque estos enclaves fueron planeados y contruidos para abastecer la movilidad y el flujo de energía que se desplazaba por los caminos reales. Apenas un par de rasgos arquitectónicos imperiales, pueden estar presentes en estas postas: el camino del Inka como manifestación siempre presente e irremplazable y un par de conjuntos de R. P. C. de rudimentaria imagen.

Los Chasquiwas eran las postas más pequeñas: "... Estaban estos chasquis puestos en cada topo, que es legua y media en dos castillas donde estaban cuatro indios..." (J. Acosta, 1590; Lib. 6to. Cap. 17). Un reciente aporte de J. Hyslop (1981) dedica un capítulo a un examen de estos Chasquiwas.

Superan claramente esta calificación los establecimientos de Queta, Punta Ciénaga, Pampa Real y Cazaderos, ante la presencia de collcas o almacenes "... para que hubiese recaudo bastante para su gente, había en el término de cuatro a cuatro leguas aposentos y depósitos con grande abundancia de todas las cosas que en estas partes podía haber; y aunque fuese despoblado y desierto, había de haber estos aposentos y depósitos; y los delegados o mayordomos que residían en las provincias tenían especial cuidado de mandar a los naturales que tuviesen muy buen recaudo en estos tambos..." (Cieza; 1553; Cap. LXXVIII).

Otros establecimientos, como Ingenio del Arenal Médanos, Quillay y Abra de las Minas ostentan una directa articulación con socavones donde se explotó oro, cobre, plata y estaño, metales apetecidos y monopolizados por el Estado.

Una imagen contrapuesta ofrecen los Pukara, para cuyos asientos prevaleció en forma excluyente la búsqueda de altas y ráspidas mesetas y cerros, de cuya existencia son muestra las guarniciones de Cortaderas, Angastaco, Coyparcito, Cerro Mendocino de Punta de Balasto y Pukara de Aconquija.

Cuando la selectividad Inka en la elección de su asiento recayó en instalaciones ya existentes, sobre las cuales yuxtapuso sus estructuras, su pragmatismo optó por **simplificar esfuerzos y adaptarse a la situación local**.

Es así que se utilizaron tanto las altas mesetas, como en La Huerta y Tilcara; los pic de montes de suave declive, como en La Casa Morada de La Paya, Potrero de Payogasta y Tambería del Inca, y el fondo de valle contiguo a la instalación o a un lado mismo de ella, como

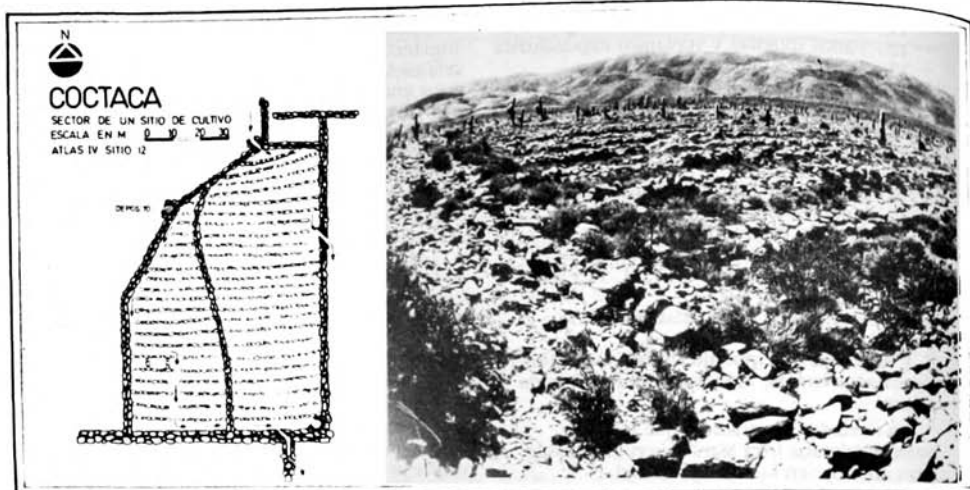


Figura 7.2: Tecnología agrícola Inka en Coctaca de Humahuaca. Los recintos de siembra guardan una posición transversal a la pendiente para permitir el riego. Los muros perimetrales encierran una compleja red de canales empoderados por los cuales se conducía el agua. El sistema está articulado con colcas subterráneas en las que se guardaban semillas (P. y F. A.).

Yacoraite, Fuerte Quemado y Punta de Balasto.

Esta astucia en el aprovechamiento de la instalación receptora, sin pretender modificar pautas trazadas por la practicidad aborigen, no fue repetida por la administración europea años más tarde. Esta última **utilizó la fuerza y desnaturalizó de sus enclaves originales a los señorios amerindios**, desplazándolos a los fondos de valle donde podían ser mejor controlados y utilizados para una explotación esencialmente dominada por el "ganado de Castilla" y cultivos no adaptados a las fragoridades andinas. Este "descenso" obligado produjo no solamente el abandono de sus poblados y de la sofisticada tecnología agrícola pedemontana, sino también resultados desastrosos en todos los órdenes de las sociedades aborígenes.

Los santuarios de altura de Chañi, Acay y el estupendo Nevado de Aconquija, muestra analítica de un universo compuesto por casi medio centenar de templos dedicados al culto solar, fracturan de raíz el pragmatismo en la elección del paisaje, aunque lo hacen bajo una causalidad que tuvo sus motivaciones en la religiosidad.

La inaccesibilidad de éstos hizo que en no pocos casos debiera recurrirse a postas o estaciones intermedias entre los santuarios y los sitios del bajo (J. Schobinger; 1966; 19. R. A. Raffino y Col.; 1982; 143). Así es que aparecen enclaves como Jefatura de los Diablos, Los Choyanos y Pampa Real (sitios N° 117, 69 y 79 del Atlas 4) emplazados a mitad del agudo camino que media entre los místicos santuarios de Chañi, Negro Overo y Nevado de Aconquija (N° 19, 67 y 80) y los asentamientos en el bajo. La plataforma artificial (rasgo N° 16), destinada a ejercer prácticas rituales en ella, es la manifestación arquitectónica más significativa registrada en estos santuarios. Su imagen puede presentar planta circular o rectangular y su elevación llegar hasta un par de metros. La frecuencia de aparición en la muestra de santuario alcanza aproximadamente el 60% (R. A. Raffino y Col.; 1982; 144) aunque creemos que esta popularidad está desmedrada ante las dificultades que presenta el reconocimiento de los nevados andinos.

Escapando en parte a las reglas sobre la elección del espacio para el asiento, algunos enclaves participan de los dos primeros tipos de

emplazamiento, compartiendo tanto los fondos del valle como las mesetas y cerros de sus flancos, entre ellos los de Yacoraité, Tilcara, Fuerte Quemado, Punta de Balasto, Hualfín, Watungasta y El Shincal. Ellos conforman instalaciones de suma complejidad donde, en forma similar a los casos de Quilmes y Tolombón (señalados en el capítulo VI), poseen una diversificación funcional de sus partes urbanísticas.

Bajo estas variantes de emplazamiento, conformando categorías puras o compartiendo parte de ellas, la ocupación imperial acentuó su dominio en los territorios arqueológicos más conspicuos del Norte argentino. Sus establecimientos se articularon en un sistema de notable funcionamiento, una población de 119 enclaves hasta hoy identificados.

La quebrada de Humahuaca alberga 8 instalaciones con presencia Inka efectiva; otras tantas se hallan en la del Toro; 17 en el valle Calchaquí, contando a las que tuvieron ocupación efectiva y las que recibieron influencias; por lo menos 4 en Yocavil; no menos de 8 en los bolsones de Hualfín y Abaucán; 5 en el complejo serrano y valles aledaños de Aconquija; 12 en el ámbito de la Sierra de Famatina y bolsones aledaños; más de 20 en la precordillera y valles sanjuaninos de Calingasta e Iglesia; 3 en el al valle de Uspallata, a la sazón las más australes en Argentina y más de 30 en las estepas y oasis del altiplano Punoño.

B. Rasgos arquitectónicos y urbanísticos Inka.

Rasgos 4-11-13-14: Los Pukará

En varios pasajes de esta obra hemos recalado en los Pukará, por lo que nos limitaremos a algunas consideraciones complementarias. El formidable ejemplo de reocupación que ofrecen los Pukará amerindios, manteniéndose en servicio por tiempos históricos tiene una causalidad recurrente en la competencia. Las rebeliones de Juan Calchaquí de 1561 y los alzamientos calchaquíes de 1630 y 1658 los tuvo por protagonistas, como ciudadelas enclavadas para resistir los embates del español, como en momentos Inka los habían sido para la protección del territorio de las incursiones Chiriguanas, y con anterioridad como reductos ante las competencias surgidas entre parcialidades vecinas.

Los trazados defensivos corporizan casos en que la específica funcionalidad del sitio y la repetición, aunque con distintos protagonistas, de condiciones políticas inestables, los hace persistir por tres períodos culturales, mejorando sus componentes militares. Un simple reducto defensivo natural, pergeñado rudimentariamente durante los Desarrollos Regionales, se

especializa por remodelaciones —retroalimentación— en tiempos inkaicos para ser usado como destacamento preventivo de invasiones guaraníes.

Estos últimos casos —no muy frecuentes en el N. O. argentino— están marcados por la presencia de los rasgos ya considerados: las troneras, las murallas perimetrales o semiperimetrales con refuerzos en banquina, los torreones o atalayas y los balcones, todos ellos inscribiendo los sectores de R. P. C. afectados a la residencia y a los depósitos o colcas.

Las circunstancias políticas de cada territorio hicieron que algunos de estos Pukara quedaran inmediatamente fuera de servicio luego de la caída del Cuzco. Este es el caso de una de las guarniciones más imponentes del N. O. argentino: el Pukara de Aconquija o Fuerte de Andalgalá; y se repite en otras alojadas en territorio boliviano, como Incahuasi, Orconotá, Samaypata, Condorhuasi y Cuticutuni. Diferente suerte tuvieron los de Quilmes, Fuerte Quemado y Tolombón, quienes persistieron por más de 120 años en tiempos históricos.

Los rasgos que formalizan la intencionalidad defensiva Inka se hallan naturalmente con **mayor pureza en las guarniciones no reutilizadas en tiempos hispano-indígenas.** Así el Pukara de Aconquija ofrece una construcción que, además de la privilegiada situación estratégica donde se emplaza —trabando la entrada Lule desde los llanos santiagueños— ostenta un calificado grado de factura. Las troneras, algunas de ellas de silueta trapezoidal, los muros reforzados con banqueta a la manera de antepecho, los balcones de planta cuadrangular diseminados alternadamente en una muralla semiperimetral y un conjunto de colcas para el aprovisionamiento, explican los específicos móviles de su construcción.

Tanto la convergencia del sector residencial formado por una decena de conjuntos de R. P. C. como el bajo FOS y potencia del sedimento cultural, expresan una ocupación temporalmente reducida al momento Inka por una población exclusivamente reservada hacia fines ad hoc. El Pukara de Aconquija fue un destacamento militar **perfectamente planeado y enclavado en una frontera caliente.**

Otras ciudadelas Inka, como Cortaderas y Angastaco en el valle Calchaquí, Coyparcito en Antofagasta de la Sierra, Co. Mendocino en Yocavil y los ya mencionados en Bolivia repiten alternativamente estas presencias de rasgos destinados a amortiguar estímulos que producirían eventuales invasiones de intrusos al sistema Inka: "...mandó a hacer (Inka Capac Yupanki) muchas fortalezas en las fronteras de lo que estaba por ganar..." (Garcilaso, 1609; Lib. 6to. Cap. XII).

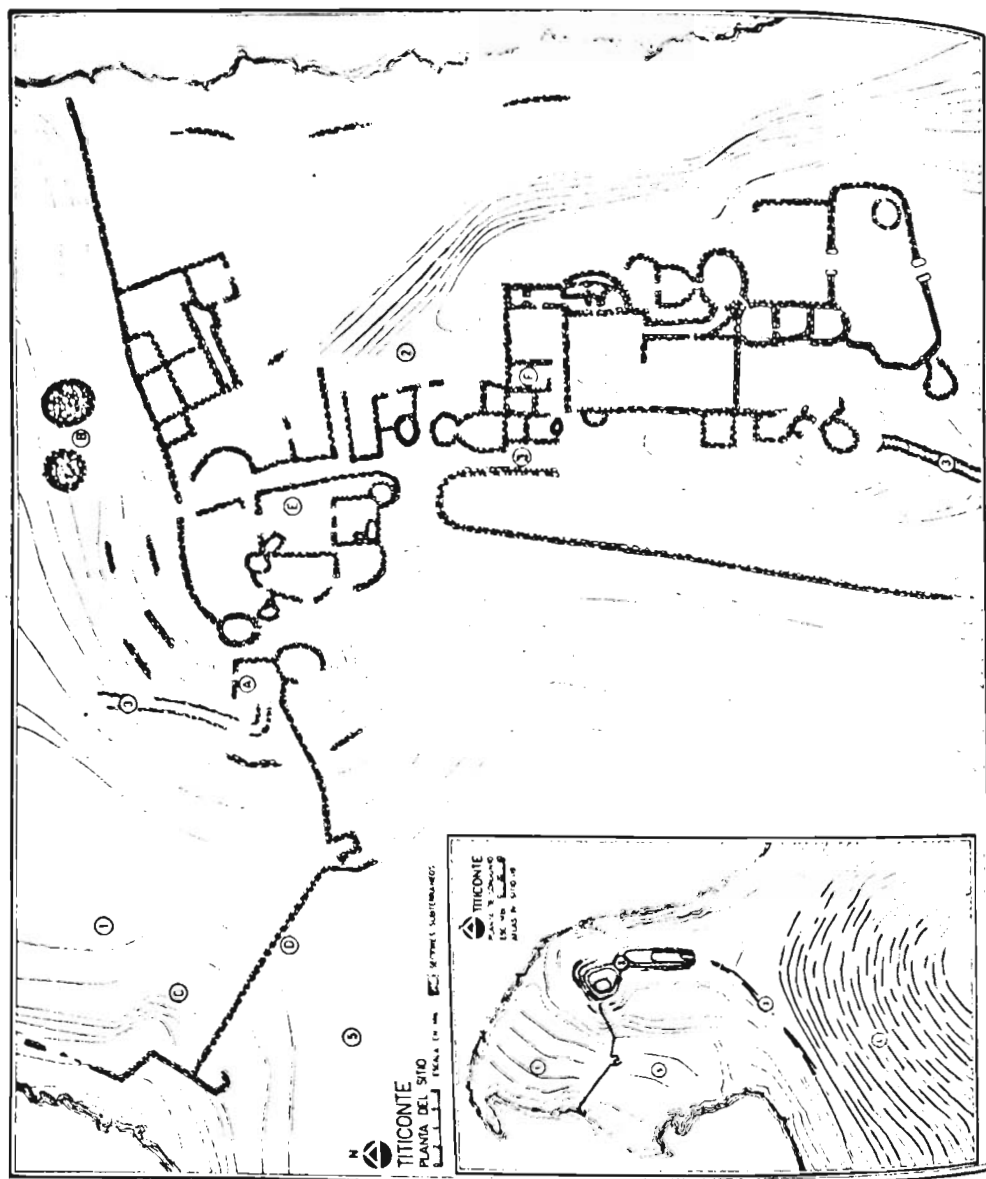


Figura 7.3. Planta parcial y de conjunto de Titicaca de Inca. A y F sectores residenciales y de almacenamiento en colcas; 1: plaza intramuros; 4: andenes agrícolas. (P. A.).

Otras, como Fuerte Quemado, Tolombón, Yacoraite y Quilmes, sobrevivirán al cataclismo imperial y serán remozados bastiones durante las guerrillas de resistencia comandadas por los jefes Juan Calchaquí, Viltipoco y por el audaz "revival" del falso Inka Pedro Bohorquez, ya en pleno período Hispano-Indígena.

Rasgos 7-8-10-12-15: La cualidad arquitectónica imperial

El refinamiento introducido por el estilo arquitectónico Inka, fácilmente percibido por contraste con las resoluciones que atesoraron los sistemas receptores, patentiza los cambios sociales e ideológicos impuestos por el Tawantinsuyu. La jerarquía ostentada por los cuzqueños aparece en limitados enclaves y se manifiesta tanto por la posición que ocupan dentro de las instalaciones preexistentes, cuando en ellas se inscriben, como en los atributos que reflejan la magnificencia de sus edificios.

Como elemento probatorio adquieren especial significación rasgos como las hornacinas o nichos horadados en las paredes, el uso de la piedra canteada, la imitación de la técnica del aparejo murario en forma de sillar, algunos muros de clastos ensamblados, el revoque, el enlucido de barro coloreado, las escalinatas de piedra como acceso a edificios a sobrenivel y los vanos (puertas y ventanas) de forma trapezoidal.

Estos rasgos aparecen en enclaves Inka puros o en sitios mixtos, en forma aislada o alternativamente asociados y, cuando lo hacen, están insinuando un claro privilegio de quienes fueron los ocupantes de la residencia que los contiene.

Así se explica el registro positivo de vanos trapezoidales y hornacinas en la casa del líder de El Shincal; la sillería y el revoque de lienzos en el Palacio de la Tambería del Inca; la gran hornacina, el sillar, el revoque o enlucido y los nichos laterales al "sillón del Inka" de Incahuasi (Salta) (R. A. Raffino y col. 1982, pág. 128); las hornacinas, el vano trapezoidal y la imitación de la sillería en la Casa Morada de La Paya; las hornacinas y sillares en la pequeña Kallanka de La Huerta; el patio cuadrangular con vano trapezoidal del sector A y la hoy destruida "Iglesia" de Tilcara; la perfecta simetría de formas y calificada técnica muraria de los supuestos Acllahuasi (Casa de las escogidas) de Hualfin y El Shincal; las almenas y escalinatas pétreas de la unidad C de Quilmes; las lajas canteadas y el vano trapezoidal del recinto N° 1 del grupo N. O. del Nevado de Aconquija (O. Paulotti; 1967, 265); un similar registro en las construcciones del sector S. de Ranchillos (F. de Aparicio; 1940, 249. C. Rusconi; 1962; T. III, 240); el calificado uso de revoque en los lienzos del R. P. C. N° 5 de Watungasta; y los

vanos trapezoidales, la imitación de sillería, las hornacinas y las formidables colcas subterráneas de Titiconte.

Otras construcciones no afectadas a usos residenciales repiten esta imagen de refinamiento en la que mucho tuvo que ver la tecnología imperial. Entre ellas sobresalen la represa de Quilmes, con su vano trapezoidal invertido, su sistema de tubos conductores del agua horadados en roca viva y el uso del aparejo murario de sección trapezoidal como dique.

En el sector central de Coctaca se vislumbra a través del sistema de canales de piedra, en parte subterráneo, que transita entre los recintos de siembra. También en Coctaca y Titiconte las andenerías y recintos agrícolas pertenecidos con estupendos lienzos de piedra y las colcas subterráneas coronadas con techumbres en falsa bóveda, deben su existencia a dominios cuzqueños. En Rinconada los canales de desagüe que corren subterráneamente por las unidades constructivas, conduciendo hacia los abismos de las mesetas y quizás por la construcción ubicada en su borde sudoriental. En Tilcara, Ciénaga Grande y Quilmes por algunas tumbas de planta cuadrangular que albergan piezas cuzqueñas de fina factura.

Con la eventual excepción de estos últimos, los restantes rasgos son inéditos antes de 1471 y, tanto como las Kallankas, los usnos, las plazas intramuros y las colcas agrupadas, ubicadas en sectores preferenciales, reflejan la calidad, variabilidad y complejidad del estilo arquitectónico cuzqueño sobre los de los sistemas receptores.

La cualidad de los rasgos plasmados en sectores residenciales de sitios que poseen, a la vez, altas calificaciones, en cuanto a la frecuencia de los restantes rasgos arquitectónicos Inka, derivan la hipótesis de que su usufructo no fue de tipo "popular", sino reservado para quienes ostentarían posiciones de privilegio dentro de la instalación.

Estas variables volverán a repetirse en otros sectores de casi todos los enclaves mencionados, aunque ya incluidos dentro de edificios no reservados para usos residenciales, sino de carácter fabril, administrativo y público, como las Kallankas o galpones, las plazas intramuros, los troncos o usnu y algunos torreones de carácter ceremonial.

Este refinamiento se observa también en las fachadas de los edificios destinados para las funciones más vitales de la administración. Dispuestas a sobrenivel en relación al sector preexistente, como en La Huerta y La Casa Morada, en cuyos accesos se observan imitaciones de sillares, escalinatas pétreas y jambas delimitando el vano principal. También en los patios o Kantjas cuadrangulares provistos



Figura 7.4 Imágenes del Pulcará y los taldeos "en laberinto" de Quilmes de Yocavil (F. A.).

de aparejos murarios con sillares y hornacinas simétricas, cuyo ejemplo fue recientemente hallado por nosotros en Chagua, quebrada de Talina (Bolivia), y presumiblemente en el sector A de Tilcara, hoy día muy destruido.

No es por obra del azar que estas presencias de rasgos calificados se produzcan en los enclaves que poseen una superlativa cantidad de los restantes rasgos, especialmente las plazas intramuros, las Kallankas, las colcas agrupadas, los usnu, los talleres y los acllahuasis; "... en la visita (el Inka) mandó a edificar en las provincias más nobles y ricas templos a honor y reverencia del sol... y también se fundaron casas de las vírgenes escogidas... que es acllahuasi..." (Garcilaso; 1609; Lib. 6to.; Cap. XII y Lib. 7mo.; Cap. X). Estos edificios tipifican a los centros administrativos, verdaderas capitales regionales y establecimientos más álgidos de nuestra clasificación. Ellos atesoran los atributos que reflejan los mecanismos de la redistribución Inka y pudieron estar dirigidos por los "... delegados o mayordomos que residían en las cabeceras de las provincias..." (Cieza; 1553; Cap. LXXXII), esto es los Tucorico apo o gobernadores regionales cuya residencia debió concentrarse en estos sofisticados recintos.

Como una lógica contraparte, los chasquiwas, corpawasis y pequeñas factorías de explotación económica difícilmente atesoran el privilegio de esta arquitectura sofisticada, por la simple razón de que su función dentro de la estructura del sistema fue la de apoyo logístico de la red vial. No creemos que estas pequeñas estaciones de enlace hayan estado habitadas por personal jerarquizado dentro de la estructura del estado, sino por quienes, dado su bajo rango, difícilmente hayan tenido el privilegio de usufructuar estos importantes "atributos" arquitectónicos.

Esta hipótesis cobra firmeza día a día ante la poca frecuencia de dispersión que poseen los rasgos 7, 8, 10, 12 y 15 y por otros no codificados pero mencionados como expresión de refinamiento y prestigio. Sus frecuencias de aparición no superan el 20% en la muestra: quedan por lo tanto limitados sólo a unos pocos enclaves y parecen reiterar un planteo nuestro en torno a la difusión, muy selectiva, de los atributos más enaltecidos del patrimonio Inka, como el idioma Keshua y la artesanía "oficial" importada, cuyo aprendizaje, uso y pertenencia le fue conferida solamente a unos pocos y privilegiados individuos de las etnias conquistadas (R. A. Raffino y Col.; 1982; 272 y 278).

Rasgos 5 y 22: El Rectángulo Perimetral Compuesto (RPC) y la Red Vial

Consumados los fundamentos de la Kancha o Rectángulo Perimetral Compuesto Inka en el

capítulo 4, nos limitaremos aquí a algunas observaciones complementarias que conciernen a la diversidad de la técnica constructiva y a la de sus formas y funciones.

Desde la rudimentaria imagen que ofrecen en los puntos de enlace del Inkañan, hasta los sofisticados casos plasmados en los centros administrativos, los R. P. C. constituyen una masiva resolución provista de planamiento y, cuando las condiciones topográficas lo permitían, de un rígido damero, con intervención de plantas cuadrangulares y rectangulares.

Los ejemplos arquitectónicamente más conspicuos se ofrecen en El Shincal, Pucará de Aconquija, Iltuafin, La Huerta, Tambería del Inca, Chuquigago, Oma Porko (Lago Poopó) y Ranchillos. Los más rudimentarios en los Chasquiwas y Corpawasis, como Corrales Viejos, Calahoyo, Punta Ciénaga, Toroaro, Las Cuevas IV, Abra de las Minas y Costa de Reyes.

El primer grupo nos enfrenta a edificios construidos con esmerada técnica y discernibles "intenciones escenográficas", donde no está ausente la presencia alternativa de hornacinas, aparejos murarios imitando sillerías, lienzo con revoque, escalinatas de piedra, jambas y pesados dinteles. En menor índice pueden aparecer algunas puertas y ventanas trapezoidales.

El segundo grupo pregona la pauperizada calidad y el poco interés estético que el Tawantinsuyu dedicó a las estaciones camineras.

Las diversificaciones formales y presencias alternativas de rasgos arquitectónicos inscriptos en los R. P. C. conllevan a una jerarquización de las instalaciones Inka. Esta comienza con las postas, prosigue sucesivamente con los santuarios de altura, los Pukará, las combinaciones entre tampus y factorías de explotación minera y culmina con los centros administrativos, enclaves que suelen ser aglutinantes de más de 10 rasgos arquitectónicos cuzqueños. La presencia casi permanente de R. P. C. con diferentes imágenes y calidad, en cada una de estas categorías, conduce a aventurar una diversificación entre los usos y funciones para las cuales fueron construidas y a las diferentes escalas de prestigio que ostentaron quienes fueron sus ocupantes.

Existen conjuntos de R. P. C. destinados a la residencia de tipo popular que alternan habitaciones-albergue con corrales interiores, como en Punta Ciénaga, donde las excavaciones exhumaron restos de fogones en los recintos radiales y excrementos, presumiblemente de camélidos, en los patios interiores (R. A. Raffino; 1969. R. A. Raffino y Col.; 1982). Por analogía de partes esta atribución es extensible a muchas de las estaciones o postas, como Calahoyo, Pozuelos, Toroaro, Rincón Salinas, El Moreno,

Las Cuevas IV, Corrales Vicos, Abra Minas, Tambería de los Cazaderos, Tocota y Punta Ciénaga; es decir, la frecuencia más popular entre los sitios muestreados.

Un grupo frecuentemente más reducido de R. P. C. de mejor calificación arquitectónica, estuvo presumiblemente destinado para la residencia de personajes prestigiosos. Esta alternativa se percibe en el sector A de La Huerta, La Casa Morada, sector 4 de Titiconta, El Palacio de la Tambería del Inka, el sector I de Ranchillos, el N° 5 a. de Watungasta, el N° 5 g. de El Shincal y el sudoriental del Pukará de Aconquija.

Otro reducido número de R. P. C., por la posición preferencial que tienen en relación a otras estructuras vinculadas con la administración de bienes y servicios, como las plazas intramuros, las grandes kallankas y los usnu, debieron desempeñarse como locales-talleres, afectados a la industria textil, lapidaria, metalurgia y ollcerías, como presumiblemente aconteció con el 5 f. de El Shincal y el 5 de Huallín. En ellos se concretarían actividades clásicas dentro de la estructura económico-social del Tawantinsuyu, arqueológicamente inducidas a partir de datos etnohistóricos y similares a las que tuvo en actividad el taller lapidario de Tilcara (P. Krapovickas; 1959) y otras "fábricas" mencionadas por los cronistas andinos.

Como remate a esta visión complementaria de la polifacética morfo-funcionalidad del R. P. C., falta exponer la relación estadística de su presencia en territorio argentino. Ella alcanza coeficientes del orden del 69% como producto de 80 presencias sobre una población de 119 sitios Inka.

El camino del Inka

No le va en zaga a la conspicua presencia del R. P. C. la correspondiente al Inkañan, Jatunñan o camino real o de la Sierra. Esta última corresponde a la asignación que le dieron algunas crónicas al camino que transitaba longitudinalmente de N. a S. por las tierras altas de Perú, Bolivia y Argentina; ruta que partía de la plaza de armas o aukaipata del Cuzco hacia el S. E. y transitaba por Puno, el borde occidental del Lago Titicaca hacia Potosí, Tucumán y Cuyo, para traspasar a Chile por el paso de Uspallata.

La crónica de Antonio de Herrera ofrece referencias de dos grandes caminos hacia el Kollasuyu: "... Por entre estas dos Sierras pasaban los dos caminos, el uno que llaman de los Ingas, por los Andes, desde Pasito hasta Chile, que tiene 900 leguas de largo, y 25 pies de calzada, y de quatro en quatro leguas casas muy sumptuosas, que llaman Tambos en que havia provision de comida y vestidos, y de media a media legua bombes, que estaban en Postas

para llevar recados y órdenes de mano en mano. El otro camino iba por medio de los llanos, a lo largo de la costa... desde Piura hasta Chile, adonde se iban a juntar los dos caminos..." (Herrera; 1730. Cap. XVI).

Los segmentos del Inkañan tapizan innumerables parajes, alcanzando frecuencias del 85% de la muestra total. Es impropio considerar a una única vía responsable de la movilidad de todo el sistema, sino de innumerables ramales conectados a una principal y anastomosados en una pródiga red que comunicó el territorio político del Estado Inka. Dos ramales generados en el Cuzco y que pasan por Potosí se observan en el extremo boreal de Argentina. Uno penetra por el tampo de Calahoyo Chico, proveniente del Lago Poopó, Tupiza y Talina. Otro lo hace por Toroara (la Quiaca) proveniente de Mochará y el valle de Suipacha (Chuquigoro). La primera vía se dirige hacia el S. pasando por Pozuelos, Queta, Tambillos de Casabindo, Rincón Salinas (Rinconadillas) y El Moreno. Penetra luego en la quebrada del Toro por Punta Ciénaga, tuerce a la de Las Cuevas por Las Cuevas IV y, tras sortear Tasil, se dirige hacia el valle Calchaquí, al que recorre longitudinalmente.

Este camino enlaza luego las estaciones del valle de Yocavil, del Campo del Arenal, del valle de Huallín-Belén, de la Sierra y bolsón de Famatina; de Rodero, Iglesia y Calingasta en San Juan, para traspasar el de Uspallata con rumbo al bolsón del Mapocho en Chile. El segundo ramal conduce al S. E. de Toroara (la Quiaca) con destino a Ojo de Agua de Cangrejillos, La Fortuna, Azul Pampa y Hornadita. Penetra luego en Humahuaca por Cerro Negro, Coctaca y Chisca. Este camino contiene segmentos visibles en Cangrejillos, Abra Cándor, Incacueva, Zapagua, Hornaditas, Chisca, Yacoraité, Campo Morado, La Huerta, Perchel, Puerta de Juella y al Norte y dentro de la propia instalación de Tilcara.

Una decena de ramales secundarios fueron los encargados de conectar la primera vía con tamos y factorías ubicados en serranías y bolsones laterales a los principales y, por lo menos seis, atraviesan la cordillera de los Andes comunicándose con el actual territorio chileno. De N. a S. estos últimos son: por la puna de Queshuar con rumbo hacia Peine y Zapar, en el Salar de Atacama; por el Paso de San Francisco en Catamarca hacia Copiapó; por el Valle de Vinchina y el Paso de Peña Negra hacia Vallenar; por el Paso de Chollay hacia el valle de Huasco; por el Paso de las Tortolas hacia el valle del Elqui y por Uspallata hacia Colina, Quillón, Mapocho y Maipo. Una generalizada impresión que ofrecen estas sendas en el mapa es la de una red serpenteante que cruza longitudinalmente desde Potosí hasta Uspallata,

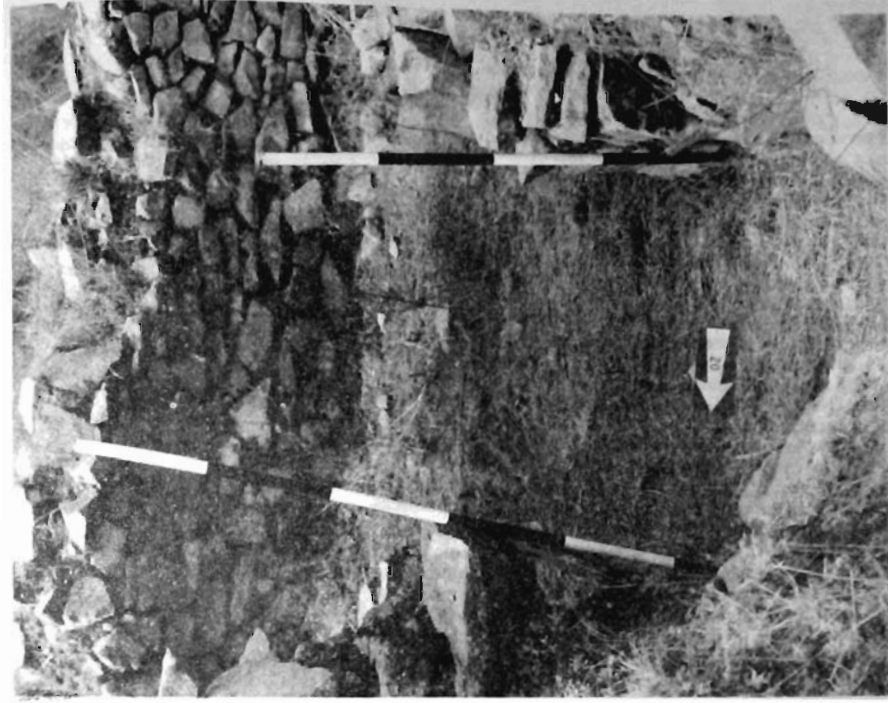
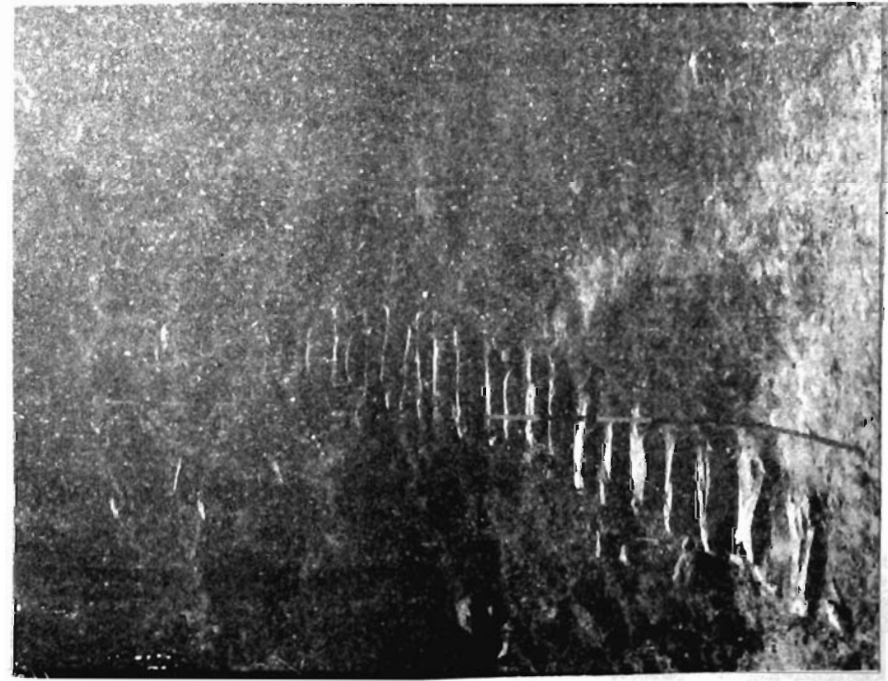


Figura 75: Escalinata de acceso a la plataforma Norte (arriba) y vano tapado del E. Surco del Quimil (E. A.)

color (El Surco)

con sentido general casi paralelo al espinazo andino, entre el meridiano de 75° y el de 70° de Long. O. y por encima de los 2000 msnm.

La prodigalidad de ciertos territorios en recursos apetecidos y monopolizados por el Tawantinsuyu hizo de la construcción de ramales secundarios, alternativamente procreados para comunicar los principales con factorías mineras. Así se advierte en el recóndito Salar de Diablillos, con una senda que comunica a las vetas cupríferas de Abra de las Minas con Coyparito en Antofagasta de La Sierra (Atlas 4; mapa IV; N° 38 y 40); en la Sierra de Famatina en busca del oro y cobre vecino a Pampa Real (N° 79); entre Chaquiago en Andalgalá y Quillay en el valle de Huallín hacia el cobre de Capillitas (N° 71 y 73) y en Ingenio del Arenal con el de Aconquija (N° 68).

Otros ramales secundarios se apartan en busca de nichos ecológicos de extrema fertilidad, donde el Tawantinsuyu aplicó su tecnología agrícola, como en Coctaca y en Titiconta. Otros lo hacen en pos de guarniciones fronterizas orientales, como los que conectan al Pukará de Aconquija (N° 70), a Valle Grande con Humahuaca y algunos más que comunican con las lejanas quebradas de Iruya y San Pedro, al oriente de Zenta.

La concepción arquitectónica de la red vial no alcanza la espectacularidad técnica registrada en los alrededores del Cuzco. Sin embargo, desde la simple "rastrillada", fruto del propio tráfico, pasando por las variantes despejadas y amojonadas, en cornisa con talud de refuerzo, encerradas entre muros, empedradas y con escalinatas pétreas, sus manifestaciones han ido apareciendo en una sucesión creciente de segmentos.

En algunos territorios arqueológicos, como en Humahuaca y del Toro, lo hace por tramos y en cornisa elevados sobre la cota de 10 a 15 metros en relación al fondo del valle, escapando de la peligrosidad de los torrentes estivales que lo hubieran fracturado.

En otros casos se utilizó la llana topografía del fondo de los bolsones, que por su amplitud permitieron su construcción con cierta lejanía de los inestables ríos, como en Yocavil, meridión de Calchaquí y Huallín. En la vastedad puncheña, su imagen es la de una recta y afinada línea producto del despedrado y con mojones en algunos tramos.

La fragosidad del paisaje valliscarrano determinó segmentos quebrados o serpenteantes, subordinados a los avatares provocados por agudos cañones y filosas serranías.

Los segmentos de camino técnicamente más elaborados se localizan en la quebrada del Toro, Iruya, Valle Grande de Humahuaca, donde aparecen tramos en cornisa empedrados, a

intramuros y con escalinatas de piedra para salvar pendientes. Otros representan las variantes encerradas entre muros y deliberadamente sobreelevados; aparecen en las vecindades e interiores de los establecimientos de El Shincal, Tastil, Queta, Ranchillos, Titiconta, La Huerta, Ndo. Aconquija, en Chaquiago de Andalgalá (diagnosticado como "acueducto" por A. Lorandj; 1982; 34) y Tilcara en Humahuaca (en este último inexplicablemente nunca fue reconocido, no obstante ser ésta una de las instalaciones más visitadas por arqueólogos profesionales del N. O. argentino).

Resta sólo acotar que la mayoría de los segmentos pertenecen al tipo despejado y amojonado, con centenares de vestigios despedrados desde la Puna de Calahoyo y Toroaro hasta Uspallata.

Rasgo 17: La tecnología de almacenaje Inka: las collicas

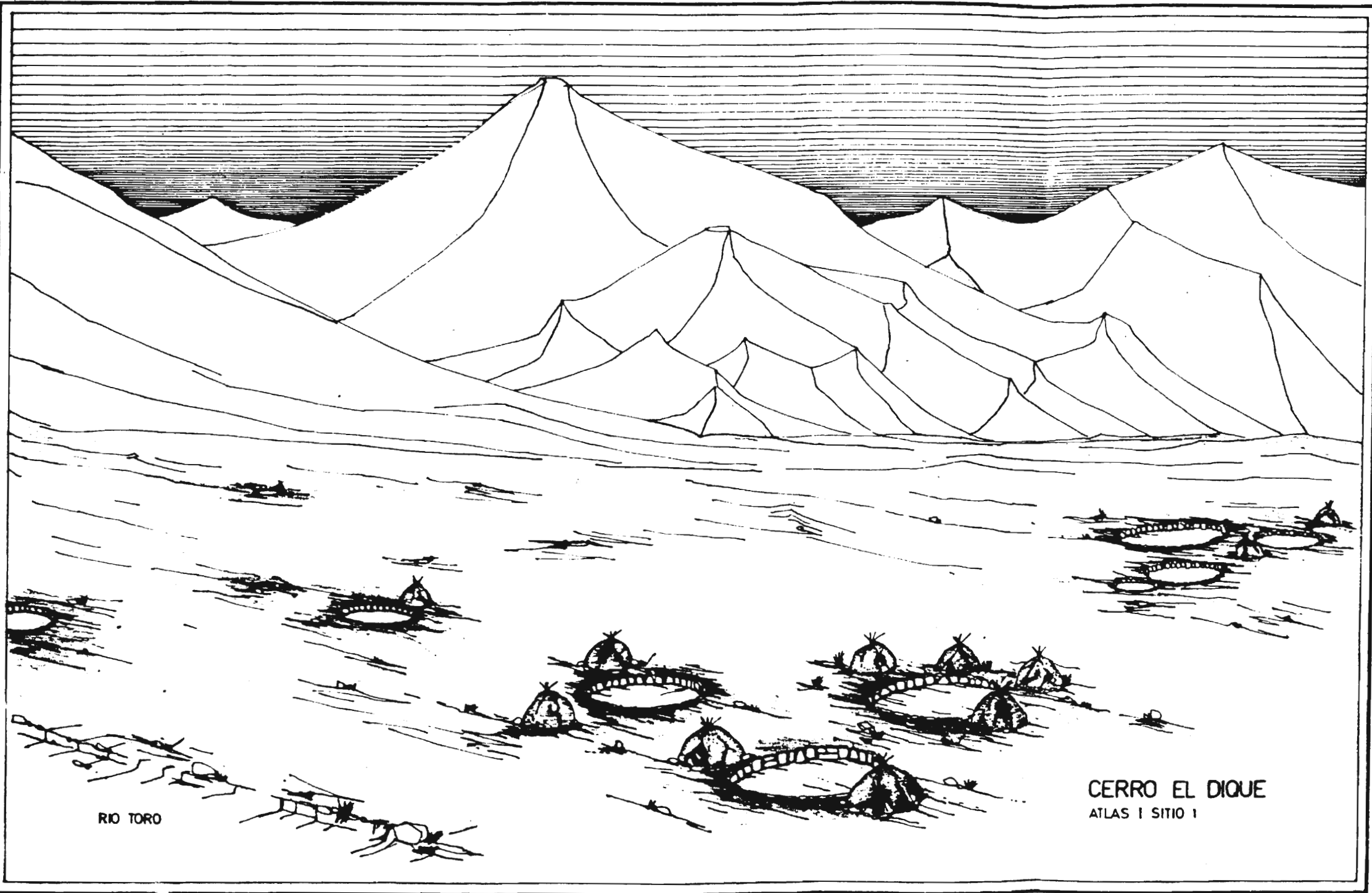
Hemos deliberadamente dejado casi como colofón el tema de los depósitos estatales, porque con estas legendarias collicas Inka, registradas en el espacio andino del N. O. argentino a partir de 1471, aparecen con plenitud los mecanismos redistributivos, parcialmente atisbados en las Jefaturas locales.

El diagnóstico de las collicas se apoya en los análisis de las formas de las plantas, su tamaño, la posición que guardan entre sí (agrupadas y alineadas en sectores ad-hoc), en el tipo de construcción arquitectónica, y en la posición que ocupan con respecto a los restantes rasgos arquitectónicos Inka, con los cuales se integran formando contextos de edificación planeados.

Estos mecanismos de identificación funcional se sustentan, a la vez, en las analogías de partes arquitectónicas con la información etnohistórica. Dos soportes más configuran la base de la atribución funcional:

- 1 - La estandarización de la arquitectura de almacenaje Inka, consumada en un ámbito espacial de impresionante dispersión por el antiguo territorio del Tawantinsuyu, desde Ecuador hasta Mendoza y Maipo.
- 2 - Las esclarecedoras excavaciones sistemáticas de C. Morris en la ciudad Inka Huánuco Pampa, en la Sierra Peruana, que involucran varios centenares de estas unidades arquitectónicas de almacenaje (1972 y 1981).

No obstante estas alternativas favorables hemos sido cautelosos en la adscripción funcional de la arquitectura de superficie, por estas razones los porcentajes de construcciones que, con certeza, hemos atribuido como almacenes, oscila en el 25% de la matriz de datos X, cifra que seguramente no expresa la



RIO TORO

CERRO EL DIQUE
ATLAS I SITIO 1

realidad estadística que estos medulares edificios han tenido.

Las colcas han sido registradas en Punta Ciénaga, La Huerta, Queta, Titiconte, Watungasta, Pukará de Aconquija, Huallfin, Cazadero, Abra Minas, Punta de Balasto y Nevado de Aconquija. Se trata de edificios de forma circular y elíptica, de 2 a 5 m. de diámetro, construidos a bajo nivel y en no pocos casos con vanos de acceso muy estrechos y de orientación recurrente, coincidente con la dirección de los vientos más frescos. Son verdaderos refrigeradores naturales que guardan relictos de cántaros fragmentados de alfarería, lo que nos explica la existencia de contenedores, para salvaguardar los alimentos y semillas de la voracidad de los roedores y de la humedad. Reiterando una modalidad de almacenaje ya presente desde los lejanos tiempos formativos.

En Huallfin, Balasto, Aconquija, Titiconte, Watungasta y Pukará de Aconquija, la existencia de colcas adquiere ribetes perceptibles por la posición que ocupan dentro de las instalaciones, por su agrupamiento, alineación y características constructivas. Sus antecedentes arqueológicos inmediatos son los enclaves Inka de Aukimarka y Huánuco Pampa investigados por Morris, y pueden inducirse por datos históricos: "... *mandó asimismo hacer muchos depósitos en los pueblos... donde se guardasen los bastimentos para los años de necesidad...*" (Garcilaso, 1609; Lib. 6to. Cap. XII); "... *y así hincaron todos los grandes aposentos y depósitos de todo ello, de manera, que de cuatro a cuatro leguas, que era la jornada, estaba entendido que se había de hallar proveimiento para toda esta multitud de gente... de un tambo a otro...*" (Cieza, 1553, Cap. LXIII).

En Huallfin las colcas se agrupan en cuatro sectores —dos de ellos alineados— al S-SO. de la plaza y en número cercano a 30. Su diámetro promedio es de 3 a 5 m., excepcionalmente llegan hasta 7 m.; cerca de la mitad posee un vano orientado al NE.

En Watungasta hay dos agrupamientos de estructuras circulares y diámetros similares a las de Huallfin; éstas parecen ser sobrevivientes de un número mayor. Uno de ellos se ubica entre los R. P. C. 5a-5b., el restante entre los 5h-5i. En el Pukara de Aconquija aparecen entre los conjuntos de R. P. C. del SO. y la muralla defensiva occidental (sector "C" de Bruch; 1911, 183). Allí ubicamos media docena de pequeños recintos circulares que no figuraban en el plano de G. Lange.

En el Ndo. de Aconquija aparecen tres agrupamientos de estructuras circulares de diámetros inferiores al de los restantes recintos. El más numeroso se emplaza a un centenar de metros al N. del Inkañan y está compuesto por unas 12 colcas. Los dos restantes lo hacen

también al N. del camino y poseen siete y dos recintos respectivamente. Existen varias estructuras más agrupadas que podrían ser almacenes en el sector N., tanto en el interior de la cancha 11, a las que Paulotti llamó "apachetas" (1967; 369) y al occidente del camino.

En Punta de Balasto Bruch refiere la existencia de: "... *once círculos... repartidos en dos hileras...*", de 2 a 3 m. de diámetro, infructuosamente excavados bajo la presunción de que se trataba de sepulturas (C. Bruch, 1911; 125).

Las colcas de Titiconte son de dos tipos: 1- cámaras circulares subterráneas con piso empedrado y falsa bóveda de 2 a 3 m. de diámetro por 1,60 a 1,80 m. de altura. Se las halla en los muros frontales de los andenes, repitiendo una disposición y forma semejante a las de Coctaca. Poseen estrechos vanos rectangulares de 0,40-0,60 m. de ancho por 0,70 m. de alto y ubicados a unos 0,50 m. por encima del piso; además de hornacinas funcionales —no rituales— en el extremo opuesto al vano y orificios de ventilación.

Son ostensibles las similitudes que presentan con los almacenes estudiados por C. Morris en Aukimarka y Huánuco Pampa (1972; 394 y 1981; 331) y por R. Matos en Wakan (1972; 370). El segundo tipo no difiere formalmente del primero excepto por el hecho de que se encuentra en el sector residencial de Titiconte asociado a R. P. C. y a una Kallanka. En total hemos reconocido unos dos decenas. Se las encuentra también en los sitios Zapallar, Sarcari y Arcayo en la vecina Quebrada de San Pedro, donde hemos contado unas 40 estructuras. La marginalidad que mantuvo este territorio de Iruya determinó que algunos de estos almacenes continuaran siendo usados por tiempos históricos.

Otros establecimientos de la muestra sugieren la presencia de colcas, aunque su filiación deberá ser contrastada en el terreno; esta circunstancia pesa sobre las estructuras circulares ubicadas a la vera del Inkañan de Queta y Pampa Real; a las situadas al S. de la Kallanka A de Incahuasi (A. Fernández, 1978; 34) y a las inscriptas en el R. P. C. del sector 5 de Potrero de Payogasta (R. Raffino y Col., 1982; 105).

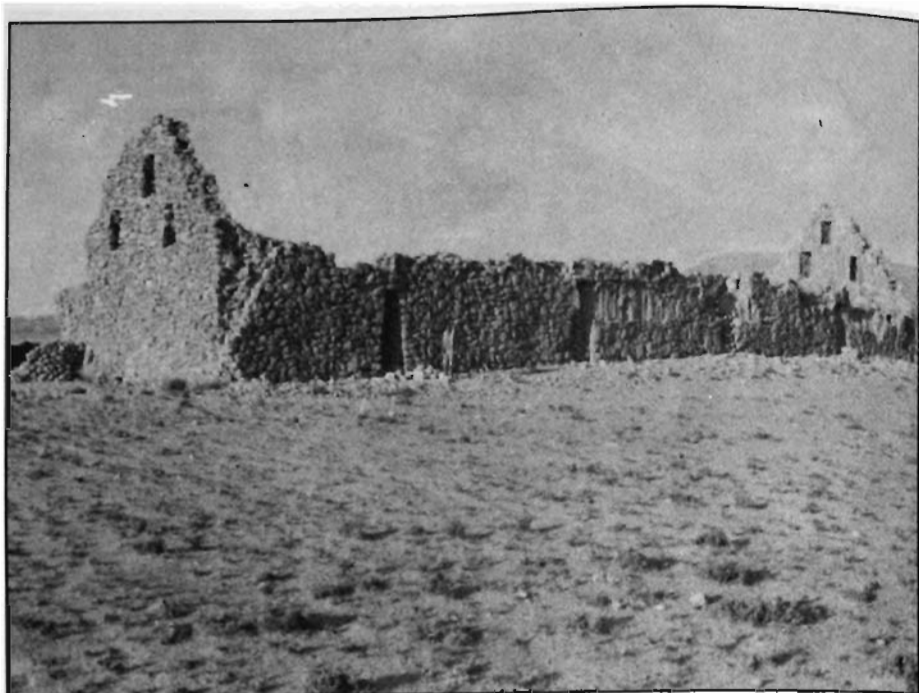
Un párrafo especial nos demandan los depósitos circulares de Fuerte Quemado, Quilmes, Tolombón y Rincón Chico en Yocavil, cuyo examen fue consumado en el capítulo anterior y sobre los cuales proponemos también una participación Inka.

Los casos de Huallfin, Titiconte, Ndo. de Aconquija, Watungasta y Pukara de Aconquija nos enfrentan a una situación inédita dentro del proceso cultural del Norte argentino: la



Figuras 7.7 y 7.8. Exterior e interior de las colicas Inka de Arayo, reconocidas por el autor en 1985, en la Quebrada de Inuya. Están construidas con la técnica de la falsa bóveda y poseen hemocinas funcionales y canales de ventilación. Estos almacenes Inka, junto con los de Tiliconte, se conectan con Humahuaca por sofisticados caminos en cornisa y con tramos empedrados (F. A.).

color



Figuras 7.9 y 7.10

color

separación de los almacenes del espacio familiar; hipótesis señalada cuando anunciamos que el almacenaje pre-Inka estuvo limitado por escasos volúmenes de aprovisionamiento y circunscripto a la propiedad familiar. Las estructuras ad hoc, agrupadas y alineadas aparecen luego de 1471 y por obra de la administración Inka. Hualfin, Ndo. de Aconquija y Watungasta fueron descritos al rango de centros administrativos, por lo cual inferimos actividades redistributivas (R. Raffino, 1982; 68). El Pukara de Aconquija es una importante guarnición edificada en la "frontera caliente de los Lules", y Titiconte parece significar el sofisticado asiento residencial de un curaca local.

La existencia en estos sitios de racimos de almacenes o collcas alineadas a la vera del Inkañan y asociadas con estructuras afectadas a usos administrativos, como plazas intramuros, Kallankas-galpones, usnus, vanos trapezoidales y hornacinas nos lleva a deducir la importancia que ostentaron estos establecimientos en el sistema imperial.

El volumen del almacenaje estatal dentro del Kollasuyu

La potencial capacidad de almacenaje que pudieron albergar las collcas Inka dentro del Norte argentino es de escasa significación. Así lo sugieren al menos los volúmenes en metros cúbicos calculado en 4 instalaciones: Oma Porco en Potosí, Titiconte y Arcayo en Iruya y Hualfin en el valle homónimo.

En Titiconte hemos aislado 20 estructuras circulares de 2,50 metros de diámetro promedio y 1,60 de altura. Estas cifras se traduce en una capacidad de almacenaje de alrededor de 8 m³ por collca, o sea un total de 160 m³ dentro del área intramuros. Las estructuras de Arcayo son idénticas en forma y dimensiones a las de Titiconte, por lo que las 30 registradas podrían albergar un volumen medio cercano a los 240 m³. Para Hualfin alcanza unos 640 m³, resultado de 32 almacenes de planta circular de 4 metros de diámetro promedio por 1,60 m. de altura; cada collca de Hualfin albergó un volumen relativo cercano a los 20 m³.

Oma Porco es hasta el momento el único caso donde parecen coexistir collcas circulares con rectangulares. Las primeras son 19, tienen 4 metros de diámetro promedio por 1,60 de altura y suman un volumen cercano a 380 m³. Las rectangulares en cambio tienen mayores dimensiones, 6 x 4 metros de promedio de sus lados. Cada una de ellas pudo contener un volumen relativo de 38 m³, con lo cual las 6 diagnosticadas como tales, pudieron sumar un volumen cercano a 230 m³.

Es ostensible que estas cifras sobre la capacidad de almacenaje son ínfimas en relación a los cientos de toneladas que han sido calculadas para sitios de la Keshua de los Andes Centrales, como Huánuco, Wakan o Jauja; o las de los extremos boreales del propio Kollasuyu, como el valle de Cochabamba (C. Morris, R. Matos, T. D'altroy y B. Ellefsen). Justamente Morris ha estimado que Huánuco Pampa albergó nada menos que un volumen de almacenaje de 14.000 m³ en collcas circulares y de 23.000 m³ en las rectangulares.

Decididamente el Tawantinsuyu parece no haber intentado actividades de almacenaje a gran escala por estos horizontes, máxime si recordamos que los cuatro enclaves evaluados figuran entre los que atesoran características arquitectónicas de fuste como para ubicarlos entre los más importantes aquí construidos.

Dos enclaves Inka no evaluados, los de Coctaca de Humahuaca y Campo del Pucará en Lerma, quizás puedan torcer esta generalización empírica y conducirnos a una interpretación opuesta. Pero esta es una alternativa sólo potencial y dependerá de la posibilidad de una investigación puntual sobre ambos sitios.

Rasgos 9, 18, 19, 20 y 21: Las aukaipatas, Kallankas, usnus, torreones y los centros tributarios Inka

Kallankas, usnus, plazas intramuros (aukaipatas) y torreones pregonan actividades de superlativa significación dentro de los poblamientos Inka en el N. O. argentino. En no pocos casos su articulación edilicia deriva la hipótesis de que parecen copiar la traza urbana del Cuzco imperial por lo que su examen significa un digno colofón a este derrotero analítico.

El término Kallanka-huasi expresa una resolución edilicia inédita en nuestro universo antes de Thopa Inka Yupanky; los edificios con techumbres a dos aguas o en mojinete. Técnicamente significan la aparición de las cumbres de madera de posición longitudinal a los lados mayores del edificio; con un par de hastiales construidos alternativamente en piedra o adobe, con sendos tímpanos en su sección superior, dispuestos sobre los lados menores de estas Kallankas-galpones.

Dadas las grandes dimensiones que ostentan la Kallankas, la techumbre en mojinete podía sustentarse por columnas de madera dispuestas longitudinalmente en la línea media del edificio, sobre las que se apoyaban vigas; o bien por una serie de tímpanos de madera, apoyados perpendicularmente sobre las paredes de los lados mayores del galpón. Según los casos estas

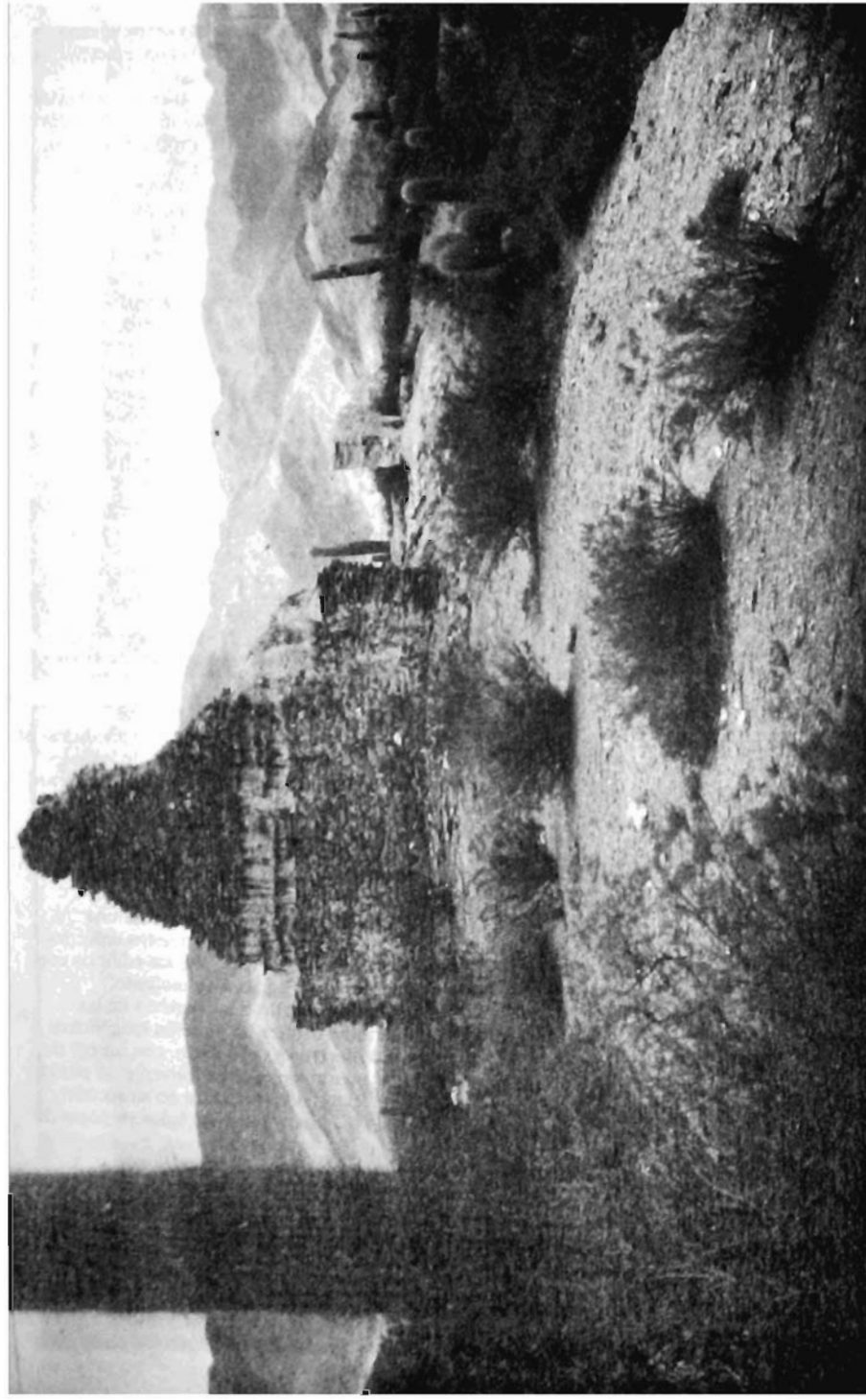


Figura 7.12: Ruinas de la kallanka del Pofreo de Payogasta de Celchoquí. En primer plano su hastial oriental y, a su derecha, parte del muro posterior, construido íntegramente en adobe. (F. A.)

Kallankas ofrecen diferente calificación arquitectónica, seguramente por obra de la índole de las actividades en ellas desarrolladas. Esta diversificación puede evaluarse tanto por la posición que ocupan en los contextos urbanos; por la presencia alternativa de los rasgos que contienen (Nº 7, 8, 10, 12 y 15) y por la integración directa con aukaipatas, usnus y torreones ceremoniales y colcas.

También en lo inherente a su tamaño se derivan claras variantes; las hay desde grandes galpones rectangulares, cuyas fachadas miran hacia las aukaipatas, como en Payogasta, El Shincal, Huallfin, Tambería del Inca, Turi (Chile), Oma Porco, Chuquiago (Potosí) y Watungasta, quienes atesoran fachadas semiabiertas, por la presencia de vanos rítmicamente dispuestos — en número de 3 a 5 — con superficies techadas de 250 a 400 m²; hasta edificios de menor superficie cubierta, pero provistos también de atributos arquitectónicos sofisticados, como los de La Huerta, Incahuasi, Titiconte, Pucará de Aconquija y quizás Ranchillos. En estos últimos faltan las articulaciones directas con aukaipatas

y los componentes que éstas inscriben, así como las soberbias fachadas megalíticas con sus rítmicas aberturas trapezoidales.

Para los grandes galpones, tanto las analogías etnohistóricas (Pachakuti, 1613. Garcilaso, 1609. Holguín, 1607, Poma de Ayala, 1613), como las arqueológicas (F. Zuidema, 1968, M. Ballesteros Gaibros, 1981. C. Morris, 1930. R. A. Raffino y col., 1982) le atribuyen funcionalidades vinculadas con actividades cívicas, religiosas y administrativas y, dentro de estas últimas, como talleres y depósitos de textiles. Según Garcilaso: "... *Avia galpones muy grandes de á docientos pasos de largo y de cincuenta a sesenta de ancho, todos de una sola pieza, que servían de plaza...*"; una de estas grandes Kallankas fue el célebre Cuyusmanco o Quisuarcancha: "... *un hermosísimo galón que en tiempos de los incas en días lluviosos servía de plaza para sus fiestas...*" (1609, Lib. 6to. Cap. IV y Lib. 7mo. Cap. X). Guaman Poma de Ayala lo dibuja de perfil, por lo que es fácilmente discernible su techumbre en mojinete (1613, f. 329). Varios cronistas más lo describen como "*casa de*

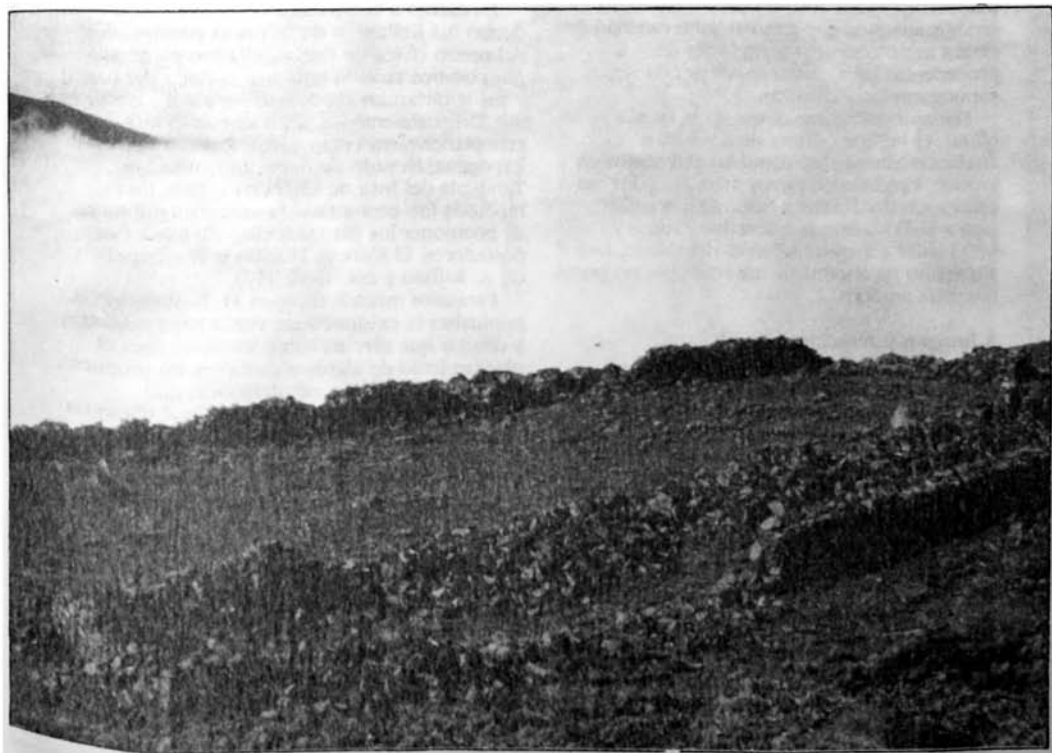


Figura 7 13: La aukaipata del Nevado del Aconquija en una espectacular visión tomada a 4200 metros sobre las alturas subandinas.

cavildo o juzgado, puntualizando la presencia de una fachada semiabierto enfrentada a la plaza de armas.

Las Kallankas-galpones de Huallín, El Shincal, Watungasta, Tambería del Inca, Turi y Oma Porco repiten regionalmente esta imagen, por lo que es asumible que en ellas se ejercieron estas funciones inducidas por la etnohistoria. Es ostensible además una clara intencionalidad escenográfica, advertida por la sobreelevación de la Kallanka con relación a la aukaipata, entre las que median a veces escalinatas pétreas y rampas.

En cuanto a las Kallankas de dimensiones más reducidas, es factible aventurar funciones residenciales para dirigentes, dado el menor espacio que poseen y ante la persistencia de atributos arquitectónicos sofisticados. Esta interpretación les cabe a las pequeñas Kallankas de La Huerta, con sus sillares y hornacina interna; del Pucará de Aconquija, con sus ventanas trapezoidales; la de Incahuasi de Salta, con su singular "Sillón del Inca"; y la de Titiconta, con su imitación de sillares y articulación con colcas.

La reducida frecuencia de aparición de estos edificios en el Kollasuyu, siempre registrada en establecimientos que atesoran gran cantidad de rasgos arquitectónicos y artefactos de procedencia Inka, ilustra sobre su carácter, supuestamente jerárquico.

Seguramente como el uso de la lengua oficial, el keshua o Runa simi, y ciertos artefactos artesanales, como los elaborados en bronce, lapidaria y algunos mantos tejidos, no estuvieron destinados a "usufructo popular", sino a individuos que ostentaban rangos y actividades conspicuas dentro del Estado. Esta alternativa es claramente advertida por no pocos cronistas andinos.

A imagen y semejanza de El Cuzco

Como los edificios más exuberantes del centro cívico cuzqueño, aquellos que deslumbraron a los españoles, como el templo dedicado a Viracocha —llamado Cuyusmanco y Quisuarcancha— que rodeaban a la "plaza de las fiestas y regocijos" o aukaipata (Garcilaso; 1609; Lib. 7mo. Cap. X), los galpones de Huallín, El Shincal, Potrero de Payogasta, Watungasta, Turi, Tambería del Inca y Oma Porco se enfrentan y comunican a plazas intramuros. Reproducen con ello una imagen urbana que tuvo precisamente en el Cuzco imperial su modelo, y de la cual tanto Cieza de León (1553) como Garcilaso (1609) se encargarán de puntualizar: "... A semejanza deste templo de la ciudad del Cuzco eran los demas que había en muchas provincias de aquel reyno, de muchos de los cuales... hace mención Pedro Cieza de León en su demarcación que

hizo de aquella tierra..." (Garcilaso; Lib. 3ro. Cap. XXIV).

Otros importantes centros administrativos planeados reproducen esta imagen a lo largo del espacio ocupado por el Tawantinsuyu. Entre ellos los de Turi en el Valle del Lito, Inkallajta en Cochabamba, Tambo Colorado, Rajchi y Huánuco Pampa en tierras peruanas (T. Zuidema, 1968. M. Ballesteros, 1981. R. A. Raffino y col., 1982).

Fue Tom Zuidema en el Congreso de Americanistas de 1966 —y no como sostienen algunos americanos del Norte, Gasparini y Margolies en 1977— quien ostenta el original mérito de detectar regularidades urbanísticas entre algunas ciudades Inka de los Andes Centrales. En su búsqueda por recomponer la organización social y religiosa del Tawantinsuyu, Zuidema encuentra recurrencias entre los planeamientos centrales de Cuzco, Tambo Colorado, Manchu Pichu y Huánuco Pampa, alertando sobre la posibilidad de que entre ellas existiera un patrón de regularidades arquitectónicas, como reflejo de una organización sociopolítica (T. R. Zuidema, 1968; 45).

En cuanto a la hipótesis de la existencia dentro del Kollasuyu de "réplicas provinciales" del centro cívico de Cuzco, ella fue planteada por nosotros cuando tratamos el tema del hastial y sus implicancias (R. A. Raffino y col., 1982; 96). Originalmente los sitios que respondían a este planeamiento eran cinco: Potrero de Payogasta, Nevado de Aconquija, Inkallajta, Tambería del Inca de Chilceto y Turi. Esta hipótesis fue contrastada favorablemente luego de componer los planos totales de tres casos posteriores: El Shincal, Huallín y Watungasta (R. A. Raffino y col. 1984; 450).

Para esos mismos tiempos M. Rostworowski puntualiza la existencia de verdaderas maquetas y dibujos que servían como modelos para el planeamiento de algunos enclaves. Su propuesta parte de información etnohistórica, que Rostworowski analiza con su habitual eficiencia y que se halla especialmente referida a la construcción de Incawasi, un importante centro administrativo construido en el Valle de Cañete —costa centro sur peruana— por expreso mandato de Tupa Inka Yupanqui. Muy recientemente J. Hyslop ha trabajado sobre esta hipótesis, componiendo un extenso reporte basado en sus propias experiencias y datos recuperados del suelo de Incawasi (M. Rostworowski, 1981; 187. J. Hyslop; 1985; 74).

Las plazas intramuros configuran una variante sofisticada de las clásicas kanthas vacías y fueron verdaderos focos a partir de los cuales se generó la traza urbana ortogonal. Su presencia, contextualmente articulada con las Kallankas-galpones, usnos y torreones, conlleva a la

CHAGUA
MAUCALLAJTA
SECTOR RELEVADO

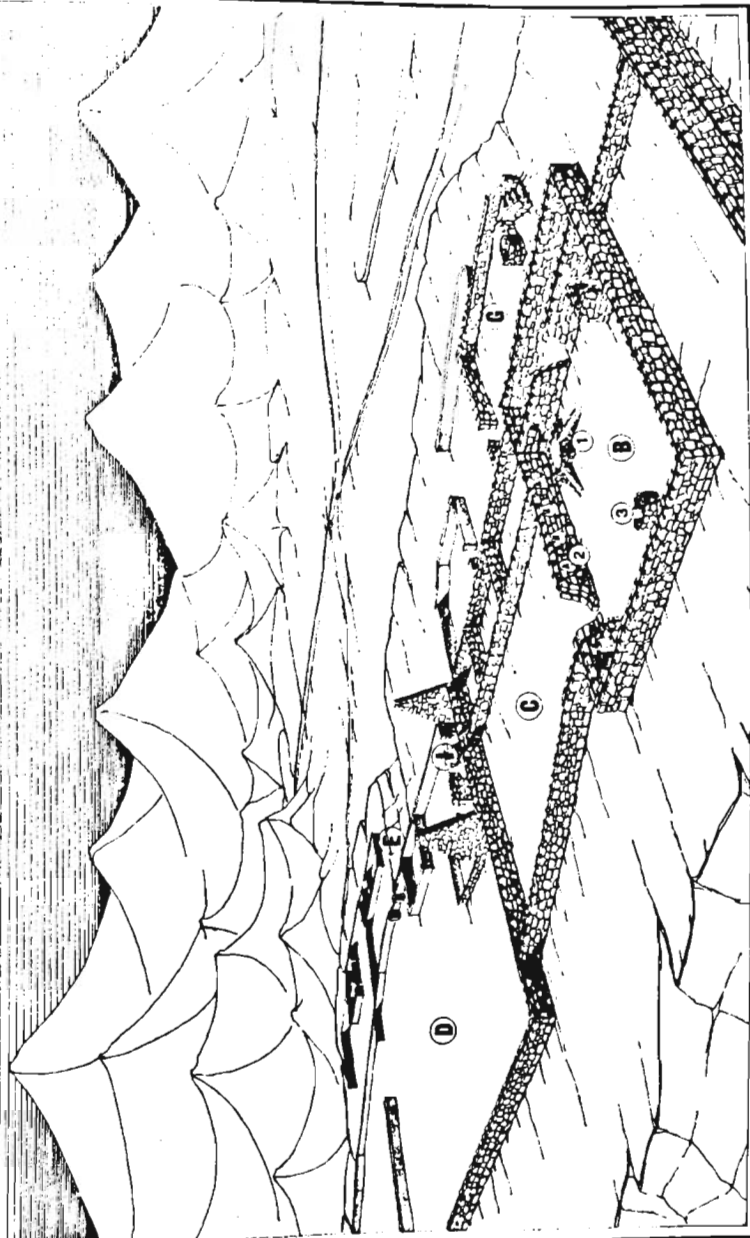


Figura 7.14. El establecimiento Chagua de Taina (Bolivia) descubierto por el autor en 1983. 1: ustru, 2: hornos sinélticos, 3: torcón, 4: Kallakha (Pira A).

adscripción del sitio portante como centro administrativo (R. A. Raffino y col. 1982: 98). Hacia esta explicación apuntan las halladas en Pro. de Payogasta, Tambería del Inca, El Shincal, Huallín, Watungasta, Yacoraite, Ranchillos y Ndo. de Aconquija.

Esos 8 casos, a la par que Turi, Tambo Colorado, Inkallajta, Huánuco Pampa, Oma Porco (Lago Poopó), Rajchi y Chinchero expresarían aukaipatas como focos de crecimiento, en establecimientos de suma relevancia y planeados para las más calificadas actividades cívicas, religiosas y administrativas del Estado.

Las aukaipatas halladas en los Andes Meridionales ofrecen variantes formales que en alguna medida dependieron de los avatares topográficos, con los cuales los Inkas, monarcas del pragmatismo, nunca intentaron competir. Las hay a bajo nivel, como las de Ndo. de Aconquija, con accesos por escalinatas pétreas y portales construidos con finos muros. Otras aparecen levemente deprimidas en relación a los edificios que las rodean, como en El Shincal, Huallín y Potrero de Payogasta. Otras están a nivel, como en Watungasta, Oma Porco, Khapa Kheri (Lago Poopó) y Tambería del Inca.

Su imagen en planta también ofrece variantes mínimas, en rígido damero como la aukaipata cusqueña: "... la plaza de la ciudad es cuadrada y en su mayor parte llana y empedrada..." dicen de ella los soldados de Pizarro, Sancho de la Hoz, López de Jerez y Miguel de Estete, a la sazón, los primeros ojos europeos que la vieron. Esta imagen ortogonal se repite en El Shincal, Watungasta, Oma Porco, Khapa Kheri y Tambería del Inca; mientras que las plazas de Huallín, Payogasta y Yacoraite ofrecen muros perimetrales levemente curvados, y la de Ndo. de Aconquija la forma de un hexágono irregular.

En no pocos casos las plazas intramuros se asocian directamente con el Jatunñan, que las cruza por sus lados, como en Huallín, o adosado a uno de sus lados, como en El Shincal, Ranchillos, Ndo. de Aconquija y Turi. Con excepción de Ranchillos, las demás instalaciones ofrecen una clara articulación entre la aukaipata y la Kallanka-galpón y, por lo menos seis, poseen inscripto el "*trono donde el Inka se sentaba a juzgar y gobernar*" o "... el tribunal del juez de una piedra bincada"; sugestivo relato etnohistórico sobre la funcionalidad de la singular pirámide trunca llamada "usnu".

En el Cuzco el "usnu" estuvo ubicado en el interior de la aukaipata y enfrente del Templo del Sol o "Coricancha". De acuerdo con A. Calvo (1980) hoy yace sepultado bajo la primera, a la altura de la torre izquierda de la Catedral. De acuerdo con los dibujos de

Guaman Poma (1613, f. 398) y de sobrevivientes versiones regionales, fue una estructura sobrelevada, construida con piedras o adobes con fina terminación.

La versión cusqueña dibujada por Poma era una pirámide trunca de 4 cuerpos superpuestos. Su ascenso podía realizarse trepando por los peldaños de cada cuerpo, como en Pro. de Payogasta, o por rampas especiales, como en Tambo Colorado y Huánuco Pampa.

Los representantes meridionales del usnu son plataformas revestidas con paredes de piedra en forma de pirámides truncas. Pueden tener un solo cuerpo, como en El Shincal y Huallín, o dos, como en Payogasta. Sus dimensiones varían desde un par de metros de lado (Payogasta); de 3,5 m. (Huallín); hasta más de una decena, como en El Shincal. Otros sitios donde se advierte su presencia son Tambería del Inca, Oma Porco, Watungasta y Punta de Balasto, en los que se ubican dentro de la aukaipata.

Ostensibles deficiencias en las estrategias observacionales y en el marco teórico de algunos colegas presentes, determinan que la información sobre estos fundamentales rasgos arquitectónicos y urbanísticos imperiales sea precaria. Pesaron también desfavorablemente falsos paradigmas científicos, que minimizaron el valor de estos datos: "... En arquitectura los elementos diagnósticos son mucho menos frecuentes que las piezas mobiliarias..."; desafortunada calificación para la competencia de los datos estructurales Inka del N. O. argentino, que influyó desfavorablemente en la estrategia observacional sobre ellos (A. R. González; 1963, 115 y 1980, 65).

Un calificado grupo de instalaciones Inka del N. O. argentino, que fue objeto de trabajos puntuales en los últimos 30 años, atestiguan estas deficiencias. Entre ellas las de El Shincal, Coctaca, Watungasta, Yacoraite, Doncellas, Rinconada, Quilmes, Tambería del Inca, Tilcara, La Huerta y Casa Morada de La Paya. Dentro de ellas no fueron advertidos, o se mal interpretaron, los vestigios de construcciones altamente significativas, como aukaipatas, usnus, collcas, Kallankas, tramos de Inkañan elevados y cerrados entre muros, imitaciones de si' arcs, andenes y hasta vanos trapezoidales.

La Quebrada de Humahuaca ha sido una de las regiones más perjudicadas por estos falsos dogmas. Ya hemos puntualizado la inexplicable falta de reconocimiento de los estupendos tramos de Inkañan en Tilcara (el camino la atraviesa de un extremo a otro), Perchel, La Huerta, Campo Morado, Yacoraite, Hornadita, Chisca y Alto Zapagua. Sitios que en diferente momento recibieron trabajos puntuales sobre la problemática Inka (P. Krapovickas; 1959 y 1969. C. Lafón; 1956). El croquis que publica Krapovickas sobre la instalación Yacoraite

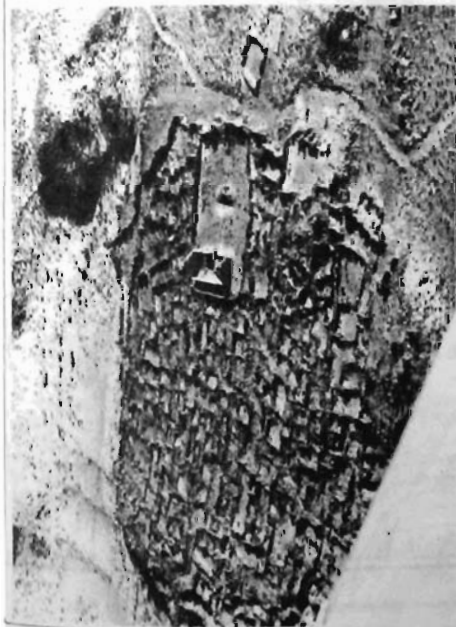


Figura 7.15. Aerofoto de Tur de Lloa (a) y de Tur de Lloa (b). La plaza central del pueblo se ve en (a) y en (b) la zona donde se ve la cavación donde debió haberse el

permite inferir una significativa articulación edilicia "Kallanka-aukaipata-collcas-Inkañan"; asumiblemente similar a la de Huallfin, Watungasta y El Shincal (R. A. Raffino y col. 1984). Pero lamentablemente el autor, pese a una sostenida actividad en el sitio, no fue capaz de advertirla (P. Krapovickás; 1969, 26, fig. 1).

Es altamente probable que Yacoraite haya sido el centro administrativo de la mitad boreal

de Humahuaca, pero ante la ausencia de datos arquitectónicos puntuales, poco es lo que podemos avanzar sobre la hipótesis.

Ha pesado también en estos magros reconocimientos, el concepto de "marginalidad", con el que fue calificada la situación del N. O. argentino dentro del Tawantinsuyu. Pero, ni semántica, ni conceptual, esta atribución es sostenible ante la

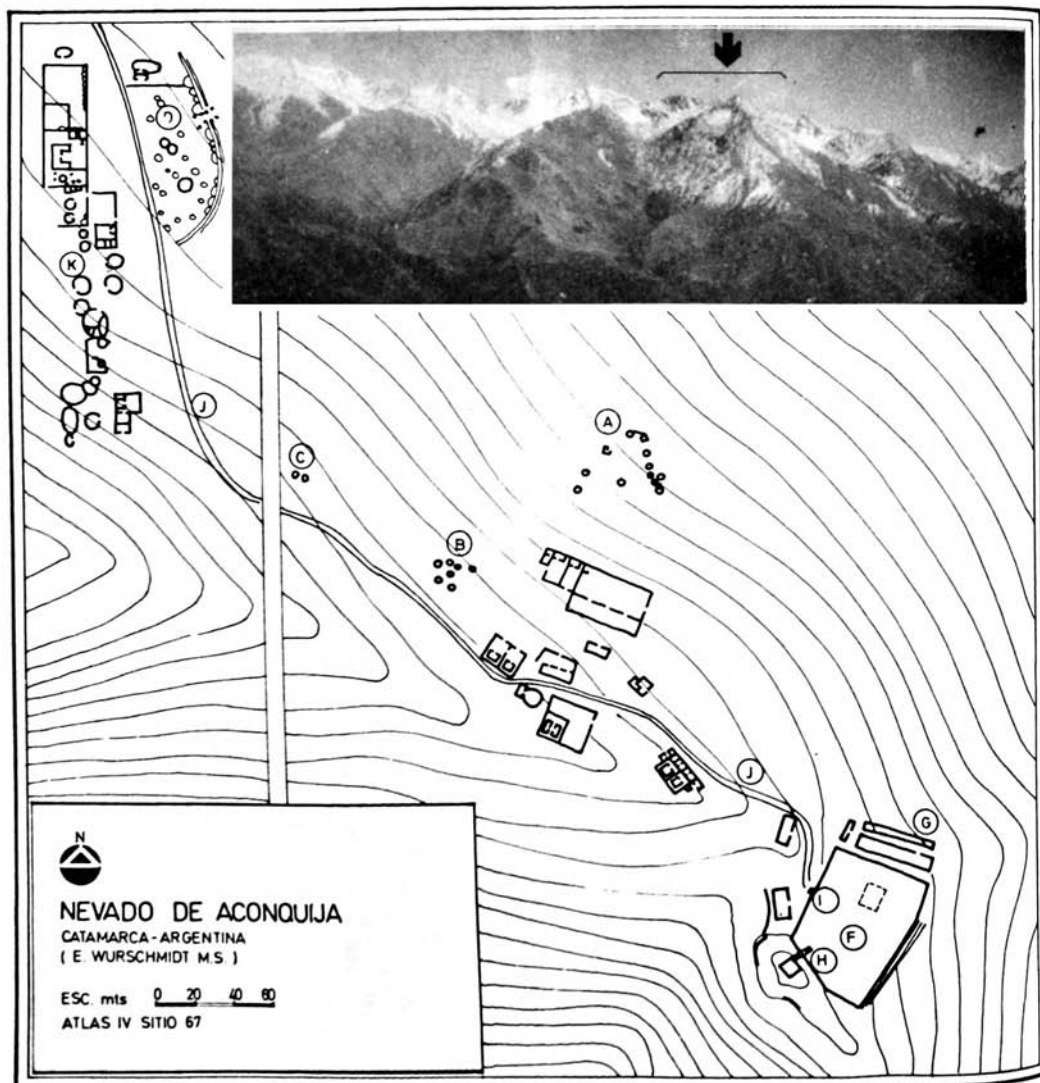


Figura 7.1.: El centro Inka Nevado de Aconquija; F-G-H, sector de plaza intramuros con vestigios de usnu y kallanka; J, el Inkañan; A-B-C, sectores de posibles collcas (P. E. Wüschmidt).

presencia de más de un centenar de instalaciones, articuladas entre sí en un claro sistema funcional; con una decena de ellas que fueron asiento de actividades tributarias, de porte comparable a las registradas en los Andes Centrales. Aún bajo la circunstancia de que estos enclaves no atesoren la monumentalidad y sofisticación de sus congéneres de los Andes Centrales, configuran pruebas concretas del dominio territorial ejercido por el Tawantinsuyu.

Menos diáfano que los anteriores rasgos, el diagnóstico de los torreones circulares —adheridos o inscriptos— en las aukaipatas, deben sufrir los quebrantos de interpretaciones alternativas. La presencia de estas singulares construcciones se advierte en Payogasta, donde existen dos calificados recintos circulares de 8 y 9 m. de diámetro al S. de la plaza (H. Difrieri; 1947. R. A. Raffino y col.; 1982). En Huallfin ostenta una imagen similar y se adosa al muro N. O. de la plaza; posee 9,5 m. y se comunica con ella por un vano. En Watungasta un torreón de 4 m. de diámetro se aloja en el sector N. E. de la aukaipata, mientras que en el recientemente descubierto, Khapa Kheri (Lago Poopó), reitera imagen y dimensiones consistentemente similares a las de Payogasta.

Estamos examinando edificios circulares de fina terminación y contextualmente articulados con aukaipatas, usnus y Kallankas, configurando casos estandarizados —las “*maquetas*”, aludidas por M. Rostworowski— como pequeñas “réplicas” del centro cívico de Cuzco. Para algunos de ellos T. Zuidema ha inducido hipótesis funcionales relacionadas con la religión Inka. A las que nosotros extrapolamos a los Andes Meridionales, con la aclaración de que no deben ser confundidos con las colcas para almacenar alimentos, registradas también en estos centros, pero en otros sectores más alejados de las plazas.

Los edificios aludidos podrían ser réplicas regionales del “*Suntur Huasi*” o “*edificio de los Kollas*”, quien en la traza del Cuzco imperial fue; “... un hermosísimo cubo redondo que estaba en medio de la plaza delante de la casa del Amaruancha o de la serpiente...” (Garcilaso; 1609, lib. 7^o c. Cap. X). Esta construcción según Ca vo se hallaba junto a dos torreones más, a un lado de la aukaipata y enfrente del Palacio de Pachakute. Hoy día estos edificios están sepultados bajo del llamado “Portal de Harinas”, pero en la traza imperial se enfrentaban a la gran Kallanka o Cuyusmanco y al Cassana, conformando un contexto edilicio articulado, significativamente similar al de

algunos de estos centros administrativos regionales de los Andes del Sur.

En uno de sus notables dibujos de su magnífica crónica, Guaman Poma de Ayala compone una expresiva imagen del Suntur Huasi, de forma circular —tal cual lo apunta Garcilaso— y provisto de una techumbre de forma cónica y construido en “hichu” (Ayala; 1613, f. 329). Junto a él aparece el Cuyusmanco o Templo de Viracocha, plasmado sin relación de perspectiva y visto de perfil, por lo cual es observable la clásica techumbre en caballete de estas Kallankas. Sobre el tímpano del Cuyusmanco se advierte una clásica ventana trapezoidal. A un lado de este edificio, en un ingenuo segundo plano, aparece otra importante construcción circular de atribuciones religiosas, el Corpahuasi, coronado también por un techo cónico.

De acuerdo con Ayala, Thopa Inka ordenó construir otros cinco Cuzcos en diferentes suyus de sus dominios: Huánuco, Tomebamba, Quilo, Itatun Colla y Charcas. A ellos debemos agregar, siguiendo a Cieza, el aludido Incauyasi de Cañete (Cieza; 1553 —1947—, Cap. IIX). Los enclaves aquí examinados, Huallfin, El Shincal, Watungasta, Tambería del Inca, Oma Porco, Chuquiago, Inkallajta y Payogasta, contornean la hipótesis que, tanto Wayna, como Wascar, continuaron esa política fundacional de centros administrativos regionales, a medida que expandían el territorio del Imperio.

Aún bajo la circunstancia de que estas instalaciones regionales no pueden compararse en convergadura y calidad con sus congéneres boreales —tampoco podrían hacerlo en la magnitud de actividades e importancia política— podemos asumir que las funciones administrativas y tributarias de unas y otras han debido ser sustancialmente similares.

A excepción de Huánuco Pampa, Rajchi, Inkallajta, Tambo Colorado, Oma Porco y Turi, entre algunos casos más, estas Kallankas, aukaipatas, usnus y torreones reales sucumbieron en los tiempos históricos. La mayoría por mandato del europeo, quien los hechó a tierra, o remodeló para transformarlos en conventos, catedrales, residencias y escribanías.

Otros al patético decir de Garcilaso, como consecuencia de los incendios producidos durante la rebelión indígena, que sitió el Cuzco entre 1535-36 en busca de un “revival” imposible: “... cuando quemaron aquella ciudad... quemaron por quemar a los españoles...”.

otros
Cuzc

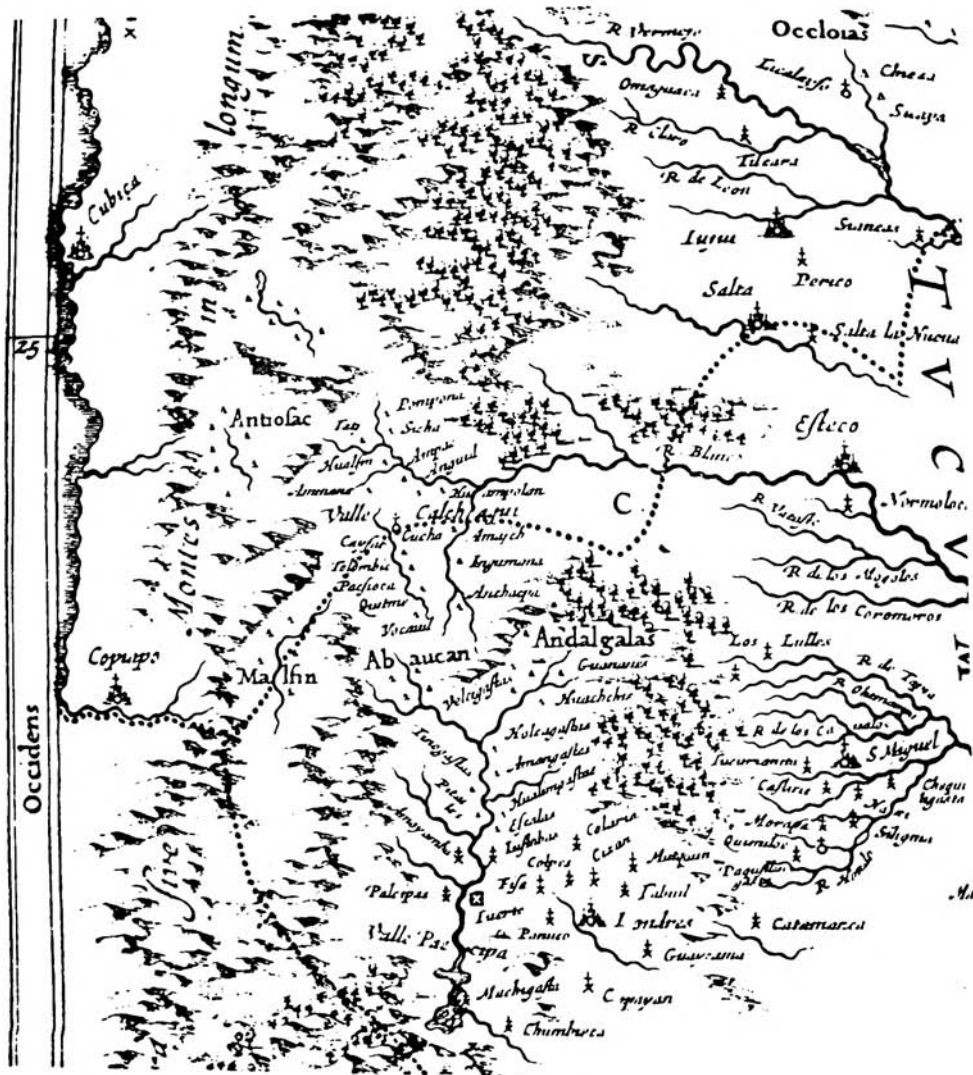


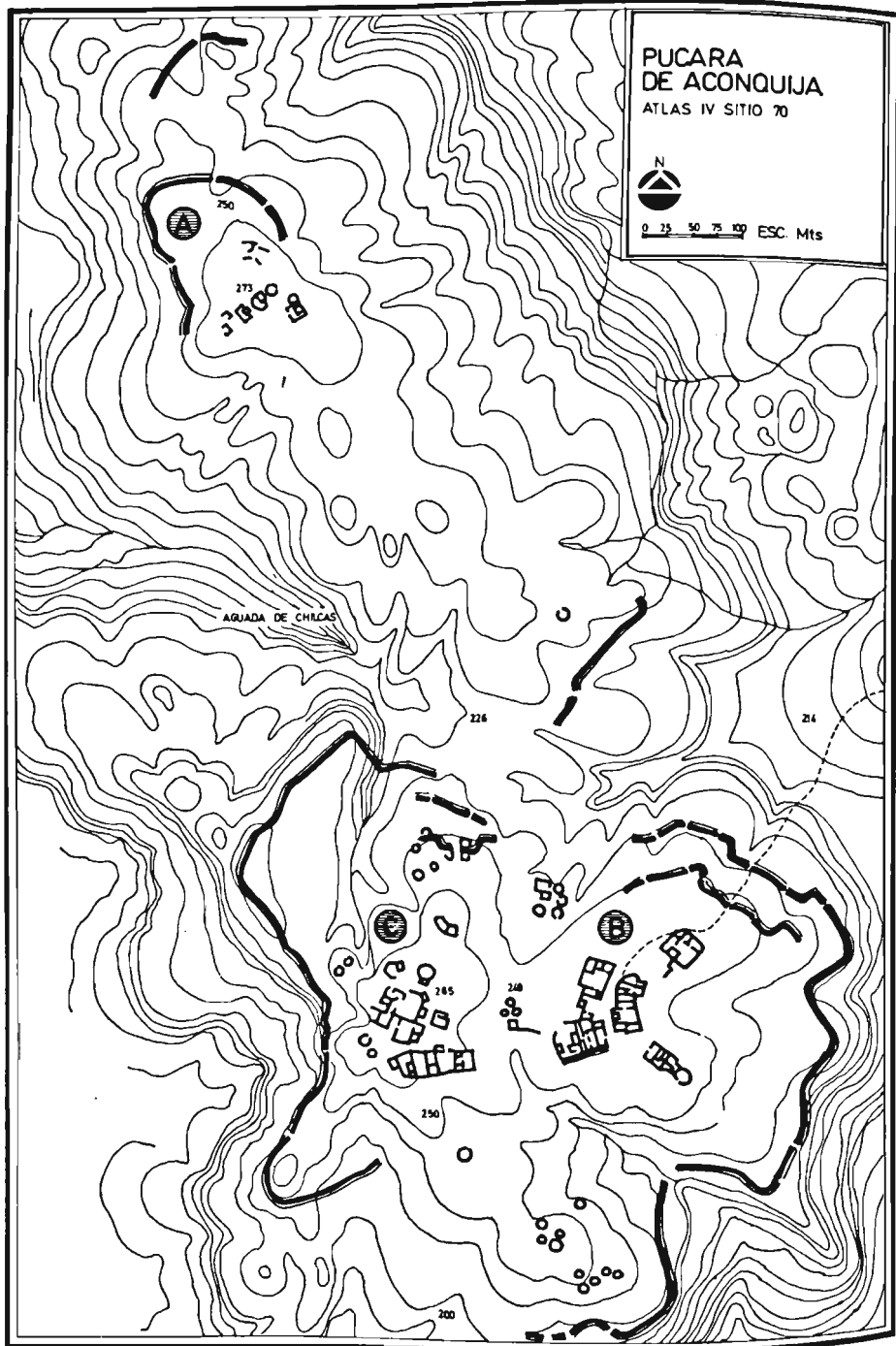
Figura 19. Las poblaciones indígenas del N.O. argentino según la versión cartográfica del jesuita Luis Enot, misionero en la región Calchaquí entre 1624 y 1627. El mapa está fechado en 30 de noviembre de 1632 y se observa en el extremo boreal a la región Omaguaca. En el austral aparecen Paccipa, Machigasta y Chumbicha de la actual La Rioja. Entre ambos polos se sitúan casi medio centenar de topónimos indígenas, la mayoría de los cuales corresponde a una población prehispánica que perduró hasta los tiempos de Enot.



PUCARA
DE ACONQUIJA
ATLAS IV SITIO 70



0 25 50 75 100 ESC. Mts



Creación Estética, Urbanismo Dirigido y Regionalismos

A lo largo del capítulo que termina nos hemos esforzado en señalar los rasgos arquitectónicos imperiales que acompañaron a los Yupanki en sus avances por el Kollasuyu. Su ordenamiento y distribución en el Norte Argentino y las diferentes formas en que se articulaban entre sí, para conformar el patrón inka de su sistema de poblamiento y uso del espacio.

Una generalización empírica, extendida a los confines del imperio ha dicho hace una década que la arquitectura pública difundida por el Inka fue pétreo, megalítico, de grandes volúmenes. Tan maciza y sobria como las montañas en donde se implantó. Su estilo configura una verdadera proyección del paisaje andino; "... Una arquitectura pobre en elementos decorativos y rica en conformación y ajuste de las piedras...", han dicho de ella J. Hemming y E. Ranney (1982); "... Los Incas parecerían no perder tiempo en decoraciones arquitectónicas..." sostienen G. Gasparini y L. Margulies (1977); "... Los Incas —cultura serrana por excelencia— utilizaban prioritariamente la proverbial cantería escultórica, desnuda, sin aditamentos para establecer la relevancia del edificio ..." señala en una reciente obra el pintor C. Paternosto (1989).

Todas estas caracterizaciones son ciertas en una aproximación conceptual al estilo. Sin embargo auscultando la realidad regional de cada *suyu* es ostensible que existen perceptibles modalidades; diferentes interpretaciones para la norma impuesta por el imperio. Así en la desértica costa del Océano Pacífico, casi huérfana en piedra, el *adobe* asume el protagonismo en la materia prima (M. Uhle; 1922). O en las proximidades del universo amazónico, confin levantino del territorio Inka, las *leñosas* crecen proporcionalmente su presencia, a punto de competir con la piedra en la génesis de los edificios.

Debe remarcarse que en ambos ejemplos, las materias primas usadas en la construcción, el *adobe* en la costa, las *leñosas* en el bosque, funcionan como variables dependientes de la ecología regional.

Otras diferencias, no tan dependientes del paisaje sino sujetas a la imposición del Estado, reflejan dicotomías existentes entre los atributos culturales Inka en su propio ombligo, el valle sagrado de Cuzco, y las que

plasmaron en estas huamanis o provincias meridionales. Es claro que el repertorio arquitectónico de estos hijos del sol ofrece contrastes visibles entre lo que se construyó en la Sierra peruana o en el Titicaca y en el Kollasuyu. Falta en este último la monumentalidad de los muros ciclópeos, la construcción de aparejos poligonales donde, al decir de los cronistas, no cabía un alfiler entre la perfección de su ensamble. Tampoco aparecen los intihuatanas, los trabajos masivos de cantería, los puentes y las combinaciones arquitectónicas-escultóricas in situ, concebidas y levantadas por expertos en técnica y talentosos en estética.

La arquitectura del Kollasuyu es en general más ligera, menos ciclópea, hecha con cierto apresuramiento por imperio del tiempo y los gastos energéticos. Una rápida relación entre los cinco tipos de aparejos en los muros Inka del Cuzco, definidos por el arquitecto A. Calvo (1987:144): *rústico, celular, engastado, ciclópeo y sedimentario*, de los cuales, sólo los dos primeros fueron construidos en el Kollasuyu, certifican visualmente este desmedro meridional.

Desde un punto de vista epistemológico, estas ausencias y dicotomías funcionan como variables independientes del habitat y la materia prima disponible. La semejanza paisajística y tectónica entre los Andes Centrales y Meridionales así lo prueba. Por lo que ellas nos indican, en primera instancia que hacia las huamanis australes no se trasladaron usualmente los mejores canteros, albañiles y arquitectos. En segunda nos lleva a deducir que el Tawantinsuyu no tuvo demasiado interés en difundir hacia el Kollasuyu los atributos más sofisticados de su diversidad estilística. Naturalmente estamos hablando de un dominio que apenas duró medio siglo. Qué hubiera sucedido en el Kollasuyu si Francisco Pizarro no hubiera quebrado la hegemonía Inka es un interrogante imposible de responder.

EL mundo de los Inkas. Ficción y Realidad

Las conclusiones a los grandes temas de la prehistoria suelen ser terrenos espinosos ante el riesgo que implica el reduccionismo de problemáticas preñadas de aristas interpretativas de diferente tonalidad. El caso Inka no sólo escapa a esas dificultades, sino que les suma otras no menos riesgosas. En

primer lugar ante la ausencia de testimonios históricos que ofrezcan la versión de los vencidos con similar plenitud con que aparece la crónica de los narradores europeos. En segundo porque el Tawantinsuyu, al igual que las restantes culturas de mayor fuste del Nuevo Mundo, tuvo su debacle con ribetes espectaculares. Una verdadera apocalipsis que ha seducido a narradores populares; que instó a la demagogia; que inspiró la utopía y creó leyendas. Construyó modelos arquetípicos de paz y perfección alabando la eficiencia del Estado Inka. Aquella lejana cáfila de hombres felices como señalaba Louis Baudin, habitantes de un universo casi al borde de la perfección social.

El investigador peruano Franklin Pease encontró un antídoto para estas expresiones, con una paráfrasis sobre las dos grandes utopías que elaboraron algunos cronistas andinos en torno al mundo de los Inkas. La primera glorificaba un imperio pacífico donde la bondad de gobernantes y gobernados hacía imposible la injusticia y la conquista de pueblos era un acto de civilización ante las bestias. La segunda utopía pregona la más cruda violencia del Estado, poderoso y sanguinario, que conquistaba y destruía al paso de sus ejércitos avasalladores (F. Pease; 1980:188). En la lista de cronistas andinos la primera versión tiene en Blas Valera, Garcilaso de la Vega y Guaman Poma de Ayala sus mejores exponentes. La segunda puede descansar en la pluma agria de Sarmiento de Gamboa y en las propias gestiones de los gobiernos de Francisco de Toledo y Polo de Ondegardo por tierras de la Nueva Castilla (Perú).

Afortunadamente para la historiografía andina existen crónicas que guardan posiciones intermedias entre "garcilasistas" y "toledanos", por mérito de un grupo de coetáneos a los sucesos, que tuvieron el tino de limitarse a contar lo que escuchaban o veían sin condicionamientos tan extremos.

En conciencia con los peligros señalados y habida cuenta que este capítulo fue concebido y escrito como una especie de cosecha luego de década y media de investigaciones en el terreno de los Andes Meridionales. Bien vale asumir los riesgos del reduccionismo y no partir sin antes considerar los frutos más comprometidos de esa cosecha. Será mérito del tiempo y del progresivo avance de la disciplina juzgar si este alimento produce la tan temida indigestión.

EL TAWANTINSUYU, EL KOLLASUYU Y EL ETNOCENTRISMO DE AYER Y DE SIEMPRE

En vísperas de la conquista española el Tawantinsuyu de los Inka ocupaba un extensión territorial de aproximadamente 1.700.000 km², o sea casi un 10% de la

superficie total de América del Sur. Se extendía desde sus confines boreales, en Ecuador, hasta los australes de Uspallata y Maipo, en Argentina y Chile respectivamente. Su frontera levantina era difusa, llegando poco menos que a la Amazonia, mientras que su espalda del poniente era el propio Océano Pacífico.

Este territorio estaba dividido en cuatro "suyus" o cuartos: Chinchasuyu por el Norte, Antisuyu por el Este, Conitsuyu que ocupaba el riñón central, incluyendo el propio valle sagrado de Cuzco y, finalmente, el cuarto más extenso de todos, El Kollasuyu, tendido desde el Lago Titicaca hacia el Sur, con los actuales Andes Meridionales de Bolivia, Argentina y Chile.

Esta impresionante masa territorial fue paulatinamente asimilada por sucesivos procesos expansivos iniciados en 1438 por Pachakuty; y continuados por su descendencia real, Thupa Inka entre 1471 y 1493, y Wayna Kapaj, quien gobernó entre la última fecha y 1525. La llegada de Pizarro y sus hombres en 1531 sorprendió a un imperio prácticamente fracturado por la guerra civil entre Atahualpa, soberano de la sección Norte, con asiento en Quito; y Huascar, medio hermano de aquél, gobernando en Cuzco y con dominio sobre el Kollasuyu del Norte argentino.

Este arribo europeo significó a la vez la incorporación de una forma de documentación inédita en el imperio de los Inka: la crónica escrita de los sucesos históricos pasados y coetáneos a esos tiempos.

Una retrospectiva a las vertientes documentales, en busca de las que relatan sucesos inherentes a la conquista Inka de los Andes Meridionales, nos enfrenta a un lote de nombres célebres. Verdaderos clásicos de la historiografía india, como Cieza de León, Cristóbal de Albornoz, Bernabé Cobo, Guaman Poma de Ayala, Santa Cruz Pachakuty, Garcilazo, Herrera y Tordesillas, Oviedo, Sarmiento de Gamboa, Montesinos, Pedro Pizarro, Polo de Ondegardo, Vaca de Castro, Matienzo y muchos más. En el peso y veracidad de esas plumas descansa la versión escrita; la crónica construida con posterioridad a los tiempos de Atahualpa.

Si existe un denominador común en casi todos estos testimonios es que sus autores hayan sido europeos o mestizos, soldados o funcionarios, eclesiásticos o laicos, vivieron en Lima o en Cuzco, las capitales administrativas de la llamada "Nueva Castilla". Algunos incluso ni siquiera conocieron los Andes sudamericanos, como Herrera y Oviedo. El resto escribió sus textos sin conocer en Norte argentino. Ignorando por lo tanto estos mundos tendidos al Sur de las frías tierras de Charcas y por espacio de cerca de dos mil kilómetros.

A esta circunstancia que anticipa lo indirecto de la colecta de información, se agrega el escaso caudal de fuentes escritas locales,



Figura 7.17. Fachada de Las "Kallankas"



Figura 7.18: El Camino Inca empedrado y escalonado en la Ciénaga de Renta al E. de Humahuaca

generadas en el propio seno del Tucumán decimosexto, que concentraron sus relatos más en los hechos de la conquista y colonización del Noroeste argentino por parte de los españoles, que en los sucesos vinculados con el dominio de los Inkas en esta región.

La inevitable consecuencia de estas alternativas fue una visión parcial sobre el fenómeno cultural del Kollasuyu de los Inkas. Visión alejada de los hechos, temporal y espacialmente desfasada ante la ausencia de aquellos testigos oculares tan codiciados por la historiografía de todos los tiempos. Conformando, a la vez, un conjunto documental estereotipado, que legitimizó y autodefendió la gestión española de conquista. Es este un conocido mecanismo de proyección que consiste en la atribución de sus propias cualidades a los "otros", o la evaluación de los "otros" mediante criterios elaborados por el endogrupo; propio del etnocentrismo como actitud de valorización cognoscitiva (A. Eguía y A. Lácona; 1987).

Curiosa paradoja queda así construida en torno a este Kollasuyu, tan flaco en testimonios históricos y tan obeso en tamaño. Porque de él debe recordarse que en tiempos de Atahualpa contaba nada menos que con 800 mil kilómetros cuadrados de superficie, es decir casi la mitad del territorio total del Imperio. Un rápido soporte arqueológico agregaría a esta evaluación cifras cercanas a las 250 instalaciones arqueológicas con arquitectura de superficie, y unos 10 mil kilómetros de caminos, construidos en los Andes Meridionales y administrados desde la capital cuzqueña. Un kollasuyu que incluyendo su extremo boreal, aquel que involucra a los reinos circunvecinos y cochabambinos, aglutinaba un caudal demográfico superior al millón de habitantes, alrededor de un cuarto de la población total del Imperio.

Frente a tamaña realidad, lo lacónico de la información histórica determinó por siglos que ese mundo Inka fuera examinado con una óptica parcial, demasiado focalizada y naturalmente etnocéntrica. El caudal arqueológico, recogido en las provincias alejadas del Cuzco, crecía día a día hasta cifras importantísimas. Pero la vertiente etnohistórica continuaba siendo escasa o tenue de centralismo al ser, una y otra vez, tratada desde el propio ombligo.

Lamentablemente, a poco de cumplir 500 años del viaje de Colón y 40 menos de la caída del Tawantinsuyu este proceso no

ha cesado. Al contrario parece que suma nuevas víctimas. Un relato de la última docena de obras de largo aliento referidas al imperio de los Inkas, todas compuestas en la década de los '80 y por los más caracterizados especialistas, reitera esa falacia del centralismo, con generalizaciones empíricas que no llegan a ser tales, por partir y terminar en un universo limitado a la costa o sierra peruana, o a la inmediata región que rodea al Lago Titicaca.

El sur también existe

Pero como nos hemos preocupado por señalar en estas páginas y en obras precedentes, el Kollasuyu existió y perdura hoy día en sus dos centenares y medio de sitios arqueológicos; en los millares de piezas textiles, lapidaria, alfarería, metalurgia y otras artes menores colectadas en su seno. Un Kollasuyu que no ocupó espacios geopolíticos marginales sino parte significativa del territorio Inka. Que no estuvo afuera sino adentro del sistema. Prueba de ello es que, a pesar de la brevedad en el tiempo del dominio y lejanía espacial, un puñado de instalaciones de los Andes meridionales se acerca favorablemente a las máximas expresiones arqueológicas Inka.

En Argentina, de una población estadística que alcanza los 138 establecimientos, una decena de ellos rozan esa calificación, no perdiendo demasiado terreno en relación a sus congéneres de Cuzco. Se trata de Hualfin, El Shincal y Watungasta en Catamarca; Potrero de Payogasta y La Casa Morada de La Paya de Calchaquí; Nevado de Aconquija en la Sierra homónima; Tambería del Inca en La Rioja; Titiconte de Iruya y el núcleo de edificios centrales de La Huerta de Humahuaca. También Oma Porco en el antiguo Lago Aullagas (hoy Poopó), Chagua en Talina y Chuquigato en potosino valle de Suipacha. En estos sitios el empleo de las técnicas más refinadas en la erección de la Pirka y el ordenamiento y distribución de sus partes arquitectónicas, a imagen y semejanza de el Cuzco, indican una relación directa entre su concepción y la jerarquía, política, social o religiosa de la edificación y de quienes fueron sus ocupantes.

La recurrente orientación de las estructuras y edificios más importantes de estos sitios, como las kallankas, usnus, aukaipatas y torreones ceremoniales; siguiendo un eje

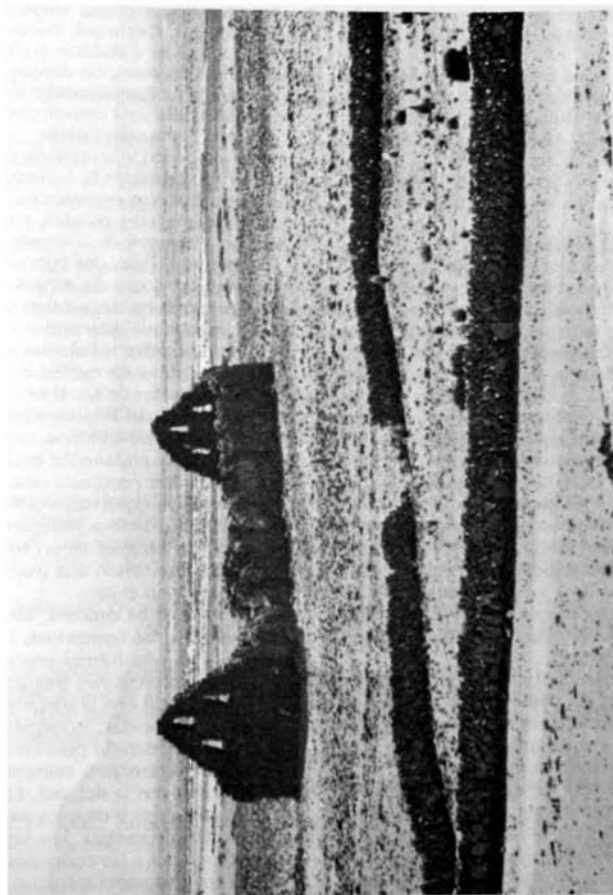


Figura 7.19: Kallanka de Oma Ponco de Aullagas
en Polobsi.

20/02

cardinal Sudeste-Noroeste, repite un ordenamiento espacial observado en el propio Cuzco y en el Valle de Urubamba. Un manejo sacralizado del espacio de la instalación humana. Cargado de simbolismo. Tanto que ha sido interpretado como la reconstrucción de la ruta mítica que hubo de seguir en su peregrinaje el dios Wiracocha. Naciendo en el Sureste, en el Lago Titicaca, para dirigirse hacia el Noroeste en busca del valle sagrado del Cuzco, hasta perderse en los abismos del Océano Pacífico.

No debe tomarse con ligereza el hecho de que los valles más fértiles del Norte argentino en vestigios Inka: Humahuaca, Calchaquí, Hualfín, Aconquija, Abaucán y Famatina, ostenten también un sentido cardinal solidario con este sendero mítico-religioso, respetado por el Tawantinsuyu en su organización espacial.

Cuando en el capítulo III de esta obra discutimos la rigidez de algunas teorías de alcance medio para explicar el ordenamiento espacial prehistórico, por que dejaban de lado variables simbólicas de la cultura, expusimos justamente el caso Inka como ejemplo de esas insuficiencias. La existencia de esos atributos ideológicos, configurados en reflejos urbanísticos, pone en evidencia el simbolismo que otorgaron los Inka a estos elegidos enclaves meridionales.

Como ha sido señalado el uso del espacio del Tawantinsuyu ha procreado dos generalizaciones empíricas de fuste:

1 — No construyeron ciudades, sino que se apropiaron de protociudades pre-existentes, remodelando partes o sectores neurálgicos a intramuros para su propio uso (p. e. Tilcara y La Ilucita de Humahuaca; La Atacameña Turí y La Paya de Calchaquí).

2 — Aún ocupando los valles más fértiles en pueblos, los Inka no construyeron sus centros administrativos en lugares pre-habitados. Sino que lo hicieron en páramos, para aplicar sobre ellos su planeamiento al máximo.

Bajo estas normas deben interpretarse los centros tributarios implantados en esos valles. Su existencia, en lugares de fácil acceso, desprotegidos, así como la escasa cantidad de Pukarás defensivos levantados en el Norte argentino (apenas 5% de la muestra de 138 sitios); la construcción de medio centenar de santuarios en las alturas andinas; y la posición topográfica de los caminos, desprotegidos como los propios tambos de aprovisionamiento. Todo esto revela dos cosas: un dominio territorial efectivo y la coexistencia no beligerante entre conquistador y conquistados.

En esa docena de instalaciones Inka la *ortogonalidad* de sus formas, el severo geometrismo, casi textil de sus plantas, revela con justeza la estandarización de un patrón urbano imperial hasta allí difundido. La singular calidad de sus paramentos y la distribución regional, estratégicamente impuesta por los valles más pródigos en tiempos prehispánicos de los Andes Meridionales: Aullagas, Suipacha, Talina, Loa, Humahuaca, Calchaquí, Yocavil, Hualfín y Famatina, lleva a deducir que la razón de su depurada construcción descansa en que dentro de estos establecimientos se ejercieron las actividades más conspicuas y caracterizadoras del Estado.

Lo simbólico y lo utilitario pesan de diferente manera en la estructura de un sistema cultural. Generan expresiones urbanísticas de diferente imagen y pueden, en primera instancia, requerir de diferentes niveles de comprensión. Estas dos concepciones aparecen en el uso del espacio por el Tawantinsuyu en las huamanis australes. Lo espiritual o ideológico prevalece en esa docena de centros tributarios y administrativos y en menos escala cualitativa en los santuarios de las altas cumbres andinas. Lo pragmático del Estado tienen sus tendencias manifestadas en los caminos, tambos, guarniciones y enclave de explotación económica. Por presencia estadística prevalece lo segundo. Aunque una visión más profunda demuestra que ambos ordenamientos son indivisos. Se integran en un sistema abierto y dinámico. Plasmando una interrelación sin la cual no podrían existir.

Los trabajos en cantería, los vanos trapezoidales, las hornacinas, los revoques o estucos y las plataformas ceremoniales configuran expresiones arquitectónicas en franca conexión con la ideología del sistema. Las kallankas, usnus, aukaipatas y collcas con el control político administrativo. Las troneras torreones, atalayas y murallas perimetrales con la defensa. Las terrazas, canales, andenes y corrales para la producción de energía. Los tambos y caminos con la logística y las comunicaciones. Así queda terrenalmente estructurado este sistema, de cuya conducta han hablado cronistas, historiadores y arqueólogos.

Y termino siguiendo a Pease y sus utopías. La invasión europea de 1532 y los hechos inmediatos posteriores hasta la rebelión de Tupac Amará de 1781 irán construyendo otras. Aquellas que involucran a la cruz, la espada, la civilización y la barbarie. Pero ése es tema del epílogo de esta obra.

Epílogo

Urbanismo y proceso social precolombino

"... El gobernador Don Pedro de Mercado de Peñaloza venció y desnaturalizó a los Pulares... que en nueve pueblos alistaban 400 indios de pelea... Entró más adentro de Calchaquí y sujetó los pueblos siguientes: Cafayates, Zamalambos, Gualfines, Taquigastas, Pomponas, Sichagastas, Ingamianas, Colalao y Tolombones, que alistaban todos 1200 indios de armas... Quedan por conquistar y desnaturalizar hasta catorce leguas de tierra y en ellas los indios de Quilmes que en once sitios tienen trecentos indios de guerra. Quedan Amaichas, Anguinabos y Calianes, que en seis sitios tendrán 170 familias, los Yocaviles están en diez puestos y serán 301 indios de pelea, los Casminchangos, Topcos, Anchapas y Tucumangastas tendrán 200 indios de guerra, que todos juntos... son 1000 indios de armas... no se puede saber con certeza el número porque ni se han dejado empadronar... los fuertes principales... son doce, aunque cada pueblo tiene su fuerte que lo resguarda. Sus armas son arcos y flechas. No pelean en el llano porque ordinariamente salen desbaratados y vencidos. Por eso tienen sus pueblos en asperezas de cerros y riscos, en cuyos altos amontonan piedras que arrojan... cuando los acometen..."

—Testimonio del Gobernador del Tucumán, Lucas de Figueroa y Mendoza, escrito el 20 de noviembre de 1662 y donde relata las acciones ejercidas por su antecesor, Mercado de Peñaloza, entre 1593 y 1600—

"... Para averiguar en que pararon los indios calchaquíes... en el repartimiento que de ellos hizo Don Alonso Mercado y Villacorta... se repartieron en encomiendas... De manera que de 40.000 indios que tenía el valle y sierra de Calchaquí sólo se conservaron las reliquias en los Quilmes de Buenos Aires, en los Calchaquíes de Santa Fé, en algunos pocos de Choromoros, otros del Paniano hacia Londres..."

—Relato de un jesuita desterrado del Tucumán por Carlos III a mediados de 1750, recogido por Pablo Pastells, historiador de la Compañía de Jesús—

"... He pasado a pie y a caballo el paraje en donde, según el historiador Herrera estaban poblados los Diaguitas; y aunque hablé mucho de dicho paraje con los sujetos prácticos en él, nadie me tomó en boca a los diaguitas... ¿Qué se ha hecho, Señor, de tantos indios? Yo pregunto, leo e inquiere, y no puedo hallar sino sus nombres..."

—Testimonio del obispo del Tucumán, Manuel Abad Illana, escrito en Córdoba el 23 de agosto de 1768—

"... A mi modo de ver, se debe... renunciar a utilizar cualquiera de las explicaciones cíclicas del destino de las civilizaciones o de las culturas, traducciones en realidad de la tan repetida e insistente frase: nacen, viven, mueren. Quedarían así rechazadas tanto las tres edades de Vico (edad divina, heroica, humana) como las tres edades de Augusto Comte (teológica, metafísica y positivista), las dos fases de Spencer (coacción y libertad), las dos solidaridades sucesivas de Durkheim (la exterior y la interior), las etapas de la coordinación creciente de Waxweiler, las etapas económicas de Hildebrand, de Federico List o de Bücher, las densidades crecientes de Levasseur y de Ratzel, y la cadena establecida por Marx: sociedades primitivas, esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo. Abandonaría todas estas clasificaciones, a veces con mucho pesar y con entera libertad de volver a ellas más tarde, ya que no pretendo condenarlas en bloque ni condenar siquiera el principio mismo de la explicación, del modelo o del ciclo, muy útil por el contrario, a mi entender. Sin embargo esta exclusión, en el punto de partida, me parece una precaución necesaria."

"... rechazo igualmente las enumeraciones demasiado reducidas de civilizaciones que basta abor"

han sido propuestas. Creo, en efecto, que la investigación, si quiere ser fructífera, debe aspirar a aprehenderlo todo, a ir de las culturas más modestas a la mayor civilización...

La Historia y las Ciencias Sociales, Fernand Braudel (1959) —1970—

Sospecho que pocos lectores discutirán la razón de las advertencias actualizadas en el prólogo de esta obra, tanto en lo que concierne a su densidad, como a las nuevas perspectivas que propone. Este epílogo tiene por fin, componer las conclusiones de este examen, pero lejos está de significar un punto final a la problemática desbrosada. Es asimismo inocultable que, como cualquier intento de recomposición social prehistórica, no está librado de los riesgos propios por el manejo de un registro documental no siempre lo suficientemente pródigo para las generalizaciones empíricas sembradas por estas páginas.

El proceso social recompuesto no es unilineal, en cuanto a que no transita por un sendero evolutivo monocrónico. El hombre andino vivió en ambientes similares: valles tipo *kesbua* y bolsones fértiles del altiplano. Ambos paisajes, de posición longitudinal y altitudes entre los 1500 a 3700 metros, se nutrían de lluvias estivales inferiores a los 200 mm., eran surcados por ríos estacionales y estaban tapizados por estepas arbustivas y xerófilas. Dentro del posibilismo ecológico las sociedades amerindias pudieron solucionar los problemas de adaptación a esos entornos **con diferentes alternativas habitacionales y tecnoeconómicas**. Este es el principio modular del evolucionismo cultural, con vectores multilineales, acuñado por J. Steward y con el cual participo.

La continuidad o discontinuidad de este proceso social tan poco es horizontalmente extendible a todo el universo aislado, sino a partes de él. Su verosimilitud se afianza en los territorios claves del Norte argentino; los valles fértiles de Humahuaca, del Toro, Calchaquí, Yocavil, del Cajón, Huallín, Belén, Andalgalá, Ambato, Abaucán, Sanagasta, Vinchina, Famatina, Iglesia, Calingasta e Iruya. También en algunos bolsones del altiplano, como San Juan Mayo, Casabindo-Doncellas, Antofagasta de la Sierra, Tebenquiche y Laguna Blanca.

Aún admitiendo que el término "**urbano**" ha sido tradicionalmente reservado para niveles culturales articulados con el fenómeno de las ciudades, las civilizaciones y los estados, me he permitido su utilización desde un enfoque técnico, porque esencialmente estos hombres del Norte argentino fueron urbanistas que alternaron la espontaneidad con el planificamiento, conformando un proceso de desarrollo cultural singularmente acotado por los datos arquitectónicos. Dentro de estas normas, los territorios arriba mencionados

conforman las porciones más ricas de ese universo, las más pródigas en datos estructurales, las que pertenecen al área de agroculturación prehispánica, las que alcanzarán conspicuas formas urbanas, los más altos niveles de integración social de los Andes Meridionales y, a la sazón, las que sufrirán, con mayor rigor, las transfiguraciones generadas por los estímulos culturales del Tawantinsuyu e Hispánico.

Los pasajes desde los períodos Precerámico al Formativo y, desde éste a los Desarrollos Regionales, significan graduales avances en las estrategias adaptativas, como consecuencia de **claros éxitos reproductivos**.

Estos se captan en varios órdenes de la cultura material y en la instalación humana. El primer tránsito significa la aparición del sedentarismo; de la arquitectura perdurable; de las aldeas estables asentadas en fondos de valle y provistas de trazados urbanos dispersos y espontáneos; de la agricultura de gramíneas, tubérculos y leguminosas; de la ganadería del camélido; de la alfarería, la escultura en bulto, la lapidaria y el manejo de metales en frío.

Este es el dominio social de las tribus multicommunitarias simples del Formativo Inferior; vinculadas por relaciones de reciprocidad (*Ayni*) de parentesco y, quizás, articuladas en grupos clánicos identificados con antepasados comunes, muchas veces animales, representados por imágenes plasmadas en menhires, jambas y suplicantes.

Estos grupos atribuyeron un profundo contenido simbólico al mundo de los muertos, al que entrañaron en las profundidades de la tierra, a veces por debajo del piso de la vivienda donde habitaron sus descendientes (Co. El Dique-Tafi), otras en cementerios ad hoc (Laguna Blanca-Bucy Muerto) y ofrendaron lo mejor de su arte. Parte de ellos, los alojados en los valliserranos territorios de Ambato, Huallín, Tafi, Campo del Pucará y Abaucán, surcaron un camino conducente hacia la incipiente teocracia del **Formativo Superior o Floreciente Regional Surandino**, desembocando en las complejizadas tribus responsables de la construcción de pequeñas pirámides, allpataucas, geoglifos-estrellas, metalurgia del bronce y alfarería draconiana.

Un momento "clásico" en el desarrollo artesanal y bajo el dominio de una "zoocracia felínica", socialmente protagonizada por el sacerdote-shaman, y alojada en pequeños centros ceremoniales como el de La Rinconada del Ambato.

Otras tribus multicommunitarias simples, las

del altiplano y territorios de su borde, como del Toro y Calchaquí Norte, mantendrán su estructura cultural sin vectores conducentes hacia ese mundo teocrático, al que escapan para desembocar directamente en los Desarrollos Regionales.

El tránsito del Formativo a los Desarrollos Regionales implica no sólo la proliferación de asentamientos en las mismas regiones ya usufructuadas, sino también la aparición de otros en territorios hasta entonces despoblados. Los trabajos solidarios de tipo comunal, como la Minga permiten que se asimilen progresivamente nuevos nichos ecológicos, cada vez con mayores pendientes para una agricultura serrana; se expanden las prácticas de regadío artificial por estructuras ad hoc y el manejo de los desniveles andinos, tanto para la producción de energía como para la movilidad y la defensa.

El énfasis en la vida urbana se percibe por la emergencia de instalaciones concentradas con altos índices de factor de ocupación del suelo; la especialización de partes y sectores arquitectónicos y la eclosión de componentes urbanísticos imprescindibles ante la propia concentración, como las plazas, calzadas, basurales y, en no pocos casos, la separación del cementerio como sector independizado del "área de los vivos".

Significa asimismo el abrupto crecimiento demográfico, las remodelaciones dentro del espacio urbano y la aparición de componentes arquitectónicos ligados con actividades de molienda comunales, como antesala de una redistribución, aunque no plenamente reflejada ante la perduración del almacenaje dentro del espacio familiar.

Paralelamente desaparece la exultante calidad de la alfarería funeraria, estilísticamente regionalizada, a la par de lo que acontece con los rasgos arquitectónicos. Pierde su profunda subterráneidad el mundo de los muertos y crece ostensiblemente el arte textil y sobre madera en el altiplano y su borde, mientras que en el riñón valliserrano tiene su clímax la metalurgia del bronce.

Son compatibles y solidarios a estos progresos las diferencias en rangos y linajes sociales, con dicotomías en la concentración de riqueza. El jefe o mallo es el individuo socialmente más conspicuo, dentro de una formación social de tipo Jefatura o Señorío; nivel de integración social más avanzado y complejo en la escala evolutiva que el de las tribus multicomunitarias del Formativo.

Fuentes etnohistóricas extrapoladas a esos tiempos ayudan a las arqueológicas a proponer que esos mallos no fueron de extracción religiosa, sino "grandes hombres" que ostentaban autoridad civil en tiempos de paz, y

se hacían más grandes y poderosos durante la guerra. Es en esos momentos de tensiones políticas donde debieron ser promovidos hacia cargos más jerarquizados y generales. Así lo sugieren los casos de Juan Calchaquí, Quipildor, Viltipoco, Machilín y Chumbicha, ocupando los vértices más altos de la organización y asentados en los sectores urbanos más privilegiados en las cabeceras políticas de los señoríos; las más densamente pobladas, como Tilcara, Tastil, El Churcal, La Paya, Loma de Shiquimil, Quilmes, Tolombón y Rinconada.

Esa misma vertiente documental, junto a un registro arqueológico menos teocratizante, nos llevan a asumir que el anterior dominio de las autoridades religiosas parece terminar con los mismos tiempos Formativos.

Dentro de ese espectro no tardarían en surgir las situaciones de competencia entre jefaturas vecinas, generadas por el creciente usufructo de los nichos ecológicos más apetecidos, en territorios demográficamente a punto de saturación. La anécdota histórica vivida entre los Quilmes y Pacciocas, relatada en el capítulo III, parece reflejar esas circunstancias. La guerra generaría, a su vez, la construcción de los poblados estratégicos, los cuales reniegan de la comodidad de los fondos de valle por la seguridad de las asperezas serranas.

La conquista Inka procrea transfiguraciones ideológicas en los territorios de Humahuaca, Iruya, Calchaquí, Yocavil, Iualfin, Abaucán, Andalgala, Aconquija Meridional, Famatina, Vinchina, Iglesia, Antofagasta de La Sierra, Doncellas-Casabindo, Calingasta y Uspallata. En no pocos de ellos modifica el panorama geopolítico y acelera la movilidad con el trasvasamiento de mitmas. Implanta, además, el culto solar y altera sustancialmente las bases tecnocómicas de las estrategias adaptativas preexistentes.

El registro documental es rotundo en cuanto a la llegada de inputs tecnológicos que generan realimentaciones en los sistemas locales. Estos cambios se perciben especialmente en Humahuaca, Iruya, Calchaquí, Yocavil y Famatina y significan la aparición de andenes que ganan tierras agrícolas sobre pendientes superiores a los 15 grados. Surgen, además, las obras hidráulicas como acueductos y represas: viales como los múltiples ramales del célebre Inkañan o Jatunñan, y los corrales agrupados, que advierten sobre la optimización del manejo ganadero de llamas y alpacas.

Herederos de una rica tradición cultural andina, el Tawantinsuyu introduce también la estrategia de los almacenes o colcas, agrupadas y separadas del espacio residencial familiar. Difunde, a la vez, una inocultable sofisticación arquitectónica y un planeamiento en damero regularizado, rudimentarios quizás si se los

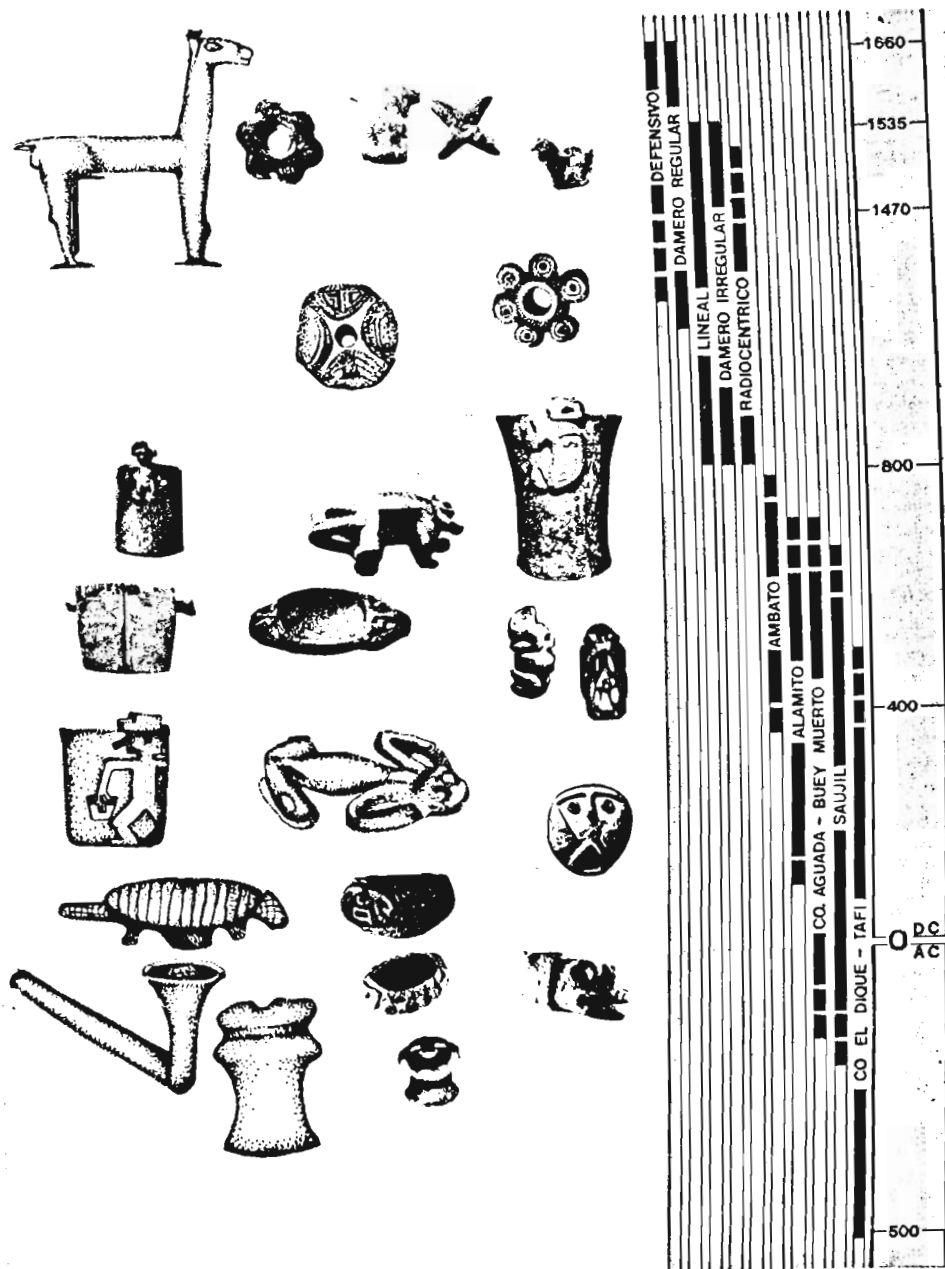


Figura 8.4. Correlaciones entre los tipos de trazado urbano y las expresiones en lapidaria y escultura en bulto del N. O. argentino (de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha): pipa ceremonial, hacha con cuello, tres piezas con representaciones antropomorfas y zoomorfas (serpientes y armadillo) y una esculpida macizada de piedra. Estos ejemplares se articulan con el trazado disperso Co. El Dique (an). Le siguen 4 veces de piedra con imágenes antropomorfas y zoomorfas adosadas, 2 maneras ceremoniales con adornos zoomorfas, 2 ídolos o suplicantes y un baltado estupidamente tallados. Esta segunda asociación se articula exclusivamente con los tipos Alamito y Ambato. En la parte superior, 2 piezas circulares, 2 cuadrilobos (diarritas tanto en meloides como en piedras, madera y concha), 2 mzas estrelladas y un hacha en "T". Los cinco últimos pertenecen al Horizonte Inka, los primeros son de la cultura Tiwanaku de la sierra occidental.

compara con las urbanizaciones de los Andes centrales, pero francamente superiores a las desarrolladas por los señorios locales.

El estado Inka modifica varios de los trazados urbanos de los Desarrollos Regionales, especialmente en aquellas antiguas "capitales políticas de las jefaturas". No construye nuevas ciudades, sino que se apropia y remodela algunas protociedades locales, como Tilcara, La Paya, Quilmes y La Huerta. No por azar las asentadas en los territorios claves del Norte argentino.

Edifican centros administrativos ad hoc, estratégicamente ubicados a nivel regional, donde debieron plasmar los mecanismos tributarios y redistributivos, tantas veces referidos por cronistas y etnólogos andinos. Así surgen Hualfín, El Shincal, Watungasta, Potrero de Payogasta, Nevado de Aconquija, Titiconta, Tambería del Inca, y los recientemente reconocidos de Chuquiago de Suipacha, Chagua de Talina y Orma Porco en tierras potosinas.

Construyen guarniciones para proteger los lindes del espacio conquistado; las de Aconquija, Coyarcito y Cortaderas. El páramo atacameño los obliga a instalar tambos, para consumir su sistema de comunicaciones; así queda plasmada la formidable red de

instalaciones dispuestas a la vera del Inkañan, desde el propio Cuzco hasta Uspallata y Maipo.

La incorporación de esta tecnología aplicada, bajo el dominio de un estado imperialista, es uno de los efectos percibidos por la arqueología. La contraparte de la energía y servicios que el Tawantinsuyu obviamente extrajo de los sistemas locales.

Las regalías de los caciques asimilados al nuevo orden, el permiso de utilizar su artesanía oficial, de hablar el keshua, además su participación en los bienes y servicios, junto a la propia acción coercitiva que impusieron las armas cuzqueñas, aseguraron ese "nuevo orden". Con todo, las situaciones de contacto entre invasor e invadido no parecen haber sido extremadamente asimétricas en favor del primero, por la apuntada razón de esas donaciones tecnocómicas y artesanales a los sistemas locales.

La penetración española del s. XVI no repite estas circunstancias, aunque en algunos casos se esforzará por copiar el sistema Inka. Bajar a los pueblos asentados en: "... lo alto de fragosas montañas donde se hacen fuertes y siembran... y tienes pukarás que los resguardan... y crían ganado de la tierra y responden todos a una voz...", esa fue la consigna:

"... A veinli y siete del mes de noviembre del dicho año (1630) salí de la ciudad de Salta con ciento y cuatro españoles... y treientos indios amigos, y por haber ballado en el dicho valle (Calchaquí)... alzados los pueblos de los indios Lurucataos, Sichagastas, Tiquigastas, Gualtingastas, Animánas y otros que estaban confederados con los pueblos de los delincuentes (Calchaquíes)... habiendo los nuestros trabajado toda la noche en tomarles los alios de la sierra por ambos lados con gran trabajo y fatiga por ser áspera... se alcanzó del enemigo una insignia y muy importante victoria..."; "... se le talaron todas las comidas para escarmiento de los demás pueblos alzados que con esta victoria temieron el mesmo castigo y se fueron poco a poco bajando de paz de sus cerros donde estaban retirados con toda su chusma..."

Testimonio del Gobernador de Tucumán, Felipe Sanchez de Albornoz; 1633.

"... Se le entregan los caciques y pueblos siguientes que son del ualle y provincia de Ocloya. El pueblo de Quispira con el cacique Caqui Lamas. El pueblo de Toctoca y Acalayso con el cacique Catat Tolau. El pueblo de Ocayacxu con el Cacique Lamas Caque, y el pueblo de Estoybalo con el cacique Jarabar. El pueblo de Panaya con el cacique Tinti Lamas. El pueblo de Sopra con el cacique Jarconie, con mas los yndios Apatamas que están uacos... mas los yndios Omagiacas Yapanatas con el cacique Socoar subcesor del cacique Socomba con todos sus anejos sujetos E pertenecientes por estos nombres o por otros cualesquiera que tengan mas al cierto donde quiera questubieren Residieren y fuesen ballados con todas sus tierras..."

Encomienda otorgada por el gobernador Martinez de Leiva, Jujuy; 1601.

"... Decimos que estando sitados y Poblados en las cabeceras del río de Nacas... siendo nuestro antiguo natural y origen fuimos sacados por nuestro primer encomendero... y baxados y sitados en los llanos..."

Alegato presentado por los indios Paypayas; Jujuy; 1671.

"... en los tiempos pasados mis padres y abuelos y los demas antecesores de la dicha comunidad de los indios y Caciques Pulares, estuvieron... aseniados... en sus chacras, en las faldas, guaycos y arroyos questán en la Cordillera, lomas y vertientes questán frontera desta ciudad hacia la parte y camino... del Perú y por enclma della yendo por la dicha Cordillera pie y faldas della..."

Testimonio del cacique Pular Calibay, Salta; 1586.

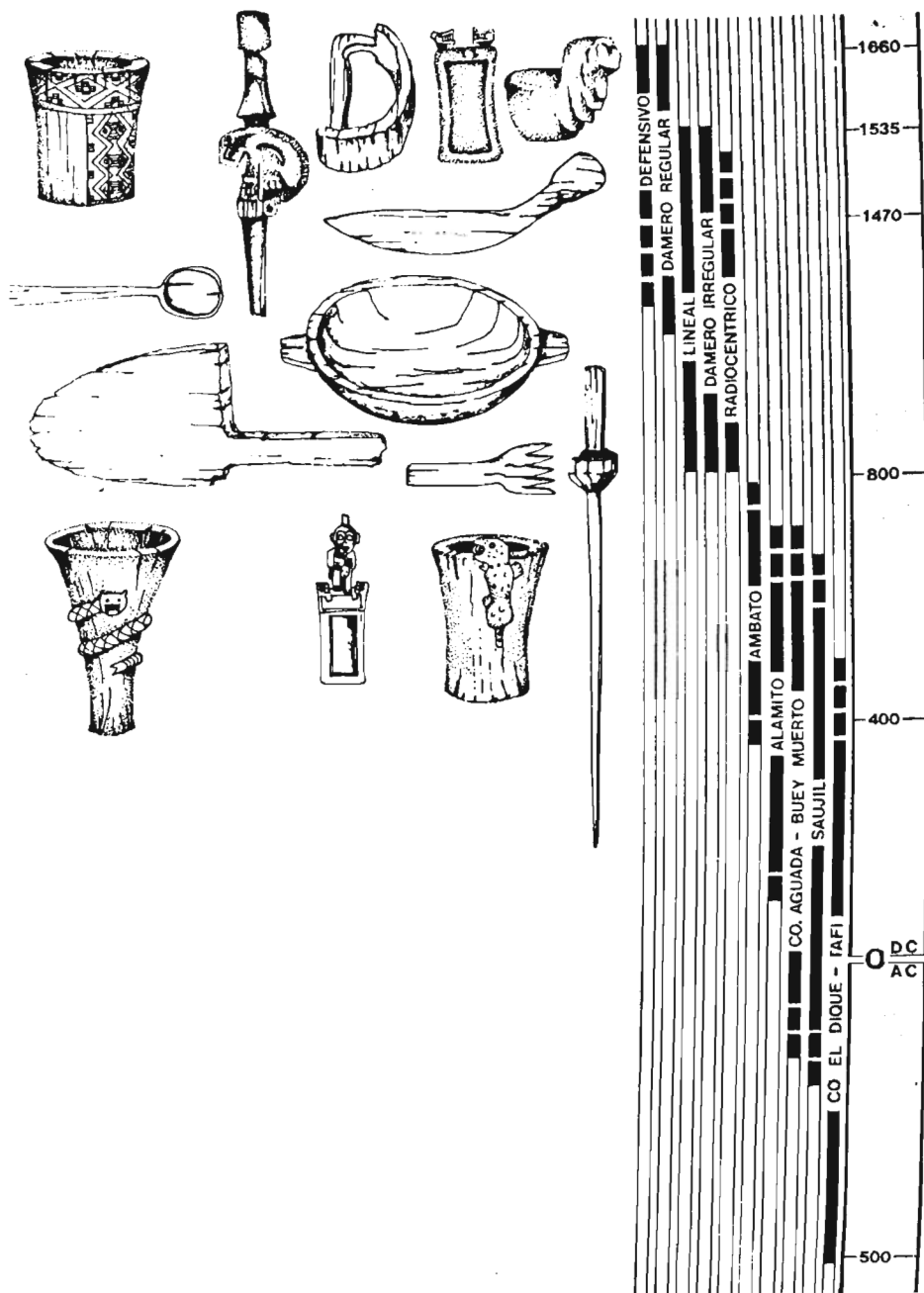


Figura 8.5. La tradición ebanística andina adquiere ribetes significativos a partir de finales del Formativo Inferior. Se ofrecen aquí algunas correlaciones entre artefactos elaborados en madera y los tipos de trazado urbano prehispánico (de abajo hacia arriba y de izquierda a derecha): 2 keas con motivos zoomorfos (serpiente y león) y una tableta para abastecer alucinógeno de Tiwanaku. Trazado urbano que creemos articulada culturalmente con el tipo de trazado Ambato. Le siguen teco-artefactos menos sofisticados y vinculados con las tradiciones concentradas. 2 platos para prácticas textiles. un plato para hacer un tenedor y un huso para hilar. Los cinco platos superiores fueron hallados en encavesos íntos; se trata de un keo, con decoración geométrica, un tubo con encaje en forma de mango, un trozo de madera para abastecer alucinógeno y un anillo. Los 2 primeros, juntamente con la tableta, pertenecen a la tradición Tiwanaku-Ancashense en este tipo de expresiones hasta en horizontal impend.

Las llanuras y los fondos de los valles eran la única alternativa por donde podía afianzarse el dominio europeo. Por ello despoblaron los centros indígenas de altura, indujeron el abandono de la agricultura pedemontana, reemplazaron las llamas y alpacas andinas por el "ganado de Castilla", extrañaron poblaciones enteras, aniquilaron a los rebeldes y ejercieron otras tantas modificaciones tecnocómicas, religiosas, sociales y geopolíticas por todos muy conocidas.

La primera rebelión indígena, protagonizada por el legendario Juan Calchaquí, estalló en la década de 1560 y significó para los españoles la destrucción de tres de sus "ciudades" asentadas en el fondo del valle: Londres de Catamarca, Cañete en el Tucumán y Córdoba en Calchaquí.

A este alzamiento le sucedieron otros, algunos bajo el mando de caciques locales, como Viltipoco y Quipildor en Humahuaca, Silpitorle, Pablo Calchaquí, Colque y Chumbicha en Calchaquí, Utimba o Voimba en Yocavil,

Machilin en Hualfin y Abaucán, Enriquez "el mestizo" en Famatina.

Otros focos subversivos a gran escala buscaron un alucinante "revival Inka", como el que protagonizó entre 1656 y 1659 Pedro Bohorquez, y que llegó a contar con tres decenas de caciques y 8000 guerreros reclutados en Hualfin, Calchaquí, Yocavil y Humahuaca.

No es discutible que estos intentos de confederación aborígen llegaron a involucrar a etnias muy distantes entre sí, como los Atacamas de la Puna, Diaguitas y Calchaquies Valliserranos, Omaguacas y Lules de los bosques salteños.

Los alzamientos fueron en todo sentido una especie de guerra generalizada entre indígenas y europeos, una especie de **"todos nosotros contra todos ellos"**; un capítulo más, de los tantos que se consumaron en la historia del planeta.

El último de ellos, y seguramente el más utópico, tuvo lugar en el verano de 1781 y fue

Colar



Figura 8.7: El Valle de Yocavil, escenario de los últimos acontecimientos del Período Hispano-Indígena de mediados del siglo XVII. En primer plano el Pukará de Cerro Pintado de Mojarros; más atrás las colinas del Fuerte Quemado y, sobre el horizonte, la sierranía de los Quilmes (F. A.).

protagonizado por grupos acriollados de La Rioja, Jujuy, Puna y Calchaquí; alzados en armas contra la ya afianzada dominación española, en solidaridad con la tristemente célebre rebelión iniciada pocos días antes por José Gabriel Tupac Amaru, en Perú.

El final, sin embargo, era previsible; para el indígena quedaban pocos caminos alternativos

por transitar: el servilismo, el extrañamiento, la extinción; y todos conducían al abandono de sus poblaciones.

Solamente en Calchaquí este proceso determinó la ruina y desolación en un territorio que, apenas 100 años atrás, contaba con más de 20 instalaciones y cerca de 40.000 habitantes naturales (véase el testimonio recogido por Pablo Pastells, transcribo al comienzo del capítulo).

"... La montaña fue la cuna de la raza y la nodriza de sus caracteres genitales. Fue también su tumba. Allí donde nació y vivió libre, encontró esclavitud y muerte..."

Adán Quiroga; 1897.

"... los an hecho poblar muchas veces mandándolos de unas partes a otras y quemándoles las casas y haciéndoles crueles vexaciones y lo peor ha sido que las reducciones o poblaciones muchas a las mas dellas las han berrado de manera que no pueden permanecer y los yndios no pueden tener doctrina y así se ha seguido el efecto contrario de lo que se pretendia porque tienen muy lexos las chacras y tierras donde coxen sus comidas y para yr a cultivarlas an de pasar por varios rios caudalosos de gran peligro, y muchos pueblos an puesto en ciénagas y cabe rios y volcanes sujetos a evidentes peligros y desgracias y los yndios andan como atónitos y asombrados..."

Lope de Armendariz —Presidente de la Audiencia de Charcas—
Carta a SM. del 25 de setiembre de 1576.

El modelo de instalación castellana fue introducido en los Andes del Norte argentino por la corriente pobladora proveniente de Perú. Cobró forma e intensidad durante la gestión del Virrey limeño Francisco de Toledo, a partir de la década de 1560. Las "ciudades fundadas con prelación a esa época no prosperaron. Entre ellas la legendaria Chicoana de Calchaquí (1543). El Barco I de Escava (1550) El Barco II de Salamano (San Carlos) de Calchaquí (1551) El Barco III, a orillas del Río Dulce santiaguense (1552) y Londres de Quimivil, levantada a un costado de las frescas ruinas de El Shincal Inka (1558). La excepción fue Santiago del Estero del Nuevo maestrazgo, nacida en el invierno de 1553.

Este modelo sobre uso del espacio consistía básicamente en la copia del asentamiento-comunidad agrícola mediterránea europea. Un patrón de instalación que España había heredado de la Roma Imperial. Para su ejecución era inevitable bajar las poblaciones indígenas a reducciones, agrupándolas en los fondos de valle. Charcas, Potosí y Cochabamba habían sido escenarios previos en su aplicación. Allí nacerían La Plata de Chuquisaca en 1538 (actual Sucre), la Villa de Oropesa en 1570 (Cochabamba), Nuestra Señora de La Paz en Chuquiapo (1549), San Bernardo de la Frontera de Tarija (1570) y la célebre Villa Imperial de Carlos V en 1545.

Con excepción de la última, levantada en plena montaña, a la vera de las vetas de plata del Cerro Potosí, el resto respondía a un patrón de instalación concretado en terrenos bajos.

Del otro lado de los Andes argentinos surgían La Serena, erigida a una legua aguas arriba de la Bahía de Coquimbo, sobre el Océano Pacífico (1544); e Iquique, también a orillas del mar y vigilando las minas de Huantajalla (1566). Junto a Concepción del Bio Bio en Araucanía (1550) fueron ciudades marítimas costeras y, obligadamente, produjeron el traslado hacia ellas de poblaciones indígenas arraigadas en las regiones precordilleranas. En cambio la olvidada Toconao del Salar de Atacama, fundada en 1557, y la actual capital chilena, Santiago, levantada a orillas del Río Mapocho en la bautizada "Nueva Extremadura" de la Capitanía de Chile (1541) fueron poblaciones que ocuparon los fondos de valles y bolsones precordilleranos.

En el Norte argentino las reducciones implicaron la creación de ciudades en la parte más baja de los valles, a orillas de un río que asegurará un suministro permanente de agua. El modelo significaba el aglutinamiento en poblaciones 20 veces, o más, superiores en habitantes a los que vivían en las antiguas instalaciones urbanas indígenas. Esto significó que, además del desarraigo de los naturales, se produjera un incipiente desequilibrio ecológico.

Así vinieron las fundaciones de la segunda generación, las capitales regionales llamadas a perdurar, como San Miguel de Tucumán (1565), Córdoba de la Nueva Andalucía (1573), San Felipe de Lerma o Salta (1582). Todos los Santos de la Nueva Rioja (1591) y San Salvador Velazco de Jujuy (1593).

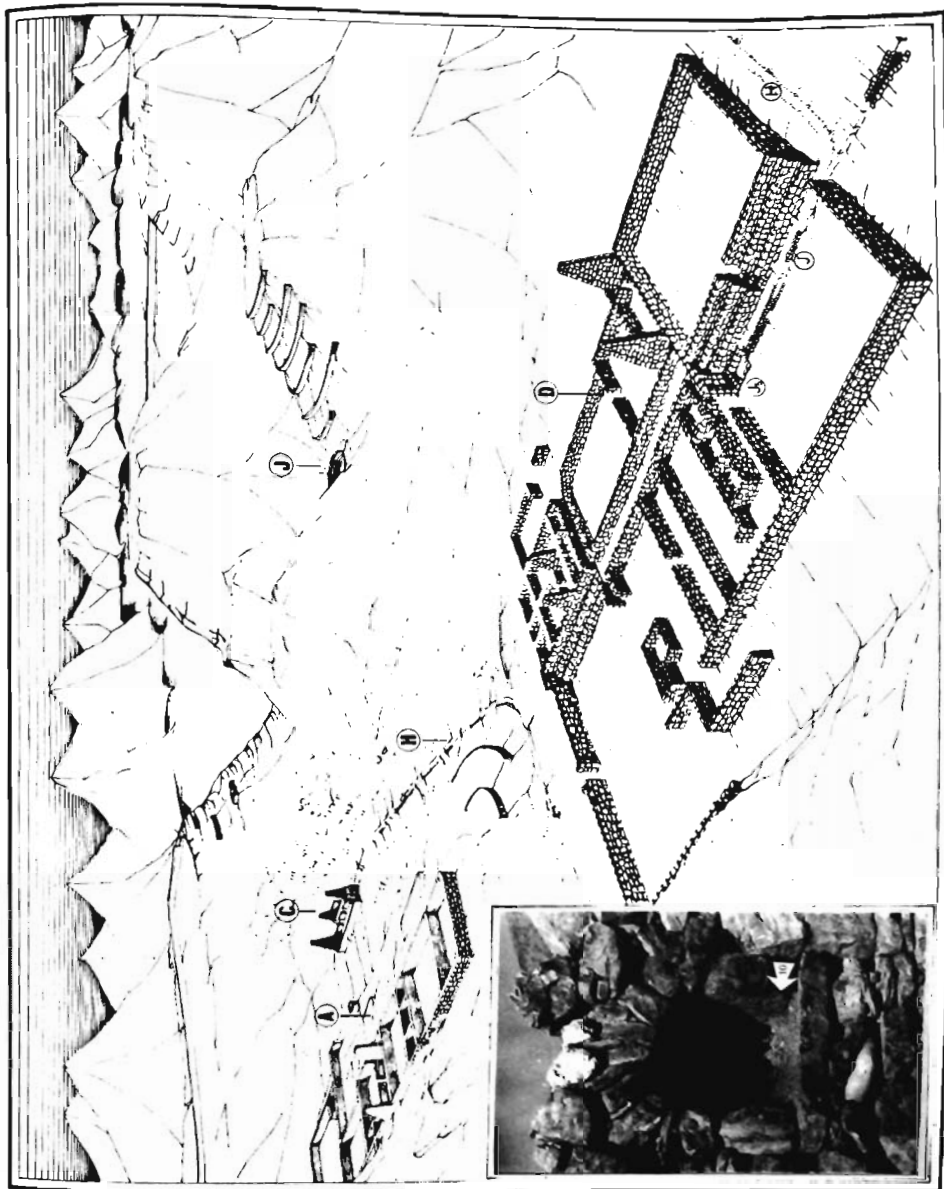


Figura 8.8. A y B. El valle potosino de Sulpacha ha sido históricamente de medular significación en las comunicaciones entre Perú, Charcas y el antiguo Tucumán. Por éste pasaron las expediciones de los adelantados Almagro y Rojas en el s. XVI; aquí se libró la primera batalla entre ejércitos rioplatenses y realistas, durante la primera campaña republicana al alto Perú, en noviembre de 1810. Tres siglos atrás de esta última fecha el Inka construyó sobre la colina Chuquilago de Sulpacha una factoría para la explotación de oro y un centro tributario, descubierto por el autor en el invierno de 1983. La recomposición de las ruinas muestra dos sectores, indicados con A y B, ocupados por edificios presumiblemente habitados por grupos de autoridad —quintas por un cacique o mocha— en Copacabana dos wakankas, una de las cuales, remodelada por los españoles, es hoy un símbolo para finalizar esta obra, presenta arcos ciegos en medio punto, de caracteres vivamente románicos, en lugar de las hemiclinalas Inka originales. J y H indican los sectores donde transcurren un sistema de acueductos, una represa y el célebre camino Inka por donde, asimismo, transitaban las expediciones de Almagro, Rojas y la del ejército de Balcarce (Pva. A, se integra con Fig. 4.12).

Otras poblaciones de esa generación no sobrevivirán, entre ellas Talavera del Esteco (1567), San Francisco de Alava de Jujuy (1575), Nueva Madrid de Las Juntas sobre el Río Juramento en Salta (1592), Nieva de Jujuy (1561) y San Clemente de la Nueva Sevilla de Calchaquí (1561) entre algunas más que se perdieron en los polvorientos fondos vallunos del Norte argentino.

→ Se ha estimado que alrededor de 14 millones de personas habitaban el Nuevo Mundo en tiempos del desembarco de Cristóbal Colón. De ellos unos trescientos mil lo hacían en el universo andino del Norte argentino (A. Rosenblat; 1954. H. Difrieri; 1961 W. Dedevan; 1972). De modo que la misión emprendida por España no tuvo su teatro de operaciones en un páramo; un mundo estéril en almas y yermo en biomasa. Y no fue sólo la administración dirigida por Carlos I y luego por Felipe II la que afrontó tamaña situación. Los anglosajones en la mitad boreal de América del Norte, los franceses en su bautizada Luisina y los holandeses y portugueses en la costa atlántica de Sudamérica, debieron transitar por similares avatares.

A cada una de estas invasiones les aguardaban mundos amerindios singulares, mosaicos de cultura, ideología y usos del espacio acordes con multivariadas estrategias adaptativas. Para aquellos sistemas culturales que se hallaban surcando las etapas del sedentarismo el ocaso era inevitable y más prematuro que para las sociedades nómadas. Su condición sedentaria las hacía más vulnerables a la invasión, casi un blanco fijo a las intenciones europeas.

Dentro de este cuadro de situación, producido por el contacto entre el mundo europeo mediterráneo y América, el caso de España es sin dudas el que generará mayores transfiguraciones antropológicas e históricas. Y no se trata de revivir la vieja "leyenda negra" o de pregonar que extremeños, castellanos o andaluces hayan ejercido mayor grado de incomprensión y etnocentrismo que los sajones, galeses o bretones. Sino porque a España le tocó en suerte el dominio de las dos mecas indígenas del Nuevo Mundo, la Mesoamérica de Mayas y Aztecas y los Andes del Tawantinsuyu. A mayor tajada, mayor reintegro, ése fue el precio que sus apetencias imperialistas debieron pagar ante la historia.

Por muchos años se han venido argumentando, por parte de historiadores sociales y antropólogos, las razones que impulsaron el aparente fracaso del dominio administrativo de España sobre sus colonias en las tierras andinas de América del Sur. Paradigma éste que en lo personal relativizo. No puede hablarse de fracaso ante la circunstancia histórico-económica de que, solamente en la década de 1550, se

desembarcaron en Sevilla —la capital americana de ultramar— la friolera de 43 toneladas de oro proveniente del Nuevo Mundo. O que el circulante de plata y oro de la Europa mediterránea haya crecido respectivamente de 5.000 a 25.000 toneladas y de 60.000 a 300.000 toneladas sólo en los 50 años finales del siglo XVI. Es decir nada menos que cinco veces para cada metal (F. Braudel; 1976; I:623). Circulante que tenía casi como fuente exclusiva las vetas cordilleranas desde la baja California hasta Potosí, Famatina, Copiapó y Coquimbo, en el antiguo Kollasuyu Inka. En este sentido España obtuvo con creces jugosos dividendos; por lo que lejos está en calificarse como frustrante su gestión, sobrellevada, por si fuera poco, durante más de tres siglos de dominio completo por estas tierras.

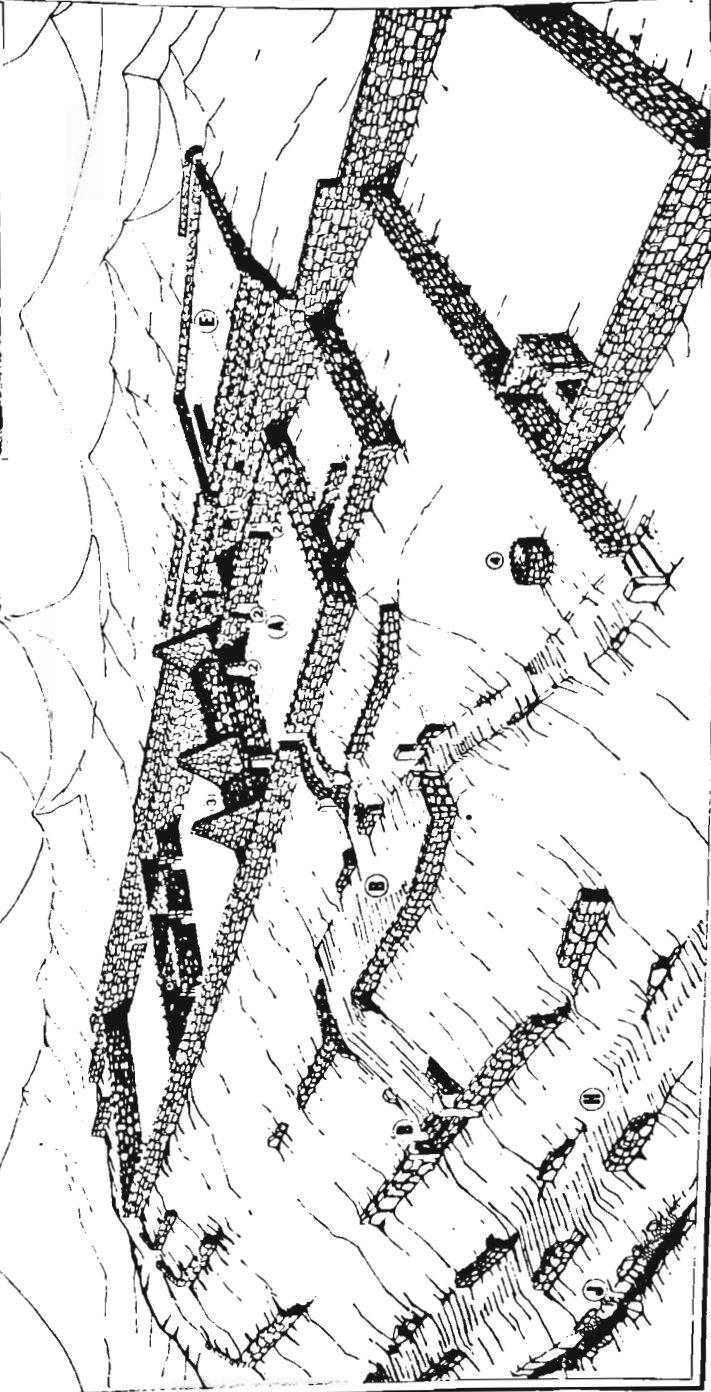
Ni que hablar del maíz, la papa, el tomate, el tabaco y el cacao, entre un centenar de cultígenos de origen americano, que pasaron a poblar no solo las despensas de España sino de toda Europa.

Si el rey Felipe se gastó esas fortunas en sus guerras con los otomanos de Solimán y Selin I, o en sostener a la onerosa Flandes, o en su archifamosa armada invencible; o fue la piratería de los rapaces británicos, es cuestión aparte. El caso es, como dirían los antropólogos enrolados en la corriente sistémica, que hubo una pertinaz fuga de energía, llamada entropía, desde América hacia Europa. Proceso que continúa ininterrumpidamente bajo el influjo que Europa, y otras naciones no tan lejanas, ejercen sobre el tercer mundo indoamericano.

Los juicios condenatorios sobre la gestión de España sobre la Sudamérica transitan por otros senderos. Aquellos que pertenecen al campo de la Antropología y por impulso del etnocentrismo de la Europa mediterránea, que no supo comprender este mundo de planos verticales. Estas montañas habitadas y niveladas por hombres. Usadas como territorios regulares hasta los 4.000 metros de altura. Enderezadas por tecnología para mejorar la subsistencia, construir sus poblaciones, hacer la guerra o defenderse si las circunstancias lo requerían.

Un mundo de montañas que no necesitó de la rueda —aún conociéndola— para trasladar carros, abortados por su propia inutilidad y por la adaptación de llamas y alpacas como animales de carga. Ni necesitó de embarcaciones de gran porte ante una dinámica y estrategia adaptativa preferentemente terrestres.

Para el mundo europeo los planos de nivel eran horizontales. El mar mediterráneo era la base, el ombligo del mundo. Sus poblaciones nacían y se expandían por la costa y el llano. Para ese mundo la montaña de los Alpes, los Pirineos



o los Cantábricos, eran territorios marginales, casi antropológicamente encapsulados. Allí la vida humana casi no existía por encima de los 1500 metros (F. Braudel; op.

cit. I, 91). Paradójicamente a partir de esas altitudes era donde comenzaba a afianzarse la habitabilidad amerindia en los Andes:

"... están los valles del Perú entre montañas y sierras de nieve y muchos riscos y ríos ..."

—Cieza de León; 1553—

"... En Calchaquí... Todo se compone de altísimas y muy ágras cordilleras: en ellas ponían mayor parte de su poder de que no se les podía hallaren sus aspirísimos senos... eran tan diestros y prácticos que lo que a nosotros nos parecen despeñadero lo hallan camino llano..."

—Pedro Lozano; 1875—

En esas dicotomías entre las estrategias adaptativas subyace la razón fundamental de ocaso de las poblaciones indígenas. **La horizontalidad mediterránea no pudo entender a la verticalidad andina.**

Mosquetes, caballos, yelmos y armaduras se harán cargo de las hegemonías de unos

sobre otros. Las consecuencias producirán una nueva etapa cultural, la de la transformación hacia sociedades complejas; la que anticipa el relato de 1768 del Obispo de Tucumán, Manuel Abad Illana arriba transcrito, y cuyos efectos está aún sufriendo el natural del mundo andino.

Bibliografía

- ACOSTA, J. (1590) —1954— *"Historia Natural y Moral de las Indias"*. Madrid.
- ALEGRIA, J. —1950— "Pucará de Tilcara. Plano de un sector de las ruinas". Escala 1:200. Relevamiento de la Dirección Nacional de Minería. Julio-Agosto.
- AMBROSETTI, J. B. —1897— "La antigua ciudad de Quilmes" (Valle Calchaquí). Bol. Inst. Geog. Argentino; T. XVIII; N° I-III. Buenos Aires.
- AMBROSETTI, J. B. —1897— b) "Los Monumentos Megalíticos del Valle de Tafi". Bol. Inst. Geog. Argentino; T. XVIII; N° I-III. Buenos Aires.
- AMBROSETTI, J. B. —1907— "Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya (Valle Calchaquí. Prov. de Salta)". Fac. Fil. y Let. Public. Sec. Antrop.; N° 3. Univ. Nac. Bs. As.; VIII. Buenos Aires.
- APARICIO, F. DE —1937— "La Tambería de los Cazaderos". Relac. Soc. Arg. Antrop. T. I. Buenos Aires.
- APARICIO, F. DE —1940— "La Tambería de Rincón del Toro". Publicaciones del Museo Etnográfico de la Fac. Fil. y Let.; Serie A; T. IV. Buenos Aires.
- APARICIO, F. DE —1940— b) "Ranchillos, Tambo del Inca en el camino a Chile". Anales del Inst. de Etnografía Americana. Univ. Nac. Cuyo. Vol. I. Mendoza.
- APARICIO, F. DE —1947— "Las Ruinas de Tolombón". Actas del XVIII Cong. Int. Amer. París.
- ARDISSONE, R. —1928— "Coctaca". Gaca; T. III; N° 1. Buenos Aires.
- ARDISSONE, R. —1937— "Silos en la Quebrada de Humahuaca". Relac. Soc. Arg. Antrop.; T. I. Buenos Aires.
- ARDISSONE, R. —1937— b) "Algunas observaciones acerca de las viviendas rurales en la Provincia de Jujuy". GAEA. Buenos Aires.
- ARDISSONE, R. —1940— "Un ejemplo de instalación humana en el Valle Calchaquí". Anales del Inst. de Etnografía Americana; Vol. 1. Buenos Aires.
- ARDISSONE, R. —1942— "Una instalación indígena en la Quebrada de Purmamarca El antiguo de Ciénaga Grande". Relac. Soc. Arg. Antrop.; T. III. Buenos Aires.
- ARDISSONE, R. —1942— b) "Un ejemplo de instalación humana en el Valle Calchaquí. El Pueblo de Cachi". Inst. Est. Geog. Univ. Nac. Tucumán. Tucumán.
- ARDISSONE, R. —1944— "Andenes en la cuenca del torrente de Las Trancas (Prov. Catamarca)". Relac. Soc. Arg. Antrop.; T. 4. Buenos Aires.
- ARMILLAS, P. —1949— "Notas sobre sistemas de cultivo en Mesoamérica: cultivos de riego y de humedad en la cuenca del Río de Las Balsas". Anales del Inst. Nac. de Antropología e Historia; 3. México.
- ARMILLAS, P. —1951— "Tecnología, formaciones socio-económicas y religión en Mesoamérica". Actas del XXIX Cong. Int. Amer. The University of Chicago Press. Chicago.
- AZNAR, P. —1968— "Problemas de cambio cultural en la Quebrada de Huichairas". Rehue; 1. Univ. Concepción. Chile.
- BALDINI, L. N. —1980— "Las urnas de tres cinturas en el N. O. argentino" Soc. Arg. Antrop. (N. S.); T. XIV; N° 1. Buenos Aires.
- BALLESTEROS, M. —1981— "Investigaciones en torno al templo de Viracocha (Racchi) en el Perú". Scripta Ethnológica. VI. Buenos Aires.
- BANDELLER, A. —1911— *"The ruins at Tibanaco"*.

- Proc. of The American Antiquarian Soc. 21; 1. Worcester.
- BENNETT, W. —1934— "Excavations at Tiahuanaco". Anthropological Papers of the American Museum of Natural History; Vol. 34. New York.
- BENNETT, W. —1948— "The Peruvian Co-Tradition". En: "A Reappraisal of Peruvian Archaeology". W. C. Bennett Ed. Society for American Archaeology; Memoirs 4; 1-7. Menasha.
- BENNETT, W. —1948— "North Western Argentine Archaeology". Yale University. Publications in Anthropology; Nº 38. New Haven.
- BERBERIAN, E. y F. MASSIDDA —1975— "Investigaciones arqueológicas en Las Barrancas (Depto. Belén. Catamarca)". "Nuevas contribuciones para el estudio de la cultura Condorhuasi del N. O. argentino". Rev. Inst. Antrop. Univ. Nac. Tuc. Tercera Serie; Vol. 2. Tucumán.
- BERBERIAN, E., F. MASSIDDA, J. MARTIN y J. GAMBETTA —1978— "Investigaciones arqueológicas en el yacimiento incaico de Tocota". Anales de Arq. y Etnol. Univ. Nac. Cuyo. T. XXXIII. Mendoza.
- BERNAL, I —1965— "Archaeological Synthesis of Oaxaca". Handbook of Middle American Indians; III; Part 2.
- BERNAL, I —1965— b) "Architecture in Oaxaca after the end of Monte Alban". En: "Archaeology of Southern Mesoamérica". G. Willey Ed. Handbook of Middle American Indians; III. University of Texas Press. Austin.
- BERTALANFFY, L. VON —1971— "General Systems Theory". G. Brazillier. New York.
- BERTALANFFY, L. VON y OTROS —1984— "Tendencias en la Teoría General de Sistemas". Alianza Universidad. Madrid.
- BERTONIO, L. (1612) —1879— "Vocabulario de la Lengua Aymara". B. G. Teubner. Leipzig.
- BINFORD, L. —1962— "Some Comments on Historical Vs. Processual Archaeology". Binford Ed. 1972.
- BINFORD, L. —1964— "A consideration of archaeological research design". Binford Ed.; 135. 1972.
- BINFORD, L. —1965— "Archaeological systematic and the study of cultural process". American Antiquity; vol. 31.
- BINFORD, L. y BINFORD, S. R. —1968— "New Perspectives in Archaeology". Mem. Nº 69 American Anthropology Association. Carbondale.
- BINGHAM, H. —1915— "The Story of Manchu Picchu". National Geographic Magazine Vol. XXVII. Washington.
- BOMAN, E. —1908— "Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama". 2 vols. Paris.
- BOMAN, E. —1923— "Los ensayos de establecer cronología prehispánica en la región Diaguita". Academia Nacional de Historia de Quito; Boletín; Vol. 6. Quito.
- BRAUDEL, F. —1970— "La Historia y las Ciencias Sociales". Madrid
- BRUCH, C. —1904— "Descripción de algunos sepulcros Calchaquíes". Rev. Museo de La Plata; T. II. La Plata.
- BRUCH, C. —1911— "Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca". Rev. Museo de La Plata; T. XIX. Primera Parte. Buenos Aires.
- CACERES FREYRE, J. —1956— "Expedición de la Sociedad Argentina de Americanistas a Laguna Blanca (Pcia. de Catamarca)". Rev. Geog. Amer.; año XXIII; vol. LX; Nº 242. Buenos Aires.
- CALNEK, E. —1969— "Subsistence agriculture and the urban development of Tenochtitlán". Trabajo presentado al A. A. A. Boston Meeting. Diciembre 26-31.
- CALVO, S. A. —1980— "Cusco, la traza urbana de la ciudad Inca". Proy. PER. 39. Unesco, INC. Perú.
- CARDICH, A. —1980— "El fenómeno de las fluctuaciones de los límites superiores del cultivo en los Andes: su importancia". Rel. Soc. Arg. Antrop.; XIV, 1. Buenos Aires.
- CARNEGIE INSTITUTION OF WASHINGTON, News Service Bulletin —1926— "Buried Temple Discovered at Site of Ancient Maya Capital". Carnegie Institution of Washington; Vol. 1; Nº 1 (Julio 24). Washington D. C.
- CASANOVA, E. —1933— "Tres ruinas indígenas en la Quebrada de La Cueva". Anales del Museo Nacional de Historia Natural; Antrop. public. Nº 76; T. XXXVII. Buenos Aires.
- CASANOVA, E. —1934— "Observaciones preliminares sobre la arqueología de

- Coctaca". XXV Cong. Amer. Vol. II. Buenos Aires.
- CASANOVA, E. —1938— "Investigaciones arqueológicas en Sorcuyo". Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales. T. 39. Buenos Aires.
- CASANOVA, E. —1936— "El Altiplano Andino". En: "Historia de la Nación Argentina". Ed. Junta de Historia y Numismática Americana; Vol. 1 Buenos Aires.
- CASANOVA, E. —1950— "La restauración del Pucará". Inst. de Antropología. Fac. Fil. y Let.; Univ. Nac. de Buenos Aires. Buenos Aires.
- CATHERWOOD, F. —1844— "Views of Ancient Monuments in Central America, Chiapa and Yucatán". 2 vols. New York.
- CIEZA, DE LEON, P. (1553) —1947— "Primera Parte de la Crónica del Perú". Biblioteca de autores españoles; T. 26. Madrid.
- CIGLIANO, E. M. —1958— "Arqueología de la zona de Famabalasto (Prov. Catamarca)". RUNA; Vol. 8. Parte Segunda. Buenos Aires.
- CIGLIANO, E. M. —1960— "Nuevos aportes sobre las primeras culturas alfareros-agrícolas del Valle de Santa María". Acta Prehistórica; III-IV. Buenos Aires.
- CIGLIANO, E. M. —1961— "Nuevos aportes sobre la Cultura Condorhuasi para el área Central del N. O. Argentino (Nota Preliminar)". Notas del Museo de La Plata; XX; N° 76. Buenos Aires.
- CIGLIANO, E. M. —1966— "Contribución a los fechados radiocarbónicos argentinos". Rev. Museo de La Plata (N. S.). T. VI; Antrop. La Plata.
- CIGLIANO, E. M. —1967— "Investigaciones Antropológicas en el Yacimiento de Juella (Depto. Tucumán, Jujuy)". Rev. Museo de La Plata (N. S.); T. VI; Antrop. N° 34. La Plata.
- CIGLIANO, E. M. y COL. —1960— "Investigaciones Arqueológicas en el Valle de Santa María". Inst. Antrop. Univ. Nac. Litoral; 4. Rosario.
- CIGLIANO, E. M. y COL. —1973— "Tastil, una ciudad preincaica argentina". Ed. Cabargó. Buenos Aires.
- CIGLIANO, E. M. y R. RAFFINO, —1973— "Tastil: un modelo cultural de adaptación, funcionamiento y desarrollo de una sociedad urbana prehistórica". Relac. Soc. Arg. Antrop. (N. S.); T. VII. Buenos Aires.
- CIGLIANO, E. M., R. RAFFINO y H. CALANDRA —1976— "La Aldea Formativa de Las Cuevas" Relac. Soc. Arg. Antrop. (N. S.); T. X. Buenos Aires.
- CIGLIANO, E. M. y R. RAFFINO —1977— "Un modelo de poblamiento en el N. O. argentino Período de los Desarrollos Regionales". Obra del Centenario del Museo de La Plata; Antrop.; T. II. La Plata.
- CLARKE, D. —1968— "Analytical Archaeology". Methuen. London.
- CLARKE, D. —1977— "Spatial Archaeology". Londres.
- COBO, B. (1653) —1956— "Historia del Nuevo Mundo". Biblioteca de Autores Españoles; T. 91-92. Madrid.
- COE, M. —1965— "A model of Ancient Community Structure in the Maya Lowlands". Southwestern Journal of Anthropology; XXI; 2.
- CONI, E. —1925— "Los Guaraníes y el Antiguo Tucumán". Rev. Univ. Bs. As. T. II. Buenos Aires.
- CONQUISTADOR ANONIMO —1941— "Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Tenestitlán". Ed. América. México.
- COOK, O. —1920— "Foot-plow agriculture in Peru". Ann. Report of Smithsonian Institution f. 1918. Washington.
- COOK, O. —1921— "Milpa Agriculture, a primitive tropical System. Report S. I.
- CORNEJO, A. —1945— "Contribución a la historia de la propiedad inmobiliar en Salta en la época virreinal". Ed. El Ateneo. Buenos Aires.
- CORTÉS, II. —1866— "Cartas y Relaciones... al Emperador Carlos V". Ed. de Pascual de Gayangos, A. Chaix y Ca. París.
- CREMONTE, M. B. —1981— "Investigaciones arqueológicas en la Quebrada la Ciénaga". Depto. Taft. Informe Mecanografiado. CONICET.
- CUIAPPE, D. —1965— "Estudio arqueológico de la Colección Methfessel del Museo de la Plata". Tesis Doctoral. Fac. Ciencias Naturales y Museo. Univ. Nac. de La Plata. La Plata.
- DANIEL, G. E. —1968— "El concepto de prehistoria". Barcelona.
- DEBENEDETTI, S. —1908— "Exploraciones arqueológicas a las ruinas de Kipón". Fac. Fil. y Let.; Univ. Nac. de Buenos Aires. Antrop. N° 4. Buenos Aires.

- DEBENEDETTI, S. —1912— "Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la región del N. O. argentino". (Nota Preliminar). Fac. Fil. y Let.; Univ. Nac. de Buenos Aires. Public. Secc. Antrop.; N° 11. Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, S. —1917— "Investigaciones arqueológicas en los Valles preandinos en la Provincia de San Juan". Fac. Fil. y Let.; Universidad Nacional de Buenos Aires. Public. Secc. Antrop.; N° 15. Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, S. —1918— "Las ruinas prehispánicas del Alfarco". Public. Museo Etnográfico. Fac. Fil. y Let. U. B. A.; N° 18. Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, S. —1921— "La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspichango". Fac. Fil. y Let. Univ. Nac. de Buenos Aires; Antrop. N° 20. Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, S. —1930 a— "Chullpas en las cavernas del río San Juan Mayo". Fac. Fil. y Let. Univ. Nac. de Buenos Aires. Notas del Museo Etnográfico; N° 1. Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, S. —1930 b— "Las ruinas del Pucará". Fac. Fil. y Let. Univ. Nac. de Buenos Aires. Archivos del Museo Etnográfico; N° II (1ra. Parte). Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, S. y E. CASANOVA —1935— "Tiliconte". Public. del Museo Antrop. y Etnográfico; serie A; III. Fac. Fil. y Let. Univ. Nac. de Buenos Aires. Buenos Aires.
- DE ABAD, A. (1585-1589). "Información levantada por el Procurador del Cabildo de Santiago del Estero, Alonso Abad, entre los vecinos, destinada a demostrar los notables servicios... en el descubrimiento y conquista de la comarca del Tucumán". En: Le villier, R.; 1918. "Gobernación del Tucumán. Correspondencia de los Cabildos en el siglo XVI". Colecc. Public. Inst. Bibl. Cong. Arg. Madrid.
- DE LA FUENTE, N. —1973— "Informe arqueológico sobre el Valle de Vinchina (Pcia. de La Rioja)". Rev. del Inst. Antrop. Córdoba; T. IV. Córdoba.
- DÍAZ DEL CASTILLO, B. (1632) —1964— "Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España". Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA). Buenos Aires.
- DIFRIERI, II. —1947— "Las ruinas del Potrero de Payogasta". Actes du XXVIII Cong. Int. Amer. París.
- DORAN, J. E. y HODSON, F. R. —1976— "Mathematics and computers in Archaeology". Harvard Univ. Press. Cambridge, Massachusetts.
- D'ORBIGNY, A. —1839— "L'Homme Américain". París.
- FERNANDEZ, D. (1571) —1913— "Primera Parte de la Historia del Perú". Biblioteca Hispania; Tomos I y II. Madrid.
- FERNANDEZ, A. —1978— "Nota Preliminar sobre dos sitios arqueológicos de la Quebrada de Incamayo". Sapientia; II. Chivilcoy.
- FLANNERY, K. —1968— "Archaeological Systems Theory and Early Mesoamérica". B. Meggers Ed. "Anthropological archaeology in the Americas".
- FLANNERY, K. —1976— "The early Mesoamerican village". Academic Press.
- FURQUE, II. —1900— "Las ruinas de Londres de Quimivil (Catamarca)". Anales de la Soc. Científica Argentina; Tomo XLIX. Buenos Aires.
- GAMBER, M. —1974— "Primitivo Poblamiento Prehispánico del Valle de Iglesia". Rev. Hunuc Huar; II. Inst. Invest. Arq. y Museo. Univ. Nac. San Juan. San Juan.
- GAMIO, M. —1913— "Arqueología de Alzcapotzalco, D. F. México". Proceedings; 18th International Congress of Americanists. London.
- GARCILASO DE LA VEGA, I. (1609) —1960— "Primera Parte de los Comentarios Reales...". Biblioteca de Autores Españoles; T. 133. Madrid.
- GASPARINI, G. y MARGOLIES, L. —1977— "Arquitectura Inka". Univ. Central de Venezuela. Caracas.
- GATTO, S. —1934— "Un gran ro o silo en la Quebrada de Coctaca". Buenos Aires.
- GATTO, S. —1946— "Exploraciones arqueológicas en el Pucará de Volcán". Rev. Mus. La Plata. T. IV; N° 18. La Plata.
- GONZALEZ, A. R. —1954— "La casa pozo en el N. O. argentino". Rev. Mus. Mar del Plata; V. 1. Mar del Plata.
- GONZALEZ, A. R. —1954 b— "Las ruinas de Loma Rica y alrededores". Natura; T. I. Buenos Aires.
- GONZALEZ, A. R. —1957— "Breve noticia de las investigaciones arqueológicas efectuadas en

- el Valle de Huallín". Rev. Mus. Mar del Plata; V. 1, 3. Mar del Plata.
- GONZALEZ, A. R. —1955— "Contextos culturales y cronología en el área central del N. O. argentino". Anal. de Arqueol. y Etnol.; Vol. XI. Mendoza.
- GONZALEZ, A. R. —1959— "Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método del radiocarbón". Ciencias e Investigación; T. 16, N° 4. Buenos Aires.
- GONZALEZ, A. R. —1962— "Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método del radiocarbón". (IV). Rev. Inst. Antrop.; T. I. Córdoba.
- GONZALEZ, A. R. —1963— "Cultural development in North Western Argentine". Smithsonian Inst.; 146, 1. Washington.
- GONZALEZ, A. R. —1964— "La cultura de La Aguada en el Noroeste Argentino". Rev. Inst. Antrop.; T. II. Córdoba.
- GONZALEZ, A. R. —1966— "Las ruinas del Shincal". 1er. Cong. Historia de Catamarca. T. III. Catamarca.
- GONZALEZ, A. R. —1977— "Arte precolombino de la Argentina". Buenos Aires.
- GONZALEZ, A. R. —1980— "Patrones de asentamiento incaico en una provincia marginal del imperio". Rel. Soc. Arg. Antrop.; T. XIV, 1. Buenos Aires.
- GONZALEZ, A. R. —1982— "Las Provincias Inca del antiguo Tucumán". Rev. Mus. Nac. Lima. T. XLVI. Lima.
- GONZALEZ, A. R. y V. NUÑEZ RECUEIRO —1959— "Apuntes preliminares sobre la arqueología del Campo del Pucará y alrededores". Anales de Arqueol. y Etnol. 14-15. Mendoza.
- GONZALEZ, A. R. —1960— "Preliminary report on Archaeology research in Tafi del Valle, N. W. Argentina. XXXIV Cong. Int. Amer. Vicna.
- GONZALEZ, A. R. y J. PEREZ —1968— "Una nota de etnobotánica del N. O. argentino". Actas y Mem. XXXVII Cong. Int. Amer. V. 2. Buenos Aires.
- GONZALEZ, A. R. y H. LAGIGLIA —1973— "Registro nacional de fechados radiocarbónicos. Necesidad de su creación". Rel. Soc. Arg. Antrop. (N. S.); T. VII. Buenos Aires.
- GONZALEZ, A. R. y M. C. SEMPE —1975— "Prospección arqueológica en el Valle de Abaucán". Rev. Inst. Antrop.; N° 2. Univ. Nac. Tucumán. Tucumán.
- GORDON, O. —1896— "Prehistoric ruins of Copan, Honduras". A preliminary Report of the Explorations by the Museum, 1891-95. Mem. of The Peabody Museum of Amer. Archaeol. and Ethnol. Harvard Univ. Vol. 1, N° 1. Cambridge.
- GRESLEBIN, H. —1929— "Tipo de cámara sepulcral en la Quebrada de Coctaca". Physis; T. II. Buenos Aires.
- GRESLEBIN, H. —1940— "Arqueología de la Tambería del Inca". Soc. Central de Arquitectos. Buenos Aires.
- GUTIERREZ, R. y G. VIÑALES —1971— "Arquitectura de los Valles Calchaquies". Univ. Nac. Nordeste. Resistencia.
- HARDISTY, D. —1977— "Antropología ecológica". Ed. Bellaterra. Barcelona.
- HARDY, J. —1964— "Ciudades precolombinas". Buenos Aires.
- HARDY, J. —1968— "Urban planning in Pre-Columbian America". George Braziller. New York.
- HART-TERRE, E. —1933— "Incauasi, ruinas Inkaicas del valle del Lunahuana". Rev. Mus. Nac.; II. Lima.
- HIMPEL, C. —1966— "Philosophy of Natural Sciences". Prentice Hall. Englewood Cliff.
- HEREDIA, O. —1968— "Arqueología de la Subárea de las Selvas Occidentales". Actas y Mem. XXXVII Cong. Int. Amer., Vol. II. Buenos Aires.
- HERRERA, A. DE —1730— "Historia General...". 4 Vols. Madrid.
- HIDALGO, J. —1982— "Culturas y etnias protohistóricas: área andina meridional. Chungara; Vol. 8. Arica.
- HIGGS, E. y VITA FINZI, C. —1972— "Prehistoric economics: a territorial approach". in M. Schiffer: *Archaeological Methods and Theory*. New York.
- HOLGUIN, D. G. DE (1607) —1952— "Vocabulario de la lengua Aymara". Lima.
- HOLMES, W. —1857-1897— "Archaeological studies among the ancient Cities of México. I, Yucatán; II, Chiappas. Oaxaca. and the Valley of México". Anthropological Series; Vol. 1; N° 1. Field Columbian Museum. Chicago.
- HUAMAN POMA DE AYALA, F. (1613?) —1936—

- "*Nueva Crónica y Buen Gobierno*". Travaux et Memoires de l'Institut d'Ethnologie; T. XXIII. París.
- HYSLOP, J. —1984— "*The Inka road system*". Academic Press.
- HYSLOP, J. —1985— "Inkawasi, the new Cuzco". Inst. Andean Research. 245 New York.
- HYSLOP, J. y DIAZ, P. —1983— "El camino Incaico Calchaquí-Tasil". Gaceta Arqueol. Andina. 1; Nº 6. Lima.
- IBARRA GRASSO, D. E. —1958-1959— "Los primeros agricultores de Bolivia". Anales de Arqueología y Etnología. Fac. Filos. y Let.; Univ. Nac. Cuyo. T. XIV-XV. Mendoza.
- IBARRA GRASSO, D. E. —1967— "*Argentina Indígena*". Edit. TEA. Buenos Aires.
- ISELL, W. y SCHREIBER, K. —1978— "Was Huari a state?". American Antiquity. 43. Salt L. City.
- KENDALL, A. —1974— "Descripción e inventario de las formas arquitectónicas Inca. Patronos de distribución e inferencias cronológicas. Rev. del Museo Nacional de Lima. Lima.
- KIDDER, A. —1924— "An Introduction to the Study of Southwestern Archaeology with a Preliminary Account of the excavations at Pecos". Papers of the Phillips Academy, Andover, Southwestern Expedition; Nº 1. New Haven.
- KIRCHOFF, P. —1943— "Mesoamérica". Acta Americana; Vol. I. México, D. F.
- KOSOK, P. —1965— "*Life, Land and Water in Ancient Perú*". Long Island University Press. New York.
- KRAPOVICKAS, P. —1955— "El Yacimiento de Tebenquiche (Puna de Atacama)". Public. Inst. Arq. Univ. Nac. Bs. As. Fac. Filos. y Let.; III. Buenos Aires.
- KRAPOVICKAS, P. —1959— "Un taller lapidario en el Pucará de Tilcara". RUNA; Vol. IX. Buenos Aires.
- KRAPOVICKAS, P. —1965— "La cultura de Yaví. Una nueva entidad cultural puncheña". ETNIA; Nº 2. Olavarría.
- KRAPOVICKAS, P. —1968— "Subárea de la Puna Argentina". Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas; Vol. 2. Buenos Aires.
- KRAPOVICKAS, P. —1969— "La instalación aborígen en Pucará de Yacoraite (Jujuy)". ETNIA; Nº 10. Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce". Inst. Invest. Antrop. Olavarría.
- KRAPOVICKAS, P. —1970— "Observaciones sobre la arqueología del Noroeste de la Puna Argentina". Relac. Soc. Arg. Antrop. (N. S.); T. V. Buenos Aires.
- KRAPOVICKAS, P. —1977— "Arqueología de Cerro Colorado (Depto. Yaví; Pcia. Jujuy; Rca. Argentina)". Obra del Centenario del Museo de La Plata; Antrop. T. II. La Plata.
- KRAPOVICKAS, P. y CIGLIANO, E. —1963— "Investigaciones arqueológicas en el Valle del Río Grande de San Juan". Anales de Arqueología y Etnología. Fac. Filos. y Let.; Univ. Nac. Cuyo; T. XVII-XVIII. Mendoza.
- KRITSKAUTZKY, N. —Informe sobre las excavaciones en Fuerte Quemado en 1979". MS.
- KROEBER, A. —1926— "The Uhle Pottery Collections from Chancay". University of California. Publications in American Archaeology and Ethnology; Vol. 21; Nº 7. Berkeley.
- KROEBER, A. —1944— "Peruvian Archaeology in 1942". Vicking Publications in Anthropology; Nº 4. New York.
- KUBLER, G. —1962— "*The Art and Architecture of Ancient America*". The Pelican History of Art. Penguin Books. Harmondsworth. Middlesex.
- LAFON, C. R. —1954— "Arqueología de la quebrada de La Huerta (qda. de Humahuaca; Pcia. de Jujuy)". Public. Inst. Arq. Buenos Aires.
- LAFON, C. R. —1956— "El horizonte Incaico en Humahuaca". Anal. de Arqueol. y Etn. Univ. Nac. de Cuyo; T. XII. Mendoza.
- LAFON, C. R. —1958— "Contribución a la determinación del Horizonte Incaico del Arca Diaguita". Centro Argentino de Estudios Prehistóricos. Acta Prehistórica; II. Buenos Aires.
- LAFON, C. R. —1958— b) "De la Cronología y Origen de las Culturas del N. O. argentino". Rev. Museo de La Plata (NS); T. V; Nº 23. La Plata.
- LAFON, C. R. —1967— "Un estudio sobre la fúnebra Humahuaca". RUNA. Fac. Fil. y Let.; Univ. Nac. Bs. As.; Vol. X; 1-2. Buenos Aires.
- LAFONE QUEVEDO, S. —1898— "*Tesoro de Catamarqueñismos*". Ed. Coni. Buenos Aires.
- LAFONE QUEVEDO, S. —1902— "Las ruinas de Pajanco y Tuscumayo entre Siján y Pomán".

- Rev. Museo de La Plata; Antrop.; T. X. La Plata.
- LAPONE QÜEVEDO, S. —1902— b) "Viaje á los Menhires e Intihuatana de Tafi y Santa María". Rev. Museo de La Plata; T. XI. La Plata.
- LAHITTE, II., BERBERIAN, E. y CALANDRA, II. —1981— "Misión científica 'Tafi del Valle'. Cuadernos LARDA; N° 9. Ed. Ramos Americana. La Plata.
- LANDA, D. DE (1566) —1959— "*Relación de las cosas de Yucatán*". Ciudad de México. Edit. Porrúa.
- LANGE, G. —1892— "Las Ruinas del Pueblo de Watungasta". Anales del Museo de La Plata; Sección Arqueología; II. La Plata.
- LANGE, G. —1892— b) "Las Ruinas de la Fortaleza del Pucará (Prov. Catamarca)". Anales del Museo de La Plata; Sección Arqueología; III. La Plata.
- LANZONE, L. —1968— "El Pucará de Rodero". Univ. del Salvador. Fac. Fil. y Let. Inst. Arq. Public. N° 1. Buenos Aires.
- LANZONE, L. —1969— "Exploraciones arqueológicas en la Puna de Jujuy". Antiquitas; N° 8. Buenos Aires.
- LANZONE, L. y SUETTA, J. M. —1970— "Nuevos aportes para el estudio del asentamiento humano en la Puna de Jujuy". Antiquitas; N° 10. Buenos Aires.
- LARROUY, A. —1914— "Los indios del Valle de Catamarca, estudio histórico". Fac. Fil. y Let.; Univ. Nac. Bs. As. Antrop.; N° 14. Buenos Aires.
- LARROUY, A. —1923— "*Documentos del Archivo de Indias para la Historia del Tucumán*". Tomo I. Buenos Aires.
- LEVILLIER, R. —1926— "*Nueva crónica de la Conquista del Tucumán*". Lima.
- LIBERANI, I. y HERNÁNDEZ, R. —1877— "Excursión arqueológica en los Valles de Santa María, Catamarca". Inst. Arq. Univ. Nac. Tucumán. Public. N° 563. Tucumán.
- LORANDI, A. —1974— "Espacio y Tiempo en la Prehistoria Santiaguense". Relac. Soc. Arg. Antrop. (NS); T. VIII. Buenos Aires.
- LORANDI, A. —1982— "Establecimiento incaico El Potrero en Andalgalá; Pcia. Catamarca". Novedades del Museo de La Plata; Vol. 1; N° 4. La Plata.
- LOZANO, P. —1875— "*Historia de la Conquista del Paraguay Río de La Plata y Tucumán*". Ed. A. Lamas. Buenos Aires.
- MADRAZO, G. —1965— "Misión arqueológica a Caspalá". ETNIA; Vol. 1. 1ra. Parte Museo Municipal "Dámaso Arce". Olavarría.
- MADRAZO, G. —1969— "Recaptura de la investigación en Alfarcito". Monografía Museo Municipal "Dámaso Arce"; N° 4. Olavarría.
- MADRAZO, G. y OTONELLO, M. —1965— "A. Tucología del Noroeste Argentino; algunas interpretaciones funcionales para el Período Tardío". ETNIA; N° 2. Olavarría.
- MADRAZO, G. y OTONELLO, M. —1966— "Tipos de instalación prehispánica en la región de la Puna y su borde". Monografías; N° 1. Museo Municipal "Dámaso Arce". Olavarría.
- MARQUEZ MIRANDA, F. —1934— "El Pucará del Pie de la Quebrada de Colanzuli. Nota Preliminar sobre un nuevo yacimiento arqueológico saltense". Notas Preliminares del Museo de La Plata; T. II. Buenos Aires.
- MARQUEZ MIRANDA, F. —1937— "Arquitectura Aborígen en la Provincia de Salta". Relac. Soc. Arg. Antrop.; T. I. Buenos Aires.
- MARQUEZ MIRANDA, F. —1939— "Cuatro Viajes de Estudio al más remoto Noroeste Argentino". Rev. Museo de La Plata (NS); T. I; Secc. Antrop. Buenos Aires.
- MARQUEZ MIRANDA, F. —1942— "Notas de Viaje a los Departamentos de Iruya y Santa Victoria (Pcia. de Salta). Rev. Geográfica Americana; Año IX; Vol. XVII; N° 105 (Junio). Buenos Aires.
- MARQUEZ MIRANDA, F. —1946— "Dos investigaciones en el Pucará de Humahuaca". Rev. Geográfica Americana; Año 13; Vol 25; N° 153. Buenos Aires.
- MARQUEZ MIRANDA, F. y CIGLIANO, E. —1961— "Problemas arqueológicos en la zona de Ingenio del Arenal (Catamarca)". Rev. Museo de La Plata (NS); T. V; Antrop. La Plata.
- MARQUINA, I. —1951— "*Arquitectura Prehispánica*". Inst. Nac. Antrop. e Hist. México.
- MATOS MENDIETA, R. —1972— "Wakan y Wamalli; estudio arqueológico de aldeas rurales". En: *Vista a la Provincia de León de Huánuco*. Univ. Hermilio Valdizan; T. II. Huánuco.
- MAYNTIAUSEN, B. —1968— "Los grandes sistemas de irrigación prehispánica. Río Mendoza".

- Anal. Arq. y Etnol. Univ. Nac. Cuyo; T. XXIII. Mendoza.
- MEANS, P. —1931— "*Ancient Civilization of the Andes*". New York.
- MERWIN, R. y G. VAILLANT —1932— "The Ruins of Holmul, Guatemala". Mem. of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology. Harvard Univ. V. 3; N° 2. Cambridge.
- MESA, J. y T. GIBERT —1972— "La arquitectura incaica en Bolivia". Bol. Centro de Inv. Hist. y Est.; 13. Univ. Venezuela. Caracas.
- MILLON, R. —1964— "Teotihuacán Mapping Project". American Antiquity; 29.
- MITRE, B. —1879— "*Las ruinas de Tiabuanaco*". Hachette. (2da. Ed. 1954) Buenos Aires.
- MORENO, F. —1890— "Exploración arqueológica de la Provincia de Catamarca". Rev. Museo de La Plata; T. I. Buenos Aires.
- MORLEY, S. —1913— "Excavations at Quiriguá, Guatemala". National Geographic Magazine; Vol. XXIV. Washington.
- MORRIS, C. —1972— "El almacenaje en dos aldeas de los Chupaychu". En: Visita a la Prov. de León de Huánuco. Univ. Nac. Hermilio Valdizan; II. Huánuco.
- MORRIS, C. —1973— "Establecimientos estatales en el Tawantinsuyu: una estrategia de urbanismo obligado". Rev. Museo Nacional; 39. Lima.
- MORRIS, C. —1974— "El muestreo en la excavación de sitios urbanos; el caso de Huánuco Pampa". Rev. Museo Nacional; 40. Lima.
- MORRIS, C. —1980— "Huánuco Pampa, nuevas evidencias sobre el urbanismo Inca". Rev. Museo Nacional de Lima. 44. Lima.
- MORRIS, C. —1981— "Tecnología y organización Inca en el almacenamiento de víveres en la Sierra". En: *La tecnología en el Mundo Andino*; T. I. Univ. Aut. Inst. Invest. Antrop. Serie Antrop.; 36. México.
- MORRIS, C. y D. THOMPSON —1970— "*Huánuco Viejo: an Inca Administrative Center*". American Antiquity; XXXV.
- MOSELEY, M. y C. MACKAY —1972— "Peruvian Settlement Pattern Studies site Methodology". American Antiquity; XXXVII.
- MOSSI, H. —1860— "*Gramática del idioma Quichua*". Abril 28 de 1860. Imprenta Boliviana. Sucre.
- MOSTNY, G. —1949— "Ciudades Atacameñas". Boletín del Museo Nacional de Historia Natural; T. XXIV. Santiago de Chile.
- NARDI, R. —1966-1967— "Contribuciones a la arqueología de San Juan". Buenos Aires.
- NORDENSKIÖLD, G. —1893— "*The Cliff Dwellers of the Mesa Verde, Southwestern Colorado; their pottery and implements*". Translated by D. L. Morgan. Stockholm.
- NORDENSKIÖLD, E. —1915— "*Incacallajta, en fastning, bygd och aux Inca Tupac Yupangui*". Foreninger och aventyr y Sydamerika. Ed. Albert Bonniers Forlag. Stockholm.
- NORDENSKIÖLD, E. —1915— b) "Incacallajta, eine befestigte und von Inca Tupac Yupangui". Angelegte Stadt. Ymer; Hef 2. Stockholm.
- NORDENSKIÖLD, E. —1917— "The Guarani Invasion of the Inca Empire in the sixteenth Century". The Geographical Review; Vol. 4; N° 2.
- NUÑEZ REGUEIRO, V. —1970— "Excavaciones arqueológicas en la Unidad D1 de los Yacimientos de Alumbra". Anales de Arqueología y Etnología; T. XXIV-XXV Univ. Nac. Cuyo. Mendoza.
- NUÑEZ REGUEIRO, V. —1971— "La cultura Alamito de la subárea Valliserrana del Noroeste Argentino". Journal de la Société des Americanistes; T. LX. París.
- NUÑEZ REGUEIRO, V. —1972— "Conceptos teóricos que han obstaculizado el desarrollo de la arqueología en Sudamérica". Estudios de Arqueología; 1. Cachi, Salta.
- NUÑEZ REGUEIRO, V. —1974— "Conceptos instrumentales y Marco Teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del N. O. argentino". Rev. Inst. Antrop. Córdoba; T. V. Córdoba.
- OLIVERA, D. —1985— "Informe de los trabajos de campo en Antofagasta de la Sierra". (MS).
- OTONELLO, M. y KRAPOVICKAS, P. —1973— "Ecología y Arqueología de cuencas en el sector oriental de la Puna". Dir. Antrop. e Hist., N° 1. Jujuy.
- PACHACUTI, S. (1613) —1950— "*Relación de antigüedades deste reyno del Perú*". Asunción del Paraguay.

- PALERN, A. —1952— "La civilización urbana". *Historia mexicana*; II. El Colegio de México. México.
- PALERN, A. —1955— "The Agricultural Bases of Urban Civilization in Mesoamérica". In: *Irrigation Civilizations: a comparative study*. J. Steward Ed. Pan American Union. Washington, D. C.
- PALMA, J. —1984— "Informe de los trabajos de campo en Humahuaca" (MS).
- PARSONS, J. —1971— "Prehistoric Settlement Patterns in the Texcoco Region, México". Memoire of the Museum of Anthropology. Univ. of Michigan.
- PAULOTTI, O. —1967— "Las ruinas de los Nevados de Aconquija". RUNA. IX. 1 y 2. Buenos Aires.
- PELLISERO, N. —1975— "Arqueología de la Quebrada de Jucla". Dir. Prov. de Cultura de Jujuy. San Salvador de Jujuy.
- PELLISERO, N. y DIFRIERI, H. —1981— "Quilmes. Arqueología y Etnohistoria de una ciudad Prehispánica". Gobierno de la Provincia de Tucumán. San Miguel de Tucumán.
- PEREZ, J. —1968— "Subárea de Humahuaca". Actas y Memorias del XXXVII Cong. Int. Amer.; Vol. II. Buenos Aires (1966).
- PETRONI, C. A. y R. K. DE KENIGSBURG —1966— "Diccionario de Urbanismo". Bs. As.
- PIÑA CHAN, R. —1963— "Ciudades arqueológicas de México". Inst. Nac. de Antropología e Historia. México.
- PIZARRO, P. (1572) —1978— "Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú". Edición, consideraciones preliminares Guillermo Lohman Villena y Nota Pierre Duviols. Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial.
- PODESTÀ, C. y E. PERROTA —1973— "Relaciones entre culturas del Noroeste Argentino. San José y Santa María". Antiquitas; N° 17. (Noviembre). Buenos Aires.
- POLO DE ONDEGARDO, J. (1571) —1916— "Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros...". Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú; Serie 1; T. III. Lima.
- POSNANSKY, A. —1914— "Una metrópoli prehistórica en la América del Sud". Ed. Dietrich Reimer; 1. Berlín.
- POLLARD, G. C. —1982/83— Nuevos aportes a la prehistoria del Valle Calchaquí, Noroeste argentino. Estud. de Arqueología. Nros. 3-4. Cachi.
- QUIROGA, A. —1897— "Calchaquí". Tucumán.
- QUIROGA, A. —1901— "Ruinas calchaquíes, Fuerte Quemado". Anales de la Sociedad Científica Argentina. T. LII. Buenos Aires.
- RAFFINO, R. A. —1969— "Nota preliminar sobre dos nuevos sitios incaicos del NW. argentino". ETNIA; Vol. 10. Olavarría.
- RAFFINO, R. A. —1972— "Las sociedades agrícolas del Período Tardío en la Qda. del Toro y alrededores" (Prov. de Salta). Rev. Museo de La Plata; Antrop.; T. VII. La Plata.
- RAFFINO, R. A. —1973— "Agricultura hidráulica y simbiosis económica-demográfica en la Qda. del Toro". (Prov. de Salta). Rev. Museo de La Plata; Antrop. T. VII. La Plata.
- RAFFINO, R. A. —1973— "Etnohistoria y Arqueología de la Qda. del Toro: La expedición española de Diego de Rojas al N. O. argentino y sus derivaciones hacia los estudios arqueológicos". Ampurias; T. 35. Barcelona.
- RAFFINO, R. A. —1975— "Potencial ecológico y modelos económicos en el N. O. argentino". Relac. Soc. Arg. Antrop.; T. IX. Buenos Aires.
- RAFFINO, R. A. —1976— "Las aldeas del Formativo Inferior de la Quebrada del Toro". Estudios Atacameños; Vol. 5. Universidad del Norte. Chile.
- RAFFINO, R. A. —1977— "Las aldeas del Formativo Inferior de la Quebrada del Toro". Obra Homenaje al Centenario del Museo de La Plata; Antrop.; T. II. La Plata.
- RAFFINO, R. A. —1977— "Comentario al trabajo "Cultural resource management and archaeological research: The cache project" by M. B. Schiffer and J. H. House. Current Anthropology. Vol. 18.
- RAFFINO, R. A. —1978— "La ocupación Inka en el N. O. argentino. Resumen y Perspectivas". Relaciones Soc. Arg. Antrop.; T. XII (NS). Buenos Aires.
- RAFFINO, R. A. —1981— "Sobre alpataucas y pirámides ceremoniales". Rev. Novedades del Museo de La Plata; Vol. 1. La Plata.

- RAFFINO, R. A. —1981— "Dos casos de rescate arqueológico en Argentina: Salto Grande y Cabra Corral". Conferencia sobre rescate arqueológico del Nuevo Mundo. Quito.
- RAFFINO, R. A. —1982— "*Los Inkas del Kollasuyu*". Origen, naturaleza y transfiguraciones de la ocupación Inka en los Andes Meridionales". Ed. Ramos Americana. 301 pág. 110 Lám. La Plata.
- RAFFINO, R. A. —1983— "Arqueología y Etnohistoria de la región Calchaquí". Presencia Hispánica en la arqueología de Argentina; Vol. 2. Univ. Nac. Nordeste; Fac. Humanidades. Resistencia.
- RAFFINO, R. A. —1983— "*Los Inkas del Kollasuyu...*". 2ª Edic. corregida y aumentada. Ed. Ramos Americana. 320 pág. 117 Lám. La Plata.
- RAFFINO, R. A. —1984— "Excavaciones en El Churcal". Valle Calchaquí. Argentina. Rcv. Museo de La Plata; Secc. Antrop.; (NS); T. VIII; Nº 59. La Plata.
- RAFFINO, R. A. y E. M. CIGLIANO —1973— "La Alumbrecera, Antofagasta de la Sierra, un modelo de ecología cultural prehistórica". Relac. Soc. Arg. Antrop.; T. VII. Buenos Aires.
- RAFFINO, R. A. y J. TOGO —1975— "El yacimiento arqueológico de Cerro El Dique". Qda. del Toro. Prov. de Salta. Actas y Trabajos del I Cong. Nac. de Arqueología Argentina. Buenos Aires.
- RAFFINO, R. A., CIGLIANO, E. y M. E. MANSUR —1976— "El Churcal, un modelo de urbanización tardía en el Valle Calchaquí". Actas y Memorias del IV Cong. Nac. Arqueología Argentina. San Rafael, Mendoza.
- RAFFINO, R. A., E. TONNI y A. CIONE —1977— "Recursos Alimentarios y Economía en la Qda. del Toro". Relaciones Soc. Arg. Antrop.; T. XI (NS). Buenos Aires.
- RAFFINO, R. A. y E. M. CIGLIANO —1977— "Un modelo de poblamiento en el N. O. argentino para el Período de los Desarrollos Regionales". III Cong. Peruano del Hombre y la Cultura Andina. T. II. Lima.
- RAFFINO, R. A. —1978— "Nota sobre una nueva instalación agrícola del N. O. argentino". Rcv. Inst. Antrop. Univ. Nac. de Córdoba. T. VI. Córdoba.
- RAFFINO, R. A., RAVISA, G., BALDINI, L. y IACONA, L. —1979-82— "La expansión septentrional de la cultura La Aguada en el N. O. argentino". Cuadernos Inst. Nac. Antrop. (INA). Nº 9. Buenos Aires.
- RAFFINO, R. A., IACONA, L., OLIVERA, D. y ALBORNOS, A. —1979-82— "Aplicaciones de la Teoría de
- Sistemas y propuesta taxonómica de los vestigios Inka en los Andes Meridionales". Cuadernos Inst. Nac. Antrop. (INA). Nº 9. Buenos Aires.
- RAFFINO, R. A., BALDINI, L., OLIVERA, D. y ALVIS, R. —1984— "Huallín, El Shincal y Watungasta, tres casos de urbanización Inka en el N. O. argentino". Cuadernos Inst. Nac. Antrop. (INA). Nº 10. Buenos Aires.
- RAFFINO, R. A. y BALDINI, L. —1985— "El sitio arqueológico Molinos I. Nota preliminar". Anales de Arqueol. y Etnol. Univ. Nac. Cuyo. T. XXXVI. Mendoza.
- RAFFINO, R. A. y IACONA, L. —1983— "Análisis antropológico de una etapa histórica americana: El Imperio Inka". Rev. JANO. Nº 31. Buenos Aires.
- RAFFINO, R. A., ALVIS, R., OLIVERA, D. y PALMA, J. —1985— "La instalación Inka en la sección meridional de Bolivia y extremo septentrional de Argentina". Volumen Homenaje al 45 Cong. Int. de Americanistas (Bogotá, 1985). Comechingonia. Año 4. Córdoba.
- RAVISA, G. —1984— "Arqueología del N. O. de la Prov. de La Rioja". Informe CONICET. Buenos Aires.
- RAZZORI, A. —1945— "*Historia de la ciudad argentina*". Buenos Aires.
- REDMAN, CIL. L. —1974— "Archaeological sampling strategies". An Addition Wesley module in Anthropology. Nº 55.
- REISS, W. y A. STUBEL —1880-87— "*Das Totenfeld von Ancón in Perú*". 3 vols. Berlín.
- RIVERO, M. y J. VON TSCHIUDI —1851— "*Antigüedades peruanas*". 2 Vols. Viena.
- ROSEN, E. VON —1957— "*Un mundo que se va*". Fund. Miguel Lillo. Univ. Nac. Tuc.; 1. Tucumán.
- ROSTWOROWSKI, M. —1981— "Guarco y Lunaguená. Dos señorios prehispánicos de la Costa Sur Central del Perú". Rev. Museo Nacional de Lima; T. XLIV. Lima.
- ROWE, J. —1962— "Stages and Periods in archaeological interpretation". Southwestern Journal of Anthropology; 1.
- ROWE, J. —1963— "Urban Settlements in Ancient Perú". Naupa Pacha; 1. Berkeley.
- RUÍZ DE ARCE, A. (1533) —1933— "*Advertencias*". España.

- RUSCONI, C. —1962— "*Poblaciones pre y post hispánicas de Mendoza*"; T. II. Mendoza.
- RYKWERT, J. (1976) —1981— "*L'idea Di Città, antropologia della forma Urbana nel Mondo Antico*". C. Einaudi Ed. Torino.
- RYDEN, S. —1944— "*Contributions to the archaeology of the Río Loa Region*". Gotemburgo, Suecia.
- SALAGUN, D. DE —1942— "*Historia General de las cosas de Nueva España*". Ed. Nueva España. 3 vols. México.
- SAILLINS, M. D. —1972— "*Tribesmen*". Prentice Hall.
- SALAS, A. —1945— "El Antigal de Ciénaga Grande (Qda. de Purmamarca, Pcia. de Jujuy)". Public. Museo Etnográfico; Serie A; V. Fac. Filos. y Let. U. B. A. Buenos Aires.
- SANCIO DE LA HOZ, P. (1533?) —1917— "*Relación para S. M. de lo sucedido en la conquista de estas Provincias de la Nueva Castilla*". Colecc. Libros y Doc. referentes a la Historia del Perú; T. V. Lima.
- SANDERS, W. —1965— "*The Cultural Ecology of the Teotihuacan Valley*". Pennsylvania State University. University Park.
- SARMIENTO DE GAMBOA, P. (1572) —1943— "*Historia de los Incas*". Ed. y Nota Preliminar de A. Rosenblat. Emecé Edit. Buenos Aires.
- SERVICE, E. R. —1971— "*Primitive Social Organization, An evolutionary perspective*". Random House. 2ª. Ed. New York.
- SCHIAEDEL, R. P. —1966— "Urban growth and Ekistics on the Peruvian Coast". Univ. of Texas. Inst. Latin Amer. Studies; 41. Austin.
- SCHIAEDEL, R. P. —1966— "Incipient Urbanization and Secularization in Tiahuanaco, Perú". Amer. Antiquity; 3; XXXI, 1.
- SCHIAEDEL, R. P. —1968— "On the definitions of Civilization, Urban, City and Town in prehistoric America. Act. y Mem. XXXVII. Cong. Int. Amer.; Vol. I. Buenos Aires.
- SCHIAEDEL, R. P. —1969— "Patrones de poblamiento del altiplano surperuano: una hipótesis sobre la urbanización subdesarrollada. ETNIA; N° 10. Olavarría.
- SCHIAEDEL, R. P. —1972— "The city and the origin of the state in America". en: *Urbanization y proceso social en América*. Inst. Estudios Peruanos. Lima.
- SCIARVELSON, D. —1981— "*Arqueología y Arquitectura del Ecuador prehispánico*". México.
- SCHIFFER, M. —1976— "*Behavioral Archaeology*". Academic Press. New York.
- SCHIOBINGER, J. —1966— "Investigaciones arqueológicas en la Sierra de Famatina". Anal. Arqueol. y Etnol.; T. XXI. Mendoza.
- SCHIOBINGER, J. —1966 b— "La momia del Cerro El Toro". Anal. de Arqueol. y Etnol.; T. XXI (suplemento). Mendoza.
- SCHUEL, K. —1930— "Ruinas de poblaciones de los indígenas de la Provincia de Jujuy". V. Reunión Soc. Arg. de Patología; T. II. Buenos Aires.
- SEMPE, M.C. —1976— "Contribución a la arqueología del Valle de Abaucán" Tesis Doctoral. Fac. Ccias. Nat. y Musco. Univ. Nac. La Plata.
- SEMPE, M.C. —1977— "Caracterización de la cultura Saujil". Obra Centenario Museo La Plata. Antrop.; T. II. La Plata.
- SEMPE, M.C. —1977 b— "Las culturas agroalfareras prehispánicas del Valle de Abaucán. Rel. Soc. Arg. Antrop.; (NS); T. XI. Buenos Aires.
- SERRANO, A. —1936— "Arquitectura Diaguita". Rev. Geográfica Americana; T. V; Buenos Aires.
- SHIMADA, I. —1978— "Economy of a prehistoric urban context: Commodity and labor at Moche V Pampa Grande". Amer. Antiquity; XLIII.
- SORIANO, W. E. —1981— "El reino Aymara de Quillaca-Asanaque, siglos XV y XVI. Rev. Mus. Nac.; T. XLV. Lima.
- SOTELO NARVAEZ, P. (1583) —1885— "Relación de la Provincia del Tucumán..." en Relaciones Geográficas de Indias; T. II. Madrid.
- SPAULDING, A. —1968— "Explanation in Archaeology". en Bindford and Bindford. "*New Perspectives in Archaeology*". Aldine Publishing Co. Chicago.
- SQUIER, G. —1877— "*Perú, Incidents of Travel and Exploration in the Land of the Incas*". Harper and Brothers. New York.
- SQUIER, G. y DAVIS, E. —1848— "Ancient monuments of the Mississippi Valley". Smithsonian Contribution to Knowledge. Vol. 1. Washington, D. C.

- STEWART, J. —1841— "*Incidents of Travel in Central América, Chiapas and Yucatan*". 2 vols. New York.
- STEWART, J. —1955— "Theory of Culture Change: The methodology of multilinear evolution". Urbana, Ill. University of Illinois Press.
- STEWART, J. —1960— "Algunas aplicaciones del Simposio de las Civilizaciones de regadio". Estudios Etnográficos; N° 1. Unión Panamericana. Washington, D. C.
- STRUBE, L. —1945— "Fortalezas y Fortines Incaicos". Rev. Geográfica Americana; Año XII; Vol. XXIII; N° 136. Buenos Aires.
- STUBEL, A. y UHLE, M. —1892— "*Die Ruinenstätte von Tiabunaco*". Breslau.
- SUETTA, J. M. —1967— "Construcciones agrícolas prehispánicas en Coctaca". Antiquitas; N° 4. Buenos Aires.
- SUETTA, J. M. —1969— "Apuntes a la Arqueología de Volcán". Antiquitas; N° 8. Buenos Aires.
- TARRAGO, M. —1974— "Aspectos ecológicos y Poblamientos Prehispánicos en el Valle Calchaquí, Provincia de Salta". Rev. Inst. Antrop. Córdoba. T. V. Córdoba.
- TARRAGO, M. —1980— "Los asentamientos aldeanos tempranos en el sector septentrional del Valle Calchaquí, Provincia de Salta y el desarrollo agrícola posterior". Estudios Atacameños; N° 5. Antofagasta, Chile.
- TARRAGO, M. y DIAZ, P. —1972— "Sitios arqueológicos del Valle Calchaquí". Estudios de Arqueología. N° 1. Cachi, Salta.
- TAYLOR, W. —1948— "A study of Archaeology". Memoir Series of the American Anthropological Association; N° 69. Menasha.
- TEN KATE, H. —1893— "Rapport sommaire sur une excursion archéologique dans les Provinces de Catamarca, Tucumán et Salta". Rev. Museo de La Plata; T. V. La Plata.
- TEN KATE, H. —1896— "Anthropologie des anciens habitants de la région Calchaquí". Anales del Museo de La Plata. Secc. Antrop.; I. Buenos Aires.
- THOMPSON, E. —1904— "Archaeological Researches in Yucatan". Memoirs of the Peabody Museum; Vol. 3; N° 1. Cambridge, Mass.
- TORREBLANCA, H. DE —1696— "Relación Histórica de los sucesos que tuvieron lugar en la Misión y Valle de Calchaquí en el año de 1656 (...) remitida al P. Rector Lauro Nuñez en 1696". (Inédita). (Copia y Notas de Teresa Piossek Prebisch; 1976. "*La Rebelión de Pedro Bobóquez (1656-1659)*". Buenos Aires).
- TRIGGER, B. —1968— "*Beyond History: The Methods of Prehistory*". New York. Holt, Rinehart and Winston, Inc.
- TSCHEUDI, J. VON —1858— "*Reise durch die Andes von Süd-Amerika, von Cordobanach Cobija, im Jahre 1858*". (Appendice des Petermanns geographischen). Mittheilungen. Gotha.
- UHLE, M. —1907— "The emeryville Shellmound". Univ. of California. Publication in American Archaeology and Ethnology; Vol. 7; N° 1. Berkeley.
- UHLE, M. —1910— "Ueber die Frükkulturen in der umgebung von Lima". 16th Int. Congress of Americanists. Vienna.
- UHLE, M. —1912— "Las relaciones prehistóricas entre el Perú y Argentina". Actas del XVII Cong. Int. Amer. Buenos Aires (1910).
- UHLE, M. —1913— "Die Ruinen von Moche". Journal de la Société des Americanistes; X. Paris.
- UHLE, M. —1913 b— "Los Indios Atacameños". Rev. Chilena de Historia y Geografía; T. V. Santiago de Chile.
- UHLE, M. —1919— "La Arqueología de Arica y Tacna". Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos; Vol. 3; 7-8. Quito.
- UHLE, M. —1922— "Fundamentos étnicos y arqueología de Arica y Tacna". Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos; Vol. 2; 5. Quito.
- VALCARCEL, L. —1934— "Sajsawaman redescubierto". Rev. Museo Nacional; T. III. N° 1-2. Lima.
- VOGT, E. —1956— "An appraisal of Prehistoric Settlement Patterns in the New World". Viking Found. Public. Anthropol.; N° 23. New York.
- WATSON, P., LE BLANC, S. AND REDMAN, CIL. —1971— "*Explanation in Archaeology. An explicitly scientific approach*". Columbia University Press.
- WEISER, W. —MS— Diarios de Viaje. Notas de Campaña de las Expediciones Arqueológicas patrocinadas por Benjamín M. Barreto. 1919-1924. Archivo Museo de La Plata.

- WIST, M. —1970— "Community settlement Patterns at Chan Chan". *American Antiquity*; Vol. XXXV.
- WHITE, L. —1949— "*The Science of culture. A study of man and Civilization*". New York.
- WIENNER, CH. —1880— "*Perou at Bolivia*". París.
- WILEY, G. R. —1953— "Prehistoric settlements patterns in the Virú Valley". *Smith. Misc. Coll. Bulletin* 155. Washington.
- WILEY, G. R. —1956— "Prehistoric settlements patterns in the New World". *Viking Found. Pub. Anthropol.* 23. New York.
- WILEY, G. R. y PHILLIPS, P. —1958— "*Method and Theory in American Archaeology*". Chicago.
- WILEY, G. R. y SABLON, J. —1974— "*A history of American Archaeology*". Thames & Hudson. Londres.
- WOLTERS, F. —MS— Diarios de Viaje. Notas de campaña de las Expediciones Benjamín Muniz Barreto, 1921-29. Archivo Museo La Plata.
- WOOD, J. —1978— "Optimal location in settlement space: A model for describing location strategies. *Amer. Antiquity*; Vol. XLIII, 2.
- ZUIDEMA, T. R. —1968— "Relaciones entre el patrón de poblamiento prehispánico y los principios derivados de la estructura social Incaica". *Actas y Mem. XXXVII Cong. Int. Amer.* Vol I. Buenos Aires.

Bibliografía **Segunda Edición**

- BERBERIAN, E. Y A. NIELSEN —1988— "Sistemas de Asentamiento Prehispánicos en la etapa Formativa del Valle de Tafi". Ed. Comechingonia. Córdoba.
- BERTALANFFY, L. —1978— "Historia y situación de la Teoría General de Sistemas". Madrid.
- BINFORD, L. —1982— "The Archeology of Place", Jour. of Anth. Arch. 1.
- BRAUDEL, F. —1976— "El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II". 2 Vol. F. C. E. Madrid.
- DENEVAN, W. —1978— "The Native Population of the America in 1492". Wisconsin Press.
- DIFRIERI, H. —1961— "Población Indígena y Colonial en Argentina". En: Suma de Geografía. Peuser. Buenos Aires.
- DILLERAY, T. Y P. NETHERLY —1988— "Relatoría al simposio Fronteras al Estado Inka". 45 C. I. A. Arqueología de las Américas. Bogotá.
- EGUIA, A. Y A. IACONA —1987— "Caracterización de documentos de los Siglos XVI y XVII referidos al contacto Hispano Indígena en los Valles Calchaquíes". En: "Procesos de Contacto Interétnico". Ed. BUSQUEDA. Buenos Aires.
- HEMING, J. Y RANNEY, E. —1982— "Monuments of the Incas". New York.
- HODDER, I. —1984— "New generations of Spatial analysis in Archaeology". En: Arqueología Espacial Teruel.
- HUALL —1972— "The Non Random Spacing of Roman-British walled towns Man G.
- LIZARRAGA, R. Fr. —1928— "Descripción Colonial" Lib. La Facultad Bs. As. (2 T)
- MERTON R. —1964— "Teoría y estructuras sociales". J?
- MULVANY, E. N. —1986— "Nuevas evidencias de la ocupación incaica en el Valle de Lerma". RUNA; XVI.
- MURRA, J. V. —1978— "La organización económica del Estado Inca". Ed. S. XXI.
- NIELSEN, A. —1989— "La ocupación indígena del territorio-humahuaca durante los Períodos de Desarrollos Regionales e Inka". Tesis Doctoral. U. N. C. Córdoba. MS.
- OLIVERA, D. —1990— "La ocupación Inka en la puna meridional de Argentina". En: El Imperio Inka. Comechingonia, Nro. Especial Córdoba.
- PATERNOSTO, C. —1989— "Piedra Abstracta. La Escultura Inca: Una visión contemporánea". F. C. E.
- RAFFINO, R. —1988— "Relatoria al Simposio El Impero Inka". 45 C. I. A. Arqueología de las Américas. Bogotá.
- RAFFINO R. ALVIS Y A. NIELSEN —1990— "El Dominio Inka en dos regiones del Kollasuyu, Aullagas y Vallegrande". En: El Imperio Inka. Comechingonia. Nro. Especial. Córdoba.
- ROSEMBLAT, A. —1954— "La Población Indígena y el Mestizaje en América". Ed. NOVA. Buenos Aires.

Índice general

Prólogo a la edición 1988

Prólogo a la edición 1990

PRIMERA PARTE

Capítulo I. La teoría arqueológica contemporánea 1

Enfoque teórico y conceptos instrumentales de la Arqueología. Recomposición de los procesos culturales. Difusión y evolución cultural. Inducción y deducción en arqueología. La arqueología experimental y la etnoarqueología. Homotaxialidad. Rasgo cultural. La instalación humana como dato arqueológico. Proyecciones de la teoría ecológica de sistemas a los patrones de poblamiento. Alternativas de la aplicación de la teoría ecológica de sistemas en arqueología.

Capítulo II. Visión histórica de las ciudades indoamericanas 21

La ciudad precolombina en la actualidad, su ocaso y su supervivencia. Protección y reivindicación del patrimonio cultural del Nuevo Mundo. Retrospectiva de las investigaciones sobre urbanismo indígena en Argentina dentro del marco de referencia continental.

Capítulo III. Las estrategias de observación arqueológica y el urbanismo indígena 53

Territorialidad de los sistemas culturales. Teorías de alcance medio. Hipótesis etnohistóricas y contrastaciones arqueológicas. Muestreo urbano y muestreo regional. Las analogías. La fotografía aérea y la instalación humana. Escalas, densidades y funciones urbanas. Ubicación espacial de las muestras urbanas. Glosario de términos arqueológicos y voces indígenas.

SEGUNDA PARTE

Capítulo IV. De las aldeas dispersas a las protociedades 77

La evolución de las poblaciones indígenas. Crecimiento y trazado urbano prehispánico. Trazados dispersos, espontáneos y planeados. Tipos Cerro El Dique-Tafí, Cerro La Aguada-Buey Muerto, Saujil, El Alamito y Ambato. Trazados urbanos concentrados. Tipos radiocéntrico, en damero, lineal y defensivo.

Capítulo V. El mundo tribal sedentario 127

Las poblaciones dispersas del Formativo Andino, arquitectura y urbanismo sobre una muestra de 20 instalaciones. Tipos de emplazamiento y asociados topográficas. Rasgos

arquitectónicos y urbanísticos de los trazados dispersos. Relaciones de similitud y diferencia. Presencias recurrentes y excepcionales. La arquitectura funeraria. Explicación en términos de proceso cultural. Variaciones ecológicas, regionales y cronológicas. Instalación, conducta social e ideología.

Capítulo VI. El urbanismo regional de los cacicazgos andinos 155

Las protociedades del Período de los Desarrollos Regionales. Su Arquitectura y urbanismo a partir de una muestra de 19 instalaciones. Tipos de emplazamiento y asociaciones topográficas. Rasgos arquitectónicos y urbanísticos de los trazados concentrados. Relaciones de similitud y diferencia. Partes arquitectónicas y locus de actividades, una aproximación etnoarqueológica. La arquitectura militar defensiva. Tecnología de molienda y almacenaje. Un éxito adaptativo. La arquitectura funeraria y sus estilos. El cementerio como componente urbano. Los estilos Arquitectónicos, variantes regionales, ecológicas y cronológicas. Proceso, conducta y estructura social.

Capítulo VII. El tawantinsuyu 203

Las ciudades Inka. Su arquitectura y urbanismo en base a una muestra de 37 instalaciones. Imágenes formales e implicancias funcionales. Niveles jerárquicos, los chasquiways, templos y Santuarios de altura. Los Pukará. La calidad arquitectónica y el camino del Inka. La tecnología de almacenaje y la redistribución Inka. Aukaipatas, Kallankas, Usnus, Torreones y centros tributarios. A imagen y semejanza del Cuzco. Creación estética, urbanismo dirigido y regionalismos. El mundo de los Inka, ficción y realidad. El Tawantinsuyu y el etnocentrismo de ayer y de siempre. El Sur también existe.

EPILOGO

Urbanismo y proceso social precolombino 237

Bibliografía 253

Bibliografía de la segunda edición 267

